HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Volumen 1



Centro Editor de América Latina

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Volumen 1: De los orígenes a la revolución de 1848.

Esta obra ofrece un esquema de la historia del movimiento obrero mundial a través de los grandes acontecimientos que han significado jalones importantes en su trayectoria, tales como las corporaciones medievales, la Comuna de París, la Revolución Rusa, el proceso Sacco y Vanzetti, las Internacionales, el 17 de octubre de 1945, etc.

En forma clara, vibrante y accesible la obra muestra las aspiraciones y luchas que los obreros y sus líderes protagonizaron y la importancia de las conquistas sociales, económicas, culturales que de tales luchas derivaron para toda la humanidad.

Historia del movimiento obrero presenta los hechos que hacen al origen, desarrollo y actualidad del movimiento obrero mundial. Todo ello como parte de un fenómeno que convierte a la clase obrera en principal protagonista social de los procesos de cambio y progreso de la humanidad en la época contemporánea.

El plan de la obra abarca tres grandes períodos: de los orígenes a 1848, de 1848 a 1917, de 1917 a la actualidad. Además del tratamiento de la historia del movimiento obrero en Europa, incluye más de 30 capítulos destinados a presentar los momentos más importantes de las luchas obreras en Asia, Africa y América Latina. Se da especial relevancia al análisis de los momentos culminantes de las luchas obreras en los países de América Latina en que éstas adquirieron particular envergadura.

Historia del movimiento obrero es una obra importante no solo por su amplio contenido informativo sino porque es la única obra en su género que ofrece en forma orgánica un contenido tan vasto y diverso sobre este tema.

La obra está enriquecida, además, por un valioso y amplísimo material de documentación gráfica.

La libertad guiando al pueblo.
1830. Oleo

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Volumen 1



Centro Editor de América Latina

1984/1986
Centro Editor de América Latina
S.A.
Junin 981, Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina
ISBN 950 25 0950 1

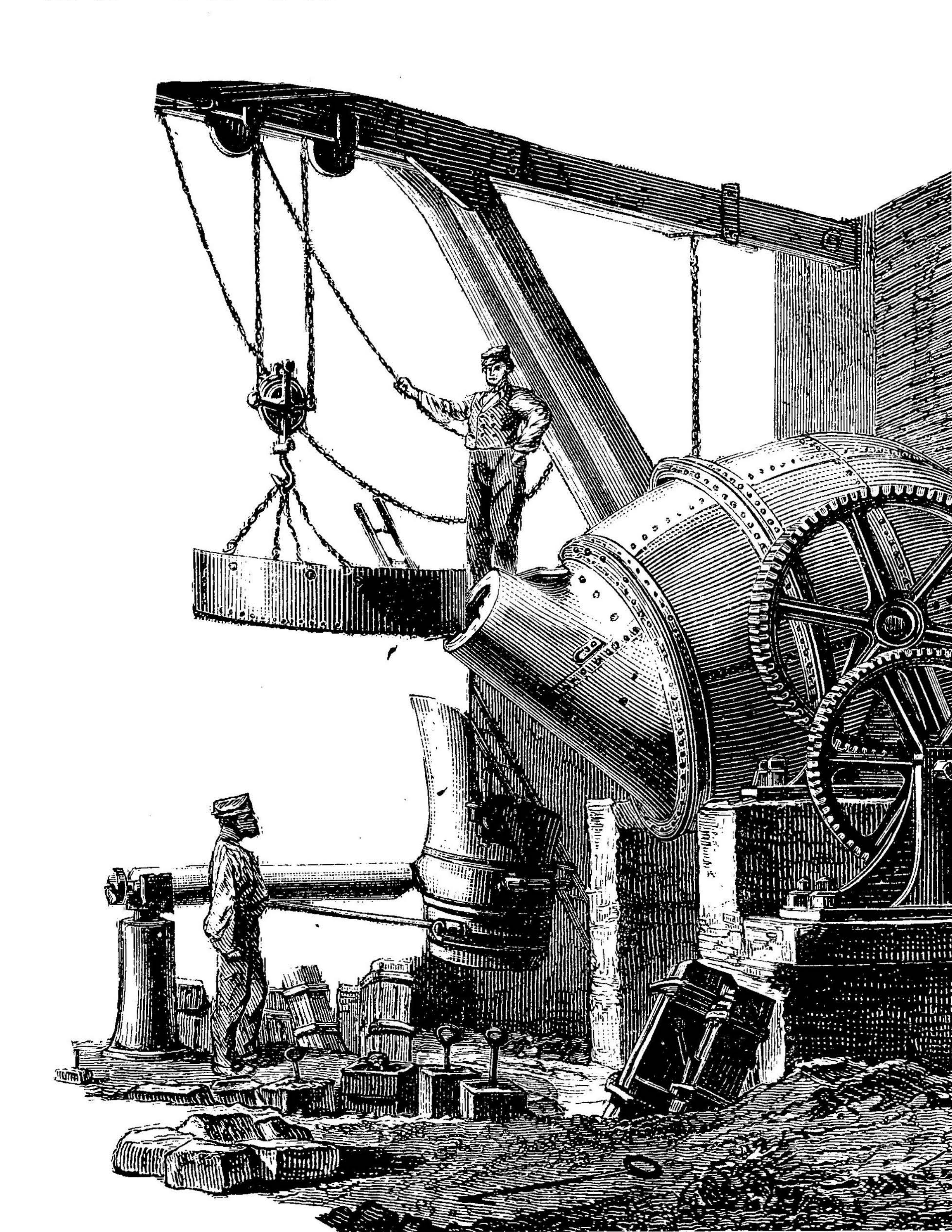
CAPITULOS Y COLABORADORES DE ESTA OBRA

Los capítulos de esta "Historia del Movimiento Obrero" han sido preparados por los especialistas que se indican en la segunda columna. El asesoramiento general estuvo a cargo de Alberto J. Pla.

Introducción	**Alberto J. Pla**
Artesanos y campesinos en crisis	**Reyna Pastor de Togneri**
Rebeliones populares y manufacturas en el siglo XVIII	**Susana Belmartino**
Los destructores de máquinas	**Reyna Pastor de Togneri**
De la Revolución Francesa a la Conspiración de los Iguales	**Marta Bonaudo de Magnani**
El cartismo: las primeras luchas políticas obreras	**Susana Belmartino**
¡Vivir trabajando o morir combatiendo!	**Marta Bonaudo de Magnani**
Rusia: las luchas del populismo	**Santiago Mas**
República burguesa e insurrección obrera	**Susana Belmartino**
La formación de la clase obrera en Italia	**Beatriz Morales**
Alemania en 1848: revolución y contrarrevolución	**Martha Castiglione**
El Manifiesto Comunista	**Martha Cavilliotti**
Mutuales y cooperativas	**Pablo Costantini**
Insurrección en Viena	**Cecilia Lagunas - María Emma Espoille de Ruiz**
Los orígenes del movimiento obrero en España	**Josep Fontana - Jordi Maluquer de Motes**

Primera Parte

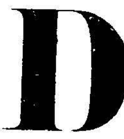
De los orígenes a las revoluciones de 1848



Introducción

Alberto J. Pla

La incorporación de América, Asia y Africa como productores de materia prima amplía y desarrolla los mercados europeos. A partir de ese momento se refuerza el proceso que termina con la economía feudal para dar paso al trabajo asalariado.

espués de dos siglos difíciles y críticos, el XIV y el XV, sacudidos por guerras políticas y religiosas, por la crisis de los cereales, la crisis financiera y económica, las pestes y las hambrunas, se da una nueva coyuntura mundial que va a modificar profundamente la economía europea. A fines del XV, y como resultado de las actividades que viene desarrollando desde los siglos anteriores una incipiente burguesía comercial, comienza la etapa de los descubrimientos, de las exploraciones de los españoles y portugueses. La expansión europea hace que en poco más de medio siglo América, Africa y Asia se incorporen fundamentalmente como productores de materias primas, al circuito de la economía europea, que, a consecuencia de esto, amplía y desarrolla sus mercados.

Surge entonces la necesidad de una mayor productividad. De la simple producción dirigida a cubrir las necesidades de un circuito restringido se pasa a la producción de excedentes para colocar en esos nuevos mercados. Todo esto produce hondas modificaciones en la economía. Se acelera el proceso de disolución de las estructuras sociales y económicas del mundo feudal, cambia la organización de la producción: en dos siglos se disuelve el taller artesanal característico de ese momento y se afirma y generaliza el trabajo manufacturero. Con éste se generaliza el régimen del trabajo asalariado, el rasgo básico que va a definir a una clase obrera en crecimiento y que aparecerá como sector diferenciado y determinante en los años de la revolución industrial. Es en este proceso y en medio de condiciones de trabajo cada vez más duras, que esa clase comienza a elaborar sus protestas, a realizar sus primeras huelgas, a ensayar sus formas organizativas.

Todo esto y hasta los momentos en que se definen con claridad los objetivos de esa clase en el contexto de las revoluciones del año 1848 constituyen la materia de la primera parte de esta *Historia del movimiento obrero*, a la cual este capítulo sirve de síntesis e introducción.

Del artesanado a la manufactura

Hemos señalado ya las razones por las cuales cambia la organización de la producción. El salto cualitativo que va del artesanado a la manufactura no es simple y reconoce una etapa intermedia: la del trabajo domiciliado. Pero el proceso es lento y en realidad se desarrolla en etapas sucesivas. Durante espacios de tiempo muy prolongados coexisten viejas y nuevas formas de producción.

Durante el artesanado trabajaban en el taller un maestro artesano, oficiales y aprendices. Aun cuando alguno de éstos contrate obreros, éstos sólo actúan como complementarios del maestro. El trabajo no suponía división de tareas y se fabricaban piezas únicas completas, una por una. La obra de arte o de maestría caracteriza a esta forma de trabajo. En la totalidad de los casos se produce para un mercado restringido, calificado y casi siempre por encargo. Esto hace que se impidan ampliaciones y que se cierren talleres con el fin de limitar y privilegiar la producción.

En contraposición con todo esto, en el trabajo manufacturero se produce la división de la actividad productiva dentro del taller, lo cual lleva a una fragmentación de la responsabilidad con respecto a la pieza que sale del mismo. Los trabajadores en la manufactura pasan a ser, cada vez más, anónimos. La división del trabajo y la no posesión de los medios de producción por parte del productor verdadero son características absolutamente diferenciables con respecto al taller artesanal. En tales condiciones se generaliza el trabajo asalariado, y el obrero comienza a definirse a partir de


Oceanica Classis

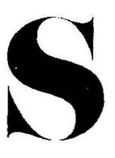
Los primeros obreros: el trabajador deja de ser dueño de los medios de producción y recibe un jornal del empresario.

características del trabajo que van a seguir vigentes hasta la época actual.

No obstante, entre ambas formas de organización del trabajo es necesario reconocer una forma intermedia, que en cierta medida señala una transición, aunque no se trata de un proceso donde se den con claridad etapas sucesivas. En su largo camino coexisten diversas formas. Nos referimos a lo que se denomina el trabajo que se realiza en el domicilio, el llamado trabajo domiciliado. Este se origina a partir de la necesidad que la sociedad tiene de producir para un mercado más grande. Entonces, cuando el taller medieval se disgrega aparece una forma de organización de la actividad en la cual diversos ex talleres artesanales complementan su actividad. Es decir, los talleres se especializan y entre todos terminan los productos. Se empieza a elaborar la materia prima hasta cierto punto, en un taller, luego pasa a otro taller para que se continúe su tratamiento, y así sucesivamente hasta el último taller donde se termina la pieza.

Este sistema de organización incorpora ya la división del trabajo, aunque no en la forma en que la veremos siglos después y durante la revolución industrial. Pero, de cualquier manera se da una división que señala diferencias con el taller medieval típico. Sin embargo, se siguen manteniendo en cada taller formas de actividad en las cuales persisten pautas del artesanado. Esta contradicción del trabajo domiciliado sólo se resuelve con la manufactura. Pero ésta es una resolución teórica, ya que en la realidad histórica subsiste ese sistema con la manufactura. Ambos métodos son los que liquidan al artesanado y dan paso al sistema constituido por empresario y asalariado, sistema que es claramente definible en la manufactura. Cuando se desarrolle ésta será necesario un empresario que sea dueño de un gran taller, que posea capital para comprar la materia prima y que pueda concentrar en el taller manufacturero gran número de operarios. El trabajo asalariado entonces se generaliza: el trabajador ha dejado de ser dueño de los medios de producción y el empresario manufacturero le paga un jornal por su actividad. En el caso del sistema de trabajo domiciliado también surge un empresario que organiza la actividad de los distintos talleres, pero, en la medida en que esos talleres no necesitan romper con la organización de artesanado tradicional, no se generaliza en ellos el régimen del asalariado. No obstante se disuelve el viejo taller y el artesano pasa a depender del empresario. Con todos estos cambios se crean entonces las condiciones para que aparezca una nueva clase social: la clase obrera.

De la herramienta a la máquina



i la herramienta es el instrumento por excelencia del taller artesanal, la máquina, a medida que se va perfeccionando, lo será de la manufactura. Es lo que podemos denominar la máquinofactura. La revolución industrial será la culminación de este proceso: su triunfo es el triunfo de la máquina.

Ya hemos señalado las causas que llevan a aumentar la productividad para proveer a los nuevos mercados. La necesidad de aumentar esa productividad impondrá la manufactura, hará que se desarrollen nuevas técnicas, que comience una etapa de inventos y descubrimientos que revolucionan la tecnología. Por otra parte, el nuevo objetivo, la producción de excedentes, hace que se multipliquen los beneficios para los nuevos empresarios, que buscarán los métodos para hacer crecer aún más esos beneficios. Una vez puesto en movimiento, el capitalismo sólo subsiste creciendo.

Las transformaciones técnicas, algunas bastante anteriores, modifican la organización del tra-

bajo. En el siglo XVI, por ejemplo, se incorpora a la industria textil el batán para paños, que permite que el batanado (la operación que desengrasa y da a los paños y otros tejidos de lana el cuerpo correspondiente) se realice en la mitad del tiempo que se utilizaba anteriormente (ahora harán falta sólo cuatro días), y el huso de rueda movido por pedal que va a permitir una multiplicación de la producción del hilado, ya que el obrero puede utilizar las dos manos al accionar con el pie el pedal y poner así en movimiento al huso. Esto va a traer como consecuencia un aumento de la productividad que impulsará el proceso de la división del trabajo y que hará que desaparezca la posibilidad de que cada producto terminado sea obra personal de cada artesano u operario. Aparecen entonces los operarios que se dedican sólo a una actividad (batanado, hilado, etc.). Después que el producto pasa por sucesivas manos, cada una de las cuales aporta algo al terminado de la pieza, recién se llega a la etapa final de la producción. Nadie puede reconocerse cabalmente como el autor del producto. Para la mentalidad y las costumbres de la época esto significaba un cambio revolucionario, semejante a los que se le pueden plantear al trabajador en la era atómica y cibernética. La adecuación a ese cambio será parte y causa de un largo proceso social. La división del trabajo gana su derecho a partir de su eficacia, demostrada en la multiplicación de la producción neta, y se irá haciendo cada vez más compleja, en la medida que las máquinas y la técnica se perfeccionen, se inventen nuevos procedimientos, etc. El proceso, como consecuencia inmediata, hace que la labor del operario se simplifique en grado sumo. Una acción única y rutinaria, repetida hasta el cansancio, será su última consecuencia a partir de los años de la revolución industrial. El trabajo en serie o en cadena es la característica de esa revolución en la que culmina el método de la división del trabajo aparecido en el siglo XIV, en los orígenes del capitalismo.

Un ejemplo clásico nos demuestra el grado a que llega la división del trabajo en el momento de la revolución industrial en Inglaterra, hacia 1800: el de la fabricación de una aguja. Elemento tan simple, la aguja requiere para su fabricación, en ese momento, operaciones diferentes, realizadas por diferentes obreros. Junto a este proceso de división del trabajo la técnica se especializa y se desarrolla el maquinismo. Paralelamente a ese aspecto de producción en sí mismo la manufactura transforma a la empresa. A partir de aquí, y en un cuadro cada vez más complejo, todos estos cambios afectarán desde el comercio y el trabajo agrícola a la superestructura político-religiosa.

Clase obrera y movimiento obrero

Cuando se afirma la clase obrera como tal, como grupo social diferenciado, producto de la disolución de las formas de trabajo medievales anteriores, su existencia histórica pasa a ser de la máxima importancia. Pero una cosa es que exista como clase social y otra que exista como movimiento social.

Como clase social surge objetivamente del proceso de acumulación originaria capitalista que hace que para que exista capitalismo deba existir previamente clase obrera. No hay régimen capitalista sin el predominio del régimen de asalariado como sistema de trabajo. Pero si la clase obrera, que se viene formando lentamente, para llegar a ser identificada como tal debe ser vista como producto de este proceso, su existencia histórica es anterior al sistema capitalista mismo. Cuando su existencia se generaliza sólo puede deberse a que ya existe el capitalismo como régimen social-económico. Habiendo identificado a la clase obrera, sujeto de nuestro análisis, en su período de nacimiento, debemos dejar bien aclarado que el movimiento obrero como tal, sólo aparecerá en época más tardía. Las primeras organizaciones en las cuales participan obreros aparecen en el siglo XVIII y las primeras verdaderas organizaciones obreras lo harán en medio del proceso de la revolución industrial, en Inglaterra y a principios del siglo XIX. Por lo tanto, una cosa es la existencia de la clase obrera y otra la aparición de los movimientos obreros, sean éstos de carácter mutual, sindical o político.

A medida que la clase obrera se organiza y se desarrollan los movimientos sindicales y políticos, comienza a ser necesaria la definición de la ideología que la clase obrera en sus primeros momentos va articulando inorgánicamente. La definición de esa ideología, de importancia fundamental en las luchas obreras, comenzará a ser sistematizado recién a mediados del siglo XIX en el *Manifiesto Comunista* que redacta Marx en 1847.

La revolución industrial

A fines del siglo XVIII comienza en Inglaterra la transformación económica conocida como revolución industrial. Ella fue el resultado de la adopción de una serie de innovaciones tecnológicas que se aplicaron a la organización del taller, al trabajo productivo del obrero.

Hasta ese momento el grueso de la actividad productiva se desarrollaba en los talleres manufactureros o en los domicilios de los mismos trabajadores, quienes debían entregar a un empresario la materia prima elaborada. De esta forma el trabajador domiciliario se imponía su propia disciplina y gozaba de cierta libertad de movimientos. Ese lugar, donde él y su familia vivían y trabajaban, era incómodo como vivienda y como taller. La precariedad y el hacinamiento eran sus características normales. Pero, con todo, el obrero trabajaba aún en *su* máquina,

con *sus* propios instrumentos y, además, aunque su jornada fuera larga, se trataba de *sus* horas, de las cuales disponía más o menos libremente. Ese trabajador que no era sólo un obrero que trabajaba para un cierto empresario, sino que además conservaba pautas provenientes de su origen campesino (en realidad era un semicampesino), tenía en su casa, ubicada al margen del hacinamiento urbano en desenvolvimiento, un pequeño huerto. De tal forma, la desocupación periódica sólo lo afectaba parcialmente pues en su huerto se mantenía siempre una producción básica de legumbres que le permitía subsistir durante las malas épocas. En relación con esto conviene recordar que en la Inglaterra de esta época (fines del siglo XVIII y comienzos del XIX) se vivía un proceso intenso de transformación agraria que había hecho que la mayoría de los pequeños propietarios campesinos, expulsados de su tierra por la formación de haciendas rurales cada vez más grandes, desapareciera y tuviese que emigrar a la periferia de las grandes ciudades. Muchos de ellos ingresarán y harán crecer constantemente a este sector obrero al que nos hemos referido.

En la transformación industrial que hará de Inglaterra, en el siglo XIX el principal país industrializado, juega un papel de primer orden la industria textil, y dentro de ella la industria del algodón. Esta industria crecía y proveía a un mercado en expansión debido a que sus productos eran más baratos que los de la lana y también más manuables e higiénicos en lo que se refiere a su uso cotidiano. En el taller que hemos descrito, taller y hogar al mismo tiempo, los medios técnicos más avanzados utilizados en la producción eran para el hilado, el torno de hilar (inventado en 1764), y para el tejido, el telar equipado con la lanzadera volante que Kay había inventado en 1733. Ambos eran, en su momento, un avance considerable con respecto a los telares y ruecas primitivas anteriormente utilizados. Pero hacia fines del siglo XVIII, más precisamente en la década de 1780, se producen otras innovaciones técnicas que aumentan la productividad de la mano de obra y producen una verdadera revolución en las formas de organización del trabajo. Nos referimos al telar mecánico de Cartwright y a la hiladora mecánica, la llamada *mula* de Crompton. Esta última, de la cual descienden las máquinas modernas utilizadas en las fábricas de hiladura, combinaba los rodillos del telar con el tren móvil de la "Jenny", la primera máquina de hilar práctica desarrollada por Hargreaves en 1768 y que estaba constituida por una armadura de madera dotada de una manivela y una rueca, que hacían que la hilandera pudiera girar varios husos simultáneamente, y por un par de carriles movibles para estirar los hilos y moverlos al mismo tiempo. Si a la *mula mecánica* de Crompton y al telar de Cartwright le sumamos el hallazgo de la manera de aplicar al proceso de producción industrial la energía proveniente del vapor de agua tenemos el cuadro completo de las transformaciones tecnológicas que producen la revolución industrial.

Bajo el signo de tales advenimientos es que se empiezan a organizar lo que a partir de allí se pueden denominar *fábricas*. Las hilanderas que usaban la *jenny* en sus casas, con la *mula* deben ir a las fábricas. Los tejedores que hasta entonces usaban la lanzadera volante en su domicilio, deben marchar a las fábricas donde se instalan los flamantes telares mecánicos. Y ello es inevitable ya que en cada uno de los dos rubros principales de la producción textil, tejido e hilado, las nuevas máquinas multiplican la productividad de la mano de obra, con lo cual, por otra parte, eliminan de un solo golpe y dramáticamente la competencia del trabajador domiciliado. Este proceso lleva directamente a acelerar la concentración industrial y a aumentar la producción. Los saltos serán prodigiosos, pero la contrapartida cruel e inmediata de este crecimiento de la producción será una desocupación que creará, a principios del siglo XIX, serios problemas sociales en Inglaterra.

Esta organización del trabajo moderno produce una serie de transformaciones. Por un lado el obrero ya no puede ser un semicampesino, sus horas son absorbidas por la fábrica. Es cierto que tal vez no trabaja, por ahora, más horas que antes, pero ya no puede alterar el ritmo de ese trabajo fabril alternándolo como lo hacía antes con el cuidado de su huerto, el cual por otra parte desaparece, y con él el margen de seguridad que le proporcionaba, en la medida que el obrero va radicándose, cada vez más, cerca de las fábricas. De esta manera la sociedad urbana rompe en forma drástica con la vieja sociedad rural, y nacen los problemas típicos del maquinismo moderno.

La migración campo-ciudad proveerá de nueva mano de obra fabril al proceso de industrialización en Inglaterra y en otros países, como Estados Unidos. En el continente europeo la situación es diferente, sobre todo en Francia y Alemania donde el número de campesinos que emigran es menor y la clase obrera se constituye con gente proveniente de los viejos talleres y de la población urbana en general.

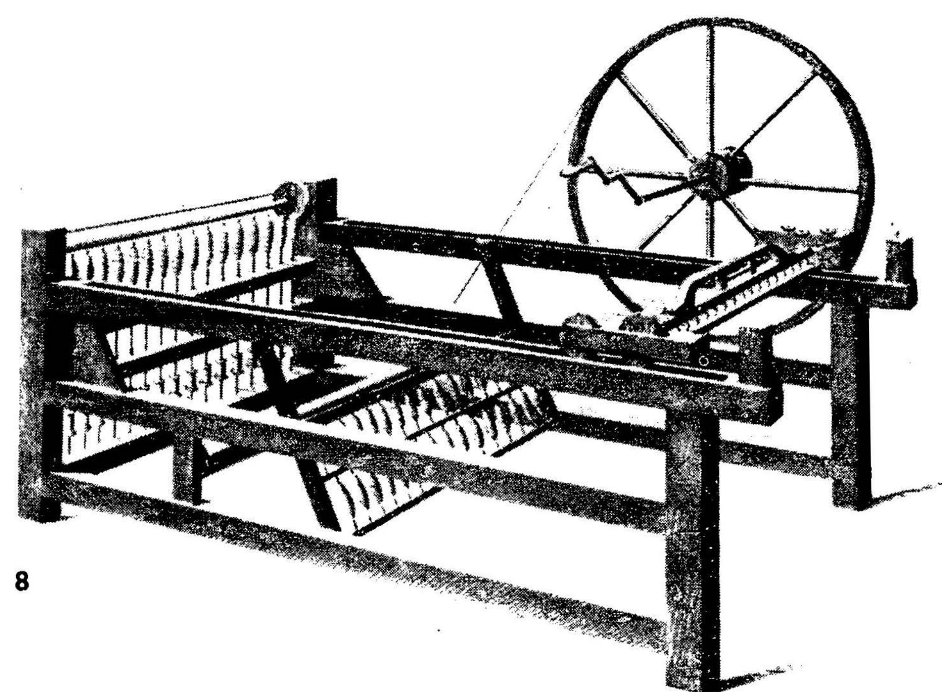
Las condiciones de trabajo

Todo este proceso se produce en medio de una situación internacional especial: desde fines del siglo XVIII Inglaterra está en guerra con Europa. La Europa, y la Francia, de Napoleón. La guerra termina en 1815. El triunfo de Inglaterra será, en definitiva, el triunfo más significativo de la revolución industrial inglesa. A partir de allí la nueva tecnología se introducirá en el continente europeo, y no por obra de la acción inglesa sino a pesar de ella, ya que Inglate-

Las condiciones laborales tuvieron caracteres dramáticos: la explotación de mujeres y niños —más dóciles y más baratos— fue uno de los rasgos peculiares en las fábricas del siglo XIX. En la ilustración superior vemos un "refugio" inglés, en el cual los niños se desplomaban después de jornadas de quince horas. En el grabado inferior, el trabajo de niños en las minas.



The ENGINE for Raising Water (with a power made) by Fire.



rra protegió hasta con la pena de muerte la exportación de sus descubrimientos técnicos aplicados al aumento de la productividad fabril.

No obstante ello, en un lapso de unos treinta años comenzará el proceso fabril en Francia, Alemania, Bélgica y otros países. Nosotros centralizaremos nuestra visión en el país donde triunfa por primera vez el maquinismo y la revolución industrial: Inglaterra. Y también lo haremos al analizar las condiciones de trabajo que regían para esa creciente clase obrera. Pero en la medida que todo el proceso se generaliza los problemas que se plantean en Inglaterra son también los del continente.

Un historiador inglés, Hobsbawn, describe esas condiciones de trabajo con claridad: "En primer lugar los obreros tenían que aprender a trabajar de modo adecuado a la industria, esto es, a un ritmo de trabajo diario regular ininterrumpido que es completamente diferente de los altos y bajos estacionales de la granja o del artesano independiente que puede interrumpir su trabajo cuando le place. También tenían que aprender a ser más responsables del incentivo del dinero. Los empresarios británicos de aquella época se quejaban entonces, como ahora los de Africa del Sur, constantemente, de la 'pereza' del obrero o de su tendencia a trabajar hasta que había ganado su jornal para vivir una semana y después parar. Esta dificultad fue solucionada por la introducción de una disciplina laboral draconiana (multas, un código de 'amo y criado' que utilizaba la ley en favor del empresario, etc.), pero sobre todo la práctica, donde era posible, de pagar el trabajo tan poco que era preciso trabajar toda la semana para conseguir un mínimo de ingresos. En las fábricas, donde era más urgente el problema de la disciplina laboral, con frecuencia se vio que lo más conveniente era emplear mujeres y niños, tratables y más baratos."

El tipo de vida que debían llevar los obreros quedó documentado en muchos informes oficiales y privados, descripciones de personas insospechadas de simpatías hacia los obreros e incluso, en el caso inglés, por comisiones oficiales del parlamento. La miseria se enseñorea, surgen los barrios obreros y estos barrios, consecuencias del nuevo sistema, son la clara muestra de las contradicciones inherentes al mismo. A la acumulación de superbeneficios llevada a cabo por los nuevos patrones industriales se contrapone una miseria que llega al límite de lo soportable para la masa de trabajadores. A su costa y a costa de los bajos salarios se produce el proceso de acumulación capitalista que nutrirá las teorías y las realizaciones del liberalismo inglés del siglo XIX, cuya culminación se da en el período victoriano e imperial.

Hacia 1935. Guepin, un médico francés, sintetiza con contundencia: para el obrero "vivir es no morir" ... "más allá del trozo de pan ... no espera nada". Ya Engels, por otra parte, en forma temprana describe la situación de la clase obrera en Inglaterra y muestra cómo el sistema lleva a que la vivienda sea un tugurio infame donde al obrero, si la fábrica no lo ha matado de hambre, el frío termina por hacerlo de tuberculosis; señala que la alimentación es sólo la de peor calidad y que en los barrios obreros se vende lo que es imposible vender en otros barrios, aunque con precios que no sólo son iguales sino que a veces son más elevados que los de buena calidad, y agrega que la vestimenta del obrero no muestra por cierto las ventajas de esa nueva industria textil que día a día crece y se perfecciona en medio de la revolución industrial.

La jornada de trabajo normal es de 15 horas y aún más. En Francia, de los 300 francos anuales que puede ganar un obrero, le quedan para gastar en alimento, en 1835, unos 196 francos. El consumo de pan se lleva 150 de ellos.

El régimen de trabajo en las fábricas se caracterizaba por la aplicación de multas y los castigos. En Francia, en el Creusot. las reglamentaciones permitían

Arriba: máquina atmosférica de Newcomen, 1717. En la Inglaterra del siglo XVIII la aplicación del vapor hizo más eficiente la explotación minera. Pero la verdadera revolución se llevó a cabo en la industria textil, donde los adelantos, tanto en el hilado como en el tejido, motivaron un acelerado desarrollo. Abajo: Spinning Jenny, de Hargreaves, 1764

Motines de hambre (1776)

a) Del *Annual Register*, 1776, Cronicle, págs. 124-5.
Tenemos noticias de que en Newbury, el último jueves un gran número de gente pobre se reunió en el mercado durante las horas de actividad, por el aumento del trigo, y cortajearon las bolsas desparramando todos los granos. Se apoderaron de manteca, carne, queso y tocino de los negocios tirándolos a las calles; de este modo intimidaron a los panaderos, quienes inmediatamente vendieron el pan a 2 peniques y prometieron que la semana próxima estaría aún más bajo. De Newbury fueron a Shaw-mill y tiraron la harina en el río, rompieron las ventanas de la casa e hicieron otros destrozos allí y en otros molinos de la zona por un valor de 1.000 libras.
Cartas de Devonshire informan, que además de los motines que tuvieron lugar en Exeter, debido al actual precio exorbitante de las provisiones, han ocurrido disturbios semejantes en distintas partes del mismo condado, particularmente en Uffeolm y Lemnion, donde los molinos harineros han sido completamente destrozados por los amotinados, quienes luego tomaron posesión de todo el trigo que encontraron en los graneros de los granjeros llevándolo inmediatamente al mercado y vendiéndolo a 4 ó 5 chelines el bushel. *Luego entregaron el dinero al dueño del cereal, así como también devolvieron las bolsas.*
b) Del *Annual Register*, 1776, Chronicle, págs. 137-40.
Debido a que han ocurrido muchos motines y es mucho el daño que se ha hecho en distintas partes de Inglaterra como consecuencia del alzamiento de los pobres, que han sido llevados por la desesperación y la locura debido a los precios exorbitantes de las provisiones, daremos un breve resumen de estos disturbios sin entrar en pequeños detalles ni seguir una secuencia temporal estricta.
En Bath, la gente hizo muchos destrozos en los mercados antes de dispersarse. Estuvieron muy escandalosos en Barwick upon Tweed debido a las grandes cantidades de cereal que habían sido compradas para exportar. En Malmesbury tomaron el trigo y lo vendieron a 5 chelines el bushel y *entregaron el dinero a los propietarios.*
En Hampton, en Gloucestershire, encontraron oposición, se perdieron algunas vidas y algunas casas fueron destruídas. Se pidió ayuda militar para reprimirlas. En Setbury, cerca de Trowbridge, destruyeron el molino y repartieron el trigo entre ellos.
En Leicester y los alrededores asaltaron tres depósitos de queso y lo repartieron. En Lechdale asaltaron un depósito de queso destinado a Londres y se lo llevaron; no contentos con ello, asaltaron los almacenes y robaron 5 ó 6 toneladas más.
En Oxford la turba alcanzó los molinos adyacentes, se apoderó de toda la harina que encontró y la dividió en el mercado.
En Exeter la turba se levantó, asaltó un almacén de queso, vendió el mismo a un precio más bajo de su valor, pero fue intimada por el ejército, lo mismo ocurrió en Lyme, en Dorsetshire y en Bewdley. Los propietarios de siete molinos en Newbury, luego que declararon que molerían gratis a los pobres, pacificaron a los amotinados. En Redruth y St. Austle los hojalateros se levantaron y obligaron a los granjeros y carniceros a bajar los precios.
En Gloucester, los granjeros más importantes de las colinas aceptaron voluntariamente proveer al mercado de trigo a 5 chelines el bushel y ya han vendido considerables cantidades a este precio.
En Salisbury los levantamientos fueron muy serios y se temieron grandes destrozos, pero el peligro fue felizmente superado gracias al prudente manejo de los magistrados y el humanitarismo de los granjeros, quienes bajaron el precio del trigo ante el primer disturbio. Algunos de los líderes, sin embargo, fueron tomados prisioneros.
En Beckington, cerca de Bath, un molinero y su hijo tomaron armas de fuego para repeler a la turba, dispararon y mataron a un hombre y un niño e hirieron a otros, lo cual exasperó tanto al resto que prendieron fuego al molino y lo destruyeron totalmente.
En Wincanton y Dorsetshire los amotinados junto con los mineros hicieron grandes destrozos. En Broomsgroce, en Worcestershire, la turba se levantó y obligó a los granjeros a vender el trigo a 5 chelines el bushel y a los carniceros la carne a 2 peniques y medio la libra. En Coventry se alzaron; luego se les unieron los mineros y comen-

al patrón imponer multas de cincuenta francos a los obreros que no denunciaran a un compañero de trabajo que hubiera incurrido en una falta. En Inglaterra, en las fábricas de algodón de Manchester, trabajando en ambientes totalmente cerrados y a más de treinta grados centígrados para favorecer el tratamiento de la tela, no se les autoriza a los obreros a usar agua para refrescarse o beber, excepto durante los treinta minutos de descanso que cortan la larga jornada de más de 14 horas de trabajo.
Las multas que los obreros debían pagar cuando hacían algo prohibido por los reglamentos no funcionaban sólo como represión. Se iban sumando y así debilitaban el salario. Un buen ejemplo de este tipo de recurso utilizado por los patrones industriales lo encontramos en el *Annual Register* de 1823 que da los siguientes datos:

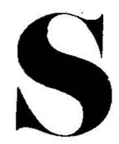
Al obrero que abra una ventana: 1 chelín.
Al que se lave mientras trabaja: 1 chelín.
Al que no ponga la aceitera en su sitio: 1 chelín.
Al que abandone su telar y deje el gas encendido: 2 chelines.
Al que encienda el gas demasiado temprano: 1 chelín.
Al que hile a la luz de gas demasiado tarde en la mañana: 2 chelines.
Al que silbe en el trabajo: 1 chelín.
Al que llegue cinco minutos tarde: 1 chelín.

Al obrero enfermo que no pueda proporcionar un reemplazante que dé satisfacción, pagará por día, por la pérdida de energía mecánica: 6 chelines.

Resultado general: si el promedio de vida en zonas industriales era en 1812 de 25 años y 9 meses en 1827 descendió a 21 años y 9 meses. Pero peor en el caso de los niños: si para los hijos de comerciantes y sectores acomodados el promedio de vida llegaba, en 1827, a la edad de 29 años, para los hijos de obreros de la industria algodonera no superaba, en ese mismo momento, los dos años. Y esto nos lleva a ver con más detalle

a cuestión del trabajo de los niños durante la revolución industrial.

El trabajo de los niños



Si las condiciones de vida del obrero son un retrato de la miseria que acarreó la revolución industrial a todo un sector social para garantizar la acumulación capitalista en manos de otro, la situación adquiere contornos más dramáticos cuando observamos los métodos aplicados al trabajo de las mujeres y los niños: discriminación en el salario, superexplotación.

El obrero perdió su independencia al ir a la fábrica. Allí, en la medida en que la máquina lo reemplaza cada vez es menos necesaria su fuerza física. Por eso en las fábricas de algodón de Inglaterra nos encontramos con que sólo la cuarta parte de sus trabajadores son hombres adultos. El resto está constituido por mujeres y niños. Los testimonios de la época nos dejaron cuadros contundentes de la situación en que éstos trabajaban. Es el caso de Villermé, un miembro de la Academia de Medicina de Francia, quien constataba: "Entre ellos (los obreros) hay gran número de mujeres pálidas, hambrientas, que van descalzas por el fango . . . y niños pequeños, en mayor número que las mujeres, tan sucios y tan harapientos como ellas, cubiertos de harapos, que son gruesos por el aceite que les cae encima cuando manipulan cerca de los telares". Victor Hugo, por otra parte, hablará de esos niños "en los que no hay una sonrisa" y Dickens en su *Oliverio Twist* elaborará la misma protesta contra estas injusticias.

Para los empresarios era más ventajoso el empleo de mujeres y niños porque a éstos se les pagaban menores salarios. En los Estados Unidos la situación no es diferente. La industria algodonera de la costa del este emplea a mujeres, en 1831, en una proporción de tres quintos. En

zaron a asaltar los almacenes de queso vendiéndolo a bajos precios y terminaron tomando todas las provisiones que podían por la fuerza. En Norwich comenzó una insurección general cuando fue leída una proclama en el mercado. Provisiones de todo tipo fueron desparramadas por los insurrectos; atacaron el molino nuevo y tiraron 150 bolsas de harina al río, los libros de contabilidad del propietario y sus muebles fueron destruidos; las panaderías fueron objeto de pillaje y destrucción; como se ve, toda la ciudad quedó sumida en un estado de total destrucción. Durante esta situación de confusión, los magistrados alentaban a los dueños de casa para que se congregaran con palos a fin de oponerse a los amotinados. El conflicto fue largo y sangriento, pero finalmente los amotinados fueron sometidos y treinta de sus líderes hechos prisioneros, siendo prontamente juzgados por una comisión especial.

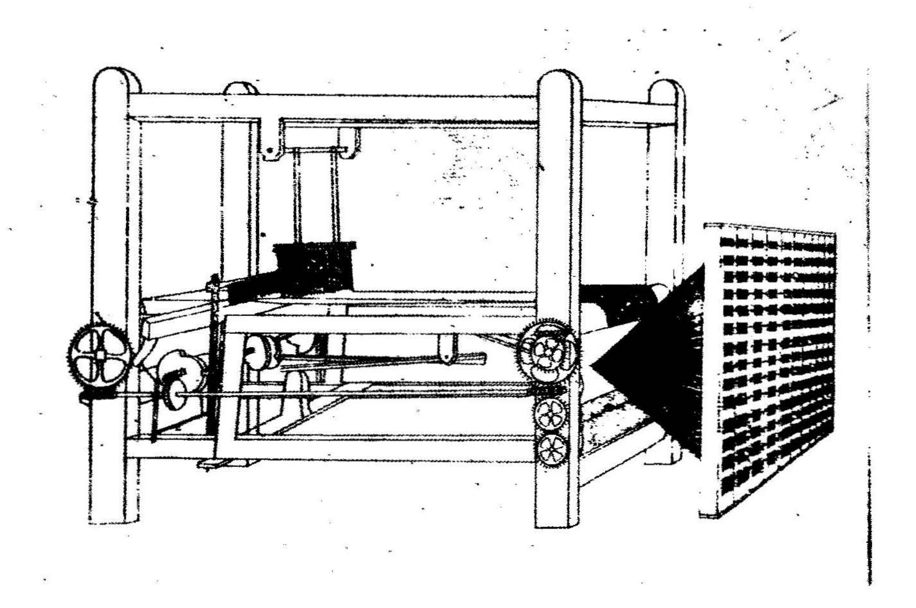
En Wallingford se levantaron y regularon los precios del pan, queso, manteca y tocino. En Tahe sucedió lo mismo.

En Leicester se unieron y tomaron vagones de queso, rompiendo luego las ventanas de la cárcel del condado con la idea de liberar a los amotinados que allí se encontraban.

En Derby la turba fue enfrentada por una fuerza oficial montada; los apedrearon con violencia e hirieron al oficial principal; asaltaron un almacén de queso, pero 34 de ellos fueron tomados prisioneros. Los restantes se unieron nuevamente y atacon un bote sobre el río Darwet, del cual tomaron queso por un valor de 300 libras. No temen a los magistrados civiles, sino solamente a la fuerza militar.

En Dunnington la turba se levantó, asaltó un almacén de queso que estaba defendido por 18 hombres, pero fue en vano. Atacaron un bote sobre el río Darwent, del cual tomaron grandes cantidades de queso. El propietario les ofreció 50 libras para salvar su queso y además prometió comprar una balanza y vender toda la carga a 2 peniques la libra. Los líderes respondieron con gritos e insultos: "Maldita sea su caridad; tendremos el queso por nada".

En la feria de Nottingham la turba tomó todo el queso que pertenecía a los agentes comisionados y lo distribuyó entre ellos; en cambio no tocó el queso de los granjeros. Los magistrados civiles pidieron el auxilio de los militares, de los granjeros, pero afortunadamente sólo un hombre resultó muerto, y éste resultó ser un granjero de paso.



En la transformación industrial que hizo de Inglaterra el principal país industrializado del siglo XIX desempeña el papel principal la industria textil y —de manera especial— el telar de Cartwright.

los diarios son frecuentes avisos como éste: "Se desea familia con cinco a ocho hijos que pueda trabajar en una fábrica de algodón". En Inglaterra, en 1835, la cantidad de obreros varones mayores empleados era de 50.675; mujeres, 53.410; jóvenes de 13 a 18 años, 53.843 y niños, 24.164.
La emigración campesina y el crecimiento demográfico garantizaron la existencia de un ejército industrial de reserva. Esto permitió bajar los salarios y así aumentar la tasa de beneficio del capital. Posteriormente se vio que se podía multiplicar este beneficio bajando aún más el salario a niveles de mera subsistencia, lo que llevó a que los niños y las mujeres fueran preferidos por los patrones.
A la injusticia del régimen capitalista en el plano económico se unió su insensibilidad ante la destrucción de la familia, el fomento del alcoholismo, la desocupación crónica, la degradación personal.
Entonces los obreros comienzan a tomar conciencia de su situación, como producto de la nueva realidad que deben enfrentar, y a actuar en consecuencia; con los primeros brotes de protesta y de violencia comienzan a recorrer un largo y duro camino en el cual, a pesar del aumento constante de la represión, concretan sus organizaciones, definen sus métodos de lucha, profundizan su ideología.

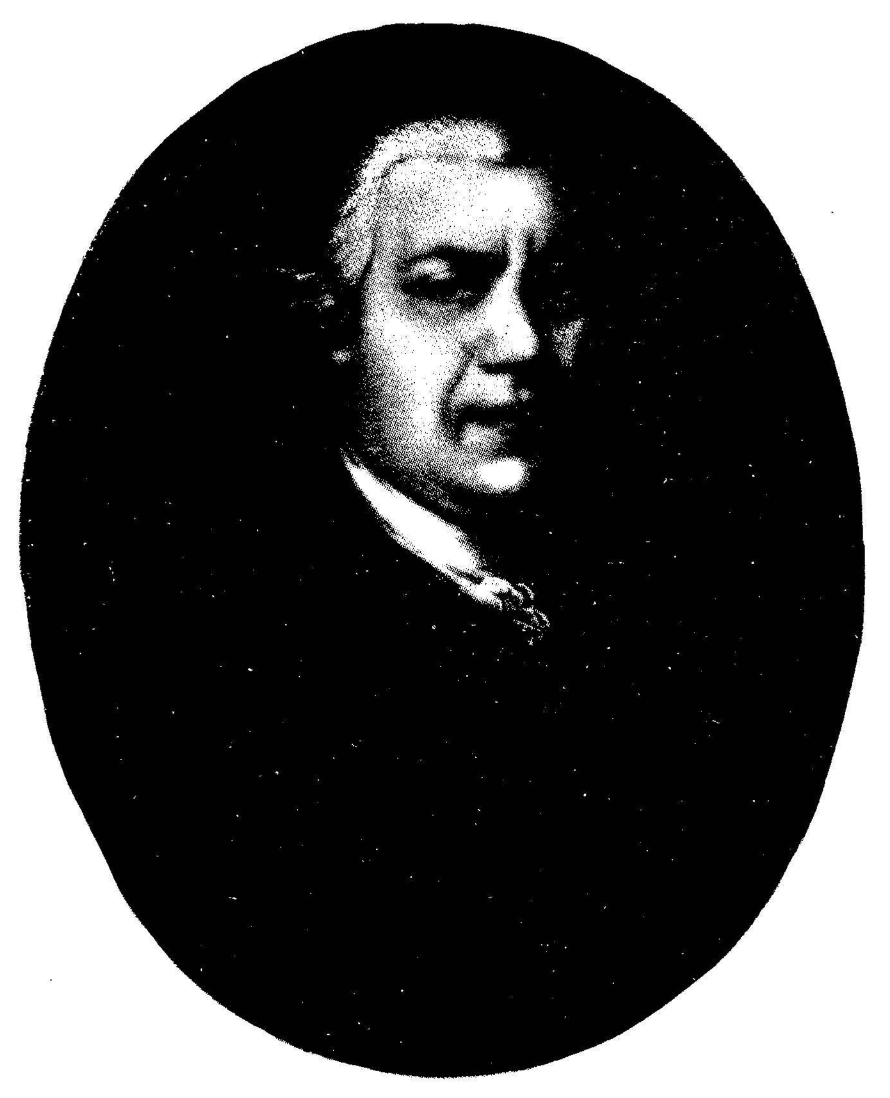
La organización obrera. Las primeras huelgas

Los primeros movimientos obreros de resistencia aparecen como protesta por los bajos salarios que se pagan en los talleres manufactureros. Las reivindicaciones, al principio precarias, parciales y aun contradictorias, irán con el tiempo abarcando otros planos y adquiriendo coherencia. De una actitud mutualista, cuyo objetivo es la defensa del salario, se pasará a una ofensiva irracional contra la máquina, y de ésta a la organización obrera moderna que se concreta con la aparición de los primeros sindicatos en 1829 en Inglaterra, y también de los primeros grupos políticos, donde pronto se perfilan las posiciones reformistas o revolucionarias que habrían de articular la ideología del movimiento obrero.
Ya en 1539 los tipógrafos de la ciudad de Lyon habían hecho una huelga reclamando mejores salarios, pero pidiendo al mismo tiempo que se diera más libertad en el trabajo y se limitara el número de aprendices. Casi dos siglos después, en 1724, los obreros boneteros de París se declararon en huelga a causa de la reducción injustificada de sus salarios. Crean entonces, para sostener esa acción, una "caja de huelga". Más tarde, hacia fines del XVIII, y con un objetivo que se limita a la defensa del salario, diversos gremios llevan a cabo verdaderos motines, en muchos de los cuales la lucha es sangrienta.
En Inglaterra, donde tempranamente se desarrolla el maquinismo, las reacciones se dirigen contra la desocupación y las nuevas máquinas que la originan. El primer gran movimiento contra estas máquinas, que dejan en la calle a los obreros, es el de los luddistas, movimiento espontáneo que lleva a los obreros ingleses a destruirlas. La agitación tiene su momento culminante en 1811. Y provoca una intervención en defensa de los "destructores de máquinas" del poeta lord Byron, en la Cámara Alta, de la cual era miembro.
El movimiento luddista se prolonga por varios años y sólo dejará lugar a otro tipo de resistencia obrera, cuando se pase de la acción espontánea contra la máquina simbolizadora de opresión a la conciencia de la necesidad de una organización social propia. Por otra parte, y en la medida en que este tipo de acción no es superado por otra forma de protesta, se propaga a los demás países que se van incorporando a la organización fabril. Alemania, Francia, Bélgica e Italia también conocieron estas olas de destructores de **máquinas, en cuya acción subyacía tempranamente la rebelión social contra las injusticias del régimen capitalista, que era el que usaba la máquina de manera tal que su uso producía la desocupación y la miseria.**
En Inglaterra la acción de los luddistas influyó en muchos niveles. Así sucede con las ideas de Malthus, quien expresa el pesimismo de la sociedad inglesa y destaca que es imposible un crecimiento económico indefinido. No es de extrañar que, entonces, desarrolle sus teorías sobre la población, en donde señala que es necesario reducir la misma para poder subsistir. Los recursos son limitados y la sociedad crece. Por lo tanto es saludable la alta tasa de mortalidad, son saludables las guerras porque equilibran el desmesurado crecimiento de población. Esto por cierto, servirá de justificación moral para los manufactureros responsables de la miseria y desocupación obrera. En última instancia con su política de superexplotación, *ayudaban científicamente* al equilibrio demográfico de la humanidad.
Sin embargo, la población obrera inglesa sigue aumentando. Sobre todo después de 1815, año en que termina la guerra con Napoleón, y en que se vuelca al mercado de mano de obra de Inglaterra una masa de soldados que contribuye a hacer aún más crítica la situación. Crecen entonces las reacciones y las protestas. En 1817 se produce la primera "marcha del hambre" sobre Londres. Esta marcha deja atónita a la sociedad londinense y muestra que la situación va llegando a niveles que escapan al control. Poco después, en 1819, se organiza un tremendo mitin que en Saint Peter's Field reúne a más de 80.000 personas. Para la época una asamblea monstruo. Se produce allí un ataque del ejército. El campo de Peterloo queda cubierto de cadáveres y heridos. El régimen conservador británico recurre, desbordado, al terror. El general en jefe del ejército masacrador es Wellington, vencedor de Napoleón en Waterloo, a quien luego se lo conocerá en

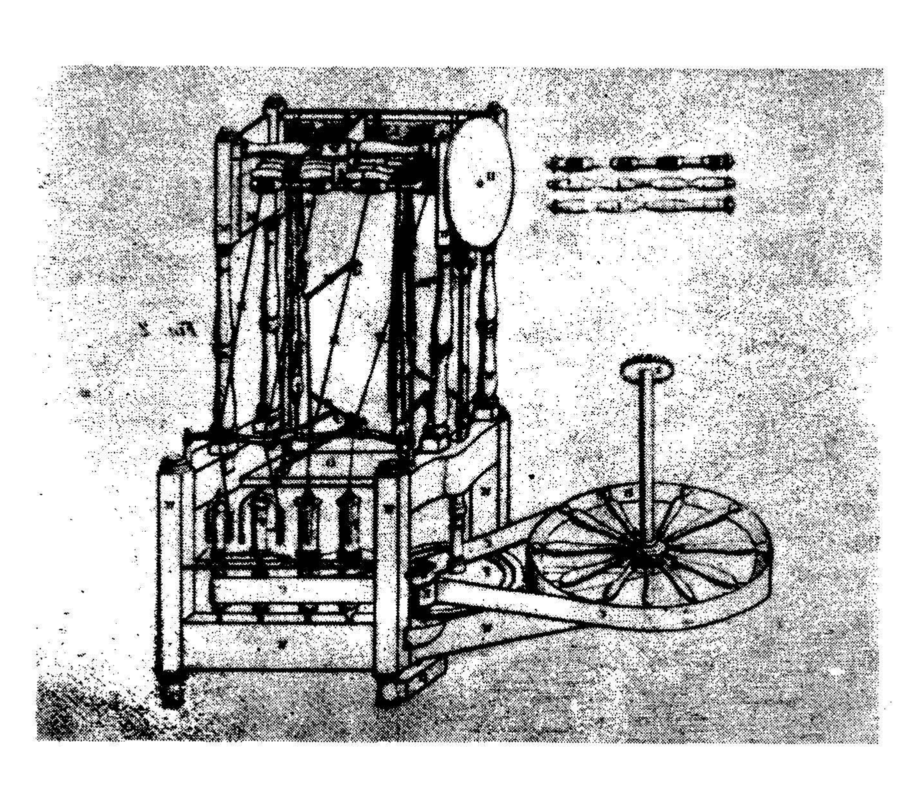
la historia inglesa como el general de Waterloo y Peterloo.
En 1819, con motivo de que la agitación sigue creciendo a pesar de la brutal represión, se aprueba la legislación represiva más coherente hasta ese momento, conocida como las *Seis Leyes* (*Six Acts*), en la cual se prohiben las reuniones, las organizaciones obreras y las actividades de todo tipo que puedan ser perjudiciales a la "paz social". Esta legislación es la culminación de una etapa histórica formativa del movimiento obrero. En Inglaterra se llega ya no sólo a prohibir las "corporaciones", como se las designaba comúnmente, sino que se incursiona, a través de las leyes de 1819, en el terreno político. Signo de la etapa en que se entra y de las nuevas relaciones sociales. Al señalar esto es importante recordar que la legislación contra las huelgas o contra la asociación obrera es algo que viene de tiempo atrás. Ya en 1749 la reglamentación sostiene: "Prohibimos a todos los compañeros y obreros que se reunan con el pretexto de su cofradía a que se confabulen para colocarse los unos y los otros junto a un dueño o abandonarle, y también que obstaculicen que los dueños escojan por sí mismos a sus operarios". Es evidente que la libertad del dueño es garantizada claramente, no así la de los obreros.
Producida la revolución francesa, se aprueba en 1790 una resolución por la que se concede a todos los ciudadanos el derecho a reunirse y a formar entre ellos asociaciones libres. Pero esta resolución fue derogada en forma inmediata y en seguida se aprobó la famosa Ley Le Chapelier, de 1791. Por ella se prohíbe toda organización obrera o patronal y se desaprueba tanto la huelga como el lockout, pero las penas difieren mucho según los infractores sean obreros o patrones. Por fin se establece "que pertenece a los convenios libres de individuo a individuo al fijar el jornal de cada obrero. Es de incumbencia del obrero mantener el acuerdo que ha hecho con quien le ocupa". Así es el obrero, individualmente, el que debe enfrentar al patrón. La injusticia de la aparente igualdad es obvia en nuestra época. Agreguemos que para llegar a la formulación de los primeros convenios colectivos de trabajo habrá que pasar la etapa de la agitación socialista que culmina en la redacción del *Manifiesto comunista* en 1847, y con las revoluciones que en el 1848 conmueven a toda Europa. No obstante ello, la huelga, condenada al ser condenadas las asociaciones obreras, la huelga, que produjo la matanza de Peterloo y las leyes represivas del 1819, seguirá siendo el arma más importante que utilizará la clase obrera en sus luchas.
Pasado el primer momento de ajuste en lo que refiere a las condiciones generales de funcionamiento del maquinismo y del sistema fabril de la revolución industrial, se irá decantando una actitud proletaria que será la que permitirá el paso a una etapa posterior, de organización sindical y política del movimiento obrero. La clase obrera deja entonces de ser mero factor de explotación y desarrolla la conciencia de sus propios intereses. Esa conciencia irá apartando cada vez cuestiones más importantes. Lo cierto es que a pesar de marchas y contramarchas, los éxitos momentáneos y las derrotas, a veces sangrientas, poco a poco aparecerá, objetivamente, aún para sus peores enemigos, como el sector socialmente determinante del curso de la historia contemporánea.

Sindicatos y cartismo en Inglaterra

Hasta 1830, en que después de una larga serie de choques, violencias y represiones, las organizaciones obreras adquieren fuerza y clarifican su ideología, las luchas de los obreros se articulan en torno al objetivo de formar los sindicatos y de convertirlos en instrumentos efectivos.
En un primer momento, hacia fines del siglo XVIII, el movimiento obrero se confunde, en las luchas contra la opresión, con las organizaciones de la burguesía radicalizada, el sector que pasa a ser denominado en Inglaterra los "radicals", y en el que se mezclan un cierto jacobinismo típico de la revolución francesa en marcha, con reivindicaciones de tipo democrático para su propio país.
En esa época se organizan una serie de clubes y asociaciones, de las cuales la más importante fue, hacia fines del XVIII, la *Corresponding Society*, cuyo nombre puede ser traducido tanto como Sociedad por Correspondencia como Sociedad Correspondiente. Los mejores representantes del movimiento radical burgués estuvieron allí junto con los primeros grupos organizados de obreros. Exigían garantías democráticas y, especialmente, que el parlamento se reuniera anualmente; que se eliminaran los "burgos podridos", así llamados porque permitían, mediante el uso del voto calificado, la elección de electores no representativos.
Las exigencias democráticas de que se eliminaran estos "burgos podridos" y de que se reuniera anualmente el parlamento eran rechazados violentamente por los grupos gobernantes que dominaban por completo la Cámara de los Lores.
Pronto la *Corresponding Society* se desarrolló con fuerza, y entonces empezó la represión. La misma consistió, en lo jurídico, en la adopción de nuevas leyes que prohibían toda clase de asociaciones. Las leyes de 1799 y 1800, llamadas *Combination Acts* declararon ilegales a las mismas, pero introdujeron un elemento nuevo con respecto a la legislación represiva anterior, que consistió en la autorización para realizar procesos sumarísimos, mediante los cuales la justicia podía enviar a la cárcel a quienes fueran acusados de pertenecer a una asociación.
Hay que tener en cuenta que en esos años Inglaterra está en guerra con Francia. La burguesía, en general asustada por las



Sir Richard Arkwright y su máquina de hilar. El advenimiento de la máquina de Arkwright permitió la creación de fábricas, suplantando a los talleres.



ideas más avanzadas de Francia, deja en gran medida de participar en estas asociaciones. Por el contrario, los obreros apoyan a las mismas, como única forma de defender ciertos derechos democráticos. Los historiadores Morton y Tate relatan: "En 1796, un árbol de la libertad fue plantado por la fuerza en la plaza del mercado de Nottingham y hasta 1802 se celebró allí el aniversario de la toma de la Bastilla, con una fiesta durante la cual el miembro radical del Parlamento era llevado en triunfo a través de la ciudad a los acordes de la Marsellesa". Hechos como éstos eran muy irritantes en una Inglaterra dominada por los conservadores y en guerra con Francia, sobre todo si tenemos en cuenta que desde 1794 el primer ministro Pitt había suspendido el habeas corpus por ocho años. Inglaterra vivió bajo este régimen prácticamente hasta 1832, en que por fin se aprobó la reforma electoral que permitió el ingreso en las Cámaras de la nueva burguesía manufacturera. La derivación lógica de la represión fue la respuesta violenta. Si primero hubo intentos de huelgas obreras, que fueron reprimidas, luego vinieron los asesinatos. El movimiento luddista fue una manera de responder a la represión; al mismo tiempo se desarrollaba una ola de atentados y acciones directas de los obreros. Cuando realizan una huelga empiezan por atacar a los rompehuelgas. Violencia más violencia. A poco andar se llega a la marcha del hambre de 1817, las leyes de represión de 1819 y la matanza de Peterloo, hechos que ya hemos relatado. La legislación represiva sigue ajustando su funcionamiento. Ahora ya no se trata simplemente de prohibir las asociaciones, sino de plasmar una legislación contra las violencias y las intimidaciones. Entonces "molestar" a quien quiera trabajar durante una huelga será motivo de condena. Uno de los primeros y más importantes dirigentes obreros fue el irlandés John Doherty. En 1829, y luego del fracaso de una huelga, decide tomar la iniciativa en la organización de una en-





En 1819 una concentración de 80.000 personas reunidas en Peterloo, Inglaterra, con el fin de pedir distintas reivindicaciones fue atacada por la policía. El ataque había sido premeditado por parte de las autoridades, que incluso prepararon el terreno para poder masacrar a los participantes con mayor impunidad.

En el grabado: medalla conmemorativa.

La matanza de Peterloo (1819)

"... Alrededor de las 11 la gente comenzó a reunirse en torno de la casa de J. Johnson, en Smedley Cottage, donde H. Hunt había fijado residencia. Alrededor de las 12 Hunt y sus amigos subieron al carruaje. Ellos no habían avanzado mucho cuando fueron abordados por el comité de Mujeres Reformistas Sociales, una de las cuales. mujer de aspecto interesante, levantó un estandarte en el que había impreso una mujer portando una bandera, coronada con el gorro de la libertad, mientras pisoteaba un emblema con la inscripción "corrupción". Se le solicitó que tomara asiento en el pescante del carruaje el lugar más apropiado), lo que aceptó audaz e inmediatamente y continuó flameando su bandera y su pañuelo hasta que llegó a las tribunas donde tomó lugar al frente en el sector derecho. El resto del comité siguió al carruaje en procesión y subieron a las tribunas cuando llegaron. Al dejar Smedley Cottage, grupos conjuntos de hombres se veían a distancia, marchando en orden militar, con música y estandartes que llevaban distintas leyendas. como "Fuera las leyes de cereales", "Libertad o muerte", "Impuestos sin representación es tiranía", "Tendremos libertad", la bandera usada por los amigos del doctor Hunt en la elección general de Westminster y varias otras, muchas de las cuales estaban coronadas con gorros de la libertad. El espectáculo, rebosante de plena alegría, nunca se ha visto antes. Mujeres de 12 a 80 años se veían vitoreando con sus gorras en las manos y sus cabellos desgreñados. Al pasar por las calles hacia el lugar del mitin era tan grande la multitud que el carruaje apenas se podía mover. Se le informó a Hunt que St. Peter's Field ya estaba rebosante de público; no menos de 300.000 personas estaban reunidas allí. La procesión llegó al lugar de destino a las 13, Mr. Hunt expresó su desacuerdo por las tribunas ya que temía que ocurriera un accidente. Después de algunas dudas, subió e inmediatamente Johnson propuso que H. Hunt fuera designado presidente, lo que fue aprobado por aclamación. Hunt comenzó su discurso agradeciendo a todos el favor que le habían conferido e hizo algunas consideraciones irónicas sobre la conducta de algunos magistrados cuando un carro, que evidentemente provenía de aquella parte del campo donde se hallaban la policía y los magistrados reunidos en una casa, se adelantó por el medio del campo con gran fastidio y peligro para la gente reunida, que con gran tranquilidad se esforzó para darle paso. Apenas el carro había pasado cuando la caballería hizo su aparición desde el lugar por donde había salido el carro; galoparon en forma furiosa alrededor del campo, abalanzándose sobre cada persona que no había podido huir a tiempo, y llegaron hasta donde se hallaba la policía apostada, luego de un momento de pausa, recibieron indicaciones de la policía en términos de señal para el ataque. El mitin desde el comienzo hasta el instante en que irrumpió la policía y caballería fue uno de los más tranquilos y ordenados que presenciaron en toda Inglaterra. Se veía alegría en las caras de todos y las reformadoras femeninas coronaban la reunión con gracia y estimulaban un sentimiento particularmente interesante. La caballería hizo una carga con furia desenfrenada; cortaban en dos o herían hombres, mujeres y niños en forma indiscriminada, comenzando un ataque premeditado con una sed de sangre y destrucción insaciable. Deberían haber llevado un medallón que en un lado tuviera la inscripción "Los carniceros de Manchester" y que en el dorso describiera cómo habían masacrado a hombres, mujeres y niños indefensos que no los habían provocado ni tampoco habían dado señales que justificaran el ataque. Y como prueba de que ese ataque fue premeditado por parte de los magistrados, habían sido recogidas las piedras que estaban en el camino, el viernes y el sábado anterior al mitin, por gente que había sido expresamente enviada allí por los magistrados, de modo tal que el pueblo no tuviera ninguna posibilidad de defensa."
("Peterloo, 1819" de R. Carlile. Carta abierta dirigida a Lord Sidmouth. Sherwin's *Weekly Political Register*, 18 de agosto de 1819.)

tidad que reúna a todos los oficios. El movimiento culmina poco después, cuando en Manchester se realiza un congreso que decide fundar la *Asociación Nacional para la Protección del Trabajo* (*NAPL*). Pronto la organización se expande. A fines de 1830 una huelga en Lancashire la pone a prueba. Entonces su debilidad organizativa la hace fracasar. Su actividad llega hasta 1832. Con todo, es el primer intento serio de formar una Unión o Sindicato. En 1830 ya se había organizado un sindicato de obreros de la construcción denominado *Operative Builders Union* y en 1834 se va a formar la primer central de trabajadores: la *Grand National Consolidated Trade Unions*, la cual reconoce como antecedente a la *National Equitable Labour Exchange*. Esta tenía como objetivo el asegurar la venta de los productos fabricados por las cooperativas de producción. Es evidente que en esto último se entrecruzan dos cuestiones, una relación que nos remite a las teorías de Robert Owen, ideólogo del cooperativismo y de la humanización del capital. Por un lado una organización cooperativa para la venta de los productos y por otro una asociación obrera nacional. Por el momento era normal que ambas tendencias coincidieran y al mismo tiempo aparecieran diferenciándose de las tendencias que seguían reclamando sólo reformas parlamentarias. No obstante, a poco andar, quedará demostrado que ambas actitudes llevan por caminos diferentes

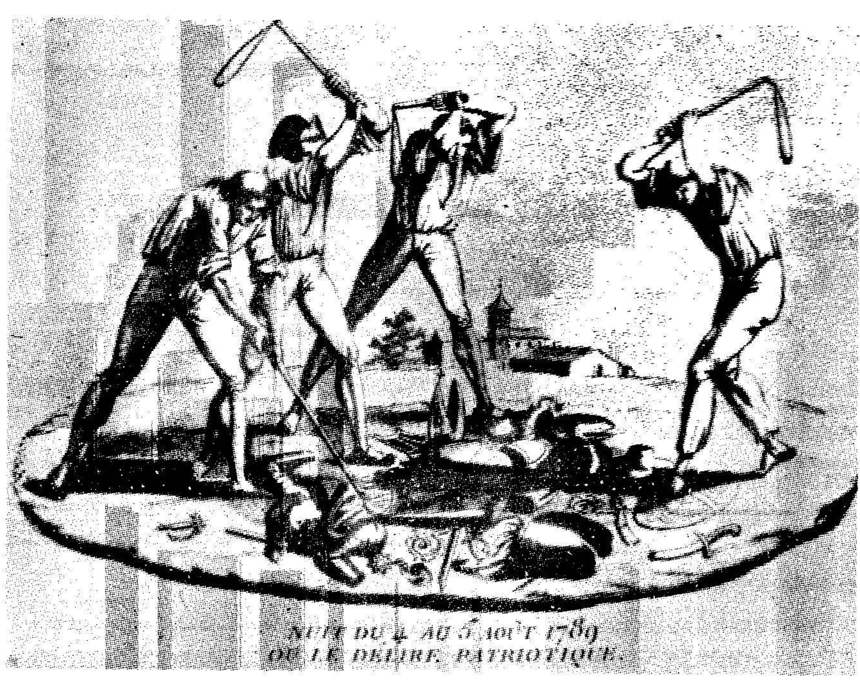
Mientras tanto, si la burguesía manufacturera en su búsqueda de reivindicaciones democráticas consigue que el Parlamento apruebe las leyes de Reforma en 1832, los obreros sólo consiguen que aumente la represión. Entonces los viejos aliados se separan. La burguesía llega a la antesala del poder político global. Los obreros enfrentan no sólo y como siempre a terratenientes y aristócratas sino también a la burguesía manufacturera. En el año 1834 la inquietud rural se generaliza, hay rompimientos de



El incesante aumento en la instalación de fábricas constribuyó al descontento popular. Donde se introdujera la máquina al sistema de producción se producían reacciones —en ocasiones violentas— contra ella.







En el grabado superior: Cayo Graco Babeuf, uno de los dirigentes de la Conspiración de los Iguales. En la ilustración inferior: el dibujo representa a la nación francesa aplastando en 1789 al feudalismo.

máquinas, incendios de propiedades. El gobierno detiene a seis dirigentes sindicales y aplica con todo rigor las leyes contra las asociaciones. Estos dirigentes, a los que se conoce como "los mártires de Tolpuddle", son condenados a siete años de deportación y se los embarca rumbo a Australia. Este severo castigo a los obreros de Dorchester provoca violentas manifestaciones en todo el país e incluso el *Times* se levanta contra tal injusticia afirmando que "los crímenes que han provocado tal castigo no han sido probados, y además el crimen de que se los acusa no justifica la sentencia". En 1836 los obreros condenados comenzaron a ser indultados uno por uno y regresaron a Inglaterra, pero la agitación ya estaba producida. El descrédito del gobierno era general.

La reforma electoral de 1832, si bien importante, era insuficiente para dar satisfacción al pueblo. No se eliminaba el voto calificado. Con la modificación del tope de la renta anual necesario para ser elector, sólo se había conseguido que la cantidad de electores pasara de unos 400 mil a unos 800 mil. Una vez integrada la Cámara con los flamantes diputados de la burguesía manufacturera se aprueba una *Factory Act* (Ley Fabril), en 1833, que permite el empleo de niños en las fábricas, siempre y cuando tengan más de 9 años y su horario sea sólo de 48 horas por semana. Esto, en realidad, era una burla de las reivindicaciones obreras: lo que se hacía era legalizar el trabajo de los niños, manteniendo las condiciones de miseria y explotación.

En tales condiciones, la contradicción expresada en las ideas de Robert Owen tenderá a definirse o por lo menos a clarificarse. Owen, dice W. Abendroth, "no pensaba por cierto en términos de lucha de clases: esperaba poder ganar a los mismos empresarios a la idea de su sistema de economía cooperativa. Como Saint-Simon, creía en la comunidad de intereses de las clases productivas e industriales frente a los propietarios terratenientes y los poderes del estado. Su *Nuevo Mundo Moral* (su obra más importante) debía edificarse dentro de la más bella armonía de las clases". Lo que sucede en Inglaterra señalará las debilidades y las contradicciones de estas teorías. Los empresarios fabriles rechazarán todo tipo de experiencia cooperativista y los obreros recibirán el peso de la represión.

Es entonces cuando surge un nuevo movimiento, el cartista, llamado así por defender lo que se denominó *Carta del Pueblo*. Con él y sobre la base de un movimiento sindical, aparece el primer movimiento político de la clase obrera como tal, independiente de la burguesía. En el cartismo, que habría de realizar una gran agitación en Inglaterra, se reconocen tres olas: la primera va de 1837 a 1839; la segunda de 1840 a 1842 y la tercera es la de 1848.

En la primera se proclama la *Carta* con los puntos que se reivindican. Son los mismos de las sociedades radicales de fin de siglo, sólo que ahora se dirigen contra un parlamento en el cual está la burguesía. Se hace la petición al Parlamento y se recogen firmas. El petitorio es un documento político de primera importancia, pero el parlamento se niega a considerarlo. Ese programa será la base de todo el movimiento cartista, pero será la segunda ola del cartismo la que tendrá especial importancia. En ese momento también se firma un petitorio, pero al movimiento se le plantea una disyuntiva. Deberá optar entre dos posiciones: la que se define ya como de lucha de clases o la de alianza con la burguesía radical. Si hace la alianza con la burguesía radical, sus métodos serán determinados por este sector, pero la legalidad de los mismos pasará a ser incuestionable. Si, por lo contrario, adopta la concepción de la lucha de clases, el enfrentamiento se producirá con cualquier alternativa burguesa. El cartismo no consigue definir sus métodos y su política y se producirá una escisión clara. Un sector se pronunciará por lo que se denomina la *fuerza moral*, es decir, por lo que luego se conocerá, en la política de la clase obrera, como reformismo. Confían en una alianza con sectores de la burguesía y piensan que la presión moral ejercida por la justeza de sus reclamos terminará por llevarlos al triunfo. Su base de acción y reclutamiento está en el sur de Inglaterra, donde predominan los viejos trabajos artesanales.

El otro sector del cartismo se pronunciará por lo que se denominó en su época la *fuerza física*: plantean que sólo la acción obrera llevará al triunfo sus posiciones. Sus métodos son clasistas y rechazan la alianza formal con sectores de la burguesía. En ese momento se nuclean bajo sus banderas los obreros de las ciudades del norte, cuyo centro es Manchester, el corazón del proceso llamado "revolución industrial". Los métodos que se reivindican son los de la huelga nacional por un mes, que llamarán las "Vacaciones" o "Gran Fiesta Nacional". Si los obreros no trabajan los patrones no ganan. Por lo tanto una huelga prolongada (un mes) hará entrar en razón al más testarudo de los patrones. Esta huelga nacional fracasa, y con ella fracasa el sector de la *fuerza física*. Pero ya está planteada la cuestión: O una política de clase o una política de alianza con la burguesía. O métodos violentos o métodos morales. Poco más tarde la cuestión se racionalizará y las tendencias ideológicas en el movimiento obrero irán dando más contenido y precisión a cada posición. Muchos de los sindicatos ingleses actuales reconocen su fecha de fundación en este momento de las luchas sindicales.

De la Revolución Francesa a las insurrecciones de Lyon (1831)

Francia, país con una fuerte tradición artesanal, conoció durante varios siglos el funcionamiento de cierto tipo de mutualismo que entró en crisis cuando el país comenzó a tran-

Los seis puntos de la Carta del Pueblo (1838)

1. *Voto para cada hombre* mayor de 21 años, cuerdo y sin antecedentes penales.
2. *Papeleta electoral* para proteger el elector en el ejercicio de su voto.
3. Que no existan calificaciones por *propiedad* para miembros del Parlamento; de este modo se permite que los distritos electorales ejerzan democráticamente su derecho de elegir un hombre que los represente, ya sea pobre o rico.
4. *Pago de los miembros*: de esta manera se permite a los honestos comerciantes, trabajadores o cualquier otra persona servir a su distrito electoral en forma intensiva, desentendiéndose de sus problemas personales.
5. *Nivelación de los distritos electorales* para asegurar una representación igualitaria con el mismo número de electores, en lugar de permitir que distritos electorales pequeños tengan una representación mayor que otras regiones más extensas.
6. *Parlamentos anuales*: de esta manera se logra un control más efectivo sobre los representantes, que al ser renovados anualmente se cuidarán mucho más que ahora de no defraudar al pueblo que los ha elegido, y si es posible sobornar o comprar un cargo en un período parlamentario de seis años, es de imaginar que bajo el imperio del sufragio universal y siendo el período de un año no hay riqueza que alcance para poner en práctica lo que ahora se hace impunemente.

sitar por el camino de la manufactura y de la organización fabril.

La Revolución Francesa había sido un proceso social que envolvió a todas las clases, a todos los sectores. Como revolución burguesa cuyo objetivo era echar abajo definitivamente los privilegios medievales aún subsistentes debió plantear esos objetivos de modo tal que se nuclearan en torno a ella la pequeña burguesía y la clase obrera, es decir los grupos que dentro del proceso revolucionario eran denominados genéricamente, como "el pueblo" o "los plebeyos".

Es evidente que la Revolución de 1789 fue posible gracias a que los plebeyos salieron a la calle. Ellos, de hecho, fueron los que derrocaron a la monarquía.

En Francia es común que se produzcan revoluciones con fuerte contenido social en las cuales, a pesar de que son los sectores explotados, obreros y plebeyos en general, los que salen a definir la situación, a ganar la calle y a exponer sus vidas, el movimiento es capitalizado por otras tendencias. En el caso de la Revolución Francesa de 1789 es la burguesía la beneficiaria directa, pero ella no habría triunfado en la forma total, rápida y completa en que lo hizo si no hubiera sido por la movilización popular. Son las masas en la calle las que garantizan el triunfo, las que entregan el poder a los grupos revolucionarios republicanos. Al principio el término de republicano señala tanto a burgueses como proletarios, pero poco a poco se establecerán las diferencias: en la historia de Francia los republicanos serán identificados como la tendencia burguesa y los obreros pasarán a llamarse socialistas.

En la Revolución Francesa el poder lo ejercieron dos grandes sectores: la derecha y la izquierda, es decir, los grupos conocidos, por el lugar que ocupaban en la Convención como la Gironda y la Montaña, respectivamente. A poco andar en esta última aparecerán diversas tendencias, entre las cuales dominará el grupo de los jacobinos, el cual a su vez



"La Revolución Francesa no es sino la predecesora de otra, más grandiosa y que será la final" (Del "Manifiesto de los Igualitarios").

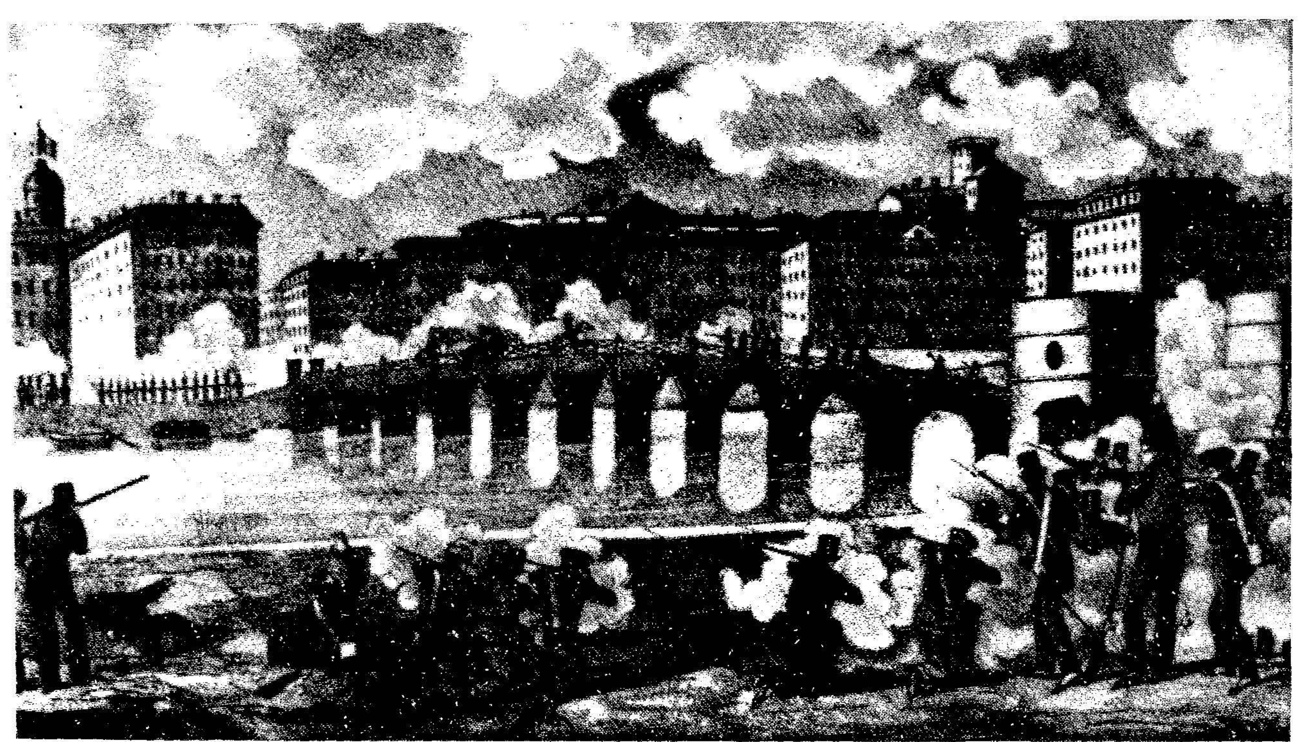


también estaba fragmentado internamente. Este grupo, a pesar de que era el que más buscaba en los momentos decisivos, aliarse con las masas populares, realizó una política de élite. En él Dantón refleja la posición más conciliadora con la derecha y Robespierre, figura destacada durante el período del "terror", sólo era centrista. El sector que realmente representaba a la izquierda se había nucleado en torno a otros dirigentes como, por ejemplo, Hébert o Chaumette. Este último afirmaba que "el indigente no había conseguido de la Revolución más que el derecho a quejarse de su pobreza". Propuso un impuesto progresivo a la renta y quiso hacer de cada trabajador un propietario. Junto con eso proponía expropiar las empresas de los ricos y entregárselas al Estado, hacer requisas de víveres, etc. Por otro lado los hebertistas constituyen una especie de anarquismo rudimentario pues, junto a la exaltación de un cierto tipo de terrorismo, defendían la propiedad privada, pero generalizando su posición hasta el punto de afirmar que "con la desaparición del estado advendrá una era de paz y felicidad".

La Revolución Francesa activó intensamente las discusiones ideológicas y políticas. Cuando cayó el gobierno jacobino de Robespierre y la derecha triunfó, desfigurando la revolución misma, la radicalización de algunos grupos llevó a la formación de la Sociedad de los Iguales, fundada por Babeuf y Dartés. La clase obrera, pequeña aún y sin tradición de lucha, no pesaba mayormente en el proceso. Hay que recordar que la revolución industrial recién estaba apareciendo en Inglaterra y que en Francia lo que se expresa, corresponde a su situación durante el siglo XVIII. Los Iguales planearon una conspiración que fracasó y sus principales dirigentes,Babeuf y Dartés, fueron ejecutados en 1797. Pero, a pesar de esto, el movimiento será considerado como el punto de partida de las luchas sociales de la clase trabajadora francesa. El *Manifiesto de los Igualitarios*, llamados así porque postulaban la igualdad absoluta entre los hombres y la eliminación de la riqueza y de los privilegios, sostenía: "La Revolución Francesa no es más que la predecesora de otra más grandiosa y que será la final". Los socialistas franceses encontraron ahí el punto de partida para preparar esta otra revolución. Con todo, pasó bastante tiempo hasta que, con la incorporación de Francia a la revolución industrial, apareciera un proletariado que permitiera replantear las ideas de Babeuf.

En 1830 recomenzará el ciclo, pero a un nivel mucho más elevado. En este año se produce, en el mes de julio, una revolución que derroca al monarca Carlos X y entrega el trono a Luis Felipe de Orleáns. El derrocado representaba, después de las aventuras napoleónicas, la reacción tradicional de los grandes señores contra los principios de la revolución francesa. Luis Felipe, en cambio, representaba a una nueva burguesía financiera. Para que ésta pueda triunfar, nuevamente es el pueblo el que sale a la calle. Sólo que ahora ese pueblo está constituido principalmente por obreros. Ya no es el sector, un tanto indiferenciado, al que se denominaba "los plebeyos". Se han definido sus características sociales: ahora son obreros. Para triunfar son necesarias tres sangrientas jornadas de lucha. Cuando las fuerzas de represión son derrotadas una ola de euforia recorre los barrios populares. Es que han puesto en el trono a un representante político del cual esperan como retribución que satisfaga sus demandas. Pero nada de ello ocurre. Los obreros son usados para la insurrección, pero debido a que carecen de organizaciones propias y de política propia se los desconoce después del triunfo. La burguesía no mostrará, por cierto, su agradecimiento, y su insensibilidad lleva el conflicto a una situación de permanente crisis, que estallará definitivamente en 1848. Mientras tanto, entre 1830 y 1848, se suceden las insurrecciones obre-

En 1831 y 1834 los obreros de la ciudad de Lyon llevan a cabo dos grandes movimientos masivos, que darán lugar a que se discutan las orientaciones de la industria textil en ese momento.



ras, las manifestaciones, los petitorios. Se organizan y desorganizan cantidad de clubes y sociedades secretas. Durante el período se producen dos grandes movimientos obreros, en 1831 y 1834, que tienen por centro la ciudad de Lyon, eje de la industria textil, y que servirán para poner sobre la mesa la discusión tanto de la táctica a seguir como de los programas a defender.

La superexplotación se había afirmado en manos de esa burguesía, más racional en sus métodos que los viejos terratenientes de ideas feudales. En 1830 un informe indica que, sobre 10.000 niños, 9.930 son declarados ineptos por sus deficiencias físicas. Un dato que señala cómo el nuevo régimen carcome el cuerpo social de la nación. Si en la época de Carlos X un tejedor de Lyon ganaba entre 4 y 6 francos por día cumpliendo 13 horas de trabajo, bajo Luis Felipe, luego de la revolución de julio, ganará sólo 1,25 francos por 18 horas de trabajo.

La respuesta fue la insurrección de Lyon de 1831. Los obreros exigieron que se aprobaran nuevas tarifas para el pago de su trabajo. El gobierno se negó. La insurrección llevó a los obreros a apoderarse de la ciudad durante diez días. No era éste su objetivo, pero las autoridades burguesas huyen aterrorizadas y de hecho el poder pasó a manos de los obreros. La insurrección de los *Canuts*, de los tejedores de Lyon, pasará a constituir otro jalón fundamental en la historia del movimiento obrero francés. Sus métodos son todavía espontaneístas, individualistas e incluso terroristas. Pero ubiquémonos en la época, en los años que van de 1831 a 1834. Augusto Blanqui, uno de los más abnegados dirigentes de este período, sostenía que la revolución social la podía realizar un grupo pequeño y decidido. No confiaba en la acción de masas, y por ello intentó varios golpes de estado. No obstante, en ausencia de organizaciones obreras de masas, su importancia crece. Afirmaba Blanqui: "Armamento y organi-

Manifiesto Comunista (fragmentos, 1847)

Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo. Contra este espectro se han conjurado en santa jauría todas las potencias de la vieja Europa, el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.
No hay un solo partido de oposición a quien los adversarios gobernantes no motejen de comunista ni un solo partido de oposición que no lance al rostro de las oposiciones más avanzadas, lo mismo que a los enemigos reaccionarios, la acusación estigmatizante de comunismo.
De este hecho se desprenden dos consecuencias:
La primera es que el comunismo se halla ya reconocido como una potencia por todas las potencias europeas.
La segunda, que es ya hora de que los comunistas expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones, saliendo así al paso de esa leyenda del espectro comunista con un manifiesto de su partido.
Con este fin se han congregado en Londres los representantes comunistas de diferentes países y redactado el siguiente Manifiesto, que aparecerá en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

....

La industria moderna ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del magnate capitalista. Las masas obreras concentradas en la fábrica son sometidas a una organización y disciplina militares. Los obreros, soldados rasos de la industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes. No son sólo siervos de la burguesía y del Estado burgués, sino que están todos los días y a todas horas bajo el yugo esclavizador de la máquina, del contramaestre, y sobre todo del industrial burgués dueño de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, más execrable, más indignante, cuanta mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.
Cuanto menores son la habilidad y la fuerza que reclama el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo adquirido por la moderna industria, también es mayor la proporción en que el trabajo de la mujer y el niño desplaza al del hombre. Socialmente ya no rigen para la clase obrera esas diferencias de edad y de sexo. Son todos, hombres, mujeres y niños, meros instrumentos de trabajo, entre los cuales no hay más diferencia que la del costo.
Y cuando ya la explotación del obrero por el fabricante ha dado su fruto y aquél recibe el salario, caen sobre él los otros representantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etcétera.
Toda una serie de elementos modestos que venían perteneciendo a la clase media, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y labriegos, son absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño caudal no basta para alimentar las exigencias de la gran industria y sucumben arrollados por la competencia de los capitalistas más fuertes, y otros porque sus aptitudes quedan sepultadas bajo los nuevos progresos de la producción. Todas las clases sociales contribuyen, pues, a nutrir las filas del proletariado.
El proletariado recorre diversas etapas antes de fortificarse y consolidarse. Pero su lucha contra la burguesía data del instante mismo de su existencia.
Al principio son obreros aislados; luego, los de una fábrica; luego, los de toda una rama de trabajo, los que enfrentan, en una localidad, con el burgués que personalmente los explota. Sus ataques no van sólo contra el régimen burgués de producción, van también contra los propios instrumentos de la producción; los obreros, sublevados, destruyen las mercancías ajenas que les hacen la competencia, destrozan las máquinas, pegan fuego a las fábricas, pugnan por volver a la situación, ya enterrada, del obrero medieval.
En esta primera etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la concurrencia. Las concentraciones de masas de obreros no son todavía fruto de su propia unión, sino fruto de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos

zación: he ahí las armas decisivas del progreso, he ahí el medio más eficaz para poner fin a la miseria y a la opresión. Quien tiene hierro tiene pan. Ante la bayoneta no hay quien se doblegue, mas las muchedumbres desarmadas se conducen como rebaños. Una Francia henchida de obreros armados significa el triunfo del socialismo. Ante proletarios apoyados en sus fusiles se evaporan y reducen a la nada todas las dificultades, todas las imposibilidades, todas las resistencias. Pero si los proletarios no saben más que divertirse en manifestaciones callejeras, plantando árboles de la libertad, escuchando discursos de abogados, ya se sabe la suerte que les espera: primero, agua bendita; luego, insultos; y por último un plato de judías verdes. Y siempre la miseria. ¡Que el pueblo elija!"

Frente a todo esto, la insurrección de Lyon, cuya consigna era "O subsistir trabajando o morir COMBATIENDO", la represión del movimiento obrero se intensificó. El encargado de dirigirla, el entonces ministro Thiers, ordenaba a sus jefes militares que "no tuvieran ninguna misericordia para nadie".

El socialismo y el Manifiesto Comunista

En la primera mitad del siglo XIX se interrelacionan en Europa dos procesos de gran importancia. Por un lado la revolución industrial, con sus consecuencias en el plano social y en el de la producción: por el otro una renovación en las ideas que lleva al replanteo de la llamada cuestión social. Podríamos decir, simplificando al máximo procesos que son muy complejos, que si en Inglaterra se da el más alto grado de desarrollo fabril e industrial, es en Francia donde se profundizan con más fuerza las ideas sociales. La corriente racionalista, que en el siglo XVIII había ya evolucionado hacia una concepción mate-

propios tiene que poner en movimiento —cosa que todavía logra— todo el proletariado. En esta etapa, los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los grandes señores de la tierra, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses. La marcha de la historia está toda concentrada en manos de la burguesía, y cada triunfo así alcanzado es un triunfo de la clase burguesa.

Sin embargo, el desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y al paso que la maquinaria va borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios casi en todas partes a un nivel bajísimo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado. La competencia, cada vez más aguda, desatada entre la burguesía, y las crisis comerciales que desencadena, hacen cada vez más inseguro el salario del obrero; los progresos incesantes y cada día más veloces del maquinismo aumentan gradualmente la inseguridad de su existencia; las colisiones entre obreros y burgueses aislados van tomando el carácter, cada vez más señalado, de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para pertrecharse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando estallan revueltas y sublevaciones.

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter se convierten en un movimiento nacional, en lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros para unirse con las demás; el proletariado moderno, gracias a los ferrocarriles, ha creado su unión en unos cuantos años.

Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se ve minada a cada momento por la concurrencia desatada entre los propios obreros. Pero avanza y triunfa siempre, a pesar de todo, cada vez más fuerte, más firme, más pujante. Y aprovechándose de las discordias que surgen en el seno de la burguesía, impone la sanción legal de sus intereses propios. Así nace en Inglaterra la ley de la jornada de diez horas.

Las colisiones producidas entre las fuerzas de la antigua sociedad imprimen nuevos impulsos al proletariado. La burguesía lucha incesantemente: primero contra la aristocracia; luego, contra aquellos sectores de la propia burguesía cuyos intereses chocan con los progresos de la industria, y siempre contra la burguesía de los demás países. Para librar estos combates no tiene más remedio que apelar al proletariado, reclamar su auxilio, arrastrándolo así a la palestra política. Y de este modo le suministra elementos de fuerza, es decir, armas contra sí misma.

Además, como hemos visto, los progresos de la industria traen a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase gobernante, o a lo menos los colocan en las mismas condiciones de vida. Y estos elementos suministran al proletariado nuevas fuerzas.

Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase gobernante latente en el seno de la sociedad antigua, que una pequeña parte de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase que tiene en sus manos el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; en este tránsito rompen la marcha los intelectuales burgueses, que, analizando teóricamente el curso de la historia, han logrado ver claro en sus derroteros.

rialista en el plano filosófico, implicaba el abandono de la metafísica y de las concepciones religiosas, las últimas consecuencias del racionalismo burgués reciben un impulso notable con la Revolución Francesa. Se cumple así, en Francia, un proceso político e ideológico que se suma al proceso económico que se desarrolla en Inglaterra. En los medios obreros y en los grupos de intelectuales ligados a ese proceso comienzan a delinearse importantes corrientes de pensamiento. Sin embargo, aún no plasman en verdaderas organizaciones sindicales o políticas. En todo este medio siglo, que llega a las revoluciones de 1848, es en Inglaterra donde se da la experiencia organizativa más elevada, con el movimiento obrero cartista.

En Francia los grupos ideológicos, a pesar de que son pequeños y no establecen un contacto efectivo con las bases, tendrán una importancia decisiva en la medida en que permiten o ayudan a definir el programa, la política, los métodos, etc., de la clase obrera. Es en Francia donde las corrientes socialistas habrían de expresarse con mayor fuerza.

Ya hemos mencionado a Augusto Blanqui, quien vivió hasta los 76 años, 37 de ellos en la cárcel. Figura comprometida en las insurrecciones populares de 1831 y 1834, pasó luego a los intentos golpistas en 1837 y 1839, siendo por fin arrestado hasta 1848, en que fue liberado después del triunfo de la revolución de febrero que derrocó a la monarquía de Luis Felipe. Sus grupos de acción llegaron a tener en 1837 unos mil militantes, organizados clandestinamente. Su método de pasar por encima del movimiento de masas lo llevó a realizar acciones individuales que la clase obrera miró con simpatía aunque sin seguirlo, pues no estaba preparada, ni social ni ideológicamente para ello y además no era su objetivo el movimiento de masas.

En las corrientes socialistas Luis Blanc representa el otro extremo del período que se inicia en 1830. En su obra *La organización del trabajo*, criticaba la economía individual, pero sostenía que la economía colectiva terminaría imponiéndose al demostrar en la competencia que era mejor que la individual. Un planteo cercano a las ideas cooperativistas que como hemos visto, Robert Owen había desarrollado en Inglaterra. Blanc decía: "El pueblo debe posesionarse del poder, que es la fuerza organizadora. Tal debe ser el Estado popular, regulador de la producción . . .". Postulaba asimismo la creación de Talleres Nacionales mixtos con el fin de que todos tuvieran trabajo. "La competencia llevará a la transformación social pacífica", sostenía, contrario a todo acto de violencia revolucionaria. Y afirmaba: "La revolución social puede lograrse, y quizá con mayor facilidad, por el camino de la colaboración entre los obreros y la burguesía". El método que para ello postulaba era el del sufragio universal. Como se ve, un planteo reformista semejante al que se delineaba claramente en el grupo de la fuerza moral del cartismo inglés.

En 1847 se funda la *Liga de los Comunistas*, entre cuyos miembros más destacados están Marx y Engels. Y es a ellos a quienes a fines de ese año se encomienda la redacción del *Manifiesto*, que a partir de allí será conocido como *Manifiesto Comunista*. En el *Manifiesto*, se critica a las tendencias socialistas preexistentes, a las cuales, en el mejor de los casos, se las designa como utópicas. Ese socialismo utópico fue un antecedente importante para la Liga, pero no había llegado a sistematizar ni un programa ni una metodología revolucionaria, y el socialismo debía ser definido como un arma concreta no sólo para interpretar al mundo sino para cambiarlo.

A pesar de que el *Manifiesto* es uno de los primeros trabajos de Marx, éste parte ya de una concepción clara del materialismo histórico y hace uso de la dialéctica que luego aparecerá en sus obras más importantes.

Hay dos ideas básicas que son los motores revolucionarios en el texto de Marx. En primer lugar, la idea de que la liberación social de los trabajadores será obra de éstos, o sea que no se puede confiar en las alianzas con la burguesía. En el caso de que éstas se realicen sólo pueden ser consideradas como un método táctico, que no hace dejar de lado sino que por lo contrario, obliga a mantener la claridad sobre los objetivos propios del proletariado. Todo esto se sustenta en la concepción de que la sociedad está dividida en clases sociales antagónicas y en que este antagonismo, al ser dialéctico, es contradictorio; en que la clase obrera, como clase explotada, debe desarrollar su actividad dentro de las reglas de juego que impone la clase dominante y en que el carácter de clase de la sociedad determina también el carácter de clase de las ideas que en ella prevalecen. Dice Marx: "Nuestros sentimientos, nuestras ilusiones, nuestras ideas, nuestros pensamientos, no son más que la fachada que se levanta sobre diferentes regímenes de propiedad, sobre distintas condiciones sociales. Cada clase construye esta fachada para sí misma, sobre la base de sus condiciones materiales específicas y de sus relaciones sociales peculiares. Sin embargo, el individuo que adquiere sus ideas y sus sentimientos por medio de la educación y la tradición se figura que estas ideas y sentimientos son el móvil fundamental, el verdadero punto de partida de sus actividades".

Por ello lo que se propone es emprender la lucha no sólo en el plano de las ideas sino de manera tal que se modifiquen las condiciones económicas y sociales. Una vez cambiada esa relación de base la clase obrera podrá pasar a dirigir la sociedad y a elaborar los esquemas que permitan construir una sociedad mejor, sin la explotación del hombre por el hombre.

El *Manifiesto* cierra una época y comienza otra. Su importancia, su influencia directa e indirecta sobre el movimiento obrero, tan-

"La liberación social de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos" (Del "Manifiesto Comunista", 1847).

Manifiesto Comunista (fragmentos, 1847)

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar.

Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales clases. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, reaccionarios, pues pretenden volver atrás la rueda de la historia. Todo lo que tienen de revolucionario es lo que mira a su tránsito inminente al proletariado; con esa actitud no defienden sus intereses actuales, sino los futuros; se despojan de su posición propia para abrazar la del proletariado.

El proletariado andrajoso, esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, si bien las condiciones todas de su vida lo hacen más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad aparecen ya destruidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletariado carece de bienes. Sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen ya nada de común con las relaciones familiares burguesas; la producción industrial moderna, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Alemania que en Norteamérica, borra en él todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para él otros tantos prejuicios burgueses tras los que anidan otros tantos intereses de la burguesía. Todas las clases que le precedieron y conquistaron el Poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad entera a su régimen de adquisición. Los proletarios sólo pueden conquistar para sí las fuerzas sociales de la producción aboliendo el régimen adquisitivo a que se hallan sujetos, y con él todo el régimen de apropiación de la sociedad. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino destruir todos los aseguramientos y seguridades privadas de los demás.

Hasta hoy, toda sociedad descansó, como hemos visto, en el antagonismo entre las clases oprimidas y las opresoras. Mas para poder oprimir a una clase es menester asegurarle, por lo menos, las condiciones indispensables de vida, pues de otro modo se extinguiría, y con ella su esclavizamiento. El siervo de la gleba se vio exaltado a miembro del municipio sin salir de la servidumbre, como el villano convertido en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. La situación del obrero moderno es muy distinta, pues lejos de mejorar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se depaupera, y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando la sociedad e imponiendo a ésta por norma las condiciones de su vida como clase. Es incapaz de gobernar porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella. La sociedad no puede seguir viviendo bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la sociedad.

La existencia y el predominio de la clase burguesa tienen por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incrementación constante del capital; y éste, a su vez, no puede existir sin el trabajo asalariado. El trabajo asalariado presupone, inevitablemente, la competencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, que tienen por cauce automático y espontáneo a la burguesía, imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la competencia, su unión revolucionaria por la organización. Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre que produce y se apropia lo producido. Y a la par que avanza, se cava su fosa y cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

to en los que lo aceptan como en los que lo rechazan, se ve claramente al leer algunos de los fragmentos que transcribimos entre los documentos. Pero con todo, para comprender mejor el lugar del *Manifiesto* en el proceso de la historia del movimiento obrero, hay que ubicarlo en el momento histórico en que se produce, y ese momento es el correspondiente a las revoluciones de 1848.

Las revoluciones de 1848

La crisis económica y la crisis social que vive Europa provocan tensiones que estallan en 1848. A partir de algunos movimientos esporádicos de sectores populares con los que se confunde la burguesía en ascenso, la situación se generaliza en ese año y se expande por todo el continente: Sicilia, Francia, Alemania, Bélgica, Austria... Sólo Inglaterra queda en cierta medida al margen. En esos años los cartistas hacen su última presentación al parlamento. De todos los países, es en Francia donde la situación se hace más compleja e influye sobre los procesos posteriores con más fuerzas.

En febrero de 1848 los grupos burgueses republicanos y los grupos obreros socialistas provocan la caída de la monarquía. Luis Felipe huye y el poder queda en mano de estos sectores. La burguesía venía reclamando los derechos democráticos y electorales que la monarquía le rehusaba manteniendo la calificación del voto. Para el 22 de febrero de 1848 se había programado un banquete que luego debía ser seguido por una manifestación, pues dada la prohibición de la actividad política, los banquetes eran el pretexto que utilizaban para reunirse los opositores. El gobierno, a través de su ministro Guizot, lo prohíbe. Los moderados, entre ellos Luis Blanc, aconsejan entonces no hacer manifestaciones y los burgueses deciden no asistir al banquete. No obstante, la concentración popular se realiza y se producen choques. Pero la madurez de la situación prerrevolucionaria lleva a que la crisis se generalice. La Guardia Nacional, llamada para reprimir a los obreros, se niega a intervenir. Luis Felipe despide entonces a su ministro Guizot y momentáneamente cesa la lucha. Las manifestaciones corean en las calles la Marsellesa, el himno republicano de la revolución de 1789. Pero hay nuevos choques y las tropas tiran sobre el pueblo. Nuevas manifestaciones populares ganan las calles y el rey debe huir. El pueblo ocupa el Palacio. En esas condiciones se establece el Gobierno Provisional. Surge entonces una nueva situación. Se plantea desde ese momento, febrero de 1848, una dualidad en el poder. Los burgueses republicanos proponen una política moderada y se oponen a las reivindicaciones obreras. Los obreros socialistas quieren medidas sociales que van en contra de los intereses de esa misma burguesía. La actitud moderada de la burguesía se muestra desde el primer momento, cuando se resiste a declarar la constitución de la República. Los socialistas presionan. Uno de ellos exclama: "¡Si dentro de dos horas no se lleva eso a cabo, regresaré a la cabeza de 200.000 hombres!" La dualidad entre los dos sectores sociales se manifestaba en cosas grandes y pequeñas: los obreros querían que la nueva bandera de la República fuera roja; los burgueses, la tricolor de 1789; el resultado fue adoptar una bandera tricolor con un moño rojo. Los obreros exigen medidas socialistas. Para conformarlos Luis Blanc y Albert son designados secretarios del gobierno provisional y pasan a formar parte lo que se denomina la *Comisión de Luxemburgo*, cuyo objetivo es organizar los Talleres Nacionales que postula Luis Blanc. La medida conformó los espíritus moderados de estos socialistas, que entraron así en el juego del gobierno provisional.

Mientras tanto la burguesía se preparaba para decidir en la are-

Arriba: Los grupos burgueses republicanos y los grupos obreros organizados provocan en 1848 la caída de Luis Felipe. Abajo: a la izquierda, Augusto Blanqui, líder del insurreccionalismo en las jornadas de 1848; en el centro, Luis Blanc, dirigente principal de los sectores socialistas moderados; a la derecha, la primera edición inglesa del "Manifiesto Comunista".


Manifest

der

Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt euch.

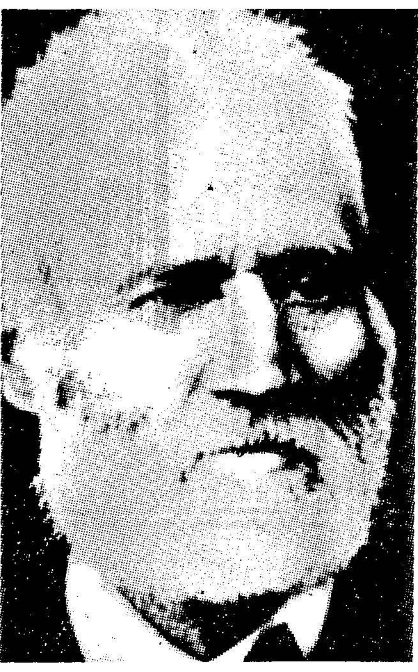
London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter"

von J. E. Burghard.

46, Liverpool Street, Bishopsgate.





na nacional la ambigüedad producto de esta dualidad en el poder. Los obreros no tenían direcciones. Hasta un Proudhon, ideólogo del anarquismo confiaba en la Asamblea Nacional, de la cual era miembro.
De febrero a junio la dualidad se hizo presente en una gran cantidad de problemas. A un avance de la burguesía los obreros respondían con medidas de defensa o avanzando en sus movimientos. Pero la tendencia no podía llevar a otra cosa que no fuera el triunfo final de la burguesía. La competencia pacífica por el poder sólo era un remanso dentro del proceso revolucionario. En Francia, como en ningún otro país, la presencia obrera saca a luz su discrepancia con los otros sectores sociales. En junio de ese mismo año los obreros son provocados. Ya en mayo había sido nuevamente arrestado Augusto Blanqui y alojado en la prisión de Vincennes. Otros dirigentes obreros lo siguen. El 24 de junio el gobierno decreta el estado de sitio en París. Se designa al general Cavaignac como virtual dictador y éste lanza al ejército y a la guardia móvil contra los obreros. Las barricadas no alcanzan para contenerlos. La clase obrera, sin dirigentes, sin dirección de ningún tipo, bajo la presión de una situación en retroceso, libra una lucha heroica contra la represión de Cavaignac. Las barricadas caen de una en una hasta que el día 26 de junio es derrotado el último bastión de la insurrección obrera: el barrio de Saint-Antoine. A partir de allí la masacre se generaliza: "ejecuciones, cautiverios, la muerte por asfixia en las horripilantes cloacas de París. Las fuerzas de Cavaignac se lanzaron por última vez, enloquecidas, matando a los obreros y en general a toda la gente indefensa. Es difícil precisar el número de caídos, pero se calcula que no ascendieron a menos de cien mil. Cerca de 15.000 fueron condenados a trabajos forzados en las colonias de Sudamérica". Al decir de Luis Blanc, "hasta el llanto les estaba prohibido a los allegados de las víctimas". El famoso terror jacobino de 1794, que se dio durante el proceso de la Revolución Francesa, parece un juego de niños frente a tamaña masacre.
Dijo Lenin sobre este proceso: "En 1789 se trataba en Francia del derrocamiento de la nobleza y del absolutismo. En el estado del desenvolvimiento económico y político de entonces, la burguesía creyó en una armonía de intereses; no estaba inquieta por la duración de su predominio, y consintió en una alianza con el campesinado. En 1848 se trataba del derrocamiento de la burguesía por el proletariado. Este no logró atraerse a la pequeña burguesía y la traición de los pequeños burgueses provocó la derrota de la revolución".
Y Marx afirma dramáticamente: "Unicamente empapada en la sangre de los insurrectos de junio la bandera tricolor ha llegado a ser la bandera de la revolución europea, la bandera roja. Y nosotros gritamos: ¡La revolución ha muerto! ¡Viva la revolución!".
De la derrota del momento habría de surgir el nuevo movimiento, sobre la base de cambios en la organización, de clarificación ideológica, de mayor precisión en los métodos revolucionarios. Pero cada cosa necesita su tiempo de maduración. 1848 es el anticipo, el preanuncio y la experiencia clave de toda una etapa histórica del movimiento obrero. Nuevamente habían sido puestas en juego las concepciones reformistas. Los sectores revolucionarios eran una minoría.

Bibliografía

Kuczynski, J., *Evolución de la clase obrera*. Guadarrama, Madrid, 1967.
Dolléans, Eduardo, *Historia del movimiento obrero*. Eudeba, Buenos Aires, 1960. Tomo 1.
Barret, F., *Historia del trabajo*. Eudeba, Buenos Aires, 1961.
Cole, G. D. H., *Historia del pensamiento socialista*. Fondo de Cultura Económica, México, año 1957. Tomo 1: Los precursores (1789-1850).
Mantoux, Paul, *La revolución industrial en Inglaterra en el siglo XVIII*. Aguilar, Madrid, 1962.
Hobsbawn, Eric J., *Las revoluciones busguesas*. Guadarrama, Madrid, 1971.

Artesanos y campesinos en crisis

Reyna Pastor de Togneri

Las viejas formas de trabajo artesanal entran en crisis cuando entran en acción nuevas formas —como el trabajo rural domiciliado— que desde el campo se realiza para las industrias. Esto será de gran importancia en la transición hacia el capitalismo y, consecuentemente en la formación de la clase obrera.

Este capítulo y el siguiente, dedicado a las manufacturas, sintetizan un largo y complejo proceso sin cuyo conocimiento es difícil comprender a fondo ese momento clave de la historia —la revolución industrial— en el cual la clase obrera se constituye como tal e inicia sus luchas.

En medio de las crisis que azotan a Europa durante el siglo XIV el mundo feudal se derrumba y con él los modos de producción que le son propios: el trabajo que en el campo el siervo o semisiervo realizaba en beneficio de su señor; las rígidas corporaciones artesanales, monopolizadoras del trabajo y del mercado. Las viejas formas entran en un período de crisis o de estancamiento mientras surgen otras nuevas, como el trabajo rural domiciliado, el que desde el campo se realiza para las industrias, y a través del cual se realiza la transición hacia el capitalismo.

En todo este proceso el campesinado tendrá una gran importancia. Es que en la Europa que va del siglo XI al XV los campesinos constituyen el 95 % de la población. Ellos, que ya habían comenzado a proveer de mano de obra a las artesanías urbanas, proveerán ahora a las industrias en desarrollo, ya emigrando hacia las ciudades, ya produciendo para ellas desde el campo, cada vez más necesitados de complementar el magro ingreso proveniente de las tareas rurales.

La Europa rural del feudalismo cambia lentamente mientras crecen esas ciudades amuralladas, medievales o modernas, que abrigan una población cada vez mayor y más variada. A sus habitantes se los llamará burgueses, pero el término cubre una amplia gama de capas sociales: de los ricos mercaderes y maestros artesanos a oficiales y aprendices, y de éstos a una capa en constante aumento que oscila entre el trabajo asalariado y la mendicidad. Burgueses en realidad, o integrantes de una incipiente burguesía, son esos mercaderes y maestros que irán sumando a las artesanías, el comercio y la usura nuevas actividades: se transformarán en empresarios del trabajo rural domiciliado o de las manufacturas, ingresarán en la burocracia administrativa, etc. Actividades que pronto también van a realizar nobles y eclesiásticos.

En un marco histórico en el cual se transforman las viejas industrias como la textil o se desarrollan otras como la minera; en que se amplían los mercados, —mercados constituidos fundamentalmente, por la burguesía creciente, por la nobleza media, por los pequeños propietarios rurales— en los que no solamente aumenta la productividad sino que cambian los productos, ahora de baja o mediana calidad para los nuevos mercados, etc., seguiremos el proceso que se cumple en las artesanías y en el trabajo rural domiciliado.

Las corporaciones artesanales entran en un período de estancamiento que persistirá hasta los siglos XVII y XVIII, en los cuales desaparecen porque no pueden hacer frente a las formas capitalistas en desarrollo. Organizadas de manera tal que benefician cada vez más a los maestros, surgirán de ellas muchas veces los nuevos empresarios; cerradas y rígidas, motivarán por otro lado las rebeliones de los trabajadores no calificados o no agremiados, como la que llevan a cabo en la Florencia del siglo XIV los *ciompi*, lejanos precursores del proletariado urbano moderno.

En cambio las industrias rurales domiciliadas serán una forma de transición que aumenta su importancia a medida que pasa el tiempo: por la cantidad de obreros que ocupa, por el monto de la producción y por el área geográfica que ocupa, esta actividad es la que va a acelerar la acumulación originaria de capital en manos de mercaderes y banqueros y la que va a iniciar transformaciones en el campesinado que lo preparan para la revolución industrial, ya que lo alejan de la tierra, lo despojan de sus medios de producción, lo obligan al trabajo rutinario realizado en

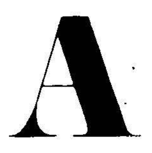
En las ciudades medievales surgieron los gremios, asociaciones de artesanos que practicaban la misma actividad. En la ilustración, taller de herrería del siglo XVI. Puede apreciarse que, además del herrero, trabajan también mujeres y niños.

largas jornadas, lo van convirtiendo en asalariado.

Este tipo de trabajo y el anterior coexisten y a veces se complementan, pero de manera tal que son los gremios urbanos, ubicados en el último eslabón de la cadena de la producción, como puede ser el acabado de las telas, los que se benefician a costa del trabajador rural.

El trabajo rural domiciliado impedía, por sus propias características, que los que vivían de él pudieran organizarse en defensa de sus intereses. Sin embargo, entre los siglos XIV y XVII los trabajadores rurales, lo mismo que los artesanos, llevarán adelante frecuentemente acciones de protesta y de rebelión. Estas rebeliones son motivadas por las razones más diversas, incluso las religiosas, y muchas veces se mezclan en ellas grupos sociales cuyos intereses económicos son muy diferentes. Las condiciones no estaban dadas para que se desarrollara, salvo casos aislados, la conciencia de clase que va a definirse y pesar sobre la historia en los años de la revolución industrial, cuando se afirme el capitalismo.

El surgimiento y la organización de los gremios artesanales

l mismo tiempo que comenzaron a practicarse las actividades artesanales, en las pequeñas ciudades medievales surgieron las agrupaciones, las asociaciones de quienes practicaban una misma actividad. Estas se fueron constituyendo por aquellos que, poseyendo alguna habilidad especial en la práctica de un oficio, abandonaban el campo y se iban a las ciudades donde, una vez asentados, tendían a agruparse. Ahí, por otra parte, tenían que ocuparse de organizar la defensa de la ciudad y debían luchar por obtener franquicias para el ejercicio de su arte y para conseguir, del rey o del señor feudal, autonomía municipal y privilegios especiales de mercado. Los mercaderes que salían a vender en otras tierras tenían además que defenderse de los diversos peligros que los acechaban en los caminos. Iban juntos, contrataban gentes para que los defendieran, se asociaban. A su vez, los que practicaban un oficio necesitaban ayudantes y debían enseñar a los jóvenes. Todas estas razones convergen y hacen que vayan surgiendo, como asociaciones de ayuda mutua, las corporaciones gremiales: primero las de los mercaderes; más tarde las de los artesanos.

En un comienzo, hacia el siglo XII, las corporaciones gremiales tuvieron como carácter distintivo la igualdad y la solidaridad entre sus socios. Por esa razón los agremiados buscaban diferenciarse de los miembros de otras corporaciones y mucho más de quienes no estaban agremiados. Del gremio surgían varios acuerdos: sobre la adquisición en común de las materias primas a elaborar, sobre la cantidad de los productos a fabricar; se establecían los precios, se acordaban los salarios a pagar a los aprendices y se determinaba el número de personas que podían incorporarse al oficio. Las reuniones de los agremiados se realizaban en un lugar especial, perteneciente a la corporación. Los gremios más ricos llegaron a tener hermosos edificios, que utilizaban para reunirse y también como depósito de mercaderías.

Nadie podía ejercer el oficio si no pertenecía a la corporación. En Inglaterra no existió en las ciudades la libertad de oficios hasta el siglo XVII y en Francia hasta la revolución de 1789.

El gremio controlaba la calidad de las mercaderías de su ramo y también disponía y controlaba el número y la calidad de los objetos que elaborados en otras partes, se incorporaban al mercado urbano, y, generalmente, prohibía el ejercicio del oficio en las villas y aldeas próximas a la ciudad que estaba bajo su jurisdicción. En síntesis: las corporaciones ejercían el monopolio del

mercado urbano y de la práctica de los oficios.

Los que trabajaban en el taller se dividían en tres categorías: el maestro, los oficiales y los aprendices. En un principio, al menos teóricamente, todos los aprendices podían llegar a oficiales y los oficiales a maestros. Pero en la práctica no fue así. Por lo menos a partir del siglo XIII, y de allí en adelante, se fueron estableciendo condiciones cada vez más rígidas para pasar de un grado a otro, condiciones que no dependían de la habilidad en el oficio, como parece haber sido en un principio.

Para ser admitido en el gremio se exigían ciertas condiciones de "carácter moral": no ser "extranjero" (es decir, pertenecer a la ciudad o al condado); no tener origen servil (a veces se investigaba esto hasta la cuarta generación); ser hijo legítimo; no haber pertenecido a alguno de los gremios considerados "de mala fama" (como el de los barberos o el de los carniceros). Estas exigencias regían también para la mujer del candidato.

Para llegar a la maestranza se imponían ciertas condiciones de carácter técnico: realizar un aprendizaje de siete años; emigrar durante un cierto lapso a otra ciudad para aprender nuevas cosas; dar una especie de examen final: realizar lo que en Italia se llamaba un *capo lavoro* y en Francia un *chef d'oeuvre*, es decir, una *obra maestra.* A estas exigencias se les fueron agregando otras de carácter pecuniario: por ejemplo, que la obra maestra fuera compleja, cada vez más y por lo tanto más costosa para el aspirante, quien a veces debía invertir no sólo mucho dinero sino hasta un año entero de trabajo para realizarla. Además, comenzó a exigirse una tasa en dinero para la admisión, que fue en aumento a lo largo de los siglos. En la primera mitad del siglo XIV se pagaban 20 sueldos de plata; en la segunda mitad llegaron a pagarse 60 sueldos. Con el tiempo se exigió también que los aspirantes a la maestranza demostraran tener cierta fortuna; se permitió que sustituyeran la obra maestra por



Estatuto del Arte de los Madereros de Florencia (1301-1346)

Artículo VIII

Quien perteneciera al Arte y tuviera algún socio o socios no juramentados en el Arte debe ser denunciado ante el Arte.
Quien perteneciendo al Arte hiciera sociedad con algún maderero, comprando o vendiendo con alguna persona que no haya prestado juramento en este Arte, esa persona debe denunciarlo ante los cónsules del Arte, en los quince días siguientes a haber hecho dicha sociedad. Quien así no lo haga será condenado por los cónsules del Arte a pagar XX sueldos.

Artículo IX. Sobre la presentación de los discípulos y su juramento

Estatuimos y ordenamos que quien pertenezca al Arte y tenga un discípulo y todavía no haya sido presentado a los miembros del Arte, y quisiere conservarlo, debe presentarlo a los cónsules del Arte o a algunos de ellos al tercer día como está mandado por dichos cónsules. Y el discípulo así presentado si tuviera la edad de quince años o más deba jurar de buena fe y sin fraude que custodiará bien las pertenencias de su maestro y de su Arte y servirá a los estatutos del Arte y y el notario hará la escritura en que se fije su salario que lo hace discípulo en dos sueldos y seis dineros. Y si alguien contradijera esto y no lo presentara, como arriba se ha dicho, los cónsules de las artes deben condenarlo a pagar diez sueldos.
Y si alguno presentara a un discípulo en el tiempo en que las presentaciones están cerradas el que presenta debe pagar a los cónsules del Arte XX sueldos para el Arte nombrada.

Artículo XX. Que sea penado quien propagare en la congregación algún rumor o dijere malas palabras

Estatuimos y ordenamos para todos los que pertenecen al Arte, cuando se hallen reunidos todos los hombres de las Artes, propagaran algún otro, o a los notarios de las Artes en la congregación, o en cualquier otro lugar: tú mientes o cualquier otra palabra torpe, los cónsules de las Artes condenen al que así dijo en XX sueldos . . .

Artículo XXXIII. Que los cónsules puedan recibir en este Arte a los hijos y a los hermanos carnales de los miembros del Arte

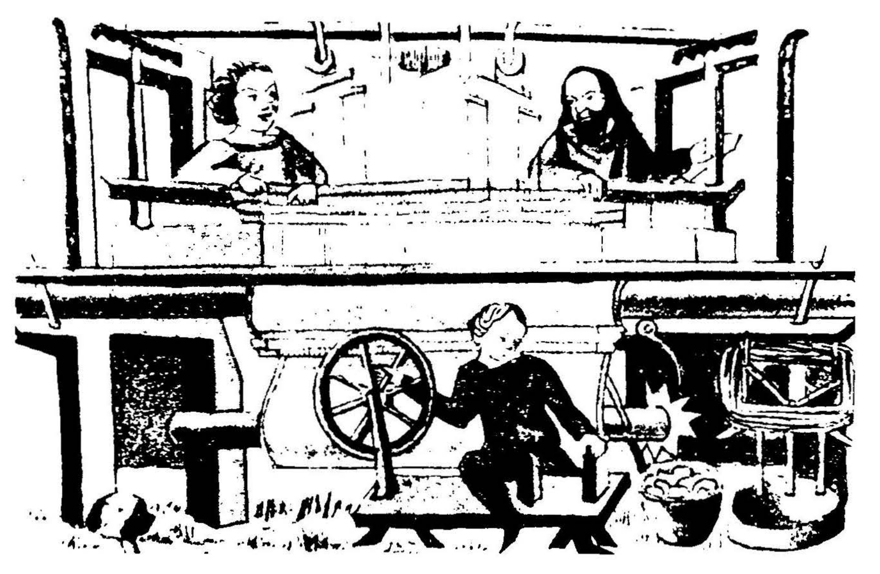
Cualquiera de los cónsules de este Arte pueda recibir en el Arte y sociedad bajo juramento estatuido a los hijos y hermanos carnales de los miembros de este Arte, de modo que los padres y hermanos en cuyo beneficio estén los reciban en su matrícula, y paguen al notario del Arte por la escritura que se hace en este acto IV sueldos, y al nuncio del Arte VI denarios.

Artículo XXXVIII. No debe haber dos oficiales en un taller

Afirmado es que en un taller de los de este Arte no debe haber al mismo tiempo dos oficiales. Y si en algún taller hay dos o más oficiales, los cónsules que en ese tiempo estén, deben a uno de esos oficiales, al que fue elegido en último término mandar a un lugar remoto, y elegir con los conciliares el lugar de su remoción, la que debe hacerse dentro de los quince días.

Tomado de *Statuti dell'arte dei Legnaioli di Firenze* (1301-1346). Edición de Francesca Morandini. Florencia, Olschki, 1958.

una suma en metálico, se limitó el número de maestros por gremio, etc. Como resultado de todo esto la maestría llegó a ser hereditaria. Eran los hijos de los maestros los que llegaban casi sin excepción a ser dueños de los talleres e incluso fueron eximidos de la exigencia de realizar la obra maestra y, con ello, de conocer a fondo el oficio, que, por otra parte, a veces ni siquiera practicaban.
Esta organización se hizo rígida en los gremios más importantes, sobre todo en los que se dedicaban a los textiles (lanas y seda en un principio y, más tarde, a partir del siglo XIV o del XV, lino, algodón y cáñamo). Para los pequeños gremios, que atendían las necesidades locales y que eran exclusivamente minoristas, la organización gremial no alcanzó jamás los estrechos límites mencionados.
Algunos de estos gremios menores eran mejor considerados que otros. Así sucedía con los zapateros, los trabajadores de la piedra, de la madera, viñateros, aceiteros, fabricantes de clavos, fabricantes de escudos, de espadas, de corazas, herreros, etcétera. Otros oficios, por el contrario, eran calificados infames: los que estaban en contacto con la sangre, como los carniceros, barberos, sangradores, pastores; los tejedores, a quienes se consideraba fraudulentos, o los molineros, cuyo origen era servil. Pero en todos los casos se ejercitó la distinción entre propios y extraños y se desarrolló la tendencia a la exclusividad y al monopolio. Y esto es lo que caracterizó a las corporaciones. Al mismo tiempo que se fue controlando el mercado urbano, los maestros fueron controlando, en su beneficio, la organización y las condiciones de trabajo. Los oficiales recibían un salario, en general mixto, fijado por el gremio. Ese salario se componía de una suma en metálico y de especies, como ser un determinado número de productos fabricados por él. En las corporaciones más importantes sólo se pagaba un salario. Las herramientas, es decir "los medios de producción", pertenecían generalmente al ope-



La organización interna de los gremios se hizo rígida. Exigencias morales, económicas y de nacionalidad condicionaban el ingreso a la corporación. En la ilustración superior, una familia trabaja en un telar. La manufactura textil fue una de las mejor consideradas, mientras otros oficios, cómo la herrería —en la ilustración de abajo—, eran calificados de inferiores.

rario. En cuanto a los aprendices, sólo recibían un salario, en el mejor de los casos, al final de sus años de aprendizaje. El maestro los alojaba y los alimentaba en su casa mientras duraba el aprendizaje. Este, la casa y la comida eran el pago por el trabajo.

Las jornadas de trabajo eran largas y no seguían las variaciones estacionales, como sucedía en el caso de las tareas campesinas, en las cuales se trabajaba según la luz del sol y al ritmo del ciclo vegetal y animal. En las artesanías el trabajo era duro y continuo, de 14 a 16 horas por día, a la luz del sol o de pobres candelas. Pero los días de fiesta eran frecuentes, más que en la actualidad, y además, cuando ya se había cumplido con la cuota impuesta por la corporación se dejaba de trabajar. Sólo los gremios textiles y algún maestro trabajaban durante todo el año. De lo dicho hasta aquí importa destacar el hecho de que a lo largo de los siglos XII, XIII y XV se va diferenciando el capital del trabajo. Los oficiales y los aprendices ponen su fuerza de trabajo al servicio del capital de los dueños de los talleres: los maestros. En otros casos el proceso fue más complejo y no fue el maestro el que se enriqueció, al estar en la dirección de la corporación y obtener ésta el monopolio de la producción, sino ciertos grupos de mercaderes (o de antiguos maestros transformados en mercaderes). Estos contrataban el trabajo de todo el taller incluidos los maestros, proporcionaban las materias primas a elaborar, pagaban por el trabajo realizado y retiraban las mercaderías. Todo esto hacía que el taller se transformara en una dependencia productora de los mercaderes ricos, quienes se ocupaban de la comercialización de los productos. Pero, hasta el momento de su extinción, las corporaciones no perdieron su carácter monopólico, limitativo del mercado y del trabajo, y su organización jerárquica.

Las corporaciones de mercaderes y de artesanos se rigieron por estatutos que muchas veces



se fueron modificando a favor de los maestros. Esos estatutos terminaron por diferenciarse: los oficiales o "compañeros" tuvieron los suyos. A la cabeza de las corporaciones estaban los decanos, síndicos o *vinders*, quienes velaban por la observancia de las reglas. Las corporaciones eran dueñas de una caja común, de una casa donde se reunían sus miembros; poseían distintivos propios y un santo protector; realizaban fiestas especiales y protegían a las viudas y huérfanos de sus afiliados. Las corporaciones se llamaban *guildas* en el norte de Europa, sobre todo en los Países Bajos, que es donde más se desarrollaron, y *artes* en Italia, otra zona de desarrollo importante. Había guildas de mercaderes y guildas de artesanos. En Francia, estas últimas eran llamadas "métiers". El conjunto de guildas o la asociación de varias guildas de diferentes ciudades recibió en el norte de Europa el nombre de *Hansa.*

Las zonas de desarrollo artesanal e industrial. Florencia

Las artesanías, y con ellas la burguesía y el tráfico comercial correspondiente se desarrollan especialmente en dos zonas; en Flandes y en el centro y norte de Italia, donde el desarrollo de los oficios tiene especial importancia, sobre todo en lo que corresponde a la industria de los paños, es decir de los géneros de lana. Se denominan *telas*, en cambio, a los géneros de lino o de lino y cáñamo.

Brujas es la más importante ciudad pañera del norte; le siguen Gantes, Ypres, Bruselas, Arras, Douai, estas dos últimas en el actual territorio francés. En estas ciudades, en la primera época de su desarrollo se elaboraban finos tejidos de lana. A partir del siglo XI los tejidos se envían a Florencia para que se les dé allí el acabado. Luego se reparten en los principales mercados europeos, sobre todo en las ferias de Champagne, para su venta al público. En las ciudades italianas, Florencia en primer término, pero también Lucca, Pisa, Siena, Bologna, etc., se teje la lana, se da el acabado a tejidos propios y ajenos; se teje la seda, el algodón, el lino. La principal actividad es la de los tejidos, pero se trabaja, sobre todo en Florencia, también en otros rubros, como la fabricación de perfumes muy finos, el curtido y la confección de pieles finas y de menor calidad, etc.

En Florencia, hacia fines del siglo XIII las artes, o sea los gremios, se dividían en artes mayores y artes menores. Las mayores eran: 1) las de jueces y notarios; 2) la de los mercaderes de Calimala; 3) la de los cambistas; 4) la de la lana; 5) la de los mercaderes de la Puerta de Santa María; 6) la de los médicos y especieros, y 7) la de los peleteros.

La segunda se ocupaba de la importación de los tejidos de lana (flamencos) con el fin de reelaborarlos, es decir, darles el acabado, y luego reexportarlos. Ejercía también el gran comercio bancario internacional. Sus banqueros operaban en el reino de Sicilia, en Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza, Dinamarca, etc.

El arte de los cambistas era en cierta medida lo mismo, pero se había separado del de los de Calimala en 1202 y había formado una organización independiente. Se ocupaban del cambio manual de la moneda, del comercio de los metales y de las piedras preciosas y hacían operaciones de depósito y de crédito, pero no salían del ámbito del comercio local.

A principios del siglo XIV trabajaban en Florencia en el arte de la lana no menos de 300 maestros y, según el cronista florentino Villani, vivían, hacia 1339, de este arte por lo menos 30.000 trabajadores. Trabajaban la lana de la zona y la comercialización la realizaban este arte y el de La Puerta de Santa María. Los operarios del arte de la lana, por su número y peso, constituyeron el núcleo fundamental del partido popular que

Hacia el siglo XII ya se diferencia el capital del trabajo. Los oficiales y aprendices ponen su fuerza de trabajo al servicio del capital de los maestros del taller.

Arriba: trabajo de aprendices en un balancín.

Abajo: taller de fabricación y venta de zapatos —siglo XVI—.

La peste de 1348

Y digo, pues, que ya habían los años de la fructífera encarnación del Hijo de Dios llegado al número de mil trescientos cuarenta y ocho, cuando en la egregia ciudad de Florencia, bellísima entre todas las de Italia, sobrevino una mortífera peste. La cual, bien por obra de los cuerpos superiores, o por nuestros inicuos actos, fue en virtud de la justa ira de Dios, enviada a los mortales para corregirnos, tras haber comenzado algunos años atrás en las regiones orientales, en las que arrebató innumerable cantidad de vidas y desde donde, sin detenerse en lugar alguno, prosiguió, devastadora, hacia Occidente, extendiéndose de continuo. Y no valían contra ella previsión ni providencia humana alguna, como limpiar la ciudad operarios nombrados al efecto, y prohibirse que ningún enfermo entrase en la población, y darse muchos consejos para conservar la salud, y hacerse, no una, sino muchas veces, humildes rogativas a Dios, en procesiones ordenadas, y de otras maneras, por las personas devotas. En todo caso, lo cierto fue que, al principiar la primavera del año anterior comenzaron a manifestarse, horrible y milagrosamente, los dolorosos efectos de la pestilencia.

Tanta aflicción y miseria de nuestra ciudad hicieron que la venerable autoridad de las leyes, así humanas como divinas, decayera y se disolviese, ya que los ministros ejecutores de ellas habían, como los demás hombres, muerto o enfermado, o encerrádose de tal modo con sus familias, que no podían cumplir oficio alguno, por lo que a cualquiera le resultaba lícito ejecutar lo que se le antojare. Entre estos dos extremos dichos, muchas otras gentes llevaban una vida intermedia, ni recluyéndose en sus viviendas, como los primeros, ni excediéndose en beber y otras disoluciones tanto como los segundos, sino usando, según su apetito, las cosas en cantidad suficiente y no encerrándose, mas andando con flores en las manos unos, con hierbas aromáticas otros y algunos con diversos estilos de especias. Llevábanse a la nariz de vez en cuando estas cosas, creyendo óptimo confortar el cerebro con tales aromas, para combatir el aire, fétido y cargado de los hedores de los cadáveres, de la enfermedad y de los medicamentos. Algunos, con más crueles sentimientos (como si ello fuese más seguro) decían que no había contra el mal medicina mejor que escapar de él; y movidos por esta opinión, no pensando en nada sino en sí mismos, muchos hombres y mujeres abandonaron su ciudad, sus casas, sus lugares, sus parientes y sus cosas, y buscaron el campo ajeno o el propio, cual si la ira de Dios, al castigar la iniquidad de los hombres con aquella peste, no pudiera extenderse a cualquier parte, sino que sólo hubiera de oprimir a los que se hallasen dentro de los muros de la ciudad; o cual si ninguna persona debiera permanecer en ella, so pena de que llegara la última hora.
(1313-1375)

Tomado de G. Boccaccio (1313-1375): *Decamerón*, Introducción a la Primera Jornada.

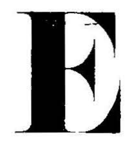
no tardó en formarse en Florencia.

El arte de La Puerta de Santa María se ocupaba en un principio de la comercialización de paños forasteros y locales, y más tarde incorporó el arte de la seda. Este arte tenía a fines del siglo XIII 351 maestros inscriptos y era junto con el arte de la lana el más importante de la ciudad. El arte de los médicos y especieros contaba con 505 maestros y se ocupaba de la importación y exportación de especias, drogas orientales y artículos de lujo (copas finas, guantes, etc.). Como puede apreciarse, las grandes artes florentinas estaban constituidas en especial por los grandes mercaderes y banqueros y por los que controlaban la producción y el acabado de los paños y, más tarde, el tejido de la seda.

Los que se ocupaban de las otras artesanías, aquellos que atendían al consumo diario de la ciudad, estaban agremiados en las llamadas artes menores. Los dueños de las artes mayores, es decir sus "maestros", constituían lo que en Florencia se llamaba el *popolo grasso* (el pueblo gordo, el de los pudientes); el resto, los que formaban parte de las artes menores y los oficiales y aprendices de las artes mayores, formaban el *popolo minuto* (el pueblo pequeño). Dado la gran variedad de artes, y también su enorme desarrollo, dos fenómenos se perfilan claramente en el siglo XIII y XIV. Uno consiste en que la mayor parte de los talleres de tejidos están dominados por los mercaderes que comercian las telas y que han transformado en sus asalariados tanto a los pequeños maestros como a sus oficiales y aprendices. El otro fenómeno lo constituye el hecho de que por debajo del artesanado se ha formado una capa de trabajadores urbanos, no calificados, recién incorporados a la ciudad, y por lo tanto ni agremiados, ni protegidos por alguna institución. Son los llamados "sottoposti" (los que están abajo) en toda Italia menos en Florencia, donde se los denomina *ciompi*. Estos *ciompi* se aseme-

jaban mucho, por su condición, al proletariado moderno.
Por sobre todas estas capas urbanas estaban los *magnati*, es decir los más ricos, la oligarquía urbana en la que ya se habían mezclado algunas familias de terratenientes con las de los principales mercaderes y banqueros.

Las luchas gremiales del siglo XIV. La revuelta de los "Ciompi"



En tan complejo tejido social no podía reinar la calma Efectivamente, en 1282 una revuelta del *popolo grasso* excluye del gobierno de Florencia a los magnates e impone una constitución, que se llamó "Ordinamenti di Giustizia", por la que se establece una nueva magistratura: la del Prior de las Artes. Ello permitía que tuvieran representación en el gobierno, rotativamente, las artes mayores. Era el gobierno del *popolo grasso*, de los mercaderes y de los principales fabricantes.
Pero el *popolo minuto*, oprimido socialmente, esperaba el momento para levantarse contra los dueños de las artes mayores. Así, en 1341 apoyaron a un caudillo, Gualterio de Brionne, quien se impuso en Florencia como tirano, derrotando a las plutocracias y gobernando para el *popolo minuto*. Pero el tirano cae a los dos años, cuando las plutocracias se rehacen.
El *popolo grasso* reasume el poder, pero es derrocado nuevamente en 1378 por la revuelta conjunta de las artes menores y de los *ciompi*. Los objetivos de esta revuelta eran dos: por un lado los tintoreros y los sastres de jubones y chalecos, junto con los *ciompi*, querían ser reconocidos como integrantes de las artes, es decir como gremios; por otro, exigían ser incorporados al gobierno urbano a través de las magistraturas correspondientes.
Los revoltosos, en especial los trabajadores textiles, se reunían clandestinamente en la localidad de Il Rocco. Los *ciompi* lo hacían en un convento del barrio de Santo Spiritu, el barrio habitado por la gente más pobre.
El comité de los *ciompi* estaba formado por ocho personas, los llamados "Otto santi del popolo di Dio" (Ocho santos del pueblo de Dios), y su insignia era un ángel. Todo recordaba las luchas contra el Estado Pontificio, y en este sentido el movimiento tenía cierto carácter herético, como todos los que se dan en Europa en la segunda mitad del siglo XIV, fuertemente cargado con ideas de reivindicación social.
Acompañaban a los pobres trabajadores de la lana algunos intelectuales como el escribano Stefani, quien tenía una escuela para enseñar a leer a las gentes humildes y que, veinticinco años antes, había sido torturado junto con cardadores y peinadores de la lana.
Los *ciompi* y sus aliados consiguen, al principio, sus objetivos: Michele di Lando, uno de sus líderes, obtiene un importante cargo en el municipio; se crean las tres artes que agrupaban a los tintoreros, los sastres de jubones y chalecos y al *popolo minuto* (en ese momento se llamaba así a los *ciompi*); se forman milicias populares para defender la ciudad.
Pero pronto surgen los desacuerdos y las traiciones. Las fuerzas que estaban en juego eran irreductibles: el capital contra el trabajo. No había soluciones posibles. Los *ciompi* fueron traicionados por los gobernantes. Su triunfo duró poco: dominaron sólo desde fines de julio a fines de agosto de 1378. El 26 de agosto se tramó la conspiración en su contra. Intervinieron en ella las artes mayores, las menores y las dos nuevas. Michele di Lando estuvo también en el partido opositor.
El 31 de agosto se consumó la traición, traición de sus compañeros de revuelta, los de las dos nuevas artes ahora admitidas, traición de sus dirigentes; los *Otto* fueron vencidos y probablemente, las noticias no son seguras, muertos en el patíbulo.
Las principales peticiones de los *ciompi* en el momento en que pudieron hacer oír su voz fueron tres: 1) la supresión del impuesto al consumo que pagaba el *popolo minuto*, importe que se colocaba en una especie de banco que prestaba capitales a un interés del cual no podían gozar los *minuti* por no tener crédito para ello; 2) la revisión del sistema tributario, que era muy pesado, lo cual, por otra parte, revela en ellos una clara conciencia de los medios que se utilizaban para explotarlos; 3) la revaluación de la moneda divisoria de cobre en su relación con el florín de oro.
Este último problema es uno de los más delicados e importantes. En su petición de julio de 1378 los *ciompi* exigían "que el florín no pudiese valer más de sesenta y ocho *piccioli* (moneda de cobre)". Y esto nos lleva a analizar la situación de la moneda en Florencia, situación que es muy ilustrativa pues señala la forma en que se manejaban los primeros capitales en relación con los asalariados. El florín de oro, a diferencia de muchas otras monedas, había mantenido siempre inalterable su peso y la calidad del oro empleado para acuñarlo. Pero las monedas divisorias de plata y de cobre habían bajado su ley, su peso y por lo tanto su relación con el florín de oro. Más valía el florín cuanto más se depreciaba la moneda divisoria, y era con esta moneda que se pagaba a los operarios.
Por presión del *popolo minuto* se tomaron medidas al respecto en 1379 y 1380 que regularon la acuñación de las monedas de plata y de cobre. Pero cuando también cayó el gobierno de las artes menores, en enero de 1382, se volvió a las condiciones anteriores.
La breve vida política de los operarios de la lana concluye con encuentros sangrientos en el bienio 1382-83: "Incapaces de saber vencer, los operarios sabían luchar". La tenacidad y los sacrificios son, en sí mismos, signos del desarrollo de una conciencia obrera. Los *ciompi* lucharon por su mejoramiento político y económico y para ele-

Hansa de Saint Omer

Las primeras asociaciones gremiales que aparecen en la Europa medieval son las de los mercaderes, a fines del siglo XI. Estos son los estatutos de una de las más antiguas. *Hansa* es el nombre que solía darse a las primeras corporaciones o *guildas*.

Estas son las costumbres de la guilda de mercaderes:

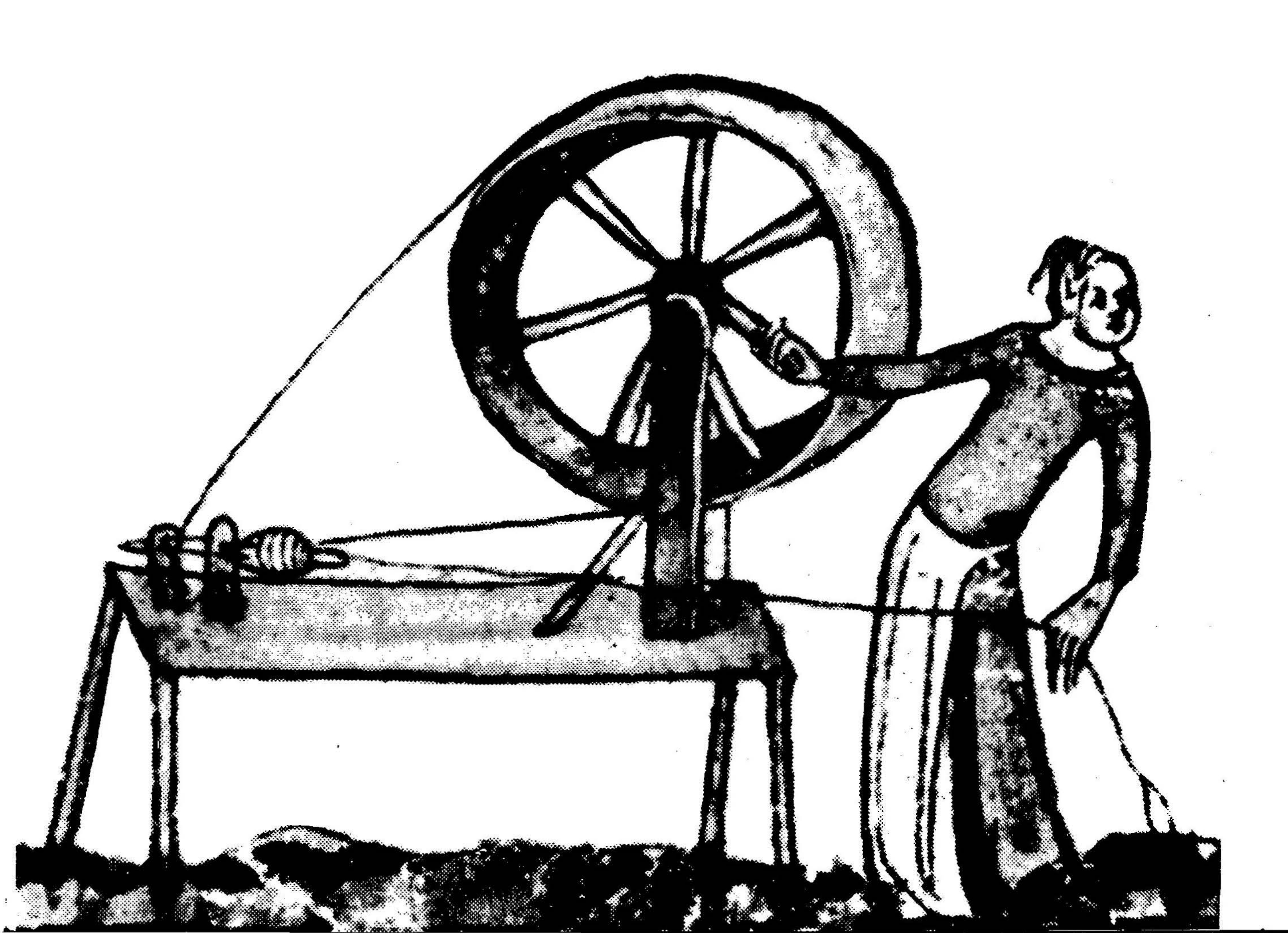
1) Si algún mercader estando en nuestra ciudad o en el suburbio, no quisiera entrar en nuestra guilda y persistiendo en ello fuera perturbado por alguno o perdiera sus cosas o fuera provocado a duelo, carecerá de todo nuestro auxilio.
2) Si alguno que no perteneciera a la guilda tasase alguna pieza de género o vestidos a correa o cualquier cosa de manera análoga, y alguno perteneciente a la guilda llegase y no aceptara eso [la tela], el mercader que lo hubiera tasado, pague.
3) Si alguien perteneciente a la guilda tasara alguna compra de algo, no tratándose de víveres, por valor de cinco sueldos o más, y otro perteneciente a la guilda llegara, si quisiera, en este trato tenga parte; pero si acaso el tasador al recién llegado negase la parte y ante el decano, por el testimonio de dos de la guilda pudiese demostrar que le negó participación, pague dos sueldos.
4) Llegado el tiempo de la *potatio* [banquete de camaradería], es norma que los decanos adviertan a su capítulo el día antes de la *potatio*, y entonces den instrucciones para que a la hora nona vengan pacíficamente y que cada uno respecto de otro reciba paz acerca de hecho nuevo o viejo.
5) Por otra parte está establecido que si alguien llevase a la *potatio* a otro, a su hijo, nieto o a sirviente, por cada uno dé doce denarios. Excluidos a los maestros de esta disposición.
6) Si alguien no perteneciente a la guilda viniese a la *potatio*, y allí secretamente fuera sorprendido bebiendo dará cinco sueldos o en el mismo momento pague la guilda. De esto exceptuamos a clérigos, caballeros o mercaderes extraños.
7) Si alguien trajese a la guilda rapiñas o vasos sagrados, dé media onza de plata o diez denarios.
8) Si alguien hablara neciamente contra los decanos, dé dos onzas de plata.
9) Si alguno contra otro hablara neciamente, oyéndolo dos personas, dé media onza.
10) Si alguien golpease a otro con puño, pan o piedra, no mediando otras armas, dé dos onzas.
11) Si alguien se levantara de su lugar airado contra alguien, dé media onza.
12) Si alguien oída la campana gritara o se levantase, dé media onza.
13) Si alguien llevara una escudilla con bebida sin permiso, fuera de la guilda, dé doce denarios.
14) Si alguien no viniese a su capítulo al primer llamado, dé doce denarios.
15) De toda imprudencia de hecho o palabras, que se cometa dentro de los dos días siguientes a la *potatio*, ante los decanos debe responderse, y no ante ningún otro juez. De esta manera se determinó en tiempos del castellano Gulurico Rabely [fue] acordado entre Gulurico y los burgueses.
16) Está establecido que los decanos procuren vino y las cosas que son necesarias para la guilda hasta que reciban lo suyo de lo adquirido.
17) En nuestra *potatio* los custodios de las puertas que están sirviéndolas, los burgueses presentes en la *potatio* en el capítulo, a cada uno paguen dos ases, a cada uno de los que sirven vino, dos ases cada noche, a todos los que cuidan la comida dos ases.
18) Si alguien perteneciente a la guilda se enfermara y fuera conocido por los vecinos denle cada noche dos ases.
19) Si alguien estuviera fuera de la región, su mujer reciba cada noche dos ases.
20) Si alguno estuviera celebrando sus nupcias, a nadie deberá responder por su vino.

var el valor de la persona del trabajador manual. La historia de los *ciompi* de la segunda mitad del siglo XIV florentino es también la historia de las luchas abnegadas y precursoras del primer "proletariado urbano".
Hacia fines del siglo XIV las industrias florentinas, especialmente las textiles, entraron en crisis. Esto era consecuencia de los graves problemas que se daban en el mercado europeo debido a la crisis general del siglo. Algunos mercados fueron casi totalmente clausurados al ponerse en práctica una política proteccionista. Esta crisis pudo ser superada por ricos industriales y mercaderes que adquirieron tierras, distrayendo así los capitales que habían invertido en las artes. La crisis debilitó al movimiento obrero, lo dispersó. Surgieron nuevos tipos de industria y con ello pasaron a ser preponderantes nuevas organizaciones.
En esa época se debilitan también, especialmente en Italia y en Florencia, las formas políticas del corporativismo comunal. La oligarquía, que resurge fortalecida, se apoya entonces en formas políticas más autárquicas: las de los principados.
El tipo de proceso que hemos ejemplificado con la revuelta de los *ciompi* se daba también en otras ciudades de Europa. En las ciudades flamencas los operarios más humildes, los tejedores y los bataneros, se levantaron frecuentemente contra las oligarquías dueñas de las guildas y del gobierno de las ciudades. Durante los siglos XIII y XIV se suceden las convulsiones y los obreros reciben la influencia de las herejías comunizantes de la época.
En Gantes, donde el grupo de tejedores era muy numeroso, el movimiento de rebelión de los "uñas azules" (llamados así porque sus uñas se teñían por las tinturas), mantuvo el poder durante diez años (1372-1382). Su actitud amenaza todo el orden social y debe movilizarse el propio rey de Francia para vencerlos, finalmente, en la batalla de Roosebeke (1382). Por todo Flandes y norte de Francia se oía

Italia —en especial la zona de Florencia— se distinguió por el desarrollo de las actividades textiles.

21) A todos los sacerdotes presentes en las vísperas, dos ases a cada uno; lo mismo a todos porque somos parroquianos de varios.
22) El custodio de San Audomario, que tañe a la hora de prima, por la que en nuestro capítulo nos reunimos, y que cuida nuestras reliquias, cada noche, dé dos ases.
23) Por esto sean dados cuatro fiadores para que si uno de ellos estuviera en el lugar, íntegramente represente, como si estuviesen presentes todos los fiadores. Por el deudor muerto, en cambio, todos los fiadores sean libres.
24) Si alguno recibiera la guilda, joven o viejo, después que sea puesto en la carta, dé dos denarios al notario y dos denarios a los decanos.
25) Es derecho de los decanos que dos días antes de la primera, coman con su notario de lo común, en la casa de la guilda y entonces tengan vino. Si no se pudiese hacer así por estar alguno ocupado en su negocio, cada uno de los decanos, para su hospedaje, después del capítulo cobre medio sextario, el notario dos ases para el desayuno. Todas las noches en la medida en que es justo, según lo ordenado y distribuido, cada uno de los decanos reciba para su hospedaje un sexto, el notario tome en cambio medio sextario.
26) Si alguien quisiera entrar por las puertas por medio de las armas, sea detenido por los custodios con armas, hasta que se vuelva, o hasta que reconocido por su huésped o por otro, sea pacíficamente atestiguado.
27) Terminada la *potatio* y pagados todos los gastos, algo quedase, destínese a la utilidad común o a las calles o a las puestas, o al abastecimiento de la villa. Además recordamos a todos los cristianos que vengan después de nosotros, que tengan misericordia de los pobres y de los leprosos.

Tomado de H. Pirenne, *Les villes et les instituions urbaines*, tomo II. París, Alcan, 1939. Traducción de la Cátedra de Historia Social de la Facultad de Filosofía y Letras (UNBA).



el grito de "¡Viva Gantes!". Era el grito que incitaba a la rebelión de los que en las corporaciones se hallaban más sometidos.

La "crisis del siglo XIV" y sus consecuencias

Las dos zonas artesanales, norte y centro de Italia y Flandes, que hemos historiado hasta ahora, sufren grandes cambios a partir de la segunda mitad del siglo XIV.

Estos cambios son la consecuencia de un proceso más amplio: la llamada "crisis del siglo XIV". Este término engloba diversos tipos de crisis: demográfica, de la producción agropecuaria, monetaria, social y político-militar.

La población europea fue diezmada por la insuficiencia de la producción, lo cual se venía acentuando desde fines del siglo XIII, y por una serie de importantes hambrunas seguidas de mortíferas pestes. La más importantes de éstas fue la que asoló a Europa entre 1348 y 1351. La "peste negra" o bubónica y los brotes epidémicos que la siguieron a lo largo de la segunda mitad del siglo y durante la primera mitad del siglo XV, redujeron la población europea en un tercio. A consecuencia de esto comenzó a faltar mano de obra para la agricultura. Predios abandonados por familias campesinas desaparecidas fueron derivados hacia la ganadería. La mano de obra rural escaseaba pues los sobrevivientes de los campos prefirieron intentar nueva vida en las ciudades, las cuales, por esta razón, sufrieron menos ese problema.

La Guerra de los Cien Años completó el cuadro de muertes y depredaciones. Francia fue el país que más sufrió pues la guerra se llevó a cabo, en gran medida, en su territorio. Las grandes ferias de Champagne, en donde se cambiaban las monedas y se vendían los finos paños de Flandes, de Florencia y de la misma Francia, perdieron todo su esplendor. Hubo que inaugurar a raíz de los inconvenientes señalados nuevas rutas, remontando el Rhin o dando la vuelta por mar, a través de Gibraltar.

La sociedad feudal sufrió un rudo golpe. Se produjeron importantes cambios, como los referentes a la guerra. Los señores feudales perdieron la exclusividad en el uso de las armas, y con ello su carisma, la justificación de su poder. Pero a éste no lo perdieron porque continuaron siendo los dueños de la tierra y ejerciendo la coacción sobre el campesinado dependiente. Sólo en Inglaterra esta situación de dependencia, base fundamental del modo de producción feudal, comenzó a cambiar entre fines del siglo XIV y principios del siguiente. En los demás reinos de Occidente la situación fundamentalmente no varió: a la sociedad feudal se superpusieron monarquías de origen también feudal, pero cuya función fue la de unificar los estados. Este es el caso de España, Portugal, Francia e Inglaterra.

La plutocracia burguesa que había logrado, como se ha visto, el monopolio de las ciudades y, en los casos de mayor desarrollo, de grupos de ciudades, esa plutocracia toscana, lombarda, véneta o flamenca que había usurpado privilegios económicos, también sufre la crisis. Las principales casas de banqueros florentinos, los Bardi, Acciauoli, etcétera, quiebran al promediar el siglo XIV. La gran burguesía acompaña en la crisis al feudalismo. Ello prueba la estrecha alianza que existía entre las dos clases que usufructuaban el excedente económico producido por la clase más numerosa: la del campesinado y los artesanos dependientes. Brujas y Florencia, sobre todo. acusan la crisis, que se manifiesta en la decadencia rápida y profunda de sus finísimos tejidos tradicionales.

Las crisis sociales flamencas y florentinas que hemos visto forman parte de esta decadencia de la gran pañería de lujo. Muchos talleres urbanos se cerraron; el comercio tradicional de las ferias de Champagne se interrumpió, y, para colmo, Inglaterra, la fuente principal de provisión de lana para Flandes y, en menor medida, para Italia, cerró las puertas de embarque de lana.

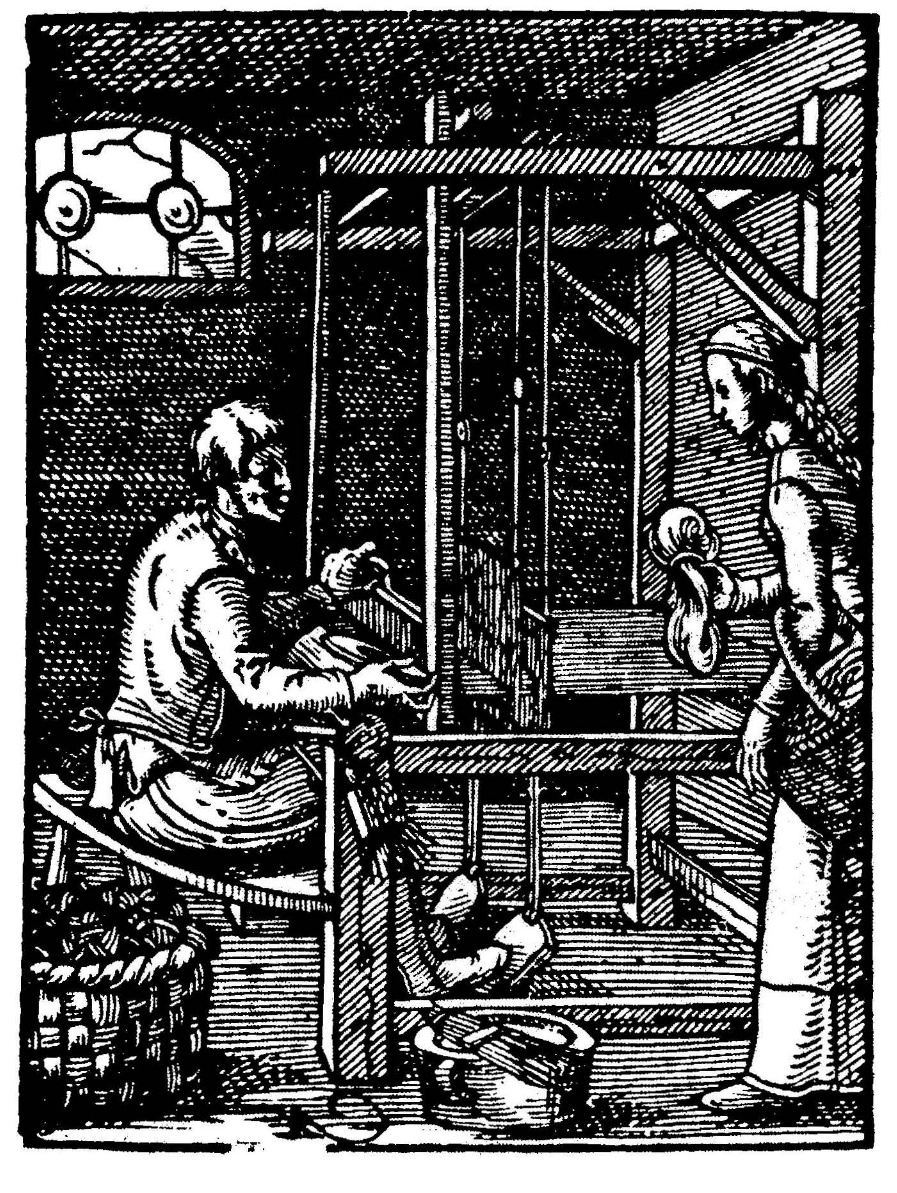
Esto último se debe a que en Inglaterra se producen, a raíz de la crisis general, cambios fundamentales. En primer lugar aumenta mucho la explotación del ganado ovino. Su lana se vendía, especialmente en Flandes, a través de los llamados comerciantes de la Stapla, quienes competían con otras sociedades comerciales por la exclusividad del mercado. Pero debido a las presiones internas, entre las cuales debe incluirse la gran revuelta de los campesinos ingleses de 1381, el rey de Inglaterra, Eduardo III, decreta la restricción de la salida de lana hacia el exterior y fomenta la producción de paños locales y el desarrollo del consumo interno.

En el país se tejía la lana por el sistema artesanal, pero, hacia fines del siglo XIV, se había cumplido en Inglaterra el proceso por el cual los mercaderes pañeros habían obtenido el monopolio de la comercialización, y los artesanos (incluso los maestros artesanos) habían sido sometidos a su presión económica. También había tenido lugar el proceso de concentración del poder político mediante el cual la oligarquía burguesa, que se identificaba con los ricos mercaderes mayoristas monopolistas, se había hecho cargo del gobierno de las ciudades importantes. Esta aristocracia no era, en Inglaterra, un círculo estrechamente cerrado. Durante los siglos XV y XVI ingresan en ella ricos maestros que se hacen comerciantes y que se incorporan a las corporaciones de éstos llamadas *Livery Companies*.

Las rebeliones campesinas

La crisis del siglo XIV hace que las clases dominantes se endurezcan en la defensa de sus privilegios. Los poderes públicos acuden a defender a los señores mientras las burguesía se retrae y asume posiciones ambiguas. La peste, la gran mortandad, pro-

Las pestes de los siglos XIV y XV redujeron la población europea en un tercio. Como los campesinos fueron los más afectados por la epidemia, la mano de obra rural comenzó a escasear, agravándose más cuando los sobrevivientes se trasladaron a las ciudades en busca de mejores formas de vida. En las ilustraciones se ven un campesino y un tejedor del siglo XV.



Alamano Acciaioli: El tumulto de los ciompi

Fragmento de una crónica contemporánea y contraria a los ciompi a quienes hace referencia en el nombre de "minuti"

...Por tal motivo el martes (junio de 1378) los gremios comenzaron a armarse según habían ordenado algunos ciudadanos dentro de sus tiendas y desplegaron sus estandartes... Los priores y los colegas tuvieron noticia de esto. Inmediatamente hicieron llamar al consejo y acudir a los noventa y seis.

...Entre tanto gran parte del pueblo y de los portaestandartes de los gremios, que se encontraban en la plaza, armados, gritando: "Viva el pueblo". Y parte de aquellas enseñas, es decir la de los peleteros de pieles finas y las de los otros peleteros, corrieron a la casa de maesse Lapo di Castiglionchio y de sus partidarios y robaron y prendieron fuego. Y luego corrieron a las casas de los Buoldelmonti e hicieron lo mismo y quemaron las casas de los hijos de maese Lorenso Buondelmonti y luego se dirigieron al Mercado Nuevo y robaron y prendieron fuego a la casa de Bartolo Siminetti; y luego se dirigieron y quemaron el palacio de los Pazzi, y las casas de Migliore Guadagni, a las que prendió fuego un yerno de los Covoni porque se creía que Migliore había consentido la inhabilitación de los Covoni cuando fueron inhabilitados. Luego quemaron la casa de los Albizi. E incluso pasaron el Arno y quemaron las casas de Piero Canigiani, y se dice que fueron los Mantelli sus vecinos, porque maese Ristori, hijo de Pietro Canigliani, era capitán del partido cuando los Manelli fueron inhabilitados...

Y realizados los mencionados robos e incendios, el *popolo minuto* y las artes se dirigieron a la cárcel de la comuna, la destruyeron y sacaron fuera a todos los prisioneros por orden de Berdo di Guglielmo Altoriti; porque el mencionado Bardo tenía allí sus sobrinos carnales, hijos de una hermana... Todos estos se dirigieron juntos al lugar de los Romini degli Agnoli y por la fuerza entraron dentro e hicieron grandísimos daños y grandísimos robos de ropas y alhajas y en moneda constante, estimados en más de cien mil florines; pues muchísimos ciudadanos habían amontonado en dicho lugar gran parte de los que poseían en materia de muebles y vestimentas finas, y allí fueron muertos uno o dos frailes de su orden.
De la misma manera en esa mismo día se levantaron algunos del *popolo minuto* en el barrio de Oltrarno, de Camaldoni de San Friano y de San Piero Gattolino, y fueron a Santo Spirito, y allí entraron por fuerza dentro de la iglesia para robar, y robaron muchos objetos que los ciudadanos habrían acumulado allí, y en verdad habrían hecho mucho daño si no hubiese llegado un tal Piero di Fonte que era de los priores, a caballo, armado, y protegido éste de tal manera que los mencionados *minuti* se alejaron del lugar de los frailes. Y a tres de aquellos que se apoderaron de los objetos se los hizo ahorcar. Luego volvió a pasar el Arno, y supo que algunos malhechores, en grandísimo número, se dirigían a la sala de la comuna con intención de robarla e incendiarla. Y allí el mencionado Piero actuó de tal manera que la cámara de la comuna no fue tocada y la mala gente se alejó.

...Los artesanos *grossi y minuti* se dedicaban a desalojar sus mercaderías; los ciudadanos *grossi* a fortalecerse con la ayuda de gente amiga de la campaña circundante y se fortificaban en sus calles y en sus casas por temor de que el *popolo minuto* les robara y les quemara y de tal manera estuvieron todo ese mes de junio, de modo que las tiendas estaban cerradas y los ciudadanos con gran cuidado y manteniendo muchísima guardia de día y de noche.

A 28 días del mes de junio se eligieron nuevos priores, y pareció que por ello toda la ciudad y el pueblo se alegrasen y se confortasen, porque creyeron que los hombres que detestaban este cargo eran pacíficos y tranquilos y que amaban la tranquilidad de la ciudad y de los ciudadanos. Pero, sin embargo, los ciudadanos no abandonaban las armas y los artesanos y comerciantes no abrieron sus tiendas y de continuo se realizaba guardia día y noche en la ciudad.

vocan la escasez de mano de obra y la consiguiente suba en los salarios. Esta fue la razón por la cual en 1349, en Inglaterra, y en 1350, en Francia, se aprobaron Estatutos de Trabajadores que establecían para la ciudad y el campo un *salario máximo,* por pieza y por día. En esos estatutos se prohibía, bajo pena de prisión, pagar salarios mayores a los estipulados. El castigo se aplicaba, en general, con más rigor al trabajador que cobraba ese salario que al empresario que se lo pagaba.
Mientras tanto la caída en la producción crea situaciones críticas. El hambre se extiende, sobre todo en las zonas rurales. Esto y los desastres iniciales de las armas francesas en la Guerra de los Cien años hacen que los campesinos se levanten en diversos lugares. En el norte de Francia, en Normandía y en otras partes, bajo la dirección de Guillermo Cale, incendian castillos, matan propietarios nobles. Sus acciones despiertan la solidaridad de los sectores bajos de la burguesía e incluso en la misma ciudad de París se les unen, circunstancialmente, los comerciantes liderados por Esteban Marcel.
Cien mil hombres en armas arrasan al país feudal. Pero las huestes militares los encierran en Meux y allí los derrotan. El precio que se paga por el levantamiento es cruel. Veinte mil campesinos, hombres, mujeres y niños son colgados y sus aldeas arrasadas.
Esta tumultuosa insurrección campesina no tenía objetivos muy claros, pero su protesta se dirigía frontalmente contra los que detentaban el poder. La burguesía comercial, acaudillada por Marcel, que se había plegado a los campesinos, los abandona en los momentos decisivos y cuando son aplastados pasa a respaldar al poder señorial.
Durante todo el siglo XIV continúan las insurrecciones, aunque no de tanta importancia, en diferentes sitios de Francia. Pero todas, ante la superioridad del enemigo, terminan en sangrientas derrotas.
Por su parte, en Inglaterra se

produce en 1381 una insurrección campesina dirigida por Watt Tyler y John Wycliffe. Comienza como reacción contra los recaudadores de impuestos, pero pronto trasciende el límite de las reivindicaciones locales. Es que las condiciones estaban dadas para realizar acciones más importantes. Los campesinos emprenden una marcha sobre Londres, donde llegan el 12 de junio. Al día siguiente, y gracias al apoyo de un sector de la burguesía, entran en la ciudad. Le exigen entonces al monarca una carta de libertades que incluye la abolición del villanaje, la conmutación de las prestaciones personales, el perdón general para todos los rebeldes, etc. Pero mientras los campesinos están en Londres los nobles se reorganizan, se arman e inician el avance sobre la ciudad, cuyas puertas le son abiertas por la burguesía que traiciona ahora a los campesinos. Éstos deben huir y son perseguidos implacablemente. La matanza se generaliza, los principales dirigentes revolucionarios son asesinados uno por uno. Derrotado el alzamiento campesino el rey deroga las concesiones efectuadas. Pero el mundo feudal ya estaba en crisis. Las autoridades no se animarán a sumar nuevas medidas impositivas o represivas.

El proceso de las insurrecciones campesinas culmina con las que realizan los usitas en Checoslovaquia, a principios del XV, y con las guerras campesinas que se producen en Alemania poco tiempo después.

En Checoslovaquia el principal inspirador de los movimientos de reformas sociales es Juan Huss. El ala radicalizada de su movimiento, la de los taboritas, luchará por la abolición de todas las categorías sociales, por la completa emancipación de la mujer, por la supresión de la propiedad privada, del matrimonio y de la familia. El movimiento fue derrotado después de largos años de lucha y la derrota se debió a que la burguesía, asustada por la creciente radicalización de los revolucionarios, volcó su apoyo en favor de la no-

. . ocurrió la descomposición de nuestra ciudad de esta manera. Para que no quedase impune el pecado cometido contra la Santa Iglesia de Dios, habiendo los malos ciudadanos de Florencia atentado contra ella, haciendo rebelar a muchas ciudades y castillos, Perugia, Ciudad Castello, Bolonia, que fueron los principales, toda la Romania y el Patrimonio y gran parte de la Marca, con la ayuda y esfuerzo de la comuna de Florencia con grandísimos gastos, y luego posteriormente haciendo vender las posesiones y los bienes eclesiásticos, por tantos dineros como se habían robado, y por las infamias y los vituperios y las injurias que todos los días se hacían a los eclesiásticos, prometió Dios castigar a nuestra ciudad, como en este escrito se narra.
Realizados los incendios y los robos, tanto en perjuicio de los buenos ciudadanos, como de los lugares eclesiásticos, como ocurrió en Agnoli y en Santo Spíritu, por obra de los bribones y de la gente *minuta* y de vil condición, temiendo éstos ser castigados por estas cosas, muchos de ellos se reunieron fuera de la Puerta de San Pedro Gattolino, en un lugar que se llama el ronco, y allí con grandes juramentos y alianzas se ligaron y besándose en la boca se prometieron estar en muerte y en vida uno junto al otro y defenderse contra quienes los quisieren ofender. Y dieron orden que todos sus iguales fueran a los lugares y regiones donde aquellos habitaban, para hacer juramento y recibir las promesas; y nombraron algunos síndicos para que estos estuviesen prevenidos y atentos a fin de que, si a cualquiera se le hiciese villanía o injuria, lo defendiesen todos. Por lo que estaban en gran cuidado.
. . . En ese mismo día lunes, próxima la hora de nona priores conocieron por alguien . . . como . . . habrían de producirse los tumultos y se perturbaría la región. . . . ordenaron e hicieron venir a este Simoncino [prisionero] . . [cuando] al preboste le preguntó: "Bien, que esta gente se levante. ¿Qué pretenden de la señoría?" dijo que los cardadores y los peinadores, bataneros, tintoreros, los curtidores, lavadores y otros que están sometidos al arte de la lana, no quieren ya estar sometidos, por más tiempo; y quieren en suma que se suprima el cargo de oficial y no tener nada que ver con él, porque son muy mal tratados ya sea por el oficial que por cualquier cosa mínima los martiriza, ya sea por los maestros laneros, que los pagan muy mal, pues por el trabajo al que corresponde doce dan ocho. Por tal motivo estos mencionados dicen que quieren cónsules para sí y no quieren tener que entender ni con los laneros, ni con sus oficiales, también dicen que quieren tener parte en el regimiento de la ciudad. Y quieren que todo robo e incendio realizado por ellos no se reconozca nunca.

De Alamano Acciaioli: *El tumulto de los ciompi*, siglo XIV. Traducción: Cátedra de Historia Social de la Facultad de Filosofía y Letras (UNBA).

Los campesinos, ligados a la tierra del señor feudal, llevaron a cabo varias rebeliones en los siglos XVI y XVIII. Los motivos de estos levantamientos fueron variados: disensiones de carácter religioso, alza del costo de los alimentos, aumento de los tributos. Pero en muy pocas de esas revueltas se propuso como objetivo principal de las luchas el aumento de salarios.

bleza. Juan Huss fue quemado en la hoguera por resolución del Concilio de Costanza en 1415.
En Alemania, en los momentos en que Lutero emprende sus luchas contra la Iglesia Católica, es enfrentado también por el movimiento campesino liderado por Thomas Münzer. Lutero denunció a éste como "instrumento de Satanás", y para luchar contra él y los campesinos se unió a los príncipes. Los campesinos eran apoyados por las clases menos pudientes de las ciudades que les abren sus puertas, realizan y ganan varias batallas, pero terminan perdiendo la guerra. Entonces son exterminados como lo pedía Lutero, "como si fueran perros sarnosos". Sólo después de esa labor de exterminio, que cubrió amplias regiones, los nobles, caballeros y monjes pudieron recuperar la tranquilidad y el poder.
Aunque todas las revueltas campesinas terminan en el fracaso, la descomposición del mundo feudal era inevitable. Y mientras se producía este proceso, la burguesía, a costa del sacrificio campesino, fue adquiriendo preeminencia.

Los cambios en la industria textil

El cierre parcial del mercado de lanas inglesas produjo en Flandes y en Italia ciertos cambios de importancia: se abandonó, parcialmente, en Brujas y en Florencia, la producción de paños de lujo y muchos obreros especializados emigraron hacia Inglaterra, en donde contribuyeron al desarrollo de la producción textil; hubo que adaptar las herramientas de trabajo, especialmente los telares, al nuevo tipo de lana que ahora entraba al mercado: la lana del merino español, más corta y enrulada que la inglesa, del merino Lincoln. Con ello bajó también la calidad de los tejidos, pero como el mercado español podía cubrir cómodamente la demanda de lana, se continuó tejiendo y aun





Inglaterra antes de la revolución industrial en un texto de Defoe

En las aldeas de Kent, los *yeomen*, hacendados y agricultores, tejen el paño fino conocido con el nombre de *Kentish broadcloth*, y que se fabrica también, a pesar de su nombre en el condado de Surrey. En Essex, país hoy día puramente agrícola, el viejo burgo de Colchester es famoso por sus burieles "de los que se hacen los hábitos de los frailes y las monjas en los países extranjeros"; varias localidades vecinas, caídas después en una oscuridad completa pasan por muy activas. En Suffolk, en los pueblos de Sudbury y Lavenham, se fabrican gruesas lanas llamadas *says* y *calimancoes*. Tan pronto como se penetra en Norfolk se nota como un aire de diligencia difundido por toda la comarca. Es aquí, en efecto, donde se encuentra la ciudad de Norwich y, alrededor de ella, una docena de ciudades de mercado y una muchedumbre de aldeas, "tan grandes y tan pobladas que son equivalentes a las ciudades de mercado de otros países". Se emplean allí lanas de largas fibras, que se peinan en lugar de cardarlas, en los condados de Lincoln, Nottinghan y Leicester; es la fabricación de las medias de lana, hechas a mano o en telares, lo que ocupa a sus habitantes y constituye el objeto de un comercio bastante extenso.
Nos acercamos al país donde se ha ido concentrando actualmente en la industria de la lana. El distrito occidental del Yorkshire, a lo largo del macizo Penino, está ya poblado de hilanderos y tejedores, agrupados alrededor de varias ciudades: Wakefield "una grande y bella y rica ciudad de pañería donde hay gran abundancia de hombres y de negocios"; Halifax, donde se fabrican las burdas telas conocidas con el nombre de *kerseys* y de *shalloons*; Leeds el gran mercado de toda la región; Huddersfield y Bradford, cuyos productos no han adquirido todavía su reputación. Más al norte se encuentran Richmond y Darlington, en el condado de Durham; más al este, York, la vieja metrópoli eclesiástica, a la que un refrán engañoso prometía que un día eclipsaría a la misma Londres. Si pasamos a la otra vertiente, al condado de Lancaster, en el que el algodón casi expulsó más tarde a la lana, encontramos en Kendal, e incluso en las montañas del Westmoreland, la industria de los droguetes y las ratinas; en Rochdale, una imitación de los tejidos de Colchester. Hacia el sur, en torno a Manchester, Oldham y Bury, se hilaba y se tejía la lana mucho antes que el algodón hubiese hecho su aparición en Inglaterra [...].
Llegamos a los condados del sudoeste y allí nos vemos obligados a detenernos casi paso a paso. En la llanura de Salisbury y a lo largo del Avon, las ciudades pañeras se suceden numerosas y apretadas, Malmesbury, Chippeham, Calne, Trowbridge, Devizes, Salisbury: es el país de las franelas y de los paños finos. En Somerset —si exceptuamos Taunton y el gran puerto de Bristol— es hacia el sur y hacia el este donde se agrupan los centros industriales: Glastonbury, Bruton, Shepton-Mallet y Frome, que se la creía destinada a convertirse en "una de las ciudades más ricas de Inglaterra" [...]
La fabricación reside en pequeñas ciudades, tales como Crediton, Honiton, Tiverton, que entre 1700 y 1740 eran tan célebres y florecientes como oscuras y abandonadas lo son hoy [...].

De Daniel Defoe, *Un viaje a través de la isla de Gran Bretaña* (1724), glosado por P. Mantoux en: *La revolución industrial en el siglo XVIII* Madrid. *Aguilar*, 1962.

se aumentó la producción, pues si bien los paños finos seguían sirviendo a una clientela rica, los de menor calidad encontraban ahora un mercado más amplio constituido por la creciente burguesía, por la mediana nobleza y por propietarios agrarios. En general este último tipo de paños comienza a conquistar nuevos mercados, mientras los productores de paños finos, salvo Brujas y Florencia, entran en franca decadencia.
En síntesis, en lo que respecta a los tejidos de lana puede decirse que, como resultado de lo expuesto, los mercados compradores alemanes, polacos, españoles, etc., tomaron el lugar de los franceses y que el cambio en la calidad de los paños dio origen al incremento de un nuevo tipo de elaboración de los mismos, en parte rural, en parte urbana. El desarrollo de la pañería rural se remonta así al siglo XIV y ésta tiene gran éxito durante los siglos siguientes hasta que la fábrica moderna o, en algunos casos, las manufacturas centralizadas la reemplazan. También en el siglo XIV comienzan a producirse cambios que se acentúan en los dos siglos siguientes y van a afectar la producción de telas (tejidos de lino y cáñamo) y de fustanes (tejidos de lino y algodón).
Desde el siglo XII se fabricaban en Italia los fustanes que cubrían los mercados de Constantinopla, España, Egipto, sur de Francia, etc., a los cuales, en el siglo siguiente, se le incorporan los de Europa Central. El algodón que se empleaba para los fustanes era originario de Calabria, Sicilia, Malta y África del Norte y se trabajaba en Toscana y en Lombardía. El tejido se realizaba, hasta la primera mitad del siglo XIV, mediante el sistema rural a domicilio. Un mercader distribuía la materia prima en las casas campesinas. Allí los campesinos realizaban parte o la totalidad del proceso del tejido. A veces éste era terminado en alguna ciudad. Luego el mercader retiraba las telas o los fustanes, que pagaba a destajo y a muy bajo precio. Este procedimiento permitió enriquecerse

a muchos contratistas. Pero durante la segunda mitad del siglo XIV, debido a la crisis demográfica provocada por las pestes y hambrunas, la escasez de mano de obra impidió la explotación de los campesinos tejedores. Esto motivó el encarecimiento de las telas y la reducción de los mercados.

También en esta época aparecen nuevos centros de tejido de telas y fustanes en Suiza, sur de Alemania y Austria, zonas donde se utiliza el mismo sistema de trabajo. Junto con esto la producción italiana, especialmente la lombarda, crece, sobre todo a partir de los siglos XV y XVI, y extiende sus mercados a Inglaterra y Flandes.

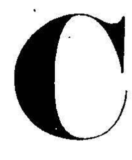
La industria linera tuvo gran difusión en Flandes, donde también se practicaba el sistema de trabajo rural campesino. La exportación se hacía desde los mercados intermediarios urbanos, en donde se realizaba el blanqueado, lo cual a su vez favorecía el monopolio comercial de las ciudades. La industria linera se extiende tanto que, en el siglo XV, ocupa toda la región de las tierras ganadas al mar y hace que muchos campesinos abandonen los trabajos agrícolas. Por otra parte, la magnitud de la demanda de lino hace que extensas zonas de Zelandia y de los países Bálticos se dediquen a su cultivo.

Francia, salvo en el noroeste y el oeste, tardó más que otras regiones en desarrollar la industria de telas, prácticamente hasta el siglo XV.

La producción de tejidos de seda sufrió también cambios importantes. Hasta el siglo XIV la ciudad toscana de Lucca estaba a la cabeza de esta industria y casi la monopoliza. Los luqueses compraban la materia prima a los genoveses, quienes la traían de los países del Levante y de la China a través del mar Caspio y más tarde de España. La fabricación de tejidos de seda demandaba grandes inversiones en útiles y herramientas y el trabajo exigía mayor especialización y cuidado. Es por estas razones que en la industria de la seda se dan las primeras formas capitalistas de producción. Son verdaderas manufacturas, pues requieren gran inversión de capitales y mano de obra concentrada en talleres y pagada en salario. Entre los siglos XIII y XIV hubo talleres que empleaban a mil operarios.

Hasta fines del siglo XIV los luqueses prácticamente no tuvieron competencia en su trabajo sedero. Los mismos mercaderes luqueses se desplazaban por los mercados de toda Europa. Pero a fines del siglo XIII tienen lugar en la ciudad del Arno serias luchas políticas entre los maestros y los mercaderes. Como resultado de esto muchos obreros, con un alto grado de especialización, emigran hacia Milán, Florencia, Venecia, Bologna. En esas ciudades se instalan los secretos de la fabricación de los finos tejidos de seda. Pero la verdadera competencia surgió a fines del siglo XIV y durante el XV, cuando los Médici instalaron talleres sederos en Brujas y cuando en Florencia se desarrolló el arte de La Porta de Santa María. Entonces la depresión de Lucca, a partir de fines del siglo XIV, se hizo permanente. La producción de tejidos de seda cambia su localización geográfica, pero no su modo de producción.

La industria rural domiciliada y las artesanías en la Edad Moderna

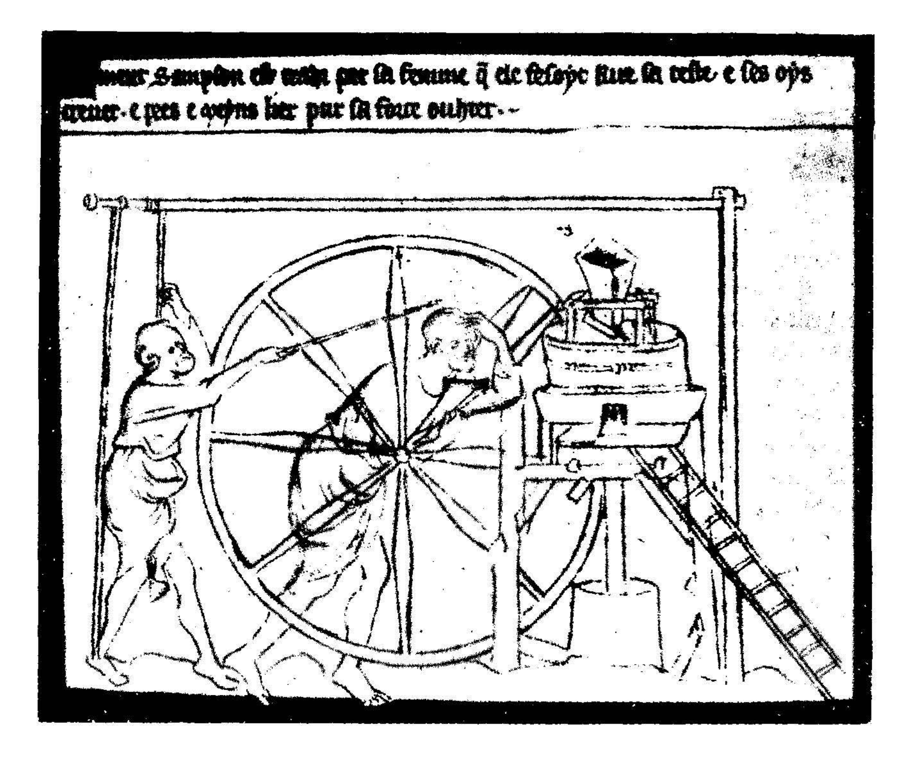


Como acaba de verse, es en general durante el siglo XIV que se produce el paso, en algunas producciones textiles, del sistema artesanal al rural domiciliado. Este último es más conocido con el nombre alemán de *Verlag system* o el inglés de *putting-out-system.* El tránsito tuvo lugar en las producciones, sobre todo textiles, en las que el proceso productivo podía ser dividido.

En el caso de los tejidos, las aplicaciones de hilado y tejido pasaron a ser dominio del campo, y las de tintura, batanado, peinado, blanqueado y apresto se realizaron a veces en la ciudad y otras en el campo. Pero, en general, los procesos de acabado siguieron realizándose en la ciudad, como también los de confección, llevados a cabo por sastres, chalequeros, jaboneros, etcétera. Esta división del trabajo entre la ciudad y el campo dio origen a serias disputas entre los diferentes grupos de trabajadores, disputas en las que generalmente ganaron los bataneros, y especialmente los acabadores y los sastres, sobre los hilanderos y tejedores. Es decir, en general, triunfaron los que se hallaban al final del proceso de producción porque eran los que estaban más en contacto con el mercado. Así también en la fabricación de armas, por ejemplo, los bruñidores y los guarnicioneros consiguieron dominar a los espaderos y herreros.

Este tipo de producción mixta trajo aparejados diversos cambios en el seno de los gremios artesanales. Uno de ellos es el que lleva a los maestros artesanos a convertirse en empresarios del trabajo domiciliado. Otra situación frecuente fue la de que un gremio prosperara a costa de otros y de la gente del trabajo domiciliado. Son frecuentes las luchas de gremios entre sí o de fusión de gremios para defenderse de los mercaderes. Las dos formas de la industria, la urbana y la campesina, pasan a depender, según los casos, de los importadores cuando la materia prima que elaboran es extranjera, o de los mercaderes exportadores y de los distribuidores en el mercado interno. Todas estas situaciones provocaron conflictos y luchas de mercaderes y productores y de éstos entre sí, pero el gran mercader será la figura dominante de este período.

El trabajo rural a domicilio es característico de Europa Occidental y propio de la etapa de transición hacia el modo de producción capitalista. Por eso mismo no se desarrolló en otras regiones del globo donde no tuvo lugar la transición del feudalismo al capitalismo. En Rusia, por ejemplo, el campesino lle-





vaba su artesanía al mercado personalmente o la daba para su venta a un intermediario. En Oriente predominó el sistema de bazar: taller y lugar de venta a un mismo tiempo.

El sistema de trabajo domiciliado tuvo, como veremos, enorme importancia en Inglaterra y lo mismo en Francia, aunque no en igual medida. Hubo para ello razones económicas, sociales, geográficas, pero también políticas. En ambos países la autonomía y el particularismo urbano cesan pronto. Las ciudades están representadas en el parlamento desde los siglos XIV y XV. A partir del XV los comerciantes son en el parlamento más fuertes que los artesanos y ellos son los que tienen mayor interés en que se desarrolle el trabajo domiciliado.

Veamos cómo se realizaba este último. Un negociante o *Verleger* distribuía la materia prima entre los campesinos y adquiría con ello *parte* de su fuerza de trabajo, puesto que el campesino, o mejor dicho la familia campesina, continuaba realizando tareas de campo al mismo tiempo que las del tejido, o alternaba ambas, según las épocas del año. Pero pronto el patrón o distribuidor monopoliza toda la fuerza de trabajo del campesino. Las deudas que contrae éste con el patrón o distribuidor hacen que termine trabajando sólo para él.

El mercader distribuidor, que tenía el monopolio del mercado de venta, controlaba también el proceso de producción, vigilaba la calidad del tejido, la cantidad de material empleado, etc. Algunas veces, como sucedía en Inglaterra en el siglo XVI, llevaron a proporcionar a los campesinos los instrumentos de trabajo, transformándolos así en asalariados parciales.

Los empresarios controlaban los diversos procesos de la producción y llevaban de un lado al otro los hilados y tejidos: a los molinos bataneros, a las tintorerías, etc. Mediante este sistema el campesino se convierte paulatinamente en un obrero industrial a domicilio que produce para el mercado y que vende al

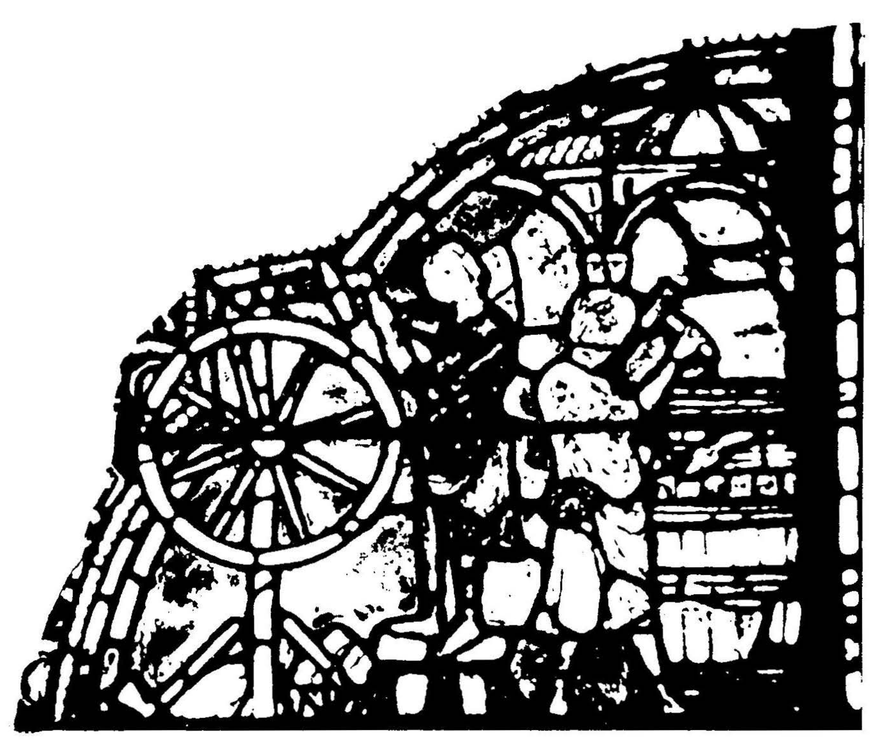
empresario parte de su fuerza de trabajo. A tal punto fue así que en algunos lugares de Inglaterra familias enteras de campesinos pasaron a vivir exclusivamente de su trabajo artesanal y abandonaron las tareas rurales. Este sistema de trabajo a domicilio se mantuvo por varios siglos en Europa Occidental (entre los siglos XIV y XVIII) debido especialmente a la escasa importancia del capital fijo, a los bajos salarios y a las altas ganancias que representaba para sus empresarios.
Tal sistema precapitalista de trabajo a domicilio no provino siempre del artesanado gremial sino de otras zonas, pero en general se desarrolló combinándose con él. Hay que destacar que este sistema permitió que se formaran nuevas ramas industriales, como la de los tejidos de lino y de algodón o dio un gran impulso a otras industrias, como la minería y la elaboración de metales.
En Inglaterra el sistema de industrias rurales a domicilio tuvo un gran desarrollo. Esto se debió a que, dado la importancia y la frecuencia de sus caídas de agua, pudo ser aprovechada la fuerza de éstas en los molinos a rueda destinados al proceso de bataneo. Estos molinos habían comenzado a instalarse en el país de Gales a fines del siglo XII por los señores templarios, los obispos y aun por el rey. Tal es la importancia de estos centros donde funcionan los batanes mecánicos que alrededor de ellos se instala una abundante mano de obra e incluso, en ciertas épocas, la mano de obra urbana se traslada al campo. La mayor parte de estos molinos, y por lo tanto de las industrias rurales de tejidos, están ubicados en el centro, oeste y noroeste del país. En estas zonas se fabrican paños de lana de baja calidad que se venden a precios relativamente baratos.
Estos molinos que movían los martillos del batán pusieron a Inglaterra en superioridad de condiciones con respecto a Flandes, donde los molinos de viento no podían ser utilizados con igual fin.
Otra ventaja del trabajo inglés sobre su rival flamenco provenía de la alta proporción de mano de obra femenina empleada en las tareas de cardado, hilado y peinado, factor que duplicaba la producción.
En las primeras épocas del desarrollo textil los empresarios del trabajo rural domiciliado eran gentes de procedencia muy diversa: carniceros, molineros, campesinos enriquecidos. Estos empresarios encargaban, en general, parte del trabajo afuera y tenían talleres donde se completaban las operaciones. Hacia el siglo XV se inventó el molino cardador, lo que significó un enorme ahorro de mano de obra. La industria textil de lanas se desarrolló en Inglaterra bajo la forma mixta de artesanía rural domiciliada y artesanía urbana en lo que respecta a los paños finos, y bajo la primera en lo que respecta a los paños ordinarios. Esto cambiará cuando el invento de las máquinas de hilar, de la lanzadera volante y de la máquina de tejer hagan, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, que los campesinos-obreros se trasladen a la ciudad, donde forman el primer proletariado.
El sistema rural domiciliado tuvo un gran desarrollo y casi la exclusividad de la producción en el caso de la industria del fustán. La gran expansión de esta nueva industria se produce en los siglos XV y XVI y no está ligado a las corporaciones urbanas. También en este caso son los nuevos inventos los que hacen que esta industria se traslade a la ciudad, especialmente a Manchester. Pero, con todo, en 1772 nos encontramos con que, frente a las 55 manufacturas dedicadas al fustán en Manchester, persisten en el campo cercano 73 centros de elaboración.
¿Por qué fue tan grande la difusión del trabajo rural domiciliado en Inglaterra? En primer lugar por razones geográficas de distribución de la fuerza motriz y, como se verá en el caso de las minas, por la importancia y la distribución de éstas; en segundo lugar por la creciente aplicación de pequeños inventos,

El trabajo rural a domicilio fue típico de la Europa occidental. En el grabado superior, molino francés del siglo XV. En el grabado inferior, elaboración de quesos en Francia, 1673. Esta constituía un ingreso adicional que completaba las magras entradas del campesinado.

Estatuto de los olleros de París (declaración al preboste Etienne Boileau)

1º) Quienquiera que desee ser ollero de estaño en París, puede serlo francamente, con tal que haga una buena obra, y leal, y puede tener cuantos oficiales y aprendices quiera.
2º) Ningún ollero de estaño puede trabajar de noche ni los días de fiesta, salvo durante los días en que se celebre la feria urbana. Quienquiera que lo haga, se estará a cinco sueldos de multa que deberá pagar al rey; porque la claridad de la noche no es bastante para que puedan durante ella hacer trabajo alguno de su oficio bueno y leal.
3º) Ningún ollero de estaño puede ni debe en derecho producir obra de su profesión que no está bien y lealmente aleada, según lo requiere la obra misma: si obra en contrario pierde la obra y se estará a 5 sueldos de multa debidos al rey.
4º) Ningún habitante u otro, en la ciudad o fuera de ella, puede vender obra alguna perteneciente al gremio de los olleros del estaño, en las ciudades ni en su hotel, si la obra no es de aleación buena y leal, y caso de hacerlo, deberá perder la obra y pagar 5 sueldos parisinos al rey en concepto de multa.
5º) Ninguno podrá ni debe vender como nuevo lo viejo, tratándose de una obra perteneciente a los olleros de estaño; si tal hiciera, deberá 5 sueldos de multa al rey.
6º) Los prohombres del gremio de los olleros de estaño piden que dos hombres del gremio sean electos para el mando del preboste de París: cuyos dos prohombres deben jurar sobre los Santos que guardarán fiel y lealmente este gremio de la manera arriba ordenada, y que darán a conocer las contravenciones del gremio al preboste de París o a su mandatario.
7) Los olleros del estaño deben aguaitar, si no han rebasado los sesenta años.
8º) Los olleros de estaño exigen que los dos prohombres que guardan el gremio sean inmunes de guaitar.
9º) Los olleros del estaño deben la talla y demás tributaciones debidas al rey por los burgueses de París.

Tomado del *Livre des Métiers*.



frutos de la iniciativa personal, que buscaban aprovechar las fuerzas naturales; y, por último, por la peculiar estructura económico-social del país. Efectivamente, las grandes zonas ganaderas del país, las del centro y del este, estaban próximas a las zonas mineras. En ambos casos las concentraciones de población eran bastante importantes. En estas aldeas mineras o ganaderas se trabaja según el sistema del trabajo domiciliado. En las zonas ganaderas los campesinos completaban sus magras entradas con la fabricación de quesos, manteca, tejidos e hilados. Los empresarios comerciaban a la vez todos estos productos. Durante el siglo XVI, a raíz de los "cercamientos" (incorporación a la ganadería de tierras que se dedicaban a la agricultura), hubo en las zonas del oeste y del centro de Inglaterra mucha mano de obra disponible. A ella se sumó el especial aumento de la población que se produjo en Europa a partir de la segunda mitad del siglo XV y que se prolongó durante todo el siglo XVI. Por otra parte, las confiscaciones de los bienes eclesiásticos, producidas durante el reinado de Enrique VIII, desubicaron grandes zonas de mano de obra campesina. Bandas de desocupados recorrían los campos ingleses en la primera mitad del siglo XVI. Muchos de estos pobres vagabundos, obligados a robar para comer, fueron ajusticiados. Una grave situación que fue denunciada por el canciller Tomás Moro en su famosa obra *Utopía*. Parte de esta mano de obra vacante fue absorbida por las industrias textiles domiciliadas, parte por las minas, explotadas mediante el mismo sistema, y por los astilleros, pues durante el siglo XVI se crea la gran flota inglesa.
Durante el siglo siguiente se consolida esta situación en el campo. Si bien los cercamientos son menos frecuentes, la división regional se hace más profunda: las regiones del centro y del oeste son ganaderas, mineras y tejedoras; las ricas tierras del este se dedican a la agricultura, la molienda, etc.

Como resultado de esta regionalización se desarrolla la circulación de bienes entre una y otra región y se va formando un mercado interno. Los del este compran tejidos, utensilios y herramientas; los del oeste, harinas y otros derivados de la agricultura.

Por otra parte, en las regiones donde se había impuesto el mayorazgo, el cual determinaba que sólo el hijo mayor heredara los bienes paternos, los demás hermanos debieron buscar otras fuentes de trabajo. Lo mismo pasó en las regiones en donde la población creció mucho y la tierra, por lo tanto, se fue subdividiendo. Los predios eran insuficientes para alimentar a las familias y esto hacía que se buscara una entrada complementaria, la cual fue proporcionada por el trabajo industrial domiciliario. Es decir que en Inglaterra, durante los siglos modernos, se perfiló una clase de trabajadores rurales que se fue desprendiendo cada vez más de las tareas del campo para pasar a las textiles o las mineras. Muchos de estos trabajadores llegaron incluso a no ser dueños de sus instrumentos de trabajo, y también muchos, aunque permanecían en la campaña, vivían casi exclusivamente del salario pagado por los empresarios.

En Francia la situación fue semejante. Este país no poseía una tradición corporativa como los Países Bajos o Alemania. Por otra parte, la crisis del siglo XIV, como ya se ha visto, llevó a la ruina a muchas ciudades textiles artesanales.

En el campo se tejía para la venta desde los siglos XII y XIII: paños en el Languedoc, telas en la Borgoña, etc. Pero el verdadero desarrollo del trabajo domiciliario se produce a partir del siglo XVI: paños, tejidos de lino y cáñamo, encajes, seda, metales, cuchillos, agujas, objetos de vidrio, etcétera.

A los campesinos que realizaban estos trabajos se los denominaba "ocupados de la industria". Trabajaban para empresarios urbanos, señores nobles, eclesiásticos. Con estos últimos lo hacían en los casos en que estas industrias se asentaran en sus dominios o en los que la materia prima era muy cara y era necesario invertir mucho capital. En Francia, como en Inglaterra, llegó a haber campesinos que vivían casi exclusivamente de su trabajo industrial.

En los Países Bajos, donde las corporaciones artesanales fueron muy importantes, el sistema rural domiciliario cobró gran impulso en el siglo XVI. Pero las guerras religiosas provocaron en ellos emigraciones de tal importancia que se produjeron verdaderos cambios en la producción de tejidos, e incluso hay zonas que se arruinaron por la huida de la mayor parte de la mano de obra.

El mercado de los tejidos de lino era muy amplio. Hasta el siglo XVII los principales compradores eran España, en primer lugar, y luego Francia, Inglaterra, Alemania. Se hilaba y tejía en el campo y el blanqueado y el apresto se realizaban en las ciudades. En el siglo XVII son las ciudades holandesas las que se dedicaban al blanqueado.

La industria del encaje se difundió mucho, sobre todo en la época en que se impuso la "moda española" de las golillas de encaje. Los encajes finos se bordaban en las ciudades, como Bruselas, pero también había una importante producción proveniente del campo. Estos encajes se exportaban especialmente a España y América.

Entre los ríos Mosa y Sambre se había producido un gran desarrollo de la metalurgia. Se calcula que el 17 % de la población trabajaba en pequeños talleres metalúrgicos. Los empresarios proveían la materia prima y luego pagaban por pieza realizada. La zona era uno de los centros de mayor importancia en la fabricación de clavos.

La región de Lieja fue, entre los siglos XIV y XV, el centro más importante en la extracción de carbón, actividad que se realizaba siempre por el sistema de trabajo rural.

También hay que destacar la fabricación de vidrio. En el siglo XVI se comienza a usar el carbón de piedra en la vidriería, lo

Las industrias rurales domiciliarias llevaron a que, en algunos lugares, los campesinos abandonaran las tareas agrícolas para dedicarse exclusivamente al trabajo artesanal. En la ilustración, toneleros franceses.

que continúa hasta el siglo XVIII, en que cambian los procedimientos cuando se instalan en Inglaterra (1705) y en Lieja (1720) las primeras máquinas Newcomen, a vapor.

En el siglo XVI se inicia el tejido del sayal en Leide y en Brabante. Eran paños de lana burda cuyo proceso de blanqueado se realizaba en Harlem.

En toda Holanda se utilizaban los molinos de viento para aserrar la madera, abatanar, presionar para obtener aceite, hacer papel, etcétera. Las industrias de astilleros y de salazón de arenques y la fabricación de quesos estaban muy extendidas, aunque las ciudades conservaban el monopolio de la sal.

Holanda, entre los siglos XVI y XVIII fue un verdadero taller rural y urbano y a tal punto se desarrollaron las ocupaciones industriales que el trigo y el centeno para abastecer a su laboriosa población se importaba de Polonia.

En Alemania las corporaciones artesanales urbanas estaban muy desarrolladas y, sobre todo, protegidas por los señores poderosos. Esto hizo que sólo en algunas zonas, donde las condiciones eran favorables, se extendieran las industrias rurales domiciliarias.

En Meckleburgo y en Schleswig-Holstein, por ejemplo, los príncipes toman posición a favor del artesanado urbano y en algunos casos hacen que se establezcan artesanos en "suburbios" especiales. En el campo sólo se permitía que trabajaran algunos artesanos para el estricto consumo local. El interés de los señores en las artesanías urbanas residía en que éstas les permitían controlar el mercado y cobrar los correspondientes impuestos a las ventas. Luego de la Guerra de los Treinta Años se afirman los oficios urbanos, pero con todo muchos artesanos huyen al campo para librarse de los pesados impuestos.

En Prusia la política también fue hostil al trabajo rural domiciliado: sólo a cierto número de tejedores de lienzo, de carpinteros y de forjadores le era permitido trabajar para los empresarios. En esta región y en Brandeburgo se combate el trabajo rural durante el siglo XV, debido a que el aumento de la población había provocado un alza de los precios, sobre todo de los agrícolas, y una baja de los salarios reales. La abundancia de mano de obra provocaba la emigración del campo a la ciudad y la competencia de los precios de los artículos manufacturados en detrimento de los urbanos. Ante esta situación los príncipes protegían las corporaciones urbanas combatiendo el trabajo rural domiciliado.

Muy importante para el trabajo rural domiciliado fue la región comprendida entre el Elba y el Weser y entre el Harz y Turingia Se exportaban desde allí tejidos de hilo hacia Renania y Europa Occidental; se fabricaban objetos de madera, vidrio y hierro; se explotaba el carbón y el hierro. En el siglo XVIII la industria de Solingen ha adquirido una gran importancia por sus agujas, dedales, alambres, etc. En Suavia se tejen lienzos y fustanes. En Weisenhon los grandes banqueros y mercaderes Fugger, que compiten con los empresarios de Ulm, tienen sus posesiones industriales. En la Selva Negra abundan las vidrierías, los trenzados de paja y la fabricación de relojes, lo mismo que en Suiza.

El desarrollo de la industria minera

En el curso del siglo XVI la industria minera y la metalúrgica adquieren gran importancia. Las grandes transacciones de los Fugger con el emperador Maximiliano y con su sucesor, Carlos V; las operaciones financieras de los mercaderes de Augsburgo, de Nüremberg, de la Alta Alemania, facilitaron el desarrollo de las industrias mineras, comenzando por la explotación de los metales preciosos o semipreciosos: plata, cobre, estaño, plomo, mercurio. Hasta mediados del siglo XVI la explotación y la transformación complementaria de los metales ocupaba una posición dominante en la industria minera del mundo. La influencia de los banqueros y mercaderes como los Fugger y los Welser llegaba hasta las minas españolas de Almadén. Hasta mediados de ese siglo los Fugger tenían en sus manos la explotación del cobre y de la plata del Tirol y de Eslovaquia. Grandes mercaderes y banqueros de la Alta Alemania tenían por la misma época importantes intereses en los metales de Inglaterra, de Polonia y otros lugares en competencia a veces con los italianos. Este tipo de explotación capitalista minera se desarrolló a partir de la existencia de sociedades cooperativas más antiguas en las cuales todos sus componentes participaban en el trabajo de las minas. En el siglo XV hubo un gran desarrollo de la explotación minera. Por entonces se formaron las sociedades de explotación capitalistas y se organizó un comercio de los metales de tipo especulativo. Esto se puede ver a mediados del siglo XVI. Nos encontramos entonces con fundiciones, forjas y minas que pertenecen a los mismos empresarios. A veces las más importantes de estas empresas formaban consorcios, sindicatos y *cartells*.

Las técnicas de explotación minera se habían perfeccionado mucho, y esto fue lo que originó la aparición de grandes empresarios porque esas técnicas exigían la inversión de grandes capitales y la concentración de los mismos.

Se formó al mismo tiempo una nueva clase de asalariados mineros, a los que les pagaba por semana. Grandes masas de éstos trabajaban en las minas de Sajonia, Bohemia, Hungría y, sobre todo del Tirol. Hacia mediados del siglo XVI más de 7.000 obreros trabajaban en la mina Falkenstein, cerca de Schwaz, región donde había cerca de 12.000 mineros profesionales.

Una idea del trabajo que se realizaba en la mina citada lo señala el dato de que sólo para sacar el agua de los subterrá-



Grabado de la obra de Agricolla "Re Metallica". En el siglo XVI varias empresas mineras se unen formando consorcios y sindicatos. Las técnicas de explotación de metales se habían perfeccionado mucho, y esto originó la aparición de grandes empresarios, dado que estas técnicas exigían la concentración e inversión de grandes capitales.

La gran cantidad de horas de trabajo, las condiciones penosas y los salarios bajos fueron la causa de frecuentes huelgas entre los mineros del Tirol. Los dos grabados representan distintas etapas de extracción del hierro.



neos se utilizaban entre 500 y 600 obreros.
La situación de los obreros mineros era penosa. Además de tener graves dificultades de alojamiento debían soportar las consecuencias del sistema, que los obligaba a comprar al empresario artículos alimenticios y vestimentas. Este sistema, que en un principio parecía beneficioso por las dificultades que tenían para proveerse, terminó siendo una forma de explotación más. El empresario, que les proveía trigo, harina, grasa fundida, telas y otras cosas necesarias, alzaba los precios y utilizaba esto como otra forma más de enriquecerse. Los mineros se opusieron a ello repetidas veces y llegaron incluso a la violencia apoyados muchas veces por los vecinos de las villas cercanas. Los salarios insuficientes y la cantidad de horas de trabajo fueron también motivo de quejas y huelgas, frecuentes sobre todo en Hungría, Bohemia y Tirol.
Pero ¿cómo se dio el paso a estas formas de explotación modernas? ¿Cómo llegó a formarse este proletariado minero? Todo esto se puede ver con claridad si observamos el caso de Inglaterra.
La explotación minera comenzó a realizarse mediante lo que se llamó la "minería libre", un derecho consuetudinario generalmente confirmado por cédula real. Cualquier habitante de una región minera podía reservar para sí una concesión pagando una cierta recompensa a la corona o a quien la corona hubiera delegado sus derechos. Este derecho dio origen a verdaderas comunidades mineras en las que sus miembros gozaban del derecho de explotación individual. Este era el sistema que se ponía en práctica en las explotaciones de estaño y de plomo.
Si bien tenían una cierta organización, pues poseían una corte minera que regulaba sus derechos, estas comunidades mineras no eran como las guildas artesanales, cerradas y excluyentes. Siempre que hubiera espacio desocupado era posible obtener el derecho de explotación. En las primeras épocas se trató de mantener la igualdad entre los miembros de la comunidad impidiendo tener a cada uno más de cuatro caballos limitando el número de otros elementos. Pero a partir del siglo XIV muchos concesionarios pudieron vender sus explotaciones a la nobleza, al clero o a comerciantes de las ciudades vecinas. Luego vino el "sistema tributario", mediante el cual se permitió a los poseedores de una concesión el subarrendamiento de la mina a un grupo de trabajadores o a algún pequeño explotador, a cambio de una parte del producto. En ambos casos la posibilidad de que surgiera una clase que se enriqueciera por esto y no por la actividad productiva era muy limitada, en la medida que los establecimientos libres subsistían y no había obstáculos para la comercialización del producto. Pero desde el siglo XIV se hace evidente que ciertos factores comienzan a actuar con el fin de despojar a los explotadores libres de sus beneficios. El más importante lo constituyen las ventajas de que gozaban los fundidores, los traficantes en metal y los compradores de estaño y que llevarán al trabajador de la mina a una situación cada vez más dependiente.
La venta del estaño estaba limitada a los dos días anuales de acuñación y se realizaba, en el siglo XIV, en la ciudad de Lostwithiel, bastante distante de la región minera. Estas circunstancias pusieron en desventaja a los mineros más pobres, que no podían financiar sus operaciones en el período de seis meses previo a la comercialización del estaño y que seguramente tenían serias dificultades para el acarreo. Por estas razones los estañeros pobres y los tributarios fueron quedando en situación de dependencia frente a los estañeros provenientes de la clase señorial y a los intermediarios. El libre comercio del estaño, complemento lógico de su libre explotación fue lo que primero desapareció. Los estañeros pobres y los tributarios comenzaron a recibir subsidios, con los que se endeudaron más y cayeron en la situación de dependencia. El pago en trueque empeoró aún más su situación y su ingreso terminó quedando reducido a un mero salario. Se introdujo también el sistema mediante el cual el propietario más pudiente subastaba el laboreo de la mina a jefes de cuadrilla por un salario a destajo, vendiéndose el laboreo al que se cotizaba más bajo. A fines del siglo XV se estableció con respecto al estaño, y con el fin de proporcionarle un mercado seguro, el monopolio de la compra del metal. Esto levantó protestas entre los productores y los integrantes de la Compañía de Peltreros de Londres. Los precios que recibían los productores bajaron. Durante la época de la República se suprimió el monopolio, pero la Restauración lo reimplantó. Hubo tumultos: los mineros pedían la venta libre del estaño; los estañeros ricos se oponían a sus demandas. Pero su resistencia fue ineficaz y a fines del siglo XVII la subordinación del productor al capital se había consumado. La explotación se hacía por medio de la usura. Los comerciantes monopolistas daban crédito a los dueños del estaño, a los traficantes, a los fundidores; adquirían el estaño a precios bajísimos y obtenían un beneficio marginal de un 60 %. A su vez los dueños del estaño adelantaban dinero a los jefes de cuadrillas y alcanzaban un beneficio marginal que llegaba a un 80 y a un 90 %. Hacia 1700 los propietarios de las fundiciones en lugar de adelantar dinero se transformaron en "estañeros aventureros": empleaban directamente a mineros por un salario a destajo. La explotación por la usura se fue transformando así en el sistema salarial capitalista. En otras zonas parece ser que el factor que desintegró las viejas comunidades fue el monopolio de la fundición del metal. En el siglo XVI la corona dio licencias a gentes con capital para que construyeran hornos de fundición en los bosques, lo cual motivó frecuentes desórdenes a lo largo del XVI y del XVII. En las minas de Sajonia pasó algo similar. Los amos señoriales no se hicieron cargo directo de

Testimonios de las rebeliones del siglo XVI

Declaración de John Walker durante la rebelión de Norfolk (1549)

"Vosotros sabéis hasta qué punto los gentilhombres tienen poca simpatía hacia nosotros los pobres. Todos los que no se unan a nosotros, matémoslos, sí, matemos también a sus hijos en la cuna pues sería una gran cosa si no hubiera en Norfolk más gentilhombres que toros blancos".

Declaración de Bartolomé Streere
durante la rebelión de Oxford en 1597

"La meta perseguida era echar abajo los cercados e ir en ayuda de los pobres amenazados por el hambre, en razón de la escasez de granos, pero en realidad tramaba jugarles una mala pasada a los gentilhombres de esta comarca y apoderarse así de sus bienes afirmando que el pueblo de España se había sublevado desde antiguo y había matado a todos los gentilhombres españoles, después de lo cual se vivía bien en España".

Tomadas de C. L. Davies: "*Révoltes populaires en Angleterre 1500-1700*", *Annales*, 1969.



las explotaciones: Las alquilaban a explotadores libres mediante un contrato por el cual ellos recibían una parte de lo producido. Algunos de estos explotadores consiguieron enriquecerse y vendían sus concesiones a gentes de la nobleza de la ciudad. Estos explotaban las minas por el sistema de tributos y de arrendamientos a trabajadores sin propiedad alguna, sistema por el cual se transformaron fácilmente en asalariados. También en Sajonia se produjo el crecimiento del monopolio de fundidores y compradores del mineral, lo cual aceleró el proceso hacia la formación de las formas capitalistas de asalariado y empresario.

Conclusiones sobre las industrias rurales domiciliadas

El florecimiento de estas industrias estuvo íntimamente ligado a la existencia de determinadas condiciones geográficas: los saltos de agua que permitían la instalación de molinos para abatanar, cardar o prensar; las zonas ganaderas productoras de lana donde había, además, fuerzas de trabajo disponibles; la existencia de minerales o de bosques en el caso de la fabricación de carbón de leña, etc.
Pero también tuvo mucha importancia la organización política de cada región. En las regiones llanas de Alemania, por ejemplo, el absolutismo principesco y la ideología mercantilista imperantes obstaculizaron el desarrollo del trabajo rural domiciliado y, por el contrario, estimularon las artesanías urbanas. Los señores querían controlar el mercado por razones fiscales y por ello les resultaba más conveniente la concentración urbana que la dispersión rural.
En Inglaterra, donde los lazos feudales se debilitaron más rápidamente y donde las condiciones geográficas se sumaron a esto, la dispersión geográfica de las industrias rurales domi-

ciliadas fue fácilmente aceptada y la importancia del sistema llegó a ser enorme.
En esta forma de trabajo, característica del tránsito entre el modo de producción feudal y el capitalista, los protagonistas son dos tipos sociales: el empresario domicialiado (el *verleger* o *clothier*) y el campesino semiproletario.
El empresario, en general salido del oficio, tiene especiales condiciones para la organización del comercio, que muchas veces es de tipo internacional, y es quien, junto con los mercaderes, elabora las técnicas empresarias que provocan la aparición del moderno capitalista.
Estos empresarios provienen casi siempre del gran comercio urbano, interurbano o internacional. Otras veces fueron los nobles laicos o los eclesiásticos los que se transformaron en empresarios del trabajo domiciliado. Muchos de ellos fueron artesanos urbanos que, como se ha visto, comenzaron a encargar en el campo ciertas tareas correspondientes al proceso de elaboración de un producto, sobre todo de telas. A veces pequeños empresarios mineros que poseían conocimientos especiales sobre la explotación cambiaban de lugar de trabajo y se instalaban como empresarios de la industria rural, lo mismo que muchos transportistas que lograron enriquecerse.
Los campesinos-artesanos constituían una mano de obra menos especializada que la de las ciudades, pero mucho más barata y, sobre todo, no organizada en gremios, lo que permitía que fuera explotada con más intensidad por los empresarios. El trabajo artesanal les daba a estos campesinos la oportunidad de completar, aunque fuera magramente, sus entradas, y, lo que es más importante en épocas anteriores a la revolución industrial y a la agraria, les permitía sobrellevar las frecuentes crisis agrarias, los repetidos "años malos" de la agricultura precapitalista.
El trabajo domiciliado dio ocupación a muchos campesinos desglaterra, que aunque se redujeran a la condición de simples asalariados pudieron así sobrevivir.
Aun en el estrecho ámbito de este tipo de trabajo hubo diferencias y oposiciones entre los trabajadores domiciliados: entre los especializados y los peones; entre hilanderos y tejedores; entre ambos y los granjeros que no trabajaban como artesanos y que, por ser más pudientes, despreciaban a aquéllos; entre los tejedores dueños de sus telares, y que hasta empleaban peones, y los tejedores pobres que no poseían ni el telar en que trabajaban, etc.
El trabajo domiciliado preparó una mano de obra apta, destinada a constituir, junto con la proveniente de las manufacturas, el primer proletariado de la industria capitalista. Alejó al campesino de la tierra, por lo menos de su total dependencia de ésta; lo separó de sus medios de producción, lo divorció de sus fuentes fundamentales de subsistencia. El campesino-artesano acostumbrado al salario, al trabajo a destajo y a trabajar largas horas por día en una misma tarea, endeudado con el empresario, desconectado del proceso de producción, fue con su mujer y sus hijos presa fácil de la ciudad industrial y de los empresarios capitalistas.
La industria rural domiciliada estuvo conectada, en su época de expansión, los siglos XV y XVI, con dos fenómenos importantes de esos momentos de transición. Por un lado absorbió, aunque irregularmente —como todo fenómeno precapitalista— el crecimiento demográfico dando ocupación a una población que la agricultura, insuficientemente desarrollada, no podía absorber. Por otro la producción de estas industrias, producción destinada a consumidores medios y aun pobres permitió la apertura de mercados de largo alcance, tanto por su capacidad productiva como por las nuevas necesidades que a su vez engendraron estas industrias, como las de disponer de más materias primas (algodón, hilo de seda, colorantes, etc.). Todo esto estaba re-

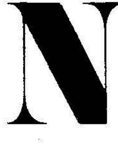
"Campesinos", buril de Alberto Durero, 1512. El trabajo domiciliado preparó una mano de obra apta, destinada a constituir la primera forma de proletariado.

las industrias textiles cuyas materias primas provenían principalmente de la agricultura: el lino y el cáñamo que se cultivaban en Irlanda y en todo el Norte de Europa; el algodón y la seda que procedían de la cuenca mediterránea, del Cercano Oriente y aun de la China; las materias colorantes que venían también del Mediterráneo, de España; etcétera.

El declinar de las artesanías

El artesanado de las ciudades conservó durante la Edad Moderna su importancia en lo que se refiere a la producción de artículos de uso inmediato para los habitantes de la ciudad y de artículos de lujo.
Como se ha visto, muchos gremios artesanales conservaron la realización de las últimas tareas del proceso del tejido y por ello los maestros de estos gremios llegaron a enriquecerse y a veces a separarse de los mismos para transformarse en lo que en Inglaterra se llamó los "mercaderes aventureros". En Londres muchos maestros llegaron a tener negocios en los que, además de los artículos de su ramo, vendían productos extranjeros.
En Alemania y en Austria el número de personas que trabajaban en las artesanías fue creciendo hasta el siglo XVIII, pero fue cada vez menor el número de los agremiados. En 1734, en Viena había 7.809 maestros, de los cuales solo 2.640 estaban agremiados. Es decir: las artesanías progresaban, pero los gremios morían. Muchos de los maestros no agremiados eran "maestros libres"; otros eran los llamados "maestros de corte", autorizados por la ciudad o por el soberano para practicar libremente el oficio y dirigir su taller.
En Francia desde mediados del siglo XV los soberanos, en las grandes ocasiones, solían otorgar patentes como parte de diversos festejos. Por ellas se incorporaban nuevos maestros a las corporaciones, pero a no ser que se dieran estos ingresos especiales solo podían ser reemplazados los que fallecían. También en Francia se crearon cargos de artesanos del rey, aunque, en realidad, solo un pequeño número de éstos proveía verdaderamente al rey.
En Inglaterra las corporaciones perdieron todo su poder en el siglo XVII; en Francia el ministro Colbert las sometió al estado, entre 1671 y 1674, y fueron definitivamente abolidas en 1789. Ya desde 1581 el estado había asumido la superintendencia de las mismas y había limitado el tiempo de elaboración de la obra maestra a tres meses.
En 1771 una convención entre Austria, Prusia, Sajonia y otros estados decretó la abolición de la maestranza de las corporaciones. Se pasó entonces al estado el control del trabajo artesanal, la fijación de los precios, etc., y se prohibió la categoría de "oficios infames".
En resumen, si bien en algunos lugares de Europa, como en los países germánicos, el número de artesanos aumentó a lo largo de los siglos modernos, las corporaciones gremiales fueron perdiendo su poder. En Inglaterra lo hicieron ya en el siglo XVII, en Francia en el XVIII, en los demás países perdieron eficacia cuando se desarrolló la industria. Otras veces ciertas actividades que habían comenzado en el taller artesanal, como las del estampado de tejidos o la fabricación del papel, se transformaron en actividades manufactureras que se realizaban en talleres más grandes en los cuales el proceso de producción se separó en más etapas especializadas de las que se daban en la artesanía.

Caracteres de las rebeliones populares de los siglos XVI y XVII



o es posible caracterizar en general las rebeliones de los artesanos o de los campesinos dedicados a las industrias domiciliadas. Durante los siglos de la edad moderna, los siglos XVI y XVII, se produjeron muchos movimientos sociales en Inglaterra, en Francia, en Alemania, pero o éstos no fueron movimientos generalizados o si lo fueron no denotaron la existencia de una conciencia de clase, la defensa de los intereses específicos ligados a su inserción en la sociedad como trabajadores.
En los campesinos trabajadores de la industria rural se cruzaban dos tipos de situación: por un lado la que los ligaba a los señores de la tierra en la que se hallaban asentados en carácter dependiente por lazos de origen feudal, como arrendatarios o frecuentemente como ambas cosas a la vez; y por otro la que los ligaba al empresario de la industria campesina. Podían por lo tanto rebelarse en uno u otro sentido, contra unos o contra otros, y así lo hicieron, pero aisladamente, por lugares, por regiones. Otras veces hubo levantamientos generales, pero sus motivos fueron ante todo la protesta por la violación de las costumbres, por la suba de los precios de los cereales (alimento fundamental) por el aumento de los tributos, manifestadas entonces contra los oficiales reales recaudadores, o por motivos de carácter religioso, en los que intervenían varios grupos sociales a la vez.
Es decir, son raras las rebeliones cuyo objetivo sea obtener mejores salarios. La conciencia de la necesidad de defender el salario no es todavía clara. El descontento se manifiesta más a nivel del consumo que a nivel del salario. No podía ser de otra manera puesto que el salario no existía verdaderamente como tal, salvo para una zona pequeña de la población. Ya se ha señalado que éstos eran generalmente "compuestos": parte en especies, parte en moneda, y que además se contaba con lo que el campo o el pequeño huerto y el corral familiar en la casa ciudadana podían dar.
Aunque los motivos de las revueltas fueran muy variados, muchas de ellas coincidían con crisis de subsistencia. En efecto,



Los adelantos técnicos determinaron que las manufacturas pasaran a realizarse en talleres más grandes. Las actividades artesanales desaparecieron gradualmente.



en la economía precapitalista cuando había uno o varios años de malas cosechas a la carencia de cereales seguía la carestía. Era muy difícil proveerse del mismo en otras regiones por las dificultades del transporte y, si se realizaba mediante éste, el cereal resultaba inaccesible para las clases populares por sus altos precios. Si la crisis era aguda, a la carestía le seguían las hambrunas y a éstas la peste o las otras epidemias frecuentes hasta los siglos XVIII o XIX. Estas crisis de subsistencia son en la casi totalidad de los casos el trasfondo de todas las revueltas sociales.

Los campesinos ingleses se rebelaban, a lo largo de los siglos modernos, por el avance de los cercamientos, es decir, por la creciente incorporación de tierras a la ganadería, en detrimento de la agricultura. Esto arrastraba a muchos al vagabundaje y a la mendicidad y a otros los hacía depender aún más de los empresarios de las industrias rurales.

Pero a veces, como ocurre en el sudeste de Inglaterra en 1525, los obreros de las industrias rurales se rebelan en defensa de sus empresarios porque a éstos el rey, a través de los impuestos, "les privaba de capital" y con ello "les impedía" dar trabajo a sus obreros. Es decir, se da una alianza, una solidaridad vertical en la que los obreros se identifican con sus empresarios. Otras veces, como en 1569, también en Gran Bretaña, las clases populares del norte del país se levantaron en apoyo de los nobles católicos y en contra del protestantismo. Reacciones como éstas eran frecuentes en toda Europa.

Para ejemplificar los caracteres de estas rebeliones y sus límites nos remitiremos a dos ejemplos: el de Norfolk y el de los niveladores.

En 1549 hay un gran levantamiento en el este de Inglaterra, en Norfolk, región de pañeros. De la ciudad de Norvick, por entonces la segunda de Inglaterra, salían a causa del desempleo muchos artesanos para instalarse en la campaña. En la ciudad el alcalde es hecho prisionero. Se llama en auxilio de las altas clases al ejército del rey, éste es vencido por los revoltosos, quienes saquean la ciudad. Pero son exhortados a devolver lo robado y, ante la amenaza de la horca, "los malignos pañeros" así lo hacen, pese a las arengas de su líder, el curtidor Robert Kett para que no lo hicieran.

Quizá la revuelta en que se haya llegado a un mayor enfrentamiento clasista sea la de los *niveladores*, artesanos y soldados sin paga de Londres, que se levantaron entre 1646 y 1650. Pedían la extensión del derecho del voto en el Parlamento, pero no total, pues se lo negaban a la servidumbre: la abolición de las distinciones sociales ante la ley y la supresión de los monopolios comerciales en beneficio de los consumidores y de los productores. Pero el movimiento se disgrega, y sin la protección de los soldados, que los abandonan, los artesanos y los pequeños patrones de Londres no pueden hacer nada, aunque cuentan con el apoyo de artesanos de varias ciudades de provincia. Sus esfuerzos son inútiles, y el movimiento muere hacia 1650. A partir de entonces, coincidiendo con un cambio de la coyuntura económica, no hay más revueltas de este tipo hasta 1791, época en que los precios de los cereales y las ideas de la revolución francesa provocan nuevas tensiones sociales.

Este tipo de revueltas, comunes en la época, permiten afirmar que entre las clases populares de los siglos XVI y XVII sólo hubo solidaridades parciales y que muy esporádicamente se dio una verdadera conciencia de clase. No podía ser de otra manera en una sociedad en la que el capitalismo estaba todavía en formación.

Bibliografía

Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Siglo XXI Argentina, 1971.
Max Weber, *Historia económica general*. Fondo de Cultura Económica, México.
Paul Mantoux, *La revolución industrial en el siglo XVIII*. Aguilar, 1962.
L. H. Parias (dirigida por), *Historia general del trabajo*, t. II. Grijalbo, Barcelona, 1965.
Pierre Goubert, *El antiguo régimen-I*. Ed Siglo XXI Argentina, 1971.
Max Beer, *Historia general del socialismo y de las luchas sociales*. Nueva Era, Bs. Aires, 1957.
Henri Pirenne, *Historia de Europa*. Fondo de Cultura Económica. México, 1956.
Henri Pirenne, *Historia económica y social de la Edad Media*. F.C.E.
George Unwin, *Industrial Organization in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. Clarendon Press. Oxford, 1904.
Christopher Hill, *Reformation to Industrial Revolution. British economy and society 1930-1780*, Weidenfeld and Nicolson ED, Londres, 1967.
Niccoló Rodolico, *I Ciompi, una pagina di storia del proletariato operaio*. Sansoni-Editore, Firenze, 1945.
Manuel Jorge Aragoneses, *Los movimientos y luchas sociales en la Baja Edad Media*, C.S.I.C. Instituto Balmes, Madrid, 1949.
J. M. Kulischer, *Storia economica del medio evo e dell'epoca moderna*. Sansoni, Firenze, 1955.
Herman Kellenbenz, *Les industries rurales en Occidente de a fin du Moyen Age au XVIIIe. siecle*. *Annales*, 1963, pp. 828-882.

Rebeliones populares y manufacturas en el siglo XVIII

Susana Belmartino

Las manufacturas, realizadas por grupos de trabajadores reunidos en un taller, fueron un importante factor en la desaparición del esquema de trabajo artesanal.

En 1779 Adam Smith teórico del primer capitalismo, hizo un análisis en *Riqueza de las naciones* que luego se haría famoso: el de la fabricación de alfileres. ¿Qué era lo que observaba? Algo muy importante: el surgimiento en las manufacturas de un proceso de producción que iba a ser fundamental para el desarrollo de la Revolución Industrial. Nos referimos a las nuevas formas de especialización del trabajo y junto con esto a las ventajas que esas formas representaban para el capital: mayor destreza en cada operario, ahorro considerable de tiempo y esfuerzo, aumento del producto total. Pero mejor, vayamos a sus palabras:

"...en el estado en que hoy día se halla este oficio no sólo es un artefacto particular la obra entera o total de un alfiler sino que incluye cierto número de ramos, de los cuales cada uno constituye un oficio distinto y peculiar. *Uno tira el metal o* alambre, otro lo endereza, otro lo corta, el cuarto lo afila, el quinto lo prepara para ponerle la cabeza; el colocarla es otra operación particular; es distinto oficio el blanquear todo el alfiler; y muy diferente, también, el de colocarlos ordenadamente en los papeles. Con lo cual el importante negocio de hacer un alfiler viene a dividirse en dieciocho o más operaciones distintas las cuales en unas cosas se forjan por distintas manos y en otras una mano sola forma tres o cuatro diferentes. He visto un laboratorio de esta especie en que sólo había empleados diez hombres, de los que cada uno, por consiguiente, ejercía dos o tres distintas operaciones de ellas. Pero aunque eran muy pobres, y muy mal provistos de las máquinas necesarias, cuando se esforzaban en trabajar hacían cerca de doce libras de alfileres al día. En cada libra habría más de cuatro mil de mediana magnitud y, por consiguiente, estas diez personas podían hacer cada día más de cuarenta y ocho mil alfileres cuya cantidad partida entre diez tocaría a cada uno hacer al día cuatro mil ochocientos. Pero si éstos hubieran trabajado separada e independientemente, sin haber sido educados por principios en el oficio peculiar de cada uno, ninguno ciertamente hubiera podido llegar a fabricar veinte alfileres al día. Estamos ante una nueva forma de trabajo y también ante una nueva forma de agrupamiento de los trabajadores. En estas manufacturas, que crecen entre la segunda mitad del siglo XVI y fines del XVII, los obreros comienzan a concentrarse en un taller. Todavía trabajan a mano, no ha llegado la época de las máquinas. Pero en estas manufacturas los viejos oficios artesanales se van desintegrando. Cada obrero deja de realizar el producto en su totalidad para realizar sólo una parte de él: se especializa en una operación. Al mismo tiempo deja de ser dueño de sus herramientas, cada vez más complicadas y costosas, y pasa a depender totalmente del patrón del taller: se transforma en asalariado. *Sólo puede vender ahora su* fuerza de trabajo, a cambio de lo mínimo, lo que necesita para subsistir. Eso o la miseria y la desocupación.

Las manufacturas que caracterizan a este período, aunque no constituyen el régimen de producción dominante, pronto se extienden por toda Europa: Inglaterra, Bélgica, Suiza, Francia, donde cuentan con el apoyo del Estado, y más tarde Alemania y Austria. En todos estos países las manufacturas llegan a veces a concentrar importantes grupos de obreros pero no se realiza en ellos, salvo en lo que se refiere a artículos de lujo, todo el proceso de producción, como sucederá en las fábricas, sino sólo sus últimas etapas, dejando las primeras al trabajo domiciliado. Mientras se producen estos cambios en los modos de producción se suceden en toda Europa las protestas y los alzamientos populares, rurales o urbanos. En ellos se mezclan diversos grupos sociales, diversas ramas del trabajo. Las clases dominantes no podrán muchas veces ni frenar ni explicarse estos movimientos que expresan las crisis

Adam Smith:
"La invención de aquellas máquinas que facilitan y abrevian el trabajo parece debida, en su origen, a la división del trabajo mismo. Cuando un hombre tiene puesta toda su atención en un objeto sólo está en aptitud más propia para descubrir los medios más oportunos y expeditos para tocar en el punto deseado que cuando su imaginación se disipa con la mucha variedad de materias".

y los profundos cambios económicos que se están produciendo y reflejan una conciencia de clase que comienza a articularse inorgánicamente.
Cuatro años antes de que Adam Smith publicara *Riqueza de las naciones,* se produce en Beauvais, en 1775, una de las tantas revueltas de hambre, la más común en esos momentos. De esta revuelta quedó documentado el interrogatorio a que es sometido por la policía un cardador, obrero poco calificado de la industria textil, arrestado durante los disturbios en el mercado de Mouy. Retrocedamos doscientos años. El policía interroga:

"Pregunta: ¿Cómo se supo que había revueltas en otras partes?

Respuesta: Todos lo decían en el mercado de Mouy.

P. ¿Vinieron "extraños" que incitaron a la gente a rebelarse?

R. No vi a ninguno.

P. ¿De qué hablaban?

R. Repite que no vio "extraños".

P. ¿Afirmaron traer órdenes del rey y mostraron papeles tratando de probarlo?

R. Repite que no vio "extraños".

P. ¿Dieron, prestaron o prometieron dinero?

R. No vio a nadie ofreciendo dinero.

P. ¿Mostró alguno de ellos pan mohoso . . . para incitar a la gente?

R. No vio pan mohoso.

P. ¿Cómo fue que los habitantes de todas las aldeas se reunieron el mismo día y a la misma hora?

R. Siempre sucede así los días de mercado.

P. ¿Había visto pegar o distribuir carteles?

R. No.

P. Estos carteles, ¿eran impresos o escritos a mano?

R. Repite que no vio ninguno.

P. ¿Podría reconocer la letra de los escritos a mano?

R. Repite que no vio ninguno.

P. ¿Dónde habían estado bebiendo los "extraños", con quién, y quién pagó las bebidas?

R. Repite que no vio a ninguno."

Inútil es para el policía buscar las causas por ese lado. La rebelión surgía de los que la realizaban, espontáneamente. Pero con objetivos bien concretos. El motivo era el hambre. El objetivo, conseguir un precio justo y accesible ante el alza constante provocada por las crisis agrarias y por los especuladores. El método era la presión, mediante la protesta o la violencia, sobre molineros, comerciantes, autoridades, etc., para que vendieran a ese precio. La *tasación popular* frecuentemente se pondría en práctica a lo largo de estos siglos.

Junto a este tipo de revueltas de hambre se generalizaron otras. Diversos motivos, diversos grupos, diversas alianzas. Claridad en los objetivos inmediatos, ausencia —no podía ser de otra manera— de un plan orgánico que expresara la ideología de la clase. Reaccionan de diversa manera contra los que los explotan y junto con esto contra la creciente aplicación de la economía liberal, que provoca ahora la regresión y la nostalgia proteccionista y paternalista de las viejas formas económicas. En las ciudades también son frecuentes las revueltas políticas, en las que las clases populares siguen a los líderes de la burguesía radicalizada, a veces desbordándolos y muchas veces traicionados por ellos.

En medio de todos estos procesos, cambia también la vieja legislación para los pobres. Caritativa y paternalista, esa legislación funcionaba también como control de la constante amenaza que significaban los mendigos, vagabundos y desocupados que poblaban los caminos de Europa. Será dejada de lado porque poco a poco se irá transformando en un obstáculo para el capitalismo, necesitado de una mano de obra libre, móvil y disponible. Pero en cierta medida también le prestará un servicio: mediante sus métodos coactivos preparará a las clases populares para aceptar el régimen duro del trabajo asalariado.



Los obreros, la división del trabajo y el perfeccionamiento de las herramientas

"...la invención de aquellas máquinas que facilitan y abrevian el trabajo parece debida en su origen a la división del trabajo mismo. Cuando un hombre tiene puesta toda su atención en un objeto solo, está en aptitud más propia para descubrir los medios más oportunos y expeditos para tocar en el punto deseado, que cuando su imaginación se disipa con la mucha variedad de materias, y como es consecuencia de la división del trabajo fija su atención naturalmente en un objeto solo y simple, uno u otro de aquellos que se emplean en un ramo particular (...) es muy regular que encuentre en breve con el método más fácil y pronto de perfeccionar su operación, en cuanto lo permita la naturaleza de la obra que emprende. Una gran parte de las máquinas empleadas en aquellas manufacturas en que se halla muy subdividido el trabajo fueron en su origen inventos de algún artesano, que embebido siempre en una simple operación hizo conspirar todas sus ideas en busca del método y medio más fácil de hacerla y perfeccionarla. Cualquiera que se haya ocupado en visitar las oficinas de estas manufacturas habrá visto muchas y buenas máquinas inventadas por los mismos operarios para facilitar cada uno el ramo peculiar de su obra..."

Tomado de: Adam Smith, *Riqueza de las naciones*, Londres. 1776. Traducción al español en Fondo de Cultura Económica, México.

Las formas de especialización del trabajo representaron grandes ventajas para el propietario del taller: mayor destreza en cada operación, ahorro considerable de tiempo y esfuerzo y, lo más importante, aumento de la producción. En la ilustración, máquina de estampar para formar cabezas de alfileres.

Un nuevo régimen de producción: la manufactura

l término manufactura designa un régimen de producción en el cual el proceso productivo se realiza en talleres en los cuales el empresario ocupa a un número relativamente grande de obreros que trabajan bajo su dirección. Teóricamente constituye una forma intermedia entre el trabajo a domicilio y la producción fabril. Se distingue de la primera en que la producción no se realiza en el hogar del obrero, sino en el taller del empresario, con instrumentos de producción y materias primas que pertenecen a éste, siendo el operario meramente un asalariado. Se diferencia del sistema fabril porque, mientras en éste se utiliza maquinaria, en la manufactura las partes esenciales del proceso de producción son realizadas a mano.

Se conoce como período manufacturero la época durante la cual estos talleres centralizados se difundieron en Europa Occidental. Para Inglaterra, país que se encontraba a la vanguardia del desarrollo técnico, esta etapa va de mediados del siglo XVI al último tercio del siglo XVIII, momento en que se produce la Revolución Industral.

Las técnicas de la producción en los talleres manufactureros. La especialización

La manufactura apenas se distingue en sus comienzos de la producción artesanal. La diferencia es meramente cuantitativa: mayor número de obreros empleados al mismo tiempo y que trabajan en el mismo lugar, mayor inversión de capital. Sin embargo, la concentración en un solo taller de un número relativamente grande de operarios trae aparejados cambios importantes en el régimen de producción. En primer lugar, una importante economía en el empleo de los medios de producción: talleres, almacenes, recipientes, instrumentos, aparatos, prestan servicio simultáneamente o por turno. Con la concentración se logra mayor productividad con un costo relativamente menor. En segundo lugar, y como resultado del trabajo en cooperación, se produce el aumento de la fuerza productiva.

Si analizamos el proceso del surgimiento y de la transformación de la manufactura veremos esto con más claridad.

La manufactura surge históricamente de dos maneras. La primera se da a partir de la reunión en un taller de obreros de oficios diversos, pero relacionados con un mismo producto, como puede ser la reunión de carpinteros, cerrajeros, tapiceros, vidrieros, pintores, etc., dedicados a la fabricación de coches. En este primer momento la manufactura de coches no es más que una combinación de oficios independientes. Pero pronto se introduce la división del trabajo dentro de cada oficio, y cada operación de los distintos procesos se convierte en función exclusiva de un obrero, que se especializa en ella. Los diversos oficios se desintegran y cada obrero pasa a trabajar en operaciones parciales y entrelazadas del proceso de producción de una misma mercancía.

También se puede producir el fenómeno inverso: La reunión simultánea en el mismo taller de operarios que ejecutan el mismo trabajo o un trabajo análogo, como la fabricación de agujas o tipos de imprenta. Cada operario realiza en un primer momento el producto en su totalidad, teniendo a su cargo todas las operaciones necesarias para ello. Más tarde las distintas operaciones que conducen al producto final son separadas y entregadas a distintos obreros. Cuando se establece el régimen de cooperación nos encontramos ya no con un operario que realiza veinte operaciones distintas, sino con veinte operarios que realizan cada uno, una sola operación. Las ventajas del sistema están claramente explicadas en la descripción que hace Adam Smith de una manufactura de alfileres de su época, y se pueden resumir en: mayor destreza en cada operario, ahorro considerable de tiempo y esfuerzo, aumento considerable del producto total.

Pese al desarrollo de la división del trabajo, las operaciones efectuadas por el obrero conservan su carácter manual. Por consiguiente, las bases técnicas del trabajo continúan siendo en la manufactura, como en el artesanado, la pericia, la habilidad, la rapidez de cada obrero individual. Pero al mismo tiempo la especialización, la repetición constante del mismo proceso de trabajo, ayudan al perfeccionamiento de los métodos de trabajo y al desarrollo de la habilidad manual para esa operación en particular. Además, una vez que las distintas operaciones del proceso de producción se aislan, cada obrero se ocupa de aquella en la que es más diestro.

Antes de que se generalizara la división del trabajo a que nos referimos, la misma herramienta solía ser utilizada con frecuencia para diversas operaciones. Consecuencia inmediata de la especialización del operario en una tarea específica es la especialización de su herramienta de trabajo. Las herramientas se diversifican adquiriendo formas especiales para el proceso en el que son utilizadas. Es así como aumentan simultáneamente la eficacia y el rendimiento del obrero y la de su instrumento de trabajo.

Los tipos de manufactura:

De acuerdo a las características del proceso de producción la organización de la manufactura puede ser de dos tipos: la manufactura heterogénea y la manufactura orgánica.

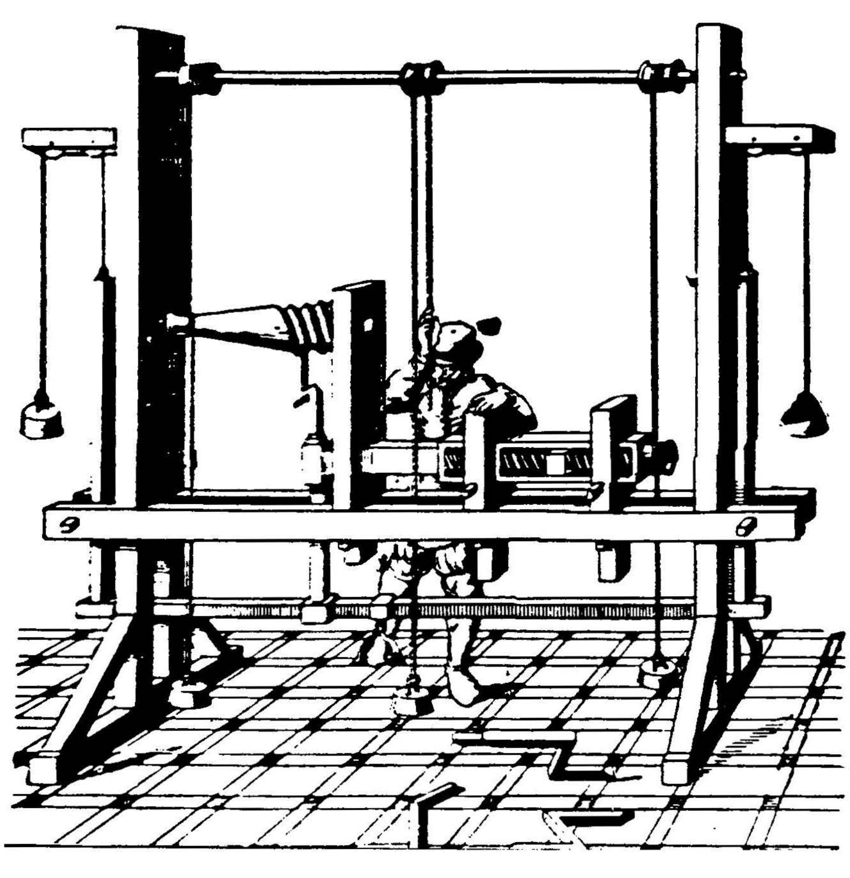
A veces el producto fabricado está compuesto por un conjunto de productos parciales que pueden realizarse independientemente, y aun en lugares distintos, y que luego se reúnen en

La fabricación de relojes, una manufactura heterogénea

"Un reloj es un objeto de gran complejidad y es posible para un solo artesano hacer todas sus partes y ensamblarlas a continuación. Pero supongamos que la demanda se hace lo bastante fuerte como para dar constantemente trabajo a tantas personas como piezas hay en un reloj. A cada una le sería asignado un trabajo especial y siempre el mismo: uno sólo tendría que hacer cajas; otro, ruedas; otro, agujas; otro, tornillos; otros tendrían todavía sus tareas particulares; por último, habría un obrero cuya ocupación única y constante sería la de ensamblar las diferentes piezas. De la misma manera, el que hiciese las agujas, o las ruedas, o los tornillos o cualquier otra parte del reloj, forzosamente cumpliría su tarea especial con más perfección y diligencia".

Tomado de: *Considerations upon the East India Trade*, 1701.

La especialización del operario corre aparejada con la paralela especialización de las herramientas y enseres de trabajo, que se diversifican adquiriendo caracteres específicamente útiles para el proceso en el que serán empleados. El grabado muestra un torno Besson para roscar tornillos.



manos de un operario que los combina y ajusta. El ejemplo clásico es la construcción de relojes. En este tipo de producción, conocido como *manufactura heterogénea*, no es imprescindible la reunión en un mismo taller de los obreros dedicados a fabricar las diferentes piezas. Puede ocurrir que los productos parciales se realicen en talleres independientes o que todos los operarios se reúnan en grandes manufacturas. Es más frecuente el primer caso que el segundo, porque la diversidad de procesos de producción y la gran cantidad de herramientas utilizadas no hace rentable la concentración. Lo más frecuente es que parte del proceso se realice mediante el sistema del trabajo a domicilio.

La *manufactura orgánica* es la que se dedica a la producción de artículos que recorren toda serie de procesos pasando sucesivamente por las manos de un número considerable de obreros especializados, como ocurre con el alambre en la producción de agujas o alfileres. Es en este tipo de producción que el taller concentrado reúne las mayores ventajas, como explicamos al principio. Las diversas fases del proceso de producción, que antes eran etapas sucesivas, se transforman ahora en diversos procesos que pueden realizarse simultáneamente en el mismo taller, lo que permite suministrar más mercancías terminadas en el mismo tiempo.

Relaciones entre capital y trabajo

En lo que respecta a las relaciones entre capital y trabajo, hemos visto que la existencia de un número relativamente grande de obreros que trabajan para un mismo capital es la condición de la existencia de la manufactura. Una vez generalizada la división del trabajo, el incremento del número de obreros se convierte en una necesidad técnica. A su vez, el aumento del número de obreros trae aparejada una mayor necesidad de instrumentos de producción, especialmente, de materias primas. Por lo tanto debe incrementarse el capital destinado a salarios y también el destinado a adquirir medios de producción. El desarrollo técnico traerá aparejado entonces el crecimiento progresivo del capital mínimo que deberá invertir cada capitalista. En lo que respecta al obrero, la posesión individual de los instrumentos de producción será cada vez más difícil a medida que el avance técnico los complique y encarezca y sólo podrá entonces realizar una actividad productiva incorporándose al taller capitalista y convirtiéndose en asalariado.

Manufactura y fábrica

Hemos visto que una consecuencia importante del período manufacturero es la multiplicación y perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo, que deben adaptarse a las funciones especiales y exclusivas de los operarios parciales. Con esta multiplicación y diversificación de los instrumentos de trabajo la manufactura crea las condiciones materiales para el empleo de maquinaria, la que no es más que una combinación de instrumentos simples. Por otra parte, durante el período manufacturero surge como necesidad perentoria la reducción del tiempo de trabajo necesario para la producción de cada mercancía, lo cual, unido a la concentración de capitales, facilita el desarrollo esporádico del empleo de máquinas y la utilización de la fuerza hidráulica, sobre todo para ciertos procesos. Surgen así los molinos destinados a triturar los trapos en la fabricación de papel, los molinos para abatanar las telas en la producción textil, los rodillos mecánicos para plancharlas, etcétera.

No debe por esto considerarse que la manufactura haya sido siempre un paso necesario en la transición hacia el sistema fabril. En la mayoría de los casos se pasó directamente del sistema a domicilio a la gran industria. Aunque, como ya señalamos, se considera período manufacturero el lapso que va desde mediados del siglo XVI hasta fines del XVII, momento en que se desarrolla el maquinismo, las manufacturas no constituyeron el régimen de producción predominante, ni aun en aquellos países, como Francia, en que contaron con el apoyo sistemático del Estado.

La difusión de las manufacturas en Europa Occidental

El fenómeno inglés: ausencia de estímulo estatal

En Inglaterra las manufacturas surgieron por el esfuerzo espontáneo, sin contar con la protección estatal; sin embargo, el taller centralizado, aun como fenómeno aislado, aparece tempranamente en la producción textil, la cual fue durante mucho tiempo la producción predominante. Ya a comienzos del siglo XVI algunos ricos comerciantes de paños organizaron talleres para controlar más de cerca la producción.

El deseo de eliminar los intermediarios que distribuían el material entre los trabajadores domiciliados y que recogían el trabajo terminado, unido al interés de limitar la sustracción de materia prima, impulsó a algunos empresarios a concentrar en un taller único a los operarios antes dispersos.

Uno de estos pioneros fue John Wichcombe, más conocido como Jack de Newbury, cuyo nombre ha adquirido características de leyenda. Según una biografía, escrita algunos años después de su muerte, Wichcombe ocupaba en sus amplios talleres a 200 tejedores, 200 hilanderas, 50 tundidores y 80 apestadores. La limpieza de las lanas la hacían 150 niños, mientras 20 hombres manejaban el batán y 40 se ocupaban de la tintorería. Aunque estas cifras hayan sido exageradas por su biógrafo, lo cierto es que su empresa se apartaba de

Grabado superior: Batán en funcionamiento, 1607. Grabado inferior: Esquema del batán de la lanzadera volante. En la fabricación del paño los procesos de terminación —abatanado, tendido, planchado y teñido— requerían más capital que el hilado, cardado e incluso el tejido. Asimismo, los materiales auxiliares necesarios para el teñido costaban más que los telares de mejor calidad.

las formas usuales de la producción.

En la fabricación de paño la manufactura o taller concentrado se ocupaba generalmente de aquellas fases del proceso de producción que requerían, por sus características técnicas, mayor inversión de capital. Los procesos de terminación, como el abatanado, el tendido, el planchado, el teñido, requerían de ordinario más capital que el hilado, el cardado e incluso que el tejido. El mantenimiento de los rodillos para el planchado de la tela o las tinas en las cuales se colocaban los ingredientes para el teñido costaban más que los telares más caros. Las materias auxiliares necesarias para el teñido, como el alumbre y otras drogas, también eran caras. Lo mismo se puede decir de la introducción del molino de abatanar. Antes de su difusión, el trabajador y su familia abatanaban las telas golpeándolas con sus pies. La introducción del molino, además de simplificar la operación, la trasladó al taller e hizo necesaria la cooperación de varios obreros para llevarla a cabo.

En cambio, en la rama del tejido, la concentración de telares bajo un mismo techo no cambiaba las características del proceso de producción. Había pocas posibilidades en esta etapa de subdividir el trabajo dentro del taller o coordinar un trabajo en equipo como resultado de la concentración. Por todo esto, dicha concentración sólo se producía en los casos de tejidos muy finos cuya ejecución necesitaba una vigilancia especial, ya porque se utilizaban materias primas muy costosas, ya por otras razones.

Los talleres dedicados a la terminación de los paños generalmente se instalaban en el campo, junto a las viejas aldeas de tejedores. La ausencia de reglamentaciones gremiales facilitaba la concentración de capital. Había menos oposición contra la multiplicación de telares o la realización de distintas operaciones de fabricación bajo un mismo techo.

En los últimos sesenta años del siglo XVI se instalan en Inglaterra las primeras manufacturas en gran escala destinadas a la producción de papel, pólvora, vidrio; las primeras refinerías de azúcar y los primeros establecimientos azufreros. También se producían en grandes talleres las hojas destinadas a la fabricación de espadas y dagas, en Birmingham, y los clavos, en las Midlans Occidentales.

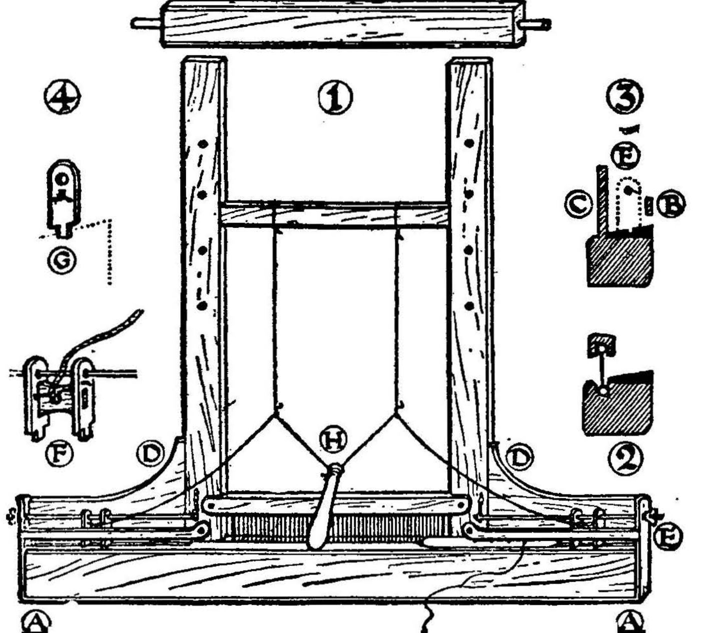
Otros ejemplos de desarrollo espontáneo: Bélgica y Suiza

En Suiza no se difunde el taller centralizado más que para algunos procesos textiles, en especial el hilado de seda y el estampado de telas.

En las hilaturas de seda solían trabajar entre 30 y 40 personas. Los torcedores eran manejados primeramente por sordomudos o ciegos, pero más tarde se introdujo la fuerza hidráulica. Aparte de ese primer proceso, las otras fases de la producción de la seda, en particular el tejido, eran realizadas mediante trabajo domiciliado. Constituían una excepción las telas más finas, que por su calidad debían ser ejecutadas bajo la vigilancia del empresario o su capataz o bien se realizaban en telares más caros y complicados.

En el estampado de telas de algodón la concentración surgió por necesidades técnicas. Se necesitaban vastos edificios para los talleres, piezas amplias para secar y terrenos extensos para el blanqueo de las telas. El equipo de trabajo era complicado y costoso y se requerían grandes existencias de telas y de materias colorantes. La diversidad de las manipulaciones que debían efectuarse exigía la división del trabajo entre los numerosos obreros especializados que trabajaban bajo el mismo techo. El estampado mecánico recién comenzó a utilizarse en 1797. A menudo se concentraban en el mismo taller también los otros procesos finales de la elaboración del algodón, conocidos con el nombre general de apresto.

A mediados del siglo XVIII un


④
①
③
E
C
B
G
F
D
H
D
②
E
A
A







ciudadano suizo llamado Streiff fundó el primer taller de estampado en Glarus. Compraba el algodón a los venecianos, lo hacía distribuir entre trabajadores a domicilio para que lo hilasen y lo tejiesen, estampaba las telas terminadas en sus talleres y las vendía a comerciantes importadores de Alemania, Rusia, Austria e Italia.

Hacia fines del siglo XVIII existían en Suiza alrededor de 50 manufacturas de este tipo que empleaban entre 50 y 100 operarios, aunque en ciertos casos su número alcanzaba a algunas centenas. A menudo las planchas para el estampado eran puestas en movimiento por medio de la fuerza hidráulica.

En Bélgica, el empleo de una regular cantidad de artesanos bajo una dirección única era frecuente en una de las ramas más refinadas de la producción textil: la confección de tapices. Generalmente las viviendas de los trabajadores se agrupaban alrededor del taller central.

Aun en el siglo XVIII la producción textil era realizada en su mayor parte mediante trabajo a domicilio. Existían sin embargo diez o doce manufacturas que a menudo ocupaban también operarios que trabajaban en sus hogares. Un número mayor de talleres centralizados se dedicaba a la producción de metales y de vidrio, pero el número de operarios empleados era pequeño: oscilaba entre 18 y 30. Establecimientos a menudo mayores se ocupaban de la fabricación de porcelana y la elaboración del tabaco.

El caso francés: la manufactura protegida por el Estado

Francia es el país europeo donde mayor desarrollo alcanzan las manufacturas. Estas eran subvencionadas por la monarquía. En este sentido la política de creación de manufacturas reales no fue una innovación de Colbert, ministro de Luis XIV, quien se limitó a intensificar y sistematizar una política que ya era tradicional.

La protección real se había otorgado en un principio a los artesanos extranjeros especializados en la producción de artículos de lujo. En 1599 Enrique IV llamó a París a maestros flamencos que introdujeron en Francia los métodos de confección de tapices entretejidos con oro y plata. Los tejedores franceses de tapices protestaron contra la competencia extranjera, pero sus reclamos no tuvieron éxito porque el rey había tomado a los flamencos bajo su especial protección. Al principio se habían esparcido por distintos lugares de la ciudad, pero más tarde se le asignó una casa que había pertenecido a la familia Gobelin y sus talleres formaron la base de lo que sería la manufactura regia de los Gobelinos. Parece que a mediados del siglo XVII los Gobelinos constituían ya un taller centralizado que contaba con 250 operarios, casi exclusivamente extranjeros, en el cual se ejecutaban las más variadas mercancías de lujo en oro y plata, piedras preciosas, madera de caoba, carey, etcétera, además de tapices, vasos, mosaicos y otros productos.

A principios del siglo XVII fueron construidas en el "Louvre" las galerías que debían servir de refugio a los maestros que no pertenecían a las corporaciones, generalmente especialistas venidos del extranjero. Amenazados por las corporaciones, solo habían podido establecerse, hasta ese momento, en los suburbios de París, que no estaban supeditados a la autoridad de las mismas. Un decreto real de 1607 disponía que el edificio se destinara a alojar a los mejores operarios y maestros que se ocuparan de pintura, escultura, trabajos en oro y plata, producción de relojes, tallado de diamantes y otras artes similares. Un decreto del año siguiente autoriza también la fabricación de armas, muebles, perfumes, tapices, etc. Los maestros que allí trabajaban —flamencos, italianos, holandeses— estaban exceptuados del control de las corporaciones y bajo la protección del rey. Después de medio siglo de su fundación, el Louvre reunía un número considerable de maestros

Colbert y Luis XIV. Durante el reinado del segundo, se intensificó y sistematizó la producción manufacturera. La viñeta inferior muestra a un torcedor en un hilandería de seda. Este proceso se encomendaba tradicionalmente a trabajadores ciegos o sordomudos hasta que se introdujo la fuerza hidráulica.

Trabajos en las manufacturas reales de Gobelinos. Este taller contaba con 250 operarios, casi todos extranjeros, que ejecutaban trabajos de la más alta calidad para la nobleza.

y se habían organizado talleres para la fabricación de muebles, tapices, armas, objetos de oro, etcétera, dirigidos por los más hábiles en cada oficio.
Uno de estos talleres, dirigido por André Boulle, se transformó en una verdadera manufactura en la que se fabricaban diversos objetos de lujo en madera o bronce, como mesas o escritorios con incrustaciones de mosaico, de carey o de cobre, bibliotecas con espejos, cajas para relojes, arañas, etc. Había 18 bancas de carpintero dedicados exclusivamente a la fabricación de muebles de ébano.
Como decíamos antes, durante el reinado de Luis XIV (1643-1715) y en especial por obra de su ministro Colbert, la monarquía intensifica esta política. El Estado concede a las manufacturas recién fundadas los medios necesarios para desarrollarse: exenciones fiscales, edificios, primas por útiles y herramientas, subvenciones para gastos de establecimientos, pensiones para vivienda y alimentación para aprendices y obreros. Les garantiza además la disponibilidad de materias primas por franquicias de circulación, exención de derechos aduaneros y autorización para proveerse en los bosques reales. Las empresas privilegiadas tienen también asegurada la venta de sus productos, ya sea por encargos de la corte, monopolios o tarifas aduaneras protectoras que les reservan el mercado interno.
Se procura mano de obra a los talleres, prohibiendo la emigración de los obreros y concentrando a los mendigos en hospitales, donde se les obligaba a aprender un oficio. El monarca también hizo venir especialistas de Venecia, Flandes, Suecia y Alemania para que enseñasen los secretos de su oficio a obreros franceses.
Las manufacturas privilegiadas se ven también eximidas de las restricciones impuestas por los reglamentos gremiales, tienen derecho a contratar tantos obreros y aprendices como deseen y pueden tener el número de talleres y depósitos que consideren conveniente. También se les conceden jurisdicciones especiales, con derecho de apelación al Palacio o Consejo del Rey.
Los establecimiento así protegidos se dividen en tres tipos. En primer lugar están las manufacturas del Estado, que pertenecen a la Corona. Se dedican a producir artículos de lujo para consumo de la Corte. El mejor ejemplo de este tipo de manufactura es el ya mencionado establecimiento de los Gobelinos, cuyo nombre oficial era Manufactura Real de Muebles de la Corona. Sus obras no estaban destinadas al mercado, no se esperaban beneficios y se ignoraba la competencia.
El segundo tipo es el constituido por las manufacturas reales. Pertenecen a particulares y sus productos se destinan al mercado. No solo gozan de especial protección de la monarquía, sino que muchas veces son instaladas por especial invitación del monarca. Para este tipo de establecimientos Colbert hizo venir pañeros de Holanda, hojalateros de Alemania, ingenieros de minas de Suecia, vidrieros y encajeros de Venecia y Milán.
Finalmente, las manufacturas privilegiadas, que constituyen el tercer tipo, tienen el derecho exclusivo de fabricar y vender determinados productos.
Aun estas grandes empresas privilegiadas combinaban muchas veces el trabajo a domicilio con el taller centralizado. Las manufacturas de telas de Angers y Beaufort, reunidas bajo una sola dirección, ocupaban, por ejemplo, a fines del siglo XVII, 642 personas distribuidas así: 452 hombres, 140 mujeres y 50 menores entre 6 y 16 años. A su vez, el hilo necesario era provisto por 6.000 mujeres que trabajaban a domicilio, de las cuales una parte, generalmente las que vivían en el campo, trabajaba solo la mitad del año.
La manufactura de paños de Van Robais, fundada por Colbert en la ciudad de Abbeville, contaba con un taller donde trabajaban de 1.000 a 1.200 hilanderos, que tenían también su vivienda en los edificios pertenecientes a la empresa. Pero debemos aclarar que establecimientos de tal mag-

La separación entre trabajo y capital en el preámbulo a una ley inglesa de 1557

La monarquía Tudor, lejos de fomentar el taller centralizado, vio en él una amenaza para la organización tradicional de los telares y, sobre todo, una competencia aplastante para la masa de pequeños artesanos. El preámbulo de la ley demuestra cómo se opera la separación entre trabajo y capital: el obrero, que en un principio trabajaba libremente, en su propia casa y con sus propias herramientas, se convierte bien pronto en un arrendatario que paga un censo por un instrumento de trabajo que ya no le pertenece. Después el fabricante guarda en su casa las herramientas, organiza talleres bajo su vigilancia y el obrero sólo aporta su trabajo, por el que recibe un salario.

"Los tejedores de este reino, tanto durante la presente sesión del Parlamento como en otras diversas ocasiones, se han quejado de que los ricos pañeros los oprimen de muchas maneras. Algunos establecen y guardan en sus casas varios telares y los ponen en manos de jornaleros y personas sin aprendizaje, en detrimento de un gran número de pobres artesanos que han aprendido desde la infancia el arte de tejer..., o bien alquilan estos telares a precios tan pocos razonables que los pobres artesanos no tienen ya de qué vivir, y menos aún de qué alimentar a sus mujeres e hijos. Otros, al darle por su trabajo un salario mucho menor que el que daban en otro tiempo, los fuerzan a renunciar a la ocupación en la que fueron instruidos. Para poner remedio a los anteriores agravios, y para evitar todas las enojosas consecuencias que puedan sobrevenir si no son prevenidos a tiempo, se ordena y decreta, por la autoridad del presente Parlamento, que ninguna persona que ejerza la profesión de pañero y resida fuera de la ciudad, burgo, villa de mercado o municipalidad constituida, tenga en su casa o en su posesión más de un telar para lana; que ninguna de dichas personas reciba o deduzca, de cualquier forma que sea, directa o indirectamente, ninguna especie de provecho, beneficio o renta por la locación de un telar o de una casa donde funcione un telar... so pena, por cada semana de contravención, de una multa de veinte chelines..."

Tomado de: P. P. Mantoux, *La revolución industrial*. Madrid, Aguilar, 1962.

nitud eran raros incluso en Francia. La manufactura de seda de Vaucason, que reunía 120 telares, era juzgada por los contemporáneos como algo realmente extraordinario. En cambio, eran frecuentes los talleres en que trabajaban entre 10 y 20 operarios. Especialmente en la producción de papel, donde el uso de prensas y herramientas especiales hacía necesaria una cierta concentración.

Alemania y Austria: tardío desarrollo de la manufactura

En esta zona encontramos, junto a manufacturas surgidas espontáneamente, otras establecidas por iniciativa de los monarcas. Pero se trata solo de un puñado de empresas. El taller centralizado se desarrolla muy tardíamente.

Existen talleres dedicados al estampado de telas en Lörach (Baden) y en Landshut (Baviera) y también una manufactura con 60 operarios, destinada a la quincallería, herramientas y armas, fundada y dirigida por ingleses.

La más grande manufactura alemana de paño, un instituto modelo que proveía al ejército, fundado en Berlín por orden real en 1714, daba trabajo a cerca de 1.400 trabajadores a domicilio. También la manufactura de telas de lana de Lukkenwalde concentraba sólo los procesos iniciales y finales de la producción: selección de las lanas, peinado, tintura, abatanado y apresto. El hilado y el tejido eran encargados a trabajadores a domicilio o a maestros artesanos en la ciudad.

Algunas empresas, llamadas "fábricas" por las fuentes de la época, estaban dedicadas exclusivamente a actuar como empresarias del trabajo domiciliado. Así, en la "fábrica" de objetos de acero y de hierro fundada por Federico el Grande en Neustadt-Eberswalde, la dirección debía proporcionar materia prima a los maestros a precios previamente establecidos, y los operarios consignaban los objetos terminados

en el edificio de la fábrica a precios también fijos.

La "fábrica" de telas de indiana (tela de algodón pintada de un lado) establecida en Sulz en 1757 se ocupaba primeramente de la producción de telas de algodón ejecutadas por el sistema domiciliado. En 1760 contaba con 26 empleados dedicados a controlar la producción, mientras 112 tejedores y 556 hilanderos recibían trabajo en sus hogares. Pero luego fue creciendo el número de empleados que trabajaban en la empresa que años después era de 160. Un desarrollo similar encontramos en otras sociedades como la Compañía de Calw, para el comercio de telas. En la zona austríaca la fabricación de espejos, en tanto permitía el proceso de producción, se realizaba mediante trabajadores domiciliados. Los talleres se limitaban a la ejecución de las fases finales de la fabricación. Por lo menos el 15 por ciento de los operarios trabajaban en sus hogares. El único taller totalmente centralizado parece haber sido la manufactura de porcelana de Viena.

En lo que respecta al trabajo textil, aunque la regla general era que solamente el acabado de las telas se realizara en talleres centralizados, existían importantes excepciones, como la manufactura inaugurada en Bohemia en 1763 para producir bombasí, fustán, medias de algodón y cofias. Esta empresa —que según su fundador, el conde Kinsky, doce años después de su fundación daba trabajo, en el taller y afuera, a más de 4.000 personas— realizaba en el taller centralizado otro tipo de operaciones, aparte del acabado.

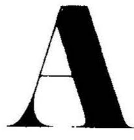
Conclusiones

Los ejemplos presentados nos indican que el establecimiento de manufacturas no produjo más que en casos excepcionales la centralización de la totalidad del proceso productivo. Esos casos especiales se refieren casi exclusivamente a la producción de objetos de muy alto costo, destinados a una reducida clientela, elaborados por artesanos altamente especializados y que producían un alto margen de ganancia. En estos casos el empresario prefería reunir a los operarios en un taller bajo su control o el de un capataz experto en el oficio

En los demás casos la función de la manufactura se limita a aquellas fases iniciales o finales del proceso de producción que requieren la inversión de mayores capitales en medios de producción o el empleo de accesorios mecánicos. Hasta la Revolución Industrial lo dominante sigue siendo el trabajo a domicilio.

Obstáculos de distinto género se oponían a la difusión de los talleres centralizados: el espíritu conservador de los pequeños maestros, apegados a las formas tradicionales de la producción; su repugnancia a cambiar su casa por el taller del empresario, donde debían someterse a sus órdenes y disciplinar su trabajo de acuerdo a las necesidades del taller. Por parte del empresario, la resistencia a emplear capitales cada vez mayores en locales e instrumentos de trabajo, en un estadio en que los avances técnicos no habían llegado a hacer más rentable el trabajo en cooperación.

El trabajo en prisiones, orfanatos, casas de correción



Además de los mencionados hasta aquí existió otro tipo de manufactura que se extendió con mayor o menor alcance en todas las regiones de las que nos hemos ocupado.

Se trata de los talleres organizados por el Estado en prisiones, asilos para inválidos, orfanatos, etcétera. A éstos hay que agregar las casas de trabajo creadas especialmente para dar alojamiento y proporcionar trabajo obligatorio a la multitud de vagabundos, mendigos y desocupados de toda especie que transitaban los caminos de Europa a partir del siglo XVI: víctimas de incendios y naufragios, marinos y soldados licenciados o inválidos de guerra, artesanos que habían caído en la miseria, estudiantes dedicados al vagabundaje, predicadores expulsados o antiguos maestros de escuela sin trabajo, campesinos que de una forma u otra habían sido expulsados de sus tierras. La mayoría de ellos o bien no encontraba trabajo permanente o bien había decidido que era más provechoso mendigar.

Los Estados de los siglos XVII y XVIII tomaron muchas medidas para proporcionar ocupación a estos elementos que provocaban una alarma constante en las clases poseedoras. En ciertos casos se los obligaba a ingresar como asalariados en las empresas recién fundadas; en otros, como sucedió en algunos estados alemanes, se los llevaba a trabajar en las minas. Pero, como regla general, se fundaron, para ocuparlos, instituciones especiales llamadas casas de corrección o casas de trabajo.

En tales instituciones se instalaron manufacturas centralizadas. En ellas se tejían medias o se fabricaba paño, pero más a menudo se hilaba lana, cáñamo, lino. Con el establecimiento de alguna de estas casas en una ciudad se lograban dos objetivos: el primero, ocupar a una parte de los mendigos y vagabundos; el segundo, que los demás se alejasen por temor a sufrir la misma suerte que sus congéneres. El Estado suponía que los ciudadanos, agradecidos, contribuirían con aportes monetarios al equipamiento de tales talleres.

Debemos aclarar aquí que en la gran mayoría de los casos tales establecimientos estaban organizados como empresas lucrativas y entregados en concesión a empresarios que se ocupaban de organizar y comerciar la producción. Las personas ocupadas en ellos eran considerados operarios que debían recibir un sueldo.

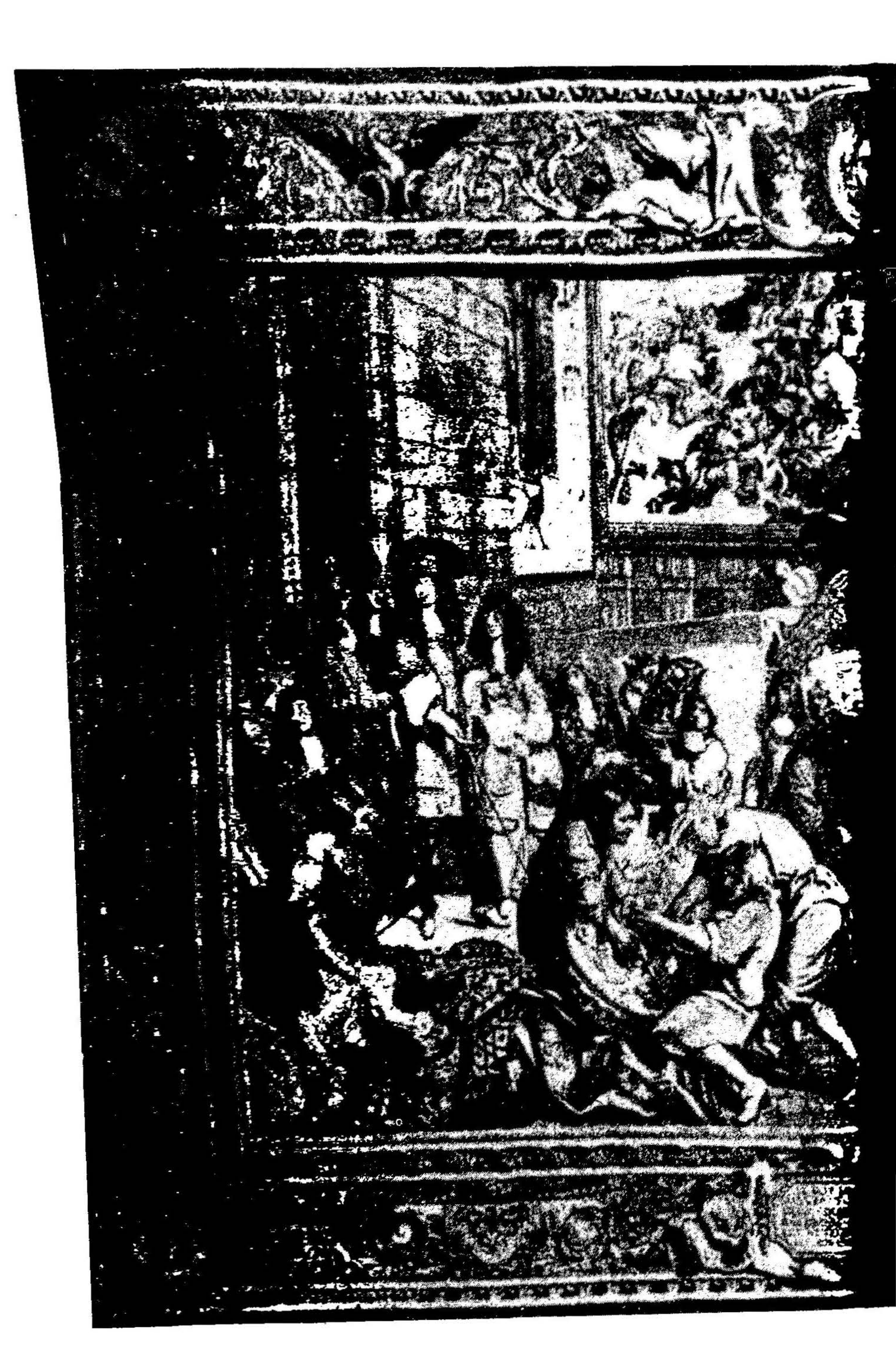
En la ciudad de Amsterdam se fundó en 1695 uno de estos establecimientos por iniciativa del concejo de la ciudad y con el

apoyo de algunos empresarios del comercio de paños. En él las mujeres se ocupaban en hilar y tejer y los hombres preparaban estopa para calafatear navíos. Esto último por encargo del Almirantazgo y la Compañía de las Indias Orientales. En la penitenciaría de Copenhague 300 o 400 reclusos peinaban e hilaban lana para la manufactura de paño que proveía al ejército.

En Francia, los llamados "Hospitales Generales" fueron establecidos en una serie de ciudades desde principios del siglo XVII: en Lyon en 1613, en Reims en 1632, en Marsella en 1639, en Montpelier en 1646, en París en 1656, etc. Un edicto de 1662 hacía obligatoria su fundación en todas las ciudades y burgos. En el fundado en Burdeos en 1662 todos los pobres del contorno, de ambos sexos y de cualquier edad, eran recluidos para ejecutar oficios diversos: había talleres de bordado, de encaje, de artículos de punto, de sedas, de pasamanerías, de jabón. También se fabricaban pantalones, sombreros y clavos.

Para algunas de sus manufacturas, como el bordado o los artículos de punto, el hospicio poseía el monopolio de fabricación para Burdeos y sus alrededores. Cuando se fundó la manufactura de encaje en el hospital, la dirección ofreció poner a disposición del empresario encargado de la producción 150 muchachas de edad no inferior a 12 años para que aprendieran el oficio con 10 maestras. Pero no se alcanzó a reunir más que 100 aficionadas a este arte, entre las cuales muchas no llegaban a los 10 años de edad. La dirección debió entonces aceptar que el empresario abriese otro taller en la ciudad, pero consideró como competencia no autorizada que las maestras del hospicio enseñaran el arte de hacer encaje a las mujeres de la ciudad y sus alrededores.

La dificultad más grande con que tropezaban tales hospicios era que muchos pobres se fugaban apenas habían aprendido un oficio. Aunque muy a menudo eran capturados y severamente cas-





El tapiz muestra la visita de Luis XIV a la manufactura de Gobelinos. Las empresas manufactureras estatales se dedicaban a producir artículos de lujo para el exclusivo consumo de la Corte. Asegurado así un mercado tan importante, Gobelinos ignoraba las leyes de la competencia.







tigados, las tentativas de huida se repetían continuamente.
El más conocido de todos fue el hospicio abierto en París en 1656. Una de sus secciones, la Salpetrière, reunía en 1690 más de 3.000 recluidos, entre los cuales las mujeres viejas y enfermas hilaban y las más jóvenes se dedicaban a la producción de guantes, tapices, medias, ropa blanca, vestidos. Entre los mercaderes que poseían contratos con el hospital se contaban negociantes de seda, encajes, tapices, cintas, etcétera.
En Londres, a principios del siglo XVIII, más de 4.000 personas distribuidas en 40 casas de trabajo se ocupaban en cumplir comisiones de diversos mercaderes. También las ciudades de Prusia, Italia, Bélgica y otros estados habían establecido manufacturas semejantes.

Las rebeliones populares en el siglo XVIII en Francia e Inglaterra

Cualquier análisis de las rebeliones populares en la época preindustrial debe comenzar por señalar una característica que, si no permanente, es por lo menos predominante: los actores de las revueltas no son grupos organizados que, con un programa establecido con anterioridad y bajo la dirección de líderes previamente aceptados, se levanten en procura de objetivos claramente formulados. Todo lo contrario: la protagonista de los alzamientos populares del siglo XVIII es la masa más o menos indiferenciada, lo que en la época se denomina "clase baja" o "pueblo", que, en situaciones muy particulares, se rebela violenta y espontáneamente, por causas muy concretas y en procura de la satisfacción inmediata de sus reclamaciones; que hace muchas veces justicia con sus propias manos y que actúa con una unidad de propósitos que a menudo hace dudar a sus contemporáneos de la espontaneidad de tales movimientos.
Existieron también, por supuesto, las coaliciones de obreros o artesanos que realizaban acuerdos para paralizar el trabajo en demanda de mejoras laborales, para elevar peticiones al Parlamento, etc. Pero, como veremos en su oportunidad, estos movimientos son minoritarios, y esto no por azar, sino porque las condiciones sociales imperantes hacían más efectiva la revuelta.
Hablamos de causas muy concretas. En efecto, la multitud se levanta cuando ve amenazada su subsistencia por el alza del precio del trigo, del pan y de los otros alimentos que componen su dieta; cuando considera excesivos los impuestos o injustas las condiciones de reclutamiento para el ejército; cuando ve amenazadas ya sus posibilidades de trabajo, por la competencia de obreros o productos extranjeros, ya sus condiciones de vida por especulaciones financieras o por el acaparamiento y la especulación realizadas sobre la venta de artículos de primera necesidad, ventas en condiciones que implican monopolio, etc. Esa multitud también se levanta, por supuesto, cuando quiere aclamar a sus héroes o destruir a sus enemigos.
Otras veces estallaron rebeliones por motivos políticos. En estos casos, la multitud de obreros y artesanos, que recién comenzaban a crear sus propias organizaciones y que todavía no habían elaborado una doctrina política coherente, con sus reivindicaciones de clase, apoyaba las aspiraciones de uno u otro de los grupos dirigentes, liberales o conservadores, que coincidiera parcial o circunstancialmente con sus intereses.
La dificultad para individualizar a los componentes de cualquier estallido de violencia popular llevó a historiadores de ayer y de hoy a afirmar que la típica multitud revolucionaria estaba compuesta por las capas más bajas de la sociedad: vagabundos, mendigos, criminales, desechos sociales. Tal opinión, compartida por algunes sectores de las clases dirigentes de la época, se complementa con la afirmación de que estos elementos no

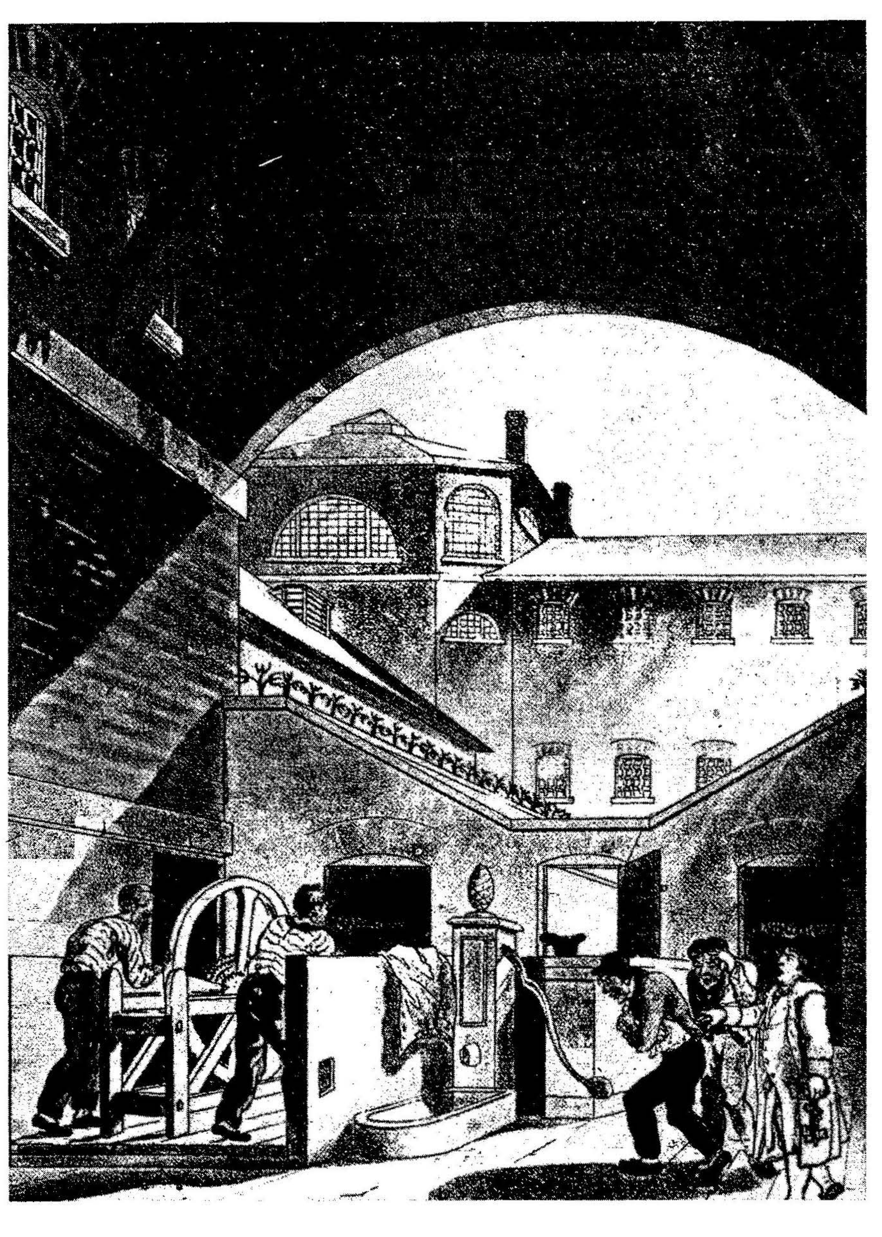
En varias ocasiones, a lo largo del siglo XVII, los impuestos y tributos pagados por la sal, la tierra y el trabajo obligatorio, fueron las causas de que los campesinos se rebelaran, chocando en enfrentamientos sangrientos. Las ilustraciones representan tres fases de la labor agrícola.

En los asilos de huérfanos, inválidos, pobres, mendigos, y en las cárceles, se organizaron talleres regenteados por el Estado que daban ocupación a los internados. La dificultad mayor con que se encontraron estos establecimientos fue que muchos de los reclusos se fugaban apenas habían aprendido un oficio.

tenían aspiraciones propias defendibles y que eran utilizados por aquellos que sabían manejar sus "apetencias más bajas".
De ahí que funcionarios y policías al unísono tendieran a ver en cada revuelta la propaganda y el soborno de los opositores al régimen político imperante y, negándose a aceptar la espontaneidad del movimiento popular, buscaran infatigablemente a sus instigadores y planificadores.
Historiadores contemporáneos han demostrado la falsedad de tal concepción. En particular, los archivos policiales y judiciales han proporcionado pruebas de que ese punto de vista es erróneo. De ellos se desprende que entre las personas arrestadas con motivo de las revueltas sólo unas pocas habían sufrido condenas anteriores. La mayor parte era descripta como personas de buena conducta por sus vecinos y empleadores y tenía residencia y ocupación estables. Aunque su composición social variaba obviamente según el motivo de la insurrección, podemos decir en general que los protagonistas de la revuelta urbana eran pequeños maestros de taller, tenderos, aprendices, artesanos independientes, oficiales y obreros; y los de la revuelta rural, viñateros, pequeños propietarios, pequeños arrendatarios, jornaleros sin tierra, tejedores, mineros y artesanos aldeanos. De los supuestos instigadores, ajenos a la multitud misma, no se encuentra otra cosa que no sean las suposiciones de los funcionarios policiales.

La revuelta rural

Un primer intento de clasificación de los movimientos preindustriales en el siglo XVIII señala la existencia de dos tipos básicos: las revueltas urbanas y las revueltas rurales. Pero no esperemos encontrar en estas últimas un movimiento puramente campesino en procura de reivindicaciones específicas al trabajo de la tierra. El campesinado francés, particularmente, se había levantado en sangrientos choques contra los recaudadores de impuestos durante todo el siglo XVII. En especial contra los dos impuestos reales más onerosos, la gabela (impuesto a la sal) y la talla (que se pagaba por la tierra), y por las obligaciones señoriales, especialmente las de trabajo obligatorio (corveas). El último de tales movimientos se registró en 1709 debido a las malas cosechas y las exacciones adicionales que los recaudadores de impuestos realizaban con el objeto de financiar los gastos de la Guerra de Sucesión Española.
Pero posteriormente, en especial desde 1730, durante la etapa de prosperidad y alza de precios que cubrió la mayor parte del siglo XVIII, hasta fines de la década del 70, a pesar de que los reclamos campesinos quedaron en buena parte insatisfechos y de que los impuestos reales siguieron siendo aplicados y los poseedores de feudos continuaron exigiendo los derechos señoriales (inclusive resucitaron antiguas prestaciones que habían dejado de exigirse e inventaron otras nuevas), todo el sector del campesinado que podía extraer un excedente para llevar al mercado se vio beneficiado por el alza sostenida de los precios de los cereales y el vino, alcanzando un nivel de prosperidad desconocido hasta entonces. De ahí que los participantes de las revueltas serán los habitantes de campos y aldeas que van al mercado no como productores sino como consumidores. Jornaleros sin tierra, propietarios y arrendatarios de parcelas muy pequeñas y también artesanos rurales, en especial hilanderos y tejedores. Es decir, aquel sector de la población rural preocupado por la necesidad de pan abundante y barato. Debemos recordar que el pan, cuyo precio normal era de 2 sueldos la libra, era el elemento esencial de la dieta del pobre y le insumía el cincuenta por ciento de su presupuesto. Cuando las cosechas eran malas, o bien la guerra o la interrupción de las comunicaciones provocaban escasez, gran parte de la población se veía amenazada por el hambre. Una gran parte del campesinado, aun en años de









buena cosecha, sólo llegaba a lograr un nivel de mera subsistencia. En la mayoría de las tierras francesas trabajaba una plebe campesina excluida de los beneficios del alza de precios.
Si a esto agregamos que frente al alza de los precios el nivel de los salarios se mantuvo estable y que la desaparición de las mortalidades catastróficas del siglo anterior provocó un aumento demográfico notable en las clases populares, abarrotando con rapidez el mercado de trabajo, no debe extrañarnos que el movimiento rural típico sea la llamada "revuelta del hambre". Disturbios en mercados y panaderías, asaltos a los almacenes, presiones sobre molineros y comerciantes para que vendieran sus mercancías a precios inferiores o sobre las autoridades para que intervinieran en favor de los consumidores comprando cereales para revenderlos a precios más accesibles. En suma: imposición de un control no oficial de los precios por medio de la acción colectiva, fenómeno conocido con el nombre de tasación popular. Tales fueron las características dominantes de las revueltas del hambre.
Los únicos blancos de los desórdenes eran el campesino próspero, el comerciante en granos, el molinero y el panadero, y la finalidad inmediata no fue el saqueo ni el robo, sino la imposición de un precio considerado "justo". En tales movimientos se verificaba en las clases humildes la oposición total a la nueva doctrina, el liberalismo económico, que postulaba que el precio de los artículos de primera necesidad debía ser regulado por la oferta y la demanda.
En Francia, los estallidos de rebelión corresponden casi exactamente a los años de malas cosechas y de escasez. En efecto, los años malos fueron 1725, 1740, 1749, 1768, 1775 y 1785, y la lista de los principales disturbios es la siguiente: 1725, revueltas en Caen, Normandía y la zona parisina; 1739-40, en Burdeos, Caen, Bayeux, Angulema y Lille; 1747, en Toulouse y Guyenne; 1752, estallidos de violencia en Arles, Burdeos, Metz y otros lugares; 1768, en El Havre y Nantes; 1774, en Tours y Burdeos, Dijon, Metz, Reims, y, como culminación de la serie, el movimiento en cadena que conmovió una amplia zona del norte de Francia en los meses de abril y mayo de 1775 y que se conoce como la "guerra de las harinas".
En 1774 Turgot, recientemente nombrado ministro de Finanzas de Luis XVI, había restaurado la libertad de comercio en el mercado interno, para cereales y harina. En ese año la cosecha fue muy mala. Junto al acceso al mercado de especuladores y comerciantes, el precio de los granos y consiguientemente el de la harina y el pan comenzaron a subir en forma alarmante. El precio del pan de 4 libras (poco menos de 2 kilogramos) subió en dos meses (de marzo a mayo) de 8 sueldos a 14. El 27 de abril en Beaumont-sur-Oise, una aldea situada al norte de París, la población asaltó el mercado obligando a los comerciantes a vender el trigo al precio que se consideraba justo: 12 francos el *setier* (había subido hasta 30 francos). Los disturbios se sucedieron en toda la zona limítrofe a la capital, extendiéndose en cuatro oleadas en dirección sudoeste, sur, este y norte. Las revueltas se producían por "contagio", de una ciudad-mercado a otra, a medida que circulaba la noticia de lo que estaba sucediendo. Generalmente, el precio "justo" se regulaba de acuerdo a lo fijado en Beaumont, y los hombres y mujeres que invadían mercados y panaderías pagaban 12 francos por *setier* de trigo, 20 sueldos por *bushel* de harina y 2 sueldos por libra de pan. Hubo también saqueos y destrozos innecesarios, pero en número poco importante. El único objetivo de la multitud era obtener su alimento al precio considerado justo, no aceptando el fijado por comerciantes y especuladores.
El 2 de mayo la revuelta llegó a Versalles, donde aldeanos de varias millas a la redonda saquearon panaderías y asaltaron el mercado de harinas, antes de dirigirse en manifestación al palacio real. Desde el balcón el rey

Los años en que las pestes o sequías provocaban malas cosechas se producían estallidos de descontento en las subalimentadas masas rurales. Estas rebeliones se conocieron con el nombre de "revueltas de hambre".

Los disturbios

En una carta a su hermano Horacio, Sir Robert Walpole describe las revueltas contra la competencia de la mano de obra irlandesa que se produjeron en algunas parroquias de Londres en 1736.

"En la noche del lunes (26 de julio) un gran número de personas se reunió desordenadamente en Shoreditch, cerca de Spitalfields. Se quejaban de estar siendo dejados sin trabajo y reducidos al hambre por los irlandeses y gritaban ¡Abajo los irlandeses!, etc. Pero esa noche no eran todavía demasiado numerosos y se dispersaron sin causar daños... En la noche del martes volvieron a reunirse y hacia las siete se creía que llegaban a 2.000. Se tornaron entonces más violentos: atacaron una posada frecuentada por irlandeses y atendida por un irlandés, derribaron las puertas y rompieron las ventanas y estuvieron a punto de destrozar la casa. Otra posada del mismo tipo sufrió igual suerte. Para entonces (los lugares atacados estaban dentro de la jurisdicción de la city) el Alcalde y el Delegado del Distrito se reunieron a fin de dispersarlos. Se leyó una proclama, pero la turba, completamente indiferente a ella, aumentaba a cada momento hasta que llegó a sumar más de 4.000... Ante la aparición de los guardias la turba se retiró, desplazándose de una calle a otra y no ofreció resistencia, de manera que hacia el amanecer se habían dispersado todos. Durante todo el miércoles las cosas estuvieron muy tranquilas, pero a la noche las turbas volvieron a reunirse en gran número. Pero la milicia del distrito, que había sido convocada, marchó sobre ellos; al igual que la noche anterior, la turba se retiraba antes que llegara la milicia y no ofrecía la más mínima resistencia... y así, se dispersaron antes de la mañana."

"Carta de sir Robert Walpole a su hermano Horacio", tomada de G. Rudé, *La multitud en la historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

Las protestas sociales en los siglos XVII y XVIII no tomaron la forma de huelgas, sino de revueltas de hambre. Los objetivos de la lucha no se centraron en las mejoras salariales sino en la mera posibilidad de supervivencia, bregando por el control de los precios de los artículos de primera necesidad.



se dirigió a 8.000 manifestantes. El gobernador de la ciudad ordenó a los panaderos "en nombre del rey" que vendieran el pan a dos sueldos la libra. Aunque inmediatamente Turgot dio la contraorden, al día siguiente la noticia llegó a París. La figura real adquirió una vez más los rasgos protectores que las clases humildes de la época frecuentemente le asignaban. Los pobladores de las aldeas vecinas, junto a los obreros y pobres de la ciudad, se abrieron paso hacia los mercados y compraron o robaron cereales y harinas, pagándolos a precios reducidos, alentados por el rumor de que el mismo rey había condenado los precios altos. Pero hacia el anochecer las tropas sofocaron los disturbios en la capital. Sin embargo, el movimiento se extendió alcanzando su mayor violencia en la región situada al sur de París. Finalmente, gracias a una concentración masiva de tropas, cientos de arrestos y dos ejecuciones públicas en París, renació la calma. Entre los detenidos, salvo unos pocos arrendatarios, funcionarios menores y párrocos, la mayoría estaba constituida por viñateros, hortelanos, trabajadores rurales, estibadores y artesanos.

En la Inglaterra rural, caracterizada en mayor proporción que Francia, por la existencia de trabajadores sin tierra, generalmente dedicados al hilado y al tejido en el sistema domiciliado, las revueltas del hambre coexistieron junto a otros movimientos de protesta social. Entre dichos movimientos se pueden citar los ataques a los obreros irlandeses, dispuestos a trabajar por menores salarios, las revueltas contra las leyes de milicias; la oposición a los cercados, a los derechos de peaje y a las barreras de portazgo; los ataques a los talleres de trabajo obligatorio, etcétera.

Pero entre todos estos disturbios, los más frecuentes eran los ocasionados por la escasez de los artículos alimenticios o por el alza súbita de sus precios. Una característica que es importante señalar en las revueltas del hambre en Inglaterra es el gran número de obreros que participaron en ellas: mineros del carbón del estaño, alfareros de Straffordshire, obreros de los astilleros del Tyneside y tejedores de Witshire y Somerset. En mayor medida que en Francia el grueso de la población estaba constituido por pequeños consumidores que dependían de la provisión de pan y también de carne, manteca y queso. Otro rasgo notable es que la protesta social toma la forma de revuelta del hambre y no de huelga. Los obreros defienden su subsistencia luchando por el control del precio de los artículos de primera necesidad y no por la mejora de los salarios.

Durante la primera parte del siglo, en general, las cosechas fueron buenas y los precios bajos, pero hubo períodos malos en 1709, 1727-28, 1740 y 1756-57. En cada una de estas ocasiones se produjeron disturbios. Llevados a cabo en 1709-10 por las amas de casa de Essex, los mineros de Kingwood y los pescadores de Tyneside; en 1727, por los mineros de estaño de Cornwall y los mineros de carbón de Gloucestershire; en 1740 y 1756-57 las revueltas del hambre se extendieron a amplias zonas del país. En la segunda mitad del siglo las condiciones empeoraron considerablemente. Los precios se mantuvieron en alza y hubo malas cosechas en 1766-67, 1770-74, 1782, 1789, 1794 y 1799-1800. El precio medio del trigo, que en la primera mitad del siglo se había mantenido en 34 chelines (la libra esterlina tenía 20 chelines), llegó a 55 chelines, y en los años críticos 1767, 1774, 1789, 1795 y 1800 el precio del trigo llegó a los límites de 60, 64, 64, 62, 92 y 128 chelines respectivamente. Después de 1793 la situación empeoró a causa de la entrada de Inglaterra en la guerra europea. Los picos en los precios fueron acompañados de renovados estallidos, de revueltas del hambre, semejantes a las de Francia: saqueo de depósitos, ataques a casa de comerciantes y, más frecuentemente, imposición de topes a los precios o tasación popular. Otros medios arbitrados para detener la escasez fueron los intentos de detener embarcaciones cargadas con cereales para exportación y la destrucción de destilerías. Las revueltas se producen con mayor frecuencia en el norte y el oeste, donde estaban situados los principales puertos de exportación, que en el sur y el este, donde estaban las regiones trigueras. En los casos de tasación popular las mercancías elegidas eran especialmente el trigo, la harina y el pan, pero en Inglaterra con más frecuencia que en Francia se tasaban también la manteca, el queso y la carne. Incluso existen ejemplos de ventas forzosas de papas, tocino, malta, velas y jabón.

La revuelta de fines de verano de 1766 fue una de las más extendidas. Durante doce semanas cubrió extensas zonas del sudoeste de Inglaterra, alcanzando las tierras centrales y los condados del este. El movimiento tuvo su origen en Devonshire, a principios de agosto, al parecer debido a un alza repentina del precio de los cereales, acompañada de subas en los precios de la carne, la manteca y el queso. Aquí también los pobres se apoderan del trigo y lo venden a un precio considerado justo, semejante al corriente en años de buena cosecha. En algunos lugares se destrozaron molinos.

Las clases pudientes se alarman y ordenan la compra de grandes cantidades de harina, que se vende a bajo precio, mientras los panaderos rebajan el precio del pan. Esto produjo una calma momentánea, pero el 23 de setiembre los incidentes se renovaron en otros condados y duraron hasta fines de octubre. La calma volvió cuando en todas partes se tomaron medidas para reducir los precios. Pero también se utilizó la represión. Se movilizó al ejército y en algunas aldeas los hacendados, con armas de fuego y garrotes, sometieron a los revoltosos. Hubo muertos y gran cantidad de arrestos. Tribunales especiales constituidos al efecto condenaron a muerte a 20 personas y 7 fueron deportadas.

Cuando 8.000 aldeanos hambrientos asaltaron el mercado de harinas de Versalles y marcharon sobre el Palacio Real el rey prometió la baja de los precios. De esa manera, la figura real adquirió, una vez más, los rasgos protectores que las clases humildes solían asignarle. En el grabado, Luis XVI.

La revuelta urbana

La revuelta del hambre también se dio y llegó a constituir una amenaza permanente en las grandes ciudades. Pero en éstas existía una mejor organización de la provisión de alimentos y una mayor preocupación de las autoridades por el control de los precios. Además, la vigilancia policial era mucho más efectiva.

Londres, rodeada por el condado casi urbano de Middlessex, estaba mejor protegida que París, expuesta a la frecuente invasión de la población de las aldeas vecinas, como sucedió en 1725, 1740, 1752 y 1775. Sin embargo, hubo también revueltas y, aunque muchas veces eran determinadas por otros motivos, el precio de los alimentos no dejó de cumplir cierto papel en ellas. En París las clases populares se levantan en diferentes oportunidades protestando contra situaciones que lesionan sus condiciones de vida. En 1720, por ejemplo, a raíz de la crisis financiera provocada por las especulaciones de John Law, uno de los primeros especuladores financieros, se producen disturbios masivos en el barrio comercial; en 1721 se producen revueltas causadas por la severidad de los castigos infligidos a los servidores domésticos; en 1743 la población se levanta contra el sistema de reclutamiento para las milicias y en 1750 por el arresto de un importante número de niños acusados de vagancia.

Pero la revuelta urbana más común, tanto en París como en Londres, fue la de tipo político. En estos movimientos el pueblo se levantaba porque se sentía identificado con las consignas de un determinado grupo dirigente, aunque muchas veces iba más lejos de lo que esos dirigentes consideraban conveniente.

El Parlamento de París, más que ningún otro cuerpo, contó en diversas ocasiones con el apoyo del pueblo parisino para realizar su política.

En 1712 el Parlamento encabezó, en contra de los jesuitas, un frente común compuesto por el clero parroquial, la burguesía parisiense, los abogados y el pueblo. Algo similar sucedió en 1752, pero esta vez el movimiento era contra el arzobispo de París y en favor de sacerdotes y monjas jansenistas. Entre 1753 y 1776 se producen disturbios populares que apoyan los reclamos del Parlamento contra el poder real. Y en 1787 y 1788 grandes manifestaciones de artesanos urbanos y jornaleros de los arrabales expresaron su simpatía por el Parlamento en exilio.

Similar papel desempeñó en Londres el Ayuntamiento de la City, que hasta 1760 simpatizó abiertamente con el grupo Tory (partido conservador). Después de esta fecha los comerciantes de la City y los propietarios agrícolas de Middlessex iniciaron una campaña por la reforma electoral que fue apoyada entusiastamente por pequeños tenderos, artesanos y obreros londinenses. Es entonces cuando el Ayuntamiento se radicaliza. Un amplio movimiento apoya la causa de John Wilkes, enviado a la Torre de Londres por difundir libelos contra el rey. Bajo el slogan de "Wilkes y libertad" las revueltas wilkistas jalonan las décadas de 1760 a 1770. La multitud londinense saludó con disturbios su liberación, más tarde se opuso con nuevos disturbios a la quema pública de su periódico, ordenada por el rey, y condenó su expulsión del Parlamento y su exilio en París. En 1768, cuando sus partidarios de Middlessex lo eligieron como su representante en el Parlamento, las revueltas en Londres y Westminster duraron dos días. La multitud festejó la elección dedicándose a destrozar ventanas, sin preocuparse demasiado por distinguir si pertenecían a partidarios u opositores. Cuando Wilkes fue confinado nuevamente en prisión los tumultos duraron dos semanas, culminando con la masacre de St. George's Field, durante la cual los guardias dispararon contra la multitud que rodeaba la prisión. Las revueltas wilkistas duraron hasta 1776. En ese año se le permitió por fin a Wilkes ocupar su lugar en el Parlamento. A partir de entonces Wilkes, gra-





dualmente, fue perdiendo contacto con las clases humildes de Londres.

Pocos años después la multitud londinense encontró un nuevo líder: lord George Gordon. Este inició en 1780 una campaña en contra de la ley de amnistía para los católicos, ley que levantaba muchas restricciones impuestas a las personas que practicaban esa religión. Se organizó una manifestación para presentar al Parlamento una petición con sesenta mil firmas. Debió ser una manifestación pacífica, pero la conducta de la multitud desbordó las previsiones de sus organizadores. Cuando el Parlamento se negó a considerar la petición, alarmado por la cantidad de manifestantes, se desencadenó la revuelta. Durante una semana fueron atacadas, saqueadas y destruidas capillas, escuelas, viviendas y posadas católicas en Westminster, Londres y otros lugares. Media docena de prisiones fueron incendiadas y liberados los reclusos. Cuando el ejército logró controlar la situación, entre los revoltosos había 285 muertos y 173 heridos. De los 450 prisioneros, 160 fueron sometidos a juicio y 25 colgados. En este caso hubo una cuidadosa delimitación de las casas y lugares que habían de ser atacados, lo que hace pensar en la existencia de "listas" elaboradas previamente, pero su existencia no ha podido ser comprobada.

Los métodos de la revuelta eran similares en todos los casos. bandas que recorrían las ciudades reclutando adeptos en el camino, compuestas por habitantes de la zona y dirigidas por líderes temporarios, y se dedicaban metódicamente a la destrucción y al incendio. Hay que señalar que la violencia estuvo siempre dirigida contra la propiedad y no contra las personas. Los muertos pertenecían al bando de los revoltosos. Sobre la composición de la multitud sabemos que por lo menos un tercio eran obreros: jornaleros, aprendices, sirvientes domésticos y peones. También había pequeños empleadores, artesanos y comerciantes.

Otros tipos de protesta

También hubo, como mencionamos al comienzo, formas de protesta pacíficas cuyo mejor ejemplo serían las huelgas promovidas por las organizaciones, generalmente secretas, que comenzaron a surgir en Inglaterra en el siglo XVIII. Estas organizaciones o sindicatos, como todo movimiento de resistencia metódica, estaban constituidos por obreros calificados, quienes por haber logrado mejores condiciones de vida podían organizar y mantener movimientos de mayor alcance y duración.

Debemos tener en cuenta que tales obreros calificados constituían una minoría, sin peso efectivo en el mundo obrero. Por otra parte, al no existir todavía las concentraciones masivas de obreros, no estaban en condiciones de relacionarse y organizarse con el fin de coordinar sus esfuerzos para la lucha económica.

También fue frecuente la manifestación pacífica: grandes desfiles populares en los que se entonaban estribillos y se marchaba con banderas y tambor batiente. Pero, aunque fueran pacíficos, estos despliegues masivos alarmaban a las clases dirigentes y a menudo eran reprimidos con rigor. Al carecer de derechos políticos y al estar prohibidas las organizaciones, las manifestaciones y las asambleas, las clases bajas no tenían otro medio de protesta frente a la injusticia que la revuelta, la cual no corría mayor riesgo de represión que la manifestación pacífica.

Las disputas laborales se resolvían también mediante la violencia, como sucedió en las parroquias de Shoreditch, Spitalfields y Whitechapel en 1736, cuando obreros textiles y de la construcción fueron reemplazados por mano de obra irlandesa, más barata. Los obreros despedidos al grito de "¡Abajo los irlandeses!" destruyeron viviendas y tabernas irlandesas y los disturbios se extendieron a otros distritos.

La competencia irlandesa se había hecho sentir también a prin-

En 1780 se organizó una campaña para presentar al Parlamento inglés un documento que pedía el levantamiento de ciertas restricciones impuestas a los católicos. La petición, firmada por 60.000 personas, fue denegada por el Parlamento, desencadenando una revuelta que produjo más de 300 muertos. La medalla conmemorativa representa a lord George Gordon, líder principal de dicha campaña.

Tapiz de Beauvais.

Con la Revolución Industrial el proceso de manufacturas llegaría a su terminación, ante la irrupción de la máquina y su mayor productividad.

cipios de siglo en la ciudad de Tiverton entre los peinadores de paños. En este caso el problema no era la introducción de mano de obra, sino la de lanas ya peinadas, destinadas a la fabricación de sargas. Los peinadores, que poseían ya cierto principio de organización bajo la forma de una sociedad de socorros mutuos, trataron de impedir por la fuerza esta importación que los arruinaba. Irrumpieron en las tiendas de los pañeros, se apoderaron de las lanas de procedencia irlandesa y quemaron gran cantidad de ellas. Muchas casas fueron atacadas y defendidas a tiros y no se consiguió restablecer el orden sino después de una verdadera batalla.

Las causas de las revueltas

Analizando las revueltas descriptas llegamos a la conclusión de que sus causas son fundamentalmente económicas o políticas y que en el proceso ambas instancias se influyen mutuamente. Las huelgas y las revueltas de hambre podían producirse en un período de agitación política que les proporcionara una nueva orientación. En Londres, en 1768, por ejemplo, los cargadores de carbón en huelga se unen a la multitud que aclamaba a Wilkes. A la inversa, no es raro que la mayor agitación política en las ciudades tuviera lugar en períodos de precios ascendentes o de escasez, como sucedió en París en 1720, 1752 y 1788 y en Londres en 1736, 1768 y 1784.
Sin embargo, descubrir la causa evidente, el motivo dominante de un estallido de violencia, no significa explicarlo por entero.
Convergen en estos movimientos —casi siempre espontáneos, sin un programa preestablecido— explicando los niveles de coherencia que a veces adquieren, los factores más diversos: cierto tipo de organización precaria, el odio hacia los ricos, los sentimientos nacionalistas o religiosos, el carisma de ciertos líderes, la reacción básica contra la injusticia y las diferencias sociales y también contra las innovaciones del capitalismo en desarrollo.

A medida que las relaciones capitalistas de producción se generalizaban en los distritos urbanos y rurales, y las viejas nociones de precios y salarios justos, impuestos por la autoridad y sancionados por la costumbre, fueron reemplazadas por la idea de que los precios y los salarios debían buscar el nivel que los economistas liberales llaman "natural" en un mercado libremente competitivo, se reforzaba la adhesión de las capas humildes de la población a la antigua legislación paternalista y proteccionista.

El proceso que mencionamos, y que duró aproximadamente 150 años, fue muy similar en Francia y en Inglaterra y, aunque en este país comenzó antes, en Francia recibió un fuerte impulso entre 1760 y 1780, reforzado por la legislación de la revolución. En virtud de dicho proceso se revocaron las antiguas leyes protectoras que prohibían o limitaban los cercados, las penas contra acaparadores o monopolios y las disposiciones que autorizaban a los magistrados a fijar precios y salarios. De esta manera el "Estado paternalista" comenzaba a desaparecer.

Las leyes de pobres

Las leyes de pobres, cuyo origen, en Inglaterra data de la época de Isabel Tudor, son parte de la legislación paternalista. En 1601 se reunieron y completaron disposiciones anteriores en la llamada "Ley de pobres", la cual, a pesar de las modificaciones sucesivas, persistió con un mismo espíritu hasta la primera mitad del siglo XIX. Una ley de 1536 había organizado el socorro de los indigentes, a cargo de las parroquias, las cuales estaban obligadas a dar trabajo a los pobres físicamente capaces; otra, de 1572, había creado el impuesto destinado a proveer los fondos para dicho socorro; las de



1576 y 1597 generalizaron la creación de casas de correción.
El objeto primitivo de tal legislación parece haber sido doble: por un lado aliviar la miseria, proporcionar lo mínimo para subsistir a la población rural amenazada por falta de trabajo; por el otro, reprimir la mendicidad y el vagabundaje, liberar a las clases poseedoras de su amenaza. El sentimiento de caridad cristiana que prescribía la limosna no impedía que actuara el prejuicio social hacia quienes la recibían. De ahí que, según cual predominara se sucedieran alternativas de rigor y benignidad en su aplicación.
El socorro otorgado por las parroquias a los indigentes se organizó sobre una base estrictamente local: solo se auxiliaba a aquellos que habían nacido en la parroquia. Una ley de 1662, conocida como Ley del Domicilio, autorizaba a los administradores del impuesto de pobres a pedir la expulsión de todo individuo que no perteneciese a la parroquia. Para ello no era necesario que el afectado solicitase el subsidio: bastaba que esto se considerara como eventualidad probable en el futuro. Es fácil comprender que tal disposición limitaba considerablemente las posibilidades de conseguir trabajo fuera del lugar de origen y estimulaba a los indigentes a permanecer en su parroquia recibiendo el subsidio en vez de intentar suerte en otros lugares. Los asistidos eran obligados a trabajar, salvo casos especiales de incapacidad física total; la infracción de esta norma implicaba penas severas: látigo, envío a una casa de corrección, marca de hierro al rojo en caso de reincidencia.
En 1723 se ordenó a las autoridades locales la construcción de casas de trabajo y la privación de asistencia a los indigentes que no aceptaran entrar en ellas. El horror producido por tales establecimientos, semejantes a prisiones, bastaba para alejar de ellos a todos los que no habían caído en el último grado de miseria.
La segunda mitad del siglo XVIII trajo mayor liberalidad en la legislación referente a los pobres. Ello se debió en parte a las nuevas corrientes de pensamiento que consideraban la miseria como algo no necesariamente ligado a la imprevisión y el vicio. Pero en parte también a las necesidades de la gran industria que comenzaba a desarrollarse y para la cual, precisada de mano de obra móvil, abundante y barata, las restricciones de la movilidad eran un serio obstáculo.
Una ley de 1782 autorizó a las parroquias a prestar socorros sin obligar a los indigentes a entrar en las casas de trabajo, las cuales debían reservarse para viejos, niños y lisiados. Otra ley en 1795 anuló el derecho de expulsión. Solo los efectivamente indigentes podían ser reenviados a su lugar de origen.
En ese mismo año, 1795, se inicia un movimiento que refuerza el paternalismo en la organización del trabajo. Los jueces de Berkshire, reunidos en la aldea de Speemhamland, y alarmados por el recrudecimiento del pauperismo y por la creciente ola de revueltas, decidieron otorgar subsidios para atenuar las consecuencias de los salarios bajos. El socorro variaba en relación al salario recibido y al precio de los granos. Se redactó una tabla que establecía el ingreso mínimo indispensable para la subsistencia según las variantes del precio del trigo. Este sistema, conocido bajo la denominación de Sistema de Speemhamland fue adoptado, aunque nunca tuvo carácter legal, por la mayoría de las autoridades locales en los distritos rurales y más tarde por muchos distritos manufactureros.
El sistema de Speemhamland tuvo consecuencias desastrosas para aquellos a quienes estaba destinado a proteger. Estimuló a los patrones a rebajar los salarios sin serias resistencias por parte de los obreros ya que asistidos por las parroquias, aceptaban trabajo con salarios inferiores y constituían una competencia insostenible para el trabajo no subvencionado, limitandolos para trabajar más y mejor y fomentando la natalidad porque nuevos hijos significaban mayores asignaciones.
La derogación de la legislación de asistencia a los pobres en 1834 señaló más adelante el triunfo completo del capitalismo y el triunfo del mecanismo de libre oferta y demanda de la mano de obra.

Bibliografía

Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo.* Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
H. E. Friedlander y J. Oser, *Historia económica de la Europa Moderna.* Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
Carlos Marx, *El Capital.* Fondo de Cultura Económica, México, 1968.
Paul Mantoux, *La revolución industrial en el siglo XVIII.* Ed. Aguilar, Madrid, 1962.
Roland Mousnier, "Los siglos XVI y XVII". Tomo IV de la *Historia general de las civilizaciones,* dirigida por Maurice Crouzet. Ed. Destino, Barcelona, 1959.
John U. Nef, *La Europa industrial en la época de la reforma (1515-1540).*
George Rudé, *La multitud en la historia.* Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
Henri Sée, *Orígenes del capitalismo moderno.* Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

Los destructores de máquinas

Reyna Pastor de Togneri

"Señor: se me ha informado que usted es dueño de algunas de esas detestables máquinas... Sepa usted que, si no son retiradas a fines de la próxima semana, encomendaré a uno de mis lugartenientes que las destruya". Ned Ludd, General de los Ejércitos Justicieros.

La historia de la Revolución Industrial es en primer término la historia de la experiencia inglesa. El proceso comienza hacia 1760 en pequeñas zonas de Gales y de Escocia, rápidamente se intensifica en toda Inglaterra y cumple etapas básicas antes de pasar al resto de Europa, cuando termina el siglo. Muchos son los factores que convergen y hacen posible esa revolución que modificaría las estructuras económicas y sociales de Europa y de sus colonias, factores por otra parte compleja y estrechamente relacionados entre sí.

La población se ha incrementado notablemente: aumenta en un 40 % durante la segunda mitad del siglo XVIII y en un 50 % las tres décadas siguientes. Las razones de este aumento son diversas: disminución del índice de mortalidad infantil, del índice de mortalidad de la mujer a consecuencia del parto, la desaparición de enfermedades epidémicas hasta ese momento recurrentes como la peste bubónica, etc. Los avances de la medicina, la generalización de ciertas pautas higiénicas y de cuidado con los alimentos (la potabilización de las aguas, por ejemplo), y muy especialmente la alimentación más rica y variada, son los factores que influyen en estos cambios.

Las mejoras en la alimentación son consecuencia de un proceso que se viene cumpliendo desde fines del XVII y que se prolongará durante el XVIII: la revolución agraria. Pero esto no sólo aumentará la producción de alimentos, y con ello influirá en los cambios demográficos mencionados, sino que también provocará un desplazamiento de las masas campesinas hacia las industrias en desarrollo, necesitadas cada vez más de mano de obra.

En Inglaterra las tierras de agricultura se cultivaban según el ancestral sistema de tres bandas. Las tierras de diferentes propietarios se agrupaban en tres zonas discontinuas, y cada propietario tenía una o más parcelas en cada banda. En una de las bandas se cultivaban cereales; en otra, feculáceas; la tercera se dejaba en descanso. Los cultivos iban rotando de banda a banda anualmente, de manera que sólo cada tres años se cerraba el ciclo. Este sistema tenía por objeto hacer descansar la tierra, pues solo se conocía por entonces el abono animal, el cual era por demás escaso. Este sistema obligaba a todos los propietarios a realizar los trabajos de campo en la misma época del año y a sembrar lo mismo. El sistema obstaculizaba así los cambios y las posibles experiencias y mejoras.

A principios del siglo XVIII algunos grandes terratenientes, influidos sobre todo por la experiencia holandesa, decidieron cambiar el sistema de explotación de sus propiedades. Para hacerlo así fue necesario abandonar el sistema de campos abiertos, o de tres bandas, concentrar las tierras dispersas y cercarlas para protegerlas del ganado. Comenzaron entonces a promover por un lado la introducción de nuevos e importantes cultivos, como el de la papa americana o la remolacha azucarera, y, por otro, a exigir una verdadera reforma de la propiedad agraria. Apoyados por el parlamento, consiguieron que se nombraran comisiones de arbitraje con el fin de que se redistribuyeran los campos. Los nobles y los otros grandes propietarios fueron, lógicamente, los favorecidos en estas operaciones. Muchos pequeños propietarios fueron perjudicados por la entrega de tierras de inferior calidad y otros, que no pudieron realizar los trabajos de cercamiento, ahora imprescindibles, tuvieron que vender sus tierras y buscar trabajo en las nuevas actividades industriales. Pero los más perjudicados fueron los pobladores sin tierra, los que vivían en las llamadas tierras comunales trabajando como jornaleros en las grandes propiedades y que completaban sus entradas con el trabajo de las industrias domiciliadas y con lo que sacaban

La Revolución Industrial vista por Owen

Aquellos que estaban ligados a los oficios, manufactura y comercio en este país, 30 o 40 años atrás, constituían una parte insignificante del saber, riqueza, influencia y población del Imperio. Antes de ese período, Inglaterra era esencialmente agrícola, pero desde ese momento hasta el presente el comercio nacional y exterior ha aumentado de una manera tan rápida y extraordinaria como para elevarlo a una importancia que nunca había alcanzado previamente en ningún otro país. (Por el censo de población de 1811 parece que en Inglaterra, Escocia y Gales hay 885.998 familias empleadas principalmente en la agricultura, 1.129.490 familias dedicadas principalmente al comercio y la industria, 640.500 individuos en el ejército y la marina, 519.168 familias no dedicadas a ninguna de estas ocupaciones. De esto se deriva que casi la mitad de las personas están dedicadas tanto al comercio como a la agricultura y que del total de la población los agricultores están en la proporción 1 a 3).
Este cambio se debe a los inventos mecánicos que aparecieron vinculados en la industria algodonera en este país y al cultivo del algodón en América.
Las necesidades de diversos materiales, requeridos para llevar a cabo las múltiples operaciones que esta industria generó, causaron una extraordinaria demanda de casi todas las industrias previamente establecidas y por supuesto de mano de obra. Las numerosas, útiles y fantásticas telas de algodón pronto se convirtieron en objetos deseables en Europa y América y la consecuente ampliación del comercio exterior británico fue tan asombrosa que confundió a los más esclarecidos estadistas, tanto nacionales como extranjeros.
Estos resultados sin embargo, a pesar de su importancia, no fueron obtenidos sin verse acompañados de males de tal magnitud como para suscitar la duda de si lo último no prevaleció sobre lo primero.
Hasta ahora los legisladores parecieron considerar las industrias sólo desde un punto de vista, como una fuente de riqueza nacional. Las otras importantes consecuencias que surgieron de la expansión de las industrias *dejadas a su progreso natural* no han ocupado todavía la atención de ninguna legislatura.
Sin embargo, los efectos políticos y morales a los que aludimos bien merecían ocupar la atención de los más grandes sabios estadistas.
La difusión general de las industrias por todo el país generó un nuevo carácter en sus habitantes, y como ese carácter se asienta sobre un principio nocivo para la felicidad individual o colectiva producirá los males más lamentables y permanentes, a menos que su tendencia sea contrarrestada por el desarrollo de un cuerpo legal.
La sociedad industrial ha extendido su influencia de tal manera en el Imperio Británico como para producir un cambio esencial en el carácter general de la masa del pueblo. Esta crisis progresa rápidamente, y antes que nos demos cuenta la feliz simpleza del campesino agricultor estará totalmente eclipsada entre nosotros. Aun ahora es raro encontrarla sin la contaminación de esos hábitos inmorales que son resultante del comercio y la industria.
La adquisición de bienestar y el deseo han introducido la inclinación por lujos esencialmente injuriosos entre una numerosa clase de individuos, que antes no pensaban en ellos, y asimismo generaron una actitud que empuja fuertemente a sus poseedores a sacrificar los mejores sentimientos de la naturaleza humana por su amor a la acumulación. Para tener éxito en esa carrera acumulativa, cuya riqueza era obtenida de la laboriosidad de la clase baja, y con la aparición de nuevos concurrentes que compitieron con los primeros dentro del mercado, fueron reduciendo a la clase obrera por sucesivos cambios, en la medida en que el espíritu de competencia aumentaba y la facilidad de adquirir riqueza disminuía, llegando a un estado más calamitoso del que puede ser imaginado por aquellos que no han observado atentamente los cambios a medida que se han ido sucediendo.
En consecuencia, la clase obrera está actualmente en una situación infinitamente más degradada y miserable de lo que estuvo antes de la introducción de estas fábricas, sumado a que su miserable subsistencia depende del éxito de la industria. Los habitantes de cada país

de los bosques. Cercadas las tierras y dadas en propiedad las comunales, esta población marginal se vio desplazada del campo y tuvo que emigrar hacia las nacientes ciudades industriales, donde constituyó el grueso del primer proletariado industrial.
Estos cambios sociales no afectaron al nuevo sistema agrario: la producción aumentó considerablemente y el campo pudo alimentar, aunque con altos y bajos, a la creciente población urbana o semiurbana dedicada a la explotación de las minas y a la producción de tejidos.
Otro factor importante que converge en la Revolución Industrial es la formación en Inglaterra, especialmente a partir del siglo XVII, de un mercado interno y pronto de un importante mercado externo que permiten un considerable aumento en la acumulación de capital. Las condiciones políticas estables del siglo XVIII favorecieron esta acumulación a tal punto que el interés que el Estado pagaba por los capitales disminuyó de un 10 %, a principios del siglo, al 3 % en 1757. Así el capital, relativamente barato, facilitó también la Revolución Industrial.

El aumento de la productividad y las innovaciones técnicas

A partir de la década que comienza en 1760 los cambios en la producción industrial fueron enormes. Los más importantes se produjeron en la fabricación de textiles de algodón. Entre 1750 y 1760 la exportación británica de tejidos de algodón aumentó diez veces. En la década del 80 ya se han conquistado el mercado exterior colonial y el semicolonial. (El mercado europeo se abre recién en la década de 1820.)
El algodón que alimentará a la industria textil inglesa proviene de los Estados Unidos (se lo cambia por esclavos traídos del Africa) y, fundamentalmente, de la India. En esta última entran en crisis las industrias tradicionales de tejidos, se produce un proceso de "desindustrializa-

Robert Owen —cuya imagen se ve en el grabado— denunció las condiciones de explotación que la Revolución Industrial trajo para la clase obrera. El notable aumento de la población dio como resultado un excedente de mano de obra y la consiguiente baratura de la misma.

están formados y educados por las grandes líneas directivas existentes, y el carácter de las clases bajas en Inglaterra está actualmente formado principalmente por las circunstancias que imponen el trabajo, la industria y el comercio; el postulado vigente para los centros citados es el beneficio inmediato, al cual en gran parte todos los demás principios quedan supeditados.

Todos ellos están en la política de comprar barato y vender caro, y para tener éxito en este arte las partes deben aprender a dominar fuertes poderes de engaño, y en consecuencia se genera un espíritu a través de todas las clases de oficios que destruye esa sinceridad honesta, abierta, sin la cual el hombre no puede hacer feliz a sus semejantes ni tampoco disfrutar él mismo de la felicidad.

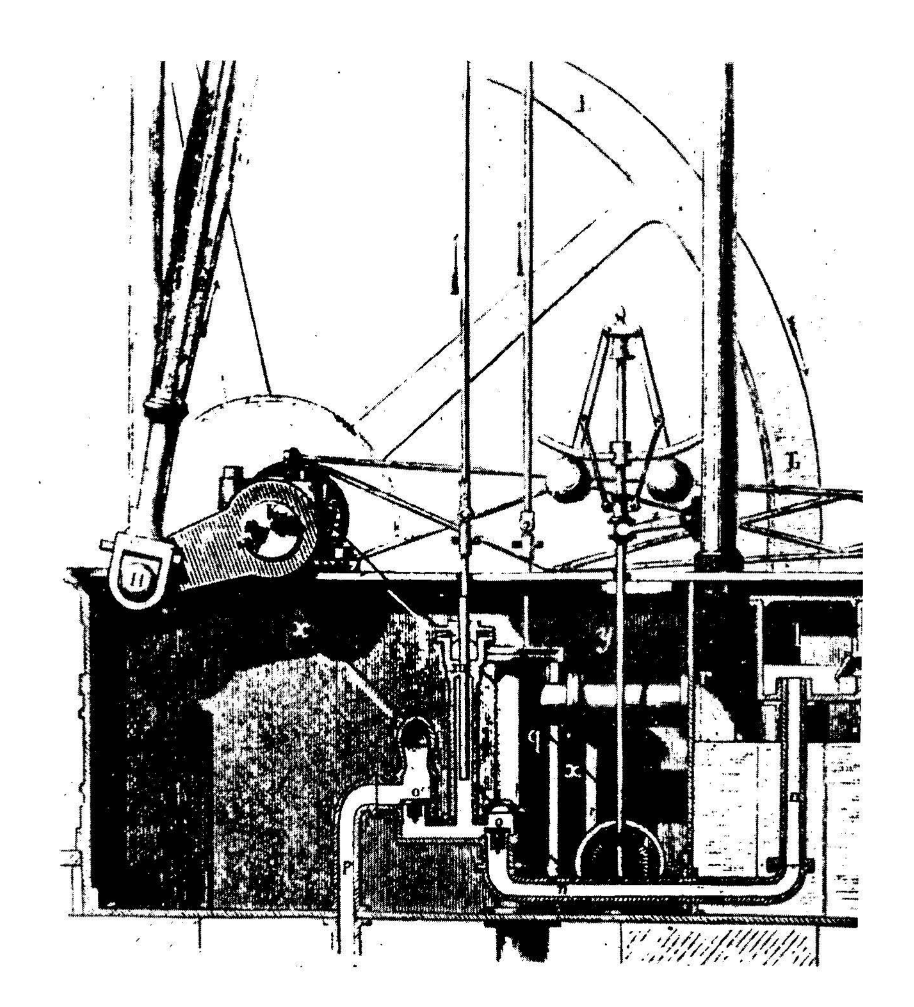
Hablando estrictamente, sin embargo, este defecto de carácter no debe ser atribuido a los individuos que lo poseen, sino al abrumador efecto del sistema bajo el cual han sido educados.

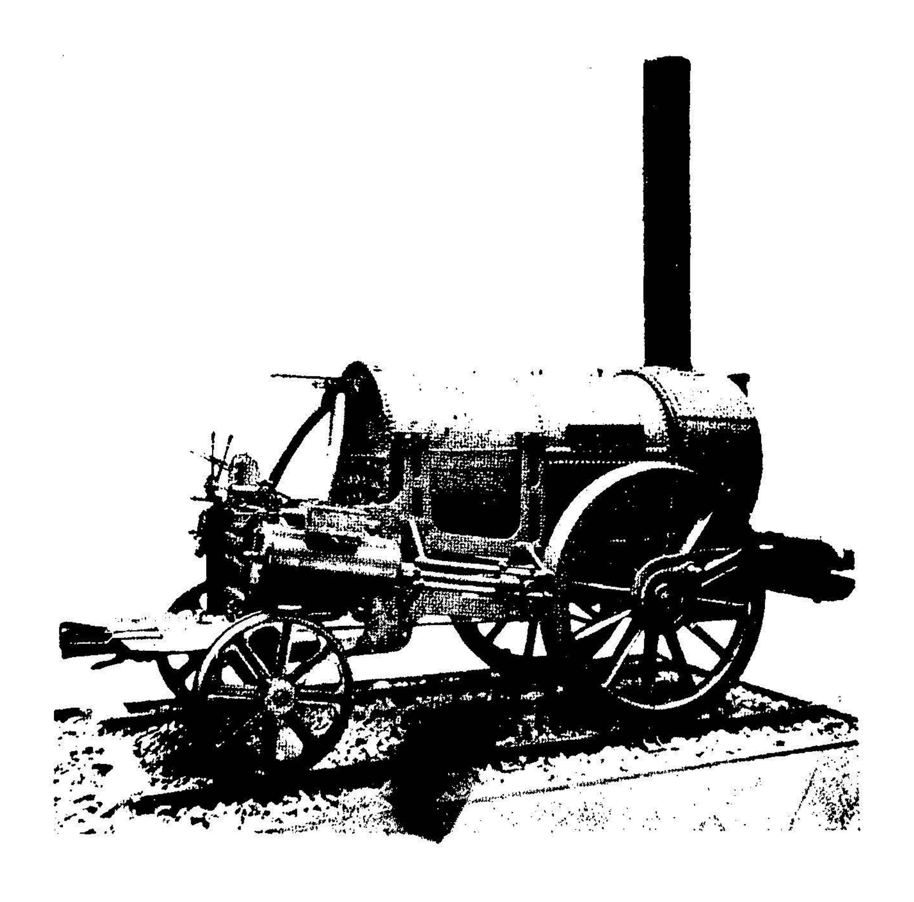
Pero los efectos de este principio de beneficio ilimitado son aún más lamentables en la clase trabajadora, aquellos que están empleados en las partes operarias de la industria; para éstos es muy perjudicial en salud y moral. Incluso hay padres que no dudan en sacrificar el bienestar de sus hijos por ocuparlos en trabajos para los cuales la constitución de sus cuerpos y mentes es muy inferior a la que podría ser bajo un sistema de previsión común y humanitario.

(Tomado de Robert Owen, *Observaciones sobre el trabajo manufacturero*, 1815.)



Quizá el más trascendente descubrimiento ocurrido en esta época haya sido el perfeccionamiento de la máquina de vapor, realizado por James Watt hacia 1765. Este símbolo de progreso —en la ilustración superior— fue aplicado a los barcos y permitió el desarrollo de los ferrocarriles. En la ilustración inferior se ve la locomotora con la que Stephenson ganó en 1829 el concurso para la línea Manchester-Liverpool.





ción", y la India pasa gradualmente a convertirse sólo en proveedora de materia prima. Esto ejemplifica uno de los muchos efectos que tiene la revolución industrial sobre las colonias, efectos que se analizarán en los capítulos pertinentes.
El aumento de la productividad y el acelerado desarrollo industrial se producen sobre la base de una serie de innovaciones técnicas revolucionarias, en gran medida concentradas en la segunda mitad del siglo XVIII. A su vez, el objetivo de aumento de la productividad, el crecimiento de los mercados, actúa como incentivo para el desarrollo tecnológico. La industria textil, la metalurgia, las comunicaciones van a cambiar radicalmente en pocas décadas.
Hacia 1765, James Watt, un mecánico encargado de conservar y reparar los instrumentos de física de la Universidad de Glasgow, perfecciona la máquina a vapor que Newcomen había aplicado, en 1712, al proceso de extracción del agua de las minas. La máquina a vapor será pronto aplicada a los barcos y permitirá el desarrollo del ferrocarril, que después de muchas experiencias cierra su primer ciclo con la locomotora con la que Stephenson gana en 1829 el concurso para la línea Liverpool-Manchester. En pocos años la nueva máquina ingresa también en la industria textil. Con ella crecen las fábricas, se produce un fabuloso aumento de la producción, el capital se acumula en manos de la burguesía industrial y se plasma el proletariado urbano en medio de la desocupación y de un régimen de explotación cada vez más intenso. La industria textil ya había sufrido modificaciones importantes antes de 1760, ya sea en el ramo del tejido, con la lanzadera volante que inventa en 1733 un tejedor y mecánico de Bury, John Kay, o en el del hilado, con la nueva hiladora de rodillos que diseñan Paul y Wyatt en la misma época. Los inventos que se producen en ambas zonas de la industria textil se influyen entre sí: la lanzadera facilita la fabricación del tejido y acrecienta la demanda de hilo, que comienza a escasear. Se busca entonces aumentar la producción de éste. Un cambio importante y de gran influencia lo va a constituir entonces la invención de un carpintero y tejedor de Blackburn, James Hargreaves, quien desarrolla la primera máquina de hilar práctica, la famosa *Jenny*, hacia 1764. Esta máquina permitía a la hilandera elaborar ocho hilos a la vez. Pocos años después Arkwright, "ese barbero panzudo de fláccidas mejillas muy sufrido y muy inventor" —al decir de Carlyle—, patentaba la primera máquina de hilado movida por fuerza hidráulica, la que daría a Inglaterra el poder del algodón". En realidad, la máquina, el "bastidor hidráulico", no la había inventado Arkwright, que se transforma en un poderoso industrial gracias a ella, sino Highs, a quien aquél se la había usurpado. Con la nueva máquina se obtenía ahora un hilo de torcido fuerte, utilizable para la urdimbre en lugar de lino, y que permitió un paso revolucionario: la fabricación de tejido de algodón barato. También con ella las hilanderas, que trabajaban en sus casas con la *Jenny*, debieron pasar a las fábricas. El trabajo domiciliado entra en crisis. Diez años después (1779) aparece otra máquina revolucionaria: la "mula" mecánica de Crompton, que combinaba los mecanismos de la *Jenny* con los del bastidor hidráulico. La "mula", movida a vapor, comenzará a realizar en las fábricas, en un día, lo que en 1760 realizaban 300 hilanderas. El cuadro se completa, en el ramo del tejido, con la creación en 1785 del telar mecánico elaborado por Cartwright.
La historia de estos inventos es compleja: largos períodos de prueba, frustraciones, robos, a veces pasan años antes de que se apliquen a la producción. Muchos de los que los elaboraron no eran hombres de ciencia sino artesanos que buscaban solucionar problemas que se le presentaban en su trabajo cotidiano, incentivados por la necesidad constante de aumentar la productividad. Muchos de ellos, al contrario de lo que pasó con sus inventos, murieron en la miseria y el olvido.
También se produjeron cambios importantes en la industria metalúrgica. Hacia 1708 Darby consigue convertir el carbón mineral en combustible útil, el coque, permitiendo así comenzar a reemplazar al carbón de leña, cuya escasez afectaba a la industria metalúrgica inglesa, obligada, a pesar de sus yacimientos, a importar hierro. Pero la utilización del coque recién se va a generalizar medio siglo después: en 1760 se lo comienza a emplear en los altos hornos. Otro paso importante lo realiza Henry Cort, que en 1783 crea el procedimiento del pudelado, el cual permite convertir el hierro en bruto en hierro maleable. Luego se perfeccionará en laminado. Estas y otras innovaciones hacen que aumente la industria del hierro, que se concentra cerca de los altos hornos y de los yacimientos, y que comienza a reemplazar a la madera y la piedra en la construcción.
A estos cambios, que permiten la revolución industrial, hay que sumar, en el caso de Inglaterra, la función que cumplió su peculiar y compleja red fluvial, la cual va a permitir un traslado más barato de los productos, especialmente los pesados, y la creciente activación del intercambio regional.

Los cambios sociales

Hasta que se produce la revolución industrial la mayor parte de la población inglesa es campesina. Vive de las tareas rurales y del trabajo industrial que realiza en sus hogares. Sólo una parte menor ha ingresado en los talleres manufactureros. El trabajo domiciliado coexiste en un principio con el sistema fabril, que crece a partir de la utilización en la producción de las máquinas ya mencionadas, pero con el aumento de la mecanización termina siendo desplazado. Artesanos y trabajadores domiciliados no van a poder competir con las máquinas. Deben entonces someterse al nue-

Este período se caracterizó no sólo por un gran crecimiento de la población en términos globales, sino también un notable cambio en la distribución de la misma. La población urbana pasó a ser ampliamente mayoritaria respecto de la rural. Esto creó, hacia 1820, graves problemas de vivienda que, aún hoy, distan de estar solucionados. El hacinamiento de los trabajadores industriales, la falta de luz, aire y condiciones higiénicas de sus viviendas fueron hechos constantes y demuestran claramente cuál era la situación de la clase obrera en la sociedad inglesa del siglo XIX.

vo sistema: emigran hacia las ciudades industriales, son definitivamente despojados de los medios de producción, se transforman en proletarios. A pesar del enorme crecimiento fabril se produce un exceso de mano de obra disponible. La competencia por el trabajo es dura; la desocupación, la inseguridad se transforman en pautas constantes. Todo esto permite a los industriales disminuir los salarios, que apenas alcanzan para subsistir. Crecen los barrios fabriles: calles estrechas, ausencia de desagües, enfermedades, promiscuidad, son las condiciones de vida para los millares de obreros que se concentran en Londres, Birmingham, Manchester, etc. Las nuevas máquinas desplazan a su vez a los obreros expertos, pues ahora realizan las tareas complejas que ellos efectuaban antes. Ingresan masivamente entonces en la producción las mujeres y los niños, con un régimen de superexplotación y con salarios aún más bajos. Sobre el sacrificio de ambos crecen la industria y los capitales.

Todo se transforma. La sirena de la fábrica marca un nuevo ritmo de vida junto con el comienzo de jornadas de labor que a veces superan las dieciséis horas. En ese trabajo el obrero se aleja cada vez más de lo que está produciendo. Se especializa en una sola operación repetida inagotablemente y bajo la presión de exigencias de rapidez y precisión.

Cambian entonces las relaciones sociales. Solo hay contactos entre iguales en ese mundo cada vez más multitudinario. La vieja relación de dependencia rural y patriarcal desaparece. Entonces, en medio de la explotación, de la larga jornada fabril, de los problemas creados por la desocupación, el nuevo proletariado cobra y asume su identidad, desarrolla su conciencia de clase. En el único punto donde queda un margen de libertad, en las tabernas adonde van los desesperados, aquellos que no encuentran salida, comienzan a realizarse también las reuniones clandestinas, embrión de las futuras asociaciones sindicales. Ahí se planearán las primeras huelgas importantes, aquellas en las cuales la clase obrera comienza una lucha hasta hoy ininterrumpida.

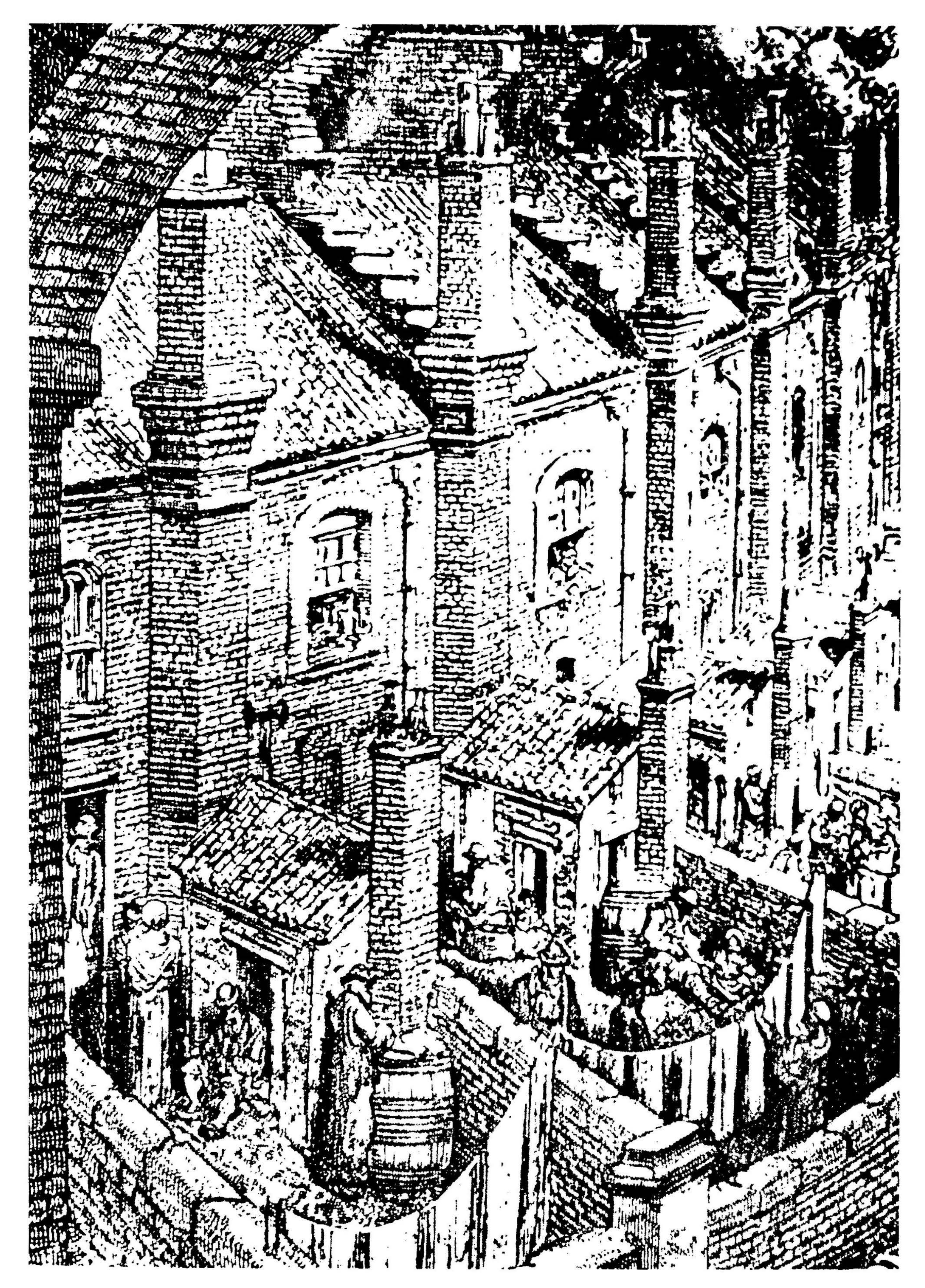
Con todas estas transformaciones crece también la burguesía industrial. Cada vez más poderosa, comenzará a reclamar los derechos políticos que no tiene, su lugar en el parlamento. A pesar de los antagonismos insalvables, zonas de la clase obrera se unirán a sus corrientes más radicalizadas, harán en parte suyos sus objetivos. Comienza ahí un trayecto complejo: en medio de alianzas circunstanciales, que casi siempre terminan sólo beneficiando a la burguesía industrial, se plasman también organizaciones que, si en gran medida son políticas, tendrán importancia para el desarrollo del sindicalismo y de las luchas obreras.

Los problemas laborales en el siglo XVIII

La forma típica de la protesta social inglesa durante el siglo XVIII fue la revuelta. Ella fue llevada a cabo especialmente por obreros de los astilleros y de las minas de estaño, por mineros de Kingswood, por tejedores de lana y de seda, etc. Estas revueltas estaban dirigidas contra los comerciantes de alimentos, contra los molineros, etcétera, en mayor medida que contra sus empleadores directos. Más que rebeliones laborales eran revueltas de consumidores. Pero también se dieron conflictos puramente laborales.

Las huelgas pacíficas

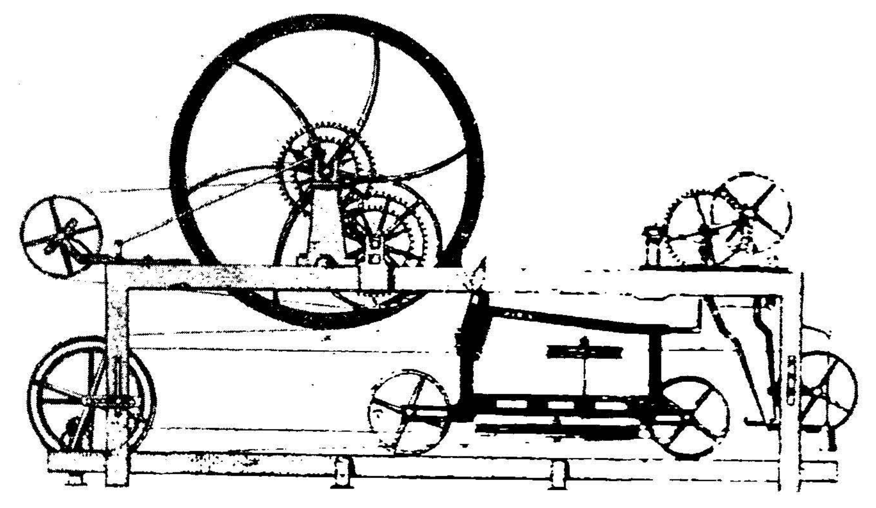
El simple abandono del trabajo fue una de las formas que adoptaron las protestas de origen laboral. En ellas se respetaban las personas de los empleadores y sus propiedades, pero se juzgaba duramente a los rompehuelgas. Como no existían or-

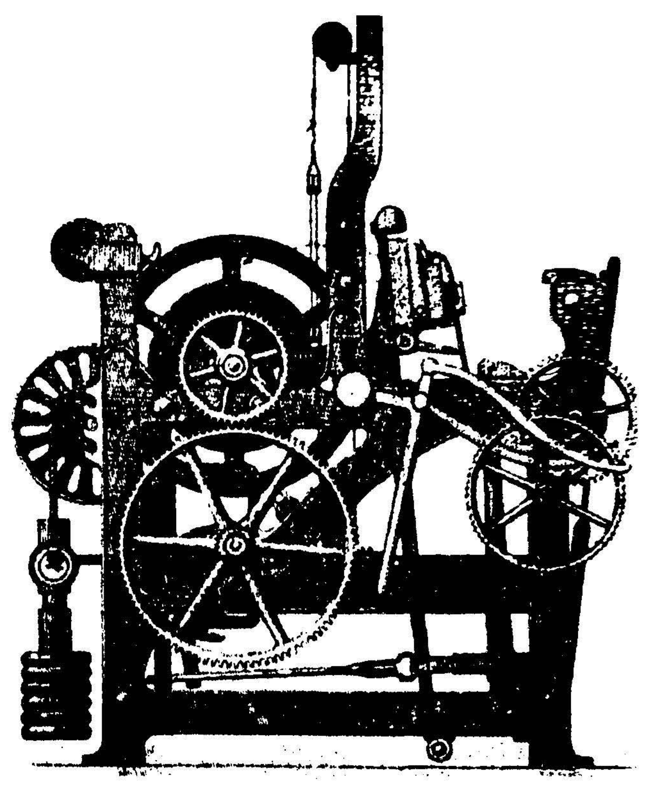


Inventos en hilados y tejidos

Fecha	*Hilado*	*Tejido*
1733		Lanzadera volante de John Kay.
1738	Hiladora de rodillos de L. Paul y J. Wyatt.	
1764	Torno de hilar de James Hargreaves.	
1779	Hiladora mecánica de Samuel Crompton (mula); combinación de torno y la hiladora hidraúlica.	
1785		Telar mecánico de Cartwright.
1803		Telar mecánico perfeccionado por Radcliffe y Johnson.
1827		Telar automático de Richard Roberts.

La industria textil se transformó rápidamente con el advenimiento de la máquina. Entre las muchas innovaciones aplicadas a este ramo fueron de especial importancia la "mula" de Crompton y el telar mecánico de Cartwright.





ganizaciones para sostener por un tiempo largo a los huelguistas, la huelga que no se ganaba rápidamente se perdía. En 1750 los transportistas de carbón de Newcastle y en 1751 los sastres londinenses paralizaron sus trabajos. Huelgas largas en este caso, pero sin actos violentos. En 1753, los carpinteros, ebanistas y albañiles realizaron una huelga exigiendo mejores salarios. En 1758, en Manchester 10.000 trabajadores también recurrieron a la huelga y llegaron a organizarse de manera tal que pudieron reunir fondos para pagar la defensa de los compañeros presos. En 1765 paralizan su trabajo los marineros y los mineros de carbón del Noroeste. Estos movimientos se tornaron más frecuentes luego de la revolución industrial. La primera gran huelga de obreros fabriles, organizada de acuerdo con las pautas modernas, fue la de los hilanderos del algodón de Manchester, en 1810. Varios miles de hombres se distribuyeron entonces el fondo de huelga, que ascendió a mil quinientas libras esterlinas por semana.

Las peticiones

El antiguo estatuto isabelino de los artesanos disponía que los salarios fuesen determinados por los jueces de paz de los condados. Esta práctica persistía: era frecuente que se dirigieran peticiones al parlamento, al rey o a los magistrados solicitando el alza de los salarios. Así lo hicieron los sastres, quienes obtuvieron en 1721 que el parlamento autorizara a los magistrados a regularles. los salarios y las horas de trabajo. Más tarde, en 1768, los marineros marcharon hacia Palacio "con banderas desplegadas, redoblando sus tambores y al son de sus pífanos" para pedirle al rey Jorge III un aumento de salarios. En 1773 varios gremios de Londres realizaron un movimiento combinado, pero los magistrados prohibieron la marcha por temor a los desórdenes. A pesar de esto, los peticionantes consiguieron ciertos beneficios. Estos métodos eran apropiados para la capital, donde las organizaciones más fuertes podían obtener apoyo del parlamento, pero para las provincias se tornaban absolutamente ineficaces. Por otra parte, el sistema todavía vigente de las industrias rurales domiciliadas dificultaba, por la dispersión de los trabajadores, la formación de asociaciones que defendieran sus intereses.
La transferencia de huelgas y peticiones llevó al parlamento a prohibir las asociaciones de trabajadores. En 1721 fue prohibida la de los sastres; en 1726, la de los obreros de la madera; lo mismo ocurrió con las de los trabajadores de la seda, del hilo, del algodón, etc. Finalmente las *Combinations Acts* (leyes de asociaciones) prohibieron todas en 1799. Con el desarrollo de las organizaciones obreras se desarrolla también, tempranamente, la represión. Esas organizaciones pasan a ser entonces secretas, esporádicas y de corta vida. Las huelgas pacíficas y las peticiones perdieron eficacia y las acciones de violencia tendieron a convertirse en regla.

Huelgas y actos de violencia

Los trabajadores comenzaron entonces a unirse para "presionar" sobre sus empleadores destruyendo sus casas, sus talleres, sus molinos... Ya en 1738 los tejedores y esquiladores de Wiltshire logran imponer sus condiciones luego de atacar los domicilios de sus patrones. Lo mismo hacen los obreros del tejido de Londres en 1739, y luego los fabricantes de clavos, los obreros toneleros de Liverpool, que llevan por la calle a un maestro empujándolo con una pértiga, y los marineros de dicho puerto, que desfilan esgrimiendo "cañones, pistolas, mosquetes, garrotes, palos, piedras, ladrillos y otras armas ofensivas". El puerto de Londres se paraliza en 1768: los cargadores de carbón, en su mayoría católicos, piden un aumento de salarios. A éstos se suma el conflicto entre dos patrones cargadores. Uno de ellos pone un aviso invitando a los deseosos de trabajar a presentarse en su oficina. Entonces uno de sus empleados es sitiado y atacado por los huelguistas en una cantina, que quedó destrozada. Al día siguiente vuelven a atacarlo en su casa, de donde huye finalmente por los techos dejando dos muertos en la calle. Siete cargadores son colgados en la plaza frente a una multitud de 50.000 personas rodeada de soldados y guardias civiles. Hechos como estos se repiten durante la huelga.
Estos ataques no eran los más comunes, pues en general ellos se dirigirán más contra los talleres y las máquinas que contra las personas, y tienen su paralelo en las revueltas de hambre de la misma época. Ambas formas de acción directa, de pequeños productores y de pequeños consumidores, se dan durante un largo período, que va desde 1763 a 1831. Los ataques tenían como objetivo la protesta contra la baja de los salarios o el alza de los precios y también contra las nuevas máquinas. En las primeras etapas de la revolución industrial, enfurecidos hilanderos destruyeron, en 1779, las máquinas de hilar hidráulicas de Arkwright en los talleres de Chorley. También fueron atacados los molinos de algodón en Leeds y en otras localidades. Más tarde, quinientos aserradores destruyen parcialmente al aserradero mecánico instalado por Dingley en Londres. Dingley declara entonces ante la justicia:
"Me dijeron que el aserradero estaba trabajando cuando miles de ellos carecían de pan. Yo les expliqué entonces que el aserradero no realizaba un trabajo que pudiera perjudicarlos o privarlos de recibir algún beneficio. Luego quise saber quién era su jefe, para hablar con él. Conversé con él y le expliqué que el aserradero no había perjudicado a los aserradores. El dijo que podía ser así, en parte, pero que los perjudicaría más adelante, si no lo había hecho hasta entonces; y se declararon re-

sueltos a echar abajo el aserradero, como efectivamente hicieron".
Esta es ya una revuelta como las que van a llevar a cabo los luddistas más tarde, una revuelta cuyo objetivo es la destrucción de las maquinarias, pero no es lo común en esta época del XVIII. La destrucción de las máquinas en este siglo se hace generalmente para ejercer presión sobre los empleadores, para conseguir más salario, o más empleo, pero no tiene todavía el carácter sistemático claramente dirigido contra ellos que vendrá especialmente en los años que van de 1811 a 1817.

Los corta 'es de telares

Mención aparte merecen, por su importancia, las frecuentes revueltas que protagonizaron los obreros del tejido: obreros de la seda, de la industria domiciliada del algodón, hilanderos, tundidores, etc. El recurso que utilizaban para expresar sus protestas era el corte de los telares. Las acciones más constantes y violentas son las que llevan a cabo diversos grupos de tejedores de Londres. Estas rebeliones tienen una historia compleja, como muchas de la época. Varias veces se aliaron maestros y tejedores para impedir la entrada de sedas de Francia o para ir con peticiones al parlamento, pero la mayoría de las veces los obreros accionaban contra los maestros y comerciantes exigiendo una mejor paga por el trabajo a destajo.
Los conflictos se intensifican en la década de 1760. En octubre de 1763, a causa de desacuerdos sobre los salarios, 2.000 jornaleros tejedores, disfrazados de marineros y armados, penetraron en las casas de los obreros que no se les habían unido, hirieron a varios y destruyeron sus telares. Los "cortes de telares" se habían convertido por entonces en una forma común de represalia, a tal punto que el parlamento hizo que el "corte" fuera considerado como delito grave. Más tarde, nuevos conflictos se desencadenaron entre los tejedores del telar "angosto" y los operarios del telar mecánico, importado desde Holanda, y entre ambos y los maestros que habían reducido el pago por yarda. En agosto de 1768 los tejedores de Spitalfields se levantan en masa y destruyen gran cantidad de telares de seda. Se aprueban entonces nuevas listas de precios, pero los jueces se niegan a refrendar el acuerdo entre operarios y maestros, y éstos rompen esos acuerdos. Los tejedores se habían organizado y formaron comités para las diferentes ramas del oficio; llamaban a su empresa "el Desafío Temerario". Concretaron un fondo de huelga haciendo poner de 2 a 5 chelines por telar. Los miembros de los diferentes comités se reunían en las tabernas, adonde debían concurrir disfrazados y armados. Habían llegado a conseguir que los maestros tejedores efectuaran un pago por cada telar, contra el cual le extendían un recibo. Pero en 1769 los ataques de los "cortadores" arreciaron. Los maestros recibían amenazas y muchas veces debían huir de sus talleres. La víctima más importante fue Lewis Chauvet, de Spitalfields. Mil quinientos tejedores rodearon su casa cuando se negó a contribuir a los fondos del comité y cortaron setenta y seis telares de pañuelos.
Entonces las autoridades tomaron medidas. Fueron acuarteladas tropas en Spitalfields. Los maestros, dueños de los telares, pagaban su manutención y alojamiento. Los posaderos que permitían reuniones de los comités de "cortadores" fueron amenazados con la pérdida de sus licencias. Pese a la oposición de los radicales, el Ayuntamiento decidió dar un gran escarmiento: en diciembre de 1769 dos de los cabecillas de los "cortadores" fueron ahorcados ante la presencia silenciosa de una gran multitud de tejedores. Este episodio marcó el fin del conflicto, sin que los tejedores de la seda obtuvieran la solución de sus problemas. En 1773 había en Spitalfields y otras localidades doce mil tejedores desocupados. Al fin, ante nuevas revueltas y peticiones, el parlamento promulgó la Ley de Spitalfields por la cual se autorizaba a los magistrados a fijar los salarios y a exigir su cumplimiento.
Los tejedores crearon entonces una organización que se llamó "Unión", y fue a través de este cuerpo que obreros y maestros comenzaron a presentar sus pleitos ante la justicia. Las tarifas se fijaban a través de este organismo, periódicamente. Una nueva forma de negociación que anticipa los procedimientos de arbitraje de épocas posteriores.

Los trabajadores: las luchas políticas y sindicales

Durante las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX la clase obrera inglesa, en constante expansión, pasa por etapas que en otros países se cumplirían mucho más tarde.
Después de las luchas que se producen en Inglaterra en el siglo XVII se consolida y queda en una posición política muy firme el partido *whig*, representante de la alianza entre importantes familias terratenientes y los principales grupos de la burguesía comercial y financiera de Londres y de otras ciudades de Inglaterra. Durante casi cien años la política se convierte en una batalla entre los diversos sectores de la clase dominante, *whigs* y *tories*, por la obtención de mayores privilegios.
Los siglos XVII y XVIII son de progreso ininterrumpido para el capitalismo, mientras una clase obrera incipiente comienza a crecer en el marco del desarrollo de algunas industrias y en algunas zonas. Gran parte de la producción industrial se hace todavía, como ya se ha visto, mediante el sistema rural domiciliado, en los talleres manufactureros o según las viejas pautas artesanales. La industria textil lanera, que después de la agricultura era la que empleaba más mano de obra, es a media-

Los "cortadores" de telares

El *Gentleman's Magazine*, la precursora de las revistas recreativas, informó a sus lectores el 30 de noviembre de 1767:

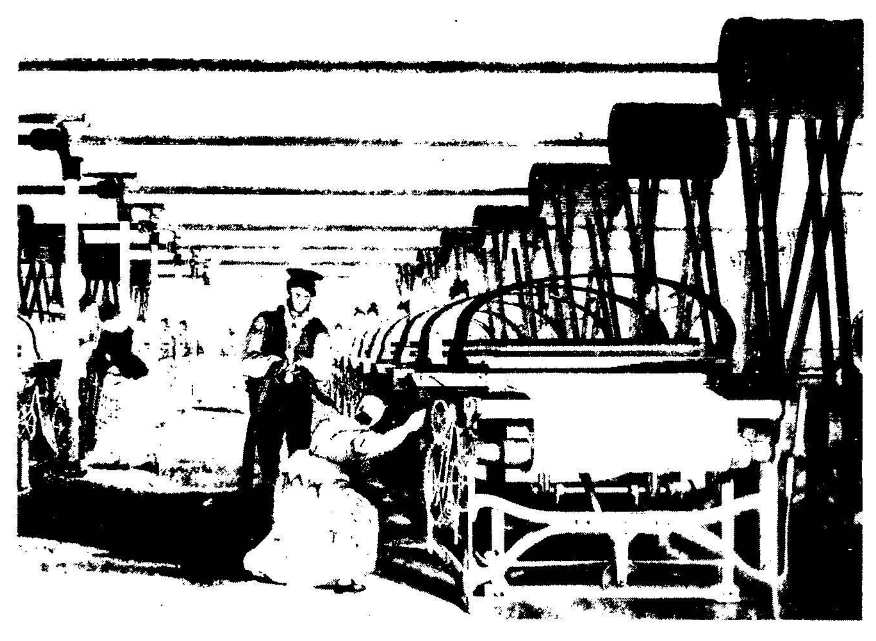
"...un grupo de tejedores, armados con espadas herrumbradas, pistolas y otros objetos contundentes, se reunieron en la casa de Saffronhill con la intención de destruir el trabajo de los telares de un eminente tejedor, próximo a aquel sitio, pero afortunadamente fueron dispersados sin grandes daños. Algunos fueron aprehendidos y, al ser interrogados ante los jueces en Hick-hall, se descubrió que dos clases de tejedores se habían reunido para hostigarse mutuamente: los tejedores de telar angosto y los de telar mecánico. Se suponía que los tejedores de telares mecánicos eran ruinosos para los de telar angosto porque, por medio de sus máquinas, uno solo de ellos podía hacer en un día tanto como seis de los otros, y la misma clase de trabajo, igualmente bueno; por tal razón los obreros de telar angosto estaban decididos a destruirlos."

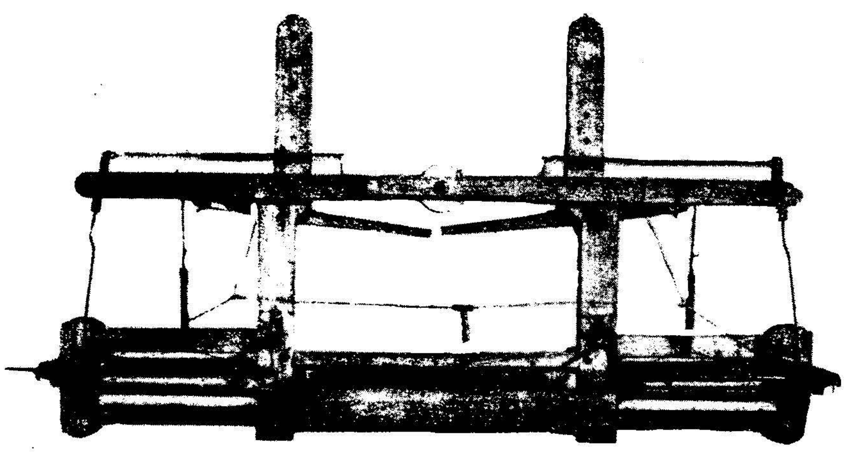
Ocho meses después, el 26 de julio de 1768, aparece en el *Annual Register* la siguiente información:

"...un gran número de personas encolerizadas, armadas de pistolas, alfanjes y otros objetos contundentes, y disfrazadas, se reunieron alrededor de las doces de la noche... y entraron en las casas y talleres de varios tejedores de Spitalfields y de los alrededores... y cortaron y destruyeron los tejidos de seda que estaban haciéndose en nueve telares diferentes."

(Ambos textos son transcriptos por G. Rudé, ver bibliografía.)

Los adelantos técnicos llevaron a Inglaterra a convertirse en la más importante productora textil del siglo XIX. La ilustración superior muestra un taller de hilandería en 1835. La inferior, la lanzadera volante inventada por Kay en 1733.



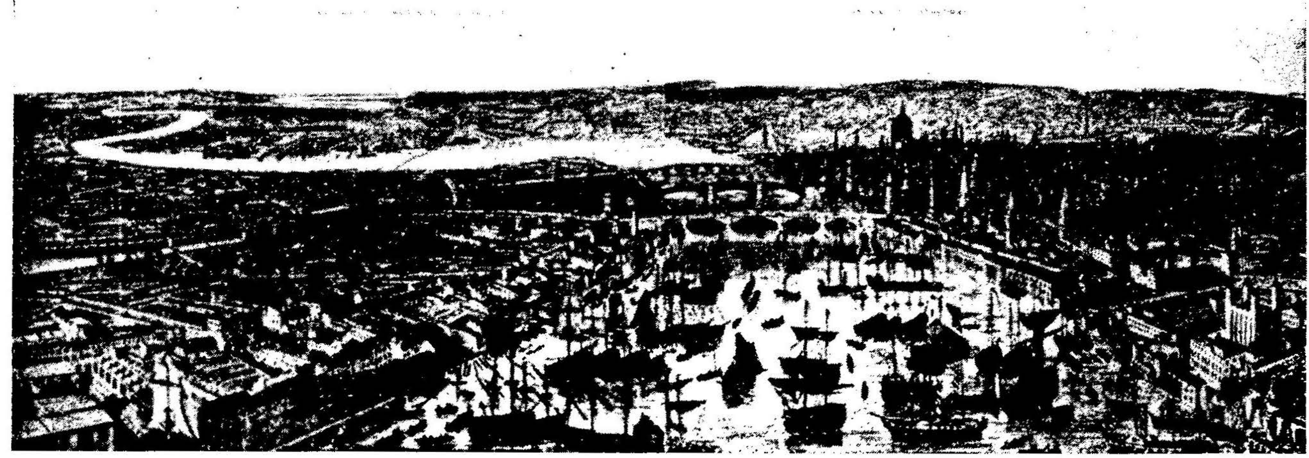


Salarios bajos, largos e ininterrumpidos horarios de trabajo. Y después, el retorno a sórdidos tugurios, superpoblados y privados de elementos higiénicos. Ilustración superior: "La miseria de las ciudades", grabado de Gustavo Doré. En el grabado inferior: Londres hacia 1820.

dos del siglo XVIII una industria fundamentalmente manual. Cuando, a partir de 1760 y durante las décadas posteriores comienzan a introducirse en la producción los diversos tipos de máquinas, cada vez más complejos y cada vez con mayor poder de producción, entran en crisis, crisis catastróficas muchas veces, determinados grupos de trabajadores: los tejedores de lana y de algodón, los calceteros de Leicester, los cuchilleros de Sheffield, los productores de clavos de Black Country.
Al mismo tiempo que se produce esto el prolongado equilibrio político, antes mencionado, llega a su fin. Ante la presión de nuevas fuerzas políticas, como las que expresan a la creciente burguesía industrial, se conmueve, como lo señalara Marx, la "alianza permanente entre la burguesía y la mayoría de los grandes terratenientes". Durante la primera época del reinado (1760-1820) de Jorge III surgen los nuevos tories, cuya figura central es Pitt. Los grupos más conservadores actualizan su política, apoyan al rey y comienzan a presionar sobre el ya corrompido parlamento.
Mientras se producen estos procesos los trabajadores manuales y los nuevos obreros industriales comienzan a poner en tela de juicio las viejas ideas de que la política era algo que concernía exclusivamente a las clases privilegiadas. El descontento y la protesta popular van a seguir diferentes caminos, muchas veces interrelacionados entre sí: la adhesión al rigor y la moral de una de las variantes del protestantismo, el metodismo; las alianzas en las luchas políticas con los sectores radicalizados de la burguesía; los intentos de organización de clase que van a permitir el desarrollo del sindicalismo.
Las tensiones se intensifican a partir de 1760. Las guerras coloniales provocan diversos tipos de crisis, que se van a sumar a los procesos señalados. Los precios, hasta ese momento estables, comienzan a subir, y baja el salario real. Los trabajadores menos especializados son los que se sienten más perjudicados por esta situación, entre ellos los portuarios y los carreteros. Ellos serán los que apoyarán a un burgués radicalizado, John Wilkes, en sus luchas políticas.

Wilkes y los comienzos del sindicalismo

Hijo de un rico mercader, John Wilkes comenzó su carrera política atacando desde su diario, el *North Briton,* al rey Jorge III y transformándose en paladín de las libertades civiles fundamentales. Pronto se convirtió en el líder de las masas de Londres, que apoyaban su movimiento de reforma democrática. Fue muchas veces perseguido y encarcelado. En una de esas ocasiones, el 10 de mayo de 1768, una multitud se reunió para exigir su libertad. La represión de la manifestación provocó seis muertos y muchos heridos. A raíz del suceso se produjo una conmoción en Londres sin precedentes, que se extendió por los condados próximos. Cargadores, portuarios, carpinteros, sastres, etc., declararon entonces la huelga.
Wilkes organizó la campaña electoral de 1774 a partir de un programa que defendía un sufragio más equitativo y la defensa de los derechos populares en Inglaterra, Irlanda y América. El movimiento radical que dirigía obtuvo, pese al reducido número de electores que pudo apoyarlo (dado que los votantes eran sólo aquellos que poseían determinada fortuna), doce miembros en el parlamento. La influencia política de Wilkes duró hasta 1780, época en que se produjo la ruptura entre sus partidarios y las masas londinenses, pero la política reformadora continuó vigente. La mayor parte de los políticos se presentaban como reformadores. Uno de ellos, Cartwright, publicó en 1776 un folleto titulado *Take Your Choice (Elija)* en el que se esbozaba por primera vez el programa que habría de inspirar a todo el movimiento popular durante setenta y cinco



Los peinadores frente a la máquina de Cartwright

En 1794 los peinadores de lana elevan un petitorio al Parlamento criticando el uso de la máquina de peinar de Cartwright. He aquí el texto:

"*Petición.* Los peticionarios siempre han sido considerados como miembros útiles de la sociedad, que se ganan la vida con su trabajo, sin recurrir a la asistencia parroquial, mucho más que ninguna otra categoría de obreros equivalentes en número. Pero la invención y el uso de la máquina de peinar lana, que tiene por efecto reducir la mano de obra de la manera más inquietante, les inspira el temor serio y justificado de convertirse, ellos y sus familias, en una pesada carga para el Estado. Hacen constar que una sola máquina, vigilada por una persona adulta y servida por cuatro o cinco niños, efectúa tanta labor como treinta hombres trabajando a mano según el antiguo método. Las razones invocadas en favor de las máquinas empleadas en otras industrias, tales como la industria del algodón, la de la seda, el lienzo, etc., no se aplican a la industria de la lana porque aquellas pueden procurarse materias primas en cantidad casi ilimitada, lo que les permite desenvolverse y emplear un número de personas igual o superior (al que empleaban antes de la invención de las máquinas), mientras que esta no dispone más que de una cantidad determinada de materia prima, apenas suficiente para ubicar a los obreros de tal industria sin cambiar nada de los procedimientos antiguos. La introducción de la citada máquina tendrá como consecuencia casi inmediata el privar de sus medios de existencia a la masa de los artesanos. Todos los negocios están acaparados por algunos empresarios poderosos y ricos y, tras un corto período de lucha, el provecho adicional producido por la supresión del trabajo manual pasará a los bolsillos de los consumidores extranjeros. Las máquinas cuyo uso deploran los peticionarios se multiplican rápidamente en todo el reino, haciéndoles ya sentir cruelmente sus efectos: un grupo de ellos están sin trabajo y sin pan. Con el dolor y la angustia más profunda ven acercarse el tiempo de la miseria en que cincuenta mil hombres con sus familias, privados de todo recurso, víctimas de acaparamiento lucrativo para algunos de sus medios de existencia, se verán reducidos a implorar la caridad de las parroquias."

(Transcripto del *Journal of the House of Commons*, vol. XLIV, por Paul Mantoux, ver bibliografía.)

años: sufragio universal, voto secreto, igualdad en la representación, renta para los miembros del parlamento.

En este contexto se fundan varias sociedades políticas de algunas de las cuales, como la "Society of the Bill of Rights" (Sociedad de la Federación de Derechos), saldrían, a pesar de sus componentes burgueses y de su existencia muchas veces efímera, los partidos políticos de la clase obrera.

La lucha política se acentúa y con ella la utilización de viejas y nuevas armas: la prensa popular y los folletos; las grandes reuniones públicas, cuidadosamente organizadas en Londres y en las más importantes ciudades. Oradores bien instruidos iban de ciudad en ciudad sosteniendo que los miembros del parlamento debían ser representantes del pueblo y no simples individuos desconectados de sus electores y de las necesidades públicas.

Estos grupos estaban formados y dirigidos por burgueses de la nueva burguesía industrial, que, excluidos de la oligarquía *whig*, exigían su parte en el ejercicio del poder político a través de su programa democrático de reforma parlamentaria. Pero también se adhirieron a este programa radical, a través de relaciones siempre cambiantes, las masas no privilegiadas de la población: los artesanos y los obreros de las nuevas industrias. Sus objetivos, aparentemente coincidentes, facilitaron alianzas móviles y contradictorias, por lo menos hasta los años inmediatamente posteriores a la Revolución Francesa. Es entonces cuando la burguesía, asustada por el giro que tomaban los acontecimientos en Francia, y ante una posible imitación por parte de los trabajadores ingleses de lo que está sucediendo allí, retrocede en busca de otras alianzas.

Los comienzos del sindicalismo

Poco se conoce sobre los orígenes del sindicalismo moderno. La literatura de la época se re-

fiere muy poco a él y sólo lo hace para desaprobarlo. Pero a medida que la actividad industrial avanzaba y se desarrollaba el capitalismo, a medida que el obrero se alejaba del control de los medios de producción y se establecía el tipo de relación empresario-asalariado, fue creciendo también la actividad sindical.

Hacia fines del siglo XVIII hay ya muchas pruebas de actividad sindical en los pequeños talleres que se fueron desarrollando dentro del esquema capitalista, generalmente en pueblos compactos donde la mayoría de la población trabajaba en la misma industria y a veces para un solo capitalista. Esta organización del trabajo permitió la asociación y la unidad de acción. Ya se ha visto cómo las huelgas y las revueltas habían sido dirigidas por una organización primitiva que actuaba con gran energía y valor, pero que no podía mantener, por razones económicas, mucho tiempo su movilización. Ahora aparecerá otro tipo de organizaciones.

Una de las primeras organizaciones avanzadas fue la de los cardadores de lana de Leicester, especie de corporación que atendía a los compañeros más pobres y sin trabajo. Contaba con un fondo proveniente de los pequeños aportes de los socios. Llegaron a tener fuerza suficiente como para impedir que se empleara a cardadores no pertenecientes a la asociación.

Las asociaciones gremiales empezaron como agrupaciones muy pequeñas, compuestas por miembros de un mismo oficio, en una sola localidad o ciudad. Frecuentemente eran sociedades de amigos o "clubes sociales", pero servían para concertar acuerdos sobre cómo exigir aumentos de salarios o mejoras en las condiciones de trabajo. Al mismo tiempo actuaban como cobertura ante las leyes que reprimían las conspiraciones y las asociaciones.

Estos clubes llegaron a unirse y formar confederaciones, como sucedió con los sombrereros de Londres, quienes se hallaban, en 1771, en conexión con los sombrereros de más de doce provincias.

Los constructores de navíos de Liverpool y los cuchilleros de Sheffield se contaban también entre los grupos mejor organizados en 1790. Sus patrones ven con malos ojos todo esto y frecuentemente se quejan de "los afiladores de sierras y otros obreros que forman asociaciones legales para subir el precio de la mano de obra".

Se les iba imponiendo a los trabajadores la necesidad de una acción política. El abierto favoritismo de la ley y de los magistrados hacia los patronos llevaba a los trabajadores a la conclusión de que el estado estaba en manos de los enemigos de su clase. Así fue creciendo la convicción de que era necesaria una reforma parlamentaria que les permitiera participar en el control del Estado.

El nuevo radicalismo

La influencia de la revolución norteamericana (1775-1783) sobre el movimiento obrero inglés fue considerable, pero la de la Revolución Francesa fue decisiva. Para la aristocracia inglesa estos acontecimientos, vistos como una fatalidad, representaron el fin de su poder incontestable y la decisión de terminar con sus querellas internas a fin de sobrevivir. El gobierno de Pitt y de sus sucesores representa esta línea política.

La burguesía industrial, que todavía no había alcanzado el poder político, estuvo en un principio de parte de la Revolución Francesa, pero cuando el jacobinismo subió al poder, cuando los campesinos se apoderaron de las tierras y los jacobinos se aliaron con los obreros, la burguesía inglesa se volvió hacia Pitt y apoyó su declaración de guerra a la República Francesa. Entonces los únicos que siguieron apoyando a la revolución fueron los trabajadores y artesanos ingleses y con ello asumieron, por vez primera, una línea política propia.

Aparecieron en ese momento varios libros que enjuiciaban los hechos franceses. Pero fue el libro de Tom Paine, *Los derechos del Hombre* (1791), el que tendría un enorme éxito. Defendía Paine la independencia norteamericana y los acontecimientos de Francia, y junto con ello el republicanismo, y atacaba duramente a la monarquía inglesa. A pesar de ser prohibido, el libro se convirtió en el manual universal del movimiento obrero. Fue traducido al galés y al céltico y se vendieron 200.000 ejemplares. Paine hablaba con odio y desprecio de los abusos de los privilegiados y mostraba cómo un gobierno democrático podía, mediante una administración honesta, abolir impuestos y asegurar la instrucción y un gran número de servicios sociales. Sus ideas tendrían pronto eco.

Las primeras organizaciones radicales de los trabajadores

En enero de 1792 ocho hombres, reunidos en la taberna de La Campana, decidieron crear la *London Corresponding Society* (L.C.S.). Su cuota fue fijada en un penique por semana, lo cual, a diferencia de las asociaciones burguesas, la hacía accesible a los trabajadores. Thomas Hardy, zapatero escocés, gran organizador, fue su primer secretario y tesorero. La sociedad se organizó en grupos de treinta miembros. A fines de 1792 la *Corresponding Society* contaba con 3.000 miembros. Los objetivos básicos de su programa eran la obtención del sufragio universal y de la igualdad en la representación, pero pedían además un parlamento honesto, el fin de los abusos con los ciudadanos humildes y que se acabara con las pensiones que el parlamento otorgaba a los miembros de las clases dirigentes. Querían esclarecer al pueblo, explicar por qué después de trabajar un hombre durante trece o catorce horas diarias no podía mantener a su familia. Abogaban también por la disminución de los impuestos y por la entrega de las tierras comunales

En la página izquierda: "Los barrios bajos".

En la página derecha: arriba, un taller de costura en 1862; abajo, una manifestación por los derechos humanos en 1831 y un busto de Thomas Paine, eficaz defensor de la clase obrera.




RIGHTS
MAN



La organización de los cardadores de Leicester vista por sus patrones

"...se habían erigido desde hacía varios años en una especie de corporación (aunque no tuvieran estatuto); el pretexto era atender a sus compañeros más pobres, enfermos o sin trabajo; a este efecto se reunían una vez o dos por semana, entregaba cada uno dos o tres peniques para establecer un fondo de solidaridad y cuando llegaron a ser bastante fuertes impusieron reglas a sus patrones y a ellos mismos, a saber: que ningún patrón debía emplear un cardador que no perteneciera a la asociación: si lo hacía, todos los asociados dejaban de trabajar para él, y si empleaba veinte, obligaban a marchar a todos y a menudo no se contentaban con ello; insultaban al honesto trabajador que quería trabajar, lo golpeaban violentamente, destruían su telar y herramientas de trabajo; pueden sostenerse mutuamente mejor gracias a que su asociación se extiende por todo el reino. Y a que se puede utilizar la cuota que recaudan más bien para estimular el ocio que el trabajo, pues si un asociado quedaba sin trabajo le dan una nota y dinero para que vaya a buscar trabajo a la ciudad más próxima donde hay una asociación de solidaridad; esta le asegura también la subsistencia, de forma que puede dar la vuelta al reino sin gastar un solo centavo de su bolsillo ni mover un dedo para trabajar. Este sistema ha sido imitado por los tejedores, pero no se extiende a todo el reino, sino que está limitado a cada ciudad."

(*A Short Essay upon Trade*, 1741.)

Una reunión obrera hacia 1800

"Cada uno tenía delante su media pinta de cerveza negra; muchos hombres hablaban al mismo tiempo y el ruido y la confusión eran tales que hacían pensar que se trataba de charlatanes más que de pensadores, de oradores más que de oyentes. De pronto se pedía 'orden' y se hacía un silencio relativo; un orador ajeno al local era anunciado con mucha ceremonia. 'Escuchad, escuchad, escuchad', se oía en medio de los aplausos y de los golpes sobre las mesas que hacían saltar las medias pintas; entonces venía un discurso encomiástico para algún otro orador o un popular hombre de Estado; a continuación una resolución a favor de la reforma parlamentaria, apoyada por un discurso; después una enmienda sobre algún punto secundario, apoyada por otro discurso; se rompía el orden por algún individuo exaltado; media docena de asistentes se levantaban para hacerle entrar en razón; una docena más se levantaba a la vez para hacer sentar a los anteriores, y las vociferaciones y las gesticulaciones se hacían extremadamente ruidosas creando una gran confusión."

(De la autobiografía de Samuel Bamford, *Passages in the Life of a Radical*, vol. 1.)

a los campesinos. Pronto otras importantes asociaciones de trabajadores se unieron a la *L.C.E.*, la cual fue considerada como el organismo central y director de una federación con características bastante flexibles.

El nuevo radicalismo de la clase obrera sembró el pánico en el gobierno. La reacción no se hizo esperar. Una muchedumbre dirigida desde el poder atacó al grito de "por la Iglesia, por el rey" los domicilios de varios burgueses radicales que apoyaban el movimiento obrero. Se amenazó luego a los dueños de locales públicos donde se reunían los obreros, se persiguió a Tom Paine, quien debió huir a Francia. Se practicó luego una ofensiva general contra los impresores de diarios y panfletos "sediciosos". Surgieron entonces para "preservar la libertad" las asociaciones contra los republicanos y los "niveladores". Las clases dominantes comienzan así a elaborar, bajo el mito de la defensa de la libertad (o de "mundo libre", después), armas ideológicas destinadas a negar justamente la libertad a la clase obrera.

El aparato represivo del Estado comienza entonces a perfeccionarse. Se utilizan sistemáticamente espías y agentes provocadores. Se contratan mercenarios extranjeros, especialmente alemanes. Se construyen cuarteles para aislar al ejército de la población civil; se crea la guardia a caballo, fuerza armada de la clase dirigente, y nuevas fuerzas policiales. Todo esto es acompañado por la promulgación de leyes que prohíben las asociaciones. En medio de este proceso la clase obrera toma mayor conciencia de su situación y la lucha de clases se intensifica.

En mayo de 1794 son detenidos los dirigentes de la *L.C.S.* y los de otras asociaciones similares. Luego de ser maltratados cruelmente (a uno de los detenidos, John Thelwal, se lo encierra en el depósito de cadáveres de la prisión, donde se arrojaban los muertos por el cólera) son acusados de traición. Pero los jueces que atienden la causa ac-

túan con rectitud y los acusados son absueltos. El gobierno de Pitt sufre con esto una fuerte derrota, mientras una gran explosión de alegría popular inunda las calles de Londres.
En el año 1795 se producen virajes en la política y en el movimiento obrero. Fue un año de malas cosechas, de malos salarios, de trabajo irregular. Hubo hambre y revueltas contra el rey y el ministro Pitt. A pesar de todo esto la *L.C.S.* va perdiendo su influencia. Pesa en esto la guerra contra Francia, que provocaba un fuerte sentimiento antifrancés que era muy fácil explotar en contra de los reformadores, tildados con frecuencia de antipatriotas y de agentes del enemigo.
Además en la misma Francia, al ser abatidos en 1794 los jacobinos el proceso revolucionario se trunca. Con el Consulado, el Directorio y el Imperio se institucionalizó la revolución francesa con formas conservadoras. Así quedaron atrás las ilusiones de concretar las ideas por las que habíase luchado en 1789. La desilusión fue general. Junto con ello la represión, cada vez más eficaz, comenzaba a dar sus frutos.
Mientras la *L.C.S.* declinaba, aparecieron asociaciones de carácter más conspirador, como las de los "Escoceses Unidos", los "Ingleses Unidos" y los "Irlandeses Unidos". Estos últimos comprendieron que debía concretarse una sólida unión entre los obreros y los campesinos y que de la unión de las gentes "sin propiedad debía nacer la lucha por la liberación nacional irlandesa". También se propusieron limar las diferencias entre católicos y protestantes, tan cuidadosamente mantenidas por la clase dirigente.
En 1796 se esperaba en Irlanda la llegada de un ejército francés para ayudar al gran levantamiento nacional. Pero en la primavera de 1798 son detenidos los cabecillas de la dirección nacional y los levantamientos populares son cruelmente sofocados por la policía militar.
En 1797 el gobierno votó una ley por la que se suprimían las sociedades "unidas", la *L.C.S.* y todas las "sociedades correspondientes".

Las leyes de asociaciones y las nuevas formas de la lucha

Los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX fueron de un desarrollo industrial sin precedentes. La explotación minera y la metalúrgica, dedicadas especialmente a la producción de armamentos para la guerra contra Napoleón, son objeto de una enorme expansión. Lo mismo pasó con la industria de los tejidos de algodón. Pero este progreso industrial se produce sólo en algunos sectores de la producción, pues en otros ésta se sigue realizando dentro de los viejos sistemas artesanales o domiciliados. Es un momento de transición hacia la fábrica. Pero a pesar de esto los obreros industriales, el nuevo proletariado urbano, aunque no sea el mayor en número, es ya el sector más avanzado del movimiento obrero. La concentración en las fábricas y en los barrios obreros ha hecho que se desarrollen la solidaridad y la conciencia de clase. Esta expansión industrial se produce en una Inglaterra en guerra con Francia, que también, junto con el desarrollo, experimenta las consecuencias del conflicto. La situación sigue siendo crítica para los obreros durante todo este período, que va de 1795 a 1815. Aumenta el costo de la vida, son frecuentes las huelgas y el ataque a las máquinas. Este proceso, que en parte es mitigado al principio porque el obrero sigue siendo un semicampesino, se acentúa después de 1810; y con él los conflictos.
Ya al comenzar el siglo, en el 1800, el Parlamento había promulgado las *Combination Acts* (Leyes de Asociaciones), por las cuales se prohibía todo tipo de asociación de trabajadores. Estas leyes estuvieron en vigencia hasta 1825 y fueron uno de los mayores obstáculos para la organización de la clase obrera. Pero pese a ello ésta siguió avanzando. La gran huelga de 1804-5 realizada por los tejedores de Glasgow, que llegó a hacer que 40.000 trabajadores de toda Escocia pararan sus telares, señala que la capacidad organizativa de los obreros crecía a pesar de las leyes mencionadas. En ese momento los patrones dieron muestras de debilidad, pero el gobierno reprimió condenando a los cabecillas a severas penas.
Las Leyes de Asociaciones llevaron a los obreros, sobre todo a partir de los años en que la crisis se acentúa, a crear sociedades secretas y clandestinas, como las que dan origen y llevan adelante las acciones de los luddistas.

El movimiento luddista

Las revueltas luddistas fueron sumamente destructivas. Para aplacarlas hubo que utilizar una fuerza militar más importante que la que constituían muchos de los ejércitos enviados por Inglaterra a las guerras del continente. En el verano de 1812 había más de 12.000 soldados destacados en Leicester y York. El valor de las propiedades y maquinarias destruidas en los conflictos que allí se produjeron ascendió a las 100.000 libras esterlinas.
Se da el nombre de revueltas luddistas a las que se llevaron a cabo en Inglaterra entre 1811 y 1817. El nombre proviene del de un joven aprendiz de tejedor, Ned Ludlam o Ludd, que enojado con su maestro rompió con un martillo los telares del taller de éste.
Mítica o histórica, la figura legendaria de Ned Ludd aparecerá frecuentemente dirigiendo al movimiento, firmando como "General de los Ejércitos de Justicieros" amenazas como ésta: "Señor: se me ha informado que usted es dueño de algunas de esas detestables máquinas esquiladoras . . . Sepa usted que si no son retiradas a fines de la próximas semanas, encomendaré a uno de mis lugartenientes

Ante las pésimas condiciones de trabajo reinantes, los trabajadores se levantaron bajo las órdenes de Ned Ludd, un joven aprendiz de tejedor. Con el objeto de obtener mejoras en los salarios o de evitar que la máquina aumentara la desocupación, el movimiento luddista destruía las máquinas y quemaba las propiedades de los grandes empresarios.

que las destruya... y si tiene usted la audacia de disparar contra cualquiera de mis hombres, ellos tienen órdenes de asesinarlo a usted e incendiar su casa..." (1812); otras veces, desde su "oficina en el bosque de Sherwood", les anuncia a los medieros y fabricantes de encajes que sus hombres "romperían y destruirían toda clase de máquinas, cualesquiera que ellas fuesen, que fabricasen artículos espurios, y todos los telares, cualesquiera que ellos fuesen, que no pagaran el precio corriente" hasta entonces acordado entre los maestros y los obreros (invierno 1811-1812). Los momentos en que cobraron mayor intensidad las acciones de los luddistas corresponden a los años 1811 y 1812. Esas acciones son iniciadas por los tejedores de medias y de encajes de los condados centrales de Nottingham, Leicester y Derby y se extienden luego a los cultivadores y tejedores de algodón de Yorkshire, Cheshire y Lancashire. Ataques luddistas se producen, aunque no con tanta intensidad, en el invierno de 1814 y el verano y el otoño de 1816. Estas luchas y los conflictos que conmueven a la sociedad inglesa se producen durante las últimas etapas de las guerras napoleónicas y durante los años inmediatamente posteriores.

Se produce en esos años una depresión industrial, que es originada no tanto por el bloqueo continental impuesto por Napoleón como por el cierre repentino del mercado americano en respuesta a la política del rey de Inglaterra. El comercio de exportación se derrumba. Quiebran los bancos. A esto se suman las pésimas cosechas que se dan de 1809 a 1812. El precio del trigo sube de un 50 % a un 80 %. Un tejedor que en 1812 ganaba con su telar manual de 9 a 12 chelines semanales debía gastar diariamente en pan un chelín y medio. Los conflictos fueron más intensos en las zonas donde se producían artículos de exportación: los Midlands, los alrededores de Nottingham, Derbyshire y Leicestershire. Allí los comerciantes de medias alquilaban sus telares a maestros medieros y éstos a su vez empleaban tejedores. El trabajo, de por sí mal pago, fue afectado por una baja en la demanda causada por el cierre de la exportación. A ello se sumó el empleo de telares más anchos, que permitían la confección de medias "cortadas" sobre moldes, que luego eran cosidas, trabajo de menor calidad que exigía menos especialización y por lo tanto empleaba mano de obra más barata.

En Arnold, un pueblito próximo a Nottingham, se produjo el primer estallido, en febrero de 1811. Los tejedores atacaron los talleres y rompieron los telares. En abril, antes que llegara el ejército, hubo una nueva revuelta. En noviembre, en las aldeas de Bullwel y de Bullwell Forest, estalló otra revuelta. El nombre del legendario Ned Ludd, comenzaba a circular. Por los alrededores de Nottingham se extendió la revuelta y la ruptura de telares. Los luddistas aparecían actuando como grupos bien organizados. El pueblo los apoyaba y los maestros medieros no eran del todo hostiles al movimiento, Los verdaderos perjudicados eran los comerciantes, dueños de los telares. Los luddistas elegían sus víctimas: se mencionaba la existencia de "listas". También se recolectaban fondos para ayudar a los tejedores.

Era frecuente que los medieros recibieran notas como esta: "Caballeros: Ned Ludd os saluda y espera que donéis una insignificancia para sostener su ejército, ya que él conoce bien el arte de romper los odiosos telares. Si vosotros aceptáis esto, bien estará, y si no, os visitaré personalmente. Edward Ludd".

Pese al envío de 2.000 soldados para sofocar la revuelta, ésta continuó extendiéndose. Hasta febrero de 1812 el promedio de telares destrozados fue de 200 por mes. Durante el mes de diciembre se ofrecieron mediadores en el conflicto. Los comerciantes de medias prometieron pagar más salarios y hasta suprimir los telares anchos, aquellos que se utilizaban para las medias cortadas sobre molde. No se llegó a un acuerdo formal,


NO MACHINES
SWING FOR EVER

Paine y sus críticas a la monarquía

"Es fácil concebir que una banda de individuos interesados, como los beneficiarios de cargos, los comisionados, los lords de dormitorio, los lords de cocina, los lords caseros y los lords de Dios sabe qué, pueden encontrar tantas razones en favor de la monarquía como las que explican sus cargos pagados a expensas del país; pero si yo pregunto al granjero, al fabricante, al mercader, al comerciante y a todos los que trabajan hasta el simple obrero para qué les sirve la monarquía no pueden responderme. Si yo les pregunto qué es la monarquía creen que es algo parecido a una sinecura."

(Thomas Paine, *Los derechos del hombre*, 1791.)

Los primeros planteos laborales son vistos por los fabricantes de hilo

"... que una peligrosa asociación existe desde hace algún tiempo entre los obreros de la hilaturas con objeto de imponer un aumento de salarios, evitar que sean empleados obreros que se nieguen a unirse a su asociación y otras actividades ilegales; que frecuentes conspiraciones de este orden han sido realizadas por los obreros y que los patronos han sido obligados a someterse a ellas, y una petición de aumento de salarios ha sido hecha recientemente, que al no ser concedida ha decidido a los hombres a negarse a trabajar."

(Transcripto del *House of Common Journal* del 5 de abril de 1799 por Morton y Tate; ver bibliografía.)

La aplicación de la Ley de Asociaciones de 1800

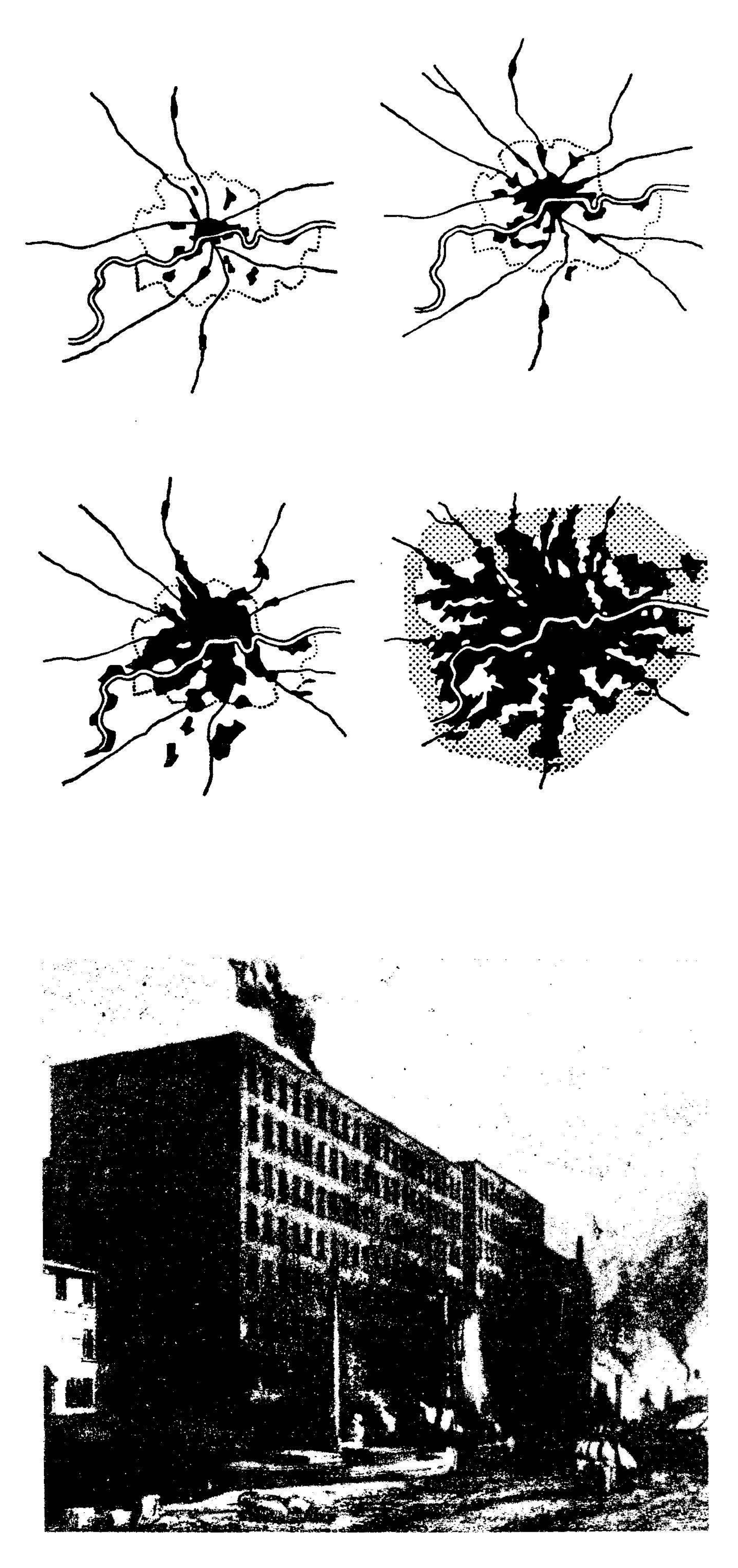
"Joseph Sherwin, tejedor de algodón de Stokport, donde el salario era de ocho chelines semanales por catorce horas de trabajo diarias, cita el caso de un patrono de una fábrica cuyos telares eran movidos a vapor que, en 1816, redujo los salarios en tres peniques por telar por el gasto de luz artificial, lo que representaba para la mayor parte de los obreros una reducción de seis peniques y para algunos de nueve peniques; el patrono no suprimió la reducción durante el verano y cuando volvió el invierno (1817) quiso imponer una nueva disminución del salario; los obreros —12 mujeres y 11 hombres— se opusieron abandonando el trabajo. Fueron citados ante un magistrado, que los envió al patio a decidir si preferían volver al trabajo o ir a la cárcel; se negaron a volver al trabajo si se les disminuía el salario y fueron condenados a un mes de prisión, las mujeres a Middlewich y los hombres a Chester."

(Informe transcripto por Morton y Tate; ver bibliografía.)

pero los comerciantes consideraron conveniente cumplir con lo prometido.
Ambos bandos habían elevado peticiones al Parlamento. De este organismo salió la Ley sobre Destrucción de Telares, sancionada en febrero de 1812, por la que se convertía en delito grave la destrucción de telares. Para la primavera de 1812 el movimiento luddista había declinado notablemente.

El luddismo en la industria del algodón

La industria mecanizada del algodón se había concentrado en Lancashire y Cheshire. El sistema fabril regía por entonces sólo en el hilado del algodón. Los tejedores utilizaban todavía los telares manuales. El telar a vapor había comenzado a aplicarse en 1806, pero en 1812 sólo doce fábricas habían sido equipadas con él. Se produjo entonces la crisis antes mencionada: la depresión comercial, las malas cosechas. Los culpables de todo esto fueron los comerciantes del algodón, los molineros y muy especialmente los nuevos telares mecánicos. Estos estaban instalados en Stockport, Bolton, Middleton y Manchester. En marzo de 1812 comenzaron los ataques. En Manchester los revoltosos entraron intempestivamente en el salón de la Bolsa donde estaban reunidos los comerciantes para votar una declaración de lealtad al Príncipe Regente, y leyeron una declaración de los gremios de Londres.
Al mismo tiempo hubo en otros lugares revueltas de hambre, asaltos a almacenes y panaderías, etc., en los cuales las máquinas no eran atacadas. En abril de ese año, 1812, en Stockport, la multitud invadió las calles de la ciudad rompiendo vidrios y encabezada por dos hombres disfrazados de mujeres que se hacían llamar "las esposas del general Ludd", y destrozó telares a vapor. Los soldados sofocaron la revuelta, pero ésta se extendió a Oldham. Allí comenzó como una revuelta de hambre que obligó a los comerciantes a



En las ilustraciones: Cuatro fases del crecimiento de la ciudad de Londres. Los esquemas presentan a la ciudad en 1650, 1750, 1850 y 1950, pudiéndose apreciar el mayor desarrollo de la población en los dos últimos siglos. La viñeta inferior muestra un establecimiento fabril de Lancashire hacia 1830. Si el exterior es deprimente, el interior no es mucho mejor. El ruido constante de la maquinaria, las emanaciones del aceite y el ojo atento del capataz —que solía contar con un incentivo económico para impedir que los obreros descansaran en horas de trabajo— empeoraban las duras condiciones laborales.

En el grabado superior: viviendas obreras en Midlands. En el inferior: interior de una hilandería en Chelsea.

La industria textil fue la más perjudicada por las rebeliones luddistas. Si bien los propietarios de talleres accedieron, ante las presiones del movimiento, a brindar mejores condiciones de trabajo a los obreros, más tarde —cuando la cruel represión menguó las filas luddistas— la explotación volvió a crecer.

vender más barato y terminó con la destrucción de una importante fábrica de telares a vapor, acción que costó cinco muertos y dieciocho heridos.
La revuelta se extendió por Liverpool y Manchester. Entonces los magistrados y algunos ciudadanos importantes comenzaron a preparar la defensa, formaron asociaciones especiales y convocaron a la milicia. Las tropas se dispersaron por los distritos atacando a los grupos luddistas y realizando arrestos. En Lancaster cien prisioneros fueron condenados a muerte y quince enviados al destierro. En Chester quince fueron sentenciados a muerte y diecisiete enviados a Australia. En junio se derogaron las leyes que impedían la exportación. Disminuyó entonces la tensión, y hacía fines de julio el movimiento luddista había mermado en la zona algodonera.

El movimiento luddista de los tundidores

En las llanuras del condado de York, en el valle del Spen, cerca de Leeds se da el tercer foco luddista. En ese valle se encontraba el centro de los tundidores de paños. Los maestros tundidores recibían el encargo de peinar y pasar las tijeras a los paños que les llevaban ricos mercaderes. Empleaban para ello a oficiales y aprendices. Maestros y oficiales se encontraban por lo general en buenas relaciones y no existía la neta división entre las gentes del oficio que se daba en otras ramas de la industria rural.
Los tundidores venían sufriendo las consecuencias de las malas cosechas y de la depresión comercial y el trabajo escaseaba. Se desató entonces la violencia contra las máquinas. Estas eran relativamente simples: un doble par de tijeras trabajaba sobre un armazón. Su manejo resultaba más simple que el de las tijeras manuales, pero ahorraba mano de obra, y eso era lo importante. La máquina había sido introducida en la zona occidental del condado de York unos doce años antes. Su instalación había originado resistencias pacíficas, pero las duras condiciones del invierno de 1812 lanzaron a los tundidores a la destrucción.
A mediados de enero de ese año se generalizaron los rumores que hacían referencia a una conspiración contra las máquinas. Días más tarde una hilandería de las cercanías de Leeds fue incendiada. A principios de febrero grupos pequeños de hombres armados rondaban las villas y los pueblos, entraban en las casas de los maestros tundidores y rompían las máquinas de tijeras y las máquinas peinadoras. Nueve de estas máquinas fueron rotas entre febrero y marzo. Ned Ludd volvía a aparecer. Los maestros que poseían las nuevas máquinas recibían cartas amenazadoras firmadas en su nombre con el agregado de "el General del Ejército de los Justicieros".
Las violencias de los luddistas del condado de York fueron más intensas, más audaces y destructoras que las de los tundidores de otros condados. El ataque más importante fue el que se hizo en Cooper's Bridge a la hilandería de William Cartwright, uno de los principales promotores de la nueva máquina y miembro activo de las asociaciones que los pañeros habían creado para defender sus intereses.
Advertido, el dueño de la hilandería repelió el ataque pues contaba con refuerzos. Una descarga cerrada mató a dos de los atacantes y puso en fuga a los demás. Una semana más tarde se intentó asesinar a Cartwright, pero éste logró salir con vida. Otro fabricante, miembro del comité para la "Supresión de los Ultrajes", fue muerto cuando regresaba de una reunión. A partir de este hecho los fabricantes suspendieron el uso de las tijeras mecánicas, pero al mismo tiempo los luddistas perdieron la simpatía de mucha gente.
Se dedicaron entonces más a conseguir alimentos, dinero y armas que a destruir máquinas. Como en las otras ocasiones, fue la llegada de tropas del ejército y de milicianos lo que puso término al movimiento, hacia fines de setiembre. Una vez más actuaron espías y delatores. Cien

Los luddistas contra los telares a vapor

"En la tarde del viernes, alrededor de las cuatro, un numeroso grupo de revoltosos atacó la fábrica de tejidos perteneciente a los señores Wroe y Duncroft, en West Houghton, a unas trece millas de esta ciudad, y, encontrándola desprotegida, pronto se apoderaron de ella. Inmediatamente la incendiaron y todo el edificio con su valiosa maquinaria, tejidos, etc., fue completamente destruido. Los daños ocasionados son inmensos, habiendo costado la fábrica sola 6.000 libras. La razón aducida para justificar este acto horrible es, como en Middleton, el tejido a vapor'.
A causa de este espantoso suceso, dos respetables familias han sufrido un daño grave e irreparable y un gran número de pobres han quedado sin empleo. Los revoltosos parecen dirigir su venganza contra toda clase de adelantos en las maquinarias. ¡Cuán errados están! ¿Qué habría sido de este país sin tales adelantos? Ninguno de los incendiarios fue detenido y no había un solo soldado en esa parte del país."

(Transcripto del *Annual Register* del 26 de abril de 1812 por G. Rudé; ver bibliografía.)

Los luddistas contra las tijeras mecánicas

G. Rudé transcribe el testimonio de un peinero de Golcar realizado durante los ataques luddistas del 1812. He aquí el texto:

"... alrededor de la hora una de la mañana del 27 de febrero Instant mismo y su familia fueron sorprendidos por el disparo de una pistola en su ventana, luego de lo cual vieron a un gran número de personas alrededor de su casa y que inmediatamente después la puerta de su taller fue forzada y él oyó que muchas personas entraban corriendo y un gran ruido de martillos golpeando los telares y tijeras que allí había... Que tan pronto como se fueron este examinador salió a ver lo que habían hecho y descubrió cinco máquinas de esquilar o cardar y alrededor de treinta pares de tijeras hechos pedazos."

Un llamamiento de los tundidores

En nombre del "General" Ludd los tundidores hicieron el siguiente llamamiento dirigido a sus compañeros, a los tejedores y a toda la opinión pública:

"Generosos compatriotas: Os pedimos toméis las armas para ayudar a los enderezadores de entuertos y para sacudir el yugo detestable de un viejo imbécil, Jorge III, y de su hijo, todavía más idiota, y sus bribones ministros. Los nobles y los tiranos deben todos ser eliminados. Venid, sigamos el noble ejemplo de los valientes ciudadanos de París, que ante 30.000 uniformes rojos de la tiranía derrocaron un tirano..."

(Citado por Morton y Tate; ver bibliografía.)

prisioneros fueron alojados en la cárcel de York. De ellos diecisiete fueron colgados por diferentes delitos y otros fueron deportados.
Esta represión debilitó al movimiento luddista, que reapareció en los primeros meses de 1813 en los Midlands y en el verano y el otoño del año 1814 y en 1816. Para ese entonces se calcula que habían sido destruidas unas mil doscientas máquinas.

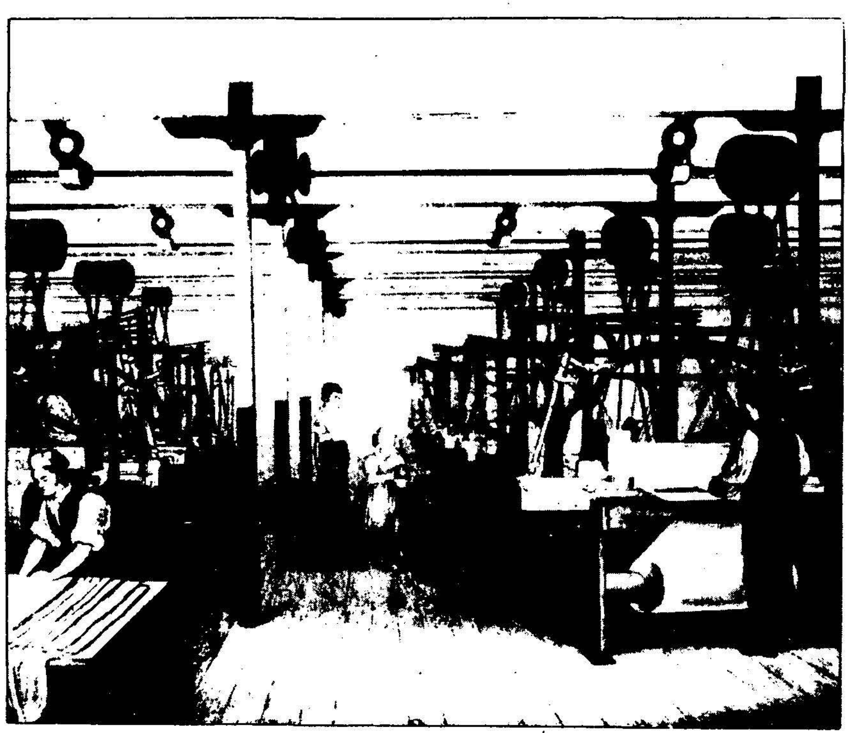
Conclusiones

¿Cuáles fueron los objetivos de los movimientos luddistas? La respuesta no es fácil. En realidad esos objetivos variaban de un grupo a otro y de un condado a otro condado.
Los tundidores y los tejedores de Lancashire y Cheshire que atacaron los telares a vapor tenían como objetivo principal destruir las máquinas y evitar que se instalaran otras. Pero los primeros luddistas, los de los Midlands, utilizaban los ataques a las máquinas —ataques que fueron los más importantes— para coaccionar a sus empleadores con el fin de que mejoraran sus salarios o resolvieran otros problemas laborales. Con estos dos objetivos se mezclaron a veces objetivos políticos correspondientes a las luchas que se producían, en ese plano, durante la misma época. Pero sólo en la revuelta luddista que se produce en Manchester en abril de 1812 pueden observarse objetivos claramente políticos. Entonces una multitud de tejedores dispersó una reunión de comerciantes "leales" al ministerio y respaldó las resoluciones antiministeriales de la ciudad de Londres. Era lógico que así fuera pues el gobierno de Perceval era considerado el responsable de la gran depresión y de la decadencia del comercio de exportación.
Los luddistas tuvieron éxitos temporarios. Los comerciantes de Nottingham dejaron de fabricar medias "cortadas", negociaron con sus obreros y aumentaron los salarios. En el condado de York se dejaron de usar las tijeras mecánicas. En el Oeste



Las dos ilustraciones muestran distintas etapas en la manufactura del algodón. Como se ve, los obreros son mujeres y niños.

"¿Qué debe pensarse de una ciudad que realiza una reunión pública para pedir que el tiempo de trabajo se limite a dieciocho horas diarias?"
J. T. Arlege, director de hospital de Staffordshire.

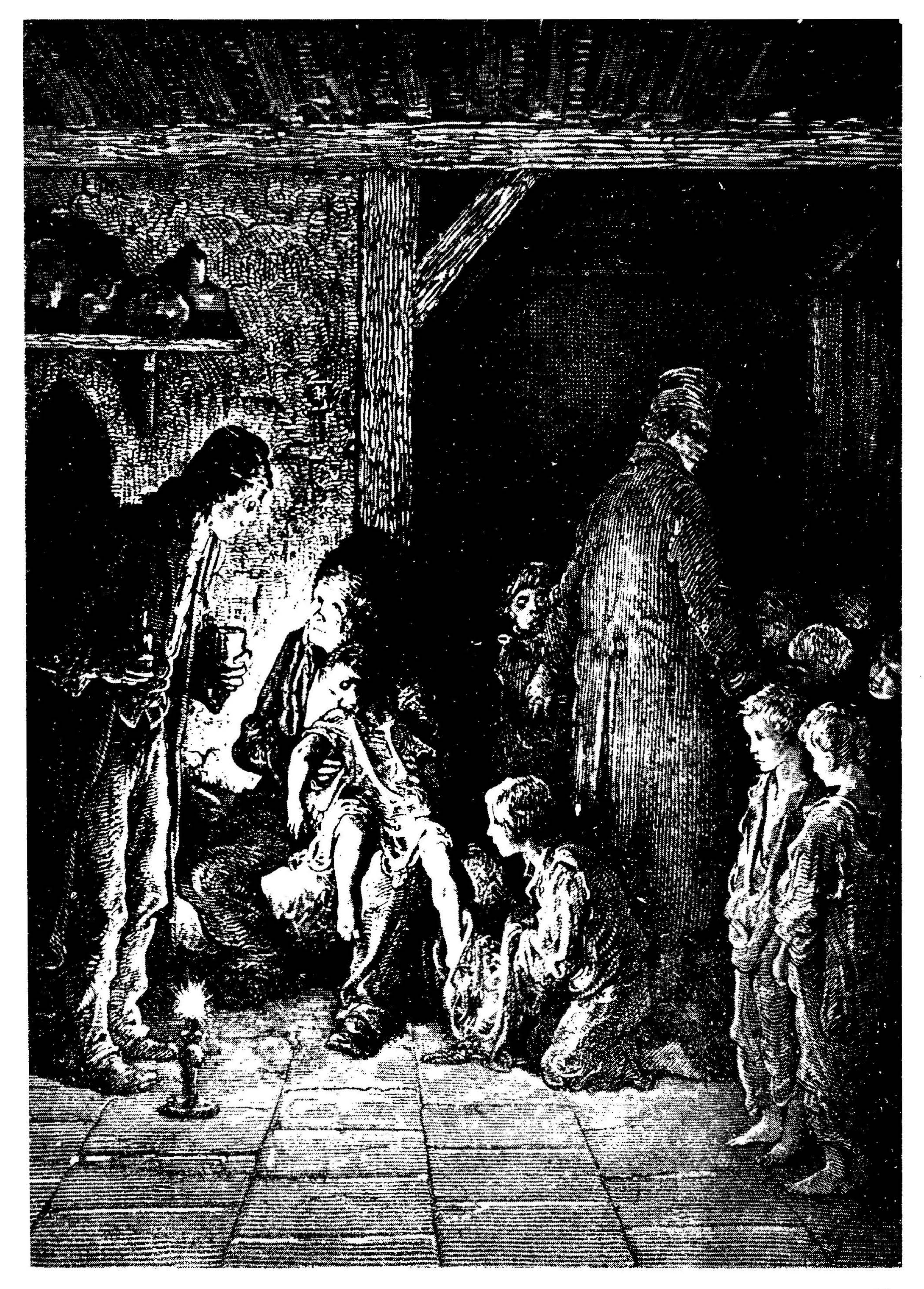


Lord Byron defiende a los destructores de máquinas

"Durante mi breve estancia, hace muy pocos días, en Nottinghamshire, no pasaban doce sin que se cometiera un acto de violencia. El día de mi partida me comunicaron que en la noche anterior habían sido destruidos –sin que nadie opusiese resistencia ni se hubiesen descubiertos los autores, como casi siempre– cuarenta telares (. . .) Pero aún reconociendo, como es obligado, que estos excesos toman ya proporciones amenazadoras, no puede negarse que obedecen a un estado de miseria jamás conocido (. . .) Los obreros despedidos por la introducción de nuevas máquinas creen, en la simpleza de sus corazones, que la existencia y el bienestar de hombres laboriosos tienen más importancia que el enriquecimiento de unos cuarenta individuos (. . .) Se dice que esas gentes son una chusma desesperada, peligrosa e ignorante, y parece pensarse que el único remedio eficaz para aquietar esa furia de innúmeras cabezas es cortar unas cuantas que sobran. Pero ¿es que tenemos plena conciencia de nuestros deberes para con esa chusma? Esa chusma es la que trabaja vuestros campos y sirve en vuestras casas, la que tripula vuestra marina y de la que se recluta vuestro ejército; la que os ha puesto en condiciones de desafiar al mundo y la que podrá desafiaros a vosotros si la intransigencia y la desventura la mueven a la desesperación. Permitidme también que ponga de manifiesto la prontitud con que estáis siempre dispuestos a acudir en auxilio de vuestros aliados en la guerra cuando éstos se ven apurados, mientras dentro de vuestro propio país dejáis a los necesitados a la merced del cielo o confiados a la beneficencia pública. Con mucho menos –con la décima parte de lo que regaláis a Portugal– bastaría para hacer superfluos dentro del país los servicios caritativos de las bayonetas y de las horcas.
La miseria de vuestro pueblo es hoy más angustiosa que nunca. Yo, que he recorrido el teatro de la guerra de la Península Ibérica, que he estado en algunas de las provincias más terriblemente agobiadas de Turquía, no he visto jamás, ni bajo el más despiadado despotismo de un gobierno mahometano, tanta anónima miseria como he encontrado, al regresar de mi viaje, dentro de las fronteras de este país cristiano.
¿Y cuáles fueron vuestros remedios? Después de varios meses de pasividad y de otros cuantos meses de actividad todavía peor, aparece al fin el grandioso específico, la hierbecilla que no ha fallado jamás a ningún médico de estado desde los tiempos de Dracón hasta nuestros días: la pena de muerte.
Pero ¿es que, aun prescindiendo de la injusticia tangible y de la falta de fundamento de la causa que la motiva, no hay bastantes penas de muerte en vuestras leyes? ¿No hay ya bastantes cuajarones de sangre en vuestros códigos que todavía queréis derramar más hasta que los cielos griten y clamen en contra vuestra?
¿Son esos los remedios con que queréis curar a un pueblo hambriento y desesperado?"

("Discurso" pronunciado en la *Cámara de los Lores* en el mes de febrero de 1812. Traducción de la Cátedra de Historia Social de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.)

"A las dos, a las tres,
a las cuatro
de la mañana,
niños de nueve
o diez años
son arrancados
de sus sucias camas
y obligados a trabajar
hasta las diez, once,
doce de la noche,
por un salario de pura
subsistencia".
Carlos Marx



Inglaterra: Cronología socio-económica

1547: Primera contribución para pobres. Medida tomada por la ciudad de Londres al prohibir la mendicidad.
1598-1601: Leyes conocidas como Leyes de la reina Isabel. Codificaron medidas aisladas anteriores.
1631: Se agregan a las Leyes de Pobres los reglamentos para la provisión de cereales a bajo precio.
1651: Se proclama la última ley contra los cercamientos de campos.
1660: Aparecen las primeras leyes que autorizan los cercamientos, posibilitando un aumento de la propiedad.
1662: Ley de Residencia (*Act of Settlement*). Daba poder a los jueces, a pedido del encargado de vigilancia de los pobres de cada parroquia para enviar de vuelta a la suya a los recién llegados. Esta ley es inmediatamente posterior a la guerra civil y a la caída de Cromwell. Rigió durante todo el siglo XVIII.
1688: La revolución inglesa de 1688 afirmó la victoria obtenida al comenzar los cercamientos, que posibilitó avances en la explotación de los campos. Al mismo tiempo ejemplifica el fracaso de la política de los Tudor de querer dar un título jurídico y claro a los poseedores de las tierras. La revolución agraria avanza.
1723: Ley que da facilidad a las parroquias para instalar "casas de trabajo" (*workhouses*) poner a su frente a empresarios. A partir de este sistema, los pobres prefieren abstenerse de pedir ayuda en el marco de las Leyes de Pobres ya que las "casas de trabajo" se convierten en centros de trabajo forzado.
1753-1757: Huelgas espontáneas en diversas regiones de Inglaterra: albañiles y carpinteros en Manchester (1753), ebanistas, etc., y cien mil marineros y obreros del carbón que van a la huega en 1765.
1757: Triunfo inglés en la India. Inglaterra vence en la batalla de Playsi a los franceses, que a partir de allí se ven reducidas sus posesiones coloniales. Inglaterra consolida su poderío colonial. La India pasará a ser cada vez más, proveedora de algodón para la nueva industria textil británica.
1763-1768: Peticiones obreras al rey Jorge III.
1760-1780. Agitación acaudillada por John Wilkes.
1773-1793: Entre estas fechas hay un equilibrio entre la producción y la demanda. A partir de 1793 comienza un cambio en la relación. Crece la demanda y aparece una mayor dependencia para la provisión de alimentos desde el extranjero, especialmente cereales.
1782: Leyes de Gilbert (*Gilbert Acts*), modifican la Ley de Pobres y las "casas de trabajo" fueron cerradas para los hombres aptos para el trabajo. Para estos podía significar un retorno a la servidumbre en el campo, a no ser que huyeran a las ciudades industriales. Aumenta el ejército industrial de reserva.
1792: Se crea la *London Corresponding Society*, que expresa intereses de la burguesía radical, y donde participan obreros.
1795: Se adopta el sistema de *Speenhamland*, por el cual la parroquia debía pagar un subsidio complementario del salario hasta el nivel de subsistencia. Este sistema rige hasta 1834.
1799-1800: Leyes de asociaciones (*Combination Acts*). Prohiben toda asociación entre trabajadores.
1704: Pitt, primer ministro, suspende el habeas corpus por ocho años con motivo de que la Corresponding Society pedía sufragio universal y parlamentos anuales. Represión y disolución de la Corresponding Society.
1797: Pitt permite al Banco de Inglaterra emitir papel moneda sin respaldo. Resultado: altos precios, inflación. Después de 1815 esto se mantiene, pero hay caída de salarios y desocupación.
1795-1815: Guerras de Inglaterra contra Napoleón. La derrota de Francia, en 1815, consolida el proceso inglés.
1787: El telar mecánico de Cartwright da un golpe a la prosperidad de los tejedores. Trae como consecuencia concentración fabril y aumento de la productividad. Hay desocupación. Su adopción generalizada se demora por dos años como consecuencia de la crisis social.
1799: Los hiladores que usaban la *Jenny* en sus casas deben dirigirse ahora a las fábricas, donde se introduce la *mule*.

en cambio, siguieron utilizándose los telares a vapor, aunque eran muy pocos.
Los luddistas debieron sus éxitos a una organización altamente desarrollada, al empleo de diversas tácticas y, muy especialmente, al apoyo popular. Esto último hacía que fuera muy difícil dar con los cabecillas, que podían ocultarse gracias a ese apoyo del pueblo. Pero no pudieron hacer frente a las milicias y al ejército que en número cada vez mayor salieron a reprimirlos. También se debilitaron por la infiltración en sus filas de espías pagados por el gobierno.
Cuando los cabecillas fueron cayendo uno a uno, cuando fueron colgados una treintena de ellos, desaparecieron los conspiradores de caras embetunadas y los asaltos a las máquinas. Los fabricantes se hicieron nuevamente fuertes y se volvieron atrás con respecto a las concesiones que habían hecho a los obreros ante las presiones del movimiento luddista.

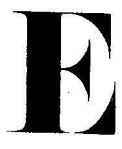
La depresión económica de los años siguientes hizo lo demás. El luddismo no provino como se ha pretendido explicar muchas veces de una actitud ciega e irracional por parte de los trabajadores menos instruidos. Tampoco fue una tentativa de detener el progreso técnico. Fue, como la huelga moderna, una forma de acción que se llevaba a cabo sólo cuando las negociaciones fracasaban o cuando se las prolongaba inecesariamente.

En el centro y norte de Inglaterra el luddismo tenía una larga tradición: mineros, tejedores, aserradores lo habían practicado desde generaciones atrás.

Tales métodos fueron apropiados durante la época en que las industrias estaban esparcidas por las aldeas y los suburbios de las pequeñas ciudades, es decir, antes que se produjera la concentración fabril urbana. Se presenta en la Inglaterra de la Regencia, cuando se está constituyendo la gran industria. Resurge en forma débil en 1817. Pero el luddismo llegaba a su fin. En la gran ciudad fabril no tenía cabida. La clase obrera se volcaría enton-

ces hacia el mutualismo y el sindicalismo.

La posguerra y el sindicalismo



En 1815 termina la guerra con Francia. El ministro Pitt ha muerto y el poder político queda en manos de una camarilla más reaccionaria y menos capaz que su líder. El fin de la guerra ya no permite señalar a los sindicalistas como colaboradores del enemigo.

La situación se torna cada vez más desastrosa. La clase obrera es la que sufre la crisis: primero quedan sin trabajo millares de mineros y de metalúrgicos; luego les toca el turno a los textiles, especialmente a los tejedores manuales. Crece la desocupación, y esto es agravado por la desmovilización de 300.000 soldados, que ahora deben encontrar una manera de ganarse la vida. Las industrias de guerra, aquellas que se dedicaban a la fabricación de armas y de uniformes, cierran sus puertas; los salarios caen y suben los impuestos, que llegan a absorber la mitad del salario de un obrero. En 1815 el Parlamento promulga la *Corn Law* (Ley de los cereales), mediante la cual se prohíbe la importación de trigo a menor precio que el del producido en inglaterra. Esta ley favorece a los terratenientes, pero perjudica al pueblo al incidir sobre el precio de los alimentos. Se inicia una época de disturbios y de mayor actividad en los movimientos políticos. Se forman nuevas agrupaciones, los *Hampden Clubs*, en donde se discute la necesidad de una reforma parlamentaria que implante el voto secreto y general y que mediante él haga que todos los sectores de la población tengan sus representantes. Estos clubes se extendieron más que las antiguas "sociedades de correspondientes".

En las luchas políticas, que ahora se intensifican, juega un rol importante la prensa radical.

1811-1812: Ola de destrucción de máquinas: tejedores de Nottingham, Leicester, Derby, especialmente.

1814-1816: Nueva ola de destrucción de máquinas: Termina el movimiento luddista.

1815: Leyes de granos (*Corn Laws*). Se prohíbe la importación de trigo hasta que el precio interno llegue a 80 chelines el quarter. Indirectamente es un golpe a la manufactura y un apoyo directo a los terratenientes.

1815: Desocupación al terminar las guerras napoleónicas. Las fábricas habían hecho stocks para vender al finalizar la guerra. Y no tienen mercados. En Shorkpshire, por ejemplo, cierran 24 hornos sobre 34 y miles de obreros quedan sin trabajo. El precio del hierro baja de 20 a 8 libras. A esto se unen más de 300.000 soldados licenciados, que aparecen en el mercado como fuerza de trabajo.

1816: Carta de William Cobbett a favor de los oprimidos. Se venden 200.000 ejemplares.

1817: Nueva suspensión del habeas corpus.

En ese mismo año se produce la Primera Marcha del Hambre desde Manchester a Londres. Es reprimida violentamente.

1819: El 16 de agosto se produce la concentración de *St. Peter's Field*: 80.000 personas se reúnen para escuchar a Hunt. Represión violenta: veinte muertos y 400 heridos. Hunt es detenido. Se la conoce como Masacre de Peterloo.

En el mes de noviembre el parlamento dicta las "Seis leyes" (*Six Acts*), que prohiben las reuniones de más de 50 personas.

1832: 1832: Se aprueba una reforma electoral que posibilita un mayor acceso de la burguesía manufacturera a la Cámara de Comunes.

1833: Ley de factoría (*Factory Act*) que permite el empleo de los niños en las fábricas, pero señalando que sólo se debe emplear a niños de más de 9 años y su horario semanal máximo será de 48 horas. Se legaliza la explotación de los niños.

1834: Ley de enmienda a la Ley de Pobres, para poner en claro qué es y cómo funciona en momentos de triunfo del industrialismo. Reorganiza las casas de trabajo y elimina el sistema de subsidio complementario de los salarios (Speenhamand). Después de la guerra ha habido una depresión económica. El peor período para la clase obrera inglesa, en cuanto a sus condiciones de vida, ha sido el de 1815 a 1834 ó quizá unos años más. Las construcciones ferroviarias (el ferrocarril de Stephenson data de 1829) y de barcos (ahora de hierro) ayudan a ocupar mano de obra desocupada.

Una de las figuras más importantes del periodismo inglés, William Cobbett, hace uno de los primeros intentos de prensa popular y barata: baja en 1816 de un chelín a dos peniques el precio de su diario, el *Political Register*. Pronto los tories reaccionarían ante esta actitud, que ponía a los periódicos, en general caros, al alcance de los obreros. Cobbett también publicó a un precio accesible una *Carta a los jornaleros y labradores* que habría de tener un enorme éxito: en pocos meses se venden 200 mil ejemplares. En ese escrito Cobbett afirmaba que el trabajo era la fuente de toda riqueza y que el trabajador debía reaccionar ante las discriminaciones a que se lo sometía. Más adelante decía: "El remedio reside entera y únicamente en una reforma de la Cámara de los Comunes o del Pueblo que dé a cada contribuyente de impuestos directos un voto en las elecciones y establezca la elección anual de sus miembros". Muchos escritores y periodistas van a volcarse en esos años, junto a los grupos obreros, en la defensa de un programa radical y democrático: Cobbett, Hunt, Shelley, Byron, Keats, etc. Las manifestaciones y los mitines se hacen cada vez más frecuentes. El Parlamento los prohíbe en 1817. Dos años después tiene lugar la matanza del campo de Peterloo, en Manchester. El 16 de agosto se reúne ahí una muchedumbre. Cuando Hunt, famoso orador, comienza a hablar ante los hombres, mujeres y niños ahí reunidos, el regimiento de húsares carga contra la indefensa multitud. Sobre el campo quedan veinte muertos y cuatrocientos heridos. El gobierno aduce que la manifestación era el comienzo de una revolución. Pero para la opinión pública es evidente que no es así y se produce una reacción general. Hasta un diario conservador como el *Times* condena la brutal represión. Pero ésta sigue, Hunt y sus compañeros son condenados a varios años de prisión, se promulgan leyes represivas como las *Six Acts* (Seis Leyes) destinadas a limitar u obstaculizar las actividades políticas y a frenar al periodismo político y popular en desarrollo. Ahora se exige a sus editores una fianza que impide continuar con los precios bajos, que se había generalizado a partir de la experiencia de Cobbett. Este debe ahora, ante la vigencia de nuevas leyes —también llamadas "leyes de la mordaza"— huir a los Estados Unidos.

Las tensiones decrecen hacia 1820, cuando comienza a desaparecer el desequilibrio originado por la postguerra. Las exportaciones aumentan, se activa el mercado interno, disminuye el desempleo.

La industria se sigue desarrollando, apoyada todavía en parte en el trabajo domiciliado. Crece la industria pesada. Aumenta la concentración de los obreros y esto, pese a las leyes represivas, da lugar a la creación de nuevas organizaciones. Diversos tipos de asociaciones locales y nacionales, destinadas a la ayuda mutua, serán la base para el desarrollo de los sindicatos. Al parecer fue John Gast, secretario de los carpinteros navales de Londres, el que creó o promovió las *trade-unions* (sindicatos) con el fin de coordinar las actividades de todas las agrupaciones del país. Comienza a desarrollarse el sindicalismo junto a las luchas radicales por la realización de una reforma parlamentaria y por la abolición de las leyes de asociaciones. 1824 y 1825 son años agitados. Por fin el Parlamento, después de diversas alternativas deroga las leyes de asociaciones y reconoce el derecho a la huelga y a la formación de sindicatos, aunque declara ilegales zonas muy importantes de la actividad sindical. Se organizan entonces los sindicatos nacionales de constructores de máquinas a vapor y de carpinteros. Pero estos años, de 1820 a 1825, en que se da cierta prosperidad económica y crece la actividad sindical, llegan a su fin. Comienza entonces una nueva etapa de lucha, aquella en la cual, sobre las *trade-unions*, se desarrollaría el movimiento cartista, el primer movimiento político de la clase obrera como tal, independiente de la burguesía.

Bibliografía

Paul Mantoux. *La revolución industrial en el siglo XVIII*. Madrid, Aguilar, 1962.
Georges Rudé. *La multitud en la historia.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
A. L. Morton y G. Tate. *Historia del movimiento obrero inglés.* Madrid, Ed. Fundamentos, 1971.
G. D. H. Cole. *Historia del pensamiento socialista.* México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
Max Beer. *Historia general del socialismo y de las luchas sociales.* Buenos Aires, Nueva Era, 1957.
T. S. Ashton. *La revolución industrial.* México, Fondo de Cultura Económica, 1959.
Maurice Dobb. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
Eric J. Hobsbawm. *Las revoluciones burguesas.* Madrid, Guadarrama, 1964.
M. W. Flinn. *Orígenes de la revolución industrial.* Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970.
H. E. Friedlaender y J. Oser. *Historia económica de la Europa Moderna.* México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

De la revolución francesa a la conspiración de los Iguales.

Marta Bonaudo de Magnani

El régimen de la monarquía absolutista, derrocado en 1789, dio lugar a una serie de revueltas y conflictos que se prolongaron durante quince años.

El proceso que conocemos como Revolución Francesa no se articula sobre una sola revolución sino sobre una serie de revoluciones, revueltas y conflictos que se van encadenando, de manera muy compleja, en medio de las crisis económicas y las guerras que sacuden a Francia durante las últimas décadas del XVIII.

El "antiguo régimen", el de la monarquía absolutista, comienza a derrumbarse a partir de las revueltas aristocráticas que se producen entre 1787 y 1789. La burguesía mercantil y financiera, arrastrada, junto con el pueblo, por la nobleza en crisis, hace en esas revueltas su aprendizaje político, aquel que le permite ponerse al frente de la revolución de 1789 y elaborar su programa, el de la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano".

Pero el personaje actuante, el que sale a la calle, el que lucha y se sacrifica durante las jornadas de julio y de octubre, y también durante las que vendrán después, es el pueblo. Un pueblo que durante los años de la Revolución Francesa recibirá muy poco a cambio de ese sacrificio.

Sale el pueblo a la calle en 1789 acosado por la crisis cerealera y vitícola, por la desocupación —producto de la retracción industrial—, por el aumento constante del precio de los alimentos, por el deterioro de los salarios. Tanto en la ciudad como en el campo lleva adelante múltiples acciones. En los medios rurales, y aunque a veces ataque frontalmente al sistema feudal, vuelve o queda limitado a las "revueltas de hambre" y a las "tasaciones populares". En la ciudad, en cambio, los *sans-culottes* (denominados así porque habían dejado de usar el calzón corto), apropiándose muchas veces de las consignas burguesas, comenzaron a ejercer fuertes presiones en el proceso. Fraternidad de consumidores más que de productores, grupo heterogéneo articulado en torno de artesanos y tenderos pobres que arrastraran tras de sí a los asalariados, no podrá, a causa de esa misma heterogeneidad, elaborar un programa coherente, pero le irá dando a sus luchas un contenido político cada vez más fuerte, aprendido en las asambleas populares, en las seccionales, en la Guardia Nacional, en el nuevo periodismo ideológico. Los *sans-culottes* serán la vanguardia de los movimientos populares en esos años.

Mientras tanto, la burguesía moderada, que gobierna de 1789 a 1793, emprende con una clara política de clase la reorganización y la racionalización de la nación, transformándose poco a poco en la única beneficiaria de la revolución. Si a los campesinos les hace algunas concesiones, que señalan el derrumbe definitivo del mundo feudal, a los trabajadores de la ciudad no les hará ninguna. A las constantes acciones llevadas a cabo por los *sans-culottes*, a los primeros planteos laborales, responderá con la Ley Le Chapellier, en 1791, mediante la cual se prohíbe todo tipo de organización obrera.

Pero el proceso continúa; las rebeliones rurales y urbanas acompañan a las jornadas de 1792, que terminan con la monarquía e instauran la República, y, un año después, provocan la caída de los moderados, de la Gironda, y el ascenso al poder de los jacobinos, liderados por Robespierre, representante de la pequeña burguesía. Actúan en el partido de los jacobinos grupos de la más diversa extracción: desde la nobleza liberal, y fracciones de la burguesía y el clero hasta los *sans-culottes*. Los jacobinos, una vez en el poder, poco hacen por las masas que los habían apoyado: la ley del sufragio universal no se pone en práctica; la ley del "máximo de precios y salarios" es mal aplicada. Pronto los *sans-culottes*, los hebertistas, los "rabiosos" de Roux, comienzan a presionar y los jacobinos se separan de ellos para fortalecerse y llevar adelante su política. Pero el aislamiento les resulta fatal y son derrotados por los

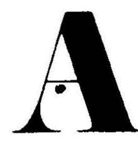
grupos de la burguesía moderada, que retoman el poder. De nada vale entonces la rebelión de los *sans-culottes,* en 1795, fuertemente reprimida, y la "Conspiración de los Iguales", del año siguiente. La burguesía comienza a llevar adelante una política represiva, acorde con la defensa de sus intereses económicos, que cierra el ciclo de las revueltas populares por muchos años.

Poco les quedará de todo este proceso a los campesinos sin tierra, a los asalariados, a los obreros de las manufacturas, a los aprendices y oficiales de las antiguas artesanías, a las masas de semiocupados. ¿Quiénes son los que realmente los expresaron? ¿Quiénes son los que en esos momentos difíciles trazaron por lo menos un rumbo que pudiera ser recuperado por el proletariado posterior? Hombres y grupos de trágica trayectoria: Roux, líder de los "rabiosos", que termina suicidándose antes de pasar al tribunal que lo va a juzgar; Babeuf, el jefe de "La Conspiración de los Iguales", que acaba sus días en la guillotina. Hombres como ellos son los que ponen en tela de juicio el pensamiento burgués de la Revolución Francesa. Las condiciones no estaban dadas para que ambos, en momentos de escaso desarrollo industrial y sin una clase obrera afianzada, pudieran triunfar, pero sus acciones y sus palabras serían base y punto de partida del movimiento obrero posterior.

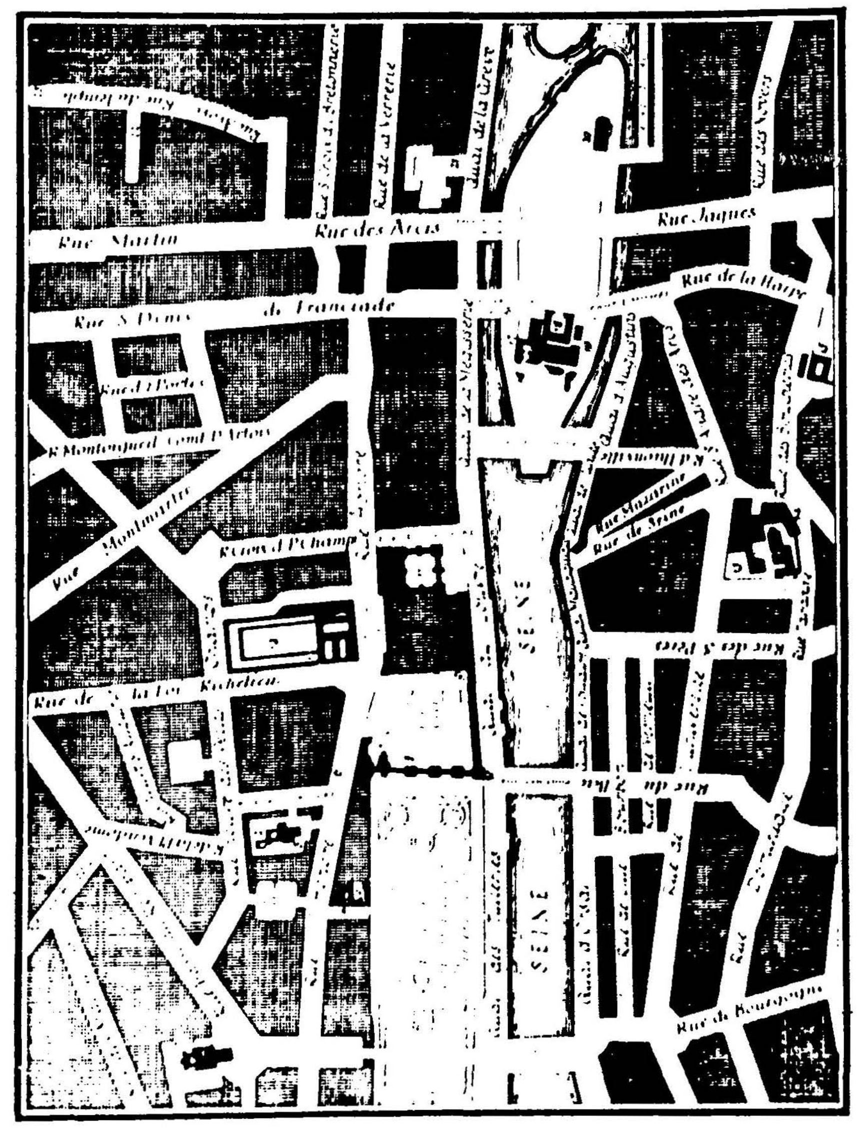
Roux, quien había dirigido importantes acciones en los momentos anteriores al ascenso de los jacobinos, había dicho en 1793: "La libertad no es más que un fantasma cuando una clase puede sitiar por hambre a otra, cuando el rico con su monopolio tiene derechos de vida y muerte sobre el pobre", atacando así en su centro mismo la ideología burguesa de la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" y ahondando el camino que seguirían grupos como los de Babeuf, quien, en el *Manifiesto de los Plebeyos, publicado* en *La Tribuna del Pueblo* en 1795, exigía una revolución total: "¡Que el pueblo tome la primera idea verdadera de la Igualdad ¡Que estas palabras: 'igualdad', 'iguales', 'plebeyismo' sean las palabras de unión de todos los amigos del pueblo! ¡Que el pueblo ponga a discusión todos los grandes principios! ¡Que el combate se centre sobre el famoso tema de la igualdad propiamente dicha y sobre el de la propiedad!"

En pocos años se producen en Francia hondas transformaciones, se abren y cierran procesos que habrían de influir enormemente no sólo en la historia posterior de Francia sino en la de muchos otros países. ¿Qué ocurrió realmente durante la Revolución Francesa? ¿Qué importancia tendría esa revolución para el movimiento obrero? Para contemplar estas preguntas debemos volver atrás, explorar el proceso tanto en sus aspectos políticos como en los económicos y sociales, conocer cómo era la Francia rural y urbana, heterogénea y conflictual, en la cual estalló la revolución de 1789.

El mundo rural



fines del siglo XVIII Francia era un país predominantemente agrícola: el 90 % de su población vivía en el campo. La relación señorial y de servidumbre, los modos de producción feudal, persistían con fuerza en ese mundo rural. El mercado de mano de obra asalariada era casi inexistente. Los rasgos básicos de esa realidad eran: por un lado la presencia de una masa de campesinos sujetos a obligaciones consuetudinarias; por otro, la existencia de un reducido número de propietarios ausentistas (los que vivían en la ciudad y dejaban sus campos en manos de administradores), que eran los que se apropiaban del excedente económico generado por el trabajo del campesinado. Las condiciones de vida de este variaban mucho según las regiones, pero en todas partes la situación era de extrema miseria. En los niveles más bajos de esta sociedad, niveles en los que se podía caer fácilmente, vegetaba un submundo de mendigos y vagabundos, de trabajadores estacionales, migrantes permanentes del campo a la ciudad, participantes espontáneos de las revueltas que cada tanto conmovían al mundo campesino. Desertores, aprendices fugitivos, sirvientes, aventureros, se volcaban a los caminos impulsados por el hambre y la epidemia y sembrando a su vez el terror. Algunos se instalaban precariamente en las proximidades de las aldeas y eran tolerados en la medida en que podían ser utilizados como mano de obra marginal (para cavar fosas, podar setos, cargar carbón, etc.). Cercanos a la situación de estos se hallaban los proletarios rurales, cada vez más numerosos. No componían en realidad un grupo homogéneo. Al lado de los jornaleros agrícolas, en general libres, y participando de una condición muy semejante a la de ellos, observamos a un gran número de campesinos cuyas tierras propias o alquiladas, eran insuficientes para la subsistencia del grupo familiar. Para complementar su economía debían, por lo tanto, trabajar como asalariados o aparceros en los campos vecinos o como mano de obra de la industria rural. Un escalón más arriba subsistía una masa de campesinos libres (pequeños propietarios, arrendatarios o aparceros), ligada a la explotación de sus parcelas y de las tierras comunales que complementaban su economía proporcionándoles pasturas a sus animales, leña, paja, etc. Utilizaban en su trabajo métodos arcaicos y herramientas primitivas y tenían como objetivo fundamental subsistir con lo que producían. Generalmente estaban sometidos a las imposiciones de los señores feudales, los propietarios de la tierra. Debían pagar las rentas e impuestos y estaban obligados a realizar para ellos todo tipo de labores. Si el campesino permanecía en la tierra del señor pronto se





Dos imágenes de Francia en la época de la revolución: plano de París en 1788 y una vista del puerto de Nantes hacia 1785. El altísimo porcentaje de población rural y la permanencia del feudalismo significaron fuertes obstáculos para el desarrollo de la industralización.

En un discurso de 1793 Jacques Roux critica la libertad burguesa

"...La libertad no es más que un fantasma cuando una clase puede sitar por hambre a otra, cuando el rico con su monopolio tiene derecho de vida y muerte sobre el pobre. La República no es más que un fantasma cuando la contrarrevolución provoca la subida constante de precios de los productos alimenticios, que ya no pueden pagar, sin verter lágrimas, las tres cuartas partes de los ciudadanos. No se ganará la adhesión de los descamisados a la Revolución ni a la Constitución mientras no se ponga coto a la actividad de los acaparadores. La guerra que en el interior hacen los ricos contra los pobres es más temible que la que el extranjero riñe contra Francia... Desde hace cuatro años se enriquecen los burgueses con la Revolución. Peor que la nobleza territorial es la nueva nobleza mercantil que nos aplasta, pues de continuo suben los precios, sin que pueda verse el final. ¿Acaso es la propiedad de los acaparadores más agradable que la vida de los hombres?"

El lema del "tercer estado", símbolo del desafío popular a los privilegiados, fue esgrimido constantemente en las luchas populares. En la ilustración, el pueblo de París se apodera de las armas.



veía envuelto en una densa red de restricciones y limitaciones que lo privaban de la mayor parte de sus ingresos y que imposibilitaban su independencia económica. El recurrir a la Corte para exigir que se cumplieran las exigencias feudales no le proporcionaban mayores beneficios pues las apelaciones se hacían a través de los tribunales señoriales.

A las obligaciones debidas al señor se sumaban un impuesto especial anual, el diezmo, que debía entregar a la Iglesia y los impuestos directos o indirectos que recaudaba el Estado. A lo largo del siglo, y como consecuencia de la reacción feudal —que aumentó el peso de las cargas, acaparó gran parte de las tierras comunales y restauró antiguos derechos—, de la creciente presión impositiva del Estado y de las crisis que asolaron la agricultura francesa, se acentuó la proletarización de esta capa de la población campesina.

Los estratos más altos del campesinado estaban constituidos por los grandes propietarios o arrendatarios rurales. La aristocracia feudal, laica o eclesiástica, conformaba el sector más importante de propietarios rurales. La propiedad noble laica, alrededor de un quinto de la propiedad total, gozaba de importantes exenciones impositivas, lo mismo que la eclesiástica, poseedora de una décima parte del suelo. Propietarios ausentistas en su mayor parte, los nobles dependían de las rentas de sus propiedades, que, generalmente mal administradas, les resultaban insuficientes, sobre todo a partir de la inflación. Para contrarrestar la disminución de las rentas, los señores feudales, especialmente los más pobres de las provincias, intentaron sacar todo el provecho posible de sus privilegios. Con tal fin hicieron reconstruir los registros que los enumeraban y restituyeron aún los más viejos, caídos ya en desuso. Además, se apropiaron de la tercera parte de las tierras comunales, especialmente de bosques y pasturas, y lucharon por separar sus predios de los de los campesinos, cercándolos aun a expensas de las parcelas de estos.

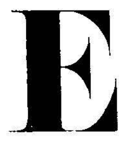
Nobleza de corte o nobleza provinciana, laica o eclesiástica, la aristocracia feudal no dejó, sin embargo, de empobrecerse durante el siglo XVIII. La aplicación a las tierras de nuevas técnicas agrícolas que, como sucedía en Inglaterra, aumentaran los rendimientos, quedó restringida a un pequeño número de nobles que, por otra parte, también procuró, como los burgueses de la época, colocar sus capitales en las nuevas industrias, especialmente metalúrgicas. También se volcaron algunos a las operaciones marítimas o financieras de las cuales provenía buena parte de los ingresos de los hombres recientemente ennoblecidos por el rey. La mayoría no obstante, siguió aferrada a sus privilegios de clase y no vio otra salvación que no fuera la reafirmación cada vez más neta de sus privilegios.

Al lado de la aristocracia feudal, la burguesía fue también una importante propietaria. Muchas fortunas amasadas en las finanzas, el comercio o el saqueo colonial fueron invertidas en la compra o el arriendo de propiedades agrícolas, signo de prestigio social en una sociedad todavía feudal. Como componentes de esta "burguesía rural" debemos ubicar también a aquellos campesinos enriquecidos en la administración de los señoríos o en la explotación de sus propias tierras, que, separándose de la masa del campesinado, constituyeron una clase superior capitalista que arrendaba su tierra o la labraba utilizando peones asalariados y que traficaba con ganado, cereales, vino y otros productos agrícolas. Con frecuencia estos grandes arrendatarios desencadenaron la cólera en las masas campesinas puesto que al acaparar tierras en detrimento, especialmente, de los pequeños propietarios contribuían a proletarizarlos. Esta burguesía rural se sentía trabada por las supervivencias feudales, por los derechos colectivos. Sus intentos de modernizar las técnicas de producción, de realizar los cercamientos indispensables para los nuevos cultivos, de dividir y repartir las tierras comunales, de llevar adelante todo aquello que permitiera aumentar el rendimiento agrícola, chocaron siempre con la rígida estructura feudal.

La división de la tierra comunal era, tal vez, uno de los problemas más debatidos y contradictorios del mundo rural. Mientras el reparto de las tierras comunales proporcionaba una esperanza a los sin tierra y nuevas posibilidades de expansión a los acomodados (que proponían una división proporcional a las cantidades de tierra y capital que ya se poseían), no beneficiaba a los pequeños campesinos que sacaban provecho de esas tierras, en especial para el pastoreo.

El mundo rural se nos muestra por lo tanto pleno de matices y oposiciones, de tensiones latentes, particularmente en los grupos bajos, que llevaron adelante con frecuencia revueltas de hambre. Frente al viejo orden, sin embargo, la diversidad de grupos y objetivos pareció esfumarse pues los privilegios señoriales, el yugo de los impuestos y la escasez de tierras afectaban no sólo a los campesinos sin tierras sino también a los pequeños propietarios y a los más acomodados. Pero estos grupos serán incapaces de concebir por sí mismos un programa de renovación social, y deberán unirse para llevar adelante sus reivindicaciones al "tercer estado", es decir, al sector social compuesto por los no privilegiados: burgueses, artesanos, tenderos, obreros, campesinos, etc.

El mundo urbano



El desarrollo urbano en la Europa del siglo XVIII era muy limitado. En Francia, París era, con casi medio millón de habitantes, la única ciudad que podía ser considerada verdaderamente grande. Sólo dos o tres ciudades más, como Lyon, habían lo-

"La libertad no es más que un fantasma cuando una clase puede sitiar por hambre a la otra, cuando el rico con su monopolio tiene derecho de vida o muerte sobre el pobre". Jacques Roux.

grado superar los cien mil habitantes. También las ciudades situadas cerca de los puertos marítimos y relacionadas con el comercio exterior, como Marsella, Burdeos, El Havre, Nantes, habían experimentado cierto crecimiento. El resto estaba constituido por una multitud de pequeñas ciudades provincianas que vivían a expensas de la economía de la comarca. La sociedad que puebla estas ciudades grandes y pequeñas es más compleja y heterogénea que la rural.

En los umbrales inferiores de la sociedad urbana estaban los proletariados urbanos (su heterogeneidad justifica el plural), los cuales constituían la mayor parte de la población de las ciudades. Estos grupos no poseían ni propiedades inmobiliarias ni medios de producción. Al lado de un pequeño grupo de trabajadores especializados en oficios delicados (construcción, mueblería, herrería) se hallaba una masa cuya calificación profesional era extremadamente precaria e inestable. Parte de ellos trabajaban en la gran manufactura, en tanto otros eran aprendices u oficiales en pequeños talleres. Por último, existía un gran número de obreros estacionales, que desempeñaba simultáneamente varios oficios y que acudían a París y las grandes ciudades durante la primavera y el verano para buscar trabajo.

A pesar de que la revolución industrial no había comenzado aún en Francia, como había sucedido en Inglaterra, había en ciertas zonas importantes concentraciones de obreros, especialmente en el área textil, rival de la inglesa. Hacia 1791 en Rouen y Lille trabajaban alrededor de 60.000 obreros, en Elbeuf alrededor de 20.000, 14.000 en Sedán y, en Lyon, la gran productora de seda del sur, 58.000 entre mercaderes, maestros tejedores (cuya condición difería muy poco de la de los asalariados y oficiales). En París, especialmente, los obreros se hallaban diseminados en diferentes barrios. La mayoría vivía, sin embargo, en el centro. Las secciones ubicadas entre el Sena y los Boulevards contaban con 21.884 obreros, con una media aproximada de 19 obreros por empresa. Allí se concentraban las fábricas de telas y las sombrererías algunas de las cuales llegaron incluso a ocupar doscientos o trescientos obreros. Las secciones del centro ofrecían una media de veinte obreros por patrón con un total de 5.897 (Louvre, Oratoire, Halles), mientras en la margen sur del Sena se agrupaban 5.656 obreros, con una media de 16 por empresa. Barrios como el de San Antonio y San Marcelo no poseían en ese momento ni una población obrera importante ni grandes empresas. El primero contaba con 4.519 trabajadores (unos catorce por patrón), en tanto el segundo tenía 5.577 (aproximadamente 20 por patrón). Pero ellos eran, en cambio, el reducto principal de artesanos y tenderos.

Las condiciones de vida de estos grupos eran muy difíciles, lo que los hacía muy vulnerables: salarios bajos, que obligaban a recurrir al trabajo de toda la familia, incluso de los más pequeños; jornadas de sol a sol; explotación por el maestro artesano o por el comerciante empresario de la industria domiciliada, etc. Esta vulnerabilidad se vio acrecentada por el analfabetismo, la alimentación desequilibrada, la higiene nula y también por la inclinación a dejarse llevar por pánicos y rumores. Sólo un reducido sector de ese proletariado tenía una conciencia crítica de su situación: el de los que trabajaban en los oficios más calificados (como los de la madera, cuero, metales, libros) y que desde ciertas agremiaciones, perseguidas por el Estado y la Iglesia, trataron de luchar por sus salarios y sus empleos. Las únicas organizaciones de la época, hermandadas de aprendices o compañeros y sociedades de ayuda mutua, eran insuficientes y carecían de toda experiencia en la lucha social. El mundo textil, tal vez el más importante en cantidad, estaba mucho menos organizado y era menos consciente de su situación, a causa, posiblemente, de su escasa calificación, su bajo

nivel de vida y de la fuerte demanda de trabajo. Dependientes, oprimidos, sistemáticamente encerrados en su condición, con pocas o ninguna posibilidad de ascenso, los obreros estaban siempre expuestos, en los momentos críticos, tan frecuentes a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, a convertirse en subproletariado de ocasión, oscilando entre la mendicidad, las changas agrícolas o urbanas y la marginación (delincuencia, incapacidad, etc.)

Por encima de este nivel se hallaba la pequeña burguesía artesanal y comercial que imprimió su sello al mundo del trabajo, particularmente en París. Dueños de pequeños talleres o jefes de taller, tenderos, pequeños rentistas o funcionarios modestos, ofrecían una gran diversidad de ocupaciones y status. Se concentraban especialmente en París, en los suburbios y en torno a las empresas productoras de artículos de lujo. Pese a las diferencias que los separaba, existían ciertos elementos que permiten definirlos como grupo. Generalmente eran propietarios del taller, la tienda o la casa; contaban con uno o varios empleados, permanentes o temporarios; poseían cierto grado de instrucción y solían desempeñar modestas funciones públicas.

Artesanos y tenderos organizados en gremios o corporaciones, sufrían intensamente, por un lado, el peso de los impuestos, el monopolio y los privilegios de la nobleza, la falta de derechos políticos, y por otro tenían en las grandes empresas, en la concentración capitalista de los medios de producción, una fuerte competidora que acabaría por destruirlos, proletarizándolos.

Las clases dominantes urbanas pertenecían a la aristocracia feudal o la burguesía. Habitaban en la ciudad, en general, los grandes nobles, miembros de la vieja nobleza, nobleza de espada constituida por grandes familias de militares, y en algún caso participaban de la vida de la corte y residían en Versalles. A su lado estaba la nobleza nueva, nobleza de toga, cuya creación y crecimiento, particularmente acelerado a lo largo del siglo XVIII, era consecuencia lógica del aumento de riqueza de la burguesía y del empobrecimiento de la corona. Mediante cartas o cargos los reyes ennoblecieron, a partir del siglo XVI, a negociantes, grandes armadores, financistas, militares de alta graduación y a los mejores servidores y funcionarios de la monarquía. Aunque la nobleza de espada y la nobleza de toga tendieron a entremezclarse, se fue reafirmando a lo largo del siglo XVIII una aguda división de intereses entre una y otra, que culmina con la ofensiva que realiza la vieja aristocracia, hacia la década del 80, con el fin de monopolizar los altos cargos de la iglesia, el ejército y el estado. La monarquía había abandonado desde hacía tiempo el papel creado para ella por Luis XIV. Este le había dado una estructura verdaderamente acabada al "antiguo régimen", al crear, junto con Richelieu y Mazarino, una verdadera maquinaria administrativa centralizada que se gobernaba desde Versalles y en la que la voluntad real decidía, en última instancia, la política a seguir en cualquier aspecto de la vida de la nación. Luis XVI, rey de Francia y representante de Dios sobre la tierra en virtud de la teoría del derecho divino, al carecer de la capacidad y la autoridad de su ilustre predecesor, permitió la infiltración aristocrática en el gobierno, lo cual favoreció las intrigas y la política familiar, impidiendo una conducción vigorosa y coherente. En ese intento de detener la amenazante marea burguesa que protagonizó la vieja aristocracia, la más beneficiada fue la nobleza de corte, que utilizó su influencia para fortalecer su posición no sólo a expensas de la nobleza nueva sino también de la provinciana. Esta quedó relegada a las funciones más secundarias y en vano intentó que se restablecieran sus Estados Locales y que la monarquía se aislara de la influencia cortesana. Estas grietas que se observan dentro de la clase irán gradualmente alterando el equilibrio de fuerzas y debilitarán tanto a ella como a la maquinaria del absolutismo centralizado.

Tampoco la burguesía, durante el siglo XVIII, constituye una clase compacta y única. Burguesías diferentes, pero emparentadas entre sí, se desempeñaron como eficientes engranajes del "antiguo régimen". Su actividad se desarrollaba, en primer lugar, en el mundo de los negocios. La categoría más alta dentro de este grupo correspondía a los financistas, cuya fortuna provenía no sólo de la recaudación de impuestos o de los préstamos al rey sino también de las actividades comerciales. Banqueros abastecedores de los ejércitos, oficiales de finanzas formaron una verdadera aristocracia burguesa vinculada muchas veces con la aristocracia feudal. Relacionados con este grupo encontramos a los burgueses dedicados básicamente al comercio. En general, estos hombres de negocios se habían abierto camino por sí mismos o ayudados por favores, licencias o monopolios reales. En cada ciudad de alguna importancia y en los principales puertos marítimos, se hicieron las fortunas más importantes, amasadas no sólo en el tráfico simple de mercancías sino también en la trata de esclavos y en el saqueo de los pueblos coloniales. Algunos reinvirtieron sus ganancias en la tierra, en tanto otros financiaron cierto desarrollo industrial dependiente del comercio: el de la industria domiciliada.

El sistema feudal significó un verdadero escollo para el desarrollo de la industria capitalista en Francia y por ende para el surgimiento de una verdadera burguesía industrial. Aunque existieron algunas grandes manufacturas centralizadas (Los Gobelinos en París, Van Robe Bros en Picardía, Dietrich, de metales, en Lorena, etc.) éstas fueron verdaderas excepciones. La gran industria se veía trabada por las estrictas reglamentaciones del sistema de gremios, que impedían aumentar más allá de cierto límite el número de trabajadores asalariados y el monto de la producción. A esto

En la ilustración superior se ve la manufactura de acero de París en la época de la revolución. El proletariado industrial era, en las jornadas de 1789, una fuerza poco numerosa. En la ilustración inferior se ve la fijación de carteles murales con leyendas contrarias a Luis XVI.

se sumaban la rígida determinación de las características del producto, el sistema de patentes especiales para la organización de una manufactura, etc. Buscando liberarse de tales restricciones la industria emigró al campo, a la aldea, donde no le tocaban las reglamentaciones de los gremios y donde podía encontrar mano de obra barata. Comerciantes-empresarios comenzaron a impulsar esa industria domiciliada que minó definitivamente las bases del sistema de gremios. Pero, en su conjunto, la industria francesa chocaba con un límite que parecía infranqueable: la estrechez del mercado interno, determinada por el escaso poder adquisitivo de la gran masa de la población —el campesinado—, obligada a autoabastecerse con productos domésticos. Esto condujo a la industria francesa a extenderse preferencialmente en aquellas ramas cuyos productos estaban destinados al consumo de las clases altas de la población —aristocracia feudal o burguesía— o bien a artículos de lujo que soportaban el alto costo de embarque a otros países. El tráfico comercial de los productos se veía entorpecido y perjudicado asimismo por los peajes y las aduanas interiores, de las cuales, en muchas oportunidades, fue responsable directa la aristocracia. Todos estos factores retardaron en Francia el advenimiento de la revolución industrial. La indignación de la burguesía llegó a su límite en 1786, cuando el gobierno firmó con Inglaterra un tratado por el cual se reducían los impuestos a la importación de las mercancías inglesas a cambio de que se redujeran a su vez los impuestos de importación al vino francés que se enviaba a Inglaterra. Este hecho imponía, sin lugar a dudas, un nuevo sacrificio a la burguesía manufacturera francesa en favor de la nobleza latifundista.

Otra zona de la burguesía era la constituída por los que practicaban las profesiones liberales y los que ocupaban cargos en la administración. Los burgueses de las profesiones liberales, hombres de leyes o de letras, estaban imbuidos de una amplia cultura que los convertiría, en 1789, en el sector que proporcionaría el personal para la revolución. Alentados por la monarquía, ubicados en los innumerables tribunales y en la vasta burocracia creada por el "antiguo régimen", tuvieron frecuentemente la posibilidad de enriquecerse e incluso de ingresar en la nobleza.

Multiplicidad de categorías, descontento, tensiones, conmovían también al ámbito urbano. Una nobleza insatisfecha, que quería controlar hasta en sus últimas instancias el aparato político-administrativo; una burguesía deseosa de romper con las trabas económicas del "antiguo régimen"; un artesanado disconforme con su realidad, pero temeroso del avance del capitalismo; una masa asalariada, desorganizada, explotada, que buscaba subsistir en momentos en que el costo de la vida subía mucho más rápidamente que sus salarios. Sólo faltaba la coyuntura favorable para que este mundo estallara.

La revuelta aristocrática y la crisis del "antiguo régimen"

El elemento catalizador que transformó las tensiones sociales de Francia en una tremenda explosión fue la bancarrota de la monarquía. Las finanzas reales, deficitarias ya durante el reinado de Luis XIV, terminaron por derrumbarse a raíz de los gastos provocados por la participación francesa en las guerras de la independencia americana. Ya entre 1774 y 1776 se había puesto de manifiesto la imposibilidad de modificar la anticuada estructura administrativa y fiscal del reino, por la resistencia de los intereses tradicionales encabezados por los parlamentos (tribunales de apelación que, en número de trece. estaban encargados del registro de las leyes y que aspiraban a

26 de agosto de 1789: Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano

Preámbulo

"Los representantes del pueblo Francés constituidos en Asamblea Nacional, considerando que la ignorancia, el olvido y el menosprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de las desgracias públicas y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer en una declaración solemne los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre; a fin de que esta declaración, constantemente presente a todos los miembros del cuerpo social, les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes; con el fin de que los actos del poder legislativo y los del poder ejecutivo puedan ser comparados a cada instante con el objetivo de toda institución política, siendo más respetados; con el fin de que las reclamaciones de los ciudadanos, fundadas de ahora en adelante en principios simples e incuestionables, tiendan siempre al mantenimiento de la constitución y del bienestar para todos. En consecuencia, la asamblea nacional reconoce y declara en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo los derechos siguientes del hombre y del ciudadano.

Artículo I

Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos, las distinciones sociales no pueden estar fundadas más que sobre la utilidad común.

Artículo II

El objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre; estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.

Artículo III

El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación; ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad que no emane de ella expresamente.

. . . .

Artículo XVII

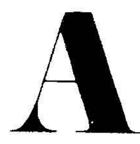
Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de él si no es porque la necesidad pública, legalmente constatada, lo exige evidentemente, y bajo la condición de una justa y previa indemnización."

convertir en derecho de veto su derecho de registro). Ellos se oponían a la abolición de todas las restricciones y desigualdades sociales que entorpecían el desenvolvimiento de los recursos nacionales al impedir el paso a formas administrativas y tributarias más equitativas y racionales. Se desencadenó entonces la guerra, y la victoria sobre Inglaterra se obtuvo a costa de una bancarrota final. Los ministros de Luis XVI buscaron paliativos para la crisis sin intentar, no obstante, una reforma fundamental que movilizara la verdadera y considerable capacidad tributaria del estado. El déficit ya no podía cubrirse mediante un aumento de impuestos. Esto último hubiese sido aplastante para las masas populares, que en los últimos años habían visto aumentar los precios en un 65% con relación al período 1726-41, en tanto los salarios sólo habían subido un 22 %. El único remedio era implantar la igualdad en el régimen impositivo: igualdad regional, puesto que existían territorios privilegiados como Languedoc y Bretaña, y especialmente igualdad entre los súbditos, puesto que la aristocracia gozaba de exenciones fiscales.
Una vez que se hubo agotado el recurso del empréstito para hacer frente a la crisis, Calonne, y luego Brienne, los ministros de finanzas, intentaron establecer la igualdad impositiva. Pero ello Calonne convocó en 1787 a una Asamblea de Notables. A ella concurrieron prelados, grandes señores, parlamentarios, intendentes, consejeros de Estado, miembros de las municipalidades y de los Estados provinciales. Estos últimos provenían de asambleas en que se reunían las tres órdenes de una provincia (el clero, la nobleza y el "tercer estado" o sea los no privilegiados) que tenían atribuciones políticas y administrativas. Tal situación parecía brindar una oportunidad a la aristocracia para controlar definitivamente los mandos del Estado. Por esta razón se negó a pagar impuestos sin la contrapartida de un aumento de sus privilegios. Ante su fracaso, Calonne debió dimitir.

Su sucesor, Brienne, decidió recurrir al Parlamento de París. Este rechazó las propuestas del ministro y reclamó la convocatoria de los Estados Generales, los únicos que estaban en condiciones de consentir los nuevos impuestos. El 6 de agosto de 1787 se obligó al Parlamento a registrar los edictos. De acuerdo con ellos se establecía la libertad de comercio de granos y la prestación de servicios se transformaba en una contribución en dinero; se creaban asambleas provinciales en las que el "tercer estado" tenía una representación igual a la de los otros órdenes reunidos, lo cual tenía como objetivo romper la coalición de la burguesía con los privilegiados; y, finalmente, se sometía a la aristocracia al impuesto de la subvención territorial. Al día siguiente el Parlamento anuló como ilegal el registro de la víspera. Se lo desterró entonces a Troyes, hecho que provocó una tremenda agitación, que se extendió a las cortes de provincia y al conjunto de la aristocracia judicial. Brienne debió capitular y los edictos fueron suspendidos. La vuelta del Parlamento a París provocó en la ciudad manifestaciones de adhesión protagonizadas por estudiantes, escribientes, oficiales y aprendices de las industrias suntuarias. El movimiento, que adquirió las características de una verdadera revuelta, debió ser contenido por el mismo Parlamento. Se recurrió nuevamente al empréstito, pero para ello se necesitaba el consentimiento del Parlamento, que sólo concedió el registro con la promesa de convocar los Estados Generales. El conflicto se prolonga y la aristocracia no cede en sus propósitos de obligar al rey a compartir el poder con ella. Para quebrar la resistencia del Parlamento se encargó al guardasellos Lamoignon una reforma judicial. El 8 de mayo de 1788 el rey impuso el registro de seis edictos preparados por Lamoignon. De acuerdo con ellos se creaban nuevos tribunales de apelación y una Corte plenaria compuesta por altos funcionarios sustituía al Parlamento en el registro de los actos reales. La aristocracia perdería de este modo el control de la legislación y de las finanzas reales. Es por esa razón que entonces organiza un verdadero movimiento de reacción en el que participan no sólo los grupos privilegiados sino también el "tercer estado". El conflicto inicial adquiere dimensiones nacionales. Las consignas eran impedir la instalación de los nuevos tribunales, hacer huelga en la justicia, desencadenar el desorden, pedir la reunión de los Estados Generales. La agitación se inclinó hacia la insurrección. Por todas partes estallaron motines. Para conservar sus privilegios, la aristocracia no vaciló en emplear métodos revolucionarios. Nobleza de espada y nobleza de toga se unieron para negar obediencia al rey, llamaron a la burguesía en su ayuda, y ésta comenzó así a hacer su aprendizaje revolucionario. Pero no sólo ella aprendió sus primeras lecciones políticas. A través de la agitación parlamentaria, agitación reiterada a lo largo del siglo XVIII, también lo hicieron las clases bajas, especialmente las parisienses, que convirtieron sus propias revueltas en manifestaciones políticas. En los años 1787 y 1788 se sumaban las pérdidas de las cosechas y una fuerte crisis vitícola, que se traducía en malas ventas y en la baja de los precios del vino y que lesionaba aún más la difícil situación agraria. Ambas repercutían a su vez sobre la producción industrial, ya afectada por la competencia inglesa, al reducir el mercado interno. Junto con esto se restringió para los productos franceses el mercado del Levante a causa de la guerra ruso-turca. La desocupación y la miseria pesaban sobre las clases bajas rurales y urbanas acrecentando su descontento. Es por eso que, aunque presionado por motivaciones diferentes, el pueblo se levantó identificándose con las consignas de los Parlamentos y muchas veces las rebasó.

La aristocracia había entablado la lucha contra la monarquía absoluta y arrastrado al "tercer estado", pero sólo con la intención de establecer sobre las ruinas del absolutismo su poder político y de mantener sus privilegios sociales. Esta alianza dejó a Brienne impotente. Sin otra salida, prometió entonces reunir los Estados Generales para el 1º de mayo de 1789 y dimitió. Su sucesor, Nécker, completó la capitulación de la monarquía: suprimió la reforma de Lamoignon, restableció los Parlamentos y ratificó la convocatoria a los Estados Generales. Las celebraciones por el triunfo se transformaron en verdaderos disturbios. El precio del pan, de 4 libras, había subido de 9 a 11 sueldos en tres semanas y hacia fines de agosto el pueblo bajo de los suburbios y mercados se unió a los empleados del Palacio de Justicia. Las revueltas se tornaron más y más violentas y se extendieron a muchos distritos de París, hubo choques sangrientos entre soldados y obreros y estudiantes, se produjeron muertes y arrestos. Pero esta unión del Parlamento y el "tercer estado" iba a ser efímera. Aunque la primera brecha en el frente del absolutismo estaba abierta, el intento aristocrático de recuperar los mandos del Estado fracasaría por dos razones: primero, por subestimar las intenciones independientes del "tercer estado", y segundo, por desconocer la profunda crisis económica y social que empujaba sus peticiones políticas.

La revolución burguesa y las primeras jornadas populares

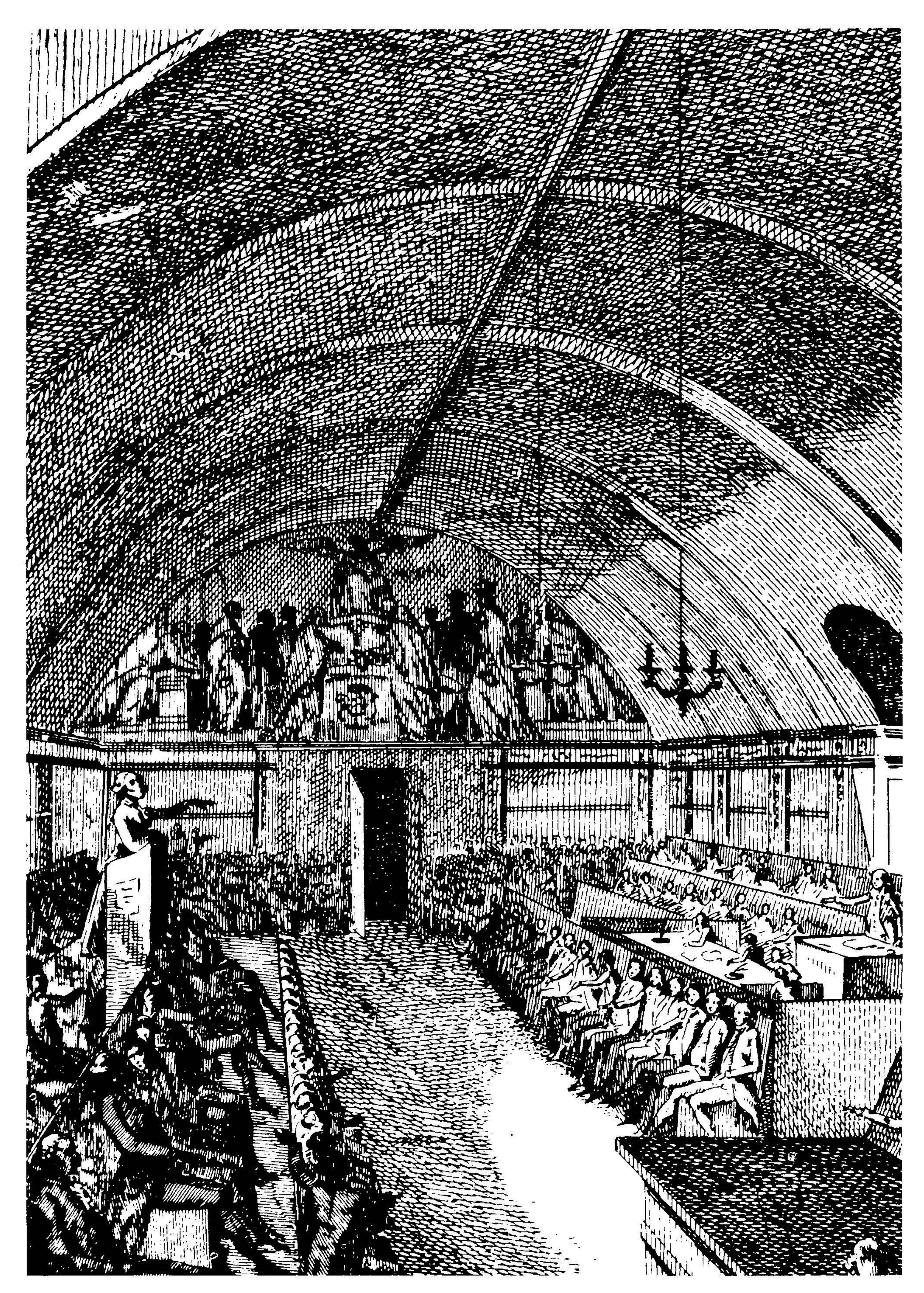

ntes de que hubiesen terminado los disturbios el Parlamento se había enemistado ya con una gran parte de sus partidarios al insistir en que los Estados Generales se constituyeran como en 1614, última vez en que habían sido convocados, reuniendo separadamente a cada orden (clero, nobleza y "tercer estado") y en igualdad de representación. Así el "tercer estado" tendría siempre menos votos y

El primer club revolucionario: la Sociedad de Amigos de la Constitución, conocido posteriormente como Club de los Jacobinos. La representación del "tercer estado" se confió a intelectuales, abogados y comerciantes burgueses. Los campesinos pobres y los obreros, —analfabetos y sin experiencia política— fueron dejados de lado.

las clases privilegiadas controlarían el proceso. Para la aristocracia el voto por orden o estado significaba el triunfo. En París el "tercer estado" hizo inmediatamente frente al desafío y durante el invierno de 1788-89 su campo fue extendiéndose a las provincias. Para ello impulsó una guerra de panfletos que, en poco tiempo, cambió la situación del Parlamento y ganó a su favor a la nación. Sus pretensiones se dirigían básicamente a lograr para el "tercer estado" una doble representación y la fusión de los tres estados separados en uno. El ministro Nécker, aun cuando no era un ardiente defensor de las medidas igualadoras, estaba dispuesto a utilizar al "tercer estado" para frenar a las órdenes privilegiadas, y por eso presionó para reforzar la representación del mismo. En esto fue decisivo el apoyo de la reina, que permitió que se acordara al "tercer estado" doble representación, pero sin modificar el procedimiento del sufragio.

El lema del "tercer estado", símbolo del desafío popular a los privilegios, fue esgrimido en una revuelta en la que el pueblo bajo luchó para alcanzar sobre todo sus propios objetivos y sin dejarse ganar totalmente por los objetivos de los políticos burgueses. La revuelta estalló a fines de abril en el suburbio de San Antonio, una semana antes de la reunión de los Estados Generales, en parte como reacción de los grupos obreros ante las opiniones de los fabricantes, Reveillon y Henriot. Estos, miembros destacados del "tercer estado" de París, se habían lamentado en sus respectivas asambleas de electores de los elevados salarios que se pagaban en la industria. Se desconoce si aconsejaron o no una reducción de los mismos, pero al parecer así lo interpretaron los obreros y artesanos del suburbio. A esto se sumó el aumento exorbitante del precio del pan. Se desencadenaron entonces violentas explosiones de protesta, en las que participaron unos dos mil manifestantes. A los desfiles por los barrios, en los que portaban grotescos figurones que representaban a sus presuntas víctimas, siguió la destrucción de muebles y efectos personales en la casa de Henriot; no así en la de Reveillon, custodiada por tropas reales. Dispersados por el ejército los revoltosos se reorganizaron al día siguiente, el 24 de abril, y mientras se convocaban más tropas, los obreros y artesanos recorrían los barrios reclutando refuerzos por medio de la persuasión o la intimidación. El desenlace se produjo cuando la casa de Reveillon fue arrasada y la Guardia Francesa reprimió violentamente a los manifestantes. Se produjo entonces una verdadera masacre en las estrechas y congestionadas calles del vecindario mientras la multitud se batía a los gritos de "¡Libertad . . . no cederemos!", "¡Viva el Tercer Estado!" y "¡Viva Nécker!". Esto demuestra cómo los nuevos slogans "patrióticos", en desacuerdo con la conducta de los revoltosos, iban siendo absorbidos por las clases bajas de París y utilizados, cuando era necesario, en su propio beneficio. La burguesía revolucionaria, sin embargo, confiaba en que podría lograr sus objetivos sin recurrir al riesgoso expediente de convocar a las masas. Para ello organizó una fuerte propaganda, sacando provecho de sus relaciones personales y sociales. Los cafés, como el célebre café Procope, se transformaron en el centro de la agitación. En este clima se realizó la elección de los representantes de los estados. En lo que se refiere al "Tercer Estado" la mayor parte de los elegidos eran intelectuales, abogados, que desempeñan un importante papel económico en las provincias, capitales y negociantes (entre ellos los del importante distrito comercial de la Gironda). Sólo tenían derecho a ser elegidos los que pagaban impuestos directos y habían vivido cierto tiempo en un lugar. Los campesinos pobres y los obreros, analfabetos y sin experiencia política fueron dejados de lado.

La primera sesión se realizó el 5 de mayo de 1789. Apenas inaugurada, el conflicto estalló. Mien-



El 5 de mayo de 1794 un Decreto del Municipio de París enfrenta a los trabajadores

"... gentes mal intencionadas han difundido entre los obreros que trabajan con artículos de primera necesidad sentimientos de revuelta e insubordinación que las leyes revolucionarias castigan con la muerte. Hemos visto cómo casi simultáneamente los picadores de tabaco, los panaderos, los obreros dedicados al apilado, transporte y almacenamiento de madera por vías fluviales exigían a los ciudadanos que les proporcionaban trabajo jornales por encima de los fijados por la ley, celebrando reuniones ilegales, amenazando con no seguir trabajando y, por último, llevando su malevolencia hasta abandonar totalmente su trabajo ..."

Ante la creciente presión de las fuerzas populares sobre la nobleza, el ejército se concentró en París a fin de desatar la represión. Sin embargo —tras haberse aprovisionado de armas y alimentos— los parisienses se lanzaron al ataque, apoderándose de la fortaleza de la Bastilla.



tras el clero y la nobleza se reunían para verificar los poderes de los delegados con el propósito de constituirse en asambleas diferentes, el "tercer estado" vacilaba. Seguir tal procedimiento significaba admitir el voto por orden; rebelarse contra él era entrar en la vía revolucionaria. El 12 de junio el "tercer estado" invitó al clero y a la nobleza a verificar en común los poderes, pero sólo logró el apoyo de algunos miembros del primero. Deseoso de adelantarse a cualquier decisión del rey o de la aristocracia decidió entonces el 17 de junio constituirse en Asamblea Nacional con derecho a reformar la constitución y autorizó provisoriamente la recaudación de los impuestos existentes. La puja con el poder real, aliado a la aristocracia, se acentuó y las divisiones aparecieron en los otros dos estados ya que la mayoría del clero, el de menor jerarquía, y algunos nobles se unieron al "tercer estado". El triunfo, gracias a la presión ejercida, se precipitó y el 9 de julio el rey aceptó y proclamó la Asamblea Nacional Constituyente, bajo cuyo control estaría, de ese momento en adelante, la autoridad real. La revolución jurídica se había cumplido: la soberanía nacional sustituía, en el plano político, al absolutismo real, gracias a la alianza del "tercer estado" con los representantes del bajo clero y la fracción liberal de la nobleza.

Pero el triunfo no era definitivo. Ni el rey ni la aristocracia estaban dispuestos a hacer verdaderas concesiones al "tercer estado". En ese momento no tenían mayores recursos para hacerle frente, pero estaban decididos a recurrir a la fuerza, si fuera necesario, para volver a someterlo.

El rey llamó entonces al ejército para que se congregara en torno de París y de Versalles. La Corte tenía intenciones de disolver la Asamblea. Ante los preparativos militares crecieron las tensiones en París, sobre todo en las masas populares, que desde mayo habían guardado una actitud expectante. La profunda crisis económica ejercía sobre ellas una fuerte presión. Las malas cosechas de 1788 y 1789 habían provocado un nuevo aumento en el precio del pan y en las regiones vitícolas la crisis hacía estragos. A consecuencia de todo esto había disminuido el poder adquisitivo de las masas. La vida era cara; la desocupación en la industria, carente de mercado, se acentuaba; la producción se estancaba o retrocedía. Se señala como responsables de esta situación a los recaudadores del diezmo, a los señores que perciben rentas de especie, a los negociantes que especulan con el alza de los granos. La campaña de propaganda electoral dio a esas masas, desesperadas por la crisis, una perspectiva política al proponerles la idea de liberación de la opresión y de la tiranía de los ricos. Para el pueblo el complot aristocrático y la crisis económica estaban relacionados: se pensaba que los aristócratas acaparaban los granos para aplastar al "tercer estado". Los disturbios, muy frecuentes en la primavera de 1789, se multiplicaron en julio y, especialmente, en víspera de la cosecha. La destitución de Nécker fue el detonante que hizo estallar en la capital la revuelta popular del 12 de julio. La contrarrevolución había convertido a las masas en una fuerza efectiva y actuante. Recelosos y hambrientos, los pequeños artesanos, los tenderos, los oficiales y los obreros, los *sans-culottes*, como se los denominará en ese momento, se lanzaron a las calles de París, exhortados por los líderes burgueses, como Camilo Desmoulins y otros, que dieron la orden de tomar las armas. A los desfiles, en los cuales los manifestantes llevaban bustos de Nécker y de Orleáns, los héroes del momento, siguieron la destrucción de los puestos de aduana, de las barreras, pues los impuestos al vino y a los alimentos eran duramente resistidos por los pequeños consumidores. Entre cuarenta y cincuenta puestos fueron arrasados en el término de cuatro días de revuelta. Se invadieron monasterios, conventos y depósitos en busca de fusiles, espadas, pistolas y también de trigo. La multitud invadía las calles mientras el comandante de la guarnición de París se retiraba al Campo de Marte y dejaba la capital en manos del pueblo. El 13 los electores parisienses del "tercer estado", que habían formado un gobierno provisional en la Municipalidad (la Comuna), alarmados por el curso de los acontecimientos, comenzaron a reclutar una milicia ciudadana o Guardia Nacional (cada distrito o barrio tenía que proporcionar 800 hombres) no sólo para enfrentar la amenaza militar de Versalles sino también para defender de los pobres a la capital.

El 14 de julio la multitud exigió armas. Después de extraer numerosos fusiles de Los Inválidos, los parisienses se dirigieron a la Bastilla, prisión fortaleza, símbolo del poder real, y donde se sabía que se había enviado una gran provisión de pólvora. Las negociaciones pacíficas fracasaron, y armados de picos, de fusiles y de las armas más diversas los parisienses se lanzaron al asalto y obligaron a sus defensores a rendirse. La caída de la Bastilla tuvo gran importancia política. El rey reconoció a la Asamblea Nacional, restituyó a Nécker, licenció las tropas, aceptó a la Comuna de París y permitió que gobernara la ciudad.

El movimiento parisiense repercutió enormemente en el interior. Se desencadenó una serie de insurrecciones en las ciudades de provincia. El pánico se extendió rápidamente por todo el país: el denominado "Gran Miedo" de fines de julio y principios de agosto. Ya en la primavera de 1789 habían aparecido bandas de mendigos y vagabundos, multiplicados por la desocupación, la escasez y la dispersión de las tropas reales después de la victoria popular en París. Una doble crisis había generalizado en ese año los movimientos de protesta rural. Por un lado, la crisis económica; por otro, la convocatoria de los Estados Provinciales, en los que

Después de las victorias logradas el 14 de julio la irritación creció. Los campesinos se armaron, volviéndose contra los señores feudales, quemando castillos y obligando a la Asamblea a suprimir algunos impuestos. También en las ciudades se produjeron enfrentamientos armados: la ilustración muestra un combate entre las fuerzas militares y la población civil.





los campesinos constituían una abrumadora mayoría, a fin de que elevaran sus cuadernos de quejas en toda Francia y eligieran representantes para la gran reunión de los Estados Generales. En principio la revuelta asumió la forma tradicional, la revuelta contra la escasez y el alza de precios, y se expresó, desde diciembre de 1788 a julio de 1789, en los ataques a los barcos cargueros, a los graneros, a los funcionarios de la aduana, a los comerciantes y labradores ricos, en los asaltos a panaderías y mercados, en la taxación popular del pan y el trigo, en la destrucción de propiedades, etc.

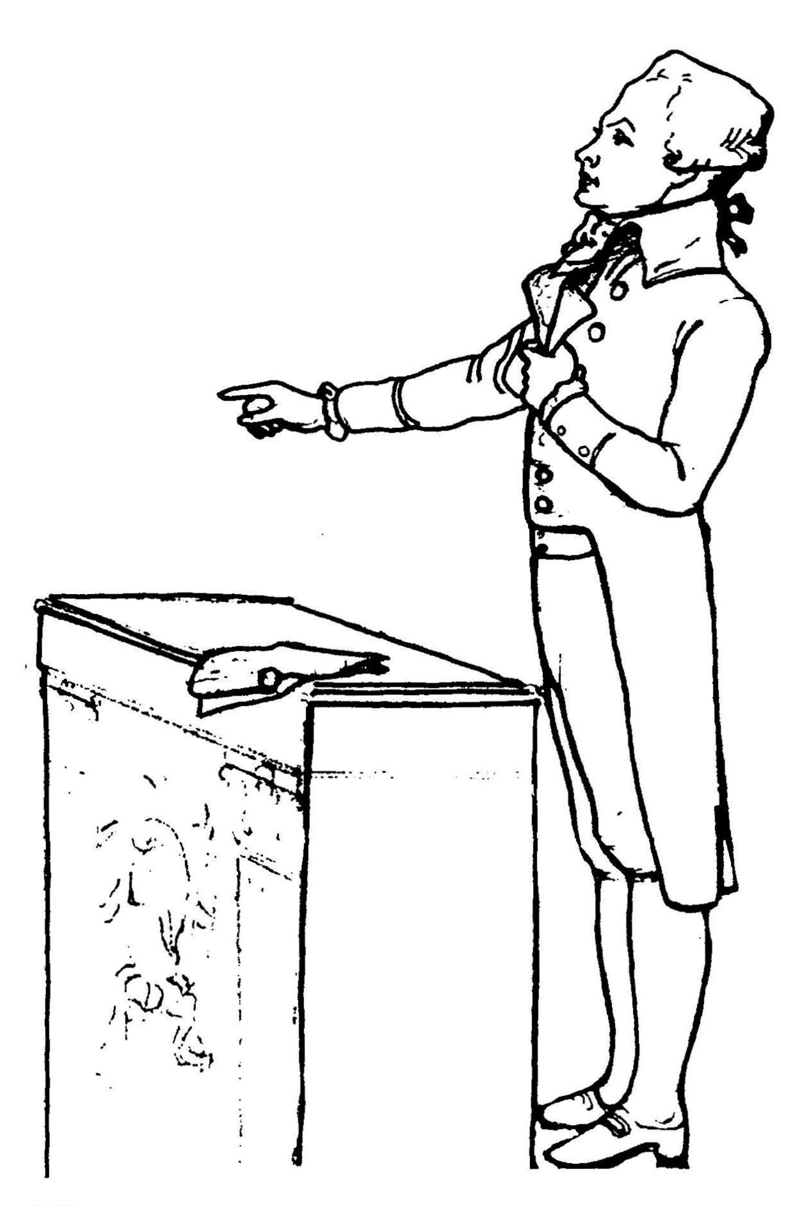
El miedo a los bandidos, sumado al temor del complot aristocrático y a la crisis, habían acrecentado la inseguridad en las zonas rurales y aumentado la irritación de los campesinos. En todas partes, y en algún grado, estalló la revuelta. A partir del 14 de julio los acontecimientos se desencadenaron con gran rapidez. La atmósfera de pánico creció ante los rumores. Circularon noticias deformadas de lo que sucedía en la capital. Ante el rumor de que bandas de salteadores avanzaban destruyendo todo a su paso, los campesinos se armaron, y así el "Gran Miedo" reforzó la insurrección campesina pues, cuando se hizo evidente que los temores eran infundados, los campesinos se volvieron contra los señores y comenzaron a destruir los castillos y en especial los viejos títulos en los que se consignaban los derechos feudales. Bajo el impacto de la crisis y de los acontecimientos políticos el movimiento campesino pasó de las antiguas protestas contra los precios a los ataques a los cercados, a los derechos de caza y a los bosques reales, y de ahí al enfrentamiento contra el sistema feudal mismo.

Ante el cariz que tomaban los movimientos rurales la Asamblea se alarmó. La burguesía no podía dejar expropiar a la nobleza pues ella misma poseía tierras y percibía rentas. La Asamblea comenzó a vacilar, y

En un discurso en el club de los Jacobinos, Robespierre ataca a las sociedades populares (16/3/1794)

"...Confiar a las sociedades populares la misión de depurar a los funcionarios públicos (una de las tareas que le asignaba un decreto del mismo año) sería pretender que los puestos quedaran exclusivamente reservados para los miembros de estas sociedades: sería invitar a los ambiciosos a que denunciaran los funcionarios a los que se destituiría para que aquéllos ocuparan sus puestos (...) Esta proposición tiende también a la ruina del gobierno, pues le imposibilitaríais para ejercer una vigilancia activa sobre los funcionarios públicos: anularíais la unidad de acción, dificultaríais la ejecución de las órdenes del gobierno. El sistema de Pitt y del Parlamento de Inglaterra consiste en despojar al gobierno republicano de toda la influencia adquirida estableciendo tantas autoridades constituidas como sociedades populares o intrigantes que quieran agitarlas..."

Los jacobinos, representantes de la pequeña burguesía urbana y rural, constituyeron el ala democrática de la revolución. De entre sus filas saldrían los líderes más importantes, entre ellos Robespierre, a quien se ve en la ilustración.



como reprimir por la fuerza al campesinado implicaba recurrir al ejército real, depender del rey, optó entonces por el camino de las concesiones. El 4 y 5 de agosto suprimió algunos anticuados, y relativamente menos importantes, derechos feudales (los privilegios del Estado, los diezmos de la Iglesia, los derechos de caza, la justicia señorial). Pero al mismo tiempo obligó a los campesinos a comprar, en condiciones casi imposibles, los derechos impuestos a la tierra (las rentas, los censos, etc.). El campesino pasó a ser libre, pero no su tierra. El régimen feudal no había sido destruido, pero había recibido un duro golpe.

La Asamblea inicia entonces la obra de reconstrucción: el 26 de agosto emite la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano". En ella se expresa el ideal burgués, los fundamentos del nuevo orden: un estado secular con libertades civiles y garantías para la iniciativa privada, gobernado por contribuyentes y propietarios. Mientras la propiedad se declara derecho imprescindible, y la libertad económica se considera un derecho natural, sólo se conceden derechos políticos a una minoría, la de los "ricos", y ninguna referencia se hace a la libertad de asociación, la que se considera peligrosa.

Pero la revolución no se ha consolidado. La Corte y el Rey, que permanecen en Versalles, tratan de frustrar el programa constitucional de la Asamblea. El rey se niega a sancionar los decretos de agosto en tanto algunos miembros del "tercer estado", temerosos frente a las reacciones populares, proponen fortificar los poderes del rey y de la nobleza. La crisis financiera continúa y el agravamiento de las dificultades económicas permite movilizar nuevamente al pueblo de París.

La primera gran ola emigratoria protagonizada por la aristocracia afectó profundamente al comercio parisiense: numerosos negocios se vieron obligados a cerrar, y se redujo el mercado para los productos de lujo, consumidos básicamente por esa aristocracia. Entre los trabajadores más afectados se hallaban los sombrereros, zapateros, boticarios y también los panaderos y los sirvientes. Desde agosto, los desocupados, encabezados por los aprendices panaderos, recurrieron al Municipio para conseguir trabajo. El 18 de agosto 1.000 oficiales sastres reclamaron un aumento de 10 sueldos en sus salarios y lograron que los maestros se adhirieran a sus reclamos. Mientras tanto, cerca de 4.000 sombrereros y sirvientes participaban en una manifestación en los Campos Elíseos frente a la Guardia Nacional. Sus demandas no sólo eran económicas sino también políticas: pedían que se garantizaran sus derechos de ciudadanos y el derecho de asistir a las asambleas de distrito y de enrolarse en la Guardia Nacional. De ambas actividades se hallaban excluidos por su condición de dependientes serviles.

Solicitaban además que, para resolver el problema del desempleo, se excluyera del oficio de sirvientes a los saboyanos.

También los zapateros y los boticarios solicitaron salarios más elevados, pero se vieron obligados a suspender sus reuniones y a retirar sus demandas. La Comuna tuvo para ellos, como para los restantes, una actitud negativa en tanto el pan seguía aumentando y en setiembre las colas reaparecían en las panaderías. La agitación crecía mientras el rey, cediendo una vez más a la presión del ya débil partido de la Corte, convocaba en Versalles a las tropas (el regimiento de Flandes). Nuevamente la crisis económica y la crisis política se conjugan, y se desencadenan entonces las jornadas de octubre. El detonante fue el "insulto" perpetrado contra la escarapela nacional, pisoteada en el banquete ofrecido el 1º de octubre en honor del regimiento de Flandes. La noticia indignó a los patriotas: Marat llamó a las armas a los distritos, invitándolos a marchar sobre Versalles. El 5 de octubre mujeres del barrio de San Antonio y de las Halles se reunieron iracundas, exigiendo pan, frente al municipio. La revuelta de hambre se transformó entonces en la "Gran Marcha de las Mujeres", las que, apoyadas por los batallones de la Guardia Nacional, se dirigieron a Versalles. La Asamblea y el rey prometieron trigo y pan. El rey aceptó, por otra parte, los decretos de agosto. Los manifestantes penetraron en el castillo y obligaron a la familia real a volver a la capital, seguida por la Asamblea Nacional. Por segunda vez las masas populares habían rescatado a la Asamblea y salvado a la revolución. A partir de entonces, mientras el movimiento campesino continuaba con las revueltas de hambre y los ataques a cercados, sin recuperar su primitivo alcance y vigor, las primeras grandes jornadas urbanas espontáneas comenzaban a convertirse en movimientos políticos de mayor complejidad encabezadas por los *sans-culottes* urbanos. Tales movimientos irían reflejando no sólo la intensidad de las luchas partidarias sino también, y muy especialmente, la creciente experiencia y conciencia política de los *sans-culottes* mismos.

Ideología y organización de los sans-culottes

Los *sans-culottes* parisienses no constituyeron una clase social. Se hace referencia a ellos como hombres ligados entre sí por una cierta posición común en el proceso económico y por intereses ideológicos semejantes. El *sans-culotte* era aquel que vivía de su trabajo, ya sea como oficial asalariado, trabajador ocasional, patrón artesano o maestro mercader. No tenía conciencia de clase, en el sentido que iba a tener este término posteriormente, pero sí tenía conciencia clara de las desigualdades sociales. Se puede decir que los *sans-culottes*

"¿Gritáis que es necesario evitar la guerra civil? ¿Que no hay que echar entre el pueblo la antorcha de la discordia? La discordia es mucho mejor que una horrible concordia en la que la gente muere de hambre." Fragmento del "Manifiesto de los Plebeyos", 1795.

constituían una fraternidad, pero no de productores sino de consumidores. En algunas oportunidades ellos mismos trataron de definirse. Algunos lo hicieron por oposición a los "*culottes* dorados" y a los "vientres vacíos".

Otros intentaron definir al grupo, básicamente, por su función social, el trabajo, pero al no llegar a una definición exacta de su puesto en la sociedad, en tanto trabajadores —por cuanto carecían de una noción clara y distinta del trabajo y de su función social—, sólo lo concibieron en función a la propiedad. Para ellos el trabajo era el fundamento de la propiedad, la cual debía permanecer siempre referida a él. A partir de allí se definieron como pequeños productores independientes, como propietarios, y por ese trabajo personal que realizaban en su tierra, si eran campesinos, o en su tienda y con sus herramientas si eran artesanos. La pequeña propiedad estaba íntimamente ligada a su existencia y su gran temor residía en verse reducidos a la categoría de trabajadores dependientes, de proletarios, a causa de la concentración de la propiedad.

La heterogeneidad del grupo incidió directamente sobre su ideología y sus reivindicaciones económicas. Se caracterizó en primer lugar por su idea del igualitarismo social, el cual suponía la limitación del derecho de propiedad, tan largamente defendido por la *sans-culotterie*. según las necesidades físicas de cada familia (célula social de base para el *sans-culotte*). Por otra parte, mientras se mostraba un defensor acérrimo de los precios máximos, en tanto consumidor, poco hizo por reivindicar los salarios. Esto se explica, en primer lugar, por la gran proporción de pequeños comerciantes y maestros artesanos que había entre ellos y que no tenían interés alguno en el alza de salarios, y, en segundo lugar, por la falta de conciencia de clase, lo cual llevaba a oficiales y obreros a aliarse con los anteriores. Sólo veían al enemigo común: el monopolista, el agiotista, el gran burgués ligado a las formas más modernas de producción. La idealización de la pequeña producción independiente, del pequeño taller, los llevaría a enfrentar la concentración de los medios de producción, aun cuando ellos mismos fueran propietarios. Hostiles al capitalismo que amenazaba con reducirlos a la condición de proletarios, se sintieron ligados, sin embargo, al orden burgués porque eran propietarios o aspiraban a serlo. Reivindicaron el liberalismo económico, tan caro a la burguesía capitalista, y defendieron la independencia de la tienda, del taller, de la propiedad rural. Pero al mismo tiempo reclamaron la limitación de dicha propiedad, oponiéndose no sólo a la gran concentración de la propiedad agrícola, sino también, y muy particularmente, a la de la propiedad comercial o industrial.

Todas estas contradicciones reflejan, sin lugar a dudas, la composición social de la *sans-culotterie* y explican su incapacidad para definir su puesto exacto en la sociedad y, por lo tanto, para formular un programa económico y social coherente.

Si en el plano económico el movimiento tiene características retrógradas, ligadas a formas ya superadas de producción o en vías de superación, en el plano político, por lo contrario, constituye una verdadera vanguardia. Influido fuertemente por la prédica de Rousseau, lanzó entre sus principales reivindicaciones la igualdad de los derechos políticos. Todo su pensamiento político partía de la base de que la soberanía residía en el pueblo y que esa soberanía era inalienable. A partir de esto defendieron el sistema representativo según el cual toda ley era válida en tanto fuera ratificada por el pueblo, sean cuales fuesen sus representantes, y como derecho imprescriptible. E iban más allá: afirmaban el derecho al gobierno directo, considerando que ningún límite debía ponerse a la asamblea de ciudadanos. Un último rasgo definía su concepción política:

su afirmación de procurar la unidad en torno a la causa revolucionaria. La voluntad general que era la prolongación de la soberanía, debía manifestarse sin discordancias internas. En este nivel era notable la ausencia total de espíritu individualista, en tanto en otros planos, como el económico, los *sans-culottes* permanecieron ligados al individualismo más estricto.

A partir de las grandes revueltas de 1789 el movimiento *sans-culotte* desarrolló una fuerte actividad política en las diversas secciones de París y en las restantes ciudades. El personal político de las secciones estaba constituido por representantes de: los Comités Civiles, en los que participaban, especialmente, los miembros más antiguos y ricos de la *sans-culotterie* y de los que se hallaban excluidos los asalariados; los Comités Revolucionarios, más democráticos, en los que participaban miembros de las profesiones artesanales, mercaderes y algunos asalariados; y por último los participantes en las asambleas y sociedades seccionales, en las cuales los asalariados estaban mejor representados. El adoctrinamiento político quedó en manos de clubes y sociedades fraternales, que, después de 1790, abrieron sus puertas a los trabajadores asalariados y a los artesanos: el Club de los Jacobinos —llamado así por reunirse en el convento de dicho nombre—, cuya cabeza era Robespierre; el Club de los Feuillants; el Club de los Cordeleros, dirigido por Dantón y Marat, etc.

A ello se sumó la influencia de muchos periódicos en los que expresaron sus ideas hombres como Camilio Desmoulins, Marat (*El amigo del Pueblo*), Prudhomme (*Las Revoluciones de París*), Brissot (*El Patriota Francés*), etc. Por todos estos medios las ideas de los demócratas y más tarde de los republicanos, se esparcieron por la población de los suburbios y de los mercados. Los resultados de esta nueva etapa de adoctrinamiento se verían rápidamente.

Los *sans-culottes* frente a la burguesía moderada (1789 - 1793)

Teniendo en sus manos el poder la burguesía moderada emprendió una gigantesca obra de racionalización y de reforma. En el plano económico, y en el ámbito rural, impulsó el cercamiento de las tierras comunales y estimuló el ausentismo de los propietarios rurales. Pocas satisfacciones recibieron los campesinos, salvo la secularización y venta de las tierras de la Iglesia y de la nobleza emigrada en 1790, que, aunque terminaron por fortalecer a los grandes arrendatarios y cultivadores, que ya eran propietarios, proporcionaron alguna recompensa a los campesinos pobres. Pero el carácter burgués de la política de la Asamblea Nacional Constituyente se pondría especialmente de manifiesto frente a los trabajadores urbanos.

Pese a la revolución triunfante, las condiciones de los obreros continuaron siendo muy difíciles. La desocupación resultante de la reducción del mercado para los artículos de lujo se había acrecentado. Temiendo el descontento consiguiente, el gobierno promovió obras públicas. En el invierno de 1790 a 1791 las condiciones habían mejorado algo y se inició un período de ligero resurgimiento industrial. Aunque el desempleo subsistía en los oficios que producían artículos suntuarios, en los otros había escasez de mano de obra. El momento era oportuno para lograr mejoras en los salarios, que habían aumentado muy poco desde el estallido revolucionario. Los precios, por su parte, se mantenían a un nivel relativamente bajo y estable. El movimiento *sans-culotte* se vio entonces arrastrado por las masas de asalariados que para apoyar sus demandas comenzaron a organizarse y decidieron recurrir a la huelga. Los primeros en actuar fueron los oficiales carpinteros, quienes en abril de 1791 exigieron un salario diario mínimo de 50 sueldos. El movimiento fue planeado con el apoyo de asociaciones de provincias e incluso con la del Club de los Cordeleros y de periódicos como *El Amigo del Pueblo*. La campaña era dirigida por la Unión Fraternal de los Carpinteros, la cual había sido reconocida legalmente. Bajo esta presión los principales contratistas aceptaron las condiciones. Sin embargo, una minoría rechazó las propuestas y derivó el problema a la Comuna de París. Esta, lejos de favorecer a los obreros, condenó su asociación, rechazó sus reclamaciones y amenazó con perseguir a sus dirigentes, aunque se les permitió continuar con las reuniones. La Comuna temía que pronto surgieran imitadores en otros gremios, como efectivamente sucedió. Con reivindicaciones similares se levantaron los sombrereros, los tipógrafos (que habían fundado la Unión de Obreros Tipógrafos) y otros.

A principios de junio, ante los insistentes rumores de que se estaba organizando una "coalición general" de 80.000 obreros parisienses, entre los que figuraban los zapateros, los herreros, los ebanistas, etc., la Asamblea, temerosa de las consecuencias de tal coalición, promulgó el 14 de junio de 1791 la ley Le Chapellier. Esta ley sostenía que los obreros, por intermedio de sus coaliciones, estaban resucitando ilegalmente las hermandades y cuerpos corporados que habían sido suprimidos hacía poco tiempo y declaraba ilegales a todas las coaliciones obreras, combinaciones o gremios, quedando sujetos a severas penas aquellos que violaran tal disposición. Sólo Marat protestó ante esta ley. Ni los trabajadores ni los demócratas opusieron objeciones. La ley permaneció en vigencia hasta 1864.

Poco tiempo después, un decreto dio por finalizadas las obras públicas y alrededor de 20.000 obreros quedaron sin trabajo.

La burguesía, a través de la ley Le Chapellier, y con el pretexto

Tras la toma de la Bastilla —en la ilustración superior— los nobles cedieron sus prerrogativas y fueros. Pero más tarde, cuando la aristocracia pretendió volver a imponer sus condiciones, se desató la época del "primer terror" El grabado inferior enfoca un tribunal popular en 1792.

de asegurar la libertad de trabajo, dejaba, en nombre de esa libertad, a los trabajadores desarmados ante los patrones.

Al mismo tiempo que reprimía a los obreros la política de la Asamblea originaba nuevos conflictos. Por una parte, el apoyo a una libertad económica incontrolada acentuó las fluctuaciones en el nivel de los precios de los alimentos y creó, especialmente en París, tensiones y animosidad entre las clases bajas. Por otra parte, la sanción en 1790 de la Constitución Civil del Clero, interpretada erróneamente como un intento de destruir a la iglesia cuando sólo tenía por objeto romper los lazos de sumisión con el absolutismo romano, hizo que se sumaran a la oposición la mayor parte del clero y de los fieles. En tercer lugar, el monarca, frente a la sanción de la Constitución de 1791, que instauraba una monarquía constitucional y aseguraba la dominación de las clases poseedoras, sintiéndose respaldado por una poderosa facción burguesa exrevolucionaria, buscaba en el exterior el apoyo de emigrados y familiares para recuperar su poder.

En junio de 1791 la fallida fuga de la familia real desencadenó un nuevo movimiento popular. No influyó en éste, como en casos anteriores, el precio o la escasez de alimentos, sino el adoctrinamiento político que habían recibido los *sans-culottes*. Reunidos en el Campo de Marte, el 17 de julio de 1791, los parisienses, entre los que se destacaba una mayoría de *sans-culottes*, firmaron una petición exigiendo la abdicación del rey y su reemplazo por una nueva autoridad ejecutiva. La manifestación adquirió características sangrientas pues fue reprimida violentamente por la Guardia Nacional, cuya intervención provocó la muerte de cincuenta manifestantes. Esta masacre, como nueve meses más tarde la guerra, ahondaría las divisiones entre los patriotas. Mientras tanto el rey reconocía la constitución y la Asamblea Legislativa, puntal del nuevo régimen, comenzaba sus sesiones en octubre de 1791.

El estallido de la guerra con Austria tendría para la revolución inesperadas consecuencias. Dos fuerzas impulsaron a Francia a la contienda armada: la extrema derecha y la izquierda moderada. Para el rey y la nobleza la guerra significaba la posibilidad de restaurar el antiguo régimen. Para los liberales moderados, encabezados por los diputados del departamento mercantil de Gironda, significaba eliminar la amenaza de la intervención extranjera en favor del rey, con lo cual podrían abocarse a solucionar las perturbaciones económicas y sociales que los aquejaban. Esto último permitiría el fortalecimiento de la posición internacional de Francia y llegar a acuerdos ventajosos con Inglaterra y Austria, ganando territorios para extenderse a las fronteras naturales de los Alpes y el Rhin. Los jacobinos, en cambio, pensaban que la guerra no debía comenzar mientras el rey, considerado traidor, permaneciera a la cabeza del país. Pese a su oposición, la guerra se declaró en abril de 1792. El esfuerzo que ella exigía reanimó el movimiento popular y llevó a la segunda revolución, la de 1792.

Ya en enero París se había visto convulsionado por disturbios generados por la escasez de azúcar y otros productos coloniales, escasez provocada por la guerra civil que había estallado en las Indias Occidentales entre plantadores y nativos. Coincidiendo con esto, el papel moneda circulante (el asignado, es decir el de curso forzoso, creado en esos años y emitido en grandes cantidades) sufría una fuerte devaluación. El movimiento se inició, como sucedía habitualmente, en los barrios de San Antonio, San Marcelo, San Dionisio y en los otros distritos comerciales del centro. Los *sans-culottes*, considerando, con alguna justicia, que la escasez había sido provocada por comerciantes que retenían las mercancías para obtener precios más elevados y que esgrimían como

En la ilustración superior: el rey Luis XVI y su familia son arrestados cuando pretendían huir a París. En la ilustración inferior: la desocupación sufrida por los miembros del ejército real llevó a sus integrantes a la mendicidad y el vagabundeo. La crisis llevó a los soldados a formar bandas que se dedicaron al saqueo y el pillaje.

pretexto los conflictos coloniales, se lanzaron sobre los negocios y depósitos de los comerciantes y mayoristas más importantes exigiendo la venta del azúcar a su precio anterior. Algunos distritos pidieron también la reducción de los precios del pan, la carne, el vino, etc.

El 20 de enero las mujeres encabezaron la revuelta y algunos almaceneros se vieron obligados a vender el azúcar a precios inferiores. Esto continuó en febrero. Se invadieron negocios y se vendió el azúcar a 20 sueldos, se asaltaron conocidos depósitos y el producto comenzó a ser vendido en la calle por los revoltosos, algunos de los cuales fueron encarcelados por el alcalde, lo que provocó la reacción de la población, que peticionó en su nombre a la Asamblea. Fue la primera campaña de tasación popular desde 1775.

Los disturbios se extendieron también a las zonas rurales. Allí, las malas cosechas, la devaluación del papel moneda asignado y especialmente, después de abril, la sorpresiva inflación provocada por la guerra, generaron una gran ola de revueltas que conmovieron intensamente a la gran llanura cerealista del Beauce. No fue el fracaso de la cosecha lo que afectó en especial a los campesinos sino, particularmente, el agotamiento de los mercados por parte de los grandes productores,que vendían directamente a los mercaderes de París, abasteciendo las zonas perjudicadas del sur, o acaparaban las mercancías esperando el alza de precios. El movimiento fue iniciado por los artesanos rurales (fabricantes de clavos, herreros, trabajadores del vidrio, etcétera) y fue apoyado en muchas oportunidades por la Guardia Nacional local, que era de extracción campesina. Sofocado en abril, se extendió hasta el otoño y se renovó en noviembre, como movimiento de tasación popular, alcanzó no sólo a los cereales sino también, en algunos casos, a las materias primas que utilizaba cada artesanía. Llegó incluso a imponer a ciertos arrendatarios un alza de salarios. Las Guardias Nacionales locales no ayudaron a sofocar el movimiento, sino que se plegaron a él en la mayoría de los casos. Es por esta razón que para eliminarlo se recurrió a las de otros departamentos. En diciembre habían perdido fuerza en tanto la crisis se superaba y la paz se restablecía. Las grandes jornadas políticas de 1792 eran precedidas y acompañadas, como en otras oportunidades, por las revueltas del hambre. En junio, frente a los reveses militares y el llamado a la defensa de la patria, las sociedades se multiplicaron, en tanto el pueblo se armaba. Mientras la burguesía moderada pactaba con la corte y ésta con el enemigo, los jacobinos organizaban a los *sans-culottes*, proclamando que la patria estaba en peligro. Los distritos exigieron la destitución del rey, en tanto frente a la Comuna legal se formaba el 10 de agosto la Comuna insurreccional, que, apoyada en los *sans-culottes*, tenía como líderes prominentes a Robespierre y Marat. El ataque armado a las Tullerías, llevado a cabo por los batallones regulares de la Guardia Nacional (compuestos en su mayor parte por tenderos, artesanos y jornaleros de París), significó el fin de la monarquía y el preanuncio de una república democrática y popular, fundada en el sufragio universal. La Comuna de París, como las que surgieron en las restantes ciudades, libraron una enérgica lucha contra los enemigos de la revolución. Se inició entonces la etapa del "primer terror", en tanto se reorganizaban la Guardia Nacional y un ejército de voluntarios, que se dirigió al frente. Evidentemente se estaba produciendo un traslado parcial del poder, de la rica burguesía liberal, comercial y financiera, a la media y pequeña burguesía, liderada por los jacobinos.

Ante la guerra, la República adoptó el expediente de movilizar la totalidad de los recursos de la nación a través del reclutamiento masivo, el racionamiento, el establecimiento de una economía rígidamente controlada y la eliminación de toda dis

ARESTATION, DU ROI ET DE SA FAMILLE

I

L'arrestation du Roi a eu lieu à Varennes, à 5 lieues de France, vers une heure après minuit, au moment où l'on venoit d'en etre prévenu par M. Drouet, maître de poste de Sainte-Ménehoult, qui a rendu un service essentiel à la France; quelle surprise pour ses fugitifs de se voir arrêtés au milieu de la nuit, par deux braves

Cronología política de Francia

1756-1763: Guerra de los Siete Años, en alianza con Rusia, Austria y Suecia, Contra Inglaterra y Prusia.
1763: Se firma la Paz de París y Francia pierde sus posiciones en Canadá y la India.
1775-1783: Francia apoya a Estados Unidos en su guerra de independencia contra Inglaterra.
1789: (5 de mayo) Apertura de los Estados Generales
(14 de julio) Toma de la Bastilla.
1791: Se aprueba la Constitución, de carácter monárquico.
(14 de junio) Ley de Le Chapelier contra las asociaciones obreras.
(17 de junio) Se reprime por las armas manifestaciones de masas en el Campo de Marte.
1792 (abril) Guerra con Austria.
(Junio-agosto) La multitud invade las Tullerías, hay nuevas insurrecciones y el Rey es tomado prisionero.
(10 de agosto) Derrocamiento de la monarquía.
(20 de setiembre) Victoria de Valmy.
(21 de setiembre) Se instala la Convención Nacional. Al día siguiente se instaura la República, que será conocida como Primera República (1792-1799).
1793: (21 de enero) Es guillotinado Luis XVI.
(1 de febrero) Francia en guerra con Inglaterra, España y Holanda.
(2 de junio) Se instaura la Dictadura de los Jacobinos. Gobierno de Robespierre. Agitación de los "rabiosos" de Roux y de los hebertistas. Período del terror jacobino, que dura hasta el 27 de julio de 1794, día que cae Robespierre.
(13 de julio) Constitución republicana jacobina: abolición de los derechos feudales y señoriales.
(29 de setiembre) Se aprueba la ley de "precios máximos".
1794: (27 de julio) Robespierre, derrocado, es guillotinado. La fecha en el nuevo almanaque francés es 9 Thermidor. Entre 1794-1795, reacción thermidoriana, de la derecha burguesa. Aparece el denominado "terror blanco".
(diciembre) Abolición de los precios máximos. Gran desocupación.
1795: (Abril y mayo) Insurrecciones de pobres en París al grito de "Pan y Constitución de 1793", reprimidos violentamente. Napoleón aparece al frente de la represión.
Constitución del Año III. Se crea el Directorio, expresión política de la derecha burguesa. El Directorio existe entre 1795-1799.
1796: La Conspiración de los Iguales, dirigida por Babeuf y Dartés, fracasa y los principales dirigentes son guillotinados.
1799: (9 de noviembre) Golpe de estado de Napoleón Bonaparte (18 Brumario), que derroca al Directorio e instaura el Consulado. Este régimen del Consulado funcionará entre 1799-1804, dominado por la figura militar de Napoleón. Ya desde 1802 Napoleón es designado Cónsul Vitalicio. Se aprueba un nuevo Código Civil.
1804-1814: Primer Imperio y guerras napoleónicas. Desde 1806, Inglaterra establece el bloqueo continental contra la Europa dominada por Napoleón. En 1812 Napoleón se aventura en la desastrosa campaña contra Rusia. La derrota napoleónica se expresa en la entrada de los aliados a París el 31 de marzo de 1814. Napoleón abdica y se instaura una nueva monarquía constitucional, conocida como la Restauración, en relación al Antiguo Régimen. El nuevo monarca es Luis XVIII (1814-1824). Hay un último intento de reconquistar el poder por parte de Napoleón, conocido como "Los Cien Días", para ser definitivamente derrotado en la batalla de Waterloo (18 de junio de 1815).

tinción entre soldados y civiles. El peligro no estaba conjurado. Ante el temor de la invasión se desencadenaron las matanzas del 2 de setiembre en las que murieron en manos del pueblo ciertos sacerdotes refractarios, los que no habían aceptado la Constitución Civil del Clero, y otros prisioneros. El "primer terror" llegaba a su punto culminante.

La invasión austríaca fue detenida en Valmy el 20 de setiembre y la Asamblea Legislativa cedió entonces su puesto a la Convención Nacional, cuya misión sería dar a Francia una nueva constitución. Al mismo tiempo que se proclamaba la República, la Convención, en la que dominaban los diputados girondinos y había escasa representación obrero-artesanal, reafirmaba el derecho de propiedad. En diciembre renacieron los disturbios, dirigidos esta vez por un grupo, denominado de "los rabiosos", liderado por un antiguo párroco, Jacques Roux.

Como no tenían representación en la Convención, éstos actuaban en las secciones de París y tenían gran influencia en la población obrero-artesanal. El movimiento se vio favorecido por una nueva alza de los precios que comenzó en febrero de 1793. Los productos más afectados eran el azúcar, el café, el jabón y las velas de sebo. El estallido popular fue más extenso y persistente que los anteriores y en él se delineó con fuerza, por primera vez, el conflicto básico, aquel que enfrentaba los intereses del pueblo bajo con los de las clases dominantes. Iniciado por una petición de las lavanderas, el movimiento estalló el 25 y adquirió las características de las campañas anteriores de tasación popular. El gobierno lo atribuyó a un complot contrarrevolucionario. Habíase generado en el distrito de Roux, quien, acompañado por Varlet, había atacado a los comerciantes, a los ricos y a los miembros de la Convención, declarando que nada habían hecho para mejorar la situación de las masas populares. Si bien no pre-

sentó un programa de reconstrucción económica radical, exigió que se llevase adelante una implacable lucha contra los acaparadores, los agiotistas, etc.

En marzo de 1793, cuando estaba en guerra con la mayor parte de Europa los girondinos se dieron cuenta de que la guerra revolucionaria sólo fortalecía a la izquierda, la única capaz de ganarla. Desencadenaron entonces virulentos ataques contra la izquierda y organizaron rebeliones provinciales contra París. Pero un rápido golpe de los *sans-culottes*, el 2 de junio de 1793, los expulsó de la Convención e instauró la república jacobina.

Los sans-culottes en la república jacobina (1793 - 1794)

Los jacobinos desarrollaron una política económico-social que, aunque liquidó definitivamente todos los remates del feudalismo, retrasó, sin embargo, la transformación capitalista de la agricultura y de las pequeñas empresas. Trabó así el proceso de urbanización, la expansión del mercado interno, la multiplicación de la clase obrera e incidentalmente el ulterior avance de la revolución proletaria. Tuvo el jacobinismo un corte netamente pequeño-burgués, basado en el derecho indiscutido de la propiedad privada.

En el campo sus principales medidas fueron la completa abolición de los derechos feudales, sin compensación alguna; la devolución a las comunas agrícolas de las tierras acaparadas por los señores; la venta de las propiedades de los emigrados en condiciones más o menos favorables; la división en partes iguales de los comunales cuando los campesinos de la aldea así lo dispusieran. Adoptaron también disposiciones para aliviar la situación de los pobres urbanos, tales como el seguro social para familias numerosas y ciudadanos pobres y las pensiones para ancianos.

Los jacobinos necesitaban contar con el apoyo de las masas para terminar con los disidentes girondinos y los notables provincianos y llevar a cabo su política. Es por eso que dieron cabida a algunas de sus peticiones, con las que ellos coincidían:

el control general de los precios. El "máximo general" de los precios había sido una vieja aspiración del movimiento popular, esbozada ya en los primeros años de la revolución. Su imposición, el 29 de setiembre de 1793, fue el fruto de la obra de los panfletistas, especialmente de los "rabiosos" y los hebertistas, de la presión de los *sans-culottes* y de la guerra. Al alcanzar a la mayor parte de los artículos de primera necesidad, extendiéndose incluso a los salarios, constituyó el punto de partida de un ambicioso programa de control económico.

Incluso en el plano político las aspiraciones de los *sans-culottes* parecían encontrar satisfacción ya que se promulgaba la constitución de 1793. Ella sancionaba el sufragio universal y el derecho de insurrección y otorgaba la seguridad oficial de que el bien común era la finalidad del gobierno.

Pero las concesiones de los jacobinos no habían solucionado la difícil situación de los que tenían poca o ninguna tierra, quienes, habiéndose liberado del yugo feudal, comenzaban a caer en manos de los campesinos ricos, que habían aumentado considerablemente la extensión de sus tierras. El pan no era suficiente y no podían aspirar a comprar tierras del fondo nacional. Frente a esta situación comenzaron a circular entre ellos planes de nivelación rumores de una posible "ley agraria" que alarmaban a los ricos, los que, por su parte, querían un gobierno capaz de frenar al pueblo. Al mismo tiempo estos últimos se mostraban descontentos frente al "máximo general", que los privaba de ganancias especulativas, y sólo estaban dispuestos a tolerarlo mientras existieran enemigos internos y externos al proceso revolucionario. La represión interna y las victorias de la guerra iban a darles a los propietarios la posibilidad de expresar abiertamente su insatisfacción.

En las ciudades, los grupos obreros y artesanales, por su parte, comenzaban a mostrar su decepción. La ley del "máximo", que sólo afectaba a la distribución de los productos y no a la producción, había significado nada más que un alivio temporario. Toda la producción continuó en manos de la burguesía y de los pequeños patrones y pequeños propietarios. Llevar a efecto la ley dependía de las autoridades locales, que, como provenían de estos grupos, carecían de todo interés en llevar a un cumplimiento estricto el "máximo". Cada vez más, especialmente los pequeños propietarios se rehusaban pese a las amenazas de la Convención a suministrar productos a precios estables. El gobierno por su parte no estaba en situación de organizar la oferta de productos a estos precios. Además si bien el salario fijado por la ley había aumentado en relación a las tarifas de 1790 también lo habían hecho, y en mayor proporción, los precios de las mercancías en el mercado libre en tanto bajaba el valor del papel moneda. A ello se sumaba el hecho de que toda organización combativa estaba prohibida, pues continuaba en vigencia la ley Le Chapellier.

La liquidación de la guerra civil y de la amenaza exterior inmediata favorecieron el desarrollo de una ofensiva de diversas clases sociales, especialmente de la burguesía.

Roux y "los rabiosos", que habían impulsado la llegada al poder de los jacobinos, se lanzaron contra éstos en el verano y el otoño de 1793. Insistían en que nada solucionaba el principio burgués de la igualdad ante la ley si no existía una "igualdad práctica", es decir, una igualdad económica. Criticaban acremente la política jacobina señalando que nada había hecho

Fragmentos del "Manifiesto de los plebeyos"

Redactado por Babeuf y publicado en *La Tribuna del Pueblo* el 30 de noviembre de 1795

"... ¡Pueblo, despierta a la esperanza!, acaba con la desesperación que te sepulta (...) Despierta a la vista de un futuro feliz. ¡Amigos de los reyes!, perded toda esperanza de que los males con los que habéis abrumado al pueblo le sometan para siempre jamás al yugo de uno solo. ¡Y vosotros, patricios!, ¡ricos!, ¡tiranos republicanos! renunciad igualmente, y todos a la vez, a vuestras especulaciones opresivas, sobre esta nación que no ha olvidado todavía sus juramentos a la libertad. Una perspectiva más feliz que todo lo que podéis suponer, se abre a su vista. ¡Dominadores culpables!, en el momento en que creéis que podéis azotar sin peligro a este pueblo virtuoso con vuestro brazo de hierro, os hará sentir su superioridad, se liberará de vuestras usurpaciones y de vuestras cadenas, recuperará sus derechos primitivos y sagrados. Desde hace demasiado tiempo estáis jugando con su magnanimidad; desde hace demasiado tiempo le estáis insultando en su agonía (...)
'El pueblo —decís— está sin vigor; sufre y muere sin atreverse a quejarse'. ¡El orgullo de la nación no se dejará pisar por estas humillaciones! ¡El nombre francés no pasará a la posteridad acompañado de este envilecimiento! ¡Que este escrito sea la señal, la luz que reanime y vivifique todo lo que en otro tiempo tuvo calor y valentía!, todo lo que quemó con llama ardiente por la felicidad pública y la independencia perfecta. ¡Que el pueblo tome la primera idea verdadera de la Igualdad! Que estas palabras: 'igualdad', 'Iguales', 'plebeyanismo' sean las palabras de unión de todos los amigos del pueblo. Que el pueblo ponga a discusión todos los grandes principios; ¡que el combate se centre sobre el famoso tema de esta 'igualdad' propiamente dicha y sobre el de la propiedad! ¡Que goce esta vez con la moral y que la llene de un fuego sostenido hasta la consumación total de su obra! Que destruya todas las antiguas instituciones bárbaras y que las sustituya por aquellas que son dictadas por la naturaleza y la justicia eterna. Sí, ¡todos los males del pueblo están en el límite; no pueden empeorar! ¡No pueden repararse si no es con un cambio total! ¡Que esta guerra del rico contra el pobre tome un color menos innoble!

....

¡Pérfidos o ignorantes! ¿Gritáis que es necesario evitar la guerra civil? ¿Que no hay que echar entre el pueblo la antorcha de la discordia? (...) ¿Qué guerra más irritante que aquella que muestra a todos los asesinos en un bando y a todas las víctimas sin defensa en el otro? ¿Clasificarías de criminal a quien arma a las víctimas contra los asesinos? ¿No es mejor una guerra civil en la que las dos partes puedan defenderse recíprocamente? Que se acuse, si se quiere, a nuestro periódico de avivar la discordia. Tanto mejor: la discordia es mucho mejor que una horrible concordia en la que la gente muere de hambre. Que los partidos tomen posiciones; que la rebelión sea parcial, general, instantánea, que retroceda, que se determine. ¡Nosotros estamos siempre satisfechos! ¡Que el 'Monte sagrado' o la 'Vendée plebeya' se formen un solo punto o en los ochenta y seis departamentos! Que se conspire poco o mucho contra la opresión, secretamente o a la luz del día, en cien mil conciliábulos o en un solo, poco nos importa ya que se conspira y los remordimientos e inquietudes acompañan siempre a los opresores. Hemos dado la señal para que muchos se den cuenta; para llamar a muchos cómplices; les hemos dado motivos suficientes y algunas ideas; estamos casi seguros de que se conspirará. Que la tiranía intente, si puede, interceptarnos (...) El pueblo, se dice, no tiene guías. Que aparezcan, y el pueblo desde este mismo instante romperá las cadenas y conquistará el pan para él y para todas las generaciones venideras. Repetimos una vez más: todos los males están en el límite; no pueden empeorar; ¡no pueden repararse si no es con un cambio total!... ¡Que todo se confunda!..., ¡que todos los elementos se envuelvan, se mezclen y choquen entre sí!... ¡Que todo se convierta en caos y que del caos salga un mundo nuevo y regenerado!
Apresurémonos, después de mil años, a cambiar estas leyes groseras."

por el pueblo y amenazaban a la Convención "con las picas de los oprimidos". Los jacobinos expulsaron entonces a Roux y a los otros líderes de los clubes revolucionarios e intentaron trabar su acción en la sección parisiense que los apoyaba. Roux fue aprehendido y se suicidó en agosto de 1793, antes de pasar por el Tribunal Revolucionario. La caída de "los rabiosos" constituyó la primera grieta visible en la alianza entre los jacobinos y los *sans-culottes*: la Convención limitó los derechos y actividades de las Asambleas de Sección, que habían sido hasta ese momento los cimientos y las palancas del movimiento revolucionario. Pero, burlando tales disposiciones, los militantes populares crearon sociedades seccionales que se multiplicaron con rapidez.

No tardaron en surgir conflictos en el seno mismo de los jacobinos. El ala izquierda se agrupó en torno a la Comuna de París, dirigida por Hébert y miembros del Club de los Cordeleros. Entre sus exigencias se destacaban el pedido de ampliación de las obras públicas, la construcción de hospitales y casas de habitación para los pobres, el abastecimiento de artículos de consumo diario a precios estables para toda la población y la aplicación despiadada del terror contra los enemigos de la revolución. La Comuna hebertista, buscando el apoyo político de la *sans-culotterie*, tendió a favorecer a los trabajadores y consumidores aplicando la tasa de las mercancías y desinteresándose de la de los salarios, hasta el punto de no respetar la ley.

Como éste era un período de movilización militar y escasez de trabajo, los salarios se triplicaron en relación con los de 1790. Después de la disolución de "los rabiosos" algunos militantes se unieron a los hebertistas, en tanto que hombres como Dantón (defensor de la nueva burguesía agiotista) y Robespierre (representante típico de la pequeña burguesía) libraban una enérgica lucha contra Hébert y sus partidarios.

La crisis económica latente se agravó a partir de enero de 1794. El "máximo" aseguraba el pan, pero de mala calidad, en tanto la carne, la leche y otros productos alcanzaban precios exorbitantes. El agravamiento de la crisis de subsistencia ponía en conflicto a los consumidores, asalariados y patrones.

Al mismo tiempo, tampoco el máximo de los salarios había evitado que la mayor parte de ellos quedara sujeta al juego de la oferta y la demanda, subiendo, como lo señaláramos anteriormente, por cuanto la demanda de fuerza de trabajo superaba a la oferta. Esto afectó la unidad de la *sans-culotterie*, que comenzó a disgregarse a causa de su heterogeneidad.

Los hebertistas apelaron a los *sans-culottes* descontentos y la lucha entre los jacobinos se extendió por todo el país amenazando la existencia misma del gobierno revolucionario. Para crear una corriente de adhesión popular a su política, el gobierno, a través del Comité de Salud Pública, votó en febrero de 1794 la confiscación de los bienes de los enemigos de la República y en marzo ordenó a las comunas hacer listas de los patriotas indigentes para repartir entre ellos esos bienes. Pero la maniobra fracasó. En marzo reaparecieron los disturbios porque el "máximo" sobre los precios había sido liberado y éstos subieron. Volvieron a aparecer las colas en mercados y en las panaderías, en tanto los obreros de los talleres de armas y municiones iniciaron sus reclamos de alza de salarios. En estas condiciones los hebertistas creyeron que podrían intentar una jornada revolucionaria que los llevara al poder, pero, carentes de un programa claro y amplio de demandas económicas que fueran entendidas por las masas, su proclama insurreccional del 4 de marzo cayó en el vacío y el 14, aislados, los jefes Cordeleros fueron arrestados. Las sociedades seccionales se vieron envueltas en la represión al hebertismo. Abatidas las secciones, disuelto el ejército revolucionario, licenciados los comisarios de acaparamiento, controlados los revoltosos, los comités de gobierno centralizaron los poderes y unificaron todas las fuerzas manteniendo un centro único de opinión y de acción, apoyado en la red de clubes jacobinos y sus filiales. Todo aquello que el movimiento *sans-culotte* había animado poco antes fue suprimido o puesto bajo el control del Comité de Salud Pública.

Gobierno de circunstancias, el gobierno revolucionario debía evitar todas aquellas medidas extremas que generaran la oposición de los sacerdotes, de los nobles ganados a la causa republicana y, sobre todo, de los negociantes y empresarios necesarios para la organización de la defensa nacional. Pero tal política les enajenaría, sin duda, el apoyo del movimiento popular.

En una política francamente favorable a los poseedores y fabricantes, el gobierno manifestó entonces su firme decisión de reprimir cualquier agitación obrera. Es por esta razón que, ante las demandas de salarios planteadas en abril por obreros del tabaco, yeseros, panaderos, carniceros y trabajadores portuarios, y ante las huelgas, la Comuna realizó arrestos y amenazó con la persecución de quienes abandonaran su trabajo sin autorización. En junio y julio los reclamos aumentaron. Iniciados por los obreros de las fábricas de armas, fueron continuados por los de la construcción, los alfareros, los obreros imprenteros, etc. En medio de la agitación la Comuna decidió publicar, el 23 de julio de 1794, los índices salariales que regirían en la ciudad. La disposición, que no tenía en cuenta los posibles aumentos en los salarios y en los precios, enfrentó a muchos obreros que estaban ante la perspectiva de ver reducidos sus salarios a la mitad, mientras los precios seguían subiendo. Al conjugarse el malestar político que desde la caída de los hebertistas se ampliaba en las secciones de París con el descontento suscitado por la tasa de salarios, el divorcio entre los *sans-culottes* y el gobierno revolucionario se concretó y en el paroxismo de la crisis política que dividía a los comités gobernantes Robespierre y los suyos quedaron sin apoyo popular. El 27 de julio (9 de Termidor) la burguesía negociante, los moderados, retomaban el poder ante la indiferencia o la hostilidad de los *sans-culottes*.

La culminación del movimiento *sans-culotte* (1794 - 1795)

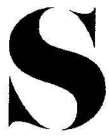
Los asalariados, que consideraban a los robespierristas un obstáculo para su movimiento reivindicativo y para la conservación de su nivel de vida, pensaron que, eliminados éstos, la situación cambiaría. Las nuevas autoridades, actuando demagógicamente, suspendieron la aplicación de la tasa y promulgaron posteriormente una nueva tarifa que suponía una considerable mejora de los salarios. Los obreros volvieron a los talleres, pero en noviembre el movimiento se reinició, cuando el gobierno intentó devolver la libertad al mercado, con lo que se reinició el alza de los precios y el rápido descenso de los salarios. Los obreros de los talleres de armas, que habían encabezado el movimiento, vieron cerrarse sus lugares de trabajo. Mientras la inflación recrudecía, se sumaban a ellos grupos de *sans-culottes*, que querían resistir el alza calamitosa de los precios. Una vez más la revuelta de hambre sustituyó a la huelga.

Mientras el trabajo era escaso y casi no existía desempleo, la huelga y la demanda de alza de salarios podían resultar efectivas. En cambio, después de diciembre de 1794, cuando la inflación y el desempleo se afianzaron, los obreros abandonaron la huelga como método de lucha y recurrieron a aquel más tradi-

"Que se conspire poco o mucho contra la opresión, secretamente o a la luz del día, en cien mil conciliábulos o en uno solo, poco nos importa, ya que se conspira, y los remordimientos e inquietudes acompañan sólo a los opresores." Cayo Graco Babeuf —a quien se ve en la ilustración— fue el autor de este fragmento, extraído del "Manifiesto de los Plebeyos".

cional de la revuelta del hambre. Los años de adoctrinamiento y experiencia política a través de las reuniones de las asambleas de secciones, las sociedades, comités y a través de la actuación en la Guardia Nacional y en el ejército revolucionario, formado para asegurar el abastecimiento de alimentos a la ciudad, sirvieron para que surgieran, entre los *sans-culottes*, líderes capaces que reflejan las aspiraciones sociales y las ideas políticas propias del grupo. La transformación sufrida por éste a lo largo del proceso revolucionario alcanzó su punto culminante en la gran insurrección popular de abril y mayo de 1795. La inflación que acompañó a la clausura de los clubes revolucionarios, después de la caída de los jacobinos, la persecución de los patriotas (Babeuf entre ellos) y el agravamiento de la crisis de subsistencia fueron los desencadenantes del proceso. Este se inició el 1º de abril (12 de germinal) cuando la Convención se vio invadida por una multitud encolerizada de hombres y mujeres que pedían a gritos ¡Pan! y ¡Constitución del 93! Al día siguiente un movimiento paralelo de inspiración jacobina intentó liberar a algunos de sus líderes arrestados en la víspera por su apoyo a los revoltosos. Panfletos y folletos, entre los cuales se destacaba ¡Pueblo, despiértate; es tiempo!, habían preparado la campaña de agitación que fue reprimida por destacamentos leales de la Guardia Nacional. A medida que la situación, con respecto a los alimentos, empeoraba, los disturbios en calles y mercados recrudecían tornándose más violentos el 20 de mayo (1º de Pradial). Las panaderías fueron asaltadas y las características de revueltas anteriores se repitieron; sin embargo se detectaba una mayor madurez política en el grupo. Los insurgentes llevaban lemas políticos en sus blusas y gorras y tenían objetivos políticos claros: liberar a los presos políticos, restablecer la Comuna de París (suprimida después de la caída de Robespierre), poner en vigencia la constitución del 93 y reimplantar los precios máximos. Por primera vez la dirección no estuvo en manos de grupos políticos externos, aunque tal vez existió alguna influencia de hombres como Babeuf y Buonarotti, que estaban encarcelados. Fueron sus propias consignas las que impulsaron el movimiento. La última resistencia se dio en el barrio de San Antonio, en el cual al cabo de cuatro días, los insurgentes se rindieron para evitar una masacre. A la derrota siguió una fuerte ola de represiones y proscripciones. Los días de las multitudes y las revueltas populares habían pasado y sobrevendrían treinta y cinco años de silencio.

Babeuf y el primer movimiento comunista



Si bien el ciclo insurreccional de las masas en la Revolución Francesa se había cerrado y el movimiento *sans-culotte* estaba desarticulado, la crisis de subsistencia de 1796, la tensión de la guerra, los sufrimientos, llevarán a una minoría de entre ellos a impulsar un último proceso revolucionario, en el cual, por primera vez y con toda claridad, se parte de un programa en el que la lucha de clases constituye el vértice a partir del cual se propondrían modificaciones estructurales de la sociedad. Correspondería a Babeuf y a su grupo (Buonarotti, Darthé, Marechal) presentar un plan casi completo de comunismo proletario, que no sólo fue el precursor de las doctrinas socialistas posteriores sobre la propiedad y la explotación colectiva de los medios de producción sino también de la idea de la dictadura del proletariado como manera de someter a las demás clases sociales y derrotar todo intento de contrarrevolución. La autodenominada "Conspiración de los Iguales" constituyó un fenómeno nuevo, diferente, en tanto intentó provocar un cambio total de la sociedad existente y de sus instituciones. A diferencia de los "socialistas"



del siglo XVIII, más moralistas que revolucionarios y que se contentaban con tibias reformas y soñaban construir modelos de una sociedad perfecta, Babeuf y su grupo partían de una realidad que conocían perfectamente. Este conocimiento marcó la orientación igualitaria y comunitaria del movimiento. Babeuf había palpado personalmente los problemas rurales de su tierra, Picardía, y los años de vida en París le habían permitido conocer bien de cerca las necesidades sociales de las masas urbanas, sus carencias, sus miserias.

El movimiento se organizó en torno a la sociedad "Unión del Panteón", y reunió en un principio a elementos sociales e ideológicos muy heterogéneos que se dispersaron, quedando una minoría al lado de Babeuf, cuando el Directorio disolvió la sociedad. A través de contactos personales y del periódico dirigido por Babeuf, *El Tribuno del Pueblo*, el grupo intentó atraerse a los numerosos elementos urbanos descontentos, en especial por causa del hambre, pero sólo lograron el apoyo de ciertos sectores *sans-culottes*, entre los cuales era mínima la proporción de asalariados y proletarios, y predominaban los tenderos y artesanos. La clase obrera no estaba madura para la revolución proletaria pues carecía de fuerza efectiva, dadas las características estructurales que mencionáramos antes. El movimiento no podía tener tampoco eco en el campo, donde ciertos grupos campesinos habían obtenido tierras, reafirmando sus derechos de propiedad razón por la cual no podían apoyar a un movimiento cuyo fin último era establecer la comunidad de bienes y la explotación en común de los medios de producción. Ni siquiera entre sus aliados logró Babeuf que se plasmara una real conciencia ideológica.

El instrumento del movimiento sería el "partido", constituido por un grupo reducido de revolucionarios, el cual prepararía la insurrección y detendría un poder político transitorio, apoyado por los obreros, hasta tanto se pudiera pasar del "gobierno de los hombres" a la "administración de las cosas". Entre los planes de los revolucionarios figuraba una serie de medidas que deberían aplicarse inmediatamente después de la toma del poder. El "Acta de Sublevación" incluía, entre ellas, la incautación de los almacenes de comestibles y la distribución gratuita de pan entre los pobres; la distribución entre aquellos que carecían de toda propiedad, de las propiedades confiscadas a los enemigos del pueblo y a las corporaciones; la abolición de todos los derechos de herencia de manera que la propiedad que aún fuese privada pasase, en el transcurso de una generación, a propiedad comunal. La propiedad pública sería administrada por funcionarios elegidos por el pueblo, que percibirían salarios similares a los de los trabajadores. El trabajo sería obligatorio para todos y sólo aquellos que realizaban un trabajo útil tendrían derecho al voto; la enseñanza se extendería a toda la sociedad y tendría como fin primordial instruir al pueblo en los principios de la nueva sociedad. La conspiración, que se había estructurado a lo largo de marzo y abril de 1796, fue descubierta por una delación y sus miembros arrestados el 10 de mayo. Marechal y Buonarotti fueron deportados y Babeuf y Darthé condenados y ejecutados.

Si bien el movimiento dirigido por Babeuf no fue más que un proceso un tanto marginal en relación con el desarrollo troncal de la Revolución Francesa, constituyó una anticipación de las luchas sociales que se producirían en la Europa del siglo XIX y en las cuales se gestaría el movimiento socialista moderno. Su valor reside también en que, por primera vez, la lucha política dejó de centrarse en la antigua oposición entre clases privilegiadas y no privilegiadas para hacerlo en el antagonismo entre ricos y pobres.

La revolución burguesa triunfa y poco tiempo después genera su primer mito: Napoleón Bonaparte. Comienza así el régimen burgués, sobre el fracaso del movimiento *sans-culottes*. Pero éste había dejado sus huellas en el movimiento popular, que resurgirían una y otra vez a lo largo del siglo XIX.

Bibliografía

Babeuf, C. G. *Realismo y utopía de la Revolución Francesa.* Barcelona, Ediciones Península, 1970.
Beer, Max. *Historia general del socialismo y de las luchas sociales.* Buenos Aires, Nueva Era, 1957.
Cole, G. D. H. *Historia del pensamiento socialista.* México, Fondo de Cultura Económica, 1957. Tomo 1.
Efimov A. y Breiberg N. *Historia de la época del capitalismo industrial.* Buenos Aires, Editorial Problemas, 1941.
Goubert, Pierre. *El antiguo régimen.* Bs. Aires, Siglo XXI Editores, 1972. Tomo I.
Hampson, Norman. *Historia social de la Revolución Francesa.* Madrid, Editorial Alianza, 1970.
Hobsbawm, Eric J. *Las revoluciones burguesas.* Madrid, Editorial Guadarrama, 1971.
Lefebvre, George. *La revolución francesa y el Imperio.* México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
Nicolle, Paul. *La Révolution Française*, París, Presses Universitaires, 1960.
Rudé, George. *La multitud en la historia.* Bs Aires, Siglo XXI Editores, 1971.
Souboul, Albert. *Las clases sociales en la Revolución Francesa.* Madrid, Editorial Fundamentos, 1971.
Souboul, Albert. *Historia de la Revolución Francesa.* Bs. Aires, Editorial Futuro, 1961.

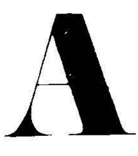
El Cartismo: las primeras luchas políticas obreras

Susana M. Belmartino

Las crisis en el campo empujan a la población inglesa a emigrar hacia los centros urbanos. Este proceso proveerá de mano de obra a la industria, que crece y permite la acumulación del capital a costa de un proletariado sometido a la superexplotación.

El resultado de las guerras napoleónicas fue francamente favorable para la economía inglesa y el desarrollo de la Revolución Industrial. A cambio de un ligero retroceso en su expansión, Inglaterra eliminó del mercado mundial a Francia, el único país que podía hacer peligrar su hegemonía económica. A partir de 1815 el capitalismo inglés amplió considerablemente sus mercados coloniales y esto le permitió, junto a la superexplotación de los sectores obreros, emprender el poderoso desarrollo industrial, técnico y económico que alcanzaría su momento culminante en la segunda mitad del siglo. Crece la gran industria, aumenta la producción de carbón y de hierro, estimuladas por la expansión ferrocarrilera; se generalizan el sistema fabril y la mecanización de los oficios y junto con la creciente exportación de bienes de consumo comienza la exportación de bienes de capital. Prosigue por otro lado y llega a su término la revolución agraria que concentra definitivamente las tierras en manos de la aristocracia latifundista, la cual intentará, una vez concluida la guerra, defender sus intereses económicos mediante la Ley de Granos. Con la restructuración del campo se intensifica el éxodo de la población hacia los centros mineros y fabriles.
Este proceso y la remoción de las Leyes de Pobres proveerán de mano de obra a la gran industria, que crece y permite la acumulación de capital a costa de un proletariado urbano sometido en esta etapa a uno de los regímenes de explotación más intensos de la historia.
En este marco la burguesía industrial, cada vez más poderosa, reinicia sus luchas por el poder, para lo cual buscará el apoyo de las clases trabajadoras Pero las alianzas, cuando se concreten, pondrán en evidencia la incompatibilidad entre los intereses de esa burguesía y los de la clase obrera, y ésta emprenderá, junto a las luchas económicas y sindicales, una lucha política autónoma cuyo objetivo es obtener el poder a través del sufragio universal. Surge así, en medio de las peticiones, de las grandes huelgas, de las rebeliones contra la nueva Ley de Pobres, de las impugnaciones al sistema realizadas por los socialistas utópicos, del desarrollo de una conciencia de clase y de una ideología propias que muchas veces se expresa en el periodismo obrero, un movimiento que, a pesar de sus fracasos y de la diversidad de la clase que lo apoyaba, estaba destinado a cumplir una etapa fundamental de la historia de las luchas obreras: el cartismo, el primer movimiento político nacional de la clase obrera.

Los progresos de la Revolución Industrial



A partir de 1880 el comercio de exportación comenzó en Inglaterra a crecer notablemente. En la rama textil, en la cual la demanda de exportación siempre había sido superior a la capacidad productiva, las exportaciones de productos de lana y algodón pasaron, de 1800 a 1850, del treinta por ciento al sesenta por ciento con respecto al valor total de las exportaciones.
El aumento de la producción textil y la generalización de la mecanización, alentada por la creciente demanda, estimularon el crecimiento en otras áreas. A medida que comenzó a aplicarse la máquina de vapor y que creció la complejidad del equipo productivo no sólo se hizo necesaria la construcción de nuevos edificios sino que también creció la demanda de máquinas. Las empresas que las producían empezaron a multiplicarse en la década de 1820, y a consecuencia de esto se perfeccionaron las técnicas de fabricación y se realizaron importantes avances en la ingeniería mecánica especializada. En lo que se refiere a la demanda interna de bienes de consumo, si bien aumentó con

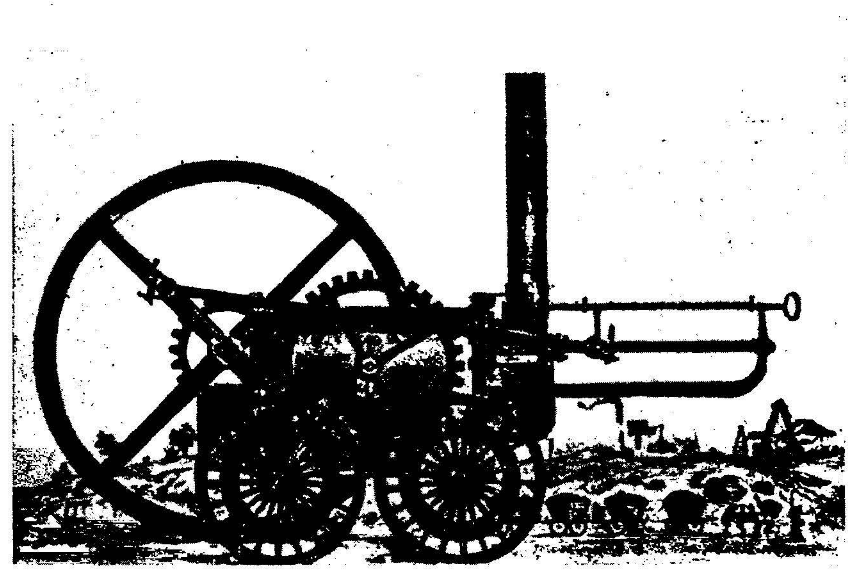
Los barrios obreros de Manchester

"Así son los barrios obreros de Manchester, como tuve ocasión de observarlo yo mismo durante veinte meses. Resumiendo el resultado de nuestra peregrinación por esta localidad, debemos decir que los 350.000 obreros de Manchester y de sus suburbios, habitan casi todos en viviendas malas, húmedas y sucias; que las calles de estos barrios están en el peor estado y la mayor suciedad, sin ningún cuidado por la ventilación, y dispuestas sólo con vistas a la ganancia del constructor; en una palabra, podemos decir que en las habitaciones de los obreros de Manchester no es posible ninguna limpieza, ninguna comodidad y tampoco ningún confort; que en esas habitaciones solo una raza no ya humana, degradada, enferma del cuerpo, moral y físicamente rebajada al nivel de las bestias, puede sentirse feliz y a su gusto. Y no soy el único en sostener esto: hemos visto que el doctor Kay hace la misma descripción, y quiero exponer lo que dice un liberal, una autoridad conocida y muy apreciada por los liberales, un adversario fanático de cada movimiento independiente de los obreros, el señor Senior: 'Cuando estuve en las habitaciones de los trabajadores de las fábricas de Ancoats, de la ciudad irlandesa y de la "pequeña Irlanda, me asombré de que fuese posible conservar una salud tolerable en tales viviendas. Estas ciudades —ya que lo son por la extensión y por el número de sus habitantes— han sido construidas con una falta absoluta de cuidado respecto a todo, exceptuando la utilidad inmediata de los especuladores que las construían. Un carpintero y un albañil se asociaban para comprar un terreno (es decir, para tomarlo en alquiler por cierto número de años) y cubrirlo de casas, por llamarlas de algún modo; en un lugar encontramos una calle entera que seguía por una profunda zanja, a fin de poder construir los sótanos sin el gasto de la excavación, sótanos que no servían como escondrijo negocio sino como habitaciones para seres humanos. Ninguna casa en estas calles escapó al cólera. Y en general, las calles en estos suburbios están sin empedrar, con un montón de estiércol y una charca en el medio; las casas están construidas con el muro posterior en común y sin ventilación o posible desecamiento y familias enteras viven amontonadas en el rincón de un sótano o en un desván'."

(De: Federico Engels; *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* 1845.)

el crecimiento de la población y con su progresiva concentración en las ciudades, se vio frenada por las miserables condiciones de vida y los escasos ingresos que caracterizaban la situación de esas nuevas masas urbanas.
La combinación de todos estos factores produjo una expansión sin precedentes. Pero el crecimiento de las industrias destinadas a la producción de bienes de consumo, aunque importante, no era suficiente. El problema central estaba en la necesidad de desarrollo del mercado para la gran industria, en particular la del hierro y el carbón. En lo que se refiere a la producción de hierro, aunque la capacidad productiva había aumentado considerablemente gracias a las innovaciones técnicas de las últimas décadas del siglo XVIII, la demanda no se había desarrollado en la misma proporción. La producción de carbón, en cambio, se encontraba en plena expansión. Su gran demanda, a partir del siglo XVI, provenía del hecho de que el carbón era utilizado como combustible industrial y doméstico, y su uso se acentuó en particular en el siglo XVIII a causa del gran crecimiento de las ciudades. En 1800 Inglaterra producía diez millones de toneladas de carbón, lo que constituía el 90 % de la producción mundial. La producción de hierro, en cambio, no llegaba a la mitad de la del continente europeo.
Sería esa creciente demanda de carbón la destinada a constituir el estímulo para una mayor producción de hierro. Las minas carboníferas no solamente requerían en grandes cantidades máquinas de vapor de mucha potencia, sino también eficientes medios de transporte para su producción. Y eso hizo que la industria carbonífera estimulara una invención que abriría mercados incalculables para la elaboración del hierro: el ferrocarril.
No hay duda de que el ferrocarril, destinado a revolucionar el transporte por tierra de pasajeros y mercancías, tan caro y tan lento hasta ese momento, fue

El perfeccionamiento de las máquinas accionadas por vapor propulsó el desarrollo de la industria ferrocarrilera, que tendría una indiscutible importancia en la organización posterior de la economía inglesa. En la ilustración superior: inauguración de una línea férrea. En la ilustración inferior: una de las primeras máquinas utilizadas en Inglaterra.



Las dos ilustraciones atestiguan el temor de la población europea hacia el ferrocarril, ya que los primeros accidentes ferroviarios conspiraron —en un primer momento— contra ese medio

producto de la zona carbonífera inglesa. Jorge Stephenson, que en 1814 construyó la primera locomotora, trabajaba como maquinista en Tyneside y durante años todos los conductores de locomotoras se reclutaron en la zona minera. La primera línea férrea circuló desde la zona minera interior de Durham hasta la costa, en 1824 y las líneas cortas de carácter local establecidas en los distritos carboníferos se desarrollaron entre 1830 y 1850. Era un sistema nacional que abarcaba toda la isla y que fue el resultado de dos períodos diferentes (1836-37 y 1844-48) de inversión de capital y de especulación en el nuevo medio. Desde el punto de vista del desarrollo económico el surgimiento del ferrocarril y su rápida expansión produjo una enorme demanda de hierro y acero, de carbón y maquinaria pesada, de trabajo e inversiones de capital. Demanda imprescindible para alentar la transformación de la gran industria. La producción de hierro alcanzó el millón de toneladas hacia 1835 y se triplicó en los veinte años siguientes. La de carbón llegó a 20 millones hacia 1825 y a unos 65 millones treinta años después.

La construcción de vías férreas fue obra de empresas privadas. El Estado se limitaba a autorizar la construcción de las líneas. A mediados del siglo había 1.300 compañías que explotaban 11.000 kilómetros de vías. El desarrollo del ferrocarril influyó en otros medios de comunicación, que para competir debieron modernizarse, como sucedió con las empresas que explotaban la navegación por los canales. Son múltiples los efectos que, a partir de ese momento, tuvieron los avances en los medios de comunicación, y entre ellos es importante señalar el hecho de que permitieran la localización y la concentración de las industrias en los sitios que les resultaban más favorables.

Los ferrocarriles ofrecían otro inestimable apoyo para el crecimiento del capitalismo: absorbían capitales en proporciones enormes. La inversión británica dirigida a la construcción de ferrocarriles en Gran Bretaña, y también en el continente, cumplió la doble función de proporcionar una colocación rentable al capital y de estimular la exportación de bienes de capital británicos. A poco tiempo de que se produjera el *boom* ferrocarrilero en Inglaterra comenzó la construcción de líneas en el continente. En 1830 había unas pocas decenas de sillas de vías férreas en todo el mundo; en 1840 existían más de 4.500 millas y en 1850 la cifra era superior a las 23.000. La expansión continuaría después de mediados de siglo con la construcción de ferrocarriles en Norteamérica, India, Rusia y América Latina.

El desarrollo de la gran industria capitalista se vio también favorecido por la abundancia y facilidad del crédito. En 1815 la Banca de Inglaterra era el mayor depósito de capitales del mundo. En 1819 vuelve al pago en metálico, que había sido suspendido por las dificultades de la guerra, lo que acrecentó considerablemente su prestigio. Los bancos privados, constituidos mediante sociedades por acciones, practicaban el depósito, el descuento y el crédito a largo término.

Puede sorprender la importancia de la inversión en ferrocarriles, sobre todo porque proporcionaba beneficios modestos al inversor corriente, aunque no a los promotores y especuladores, que habían obtenido con él importantes ganancias. En 1855 el interés medio del capital invertido en los ferrocarriles británicos era de 3,7 por ciento anual.

La explicación se encuentra en la enorme cantidad de rentas que habían acumulado las clases poseedoras durante la primera época de la revolución industrial. Gran parte de esos enormes beneficios se invirtieron en lujosas construcciones, tanto públicas como privadas, que contrastaban con una población hambrienta, cuya miseria era el precio de esa acumulación.

También se invirtió en emprés-



Las condiciones de trabajo en una hilandería

"En Tyldesley los hombres trabajan, incluida la hora de la comida, 14 horas por día, a una temperatura de 80° a 84° Fahrenheit; la puerta permanece cerrada durante las horas de trabajo; salvo unos treinta minutos para la hora del té, a los trabajadores no se les autoriza a enviar por agua para refrescarse en medio de la atmósfera sofocante de la hilandería; aun el agua de lluvia está bajo candado, por orden del patrón; de lo contrario los hilanderos estarían satisfechos de poder utilizarla. He aquí las multas que se les imponen:

	Chelines	*Peniques*
Todo hilandero que haya abierto una ventana	1	0
Todo hilandero al que se lo encuentre sucio en el trabajo	1	0
Todo hilandero que se lave en el curso del trabajo	1	0
Todo hilandero que no haya vuelto a poner su aceitera en su sitio	1	0
Todo hilandero que haya reparado la correa de su tambor y haya dejado encendido el pico de gas	2	0
Todo hilandero que abandone su telar y deje el gas encendido	2	0
Todo hilandero que encienda el gas demasiado temprano	1	0
Todo hilandero que hile a la luz del gas demasiado tarde por la mañana	2	0
Todo hilandero que haya abierto demasiado su llave de gas	1	0
Todo hilandero que silbe durante el trabajo	1	0
Todo hilandero que tenga los restos de hilo sobre los pesos del telar	0	6
Todo hilandero que tenga desperdicios sobre la banda del carro	1	0
Todo hilandero que llegue 5 minutos después del último toque de campana	1	0
Todo hilandero enfermo que no pueda proporcionar un reemplazante que dé satisfacción pagará por día, por la pérdida de energía mecánica	6	0
Todo hilandero que haya descuidado levantar sus desperdicios de hilos defectuosos tres veces por semana	1	0

(De: *Political Register*, 30 de agosto de 1823.)

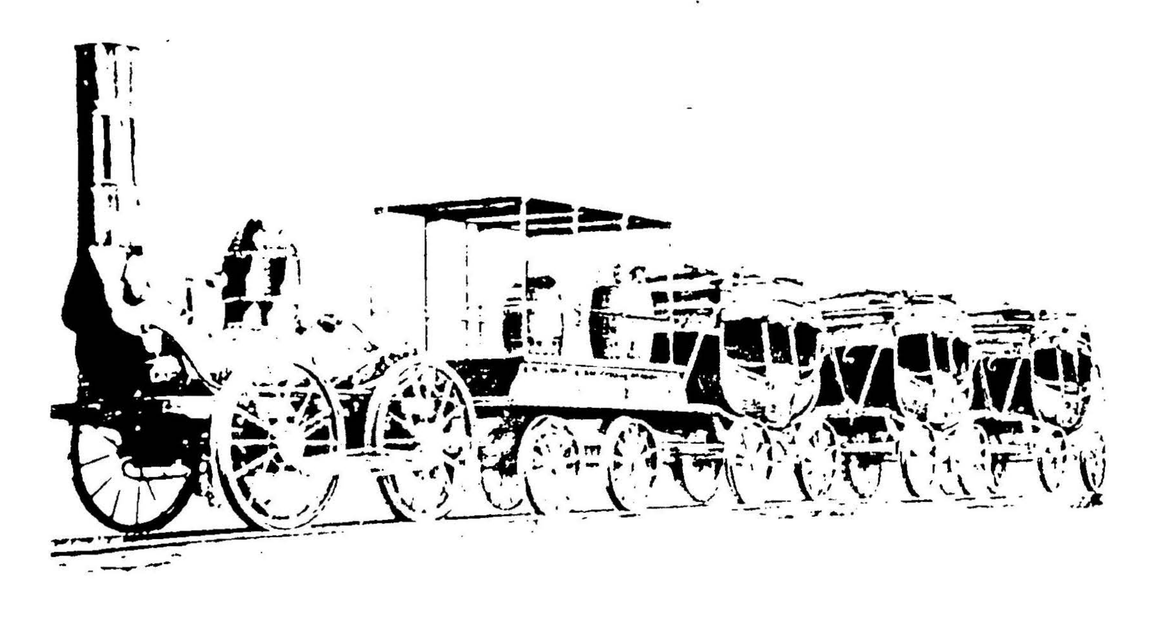
titos al extranjero, pero estos empréstitos, concertados con países americanos a partir de 1820, resultaron un fracaso en su mayor parte. Esto explica el hecho de que la inversión en ferrocarriles, aunque al principio pareciera menos provechosa, fuera vista por los inversores como más segura.

A pesar de esta considerable expansión en algunas áreas, no se había producido todavía un desarrollo uniforme de la gran industria en todo el país. La producción fabril se concentraba en la zona algodonera del norte y en los distritos mineros. En otros lugares, en cambio, predominaban las manufacturas, el trabajo agrícola o el de la industria domiciliada. El desarrollo económico de la Inglaterra de estos años no es regular. Se producen cíclicamente crisis más o menos violentas. (1815-18, 1825-26, 1836-37, 1839-42, 1846-48). Las malas cosechas provocan alzas masivas de los precios agrícolas, alteran las condiciones de vida del asalariado, ocasionan sucesivamente el cierre del mercado campesino, la disminución de la producción industrial, la textil en primer lugar, la metalúrgica luego, el marasmo en los negocios, la desocupación, la caída de los salarios y las revueltas obreras.

La culminación de la Revolución Agraria

La revolución agraria que precede y acompaña a la revolución industrial incidió sobre el aumento de la población y proveyó de alimentos a las masas que ingresaban en la producción industrial. La producción agrícola crece a medida que se concentra la propiedad, que se la somete a una explotación comercial, que se avanza técnicamente (abonos químicos, drenajes, praderas artificiales). Durante la década que va de 1840 a 1850 se producen

El incremento natural de la población y la concentración en las grandes ciudades proveyó de mano de obra barata a la industria. Arriba: condiciones de trabajo en una forja, 1833. La labor realizada por los operarios no sólo es agobiante sino también peligrosa. Abajo: un modelo de locomotora utilizada en Inglaterra hacia 1840.



Las condiciones de vida de los obreros

"... Esta es la Manchester vieja, y si releo mi descripción debo reconocer que, lejos de ser exagerada, no es suficientemente colorida para poner en evidencia la inmundicia, el empobrecimiento y la inhabitabilidad que son otras afrentas a la limpieza, a la ventilación y la salud de este barrio, que contiene, por lo menos, de veinte a treinta mil habitaciones. ¡Y tal barrio existe en el centro de la segunda ciudad de Inglaterra, de la primera ciudad industrial del mundo! Es necesario llegar hasta aquí, si se quiere ver qué pequeños espacios tiene el hombre a su disposición para moverse, qué poco aire —¡y qué clase de aire!— ha de respirar, ¡cómo puede vivir con tan poca civilidad! Decimos la ciudad vieja, pero —y esto nos observan aquellos a quienes se habla del horrible estado de este infierno en la tierra— ¿qué significa eso de ciudad vieja? Todo lo que suscita nuestro horror e indignación es de origen reciente, pertenece a la época industrial. Las doscientas casas que pertenecen a la Manchester vieja han sido, hace mucho tiempo, abandonadas por sus primitivos habitantes; sólo la industria las ha hecho ocupar por una legión de obreros que hasta ahora están alojados en ellas; sólo la industria ha construido hasta en la más pequeña superficie libre, entre estas viejas casas, para procurar un techo a las masas traídas de las regiones agrícolas y de Irlanda; sólo la industria permite a los propietarios de estos establos alquilarlos a alto precio como habitaciones, explotar la miseria de los obreros, enterrar la salud de millares, para que así se enriquezcan los propietarios; sólo la industria ha hecho posible que los trabajadores, apenas liberados de la esclavitud del cuerpo, sean empleados nuevamente como simple material, como una cosa que se debe encerrar en una habitación, demasiado mala para cualquier otro, y que el propietario, por su querido dinero, tenga el derecho de enviar a los demás a la ruina. Solamente la industria ha hecho esto; ella no habría podido vivir sin estos obreros, sin la miseria y la servidumbre de ellos. Es cierto que, siendo mala la situación primitiva en este barrio, no podían hacerse en él muchas cosas hermosas; pero ¿han hecho algo para mejorar todo esto, con reparaciones, los propietarios o la administración de la ciudad?"

(De: Federico Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1845.)

cambios revolucionarios tanto en el plano técnico como en el de la inversión de capitales gracias a la generalización de los métodos descubiertos en el siglo anterior. Cambia con ello fundamentalmente la vieja aldea inglesa. Desaparecen las pequeñas explotaciones, los tradicionales oficios rurales, la fabricación de ciertos productos para el mercado general o para el consumo propio, las industrias domiciliadas. El campesino debe entonces transformarse en jornalero rural, es decir, someterse totalmente a las grandes explotaciones agrícolas pertenecientes a la aristocracia y en manos de arrendatarios capitalistas o emigrar hacia las zonas mineras o industriales. Esta transformación termina su ciclo hacia 1850. Para entonces la explotación agrícola se concentra definitivamente en manos de los grandes terratenientes y han desaparecido las tierras comunales y los campos abiertos, característicos de los siglos anteriores.

En términos de productividad económica esta transformación fue un éxito enorme. Su costo social fue, en cambio, trágico. En especial después de la crisis agrícola de 1815 la situación de los trabajadores rurales estuvo signada por la miseria más absoluta. Esto era lo que necesitaba la revolución industrial, pues se produce un éxodo masivo que proveerá de mano de obra a los centros fabriles en constante crecimiento. Un fenómeno inverso al que se da en Francia, donde el relativo bienestar de las clases campesinas privó a la industria de esa mano de obra.

Mientras los campesinos ingleses se pauperizaban aumentaba el ingreso de todos aquellos que tenían intereses en la producción agrícola y que podían llevar un excedente al mercado. La guerra, al cerrar las importaciones agrícolas, había permitido mantener estables los precios de sus productos e incluso aumentarlos, como ocurrió con el trigo en 1812. Los arrendatarios agrícolas se beneficiaban con el precio del pan,

y con ellos los propietarios y los receptores de diezmos y rentas, mientras las clases explotadas sufrían las consecuencias de esos aumentos en el precio de su alimento básico. Cuando termina la guerra la aristocracia, ante la posibilidad de que disminuya el precio de los cereales, por la apertura de las importaciones, obtiene la promulgación de la Ley de Granos. Esta permitía la importación de grano extranjero siempre y cuando el precio del grano inglés se mantuviera sobre un costo dado (82 chelines el cuarto de tonelada). Esta forma de mantener artificialmente la prosperidad agrícola, a costa del consumidor, produjo violentas reacciones en la población urbana y creó frecuentes conflictos hasta la derogación de la ley, en 1846.

La población

El aumento de la población proletarizada, dispuesta a proporcionar la fuerza de trabajo destinada a poner en movimiento los nuevos centros fabriles, constituía una necesidad vital para el nuevo capitalismo en expansión. Aunque las innovaciones técnicas habían abreviado el tiempo de trabajo humano necesario para la producción de cada mercancía, el inmenso impulso que dieron al aumento de las inversiones provocó un incremento considerable de la demanda de mano de obra.

Durante las últimas décadas del siglo XVIII, mientras la tasa de nacimientos permanece en un nivel elevado, se comprueba el descenso de la tasa de mortalidad: del 33 por mil, hacia 1730, había descendido al 20 por mil en 1810. Pero luego de alcanzar su punto más bajo, la tasa de mortalidad comenzó, una vez finalizadas las guerras napoleónicas, a ascender, y esta tendencia prosiguió hasta los últimos años de la década de 1830. Este ascenso, que alcanzó su nivel más alto entre los niños de las grandes ciudades, fue evidentemente el producto de la miseria y de las condiciones de vida imperantes en las nuevas ciudades fabriles, donde la población se hacinaba en viviendas insalubres, mal ventiladas, que facilitaban la propagación de las enfermedades infecciosas, el tifus y el cólera. Hacia fines del decenio de 1830 también comenzó a descender la tasa de nacimientos.

El incremento natural de la población y la migración rural, como ya lo señalamos, proveyeron de mano de obra a la gran industria. Fue importante, en el segundo caso, la llegada de contingentes de irlandeses, en míseras condiciones, que pasaron a constituir una importante reserva de mano de obra no calificada, absorbida en Londres por la industria de la construcción, u ocupada, en otras zonas, en la construcción de ferrocarriles, especialmente entre los años 1840 y 1850. Es en estos años cuando se completa el movimiento inmigratorio que hemos seguido desde el siglo anterior. La población urbana pasa a ser entonces tres veces más grande que la campesina. No sólo era necesario que existiera un proletariado dispuesto a vender su fuerza de trabajo sino que también era necesario que estuviera disponible, en cantidades adecuadas, en los lugares en donde surgía una nueva industria dispuesta a ocuparlo. La revocación de las antiguas leyes de domicilio, que limitaban la movilidad de la población rural, estuvo directamente encaminada a obtener este resultado. El sistema de subsidios a los trabajadores rurales, conocido con el nombre de sistema de Speemhamland, que era el último obstáculo importante para el logro de una oferta de mano de obra móvil y abundante, fue suprimido en 1834.

"Todo lo que suscita horror e indignación es de origen reciente y pertenece a la época industrial. Solo la industria permite a los propietarios de estos establos alquilarlos como habitaciones, explotar la miseria de los obreros, enterrar la salud de millares de trabajadores para que se enriquezcan los patrones."

Federico Engels, "Situación de la clase obrera en Inglaterra", 1845.

La distribución de la riqueza

William Thompson, seguidor de Owen y uno de los teóricos de socialismo utópico inglés, señalaba en su libro *Investigación sobre los principios de la distribución de las riquezas* (1824) aspectos básicos del sistema capitalista en desarrollo:

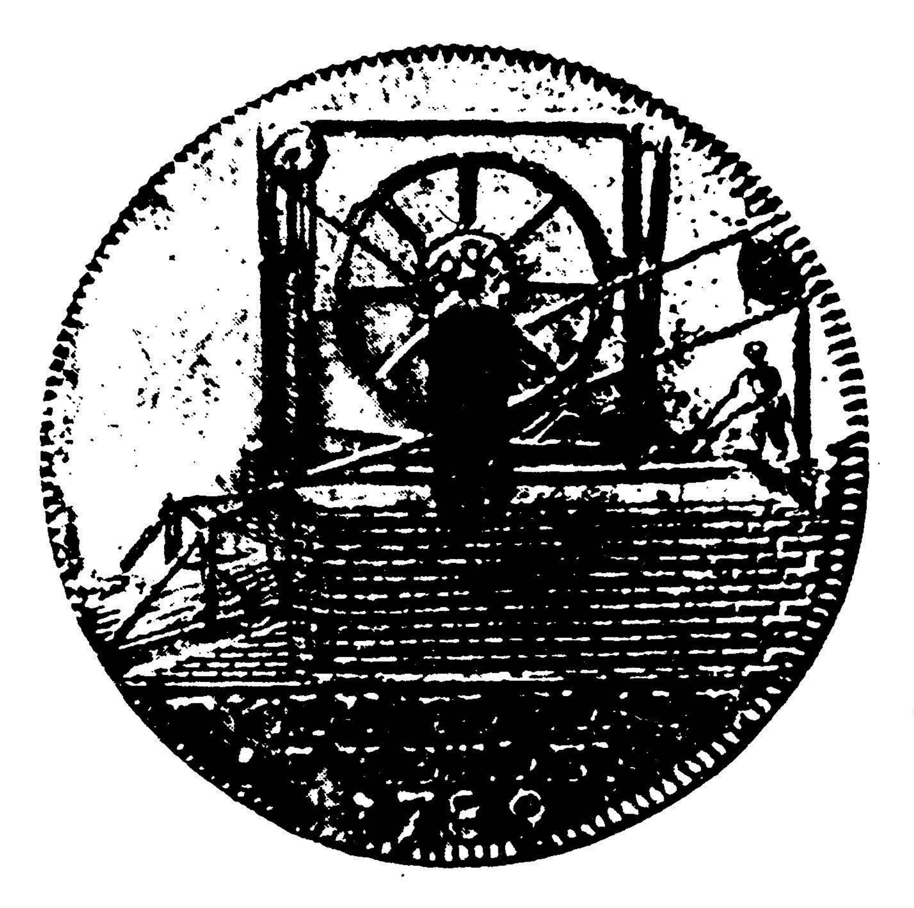
"¿Cómo es posible que una nación mejor provista que ninguna otra en fuentes de riqueza, en máquinas, en viviendas, en productos alimenticios, en productores inteligentes y trabajadores, reuniendo aparentemente todas las condiciones necesarias para la dicha, ofreciendo todos los signos exteriores de ella si se juzga sobre una pequeña parte rica de la comunidad, caiga a pesar de todo en las privaciones?
¿Cómo es posible que los frutos de la labor de los trabajadores después de años de esfuerzos incesantes y productivos sean misteriosamente escamoteados, sin que a ellos se les pueda acusar de la menor falta, sin que haya ninguna catástrofe natural?
¿Cómo es posible que el sistema enriquezca a unos pocos a costa de la masa de los que producen, que haga más desesperada la miseria de los pobres y lance sobre ellos el peso de las clases ricas? ¿Cómo es posible que unos pocos puedan no sólo acumular el capital nacional en cantidades perniciosas sino también, y gracias a esa acumulación, controlar el producto del trabajo de la comunidad? (...)
El ocioso poseedor de los medios inanimados de producción no sólo se asegura por esa propiedad tantos beneficios como el más diligente, el más hábil de los verdaderos productores efectivos, sino que consigue, en proporción a los medios de producción acumulados, cualquiera que sea la forma en que éstos han sido adquiridos, diez, cien, mil veces más de bienes, de productos del trabajo y de medios de distracción que los productores reales pueden ganar con su trabajo."

El enfrentamiento entre la burguesía industrial y la aristocracia terrateniente

En 1815 Inglaterra completa su evolución hacia el régimen parlamentario. La larga enfermedad de Jorge III y los vicios del regente, Jorge IV, que gobernaba personalmente desde 1824, debilitaron la autoridad de la Corona. En la práctica la formación y el mantenimiento de los ministerios quedó en manos del Parlamento, ante el cual los ministros eran responsables judicial y políticamente.

Dos partidos se alternan en el poder: el Partido *Tory* o Conservador, representante de la aristocracia latifundista, y el Partido *Whig* o Liberal, también aristocrático, pero íntimamente relacionado con las capas superiores de la burguesía comercial y financiera. La aristocracia latifundista concentraba en sus manos los más importantes puestos militares, civiles, administrativos y judiciales y se adaptaba bien al desarrollo capitalista del país, ya que en sus manos se acumulaban riquezas, tanto en tierras como en dinero. Sus miembros participaban en las compañías coloniales y en las sociedades anónimas a la vez que eran accionistas de los principales bancos. Sus intereses coincidían con los de la antigua burguesía comercial y financiera (participación en los monopolios comerciales, en el saqueo colonial, etc.).

No sucede lo mismo con la nueva burguesía industrial y que comienza a objetar el hecho de que la aristocracia se reserve el monopolio de la vida pública. El sistema electoral, creado en el siglo XVIII, no correspondía en absoluto a las nuevas estructuras económicas. Las grandes ciudades y centros industriales que se habían desarrollado como resultado del sistema fabril carecían de representantes en el Parlamento. Por el contrario, algunos condados



Las dos imágenes traducen dos aspectos de la industrialización. Mientras la máquina —en este caso una cinta transportadora de carbón— agiliza la labor, otras tareas más peligrosas —como este trabajo en las minas— se siguen realizando con mano de obra humana.



rurales, que antes habían estado densamente poblados y que tenían ahora escasa población, conservaban una importante representación. Algo semejante sucedía con los denominados "burgos podridos", antiguos burgos que habían sido activos centros comerciales y que, a consecuencia de los cambios económicos, se habían desintegrado.
Las desigualdades también se evidenciaban en el plano religioso pues estaban excluidos de las funciones públicas todos los que no pertenecían a la iglesia anglicana en Inglaterra y a la presbiteriana en Escocia.
Mientras duró la guerra y la agitación social, motivada por las miserables condiciones reinantes entre las clases populares, la burguesía industrial renunció a toda clase de lucha contra la aristocracia. Los fabricantes y dueños de talleres comprendieron perfectamente bien el peligro de la competencia francesa y mantuvieron durante la guerra su apoyo a las clases gobernantes. Pero, obtenida la paz, los industriales renovaron su lucha por el poder y arrastraron en las campañas por la reforma electoral a otros grupos sociales. Las luchas que se habían producido ya hacia 1770, se reinician y fortalecen después de 1820.
En los años de posguerra el capitalismo industrial debió afrontar serios problemas de crecimiento que se tradujeron en crisis periódicas y en una constante disminución de la tasa de ganancia. A pesar de que las ventas totales seguían ascendiendo, y por consiguiente ascendía también el total del ingreso, aunque la unidad de ganancia fuera menor, la burguesía industrial se propuso detener o al menos atenuar el retroceso de las ganancias.
Para que las ganancias aumentaran era necesario reducir los costos y, dentro de éstos, el que correspondía a los jornales parecía ser el más fácilmente reducible. Esto provocó el enfrentamiento entre la burguesía industrial y la aristocracia terrateniente. Mientras el precio de los granos se mantuviera artificialmente alto, para beneficiar los intereses de los latifundistas, los salarios de los obreros no podían descender más allá de un cierto límite, sin riesgo de hacer peligrar su misma subsistencia. Para los industriales, que querían disminuir los salarios, era imprescindible entonces reducir el costo de la vida, y para lograr esto consideran indispensable la derogación de la Ley de Granos.
En opinión de la burguesía industrial, partidaria del liberalismo económico, esa ley no solamente encarecía artificialmente el precio de los cereales, sino que impedía el aumento de las exportaciones inglesas. Era necesario que el mundo todavía no industrializado pudiera vender su producción agrícola a Inglaterra para que estuviera en condiciones de comprar las manufacturas inglesas. Los industriales llevaron adelante una lucha constante contra el proteccionismo, la Ley de Granos y la política de los terratenientes.
También había descontento entre los pequeños industriales y los pequeños burgueses, víctimas del inusitado crecimiento del sector industrial. El hombre medio era el que más sufría a causa de las dificultades que se le presentaban para conseguir créditos que le permitieran readaptarse y superar las dificultades de la economía de posguerra.
Un descontento aún mayor contra el régimen político vigente se daba en las filas del proletariado y en las clases humildes en general, afectadas por el alto costo de la vida, el paro ocasionado por el bloqueo continental durante la guerra y la privación de todo derecho político.

La situación de la clase obrera

La crisis de posguerra y el aumento de la desocupación hicieron que creciera el descontento entre los obreros,

La crisis agrícola significó para los trabajadores rurales la más absoluta desocupación. Acicateados por la miseria, debieron emigrar hacia las ciudades en busca de nuevas tareas. Las ilustraciones muestran a una familia campesina de emigrantes en la década de 1840 y a la ciudad de Birmingham —importante centro industrial— en la misma época.

O'Brien divulga el socialismo en "El defensor del pobre"

"Cuando oigo decir a los industriales y comerciantes: 'Debemos obtener grandes beneficios para poder pagaros salarios elevados' se me paraliza la sangre. Quisiera entonces ser un perro o no importa qué otro animal antes que un hombre... Los beneficios de los industriales, como las rentas pagadas a los ladrones de tierras y el diezmo pagado a los ladrones de diezmos y todos los otros beneficios, únicamente han sido obtenidos pagando salarios reducidos... No existe ningún interés común entre los trabajadores y los explotadores." (marzo de 1832.)

"Todos los vicios y supersticiones de la naturaleza humana tienen su origen en esta guerra canibalesca de la riqueza contra la pobreza; el deseo de un hombre de vivir del fruto del trabajo de otro: ése es el pecado original del mundo." (abril de 1833.)

"Hasta aquí todos los gobiernos del mundo no han sido otra cosa que conspiraciones de los ricos contra los pobres o, dicho de otra forma, de los poderosos y los astutos para robar y mantener oprimidos a los débiles y a los ignorantes. El gobierno inglés actual es de esta clase."

La prensa obrera ante la creación de la "Gran Unión Consolidada de los Oficios"

"Una gran organización nacional que promete encarnar el poder físico del país progresa silenciosa pero rápidamente, su objetivo es el más grande que se puede imaginar: se trata de establecer por las clases productoras el control total de los productos de su trabajo." (De: *El guardián del pobre*, 19 de octubre de 1833)

"Si cada miembro de la Unión fuese elector y si la Unión misma se convirtiera en un órgano vital del Estado, se erigiría muy pronto en Cámara del Trabajo que ocuparía el lugar de la Cámara de los Comunes actual y dirigiría los asuntos comerciales del país de acuerdo con la voluntad de los diferentes oficios que compondrían las asociaciones de la industria. Esta es la escala ascendente por donde nos llevará el sufragio universal. Empezará en nuestras empresas, se extenderá a nuestra unión general, abarcará la dirección del comercio y absorberá finalmente todo el poder político."

(De: *El Pionero*, 31 de mayo de 1834.)

que, en condiciones miserables y soportando jornadas de 15 y 16 horas, habitaban en los nuevos centros fabriles. Ese descontento los llevó a adherirse a los movimientos radicales surgidos en Inglaterra bajo la influencia de la Revolución Francesa, a pesar de que eran violentamente reprimidos por el gobierno. Los movimientos radicales posteriores a Waterloo se manifestaron con fuerza arrolladora en las regiones fabriles. Pero es importante aclarar que en estos momentos la gran industria fabril no se había difundido en toda Inglaterra: se limitaba fundamentalmente a la zona algodonera de Lancashire. La gran mayoría de los trabajadores ingleses estaba constituida por los braceros agrícolas y por los que trabajaban en el servicio doméstico y en la industria domiciliada o en los pequeños talleres. A ellos se les sumaban grandes grupos móviles de mano de obra ocupados en la construcción de canales, carreteras y luego de túneles y terraplenes para el ferrocarril. En el otro extremo se encontraban los maquinistas y mecánicos, la élite obrera de la revolución industrial. Mejor pagados y más instruídos, ellos son los que se colocan al frente de las asociaciones obreras.

Esta diversidad, unida a la represión de que eran objeto las asociaciones sindicales, dificultó la organización de los trabajadores y permitió que se generalizaran las formas más crudas de explotación: jornadas excesivamente prolongadas, trabajo en condiciones insalubres, empleo de mano de obra infantil, disminución directa o por deducciones del salario, pagos en especie, e incluso mecanismos que obligaban al obrero a endeudarse.

La utilización de subcontratistas, intermediarios entre el capitalista y el trabajador, que ejercían la función de empleadores, hizo que este régimen se acentuara. Todo esto configuró un sistema de trabajo y de explotación generalizado que se dio tanto en el pequeño taller y en

la industria domiciliada como en los centros fabriles.

Características del movimiento obrero inglés

La inexistencia de un proletariado homogéneo, la diversidad de situaciones laborales, la persistencia de los conflictos puramente locales o de actitudes individualistas, como la de los artesanos que aspiraban a convertirse en pequeños patrones, limitaron el crecimiento del sindicalismo y la formación de la conciencia de clase, y dejaron su marca en el movimiento obrero de la época.
La clase obrera inglesa, en las décadas que siguen a 1830, lleva a cabo su primer movimiento político independiente, en el cual se produce la transición de las antiguas formas de lucha popular a las más modernas: el cartismo. Este, si bien tuvo enorme significación como movimiento político de masas, llevó la huella de la diversidad de grupos sociales que nutrían sus filas. Como típicos exponentes de una época de transición, los líderes obreros a veces oscilaban entre la visión nostálgica del pasado y una idea no del todo clara del futuro. Los obreros de la industria domiciliada, los tejedores a mano, los cardadores y medieros de los condados occidentales y de las Midlands, oprimidos, desarraigados y empobrecidos por el nuevo sistema industrial, miraban con horror los progresos del industrialismo y anhelaban una sociedad de pequeños productores independientes. En cambio, los obreros de las nuevas zonas industriales, en particular los trabajadores del algodón y los mineros, habían llegado a aceptar las maquinarias y la sociedad industrial y trataban de obtener, a través de los gremios, de la cooperación y de las sociedades obreras, mejoras en sus condiciones de vida y una retribución más justa para su trabajo. Por su parte los artesanos londinenses, que gozaban de una situación relativamente privilegiada y tenían aspiraciones de ascenso social, creían posible llevar adelante su acción por las causas legales y se mostraban reticentes a colaborar con los obreros del norte, menos instruidos y más combativos.

Antecedentes del cartismo: la lucha por la reforma electoral

Durante la guerra con Francia el gobierno de la aristocracia tory había contado con el apoyo de todas las clases poseedoras terratenientes, financieros, nuevos capitalistas industriales y grandes comerciantes— unidas ante la amenaza del radicalismo que se había difundido entre las clases bajas. Pero terminada la guerra esta alianza comenzó a desmoronarse. Los industriales y las clases medias,excluidos de los beneficios del poder político, que continuaba en manos de los terratenientes, y los sectores privilegiados de la burguesía comercial y financiera, retomaron la lucha por la reforma parlamentaria.
El objetivo de la burguesía industrial era que la Reforma Electoral se convirtiera en la consigna de una gran alianza de clases destinada a enfrentar a la pequeña camarilla privilegiada que monopolizaba el poder. Con este fin se formó, a principios de 1830, la "Unión Política de Birmingham", dirigida por los industriales y que contaba con el apoyo de muchos grupos de obreros. Otras ciudades siguieron su ejemplo y se organizó una importante red de "uniones políticas" en todo el país. Mientras tanto y ante el descontento popular generalizado se produce una escisión en las filas de las clases dirigentes y un grupo de *whigs* liberales, apoyado por una fracción de los *tories*, asume la iniciativa en la lucha por la reforma. Cuando se realizaron las

"Todos los vicios y supersticiones de la naturaleza humana tienen sus orígenes en la guerra canibalesca de la riqueza contra la pobreza." Bronterra O'Brien, 1832.

elecciones de julio de 1930 este sector logra una importante mayoría en el Parlamento.
En esos momentos se produce una quiebra en la alianza de clases propiciada por la burguesía industrial: un sector de la clase obrera decide no seguir apoyando a los radicales burgueses e iniciar un movimiento político independiente. Estos grupos están fuertemente influidos por las ideas socialistas que difunde un periódico de reciente creación, *El Defensor del Pobre,* dirigido por Bronterra O'Brien.
O'Brien se encargaba de difundir y popularizar en su periódico las ideas de Thomas Hodgskin y otros pensadores socialistas que afirmaban que, siendo el trabajo la única fuente de valor y, por consiguiente, los trabajadores los únicos creadores de riqueza, debía reconocérseles el derecho de adueñarse del valor total de lo producido por ellos. Señalaban la injusticia del sistema capitalista en la medida en que éste permitía y otorgaba el derecho a otros grupos sociales de apoderarse mediante la monopolización ilegítima tanto de la tierra como del capital o de la mayor parte de la riqueza producida por el trabajo.
El Defensor del Pobre se basaba en estas ideas para afirmar que de ninguna manera la alianza con la burguesía podía ser beneficiosa para la clase obrera. Esta no podía esperar que la burguesía se despojara voluntariamente de su monopolio para devolver a los obreros el producto íntegro de su trabajo.
Los que abogaban en favor de un movimiento político obrero independiente organizaron en noviembre de 1831 la "Unión Nacional de las Clases Obreras". Su fundador, William Lovett, y sus seguidores reivindicaban el sufragio universal y la democracia política como medios para llegar a la democracia social. La "U.N.C.O." fue en principio una organización londinense, pero se convirtió en el centro director de una cantidad de asociaciones en todo el país. Compuestas fundamentalmente por obreros, estas organizaciones tenían como objetivo la conquista de los derechos políticos y el reconocimiento de que pertenecía al obrero el producto integral de su trabajo; reconocimiento que sólo podía ser asegurado por una representación obrera que llegara al Parlamento utilizando como medio el sufragio universal.
La "U.N.C.O." centró su actividad en la oposición al Proyecto de Reforma Electoral auspiciado por la burguesía y presentado en el Parlamento en marzo de 1831. Dicho proyecto aumentaba el número de electores de 345.000 a 662.000, eliminaba los derechos de representación parlamentaria de 53 "burgos podridos", que tenían una población de menos de dos mil habitantes, y limitaba a sólo un diputado la representación de treinta pequeñas poblaciones con menos de cuatro mil habitantes. La mayor parte de los 143 escaños que quedaron vacantes fueron cedidos a los nuevos centros industriales que, hasta ese momento, habían carecido de representación: Manchester, Leeds, Birmingham, etc.
Esta reforma no podía satisfacer a los demócratas obreros. El derecho de sufragio, lejos de reposar sobre la idea democrática de que los derechos deben ser iguales para todos, no constituía más que una extensión del privilegio del voto. El único resultado apreciable era la introducción de los capitalistas industriales, y sus aliados de las clases medias, en el círculo de los que ostentaban el poder político.
Sin embargo, cuando el proyecto de reforma es rechazado por la Cámara de los Lores las masas obreras manifiestan su protesta, convencidos de que el proyecto constituía el comienzo de la reforma democrática más amplia a la que ellos aspiraban. En todo el país hubo enormes manifestaciones, que frecuentemente se transformaron en motines. En Londres la multitud atacó a obispos y a lores en las calles, rompió los cristales de sus domicilios y llegó a incendiar el palacio arzobispal de Bristol. Pero pese a la propa-





A partir de 1824 las agrupaciones obreras —que hasta entonces operaban en secreto— adquirieron un desarrollo inusitado. Como respuesta a esta medida de organización, los patrones y el gobierno prohibieron a los trabajadores asociarse a centros sindicales. En la ilustración: "Por las reivindicaciones obreras", grabado en de Will Crane.

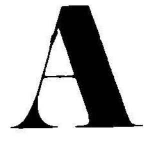
Un testimonio

Richard Pilling, dirigente de los obreros del algodón de Lancashire que había intervenido en los disturbios de agosto de 1842, hizo su defensa relatando el proceso que lo había conducido a la miseria. El descenso de los salarios lo había obligado a abandonar su oficio de tejedor a mano para ingresar en una fábrica, pero en esta las condiciones de trabajo se hacían cada vez más duras:
"En 1840 los patrones de las fábricas... nos informaron de una reducción de un penique por salario. Hay quienes creen que una reducción de un penique es poca cosa, pero a fin del año eso representa el salario de cinco semanas (...) No contentos con esa reducción impusieron todavía otra más, con lo que quitaban dos chelines por semana, y un chelín y seis peniques a los cardadores, que ganaban sólo ocho" (...)
Relata Pilling el empeoramiento de la situación ante una nueva disminución del 25%. Es entonces cuando los obreros se deciden a resistir con la fuerza y provocan los disturbios.
"Cuanto más he trabajado, más me he empobrecido de año a año, hasta el extremo de que ahora estoy casi extenuado. Si los patrones hubieran reducido todavía los salarios un 25%, yo hubiera puesto fin a mi vida antes de matarme trabajando doce horas diarias en la hilatura para comer patatas y sol."

"Hasta hoy, todos los gobiernos del mundo no han sido otra cosa que conspiraciones de los ricos contra los pobres, de los poderosos y los astutos para robar y mantener oprimidos a los débiles."
Bronterra O'Brien, "El defensor del pobre", 1834.

ganda y las acciones de la "Unión Nacional de las Clases Obreras", fue la "Unión Política Nacional", dominada por la burguesía, la que mantuvo prácticamente la dirección de las masas. La burguesía utilizó la cólera popular para presionar al gobierno y obtener la sanción del proyecto, que se convirtió en ley el 7 de julio de 1832. Mientras tanto, los sectores de la clase obrera que postulaban una política independiente continuaban su lucha. Ante la nueva ley, *El Defensor del Pobre* comentaba: "El proyecto se convirtió en ley. ¿Y ahora dará al honrado obrero sus derechos? No, no se los dará; excluirá al pobre y, en tanto que los pobres estén excluidos de sus derechos, seguirán siendo miserables y extraños a los beneficios de la civilización y la vida social. La causa de todos nuestros males es la corrupción; y los hombres que se beneficiarán con la reforma son los instrumentos de la tiranía, de la corrupción y del vicio."
Esta fue la última vez en este período que el grueso de los trabajadores siguió a la burguesía radical en las luchas políticas y al mismo tiempo la primera vez que un importante sector de la clase obrera se lanzaba a las luchas políticas como fuerza independiente. La razón de las advertencias y de las propuestas de los hombres de la "U.N.C.O." sería confirmada por la historia posterior.

El movimiento sindical


l mismo tiempo que la clase obrera se lanza a las luchas políticas en procura del sufragio universal, hace también importantes avances en el plano sindical.
Hasta 1824 los sindicatos obreros habían sido considerados ilegales en virtud de las leyes contra las asociaciones (las *Combinations Acts*) aprobadas en 1789 y 1800, leyes que eran producto del movimiento general de represión producido a causa de la Revolución Francesa. En 1824 estas leyes fueron derogadas y a partir de entonces las organizaciones sindicales, hasta ese momento secretas, empezaron a trabajar abiertamente y se desarrollaron con rapidez. La crisis económica que se inició en 1825, seguida por una depresión industrial que se prolongó hasta 1829, puso en evidencia, después del fracaso de toda una serie de huelgas, que las uniones sindicales dispersas no podían enfrentar con éxito la política de los patrones, la disminución de los salarios y el cierre de empresas. Los obreros comenzaron a luchar entonces por la centralización de los sindicatos locales en organismos nacionales.
A la cabeza de este movimiento se colocaron los obreros fabriles de Lancashire, ocupados en las hilanderías de algodón y liderados por John Doherty, un obrero que a los 20 años era ya secretario de la unión local de los hilanderos de algodón de Manchester y que en 1829 organizó la "Gran Unión General de los Hilanderos y Tejedores a Destajo de Gran Bretaña", que abarcaba a los hilanderos de Inglaterra, Escocia e Irlanda. En 1830 John Doherty organizó la "Asociación Nacional para la Protección del Trabajo", cuyo objetivo era actuar como una federación de todos los sindicatos existentes. Reunía obreros textiles, mecánicos, fundidores, herreros y mineros. Tenía entre ochenta y cien mil miembros e imprimía treinta mil ejemplares de su periódico *La Voz del Pueblo*. La función de la Asociación era resistir las disminuciones de salarios y dar socorros de huelga, pero fracasó por falta de recursos y desapareció a mediados de 1832.
Otro intento de organización general lo constituyó la "Unión de la Construcción", la cual comprendía a los sindicatos de picapedreros, ladrilleros, ebanistas, plomeros, pintores y peones de la construcción. A medida que fueron surgiendo estas organizaciones los patrones comenzaron a presionar y a obligar a los obreros a renunciar formalmente a participar en ellas, bajo amenaza de despido.
El fracaso del movimiento político obrero en 1832 estimuló las actividades sindicales. En 1833 hubo un intento de crear una unión general de trabajadores que no sólo apoyase a los obreros en su lucha por mejoras laborales, sino que también actuaran como instrumento para llevar adelante el nuevo orden social derivado de la generalización de las cooperativas obreras de producción.
Uno de los promotores del movimiento cooperativista había sido Roberto Owen. Su doctrina atrajo numerosos partidarios, especialmente entre los sindicatos de reciente organización, y el movimiento se extendió rápidamente después de la derrota política de 1832, cuando los obreros decidieron enfrentar con la acción económica a los nuevos dueños del poder. Owen quiso demostrar en la práctica la exactitud de la teoría que afirmaba que el valor se mide por el trabajo. Organizó entonces un sistema de "cambio" entre los trabajadores: los artesanos de los diferentes oficios podían cambiar directamente sus productos sin necesidad de capitalistas ni de intermediarios. En la "Bolsa Nacional Equitativa para los Obreros" los productos de los diferentes oficios, que se hallaban organizados en cooperativas de producción, podían cambiarse por un valor determinado por el "trabajo-hora", empleado en su fabricación. Estas "Bolsas" se organizaron en Londres, Birmingham, Liverpool y Glasgow. Owen imaginó una sociedad donde los sindicatos se convertirían en grandes organismos productores que terminarían reemplazando al Estado por una red de cooperativas relacionadas entre ellas. Creía que esto podría hacerse en forma completamente pacífica y se oponía a toda idea de lucha de clases.
La propuesta, surgida del movimiento cooperativo-sindicalista, de crear una unión general de todas las asociaciones obreras, encontró rápido eco. A partir de diciembre de 1833 las

Portada de un manifiesto cartista. Las reivindicacines pedidas por los trabajadores fueron negadas, las asambleas reprimidas y sus líderes encarcelados.

sociedades obreras comenzaron a afiliarse en gran número a la "Gran Unión Consolidada de los Oficios". El 12 de febrero de 1834 se llevó a cabo en Londres el primer congreso de la institución. En esa ocasión se elaboraron los estatutos en virtud de los cuales cada sindicato se convertía en una sección del nuevo organismo, conservando sus reglamentos y su sistema de organización propios, pero agrupándose en Consejos de Distrito y en gran Consejo Nacional. Ante ese congreso de los trabajadores el periódico *La Crisis* comentaba: "Hay dos Parlamentos que sesionan actualmente en Londres; y no dudamos en decir que el Parlamento de los Trabajadores es con mucho el más importante y que dentro de uno o dos años tendrá la mayor influencia. Es mucho más nacional que el otro, pues representa un número mucho más importante de electores. La Unión está formada por cerca de un millón de miembros y el derecho al voto predomina entre ellos."

El crecimiento del movimiento sindical provoca la reacción de los patrones, que se organizan y que obligan a los obreros a firmar documentos en los cuales se los compromete a no participar de las nuevas asociaciones. El Gobierno los apoya y da directivas a los magistrados para que repriman cualquier tentativa de subvertir el orden. Como reacción, los sindicatos deben exigir entonces a sus nuevos miembros un juramento secreto.

Mientras tanto las adhesiones a la "Gran Unión Consolidada de los Oficios" son cada vez mayores y comprenden no sólo a los obreros industriales sino también a importantes grupos de jornaleros agrícolas.

En 1834 seis trabajadores de Dorchester son procesados y condenados a confinamiento en penales de las colonias por el delito de tomar juramentos ilegales en un intento de constituir una sociedad de trabajadores agrícolas como sección de la "Gran Unión". Para condenar a James y George Loveless y cuatro de sus camaradas, conocidos como "los mártires de Tolpuddle", se hizo revivir una ley de 1797 que castigaba a los que prestaran juramento en una sociedad ilegal.

La condena de los seis jornaleros provocó gran indignación. Era para los obreros la mejor prueba de que el gobierno surgido de la Reforma Electoral no actuaría de ninguna manera como su aliado. Se organizaron reuniones, peticiones y una gran manifestación que contó con la presencia de treinta mil trabajadores y de representantes de gran cantidad de oficios. Aunque el movimiento de protesta popular no consiguió que fuera levantada la condena de deportación, impidió que el gobierno *whig* llevara más adelante la represión de los sindicatos, tal cual lo exigían algunos diputados que postulaban la prohibición de las "uniones" de oficios.

La "Gran Unión Consolidada de los Oficios" se dedicó a sostener las huelgas que estallaban en todas partes. Pero a medida que el movimiento se extendía se hacía más difícil obtener dinero de las sociedades obreras. Al mismo tiempo comenzaron a producirse disensiones internas y en el mes de agosto de 1834 una conferencia de delegados decidió disolver la "Unión". Los sindicatos continuaron actuando separadamente y el número de sus miembros dismInuyó.

La Ley de Pobres de 1834

La burguesía industrial se oponía a la antigua Ley de Pobres, reforzada con el sistema de subsidios llamado de Speemhamland, porque resultaba onerosa y además porque favorecía a la pequeña producción domiciliada en su lucha contra los avances del sistema fabril. El sistema de subsidios permitía a los tejedores a mano y a los artesanos sobrevivir aunque obtuvieran una ganancia ínfima con su trabajo y lo mismo sucedía con

CHARTIST DEMONSTRATION!!

"PEACE and ORDER" is our MOTTO!

TO THE WORKING MEN OF LONDON.

Fellow Men,—The Press having misrepresented and villified us and our intentions, the Demonstration Committee therefore consider it to be their duty to state that the grievances of us (the Working Classes) are deep and our demands just. We and our families are pining in misery, want, and starvation! We demand a fair day's wages for a fair day's work! We are the slaves of capital—we demand protection to our labour. We are political serfs—we demand to be free. We therefore invite all well disposed to join in our peaceful procession on

MONDAY NEXT, April 10,

As it is for the good of all that we seek to remove the evils under which we groan.

The following are the places of Meeting of THE CHARTISTS, THE TRADES, THE IRISH CONFEDERATE & REPEAL BODIES:

East Division on Stepney Green at 8 o'clock; City and Finsbury Division on Clerkenwell Green at 9 o'clock; West Division in Russell Square at 9 o'clock; and the South Division in Peckham Fields at 9 o'clock, and proceed from thence to Kennington Common.

Signed on behalf of the Committee, JOHN ARNOTT, *Sec.*

"La Petición Nacional", 1837

Presentamos ante la Cámara de los Comunes del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, en el Parlamento aquí reunido, la Petición de los abajo firmantes, sus sufrientes ciudadanos.
"Modestamente presentamos, que nosotros, los peticionantes, vivimos en una tierra en la cual los comerciantes son reconocidos por su carácter decidido, cuyos industriales son muy expertos y los obreros son conocidos por su laboriosidad.
La tierra en sí misma es muy rica y la temperatura sana, es un país abundantemente provisto de materias para el comercio y el intercambio; tiene muchas y abrigadas bahías que brindan magníficos puertos naturales; en cuanto a las comunicaciones internas excede a las de todos los demás países. Durante 23 años hemos gozado de una paz completa. A pesar de todos estos elementos de prosperidad nacional y toda la disposición y la capacidad para sacar ventaja de ello nos encontramos abrumados por una mala situación social y política y una crisis económica salarial. Estamos aplastados por el peso de los impuestos, que no obstante no satisfacen todavía las necesidades de los gobernantes; nuestros comerciantes están al borde de la quiebra; la clase trabajadora está hambrienta; el capital no rinde ganancia y el trabajo no rinde remuneración; el hogar del artesano es una desolación y la casa del usurero y empeñador está llena; los asilos de pobres están colmados y las fábricas desocupadas.
Hemos mirado a todos lados, hemos investigado diligentemente para averiguar los orígenes de estos males profundos y prolongados.
No hemos podido descubrir ninguna causa, ni en la naturaleza ni en la providencia. El cielo ha sido generoso con nuestra gente, pero la torpeza de nuestros gobernantes ha hecho inútil la bondad de Dios.
Las energías de un reino poderoso han sido malgastadas en construir un poder de hombres egoístas e ignorantes y sus recursos despilfarrados para su crecimiento personal. Las ventajas de partido se han antepuesto al bienestar de la nación, unos pocos han gobernado para beneficio de unos pocos, mientras que el interés de la mayoría ha sido descuidado o en forma insolente y tiránica avasallado. El pueblo demostró cuando esperó encontrar remedio a gran parte de sus males, no a todos, en la ley de Reforma de 1832.
Se le enseñó a considerar esta ley como un medio sabio de llegar a un fin decoroso, cómo la maquinaria legal era sensible a la movilización de las masas.
Han sido engañados con insolencia y en forma amarga.
La fruta que parecía tan hermosa a la vista se ha convertido en polvo y cenizas una vez recogida.
La ley de Reforma en realidad fue una transferencia de poder de una fracción gobernante a otra y ha dejado al pueblo tan desamparado como antes; nuestra esclavitud ha sido alterada por un aprendizaje de libertad que hemos recogido a lo largo de nuestras experiencias políticas.
Venimos ante la Honorable Cámara para decirles con toda humildad que este estado de cosas no puede continuar, ya que no se puede garantizar en las presentes circunstancias la estabilidad del trono y la paz del reino, y que con ayuda de Dios y todos los medios legales y constitucionales se le va a encontrar una solución final, porque estamos decididos a llegar al fin.
Les decimos, Honorable Cámara, que el capital del patrón no debe seguir siendo privado de lo que le corresponde en justicia, que las leyes que encarecen la comida y las que hacen que el dinero sea escaso, y el trabajo barato deben ser abolidas, que los impuestos deben caer sobre la propiedad y no sobre la industria, el trabajo. El bienestar de la mayoría debe ser la principal preocupación del Parlamento.
Como un pacto extraoficial para éste y otros futuros cambios, exigimos que estos intereses aquí planteados sean considerados.
Realizamos los deberes de los hombres libres; debemos tener los privilegios de los hombres libres; por lo tanto exigimos sufragio universal, el cual para estar liberado de la corrupción del rico y la violencia del poderoso debe ser secreto.

los jornaleros agrícolas, todo lo cual limitaba la emigración de mano de obra barata hacia los centros industriales.
Por una nueva ley de 1834, conocida como Ley de Asistencia o Ley de Pobres, la administración del auxilio a los pobres pasó a manos de comisarios especiales de gobierno y se suprimió todo tipo de subsidios. Aquellos que no podían atender a su subsistencia eran separados de su familia y debían ingresar en las "casas de trabajo", donde eran sometidos a un régimen carcelario. La intención con que fue sancionada la Ley de Pobres de 1834 se puede fácilmente colegir de las explicaciones sobre su aplicación dadas por Edwin Chadwick, quien preparó la ley y fue durante años su principal administrador: "El sistema de asilo significa que todo socorro viene del asilo; que éste debe ser un lugar poco atrayente donde las restricciones sean las más penosas; los asilados no deben salir ni recibir visitas sin una autorización escrita de uno de los vigilantes: la cerveza y el tabaco están prohibidos; los asilados deben trabajar según sus aptitudes; de esa forma los fondos de la comuna deben ser el último recurso del pobre y la persona que administra los socorros debe ser el amo más duro y peor pagador al que puedan dirigirse los vagos y los disolutos."
La nueva ley fue aplicada primero en las regiones del sur y del este de Inglaterra, donde los obreros se hallaban desorganizados y desmoralizados por la miseria creciente. No hubo una resistencia efectiva a su aplicación, aunque estallaron revueltas en varios condados. En 1837 se intentó aplicar la ley en el norte de Inglaterra. Ahí la lucha contra las "casas de trabajo" y los administradores de la "Ley de Pobres" contó con la dirección de James Stephens, un pastor metodista expulsado; Feargus O'Connor y varios militantes obreros. La llamada "ley maldita" fue impugnada con violencia, y con ella aspectos básicos del capitalismo, como lo

testimonian las palabras que pronuncia Stephens en medio de una agitada asamblea obrera: "Si los que producen toda la riqueza no tienen derecho, conforme a la palabra de Dios, a recoger los dulces frutos de la tierra que, según la palabra divina, cultivaron con el sudor de su frente, entonces que combatan a cuchillo a sus enemigos, que son enemigos de Dios. Si el fusil y la pistola, si la espada y la pica no bastan, que las mujeres tomen las tijeras y los niños el afiler o la aguja. Si todo fracasa, entonces el tizón encendido; sí, el tizón encendido [tempestad de aplausos], el tizón encendido, lo repito: ¡prended fuego a los palacios!"

Los líderes mencionados eran seguidos no sólo por una importante masa de tejedores manuales, sino también por el proletariado fabril, que ante los frecuentes paros industriales y el crecimiento de la tasa de desocupación veía la posibilidad de ser obligado a ingresar en las "casas de trabajo". La oposición de los obreros se debía también al hecho de que los contingentes de indigentes, reclutados por los comisionados del gobierno y enviados a las zonas fabriles y mineras, determinaban un aumento artificial de la oferta de mano de obra, lo cual permitía a los industriales bajar aún más los salarios.

En varios lugares estallaron revueltas y batallas callejeras y esta resistencia triunfó en la medida en que logró impedir que la ley fuese aplicada con todo rigor: el subsidio no fue nunca abolido por completo.

La "Carta del Pueblo"

En 1836 se produjo una nueva crisis que llevó al hambre y al paro masivo a las regiones industriales. Los sindicatos que pagaban a sus miembros subsidios de paro veían agotarse los fondos de que disponían. El descontento se generalizó y los obreros retomaron la lucha política considerando que la situación exigía un movimiento que luchara por todas sus reivindicaciones: sufragio universal, oposición a la Ley de Pobres, libertad de prensa, disminución de la jornada de trabajo, etc. Volvió a fortalecerse entonces la idea de que el triunfo político abriría el camino a otras reivindicaciones de carácter netamente socialista y de que la democracia política estaba estrechamente ligada a la democracia social.

La "Asociación de Trabajadores" fue fundada en 1836 en Londres por hombres que habían intervenido en las primeras luchas en favor de la reforma parlamentaria y también en el movimiento cooperativista. Entre ellos estaban William Lovett, Henry Hetherington, Henry Vincent y otros. Todos pertenecían al grupo de los obreros especializados, autodidactos, que habían experimentado el fracaso del movimiento en pro del sufragio universal en 1832 y la derrota del movimiento sindical y cooperativista en 1834. Limitaron el movimiento a las fuerzas obreras con el objetivo de que la clase obrera se manejara en la esfera política con absoluta independencia, siguiendo los lineamientos establecidos en 1831 por los adherentes a la "Unión Nacional de las Clases Obreras". Sus fundadores veían a la "Asociación" como una escuela en la cual los obreros podrían instruirse, discutir libremente y darse a sí mismos educación política.

La "Asociación" no basó su política en el principio de lucha de clases. Aunque consideraba que la clase obrera tenía intereses propios y que por lo tanto debía ser representada por hombres salidos de sus propias filas, no llegó a postular el antagonismo con las otras clases y admitió la posibilidad de una alianza con los radicales burgueses. También sostuvo que la clase obrera de todos los países debía luchar por los intereses comunes e intentó llevar su acción al nivel internacional. En un manifiesto dirigido a la clase obrera belga afirmaba el derecho de la clase obrera a la riqueza producida, por ser la única productora, a través del trabajo, de esa riqueza.

A principios de 1837 la "Asociación de Trabajadores" elaboró la "Carta del Pueblo", documento que sintetizaba su programa político en seis puntos fundamentales: Sufragio universal; Parlamentos anuales; Voto secreto; Dietas a los miembros del Parlamento; Supresión de la obligación de ser propietario para ser miembro del Parlamento; Igualdad de las circunscripciones electorales.

El grupo dirigido por Lovett no fue el único en replantear el problema de la reforma parlamentaria y de la extensión del sufragio. También los radicales burgueses renovaron su propaganda. La reforma de 1832 era considerada ya como insuficiente porque no permitía derogar las Leyes de Cereales, derogación que constituía el punto básico de su programa. Esto llevó a la "Unión Política" de Birmingham a reanudar su actividad en 1837. En esa ciudad existía una clase media excepcionalmente radical que dirigía un movimiento de masas constituido por el grueso de los sectores obreros. Thomas Attwood, banquero y miembro del Parlamento, se puso a la cabeza del nuevo movimiento burgués, que aspiraba a la ampliación del derecho de sufragio a todos los jefes de familia. A fines de 1837 la "Unión de Birmingham" decidió unir sus esfuerzos a los de la "Asociación de Trabajadores". Se elaboró un programa político común y se organizó una petición de carácter nacional dirigida al Parlamento.

Hasta aquí la "Carta del Pueblo" no constituía más que el estandarte de un movimiento de reforma de carácter moderado. Tanto Lovett como Attwood se declaraban partidarios de encauzar su acción por las vías legales y, repudiando la violencia, se manifestaban partidarios del empleo de la "fuerza moral". Lovett consideraba que para lograr el triunfo de su programa lo único que necesitaban los cartistas era convencer a las otras clases sociales de la justicia de sus peticiones.

Dos aspectos del trabajo en Inglaterra a mediados del siglo pasado: el acarreo de carbón en una mina y el empleo de niños en las fábricas.

Pero el carácter del movimiento cambió cuando la "Carta del Pueblo" obtuvo el apoyo de los obreros de los distritos industriales, especialmente Lancashire, Yorkshire y Glasgow y cuando al movimiento de los artesanos calificados de Londres se sumó el apoyo de los proletarios del norte, de los hombres de "barbas hirsutas, manos callosas y chaquetas de fustán".

El movimiento cartista se difundió en el norte en el momento en que reinaba la agitación provocada por la oposición a la aplicación de la Ley de Asistencia de 1834. En las asambleas y las reuniones públicas a las que acudían los obreros, agotados por las largas y duras jornadas de trabajo o exasperados por las prolongadas semanas de paro forzoso, los oradores incitaban a los obreros con discursos como el que citamos de Stephens a armarse para defender su dignidad y sus derechos. Los líderes obreros del norte. entre los que se contaban Feargus O'Connor, Bronterra O'Brien y George Harney, se declararon partidarios de la "fuerza física" e insistieron en llevar adelante una decidida lucha contra el gobierno, haciendo uso, si fuera necesario, de las armas.

O'Brien, en colaboración con Feargus O'Connor, organizó en Londres un grupo opuesto a la "Asociación de Trabajadores" y fundó la Asociación Democrática. El grupo formuló un programa mínimo que comprendía las siguientes exigencias: promulgación de la jornada de ocho horas; prohibición del trabajo de los menores; anulación de las leyes de pobres; legalización de los sindicatos; etc. Se declararon socialistas revolucionarios y criticaron las actitudes reformistas y la tendencia de los partidarios de Lovett a apoyar una alianza entre la clase media y el movimiento obrero.

O'Connor, por su parte, fundó el periódico *La Estrella del Norte*, que se convirtió en el vocero del cartismo revolucionario. Su tirada alcanzó rápidamente los 60.000 ejemplares. En sus páginas dominaban las ideas de insurrección y de huelga general y en ellas los militantes obreros definieron tempranamente la teoría del ejército industrial de reserva, luego retomada por Marx: "Que los pobres tejedores que trabajan a mano tengan siempre presente en el espíritu que el empleo sin restricción de las máquinas los separó enteramente del mercado. Que los que tienen bastante suerte para trabajar todavía recuerden que tales tejedores sirvieron siempre de 'cuerpo de reserva' para permitir a los patrones emplearlos al precio más bajo y para tener a su arbitrio a los que trabajan. Advertimos a los patrones que si logran suprimir las asociaciones de trabajo, responderemos con una huelga general que les obligará a condiciones que el pueblo no habría exigido nunca si se hubiese obrado lealmente con él."

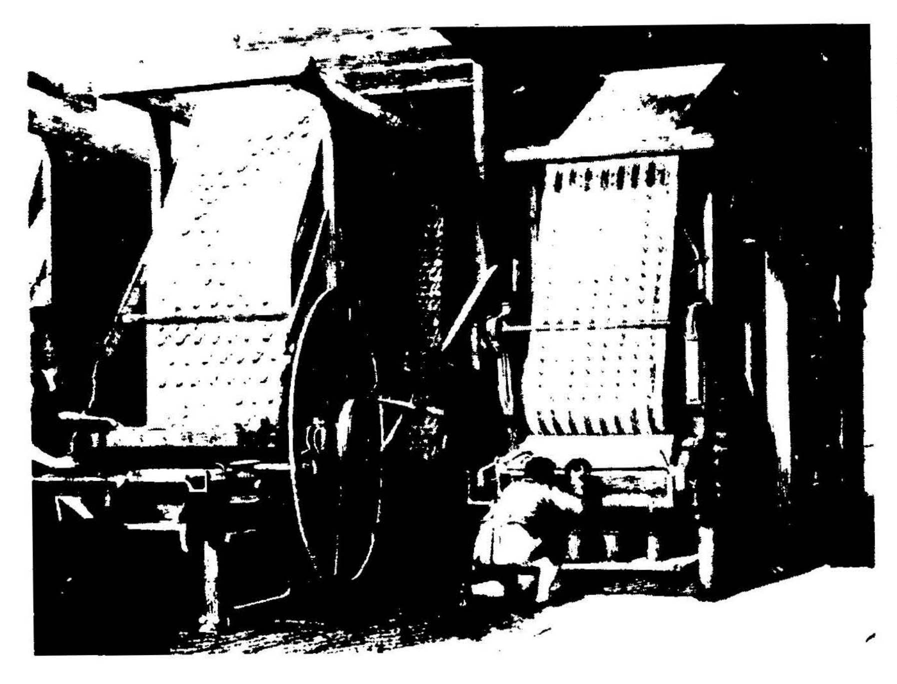
La Primera Convención Cartista


l 14 de febrero de 1838 se reunió en Londres de primera convención cartista. En ella se enfrentaron los partidarios de la fuerza moral con los defensores de la utilización de la fuerza física. Aunque los partidarios de la lucha moderada constituían la mayoría, pronto sufrieron la presión de las provincias, cuya opinión, expresada en asambleas locales, señalaban una situación realmente crítica. Un delegado de la convención, enviado para consultar a los trabajadores, consigna en su informe: "En Leek he encontrado a los obreros reducidos al estado más mísero que puede soportar la naturaleza humana. Muchos de ellos declaraban que con quince horas de trabajo diarias lo máximo que podían ganar era de siete a ocho chelines por semana. Yo les hablaba de la consigna 'Paz, Legalidad, Orden', pero temo que todo esto no sirve para nada, pues el lenguaje que se utiliza aquí es: mejor morir por la espada que perecer de hambre."

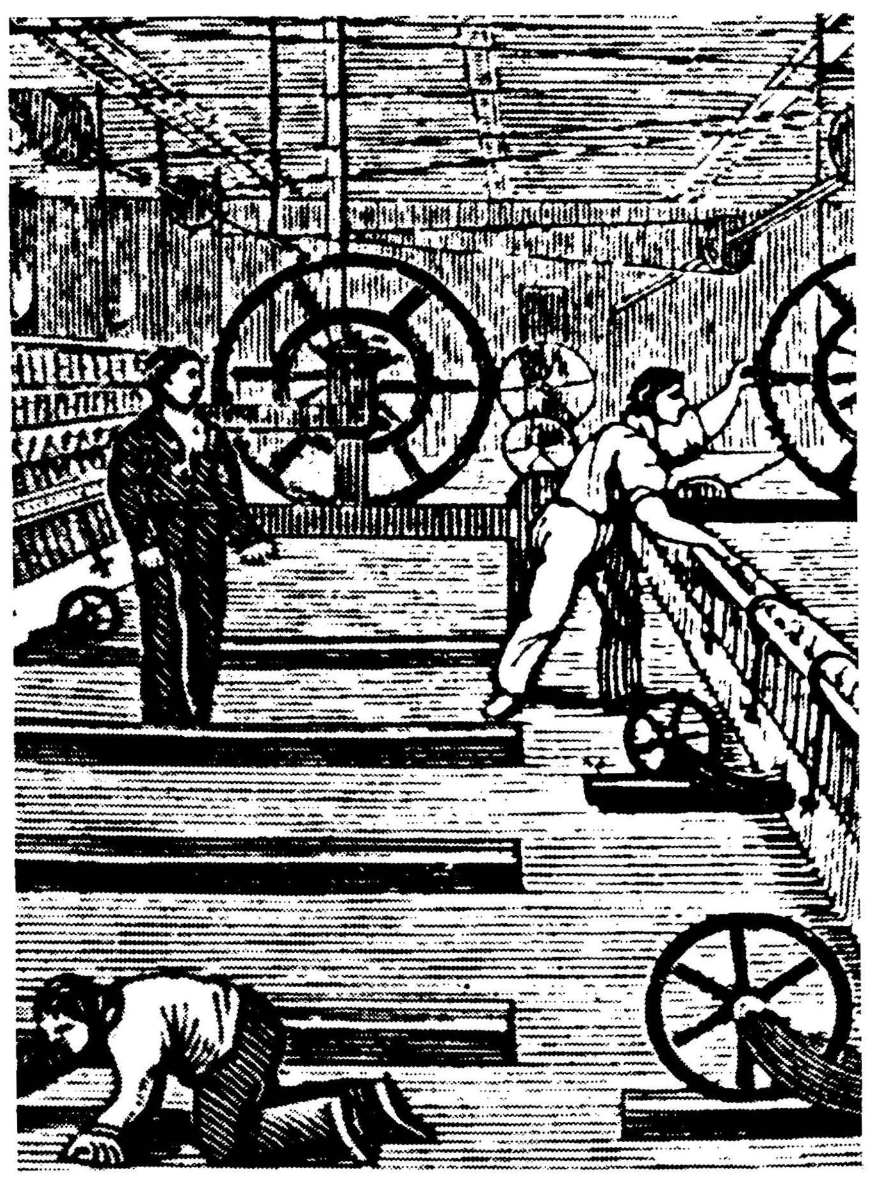
Resoluciones de la "Primera Convención Cartista", 1839

I) Propuesta de Bronterra O'Brien y aprobada unánimemente el 12 de febrero de 1839.
Que esta Convención, convencida de que ante la presente crisis es absolutamente necesario para el éxito de la Petición Nacional que la atención del pueblo se concentre en una sola cuestión con exclusión de todas las demás, y que el pueblo se convenza de que la actual agitación por la derogación de la ley de Trigo tuvo la intención y la sigue teniendo de desviar a las clases trabajadoras de su objetivo permanente y además estando la opinión de acuerdo con que tal anulación incondicional es la única que puede aceptar la sanción de los agitadores de la ley en contra del trigo serían ofensivas a los intereses de las clases más pobres, por lo tanto nosotros los representantes a la Convención recomendamos a los electores y a las clases no representadas en general a oponerse y desaprobar a todo tipo de agitación ya sea en favor o en contra de la Ley del Trigo, hasta que la carta de la Petición Nacional y la Carta del Pueblo hayan sido aprobadas por la Legislatura, en tanto la misma es competente para determinarlo.
I) Resolución presentada en la Convención por J. P. Cobbette, el 14 de febrero de 1839; fue rechazada por 36 votos contra 6.
1. Resolver que esta Convención se llame Convención General de Delegados de la Clase Trabajadora.
2. Resolver que esta convención no adoptará, sino que se opondrá, protestará y luchará contra cualquier cosa ya sea de acto o de palabra que surja de los miembros del mismo cuerpo y que puede ser de cualquier grado contrario a la ley.
3. Ha resuelto que el principal propósito de los delegados reunidos en esta convención es la de supervisar la presentación de la "Petición del Pueblo" y por una comunicación personal con los miembros de la Cámara de los Comunes obtener en dicha Cámara todo el apoyo posible para esta petición.
4. Ha resuelto que no constituye parte de la gestión de los delegados ofrecer bajo cualqiuer circunstancia consejo para la conducción de distritos electorales o de cualquier parte del pueblo.

La convención terminó por afirmar el derecho del pueblo a armarse y defendió la utilización de la violencia en el caso de que el Parlamento se negara a apoyar la "Carta". Pero muchos de los convencionales lo hicieron porque confiaban en que bastaría la amenaza de la revolución y en que no habría necesidad de hacerla efectiva.
El gobierno, por su parte, comenzó a enviar tropas a Manchester, Yorkshire, al sur de Gales y a otras zonas donde se producían manifestaciones y disturbios en apoyo de la "Carta". Se organizó una fuerza policial especial, reclutada entre las clases dirigentes. En Londres se produjeron detenciones, entre ellas la de Henry Vincent, miembro de la convención que dirigía la agitación en el país de Gales.
En mayo la convención se trasladó a Birmingham y decidió que en el caso de que el Parlamento rechazara su petición aconsejaría a los que tuvieran depósitos de los bancos retirarlos y a los obreros iniciar el "mes sagrado", es decir, la huelga general. Attwood y otros moderados consideraron que esta medida era excesivamente revolucionaria y abandonaron la convención.
La petición ya reunía más de un millón de firmas, pero se decidió esperar un mes más para alcanzar los tres millones. La Convención se disolvió hasta el 1º de julio, fecha en que se volvió a reunir saludada por numerosos mitines. Uno de ellos, realizado el 4 de julio, en Birmingham, fue brutalmente disuelto por la policía. Los convencionales publicaron una violenta protesta a la que el gobierno respondió con la detención de sus firmantes, Lovett entre ellos.
El 12 de julio de 1838 el Parlamento rechazó la petición cartista, por 235 votos contra 46. Tres días más tarde la actitud provocadora de la policía desencadenó un motín en Birmingham, donde tiendas y almacenes fueron incendiados. En Newcastle, Glasgow y otros lugares se registraron tormentosas asambleas de trabajadores, que terminaron en



Los trabajadores textiles —por ser esa industria una de las que sufrían mayor explotación— se colocaron a la cabeza de los grupos rebeldes. Las ilustraciones muestran el trabajo en la sección de estampado —arriba— y en las hilanderías —abajo—.





encuentros sangrientos con la policía. Sobre la puerta de la iglesia de Ashton esta proclama expresaba el sentimiento popular: "¡Hombres de Ashton: Pan para todos o Sangre para todos! Preparad vuestros puñales, vuestras hachas, vuestros fusiles y vuestros picos; acumulad cerillas y luchad por el Pan o la Sangre, la Vida o la Muerte. Recordad que cuando 1.280.000 personas han pedido pan, se ha dicho que era un asunto ridículo. ¡Vosotros, tiranos, ¿creéis que vuestros molinos resistirán?"

Mientras tanto la Convención no lograba coordinar medidas efectivas para encauzar la indignación popular. El 16 de julio se decidió llevar a cabo una huelga general que comenzaría el 12 de agosto. Pero en realidad sólo una pequeña minoría estaba dispuesta a la huelga. Inclusive O'Connor la combatió alegando que el ejército de reserva industrial permitiría a los empleadores vencer la resistencia obrera. En nuevas sesiones del 22 y 24 de julio se dejó sin efecto la decisión y se elaboró un manifiesto que aconsejaba hacer "huelgas de advertencia" de pocos días. El 6 de setiembre la convención cartista se disolvió. El cartismo, fuertemente debilitado por las detenciones en masa realizadas en el mes de agosto, se volvió clandestino. Al parecer, en distintas zonas se organizaron insurrecciones armadas, pero sólo se produjo un estallido en el país de Gales. Dos mil mineros galeses, armados con fusiles, picas, azadones y palos marcharon sobre Newport con la intención de apoderarse de la ciudad para luego atacar Birmingham y extender la insurrección por todo el norte de Inglaterra. En un enfrentamiento con las tropas fueron dominados después de haber sufrido catorce bajas y más de cincuenta heridos. En los días siguientes fueron detenidos 125 hombres, entre ellos John Frost, cabeza del movimiento.

Después de estos acontecimientos la agitación no se calmó por completo, pero se fue debilitando. A principios de 1840 la ma-

por parte de los dirigentes cartistas se encontraba en prisión: O'Connor, O'Brien, Lovett, Stephens y Vicent y varios periódicos dejaron de circular. El cartismo aparentemente había sido vencido.

El segundo período de agitación cartista

La década que se inicia en 1840, llamada la "década del hambre" porque es en esos años en los que lo condición de los asalariados alcanza los niveles de mayor miseria, vería un nuevo florecimiento del movimiento cartista.
En julio de 1840 veintitrés delegados cartistas, reunidos en Manchester, organizaron la "Asociación Nacional de la Carta", el primer partido político de la clase obrera. En el pensamiento de sus dirigentes privaba la idea de que era necesaria una organización fuerte, con una dirección centralizada y una estrecha unidad con el movimiento sindical. La "Asociación" progresó rápidamente y a fines de 1841 tenía 282 filiales. En ese mismo año comenzaron a recuperar la libertad los dirigentes cartistas, entre ellos O'Connor, que se colocó a la cabeza del movimiento.
Nuevamente se planteó el problema de una posible alianza con los sectores burgueses, en particular con los miembros de la "Liga Contra la Ley de Granos", encabezada por Joseph Sturge, que, en 1841, publicó un folleto titulado *Reconciliación entre las clases medias y las clases laboriosas.* La argumentación de los miembros de la "Liga" se dirigía a demostrar que los sufrimientos de la clase obrera estaban determinados por la carestía de la vida y que por consiguiente no eran una consecuencia del sistema fabril, sino del proteccionismo. Esta argumentación servía al capitalismo industrial para hacer recaer en la aristocracia la responsabilidad de la miseria social.
Los cartistas demostraron que la "Liga" empleaba argumentos contradictorios, determinados por la clase social a la que se dirigía, prometiendo a los obreros pan barato con más altos salarios y a los empresarios el trabajo a más bajo precio gracias a la reducción del precio del pan. Los obreros eran plenamente conscientes de que la burguesía quería derogar los impuestos sobre los granos para rebajar aún más los salarios.
Entre 1841 y 1842 la "Asociación Nacional de la Carta", bajo la jefatura centralizada de O'Connor se dedicó a preparar una "Segunda Petición Nacional", que recogió 3.315.752 firmas. El 12 de abril de 1842 se reunió en Londres la Segunda Convención Cartista y el 2 de mayo presentó la petición al Parlamento.
Esta segunda petición tenía un carácter mucho más revolucionario que la anterior y evidenciaba que sus autores eran representantes reales de la clase obrera. En ella, y después de señalar las injusticias de que eran víctimas los trabajadores y de denunciar la Ley de Pobres, las detenciones y los malos tratos sufridos por los cartistas, se afirmaba: "Los firmantes se lamentan que los horarios de trabajo, en particular de los obreros de las fábricas, sobrepasen los límites de la resistencia humana y de que los salarios recibidos, después de esfuerzos inhumanos para trabajar en locales asfixiantes y malsanos, no lleguen a asegurar la salud física ni los alimentos indispensables después de un gasto excesivo de energía física".
Y más adelante agregaba "Vuestros peticionarios deploran hondamente la existencia de toda clase de monopolios en esta nación y denuncian respetuosamente la existencia de monopolios del sufragio, del papel moneda, de la maquinaria, de la tierra, de la prensa pública, de los medios de viaje y de transporte, de la adoración religiosa y toda una hueste de otros que sería largo enumerar. (...) Los peticionarios piden el poder supremo; en todo cuerpo constituyente del Imperio, el capital y la propiedad acumulada habrán

Centro industrial de Londres hacia 1840. Las grandes concentraciones urbanas, en las que hay una gran masa de desocupados, permiten a los patrones contar con un "ejército de reserva". Así, los obreros son empleados al precio más bajo y el patrón puede convertirse en árbitro de las relaciones laborales.

Trabajo en un taller metalúrgico, 1847. Después de los sangrientos enfrentamientos con la policía, los trabajadores de Ashton fijaban sobre las puertas de la iglesia esta proclama: "¡Hombres de Ashton: pan para todos o sangre para todos!"

de ser colocados en absoluto a los pies del trabajo".

El Parlamento rechazó la petición por 287 votos contra 49. Mientras tanto, la crisis económica hacía cada vez más grave la situación de los trabajadores: había más de un millón de obreros sin trabajo; los propietarios de minas y fábricas imponían reducciones progresivas de salarios; una sucesión de malas cosechas había hecho subir el precio del trigo. Un ejemplo claro de la situación lo constituían los mineros de Lanark cuyos salarios en cinco años se habían reducido casi a la mitad.

En el verano de 1824 las huelgas se sucedieron sin interrupción y configuraron un movimiento que se conoció como el "complot de las clavijas" porque los grupos de manifestantes marchaban de pueblo en pueblo interrumpiendo el trabajo mediante el procedimiento de quitar las clavijas de las calderas de las fábricas. Iniciado en Ashton, se extendió rápidamente por toda la zona fabril y casi simultáneamente estallaron movimientos similares en Tyneside y Escocia.

Para formarse una idea de la amplitud del movimiento bastará saber que en Manchester los manifestantes interrumpieron la actividad de 130 fábricas de algodón y otros tantos talleres de teñido, fundiciones y talleres de maquinarias, y que recibieron el apoyo de unos 50.000 obreros.

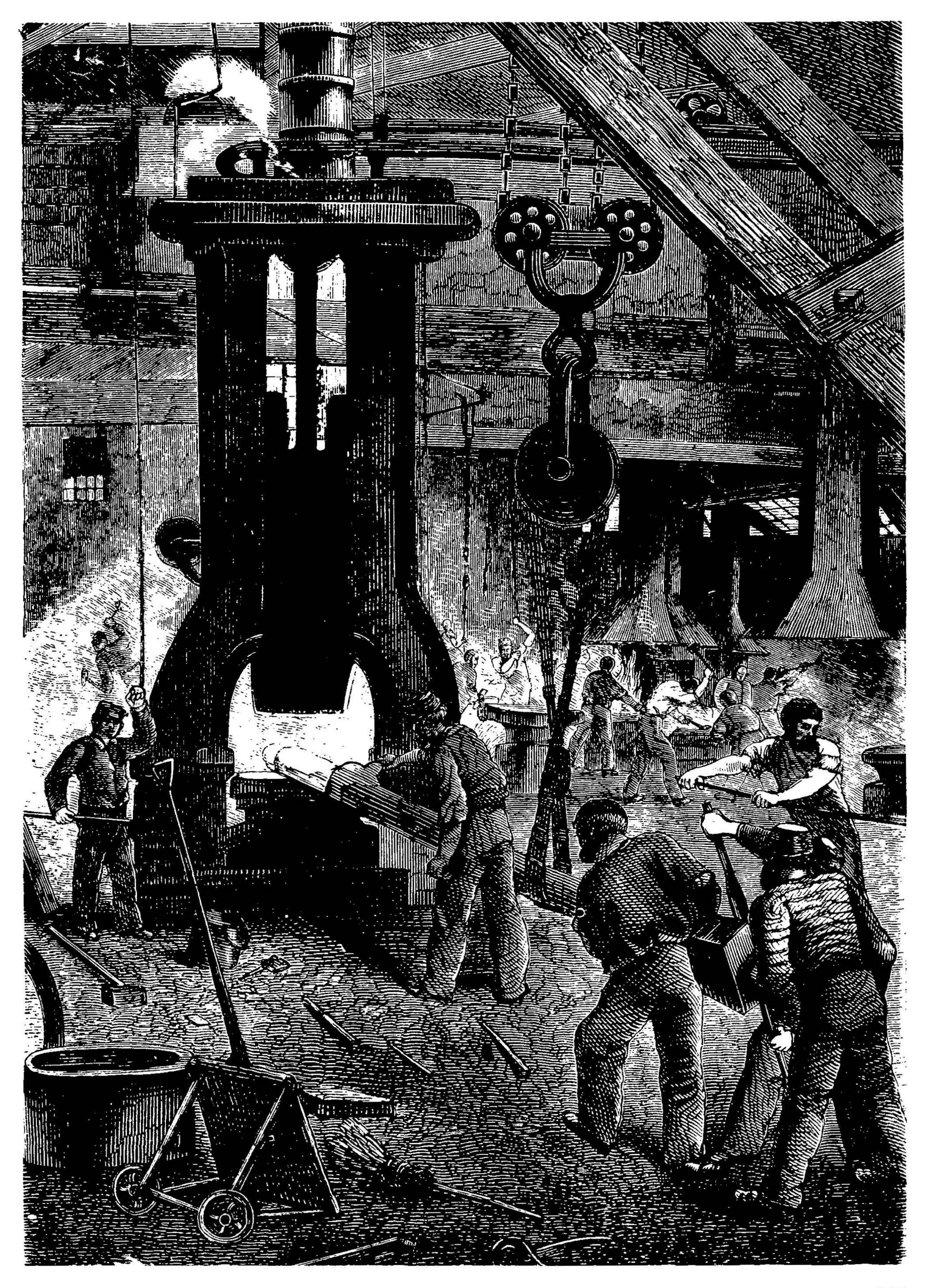
En agosto el movimiento asumió forma política. En Manchester se celebró una conferencia de delegados de los diferentes oficios y la mayoría declaró su apoyo a la "Carta del Pueblo" afirmando que "todo trabajo deberá cesar hasta que la Carta del Pueblo se transforme en ley del país". Otros, sin embargo, veían la huelga simplemente como una acción corporativa destinada a defender sus salarios. Una nueva reunión el 15 de agosto debía decidir si la lucha sostendría solamente reivindicaciones de tipo laboral o si se daría a la huelga general un carácter político. A realizarse la asamblea 58 delegados se pronunciaron por la huelga política, 7 por la huelga puramente corporativa y 19 se declararon dispuestos a aceptar la decisión de la reunión. Al día siguiente una nueva reunión de 141 delegados, que representaban a millares de trabajadores, ratificó su decisión de llevar adelante la huelga hasta obtener la aprobación de la "Carta".

El 17 de agosto la "Asociación Nacional de la Carta", reunida también en Manchester, trató el problema de la huelga. Muchos dirigentes, entre ellos Harney y O'Connor, pensaban que se debía desalentar el movimiento pues consideraban que él se debía a la instigación de los miembros de la "Liga contra la Ley de Granos". Pero la "Asociación" cartista, a causa de la presión de sus partidarios, debió otorgar su apoyo a la huelga. El apoyo de los cartistas, al parecer, llegaba demasiado tarde. Para fines de agosto muchos obreros volvieron al trabajo, aunque en algunos lugares la huelga continuó hasta setiembre. Su fracaso se debió a la falta de dirección, organización y fondos. Cuando el movimiento comenzó a debilitarse el gobierno procedió a la detención masiva de los que habían tomado parte en él.

Es importante tener en cuenta que, si bien los cartistas aceptaron el apoyo que les brindaba el movimiento huelguístico, no lo habían provocado. Las huelgas se habían originado por razones puramente económicas, en particular por las reducciones de los salarios. En realidad existe una fuerte presunción de que fueron provocadas por los industriales pertenecientes a la "Liga", que habrían reducido los salarios a un nivel insostenible para utilizar la cólera obrera como medio de presión ante el gobierno y lograr la derogación de las Leyes de Granos.

A fines de 1842 la buena cosecha disminuyó la crisis económica y redujo la tensión. Los sindicatos se inclinaron a limitar su acción a los problemas laborales y dejaron de ocuparse de cuestiones políticas.

Sin embargo, las huelgas tuvieron una consecuencia política



importante: avivaron el antiguo antagonismo entre las clases medias y los trabajadores. Una conferencia, reunida en Birmingham en diciembre de 1842 para concretar la alianza entre los miembros de la "Liga contra la Ley de Granos" y las organizaciones obreras, fracasó rotundamente.

La Tercera Petición

Después del fracaso de las huelgas del 42 y de la represión que las siguió, O'Connor abandonó la lucha política y se dedicó a organizar colonias agrícolas de trabajadores.

Las condiciones de vida del proletariado habían en cierta medida mejorado por la sanción de una serie de leyes protectoras del trabajo, como la de 1844, que limitaba el trabajo de los mineros a 6 horas diarias, y la que en 1847 impuso la jornada de 10 horas en las hilanderías de algodón. La derogación de las Leyes de Granos en 1846 determinó una cierta baja en el precio del pan y otros artículos alimenticios.

En 1845 George Julián Harney organizó la "Sociedad de los Demócratas Fraternales" y en colaboración con Ernest Jones organizó el grupo que conduciría al cartismo a su etapa de mayor claridad ideológica, al intento de encauzar el movimiento por las vías de la revolución proletaria.

La crisis de 1847 agitó nuevamente a los trabajadores. Cuando los industriales comenzaron a bajar los salarios estallaron huelgas violentas en Lancashire. Muchas fábricas se cerraron y nuevamente se produjo el paro en las filas obreras. En 1848 la noticia de las revoluciones en el continente alentó el resurgimiento de la agitación política. La "Asociación Nacional de la Carta" comenzó a organizar una nueva petición, en la que esta vez se reclamaba el establecimiento de una república. Una tercera Convención Cartista se reunió en Londres el 4 de abril de 1848 con el fin de presentar el 10 del mismo mes una petición al Parlamento. El gobierno concentró tropas en Londres, organizó destacamentos especiales de voluntarios, reclutados entre la burguesía, y prohibió la manifestación que se había organizado para presentar la petición. Una pequeña delegación entregó la petición al Parlamento, que la rechazó casi por unanimidad.

Aunque desorganizó las filas cartistas esta nueva derrota no implicó el cese de la actividad de sus dirigentes. Los más activos, Jones, Harney y otros, comenzaron a organizar un levantamiento armado. Pero el gobierno no se dejó engañar por la aparente calma y llevó adelante una represión cada vez más violenta. La utilización de confidentes permitió a la policía penetrar en el movimiento y desorganizarlo. El 6 de junio comenzó una nueva ola de detenciones, en la que cayeron la mayor parte de los dirigentes.

El 5 de agosto de 1848 el redactor de la *Estrella del Norte* escribía: "Compatriotas: El reino del terror progresa: cada vez se hace más penetrante y amenazador. La atmósfera política se ha hecho tan sofocante que casi nos asfixiamos. Circulan muchos rumores que en seguida son desmentidos; las dudas angustiosas y los temores ocultos de cada hombre que encontramos son tan alarmantes que el simple hecho de pensar serenamente exige valor y es preciso fuerza y audacia para no perderse en este caos".

En setiembre el movimiento había sido completamente aplastado.

Conclusión

El cartismo fue el primer movimiento político verdaderamente nacional de la clase obrera; a pesar de sus fracasos, su experiencia práctica y su elaboración teórica no se perdieron, sino que fueron aprovechadas por las siguientes generaciones de trabajadores y por el movimiento obrero internacional. Muchas de las conquistas laborales de la década del 40 se debieron a la agitación cartista. Y aun en los años que siguieron a la decadencia del movimiento sus dirigentes participaron en las actividades sindicales, cooperativas y políticas de la clase obrera.

A partir de la década del 50 comenzó un período de gran expansión capitalista. El capital inglés monopolizó el mercado mundial. La expansión de los ferrocarriles, el crecimiento de la producción y el aumento constante de las exportaciones produjo una creciente prosperidad en el sector industrial. Ya a partir de 1845 se había registrado un aumento en los salarios de los obreros calificados y organizados.

Estas condiciones facilitaron el debilitamiento de las fuerzas revolucionarias en un considerable sector del proletariado inglés.

Durante este período, de estabilización y de expansión, las relaciones y la lucha de clases adquirieron nuevas características, menos intransigentes. Las condiciones de vida de los obreros no calificados siguieron siendo miserables, pero esta masa empobrecida estaba desorganizada y no se incorporó al movimiento revolucionario hasta una fecha posterior.

Ernest Jones había tomado contacto, a través de la "Sociedad de los Demócratas Fraternales" con los exilados alemanes, italianos, polacos, etc. Su pensamiento influido por Marx y Engels, se encauzó hacia el socialismo científico. Bajo su dirección la izquierda del cartismo se convirtió en la rama británica de un movimiento revolucionario internacional, la Asociación Internacional de Trabajadores o Iª Internacional.

Bibliografía

Cole, G. D. H. *Historia del pensamiento socialista.* México, 1957, Fondo de Cultura Económica.

Dolleans, Edouard. *Historia del movimiento obrero.* Buenos, Aires, 1962, Eudeba.

Efimov, A. y Freiber, N. *Historia de la época del capitalismo industrial.* Buenos Aires, 1941, Ed. Problemas.

Hobsbawn, Eric. *Las revoluciones burguesas.* Madrid, 1964, Guadarrama.

Morton, A. L. y Tate, G. *Historia del movimiento obrero inglés.* Madrid, 1971, Ed. Fundamentos.

¡Vivir trabajando o morir combatiendo!

Marta Bonaudo de Magnani

Las cada vez más crueles condiciones de vida a que se veían sometidos los trabajadores franceses originaron en 1831 el levantamiento de los tejedores de Lyon.

En 1830, se instaura bajo la égida de Luis Felipe de Orleáns el "reinado de los banqueros". El pueblo, como en 1789, ha salido a la calle, ha luchado durante las "tres gloriosas jornadas" y ha sido el factor fundamental en la caída del régimen de la aristocracia terrateniente. Pero otra vez, como antes, como después, la burguesía, una vez más en el poder, no iba a reconocerle ni méritos ni reivindicaciones y la explotación de las clases trabajadoras se hará, después de 1830, aún más intensa que durante los años de la restauración borbónica. En los viejos y nuevos centros fabriles, donde la revolución industrial da sus primeros pasos en los textiles o en la minería, la situación será la misma. En 1835 Guépin, un médico de Nantes, decía: "...Nadie, a menos que haya sofocado todo sentimiento de justicia, puede dejar de afligirse al ver la enorme desproporción entre las alegrías y los pesares de esta clase... Se desearía ver algunas compensaciones a sus miserias: el descanso después del trabajo; un servicio recibido después de un servicio prestado [...]; goces materiales o goces de amor propio; algo, en fin. Y sin embargo, al obrero de que hablamos no le es dado nada de todo esto a cambio de su trabajo. Vivir, para él, es no morir. Más allá del trozo de pan que debe alimentarlo a él y a su familia, más allá de la botella de vino que debe quitarle un instante la conciencia de sus penas, no pretende nada."

Pero la desesperación y la pasividad no iban a ser los únicos caminos para esa clase obrera, todavía heterogénea y dispersa, que comienza a organizarse. Poco tiempo después de la revolución de julio, ante la política totalmente negativa de la burguesía con respecto a sus reclamaciones —mejoras en los salarios, disminución de la jornada de trabajo, etc.—, comenzará sus luchas laborales mediante huelgas y levantamientos que se sucederán en los años siguientes. Centro de este proceso es la ciudad de Lyon, viejo centro textil donde se da uno de los niveles de concentración obrera más importante de la época. Ahí se produce en 1831 el levantamiento de los *canuts*, los tejedores de la seda. La situación de éstos era crítica: los salarios habían sido reducidos varias veces, utilizando como pretexto la pérdida de los mercados exteriores; la jornada de trabajo duraba 18 horas. Alejandro Dumas describiría más tarde, en sus *Memorias*, la situación de los *canuts*: "...los desgraciados obreros lucharon largo tiempo en silencio, intentando, cada trimestre, reducirse a habitaciones más estrechas, a barrios más fétidos, tratando cada día de restar alguna cosa de sus comidas o de la de sus hijos. Pero al fin, cuando ellos se vieron frente a la asfixia por la falta de aire, frente al hambre por la falta de pan, se elevó de la Croix-Rousse [...], es decir, de la ciudad obrera, un mismo sollozo... Era el lamento de cien mil dolientes". Pero el lamento se transformará pronto en una rebelión, en una de las acciones más importantes llevadas a cabo por la clase obrera de la época, nexo entre la rebelión de Babeuf y las de 1848. Después de largas y frustradas tratativas en torno a las tarifas de pago los obreros se lanzan, bajo el lema de "Vivir trabajando o morir combatiendo", a una lucha en la que vencen las tropas gubernamentales y se apoderan de la ciudad. La derrota no tardará en llegar, favorecida por las disputas internas, pero las enseñanzas serán múltiples. Quedaba claro detrás de las acciones de los tejedores, de aquellos que cantaban: "...pero cuando llegue nuestro reinado / cuando vuestro reinado termine / entonces nosotros tejeremos la mortaja del viejo mundo / ...", el valor de la unidad obrera y con ello la presencia cada vez más evidente de la conciencia de clase, desarrollada a la sombra de las traiciones de la burguesía y de las experiencias comunes en el taller o en el barrio obrero, del trabajo en

Testimonio de un médico sobre la vida de los obreros en Nantes (1835)

Si queréis saber cómo se alojan (los obreros) id, por ejemplo, a la rue des Fumiers, que está casi exclusivamente habitada por esta clase; entrad, agachando la cabeza, en una de esas cloacas abiertas sobre la calle y situadas por debajo de su nivel. Hay que haber bajado a esos pasadizos donde el aire es húmedo y frío como en una caverna, haber sentido deslizar vuestros pies sobre el suelo sucio, haber temido caer en ese fango, para darse una idea del sentimiento penoso que se experimenta al entrar en la vivienda de esos míseros obreros. De cada lado del pasadizo, y por consiguiente por debajo del suelo, hay una habitación sombría, grande, helada, cuyas paredes rezuman agua sucia; que recibe la ventilación por una especie de ventana semicircular de dos pies en su mayor altura. Entrad, si el olor fétido que se respira allí no os hace retroceder. Tened cuidado, porque el piso desigual no está empedrado ni enladrillado, o al menos los ladrillos están recubiertos de una capa tan grande de mugre que no se les puede percibir. Y ved esos tres o cuatro lechos, mal sostenidos y vencidos porque el cordel que los asegura a sus soportes carcomidos no resistió bien. Un jergón, una manta formada con harapos guarnecidos de franjas, raramente lavada, porque es la única; a veces sábanas, a veces una almohada, he ahí el contenido del lecho. No hay necesidad de armarios en esas casas. A menudo un bastidor de tejedor y un torno completan el moblaje... Es allí donde —a menudo sin fuego en el invierno, sin sol durante el día, a la claridad de una vela de resina por la noche— los hombres trabajan durante 14 horas por un salario de 75 céntimos a un franco por día...

(A. Guépin, *Nantes au XIXe Siècle*, 1835. Citado por Dolléans; ver bibliografía.)

Después de las conquistas obtenidas durante la Revolución de 1789 los trabajadores sufrieron —bajo el gobierno de Napoleón— un nuevo período difícil. El derecho de huelga había sido prohibido, y Napoleón destruyó sistemáticamente toda posibilidad de ascenso de las clases bajas. En la ilustración: Napoleón Bonaparte, según una medalla de 1809.



las sociedades de socorros mutuos que se iban cargando con nuevos contenidos, de la miseria colectiva.

Durante estos años crecen las organizaciones obreras, la unidad comienza a concretarse, primero, dentro de cada oficio, luego entre los diversos oficios. La solidaridad interprofesional se pondrá en evidencia durante la revuelta de 1834. En este proceso en el cual la clase obrera, junto a la incipiente revolución industrial, comienza a analizar su situación, a perfeccionar sus organizaciones, a definir sus objetivos, recibirá el aporte de los socialistas utópicos y de los republicanos, pero será fundamentalmente en la lucha donde irá plasmando su ideología.

En esos años el líder de los obreros tipógrafos, Jules Leroux, les decía a sus compañeros:

"... Los sufrimientos de todos, más todavía que los sufrimientos individuales de cada uno, nos habían agrupado.. Ahora bien, pensadlo, nuestra causa es su causa; es la causa de todas las clases obreras, de aquellas mismas cuyos trabajos están más distantes de los nuestros. Los obreros son, todos, en manos de sus amos, instrumentos de fortuna; todos tienen una existencia miserable, un salario precario e insuficiente... El egoísmo más estrecho se convirtió en la pasión de todos. Reina entre nuestros patrones; reina en el seno nuestro. Somos envidiosos unos de otros, somos enemigos. ¿Cómo habría de ser de otro modo? No hay vínculos, os digo, que nos unan, no hay vínculo que me haga sufrir cuando sufre mi vecino. Nuestra clase no existe. No hay más que individuos... Y, sin embargo, el salario es nuestro patrimonio, nuestra propiedad... ¿Cuál es la causa de que esa propiedad no esté reconocida? El estado de aislamiento en que vivimos... Nuestra salvación está en nosotros solamente."

Mucho habría que luchar y hacer todavía para alcanzar la unidad pedida por Leroux, pero lo importante es señalar, en estos años, que esa lucha ya había comenzado y que no habría de interrumpirse.

Francia bajo la égida napoleónica

La dictadura napoleónica, obra de la burguesía revolucionaria, cumplió el fin que se le había asignado: consolidar el orden social nacido de la Revolución de 1789. A la par que afianzaba la unidad nacional, Napoleón proporcionaba a la burguesía francesa, a través de su política económica y social, sólidos instrumentos de poder. Por intermedio del Código Civil, complementado por el penal y el de comercio, Bonaparte confirmó la libertad personal, la igualdad ante la ley, la abolición del feudalismo, la laicidad del Estado y la libertad de conciencia y de trabajo. Concebidos en función de los intereses burgueses, los códigos napoleónicos reafirmaron ante todo el derecho de propiedad, fortalecieron las empresas (la sociedad anónima y la comanditaria) y garantizaron la libertad contractual. En beneficio de esa burguesía fueron creados también el Banco de Francia, el más patente símbolo de la estabilidad burguesa, un cierto número de manufacturas, las cámaras de comercio, la Sociedad para el Fomento Industrial, y fueron reorganizadas las Bolsas, la Sociedad de Agricultura, etc. Si bien se respetó la libertad económica hasta el grado que fuera necesario para el progreso de las empresas, se tendió también a favorecer el desarrollo de la producción a través de ciertas medidas proteccionistas. La conquista y el bloqueo continental permitieron a Bonaparte entregar a la burguesía el mercado continental y una circulación monetaria abundante a expensas de los vencidos.

El progreso agrícola fue lento; la industria recibió algunos estímulos por medio de exposiciones, pedidos, anticipos, fomento de los inventos, aunque no existió una política coherente al respecto, salvo en períodos críticos. Los avances más sensibles se observaron particularmente en el campo textil (sobre todo en el sector algodonero) y en los productos químicos. Pero no se generalizaron ni la aplicación de maquinaria a vapor ni la concentración, que prácticamente se redujo al sector de la hilandería y adoptó la forma de talleres manufactureros. Se hizo perceptible, en cambio, la concentración comercial, y con ello el fortalecimiento de los grandes hombres de negocios (como Oberkampf, Bauwens, Richard-Lenoir, Ternaux, Japy, Peugeot, etc.), cuya influencia se extendía al mundo del trabajo a través del control de algunas manufacturas y de la industria a domicilio. El caudal burgués se vio reforzado con la aparición de nuevos ricos cuya fortuna se consolidó con los suministros de guerra, con el tráfico de los bienes nacionales y con la especulación, favorecida permanentemente por la inflación. Mientras tanto, Lyon y Estrasburgo prosperaban como cabeceras del tráfico terrestre y Marsella y Burdeos lo hacían en virtud del intercambio marítimo.

Pero Bonaparte hizo algo más en favor de la burguesía: le confió el aparato político-administrativo de Francia, y este monopolio, que de hecho instituyó en su beneficio, debía durar, pese a la Restauración, casi un siglo.

El fortalecimiento del ascendiente de la burguesía se hizo no sólo en detrimento de la nobleza, de la aristocracia territorial, sino también y, básicamente, a expensas de las clases bajas de la población. Si bien durante el gobierno napoleónico los salarios se mantuvieron o aumentaron y los pequeños propietarios campesinos aumentaron en número, su situación no se había modificado mayormente. Las restricciones que sobre las organizaciones y sobre la posibilidad de defensa de los intereses de la clase trabajadora se habían impuesto entre 1791 y 1799, fueron confirmadas o reafirma-

La mayor preocupación de la Europa post-napoleónica fue evitar una revolución general. Para lograr ese objetivo se restauraron las antiguas monarquías.

En la ilustración superior: Luis Felipe presta juramento al asumir el gobierno.

En la ilustración inferior: Luis XVIII y su comitiva retornan a París tras el restablecimiento de la reyecía borbónica.

das por Napoleón. Por intermedio de actas especiales, incluídas en el Código Civil, se les prohibió a los trabajadores el derecho de huelga y el de formar cofradías. Se restableció la libreta de trabajo y en los tribunales de trabajo, creados en 1806, se les negó la posibilidad de estar representados. Los disturbios desencadenados por las crisis de 1802 y de 1811-1812 fueron implacablemente reprimidos. El capitalismo naciente dictaba su ley: debía mantenerse la reglamentación de la mano de obra e impedir el restablecimiento de las corporaciones que hubieran entorpecido su desarrollo. Napoleón destruyó sistemáticamente toda posibilidad de ascenso de las clases bajas para sacudir el yugo de la opresión.

El impulso de la revolución, primero, y Bonaparte, después, desbordaron rápidamente las fronteras de Francia y a través de la guerra ejercieron, especialmente sobre la Europa continental, una doble influencia. En un primer momento convocaron a los pueblos a derribar la tiranía y a abrazar los principios revolucionarios de libertad e igualdad, a los que se oponían las fuerzas reaccionarias y conservadoras que los gobernaban. Luego, al final del reinado de Bonaparte, cuando el elemento de conquista imperial y de explotación prevaleció sobre el de liberación, en cualquier lugar que las tropas francesas derrotaban, ocupaban o anexionaban, suscitaron reacciones nacionalistas que se volvían contra el conquistador. Erigida primero en campeona de los pueblos oprimidos y luego en conquistadora, la Francia napoleónica dejó una fuerte impronta en el mundo europeo al barrer con muchas de las trabas impuestas por la estructura feudal que imperaba en la mayoría de los países y al crear las precondiciones para el desarrollo de nuevas relaciones de producción.

La unidad imperial tenía, sin embargo, bases muy endebles. Si en el exterior la conquista había destruido o alterado las fronteras políticas de Europa e instituido leyes e instituciones que abolían el feudalismo (a excepción del Ducado de Varsovia), a su vez constituía el mejor reactivo para avivar en todas partes los sentimientos nacionales. El cosmopolitismo europeo, de fuerte influencia francesa, recibiría, a través de los movimientos nacionalistas, un fuerte golpe.

En el interior, el divorcio entre la burguesía y su instrumentador se acentuaba a pasos acelerados. La primera, que nunca había participado del sueño napoleónico de dominio universal, lo condenó radicalmente cuando se produjeron las primeras grandes derrotas; vio una enemiga en la nobleza generada por el imperio y, lo que es aún más grave, se sintió un instrumento en manos de Bonaparte, pues su proyecto había sido gobernar bajo su protección y no bajo su dominio.

La reacción, por su parte, deseosa de recuperar antiguos privilegios, trabajaba contra el régimen.

Derrotado en todos los frentes, invadida Francia, Bonaparte recurrió a la nación, al no poder hacer ya la guerra a expensas del extranjero. La burguesía se negó a prestarle apoyo en tanto el pueblo se mostraba reacio y los realistas incitaban a la desobediencia y ayudaban al enemigo. Traicionado y aislado, su suerte estaba decidida en abril de 1814, y sus desesperados intentos de cambiarla no tuvieron éxito.

La Restauración en Europa

La mayor preocupación de la Europa restauradora y reaccionaria a partir de 1815 fue evitar una segunda revolución francesa o, lo que era aún peor, una revolución europea general, a partir del modelo de la primera. Incluso Inglaterra, que no simpatizaba con los absolutismos reinstaurados en Europa continental, temía el resurgimiento de otro movimiento revoluciona-



Luis Felipe, el reino de los banqueros

... Después de la revolución de julio, cuando el banquero liberal Laffite acompañó en triunfo al Hotel de Ville (Ayuntamiento) a su compadre, el duque de Orleáns, dejó caer estas palabras:
"Ahora va a comenzar el reino de los banqueros". Laffite había traicionado el secreto de la revolución.
La que dominó bajo Luis Felipe no fue la burguesía francesa, sino una fracción de ella: los banqueros, los reyes de la Bolsa, los reyes de los ferrocarriles, los propietarios de minas de carbón y de hierro y de explotaciones forestales, y una parte de la propiedad territorial aliada a ellos: la llamada aristocracia financiera. Ella ocupaba el trono, dictaba leyes en las Cámaras y adjudicaba los cargos públicos, desde los ministerios hasta los estancos.
La burguesía industrial, propiamente dicha, constituía una parte de la oposición oficial, es decir, sólo estaba representada en las Cámaras como una minoría. Su oposición se manifestaba más decididamente a medida que se destacaba más el absolutismo de la aristocracia financiera y a medida que la propia burguesía industrial creía ir asegurando su propia dominación sobre la clase obrera, después de las revueltas de 1832, 1834 y 1839, ahogadas en sangre. Grandin, fabricante de Ruan, que tanto en la Asamblea Nacional Constituyente como en la Legislativa había sido el portavoz más fanático de la reacción burguesa, era en la Cámara de Diputados el adversario más violento de Guizot. León Faucher, conocido más tarde por sus esfuerzos impotentes para llegar a ser un Guizot de la contrarrevolución francesa, riñó en los últimos tiempos de Luis Felipe una guerra con la pluma a favor de la industria, contra su lacayo, el Gobierno. Bastiat desplegaba una gran agitación en contra del sistema imperante, en nombre de Burdeos y de toda la Francia vinícola.
La pequeña burguesía, en todas sus gradaciones, al igual que la clase campesina, habían quedado completamente excluidas del poder público. Finalmente, en el campo de la oposición oficial o completamente al margen del *pays légal* (conjunto de las personas que gozaban del derecho de votar), se encontraban los representantes y portavoces ideológicos de las citadas clases, sus sabios, sus abogados, sus médicos, etc.; en una palabra, sus llamados talentos...

(Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia.* Traducción: Editorial Lautaro, 1946.)

rio similar. La consigna fue entonces preservar la paz interna y externa. Para llevar adelante sus planes, los restauradores reunidos en Viena y encabezados por el príncipe de Metternich, primer ministro austríaco, se abocaron en primer lugar a restablecer, en lo posible, el *statu quo* político y territorial de 1792. Se reconstituyó con tal fin el mapa europeo, dejando de lado las aspiraciones de los pueblos y los derechos de numerosos príncipes despojados por los franceses a lo largo de casi veinte años de guerra. Se atendió ante todo el equilibrio de las cinco grandes potencias surgidas de la lucha: Rusia, Inglaterra, Francia, Austria y Prusia. Para Francia la derrota significó retornar a sus fronteras de 1792, pagar una reparación de guerra no muy onerosa y soportar la ocupación de su territorio por tropas extranjeras hasta 1818, fecha en que fue readmitida con plenitud de derechos en el "concierto de naciones europeas". Pero también supuso la restitución en el trono de los Borbones, una monarquía atemperada que aceptó algunas de las conquistas más importantes de la revolución. Mientras en la opinión de los elementos revolucionarios de todos los países Francia quedaba como el paladín de la libertad y la igualdad, Inglaterra consolidaba su dominio definitivo en los mares y consumaba la ruina del imperio colonial francés, su eterno rival, y Rusia, Prusia y Austria, por su parte, satisfacían sus ambiciones territoriales en el continente.

Al comprender que la tensión de las rivalidades entre los estados podía terminar con la paz, tan dificultosamente lograda, los estadistas de las grandes potencias intentaron establecer un mecanismo que permitiera asegurarla. Recurrieron entonces a la convocatoria de congresos periódicos que se celebraron entre 1818 y 1822 (Aquisgrán, 1818; Troppau, 1820; Laibach, 1821; Verona, 1822). Pero el sistema fracasó frente a las crisis económicas y a las depresiones fi-





Las tres grandes oleadas revolucionarias que sacudieron a Europa entre 1820 y 1848 demostraron la incapacidad de la Restauración para detener los cambios que trastrocarían definitivamente la estructura de la Europa absolutista.

En la ilustración superior: Insurrección del 28 de junio de 1830, en París. Un herido es llevado fuera del lugar de combate.

En la ilustración inferior: Luis Felipe, que fue la representación misma de la burguesía financiera en el poder.

El trabajo de los niños en Lyon (1834)

(...) niños muy pequeños son ocupados en el torno destinado a las canillas de las máquinas de tejer; allí, constantemente encorvados, sin movimientos, sin posibilidad de respirar aire puro y libre, contraen irritaciones que se convierten luego en afecciones escrofulosas; sus débiles miembros se deforman, y su espina dorsal se desvía; se agotan y, desde sus primeros años, son los que suelen ser siempre, débiles y vatudinarios. Otros niños son ocupados en hacer girar ruedas que ponen en movimiento largos mecanismos para devanar; la nutrición de los brazos se hace a expensas de la de las piernas y estos pequeños desdichados tienen a menudo los miembros inferiores deformados...

(De J. B. Monfalcon, *Histoire des insurrections de Lyon.* Citado por Dolleáns; ver bibliografía.)

El trabajo de los niños constituía una innegable ventaja para los patrones, ya que los salarios pagados eran menores que los que se daban a los hombres. Sin embargo, los horarios de labor eran semejantes: a las 16 horas de trabajo se sumaba una alimentación. insuficiente.



nancieras, que mantenían vivo el temor a la revolución social, y frente a las divergencias insalvables que se manifestaban entre los intereses de cada una de las potencias. A la acción de los congresos se sumó la de la Santa Alianza, basada en los preceptos de la Santa Religión, y dirigida por Rusia, Prusia y Austria, a la que se adhirieron todos los soberanos de Europa, a excepción del Sultán de Turquía, el Papa y Gran Bretaña. La función policíaca de la Alianza, como la de los congresos (intentos de supresión de los movimientos revolucionarios apoyados en el nacionalismo, la democracia o la justicia social), se frustrarían estrepitosamente.

Nunca como entonces estos movimientos tuvieron tanto eco. Las tres grandes oleadas revolucionarias que estallaron entre 1820 y 1848 demostraron la incapacidad de la Restauración para detener los cambios que trastrocarían definitivamente la estructura de la Europa absolutista.

La revolución francesa de 1789 proporcionó el modelo de levantamiento político a los estallidos revolucionarios de 1820-1824 (restringidos básicamente al área mediterránea), de 1830 (en toda Europa, excepto Rusia y en los EE. UU.) y de 1848 (Francia, Italia, Estados Alemanes, gran parte del Imperio de los Habsburgo, Suiza y, en forma menos aguda, en España, Dinamarca, Rumania, Irlanda, Grecia e Inglaterra). Los revolucionarios ofrecieron un frente común de oposición, pese a las diferencias sociales o nacionales que los dividían, frente que sin embargo se iría desintegrando lentamente. Triunfantes o fallidos, los movimientos mostraron un fuerte sentido de unidad internacional, ya que la lucha estaba destinada a eliminar al enemigo común: los monarcas absolutos encabezados por el Zar de Rusia.

Esto se reflejaba especialmente en las tentativas permanentes de crear organismos revolucionarios internacionales como "La Joven Europa", "La Asociación Democrática para la Unificación de todos los Países", etc.

Conservaron, además, otros rasgos comunes. En la mayoría de los casos fueron obra de pequeñas minorías de clase media e intelectuales, con frecuencia exiliados, emergentes del relativamente pequeño mundo de la cultura, a los que se sumaban las masas, cuando la revolución estallaba. Adoptaron el mismo tipo de organización revolucionaria: la hermandad insurreccional secreta. Estas se multiplicaron a lo largo del período en todos los países (carbonarios, decembristas, etc.).

De los tres ciclos revolucionarios, el segundo es el que constituye el centro de nuestro interés. 1830 fue producto de un período de crisis aguda en el campo socio-económico y de rápidas transformaciones que provocaron modificaciones esenciales en el plano político, social y económico. Entre las más importantes debemos destacar la reaparición, después del ciclo de 1789-1795, de la revolución de masas; el surgimiento, en aquellas áreas en que se extendía la revolución industrial y en las que se estaban afianzando las relaciones capitalistas de producción, de un nuevo proletariado industrial, que daría origen a un primer movimiento revolucionario socialista; la destrucción del frente formado por los moderados y los radicales en la mayoría de los países; el amplio desarrollo de los movimientos nacionalistas; y la división de Europa en dos áreas: la del oeste del Rhin, en la que los movimientos rompieron la influencia de los poderes de la reacción, y la del este, en la que la situación se modificó poco o nada.

La Restauración de los Borbones



Reinstaurado en el trono por las bayonetas de los aliados, Luis XVIII llamó a sus filas casi exclusivamente a los miembros de la aristocracia territorial, deseosos de obtener compensación por un alejamiento que había durado veintiséis largos años. Junto a los miembros de la nobleza laica, regresaron los sacerdotes católicos refractarios y los jesuitas, que habían huido durante la revolución, deseosos todos de reimplantar el Antiguo régimen. Al amparo de la Asamblea Legislativa, obra de la Constitución de 1814, que prácticamente monopolizaron, pudieron ejercer una fuerte presión sobre el monarca, exigiendo recompensas por su fidelidad. En un corto lapso la aristocracia controló los puestos claves del Estado y del Ejército, la Guardia especial del rey y recibió de manos de éste pensiones, títulos, compensaciones monetarias por las tierras expropiadas e incluso las tierras confiscadas durante la revolución que no hubieran sido aún vendidas.

Sin embargo, la aristocracia se encontró frente a un proceso irreversible. Los cambios producidos por la revolución burguesa no podían ser destruidos sino a costa de una nueva revolución. Es por eso que, pese a las características reaccionarias del régimen, se respetaron los principios fundamentales del movimiento de 1789: la igualdad ante la ley, la libertad en todos los campos, especialmente en la actividad comercial e industrial, la destrucción de los derechos feudales, etc. No obstante, esto no evitó que a lo largo y a lo ancho de Francia se extendiera una ola de terror, (el "terror blanco") promovido por la aristocracia contra los propietarios de los bienes nacionalizados y los participantes del movimiento revolucionario del 89, para juzgar a los cuales se crearon en todo el país tribunales extraordinarios controlados por la aristocracia.

La gran burguesía, que había aspirado al restablecimiento de la paz y que había pensado en hallar en esa monarquía pacífica un nuevo lugar, vio defraudada sus esperanzas. Prácticamente eliminada de los puestos más importantes de la política, la diplomacia, el ejército y la iglesia, se veía además enormemente per-

judicada por la política económica de los Borbones. En beneficio de la aristocracia territorial éstos sacrificaron una y otra vez los intereses de la burguesía. Restablecieron rápidamente elevadas tarifas a la importación de cereales, que encarecían el precio del pan, y obligaron a los manufactureros a aumentar los salarios de los trabajadores; se negaron a continuar la lucha contra la industria inglesa por la supremacía en el mercado continental y de acuerdo con el tratado de 1814 permitieron la importación de mercancías extranjeras a todas las colonias francesas con un sobrecargo impositivo mínimo, lo que implicaba ceder de hecho los mercados coloniales que aún le restaban a Francia a su rival. Por otra parte, establecieron fuertes impuestos a la importación de hierro colado inglés y a los artículos de hierro y acero de la misma procedencia, con el beneplácito lógico de los propietarios de las grandes fundiciones de acero de Francia, que habían adoptado el método inglés de fundir el hierro con carbón de piedra. Ellos eran en la mayoría de los casos financistas o grandes propietarios territoriales. Mientras tanto la burguesía industrial, que lentamente se iba desarrollando, debía pagar enormes sumas por la importación de maquinarias y herramientas que no se producían en el país. También algunos grupos financieros debieron su cuota de beneficios a la aristocracia ya que, para compensar a los repatriados por sus tierras expropiadas, el gobierno destinó mil millones de francos que fueron recaudados disminuyendo los intereses que el Estado pagaba a sus prestamistas.

Manufactureros, banqueros, financistas, desplazados del poder, se afirmaban, sin embargo, en otros planos, acrecentando su riqueza y haciendo su aprendizaje económico en los nuevos negocios. Pero no estaban dispuestos a contentarse con ello. El descontento, el malestar, no sólo se reflejaba entre los burgueses. Francia seguía siendo una nación de artesanos y obreros a domicilio, procedentes de los centros de la tradicional industria domiciliada. A su lado se hallaban los obreros de cierto número de manufacturas y un proletariado industrial, relativamente poco importante, que iba creciendo, limitado casi exclusivamente a las industrias textiles y, a veces a la minería. La introducción de maquinarias era reducida. Sólo después del 40, y en especial a partir de mediados de siglo, las máquinas comenzarían a competir seriamente con el trabajo manual. Las primeras concentraciones de la industria mecanizada se produjeron en el norte del país: Alsacia, Lorena y en las regiones alrededor de Lille, Ruán y París. En Lyon, centro de la industria sedera, el mundo del trabajo tenía un representate típico, el *canut*, el tejedor lyonés. La estructura de producción se basaba en la existencia de un "fabricante", generalmente un comerciante dueño de la materia prima, que la entregaba para ser trabajada a domicilio y repartía los pedidos entre los jefes de taller. La condición de los jefes de taller variaba mucho. Si poseían el instrumento de trabajo podían ser considerados como patrones ordinarios y si tenían más de dos o tres telares pasaban a formar parte de una cierta aristocracia del oficio. En cambio, si no poseían telares, los jefes de taller debían alquilarlos, y su situación social dependía del número de telares que pudieran arrendar. Estos, terminado el trabajo, repartían el beneficio con los oficiales y los obreros.

Las condiciones de trabajo eran duras. Una larga jornada de 15 a 17 horas (en especial en las manufacturas de algodón y lana) en talleres totalmente insalubres, donde el aire, sobre todo en las hilanderías de algodón, solía ser irrespirable y las condiciones de higiene y de seguridad no existían. La tisis algodonera hacía estragos entre los grupos ocupados en el bataneo del algodón en bruto. En los talleres de la seda, el trabajo de los niños, fatigados después de

16 o 17 horas diarias de pie, hacía frecuente la extenuación precoz, que, sumada a la subalimentación crónica, aumentaba la tasa de seres físicamente ineptos.

Las condiciones de vida no eran mejores. En las zonas en que se concentraba la producción se concentraba a su vez rápidamente la población obrera. Esto provocaba el alza exorbitada de los alquileres, acentuada aún más por la acción de los especuladores. Ello obligaba a una familia de cinco o seis miembros, e incluso a dos grupos familiares, a compartir una habitación generalmente húmeda, mal iluminada y aireada o a hacinarse en graneros demasiados fríos en invierno y excesivamente calurosos en verano. Sometidos a salarios de hambre, a frecuentes paros forzosos, evadiéndose de la cruda realidad a través del alcohol, que los sumergía aún más, apenas menos ignorantes que los campesinos, tuvieron, sin embargo, una ventaja sobre éstos. La agrupación favoreció entre ellos los contactos; la miseria compartida constituyó la fuerza que había de ir conformando la conciencia de clase en esa masa heterogénea, suma de individualidades, prácticamente carente de toda organización profesional.

El mundo rural, heterogéneo, complejo, alejado de las discusiones políticas en virtud de un analfabetismo bastante generalizado, movilizado sólo por la presión de sus párrocos o de los hidalgos locales, no ofreció resistencia alguna a la Restauración. Sin embargo, dos grandes temores habían generado en él una tendencia opositora: uno, era el de que se realizara una revisión eventual de las compras de bienes nacionales; el otro, la posibilidad más vaga y lejana, del restablecimiento de los derechos feudales. Ninguno de estos hechos se concretó, pero, sí debieron, las clases campesinas, soportar las consecuencias de las oleadas de terror blanco desatadas por la aristocracia. A ello se sumaba el constante incremento de los impuestos indirectos que caían sobre sus espaldas y hacían más profundo su descontento. Es por estas razones que las masas campesinas, que continuaban siendo la parte más importante de la población de Francia, no defenderían al rey y a la aristocracia, pero tampoco aceptarían participar en los estallidos revolucionarios.

Antecedentes de la revolución de 1830

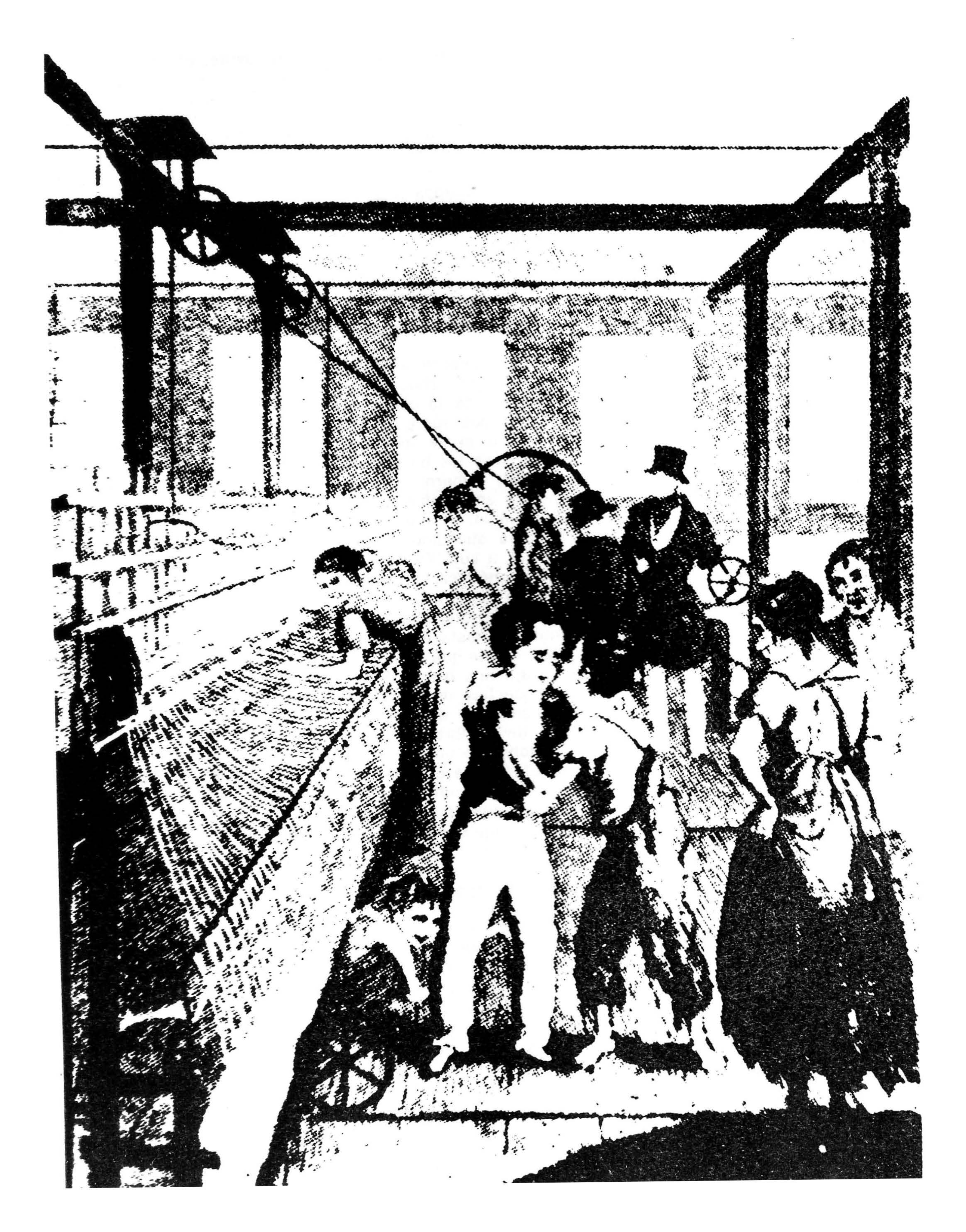


Nuevamente iba a ser la crisis económica, la que, sumados sus efectos a la crisis social y política, socavaría las bases de la estabilidad gubernamental, precediendo y acompañando la caída del régimen. Ya entonces Carlos X había sucedido en el trono, en 1824, a Luis XVIII.

La crisis económica se inició en 1825, fuera de Francia, país en el que tuvo características no muy acentuadas hasta los años 1827 y 1828, en los que produce grandes desajustes. A una serie de malas cosechas de patatas, en el momento en que éstas constituían un importante elemento del consumo popular, se sumó la crisis de los granos. El malestar agrícola incidió rápidamente en la industria al disminuir el poder adquisitivo de las masas especialmente campesinas. Cerraron muchos establecimientos, disminuyó considerablemente la producción industrial y se multiplicaron las quiebras. Mientras la burguesía veía disminuir sus beneficios, los obreros se enfrentaban con una reducción, cada vez mayor, del poder adquisitivo de su salario. Entre 1825 y 1830 los salarios de la construcción en París, los de la industria textil provinciana y los de la industria metalúrgica se redujeron entre un 30 y un 40 %. Al mismo tiempo, el paro se agravaba y el precio del pan subía en un 50 %. Los primeros disturbios estallaron en 1828 a raíz de la crisis de subsistencia y se extendieron a lo largo de ese año y del siguiente. Los centros más afectados fueron el oeste, el nordeste y el centro del país. En algunas regiones los motines se producían diariamente. La agitación perdió vigor a fines del 1829, pero la situación no se había modificado mayormente. El déficit financiero añadía su influencia al malestar general. La crisis política se avecinaba.

A medida que se hicieron evidentes las tentativas de Carlos X de convertirse en soberano absoluto y que se volcaba, cada vez más, hacia los grupos ultramonárquicos, la oposición a su política y su impopularidad crecían. Tal vez una de las medidas más impolíticas del régimen haya sido la de indemnizar a la aristocracia de la expropiación de sus tierras por la revolución del 1789, problema que se arrastraba desde la época de Luis XVIII. Al respecto el gobierno decidió refundir toda la deuda pública de la nación a un tipo de interés considerablemente inferior al que se pagaba y abonar la diferencia así ahorrada a dicha aristocracia en forma de renta anual. De tal modo los propietarios de los títulos de deuda pública, generalmente burgueses grandes o medianos, encontraron reducidas en un tercio sus rentas anuales en favor de la aristocracia.

En 1827 la oposición al régimen, encabezada por la burguesía, obtuvo su primera victoria al despojar a los ultramonárquicos de la mayoría en la Cámara de Diputados, una de las dos cámaras de la Asamblea Legislativa, y al obligar al rey a llamar a los moderados al poder. Pero aun en 1829, en plena crisis, era evidente que Carlos no tenía intención alguna de hacer concesiones radicales. Cuando las Cámaras comenzaron a votar en contra de su política, entregó el poder al príncipe de Polignac, un verdadero representante de la reacción. El enfrentamiento entre la aristocracia y la burguesía quedaba planteado. Vanos fueron los intentos de Carlos X de distraer la atención de la nación del conflicto interno, participan-



do en la lucha que se libraba a favor de la independencia griega y enviando expediciones para apoderarse de Argel y derrocar a los piratas berberiscos. El unico saldo de la expedición fue el acrecentamiento del ya deficitario presupuesto nacional. La Cámara de Diputados insistió en mostrar su falta de confianza en el ministerio y reclamó incesantemente el respeto de los derechos garantizados por la Carta de 1814. La prensa liberal apoyaba la actitud de la Cámara, criticando abiertamente al rey. En la primavera de 1830 Carlos disolvió la Cámara de Diputados, que exigía la dimisión de Polignac, y llamó a nuevas elecciones. Pero éstas le resultaron adversas y surgió de ellas una Cámara más fuertemente opositora que la precedente. La respuesta del rey a este hecho fueron las cuatro ordenanzas del 26 de julio, por las cuales quedaban rigurosamente restringindos los derechos de la prensa, era disuelta la Cámara recién elegida y que aún no se había reunido, se promulgaba una nueva ley electoral que privaba del sufragio por lo menos a tres cuartas partes de los electores y se convocaba para setiembre a nuevas elecciones.
La reacción no tardaría en desencadenarse.

Las "Tres gloriosas jornadas populares"

Los periodistas, con Thiers a la cabeza, incitaron a la insurrección. Ellos iban a dar forma a la hostilidad latente del pueblo y a proporcionar en parte motivos precisos para la intervención de obreros y artesanos en la lucha. Pero existieron otras circunstancias particulares que obraron como desencadenantes en la movilización de las masas. El mismo 26 de julio algunos tipógrafos cerraron sus talleres, provocando la agitación entre los obreros y artesanos que trabajaban en ellos y que constituían un personal altamente calificado. Luego, ya sea por temor a que sobrevinieran acontecimientos graves, o con el propósito deliberado de lanzar contra el gobierno grandes masas que pudieran oponerse al ejército, otros patrones cerraron las puertas de sus establecimientos. Grupos de desocupados comenzaron entonces a circular por las calles de París haciendo manifestaciones. Al parecer la iniciativa de cerrar los talleres y mantenerlos cerrados, llevada a cabo por los impresores y luego por otros patrones, fue obra de Barthé, futuro ministro de Luis Felipe. El 27 los obreros y artesanos despedidos se reunieron frente al Palacio Real formando el primer núcleo de la insurrección. Se levantaron barricadas en los barrios del Ayuntamiento de París, en la Bastilla y en los suburbios. En las estrechas callejuelas parisienses la multitud enardecida cantaba las estrofas de La Marsellesa y se lanzaba contra las tropas al grito de "¡Abajo los Borbones!". A los obreros y artesanos se les unieron pronto estudiantes integrantes de la mediana y pequeña burguesía y ex miembros de la Guardia Nacional, que había sido disuelta en 1827 por Carlos X en virtud de las demostraciones realizadas por ella contra el régimen. La movilización fue general: los que no luchaban en las calles lo hacían desde las ventanas, lanzando piedras y balas. Las librerías se transformaron en arsenales y los tipos de imprenta sirvieron en muchas oportunidades como proyectiles para los fusiles. Parte del mediocre armamento de los revoltosos les fue proporcionado por los ex miembros de la Guardia Nacional, a los que se les había dejado sus fusiles, pero muy especialmente por algunos patrones. Se cuenta que un tal Audry de Puyraveau sacrificó todos los carruajes de su establecimiento de rodados para construir barricadas, distribuyendo además entre los combatientes fusiles y bayonetas, ejemplo seguido por otros burgueses. Pero no sólo París estaba convulsionado: en las provin-

"Se nombraron capataces para supervisar el trabajo de los niños, pero como su paga era proporcionada al rendimiento que podían sacar, estos negreros forzaban a los niños todo lo que podían. La consecuencia fue que los más jóvenes se agotaron por el excesivo trabajo; en muchos casos se debilitaron completamente y fue preciso el látigo para mantenerlos en su trabajo"
R. G. Layer

10 de setiembre de 1830: los trabajadores hilanderos se rebelan contra el trabajo nocturno.

cias en Bar-Le-Duc, en Limoges, en Corbeil, Nantes, Lille, se habían desencadenado graves disturbios. En Burdeos los patrones cerraron los almacenes de vinos y dieron asueto a los obreros en tanto que en Lyon se cerraron los talleres y los patrones dieron orden a sus dependientes de dejar el trabajo y de reunirse en la plaza pública con el objeto de apoyar el movimiento, so pena de ser privado del trabajo si no concurrían.

Pero París fue el foco más poderoso de la insurrección. Las tropas y la policía dispersaban a los revoltosos y destruían las barricadas, pero éstas volvían a levantarse en nuevas calles. La lucha continuó durante el 28 y el 29 se levantaba la bandera tricolor en las Tullerías. Los revolucionarios se habían posesionado del Palacio Municipal y del Palacio Real. Parte de las tropas se habían pasado a las filas rebeldes, en tanto el resto abandonaba la ciudad. El rey emprendió entonces la huida a Inglaterra, abdicando antes en favor de su nieto, el pequeño conde de Chambord, de sólo diez años de edad.

La intervención de los obreros, de los artesanos, de los estudiantes, había dado al movimiento revolucionario un impulso irresistible; el pueblo había triuntado, pero la promotora del movimiento, la gran burguesía, iba a apoderarse una vez más de su triunfo. El 30 de julio se fijaba en los muros de París una proclama, obra de Thiers, en la que se prometía al "pueblo" la sanción de una ley fundamental en la que se daría plena expresión a sus derechos. En tanto, la burguesía discutía el régimen que sucedería a la monarquía de derecho divino. Tres grupos disputaban entre sí. Por un lado se hallaban los republicanos, reclutados entre los estudiantes, la pequeña y mediana burguesía, algunos grupos obreros. Estos, dirigidos por Godefroi Cavaignac, aspiraban a restaurar la república de 1795, pero no tenían predicamento ni en las zonas rurales ni entre la burguesía prominente. Por el otro lado estaban los burgueses liberales, moderados, representantes de la gran burguesía, conducidos por Thiers, un periodista, y Laffitte, un banquero, dispuestos a aceptar una monarquía siempre que fuera constitucional y permitiera a los círculos que los apoyaban (financistas, banqueros, algunos "industriales" y comerciantes) gobernar realmente el país. En tercer lugar persistía un pequeño núcleo ligado a la tradición napoleónica, los bonapartistas, que conformaban una minoría sin apoyo real. En un momento dado pareció inminente el enfrentamiento entre los liberales moderados y los republicanos, más radicales. Sin embargo, ambos grupos llegaron a un acuerdo, gestado por la intervención del viejo general Lafayette, que culminó con la propuesta a Luis Felipe, duque de Orleans. A principios de agosto éste aceptó y fue proclamado rey de los franceses.

La monarquía de julio

Con Luis Felipe sólo una fracción de la gran burguesía se instaló en el poder. Ella estaba compuesta por la aristocracia financiera, hombres de la Banca y de las Finanzas como Laffite, Gouin, Hottinguer, Mallet, etc., a los que se sumaban algunos industriales, los menos progresistas (Delessert, enriquecido con la industria azucarera, Cunin-Gridaine, pañero de Sedán, Perier, comerciante e industrial), los propietarios de minas de carbón y de hierro y un sector de grandes latifundistas asociados a ellos. A este grupo se entregaron los más altos puestos del gobierno y el control de la Asamblea Legislativa. El derecho de sufragio se concedió solamente a los que pagaban más de doscientos francos en impuestos directos y para ser electos se exigió pagar más de quinientos francos anuales de impuestos. Sobre 34 millones de habitantes sólo 240.000 podrían participar

en las elecciones. Ellos constituyeron lo que se dio en llamar burlonamente "el país legítimo". Esa aristocracia financiera instauró, luego de las jornadas de julio, un gobierno de intereses, una política de negocios donde la cosa pública era tratada estrictamente como un negocio privado. El rey no escatimó esfuerzos para favorecer económica, social y políticamente a sus seguidores. El soborno y la corrupción se pusieron a la orden del día. Los electores se compraban con pensiones y otras recompensas.

El Tesoro adelantaba grandes sumas para la formación y expansión de sociedades anónimas, bancos, compañías ferrocarrileras; los empréstitos del Estado producían enormes beneficios a los banqueros. Así los miembros de la camarilla gobernante al mismo tiempo que se enriquecían con el saqueo de las colonias acrecentaban con su política el descontento de obreros, campesinos, pequeños y medianos burgueses, e incluso de los grupos más avanzados de la burguesía industrial, que se veía trabada en su desarrollo.

Era evidente que la política económica en curso y el cambio que traía aparejado estaba destinado a beneficiar generalmente a la gran burguesía y, dentro de ella, a la fracción gobernante, enriqueciéndola cada vez más, dándole y reafirmando los caracteres esenciales que la distinguirían en adelante de las otras clases. El sector de la pequeña burguesía urbana sentía crecer su descontento frente al yugo de los impuestos y la competencia del capital y sus integrantes trataban de escapar de la proletarización luchando denodadamente por fortalecer su posición de pequeños patronos o pequeños comerciantes con miras de ascender a la gran burguesía. Cercanos al proletariado por su condición, temerosos frente a él, ellos se mostrarán frecuentemente inestables, ambivalentes en su conducta política.

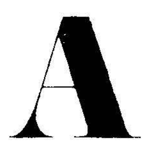
Recién a partir de 1830 la revolución industrial comenzaría a hacer sentir sus efectos en Francia. El movimiento obrero, en el que la heterogeneidad seguirá persistiendo, adquiere a partir de ese momento algunos rasgos definitorios. La experiencia dejada por las jornadas de julio permitió a este grupo comprender que nada podía esperar de las otras clases, que estaba aislado y que sólo uniendo las individualidades que lo constituían en un movimiento de rebelión colectiva podría concretar sus aspiraciones.

Los antagonismos personales, las disensiones internas, habían impedido por largo tiempo, y lo harían por muchos años más, tal vez hasta 1870, la unidad total del movimiento. Eran frecuentes las luchas entre facciones, entre oficiales de los diversos oficios y entre éstos y los aprendices, pese a ello, a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XIX habían subsistido algunas coaliciones, sociedades de socorros mutuos, que se ocupaban de cuestiones salariales y formaban cajas auxiliares, bolsas, para ayudar a sus asociados. La mayor parte de ellas, bajo pretexto de socorrer a los obreros víctimas de paros forzosos, se habían transformado en verdaderas sociedades de resistencia. También tenía carácter mutualista la "Asociación de Oficiales" (*Le Compagnonage*), formada por obreros que habían cumplido los años de aprendizaje reglamentario trabajando en diversas ciudades de Francia.

Fuera de ellos, los dos únicos gremios que habían llegado a constituir algo que se asemejaba a las cámaras sindicales eran los obreros de la construcción y los sombrereros.

El mundo rural permaneció prácticamente ajeno a este proceso. Si bien los campesinos seguían siendo el sector más importante de la población y veían desmejorar día a día su situación, por los pesados impuestos que obligaban al pequeño propietario a caer en manos de los usureros o a convertirse en asalariados y por el avance del régimen capitalista, que los destruía como pequeños productores independientes, eran incapaces aún de defender sus propios intereses. Por lo contrario, la decepción provocada por la actitud de la burguesía inmediatamente posterior a las jornadas de julio y el agudizamiento de la crisis iban a imprimir un fuerte impulso al accionar de los obreros y artesanos.

Las primeras acciones organizadas de los obreros


mediados de agosto de 1830 algunos gremios se dirigieron al gobierno. Los guarnicioneros y carroceros redactaron sus peticiones, en tanto los carniceros hacían manifestaciones pidiendo la libertad de comercio. A ellos se sumaron otros y, aunque las manifestaciones no alcanzaron un tono violento, las autoridades advirtieron a los obreros que reprimirían con todo rigor cualquier tipo de movilización. El 23 de agosto los ebanistas reclamaron una tarifa que regulara los precios de los trabajos, pero el gobierno se negó a intervenir aduciendo que se quebrantaría la libertad de la industria. Por su parte, tres o cuatro mil cerrajeros recorrían las calles de París peticionando por una reducción de la jornada de trabajo de 12 a 11 horas. A ellos se sumaron las obreras peleteras que trabajaban a destajo reclamando un aumento del pago por pieza individual entregada.

En Ruán el 27 de agosto estalló la huelga de los obreros hilanderos, cuyas reclamaciones se referían básicamente a la duración de la jornada de trabajo (en lugar de 14 a 17 horas exigían 12) y al reglamento de taller. Demandaban la supresión en dichos reglamentos de los artículos que castigaban la ausencia del trabajador con una multa igual al doble del salario correspondiente al tiempo perdido así como la supresión de la retención del pago por tarea inconclusa aunque ésta superara las fuerzas del obrero. Recurrieron a la autoridad para que in-

terviniera en la preparación de los reglamentos de taller, pero la autoridad les respondió recordando la ilegalidad de las manifestaciones y coaliciones, las cuales sólo les eran permitidas a los patrones. El 3 de setiembre una comisión elegida por los hilanderos adoptó un reglamento de taller tipo cuyas disposiciones fueron llevadas ante los jueces de paz y expuestas en los establecimientos. El 6 estallaron disturbios en Darnetal, en los cuales los revoltosos exigieron, armados con horquillas y palos, que se liberara a los obreros detenidos. El 10 de setiembre los patrones hilanderos decidieron, por mayoría, el trabajo nocturno, pero los trabajadores, ausentes de esa reunión, se negaron a aceptar tal decisión. El trabajo nocturno continuó y veinticuatro obreros fueron encarcelados. Las quejas persistieron, pero no se obtuvo ninguna mejora en las condiciones de trabajo.

En setiembre también se iniciaron movimientos de huelga en París. Los primeros en movilizarse fueron los tipógrafos.

Los obreros de la Imprenta Nacional se negaron a imprimir, el 1º de setiembre, la ordenanza que abría el crédito para reparar las prensas mecánicas rotas en julio. Dos días después el trabajo se interrumpió casi totalmente. Reunidos en Asamblea, sus protestas se dirigieron básicamente contra los "mecanismos". La competencia de las máquinas comenzaba a sentirse. Algunos obreros fueron arrestados, pero pronto recobraron la libertad en un clima de apoyo popular. Muchas peticiones obreras se elevaron a las autoridades (de los deslustradores y aprestadores de paños, cerrajeros, mecánicos, albañiles, etc.). Sus reclamaciones giraban básicamente en torno a la supresión del trabajo nocturno y a la reducción de la jornada. Los trabajadores defendieron su derecho a coaligarse y, todavía bajo la apariencia de sociedades de socorros mutuos o de sociedades filantrópicas, surgieron a fines de 1830 y en 1831 nuevas orga-





"¡Viva la libertad! ¡Trabajo y pan o muerte!" Ilustración de Delacroix, 1830.

Saint Simon: Cartas

No soy joven, y he observado y reflexionado muy intensamente durante toda mi vida, siendo vuestra felicidad el objetivo de mis preocupaciones. Voy a presentaros un proyecto que he concebido y que me parece que os será útil.
Abrid una suscripción ante la tumba de Newton; suscribíos todos, sin distinción, por la suma que os parezca.
Que cada suscriptor designe a tres matemáticos, tres físicos, tres químicos, tres fisiólogos, tres literatos, tres pintores, tres músicos.
Renovad cada año la suscripción así como la designación, pero dejad a cada uno en libertad ilimitada para volver a designar a las mismas personas.
Repartid el producto de la suscripción entre los tres matemáticos, los tres físicos, etc., que hayan obtenido más votos.
Rogad al presidente de la Sociedad Real de Londres que se haga cargo de las suscripciones de este año.
Encomendad esa honorable misión, el año próximo y los siguientes, a la persona que haya contribuido con mayor suma a la suscripción.
Exigid de los designados que no acepten puestos, ni honores, ni dinero que no provenga de vosotros, pero dejadlos individualmente en libertad para emplear sus fuerzas como lo deseen.
Los hombres de genio gozarán, pues, de una recompensa digna de ellos y de vosotros: tal recompensa los colocará en la única posición que les puede proporcionar los medios de rendiros todos los servicios que serán capaces, y se convertirá en el objetivo de la ambición de las almas más enérgicas, desviándolas de rutas perjudiciales para vuestra tranquilidad. De esa manera, en fin crearéis dirigentes que trabajen por el progreso de las ciencias, investiréis a esos dirigentes de una inmensa consideración y pondréis una gran fuerza monetaria a su disposición.

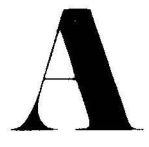
Un episodio durante las "tres gloriosas jornadas populares".
"Armamento y organización: he ahí las armas decisvas del progreso, he ahí el medio más eficaz para poner fin a la miseria y la opresión"
Augusto Blanqui



nizaciones. Una de las más importantes fue la "Sociedad Filantropica de los Obreros Sastres", creada el 1º de junio de 1831, con el objeto de socorrer a sus asociados en casos de enfermedad, de paro forzoso o en situaciones no previstas. Junto a estas organizaciones se iba desarrollando también la prensa obrera. En setiembre de 1830 se crearon *El periódico de los obreros, El Artesano, El pueblo, periódico general de los obreros, redactado por ellos mismos*, todos de existencia efímera. Mejor suerte corrieron los periódicos publicados en Lyon (*El eco de la fábrica, El eco de los trabajadores, La Tribuna Proletaria*), algunos de los cuales respondían a ciertas tendencias políticas.

El accionar de las coaliciones pareció entrar en un callejón sin salida a fines del 30, pero el endurecimiento de la situación económica, la falta de pan y de trabajo a partir de enero del 31 hizo que se renovaran las manifestaciones. En ese mes 800 trabajadores se movilizaron en Lyon al grito de "¡Trabajo y pan!" y dos meses más tarde se reanudaron las manifestaciones en París. El 1º y el 2 de marzo los manifestantes salieron a la calle gritando slogans tales como "¡Viva el Rey!", "¡Viva la libertad!", "¡Trabajo y pan, o muerte!". El movimiento centró su interés a partir de entonces en la destrucción de las máquinas, de los "mecanismos", como les decían. Así el 3 de marzo dos mil obreros se lanzaron contra la fábrica de Rives para destruir las máquinas; el 1º de mayo se produjo un fenómeno similar en los aserraderos de Burdeos.

El levantamiento de los tejedores de Lyon


A diferencia de lo que sucedía en el resto del país, Lyon vivió en ese momento, y por primera vez, un movimiento de rebelión obrera. Superada la crisis sedera, gracias al aumento de las demandas del mercado americano, los "fabricantes", los patrones lyoneses, mantenían, no obstante, salarios muy bajos, utilizando el pretexto de que debían abaratar los costos de producción a causa de la competencia inglesa. El malestar creció entre los jefes de taller, los oficiales, los aprendices, que veían en el otoño de 1831 aumentar incesantemente la demanda y la producción de telas mientras ellos eran obligados a trabajar 18 horas diarias por salarios que no llegaban a cubrir sus necesidades mínimas.

El movimiento obrero lyonés carecía aún de una verdadera organización ya que sólo existía, desde 1828, una sociedad de ayuda mutua, "El Deber Mutual", fundada por los jefes de taller y de la que se hallaban excluidos los oficiales. Su finalidad básica era el socorro mutuo, pero se ocupaba además de la organización de cursos profesionales, de la búsqueda de trabajo y de la lucha contra los abusos.

En octubre se constituyó una comisión, en la que estaban representados los jefes de taller de los diferentes barrios de la ciudad y de las diversas ramas de la producción, para discutir los problemas que los atañían. Mientras tanto, algunos patrones, representados por instituciones como la Cámara de Comercio y participantes del consejo de los *prud'hommes* ("los hombres probos", el consejo mixto de obreros y patrones encargado de resolver los conflictos de trabajo por la vía de la conciliación), analizaban la situación por su parte y a instancias de la autoridad local, el prefecto. Estos últimos llegaron a la conclusión de que las demandas de los trabajadores eran justas y de que urgía establecer una tarifa mínima de salarios. El 21 de octubre se reunieron los dos grupos. Los patrones reconocieron las demandas de los trabajadores, pero se declararon incompetentes para adoptar una resolución válida para todos los patrones por cuanto sólo representaban a un grupo de ellos. Prometieron, sin embargo, ocuparse del problema y el 25 de octubre la tarifa fue firmada ante la autoridad por los "fabricantes" y los jefes de taller. Pero el acuerdo iba a durar poco tiempo. Una minoría de patrones, alrededor de 100 sobre 1.400, se mostró francamente hostil a la aplicación de la tarifa y comenzó a presionar para anularla, contando con el apoyo del ministro de comercio, quien desautorizó al prefecto y ordenó romper el compromiso. Estos patrones recurrieron además a otras formas de presión, como la no aceptación de pedidos hechos por sus clientes e incluso la anulación de pedidos en curso. Pensaban, tal vez, que paralizando los telares podrían detener el movimiento en favor de la tarifa, enfrentando a los trabajadores con la perspectiva del hambre. Pero la reacción fue inversa y la rebelión estalló violenta y espontáneamente en noviembre de 1831.

El 21 de ese mes los obreros y artesanos organizaron una manifestación que salió del suburbio de la Croix Rousse. Los manifestantes lanzaron piedras contra la Guardia Nacional enviada a dispersarlos, movilizándose a los gritos de "¡Tarifa o muerte!".

Apresaron al prefecto y a un general, en tanto los soldados abrían fuego contra ellos. Algunos jefes de taller, que pertenecían a la Guardia Nacional, plegada parcialmente al movimiento, armaron a los rebeldes. Los mismos soldados no se esfozaron en la lucha. El movimiento se extendió por los suburbios. Los rebeldes estaban dispuestos a llegar al centro de la ciudad. Liberaron al prefecto, pero retuvieron al general aprehendido con el fin de canjearlo por los obreros presos. La agitación creció el 22 y miles de trabajadores, esgrimiendo en su bandera el lema "Vivir trabajando o morir combatiendo", se levantaron en armas. Los obreros se movilizan impulsados por sus propios lemas y objetivos. Una mayor madurez los diferencia de los trabajadores de las jornadas revolucionarias de 1789 a 1795, ma-

Dos imágenes de las rebeliones de 1830. París, Lyon, Burdeos y otras ciudades importantes fueron testigos de la reacción popular.

durez lograda a costa de casi cuarenta años de miseria y represión. El ejército, en retirada, abandonó la ciudad, y el 23 los rebeldes se apoderaban del Municipio. Se convirtieron entonces en los dueños de la ciudad, pero sin violar el orden y manteniendo el respeto a las personas y a la propiedad.

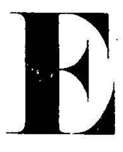
En medio del triunfo, sin embargo, el movimiento comenzó a escindirse. Mientras los oficiales, unidos a un pequeño grupo de burgueses republicanos, querían sustituir a la autoridad oficial por una nueva y proclamar un gobierno insurreccional, los jefes de taller sólo pensaban en acercarse a las autoridades legales y sacar beneficios del triunfo. Las eternas vacilaciones de la pequeña burguesía, su temor a esos proletarios que la desbordaban una y otra vez, se iba a poner nuevamente de manifiesto. El 24 los jefes de taller formaron un gobierno provisional, de acuerdo con el prefecto, que controló la ciudad hasta diciembre, abocándose a la tarea de guardar el orden.

Los trabajadores del suburbio de la Croix Rousse demandaron una indemnización por las víctimas del movimiento y para los obreros necesitados, que no se otorgó. Ante las reclamaciones, las autoridades decidieron dispersarlos el 26 de noviembre.

Con el fin de evitar la propagación del movimiento el gobierno envió al ejército para que sitiara la ciudad. El 3 de diciembre se produjo la entrada en la misma del jefe del ejército, el príncipe de Orleáns, al frente de una fuerte tropa. El prefecto, llamado a París, fue destituido por intervenir en el conflicto apoyando a los trabajadores, la nueva tarifa fue anulada el 7 de diciembre y 90 trabajadores fueron arrestados. El gobierno reafirmó la política de la gran burguesía prohibiendo, de acuerdo con la ley Le Chapellier, aún en vigencia, los convenios colectivos de trabajo entre los patrones y obreros y reiterando la libertad de cada individuo para convenir su salario, sin ninguna intervención de la administración. Una vez más los trabajadores quedaban solos y desprotegidos frente a los patrones.

El levantamiento de los tejedores de Lyon, pese a su fracaso, tuvo un saldo positivo en cuanto acrecentó la experiencia y la madurez del movimiento obrero en la lucha y tuvo honda repercusión no sólo en el resto de Francia sino también en toda Europa. La organización obrera recibió a través de él un nuevo estímulo y en 1832 surgieron nuevas asociaciones: la de los tejedores de París, la "Sociedad de Unión Fraternal y Filantrópica", la "Unión de los Doradores", también de París, en tanto la "Asociación Filantrópica de los Obreros Sastres" se dictaba una nueva constitución. A diferencia de las coaliciones anteriores a 1830, estas asociaciones, lo mismo que las creadas en 1830 y 1831 y las sucesivas, tendrían un triple carácter: la lucha corporativa por la defensa del salario y por las mejoras en las condiciones económicas, las reivindicaciones del derecho obrero y la acción creadora y constructiva.

El socialismo utópico



l lento desarrollo del proceso de revolución industrial, impedía en Francia el surgimiento to de un verdadero proletariado industrial, con una fuerte conciencia de clase y una ideología propia. Si bien es cierto que la conciencia de clase se iba articulando precariamente y que términos como socialismo o "clase trabajadora" comenzaban a ser adoptados por los trabajadores de algunos gremios, especialmente en el París de 1832, nada evidencia la existencia de una ideología proletaria desarrollada coherentemente. Pero es importante señalar la existencia de grupos de intelectuales que denunciaron y criticaron la coexistencia de riqueza y pobreza, de lujo e indigencia. Estos elaboraron proyec-



Canto de los tejedores de seda de Lyon

Para gobernar es necesario tener
capas y condecoraciones. (bis)
Nosotros tejemos para vosotros, grandes de la tierra,
y a nosotros, pobres tejedores de seda, sin mortaja se nos entierra.
Somos nosotros, los tejedores de seda,
los que estados desnudos. (bis)
Pero cuando llegue nuestro reinado,
cuando vuestro reinado termine,
entonces nosotros tejeremos la mortaja del viejo mundo
pues se escucha ya la revuelta que crece.
Nosotros, los tejedores de seda,
no estaremos desnudos.

(Tomado de: Eric J. Hobsbawm, *Las Revoluciones Burguesas*, 1971.)

En los días 28, 29 y 30 de julio de 1830 el pueblo de París se levantó en una muestra de descontento contra el poder de los Borbones. La insurrección se generalizó poco después en todo el país.



tos de cambio que se apoyaban más en la educación y en el racionalismo del siglo XVIII que en la propuesta de un levantamiento de los oprimidos y de una real lucha de clases. El socialismo utópico, como se le denominó a esta corriente de pensamiento, no ofreció al movimiento obrero, por lo tanto, como lo haría más tarde el socialismo científico, los elementos para coordinar su acción a partir de un verdadero programa de lucha de clases. Ello explica la falta de arraigo y de influencia de estas doctrinas en la clase trabajadora de la época.

Entre los socialistas utópicos, uno de los primeros núcleos que intentó, ya en 1831, atraerse a las masas obreras, "la clase —como ellos decían— más pobre y más numerosa de la sociedad", fue el de los seguidores de Saint-Simon. Con el fin de establecer un régimen de enseñanza especial para los obreros se dirigieron a éstos instándolos a que concurrieran a sus cursos. Para acrecentar el contacto con los mismos, recurrieron al trabajo en los talleres, a los que se incorporaron también como obreros. Pero fuera de Lyon, donde fundaron el periódico *El eco de la fábrica*, no fue perceptible la influencia de la escuela saintsimoniana. La razón estaba en los fundamentos mismos de la teoría esbozada por Saint-Simon.

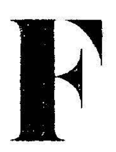
Este, aun cuando señalaba la necesidad de establecer una sociedad colectivamente planificada, no pensaba que el establecimiento de la misma implicase la lucha de clases entre patrones y obreros. Muy por el contrario, afirmaba que estos dos grupos, a los que reunía bajo la común denominación de "industriales", constituían el núcleo productor de la sociedad, aquel que se oponía a la clase ociosa, constituida por la nobleza y los militares. Para Saint-Simon como para algunos de sus seguidores, como Enfantin, correspondía a esta clase de "industriales" la tarea de generar un nuevo orden social en el que el deber esencial de los hombres fuera el trabajo y en el que cada uno fuera considerado en función del servicio que prestase a la comunidad. Si bien se oponía a todos los privilegios aceptaban la existencia de retribuciones desiguales, en tanto respondieran a diferencias reales en la calidad de los servicios prestados a la sociedad. Por otra parte, afirmaban que en el proceso de cambio de una a otra sociedad, el papel director le correspondía a los grandes industriales y, especialmente, a los grandes banqueros, guías naturales de los trabajadores, cuya capacidad politica suscitaba en Saint-Simon una verdadera desconfianza.

Asesorados por científicos y técnicos, estos dirigentes planificarían la economía con el fin de mejorar el nivel general de bienestar, sobre todo de la clase mayoritaria, la más pobre. He aquí el punto clave de la escisión entre esta doctrina y las aspiraciones de la clase trabajadora y al mismo tiempo el que explica el apoyo que a los saint-simonianos brindaron hombres que ocuparían puestos relevantes en el proceso de desarrollo económico y social. A pesar de que Saint-Simon era el primero en captar con claridad la importancia de los factores económicos y de su organización en el análisis de los problemas de la sociedad moderna (de allí la importancia que les daba a los financistas) y en afirmar el valor determinante de la evolución económica sobre las relaciones sociales, su menosprecio y su desconfianza de las capacidades del proletariado le quitarían el apoyo popular.

Como Saint-Simon y sus seguidores, Fourier no percibió el papel revolucionario que podía desempeñar el proletariado y se opuso abiertamente a la lucha revolucionaria y a la violencia. Comprendía, sin embargo, la necesidad de adaptar las instituciones sociales vigentes a las necesidades humanas, con el fin de no presionar a los hombres para que vivieran de acuerdo a una forma artificial de conducta trazada por los moralistas en nombre de la razón. Para llevar adelante su teoría, que también partía fundamentalmente, de la necesidad del trabajo, pero de un trabajo atractivo y agradable en sí mismo, creía indispensable organizar comunidades pequeñas, los llamados falansterios, adecuadas para satisfacer las necesidades reales del individuo. En dichas comunidades no debían existir ni la producción en gran escala ni la mecanización o la centralización, ni tampoco una igualdad económica absoluta entre sus miembros pues postulaba la existencia de diferencias de capacidad, habilidad, responsabilidad, etc. Su doctrina, más cooperativista que socialista, no planeaba recurrir a la acción del estado ni a la de cuerpo político alguno para concretar el nuevo sistema. Esta labor correspondería a una federación de falansterios, fundados gracias al aporte de algunos mecenas y bajo la coordinación de un gobernador.

Las limitaciones de su planteo impidieron también a Fourier contar con el apoyo de los trabajadores, aunque tuvo el respaldo de ciertos grupos hostiles al nuevo desarrollo industrial en gran escala.

Los republicanos y el movimiento obrero



ueron algunos disidentes de la escuela de Saint-Simon, como Leroux y Buchez, los que promovieron entre los republicanos las tendencias socializantes, y consiguieron así a través de ellos, ejercer una mayor influencia en el movimiento obrero. Ellos ayudaron a los republicanos en la elaboración doctrinaria que éstos habían emprendido después de las jornadas de julio. A partir de 1831, Buchez, integrante de la republicana "Sociedad de los Amigos del Pueblo", organizó cursos a los que asistían frecuentemente obreros, entre los cuales también extendió su influencia por intermedio de su periódico, *El europeo*, que tenía buena acogida en Pa-

La Bolsa Comunal

La Bolsa Comunal en su organización se aproximaría lo posible a los procedimientos armónicos; podría tener por su cuenta cultivos y rebaños según sus recursos, y daría siempre a sus agentes, aún a los más pobres, una parte de interés sobre algunos productos especiales, como lanas, frutos, legumbres, a fin de despertar en ellos esa actividad, esa solicitud industrial que nace de la participación social; y con objeto de preservarse de las deficiencias que produce el sistema civilizado de los asalariados.
Tal es el primer problema que hubiera debido preocupar a las sociedades formadas para fomentar la industria agrícola.
La más notable de las ventajas sería la supresión del comercio. Todas las granjas-asilo se concertarían por intermedio del ministro y de los gobernadores para prescindir de los negociantes y hacer sus compras-ventas entre sí y directamente unas a otras; tendrían abundancia de comestible en venta, porque serían depositarias del pequeño cultivador o propietario que, careciendo de buenos graneros, buenas bodegas y numerosos sirvientes, depostaría de buen grado en las granjas mediante módica retribución por depósito y venta. Por otra parte el propietario, recurriendo al depósito, podría obtener adelantos pecuniarios con pequeño interés, lo que le dispensaría de las ventas prematuras que malean los alimentos.
Entonces los comerciantes, las legiones mercantiles, perecerían como las arañas faltas de moscas que se enreden en las telas. Y su *caída* sería efecto de la *libre concurrencia* a cuya sombra medran ahora, porque no se les impediría traficar, pero nadie tendría confianza en ellos, pues las granjas-asilo o Bolsas comunales y sus agencias presentarían suficientes garantías de verdad.
Construyendo sobre esta base, se podría ya levantar un edificio de *semi-dicha* o *Garantía* que es el período medio entre el estado civilizado y el estado socialista.
La semi-asociación es colectiva sin ser individual, sin reunir ni tierras, ni hogares en gestión combinada. Admite el trabajo fraccionado de las familias; pero establece entre ellas solidaridad o seguros cooperativos, extendidos a la mesa *entera* a fin de que individuo alguno sea exento del beneficio de las garantías.
Dicha Bolsa tendría también una farmacia, con la cual lucraría honradamente mientras presta verdaderos servicios preciosos a los aldeanos. Lo mismo sucedería con mil otros beneficios sociales, que sería perder tiempo el soñar; sólo pueden nacer de los procedimientos socialistas y no del trabajo fraccionado. Luego para el primero, el más pequeño germen de Asociación agrícola es la Bolsa Comunal, principio principal del vínculo socialista, el más recto camino para entrar en la Garantía o 6º período. Esta es, pues, la tarea de los sabios que tienen la pretensión de esperar en las garantías sociales sin salir del régimen del trabajo fraccionado y de los hogares divididos; o encontrar sabios que quieran consagrar sus vigilias a invenciones útiles cuando es tan fácil ilustrarse por el sofisma.

(De *El Falansterio*, de Fourier.)

rís, especialmente entre los tipógrafos. Algunas de sus teorías dejaron una fuerte impronta en ciertos grupos de trabajadores. Así sucedió con la idea de la asociación obrera en la producción, llevada a la práctica en 1834 por los obreros de la joyería especializados en el dorado. Dicha teoría partía de la base de que el principal capital de los artesanos u obreros libres era su habilidad técnica y que para desarrollarlo sólo necesitaban ciertos instrumentos de trabajo, poco costosos. Por lo tanto proponían que se formaran asociaciones de trabajadores que dispusieran de un capital social permanente, formado por un quinto de las ganancias de los asociados, los cuales de esta manera, podrían convertirse en empresarios. Por otra parte, el hecho de que el capital fuera inalienable impediría que se transformara en un medio de explotación en manos de algunos grupos. La intervención del estado en las asociaciones sólo se justificaría en cuanto los bancos del mismo le proporcionaran créditos. También Leroux se había mostrado partidario de las asociaciones que hicieran a los obreros propietarios de sus instrumentos de trabajo. Ambas prédicas encontraron eco en el movimiento obrero, que entre 1833 y 1834 intentó llevarlas a la práctica.

El acrecentamiento de la experiencia política y la intensificación de los contactos con la clase trabajadora produjeron profundos cambios entre los republicanos, en el partido y en la teoría. El proceso se fue cumpliendo por etapas. Pero fue recién después del estallido del movimiento de Lyon cuando ellos comenzaron a demostrar una verdadera comprensión de las penurias y de las luchas de la clase trabajadora. Esto favoreció la incorporación de ciertas corporaciones obreras al núcleo republicano, representado, hasta junio de 1832 por la "Sociedad de los Amigos del Pueblo". Dirigida por Cavaignac, contando entre sus participantes más activos a hombres como Augusto

LE COURRIER FRANÇAIS.

Jeudi 29 juillet.

Gouvernement provisoire.

BRAVES CITOYENS DE PARIS !

Votre conduite dans ces jours de désastres est au-dessus de tout éloge.

Pendant que le ministère abandonne la capitale et vous livre à la fureur de ses sicaires, vous défendez vos foyers avec un courage héroïque.

Continuons, redoublons de zèle, s'il est possible, encore quelques efforts, et vos ennemis seront vaincus. Déjà une terreur panique s'est emparée d'eux.

Un courrier qui était expédié à Dijon pour faire arriver d'autres troupes, et pour recommander à la duchesse d'Angoulême de ne pas revenir, a été arrêté.

UN GOUVERNEMENT PROVISOIRE VIENT D'ÊTRE ÉTABLI: TROIS CITOYENS HONORABLES ONT ACCEPTÉ CES IMPORTANTES FONCTIONS. Ce sont :

Le général GERARD.
Le duc de CHOISEUL.
Le général LAFAYETTE.

Vous trouverez en eux fermeté, courage et prudence !!

La journée d'aujourd'hui terminera vos anxiétés et vous comblera de gloire.



En la ilustración superior: Proclama del gobierno provisional, 29 de julio de 1830.

En la ilustración inferior: La represión del ejército cae sobre los insurrectos de Lyon.

Los obreros en las barricadas

El 21 de noviembre —era un lunes— cuatrocientos obreros de la seda se reunieron en la Cruz Roja. Se pusieron en marcha, con sus síndicos a la cabeza, sin otras armas que bastones. Comprendían que era necesario terminar con eso y estaban dispuestos a ir de taller en taller y a convencer a sus camaradas para que hiciesen huelga con ellos hasta que la tarifa fuese adoptada de manera seria y definitiva.
De pronto, al dar vuelta una esquina, se encontraron frente a unos sesenta guardias nacionales que se hallaban patrullando.
Un oficial, llevado por un impulso belicoso, gritó al verlos:
—¡Amigos míos, barramos a toda esta canalla!
Y, desenvainando su sable, se lanzó sobre los obreros. Los sesenta guardias nacionales lo siguieron cargando con las bayonetas.
De los sesenta guardias nacionales, veinticinco fueron desarmados con destreza; el resto emprendió la fuga.
Luego, satisfechos de esta primera victoria, sin alterar la naturaleza completamente pacífica de su manifestación, los obreros se volvieron a tomar de los brazos y, caminando de a cuatro, comenzaron a descender lo que se llama la Gran Costa.
Pero los fugitivos habían dado la alarma. Una columna de guardias nacionales de la primera legión, compuesta enteramente de fabricantes, tomó las armas con toda prisa y avanzó resueltamente al encuentro de los obreros.
Eran dos nubes cargadas de electricidad, yendo la una contra la otra por corrientes contrarias. Su choque provoca el rayo. La columna de la guardia nacional hizo fuego. Cayeron ocho obreros.
A partir de entonces fue una especie de exterminación: se había derramado sangre.
En París, en 1830, se había combatido por una idea y se había combatido bien; en Lyon, en 1831, se iba a combatir por pan y se iba a combatir aún mejor.
Un grito terrible, formidable, inmenso, resonó en toda la ciudad obrera.
—¡A las armas! ¡Asesinan a nuestros hermanos!
Fue entonces que la cólera bulló en esa inmensa colmena que el hambre enmudecía. Cada casa arrojó hacia la calle a todos los hombres que, en condiciones de combatir, había en ella: uno con un bastón, otro con una horquilla, algunos con fusiles. En un abrir y cerrar de ojos se levantaron barricadas, construídas por mujeres y por niños; un grupo de insurgentes trae, con grandes gritos, dos cañones que pertenecían a la guardia nacional de la Cruz Roja; esta guardia nacional no sólo se los había dejado tomar sino que, más aún, se los había ofrecido. Si no se persigue a los obreros en sus refugios, ella permanecerá neutral; pero, si se atacan las barricadas, ella tiene fusiles y cartuchos y los defenderá.
Por la tarde, cuarenta mil hombres estaban armados, de pie, amontonándose contra los estandartes sobre los cuales estaban escritas estas palabras —tal vez la divisa más sombría que haya trazado jamás la mano sangrienta de la guerra civil—:
"¡Vivir trabajando
o
morir combatiendo!"
¡Oh, qué bien que se matan unos a los otros los compatriotas, los ciudadanos, los hermanos! De aquí en cincuenta años, la guerra civil será la única guerra posible.
A las siete de la tarde, todo había terminado y la tropa luchaba en retirada frente al pueblo, vencedor en todos los frentes.
¿Qué hacía el rey entretanto?
Sus ministros preparaban, a su dictado, una nota en la cual pedía a la cámara dieciocho millones de lista civil —un millón quinientos mil francos por mes, cincuenta mil francos por día—; sin contar sus cinco millones de renta de su fortuna personal, y dos o tres millones de dividendos de sus empresas particulares.
Se pedía, para un solo hombre, lo que a ciento veinte leguas de allí alcanzaba para que viviesen cincuenta y cuatro mil hombres.

(Alexandre Dumas, *Mis memorias.*)

Blanqui, la sociedad fue suprimida a raíz de su participación en el levantamiento de París. Pero muy pronto los republicanos se reagruparon en torno a una nueva sociedad, la "Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano", que, gracias al aporte del movimiento obrero, contó con mayor número de adherentes. Constituída fundamentalmente por estudiantes y profesionales jóvenes (médicos, abogados, etc.), la sociedad se vio revitalizada por el apoyo obrero y dio a sus secciones carácter profesional. Entre 1833 y 1834 el contacto con los trabajadores hizo crecer en importancia y dio a la organización republicana, flexibilidad y funcionalidad. La tarea de los republicanos no sólo tendió a promover la atención de la clase laboriosa en casos de enfermedad o de desocupación, sino también a acrecentar su nivel cultural mediante cursos, folletos, periódicos, libros, etcétera.

La solidaridad obrera



Junto a la consolidación de sus relaciones con los obreros republicanos, los obreros aceleraron el proceso de su organización, especialmente a partir de los primeros meses de 1833, a raíz del alza de los salarios. En mayo, los obreros impresores y tipógrafos de Nantes crearon la "Asociación Tipográfica" con las características a la vez de sociedad de socorros mutuos y de sociedad de resistencia. Entre julio y setiembre la huelga concertada por los obreros del oficio obligó a los patrones a restablecer los salarios anteriores, a adoptar una tarifa mínima y a reincorporar a los obreros despedidos. En octubre del mismo año surgieron asociaciones similares en Lyon y Burdeos. La formación de coaliciones se generalizó. Se crearon entonces la "Sociedad Fraternal de los Obreros del Papel Pintado", la "Bolsa Auxiliar de Fundidores", la "Sociedad Filantrópica de los Obreros



Las ilustraciones muestran dos facetas de las rebeliones. En el grabado superior, un grupo de republicanos quemando órdenes y proclamas de Luis Felipe. En el grabado inferior, una de las medallas acuñadas en conmemoración de los caídos durante la lucha. La acción del ejército fue sumamente cruel: el ministro Thiers ordenó a sus jefes militares que "no tuvieran ninguna misericordia para con nadie".



El trabajo socialista, según Fourier

El trabajo socialista deberá, para ejercer una fuerte atracción sobre el pueblo, diferir radicalmente de las odiosas normas con que nos lo presenta al estado actual. La industria socialista, para convertirse en atrayente. necesitará cumplir las siete condiciones siguientes:

1º Que cada trabajador sea asociado, retribuido con dividendo y no con salario.

2º Que todo hombre, mujer o niño sea retribuido en proporción de las tres facultades: capital, trabajo y talento.

3º Que las sesiones industriales sean variadas aproximadamente ocho veces al día, pues el entusiasmo no puede sostenerse más de hora y media a dos horas en el ejercicio de una función agrícola o manufacturera.

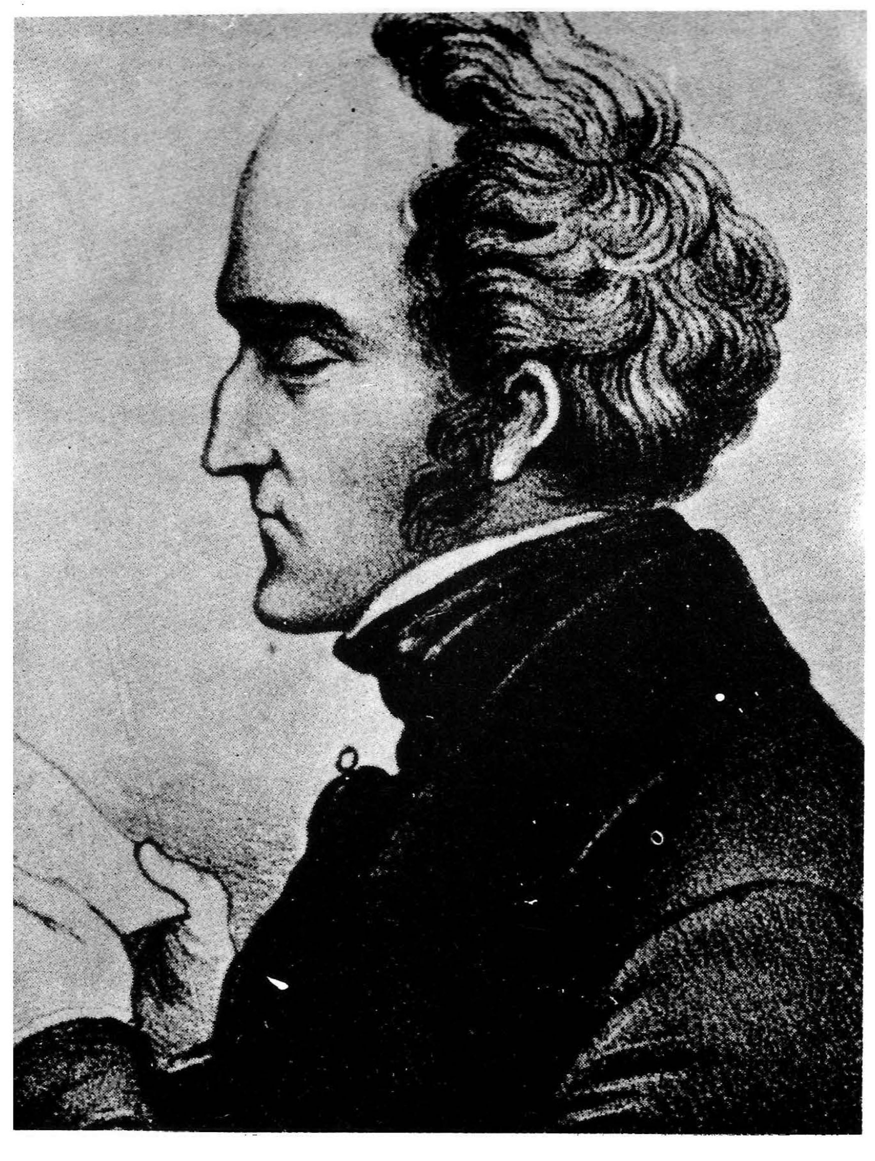
4º Que sean ejercidas en compañía de amigos espontáneamente reunidos, intrigados y estimulados por activísimas rivalidades.

5º Que los talleres y cultivos presenten al obrero los atractivos de la elegancia y limpieza.

6º Que la división del trabajo sea llevada al grado supremo, a fin de aficionar cada sexo y cada edad a las funciones más adecuadas.

7º Que en esta distribución, cada uno, mujer o niño, goce plenamente del derecho al trabajo o derecho de intervenir en cada rama de trabajo que le convenga escoger, siempre que acredite aptitudes y probidad.

La ilustración presenta a Charles Fourier, uno de los más importantes teorizadores del socialismo utópico en Francia.



Ebanistas del suburbio de San Antonio", los sastres y picapedreros de París, los zapateros en Calais, los mecánicos y cerrajeros en Caen, etc. Sus principales peticiones giraban en torno al salario y a la disminución de la jornada de trabajo.

En setiembre de 1833 estalló un movimiento de huelga que tuvo características nuevas: por un lado su amplitud, pues se prolongó por toda Francia, y por otro, el hecho de que movilizara a sectores obreros de diferentes oficios. El 5 de setiembre los obreros carpinteros parisinos, en un número cercano a los cinco mil, iniciaron el proceso demandando, a través de las dos sociedades de oficiales que los agrupaban, una tarifa mínima de cuatro francos por jornada de trabajo. El 29 fueron seguidos por los cofreros embaladores, que reclamaban la reducción de la jornada de trabajo, la fijación de una tarifa y la institución de una caja de socorro para los obreros desocupados. La coalición fue denunciada ante las autoridades por algunos patrones descontentos y los arrestos hicieron cesar el movimiento de huelga entre los cofreros. También en ese mes los obreros de la porcelana de Limoges, cuya sociedad secreta se hallaba vinculada con las de sus similares en Vierzon y París, exigieron aumentos de salarios e iniciaron una huelga de seis semanas.

Las huelgas se prolongaron en octubre y noviembre. El 29 de octubre fueron los obreros sastres los que enfrentaron a sus patrones, quienes se negaban a conceder aumentos salariales. Los sastres defendían a los obreros que habían sido despedidos por negarse a trabajar en condiciones diferentes a las fijadas por la sociedad que los nucleaba, la "Sociedad Filantrópica". La huelga movilizó a unos 8.000 obreros. Acusados por algunos patrones, agrupados en el denominado comité Schwartz, de llevar adelante una conspiración política, el 6 de noviembre fueron arrestados unos 50 obreros, en tanto un nuevo comité, el Riesz, que agrupaba a 400 patrones, consentía el aumento de salarios, exigía la libertad de los detenidos y proponía la formación de una asociación conjunta de patrones y obreros con el fin de proporcionar empleo y de socorrer económicamente a estos últimos. Denunciados a la policía por los miembros del antiguo comité, los componentes del comité Riesz fueron arrestados. El 15 la policía y las tropas rodearon el Taller Nacional, creado por los obreros sastres, en el cual se recibían los pedidos de compra de los que estaban de acuerdo con la emancipación de los proletarios, y arrestaron a 150 obreros acusándolos de atentar contra la libertad de trabajo. El 2 de diciembre la ley condenó la coalición de los obreros, en tanto respetaba a la de los patrones, y castigó con prisión a los líderes del movimiento.

A imitación del movimiento de los sastres, y también entre octubre y noviembre, se observaron intentos de concretar la solidaridad entre todos los obreros de un oficio. Así sucedió con los impresores y los tipógrafos y luego con los zapateros. Los primeros deseaban crear, con el aporte de sus sociedades, una gran imprenta en la que obtuvieran trabajo. Los segundos, que iniciaron en París una huelga, en octubre, huelga en la que participaron alrededor de 6.000 obreros, organizaron además la "Sociedad de Amistad Fraternal", destinada a unir a todos los obreros zapateros, divididos hasta ese momento en sociedades rivales. No solo fijaron como objetivo de dicha sociedad la defensa del salario sino también, y fundamentalmente, la creación de un establecimiento en el cual cada asociado pudiera obtener trabajos y cuyos beneficios se destinarían a la corporación. El movimiento de los zapateros recibió un fuerte golpe con el arresto de Efrahem, verdadero promotor del mismo, pero esto sólo lo afectó en París, pues en las provincias se multiplicaron rápidamente las organizaciones del tipo de la "Sociedad de Amistad Fraternal".

Dos aspectos merecen señalarse en este proceso. En primer lugar, el surgimiento de la solidaridad obrera, e incluso de una cierta solidaridad interprofesional, lo cual indica un mayor grado de madurez en la clase trabajadora y un avance en su toma de conciencia. Las asociaciones que agrupan a trabajadores de un mismo oficio olvidan sus disidencias, suman sus esfuerzos, en tanto una aspiración mayor comienza a hacerse perceptible: la de establecer una federación de los obreros de Francia. Esta solidaridad no fue obra de los grupos republicanos, cuya influencia, en cambio, se puede observar en la aplicación por los sastres, los impresores y los zapateros, de las teorías sobre la asociación obrera en la producción. Fue el resultado de los avances del movimiento obrero. Después de muchos años de fracaso los obreros comprendían que su mayor debilidad estaba en la división. Junto con esto se da otro fenómeno: el surgimiento de verdaderos líderes obreros como Jules Leroux entre los tipógrafos, Efrahem entre los zapateros y Grignon entre los sastres.

La solidaridad interprofesional en Lyon. Las insurrecciones de 1834

l proceso de la organización del movimiento obrero tuvo en Lyon características particulares, distintas a las de París o del resto de la provincia. Esto se debió en primer lugar al hecho que los obreros habían establecido contactos más estrechos con los republicanos y, en segundo lugar, a la experiencia de 1831, la cual había permitido el desarrollo de un movimiento orgánico de solidaridad interprofesional. Este, que en otros lugares era apenas incipiente, adquiriría en Lyon rasgos definitorios y permitiría llevar adelante el movimiento de 1834 .

Los tejedores sederos vieron durante 1832 fortalecerse su asociación, "El Deber Mutual", la

En 1834 tuvieron lugar las terribles matanzas de Lyon. Manifestaciones pacíficas fueron acribilladas por las tropas, dando lugar a una violenta respuesta popular. Pero esta reacción había sido prevista por el ejército, que concentró gran cantidad de efectivos en la ciudad, masacrando a los lyoneses dentro de sus casas. Con estas medidas se pretendió destruir la organización del movimiento obrero francés.

cual afianzada en una estricta disciplina, se convertiría en la más influyente en el campo obrero. Junto a ella había surgido también, en el mismo sector de trabajo, la "Asociación Mutualista", que contaba con unos 2.700 miembros, en tanto, los oficiales de una de las ramas textiles, la de la "ferrandine" (tela de seda y lana) constituían, por su parte, una nueva sociedad. Estos últimos ofrecerían, a partir de entonces, su apoyo a los mutualistas. En junio de 1833 exigieron en conjunto, aunque el proceso lo encabezaron los *ferrandiniers* (los que trabajaban en la tela mencionada), un aumento del precio que se pagaba por pieza terminada. La respuesta fue la represión y el arresto de varios obreros. Pero el movimiento iba extendiendo su influencia. En agosto, el periódico *El eco de la fábrica*, emparentado con la tendencia saintsimoniana, se convirtió en el órgano oficial del mutualismo y trató de fomentar la solidaridad entre los oficios apoyando las demandas de los obreros de tules, de los picapedreros y otros, vinculando a los sederos con los demás gremios. En noviembre el movimiento mutualista de los sederos logró nuevos adeptos entre los sastres, los primeros en agruparse en torno de él, los doradores, los pasamaneros, los adornistas, etc. El 5 de enero de 1834 los obreros zapateros, nucleados en la asociación de los Hermanos de la Concordia, exigieron la concreción de una agrupación fraternal de los obreros de todas las clases. Al mismo tiempo, *El eco de la fábrica*, que no había demostrado demasiadas vinculaciones con las tendencias políticas existentes, tomaba partido abiertamente a favor de los republicanos.

Durante los meses de enero y febrero se manifestó entre los grupos la idea de una huelga general a fin de lograr el establecimiento de una tarifa mínima. En el campo del mutualismo se enfrentaron grupos que defendían o rechazaban el proyecto. Los primeros en presentar la propuesta de huelga fueron los tejedores de felpas y chales. Su iniciativa finalmente triunfó y, como consecuencia de ello, el 8 de febrero de 1834 se paralizaron 800 telares de felpas. Los patrones respondieron apoyando a quienes habían reducido el precio pagado por pieza entregada. Ellos veían al movimiento de organización obrera como un obstáculo para la libertad de la industria que no se debía admitir. El 13 de febrero los mutualistas votaron la huelga, rearfirmando sus intenciones de conservar el carácter corporativo del movimiento y desvinculándolo totalmente de los proyectos revolucionarios que los republicanos intentaban llevar a cabo en esa época. El 14 se paralizaron 14.000 telares. Apoyados por los *ferrandiniers*, los mutualistas lograron que la paralización alcanzara a toda la producción de telas, incluso de aquellas cuyos precios no habían sido bajados.

Las autoridades, aliadas a los patrones, esperaban una ocasión propicia para desarticular la organización obrera. Y advirtieron a los revoltosos que si persistían en su actitud se les aplicaría la ley con todo rigor. El prefecto se negó a presidir una reunión entre los patrones y los obreros cuyo fin era discutir una nueva tarifa e hizo entrar las tropas en la ciudad. Ante el endurecimiento de la situación, los obreros votaron, el 19 de febrero, la vuelta al trabajo y fijaron como fecha inicial de la huelga el 24 de marzo. Los tipógrafos y otras asociaciones se solidarizaron con los tejedores e hicieron colectas para ayudarlos.

Las autoridades intentaron. inmediatamente, detener el desarrollo de la organización obrera y elaboraron el 25 de febrero un proyecto de ley que reforzaba las disposiciones del código penal referidas a las coaliciones y que prohibía realizar reuniones de más de 20 personas en las asociaciones. El proyecto afectaría tanto a los asociados como a los jefes e incluía además la decisión de girar a un tribunal superior todos los juicios referentes a atentados contra la seguridad del Estado. En marzo las asocia-



ciones obreras y republicanas expresaron su crítica del proyecto de la ley, afirmando las primeras, en Lyon, que se opondrían a ella a través de una huelga general. En tanto esto sucedía, el 30 de marzo el consejo ejecutivo de los mutualistas de Lyon propuso a los otros gremios la formación de un comité conjunto. La demanda fue aceptada por los obreros sastres, los *ferrandiniers*, los zapateros, los fabricantes de carros, etc. Los mutualistas y los *ferrandiniers* mantenían, por su parte, los contactos con los republicanos, nucleados en la "Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano". El comité conjunto se concretó el 5 de abril, mientras el 10 se sancionaba la ley de asociaciones.

El mismo 5 de abril se produjo un incidente en torno al proceso de los jefes de taller y oficiales que habían sido arrestados durante la huelga de febrero. El comité ejecutivo de los mutualistas solicitó se los incluyera en el proceso que iba a seguírseles a éstos. Cundió entonces el desorden y el juicio se postergó para el día 9. Las autoridades recurrieron a las tropas para aplacar a los revoltosos, pero los soldados terminaron confraternizando con el pueblo. Para el 9 el comité conjunto había decidido una paralización general de los oficios. Se produjeron manifestaciones en la ciudad, especialmente en torno al Palacio de Justicia. La movilización pacífica se transformó pronto en un verdadero motín cuando la muchedumbre, desarmada, fue acribillada por las tropas. Los obreros se organizaron rápidamente, levantaron barricadas y se armaron. Mientras las tropas ocupaban el centro de la ciudad los trabajadores se fortificaron en los suburbios, en el de Cordelliers, la Croix-Rousse, en las Gloriettes, en Vaise. La lucha encarnizada duró seis días. En los barrios ocupados por los insurrectos se mantuvo el orden y el respeto a las personas y a la propiedad. El 11 de abril algunos insurrectos de ciertos barrios, desarmados, agotadas sus municiones, carentes de ayuda del exterior, retornaron a sus casas. Agotado por sus propios esfuerzos, el movimiento comenzó a sucumbir.

Los republicanos de París, pensando que la insurrección triunfaba en Lyon y desconociendo el hecho de que sus compañeros de la "Sociedad de los Derechos del Hombre" de Lyon habían sido arrestados el día 12, cayeron en la trampa que les tendió el gobierno y se lanzaron a la insurrección el 13 de abril. En el área delimitada por las calles Beaubour y Transnonain, por la rue aux Ours, y por aquellas que desembocan en el claustro de Saint Merri y en el barrio de las Halles, se levantaron las barricadas. Pero a pesar de todo esto fueron superados por las tropas. La represión, iniciada el 14 de abril, fue brutal, los soldados fueron tomando calle tras calle, penetrando en las casas, masacrando despiadadamente. La actitud de las tropas, la masacre en calles y casas quedarían grabadas a fuego en la memoria de los obreros.

La ley de asociaciones, que imponía a los trabajadores de Francia un régimen duro y arbitrario, no terminó con el movimiento de organización, pero modificó sus características. Después de las jornadas de abril de 1834, subsisten aquellas sociedades que a juicio de las autoridades parecían más inofensivas, mientras los elementos más activos se organizaban en sociedades secretas. En París y en las provincias sólo quedarían bajo estas condiciones las organizaciones más fuertes, mientras que en Lyon la llama del mutualismo se mantendría viva gracias a la acción de la prensa obrera. La actividad obrera adquirió entonces, en la clandestinidad y dirigida por hombres como Blanqui, características revolucionarias que iban a permitir la consolidación del movimiento obrero y el paso a la solidaridad internacional.

Bibliografía

Hayes, Carlton. *Historia política y cultural de la Europa Moderna.* Barcelona, Ed. Juventud, 1953. Tomos I y II.

Lefebvre, Georges. *La Revolución Francesa y el Imperio.* México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

Hobsbawm, Eric. *Las revoluciones burguesas.* Madrid, Ed. Guadarrama, 1971.

Dolléans, Edouard. *Historia del movimiento obrero*, Bs. As., Eudeba, 1960. Tomo I.

Labrousse, Ernest. *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Ed. Tecnos, 1962.

Cole, G. D. H. *Historia del pensamiento socialista.* México, Fondo de Cultura Económica, 1957. Tomo I.

Rusia: las luchas del populismo

Santiago Mas

El movimiento decembrista inauguró el proceso de luchas revolucionarias contra la autocracia.

El 1 de diciembre de 1825 murió Alejandro I de Rusia, hijo y sucesor de Catalina la Grande. Su muerte desencadenó un conflicto sucesorio: Alejandro I, que no tenía hijos, había hecho abdicar, por medio de un documento secreto, a su hermano Constantino, virrey de Polonia. Su otro hermano, Nicolás, era resistido por la Guardia Imperial, que representaba a sectores de la nobleza que no estaban de acuerdo con que fuera coronado. Todo esto originó una etapa de tensiones y de confusión que fue aprovechada por un grupo de conspiradores que se proponía dar a Rusia una organización republicana. Comenzaron a circular rumores que afirmaban que Nicolás se iba a negar a difundir las últimas leyes de Alejandro I, por medio de las cuales este habría abolido el servicio militar, que en ese entonces era de veinticinco años, y el régimen de servidumbre. La confusión también reinaba entre las filas de los rebeldes, no decididos totalmente a enfrentar a Nicolás y sus tropas.

El día de la coronación del nuevo zar, el 26 de diciembre, las tropas rebeldes formaron en el lugar del acto, la plaza del Senado, a la espera de los regimientos que se fueran plegando a la rebelión. Cuando Nicolás se hizo presente en la plaza fue recibido hostilmente por los obreros que construían la catedral de San Isaac. Pero ante este hecho las tropas rebeldes se mantuvieron en la pasividad. Los jefes del movimiento no habían concurrido a la ceremonia. Riléiev, el líder de la conspiración en San Petersburgo, un poeta que dirigía la Compañía Ruso-Americana que explotaba Alaska, se había quedado en su casa, y lo mismo ocurría con el príncipe Trubetskói, un coronel de la guardia que los conspiradores habían elegido como "dictador"

Ante la rebelión de los obreros el zar se aterrorizó, pero, afortunadamente para él, tenía a su lado experimentados militares, que se dispusieron a hacer frente a la situación y su orden de atemperar los ánimos fue reemplazada por el ataque militar a la plaza. Ante la pasividad de las tropas rebeldes primero cargó la caballería, que fue repelida por los albañiles con garrotes, y luego atacó la artillería, que en pocos minutos consiguió que los rebeldes se rindieran. Mientras tanto, el jefe del grupo sureño de la rebelión, Serguier Muraviev-Apostol, había logrado rebelar al regimiento Tchernigov, pero este fue totalmente aplastado el 15 de enero.

Nicolás, repuesto en su ánimo por el triunfo, quiso en un principio reducir los castigos a la expulsión del servicio y al destierro en sus propios estados. Pero cuando tuvo en sus manos la información que provenía de los interrogatorios, dispuso castigar severamente a los rebeldes. La corte condenó a muerte a 36. Los cinco jefes principales, entre ellos Muraviev-Apostol y Riléiev, fueron ahorcados, aunque al principio se había dictaminado que fueran descuartizados. Otro líder, Batenkov, fue condenado a treinta años de confinamiento solitario en la fortaleza de Pedro y Pablo. Un centenar de rebeldes fue enviado a Siberia, condenados al destierro o a trabajos forzados, y miles de soldados fueron confinados en el Cáucaso, donde los que no murieron por la balas de los montañeses perecieron por las enfermedades.

A esto se redujo el movimiento de los llamados "decembristas". Ellos son los que inauguraron el proceso de las luchas revolucionarias contra la autocracia que habría de culminar con la Revolución de 1917, un proceso en el cual las diversas etapas van integrando dialécticamente a las anteriores. En uno de sus estudios sobre Herzen, Lenin afirmaba: "...vemos claramente tres generaciones, tres clases que han actuado en la revolución rusa. Al principio, los nobles y terratenientes, los decembristas y Herzen. Estrecho es el círculo de estos revolucionarios. Estaban terriblemente lejos del pueblo. Pero su labor no ha sido estéril. Los decembristas desper-

Herzen y los campesinos

(. . .) El campesino ha sido puesto, literalmente, fuera de la ley; la justicia se guarda bien de protegerlo y toda su participación en el orden social existente se limita al doble impuesto que le aplasta: al impuesto de sangre, al impuesto de sudor. Así, pobre desheredado, ha comprendido que no se gobierna para él, sino contra él, que el problema del gobierno y de los señores consiste en exprimirle todo el trabajo posible, todo el dinero posible. Al comprenderlo, como está dotado de una inteligencia ingeniosa y sutil, engaña a todos en todas partes. Y no puede ser de otra manera, pues decir la verdad sería ya, de su parte, una sanción, una aceptación del poder que le es hostil; y si no robara —tenga usted en cuenta que se acusa de robar al campesino cuando oculta una parte del producto de su trabajo— reconocería fatalmente la justicia de las exigencias de sus enemigos, los derechos de los propietarios, la equidad de los jueces (. . .)

Las cuestiones relacionadas con el deslindamiento de las tierras son forzosamente muy complicadas, debido al eterno reparto de las parcelas según el número de brazos, y, sin embargo, el campesino no recurre jamás a las quejas ni a los procesos. Los terratenientes y el gobierno ansían un pretexto para intervenir, pero no pueden hallarlo. Las pequeñas diferencias que surgen son liquidadas rápidamente por los ancianos o por la comunidad; todo el mundo acata sin reservas su decisión. Lo mismo ocurre en las comunas móviles de las asociaciones obreras (arteles). Existen asociaciones de albañiles, de carpinteros o de otras profesiones, formadas de varios cientos de individuos pertenecientes a distintas comunidades y que se agrupan por un plazo determinado, por un año, por ejemplo, formando un artel. Una vez terminado el plazo, los obreros se reparten el producto según el trabajo de cada uno y por decisión de todos los asociados. La policía no tiene nunca la satisfacción de inmiscuirse en sus cuentas. Añadiré que la asociación responde casi siempre por cada uno de sus obreros.

(. . .) Este carácter [el negarse a delatar] del ruso hace muy difíciles las encuestas policíacas. Yo lo celebro de todo corazón. El campesino ruso no tiene otra moralidad que la derivada instintiva y naturalmente de su comunismo; es una moralidad profundamente nacional; lo poco que conoce del Evangelio le sostiene: la iniquidad flagrante del gobierno y del terrateniente lo ligan aún más a sus costumbres y a su comunidad.

"La comunidad ha salvado al pueblo ruso de la barbarie mongol y del zarismo civilizador, de los señores barnizados a la europea y de la burocracia alemana; el organismo comunal ha resistido, a pesar de hallarse muy quebrantado, todas las embestidas del Poder: se ha conservado, afortunadamente, *hasta el desarrollo del socialismo en Europa.*

"Este hecho es para Rusia providencial".

Pedro el Grande según un grabado de época. Durante su gobierno las conquistas territoriales conformaron la primera visión de un gran imperio ruso.


Раскольникъ говоритъ
слушай цырюльникъ
я бороды стричь не
хочу вотъ гляди я на
тебя скоро караулъ закричу
цырюльникъ хо
четъ раскольнику
бороду стричь.

El régimen de servidumbre fue un rasgo esencial de la estructura económico-social rusa. Los grabados representan las dos caras de la sociedad rusa: el banquete de un terrateniente y el trabajo de un campesino.

taron a Herzen. Herzen desplegó la agitación revolucionaria.
Los revolucionarios no aristócratas, empezando por Chernishevsky y terminando por los héroes de Naródnaia Volia, hicieron suya esa agitación, la ampliaron, intensificaron y vigorizaron. El círculo de los luchadores se hizo más vasto y más estrechos sus vínculos con el pueblo. Herzen les llamó "Jóvenes timoneles de la futura tempestad". Pero aquello no era aún la verdadera tempestad.
La tempestad es el movimiento de las masas mismas. El proletariado, la única clase revolucionaria hasta el fin, se puso al frente de ellas, levantando por primera vez a una lucha abierta, revolucionaria, a millones de campesinos (...)".
Las dos primeras etapas de este proceso son las que vamos a analizar en este capítulo, desde la revolución decembrista hasta la culminación y crisis de los movimiento populistas, que, ante el avance del capitalismo y el desarrollo de la clase obrera y de sus luchas, caducan históricamente.

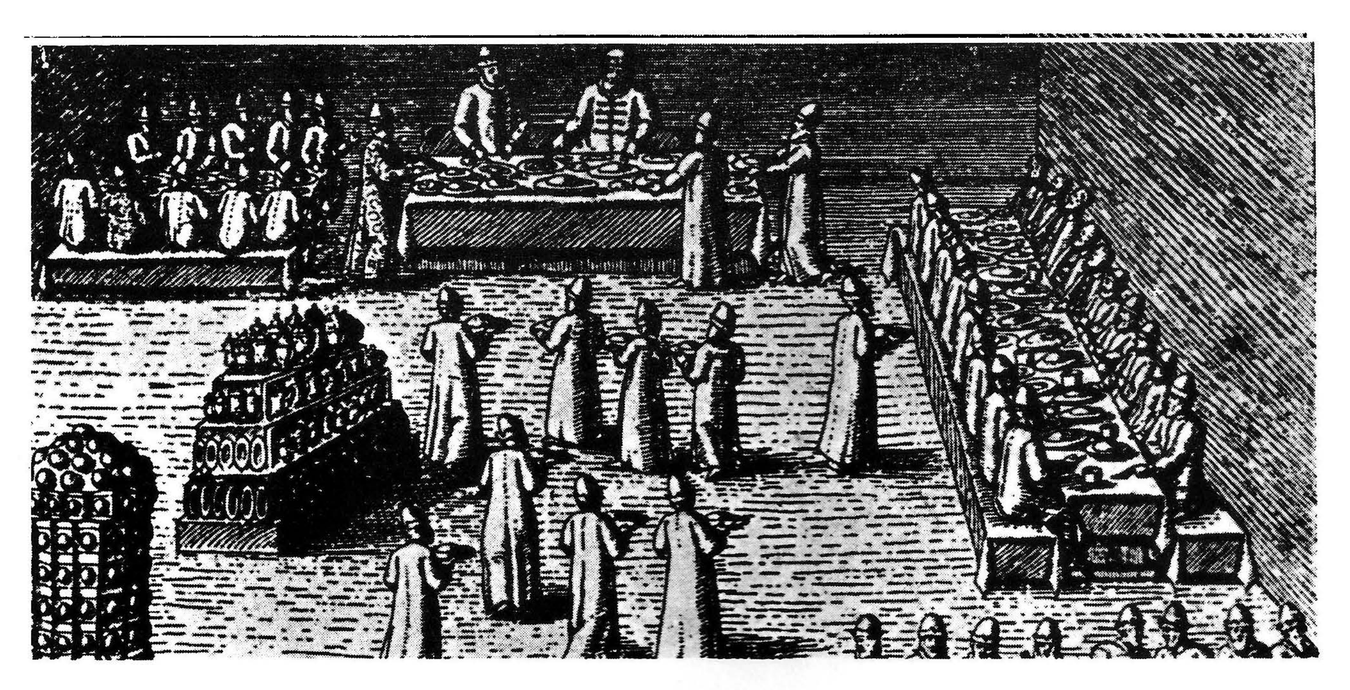
Rusia a comienzos del siglo XIX



A partir de las grandes reformas realizadas por Pedro el Grande durante su reinado (1700-1725) Rusia comienza el camino de su europeización. Pese a las marchas y contramarchas esta tendencia, la de "acercar" Rusia a Europa fue la predominante. Sus conquistas territoriales conformaron la primera versión del imperio ruso y proveyeron a Rusia de los puertos necesarios para desarrollar el comercio con Europa.
Con Catalina la Grande (1762-1796) se supera el interregno de los sucesores de Pedro y se retoma su política. Catalina conquistó y anexionó Crimea, construyendo Sebastopol, con lo cual la costa Norte del Mar Negro quedó en sus manos, abriendo definitivamente el paso para el comercio con Europa accidental. Con este proceso se apuntaló el desarrollo del capital comercial y se proveyó de nuevas tierras a la clase de los terratenientes. Luego mediante un acuerdo con Austria y Prusia, se produjo el reparto de Polonia, y con ello el imperio ruso pasó a cubrir una superficie que se extendía hasta una línea imaginaria que unía el Mar Báltico y el Mar Negro, a través de Polonia. Esa superficie, que hacia 1860 abarçaba unos 17 millones de kilómetros cuadrados, llegó a lo largo del siglo XIX, a cubrir, 22 millones de kilómetros cuadrados.

Lo esencial de la estructura económico social de Rusia permaneció invariable hasta la liberación de los siervos, en 1861. A lo largo del siglo XIX la autocracia se apoyó en la alianza de la nobleza terrateniente, con los grandes comerciantes. Hacia 1800 la población rural constituía el 80 % del total de la población y su inserción en la producción correspondía al régimen de servidumbre.

El rasgo fundamental del régimen de servidumbre, o economía basada en la prestación personal, consistía en la división de la hacienda en señorial y campesina. El campesino podía cultivar, con sus aperos, la tierra que se le otorgaba para su usufructo, y que era lo que lo proveía de lo necesario para subsistir, a condición de que trabajara las tierras de su señor durante varios días a la semana. Este tipo de economía, el predominante, tenía rasgos característicos y presuponía ciertas condiciones. En primer lugar se trataba de una economía natural, en la que la hacienda se autoabastecía y mantenía débiles los vínculos con el exterior. En segundo lugar el productor directo, es decir, el campesino, que necesitaba disponer de tierras y de los medios de producción necesarios para su cultivo, estaba sujeto a la tierra y formaba con ella una unidad económica, propiedad del señor. En tercer lugar el campesino se encontraba en relación de dependencia personal total con respecto al terrateniente. Tal prerrogativa permi-



"Voluntad del pueblo" y el papel del partido

Daremos un ejemplo para mostrar claramente qué entendemos por la función decisiva del partido. Rogamos al lector no ver en este ejemplo un plan real de acción. Unicamente los revolucionarios doctrinarios elaboran planes con diez años de adelanto. El verdadero, genuino revolucionario sólo tiene un plan: aplicar su idea fundamental a las circunstancias y a conducirse de acuerdo a ellas... Supongamos que el partido tiene suficientes fuerzas organizadas y, previendo un movimiento general del pueblo, ha tomado el poder. ¿Qué debe hacer luego? ¿Crear una nueva estructura del Estado y decretar las reformas que son indispensables? Nosotros decimos que no. Sólo en el caso más infortunado, sólo si el pueblo no mostrara la menor chispa de vida puede considerarse tal medida necesaria. En tiempos normales el partido está obligado a usar el poder y los medios que disponga para volcar al conjunto de Rusia y llamar a todo el pueblo a realizar sus demandas centenarias.



Catalina la Grande conquistó Crimea, se adueñó del Mar Negro y —tras un acuerdo con Austria y Prusia— anexó una parte de Polonia. Esta ampliación territorial del imperio ruso abrió el paso hacia Europa, permitiendo el comercio con el mundo occidental. En la ilustración: la emperatriz Catalina según un óleo de 1773.

tía al terrateniente obligar a trabajar a quien tuviera la tierra y los aperos necesarios. Por último, el trabajo se realizaba con técnicas en extremo atrasadas.

El Estado zarista

Para comprender mejor los procesos que vamos a analizar en este capítulo es importante señalar algunos de los rasgos característicos del Estado zarista, tales como la inestabilidad en los niveles superiores del poder, la hipocresia, la intimidación y el secreto en las gestiones estatales. Hasta avanzado el siglo XIX fue cosa común apelar a la intriga, el asesinato, el destierro y la tortura para resolver los largos y complejos conflictos sucesorios. Así nos encontramos con acontecimientos tales como el confinamiento de prisión, en un monasterio que Pedro el Grande impuso a su hermana; la muerte de su hijo y heredero en el potro de torturas; la participación de Catalina la Grande en el asesinato de su marido, Pedro III, para obtener el trono; el papel activo desempeñado por Alejandro I en el asesinato de Pablo I, su padre, e hijo de Catalina, etc. Las intrigas palaciegas de este tipo eran comunes y no era raro pasar de las primeras posiciones en la corte a la cámara de torturas, al encierro solitario o al exilio en Siberia, para retornar, posteriormente, a las posiciones más encumbradas.

La coerción extraeconómica que el terrateniente ejercía como medio para apropiarse del excedente producido por el campesino se efectivizaba gracias a un complejo sistema de limitaciones y prohibiciones, que eliminaban toda posibilidad de evadirse de dicha coerción. El señor tenía derecho de vida o muerte sobre sus siervos, y son abundantes los ejemplos de siervos muertos a garrotazos por haber cometido una falta. Obviamente, la manutención de un sistema de prohibiciones de tal envergadura exigía un poderoso sistema represivo. Este se caracterizaba, en primer lugar por la utilización de la tortura a la que apelaban legalmente en las Cortes como medio para hacer confesar las faltas. Incluso el hijo de Pedro el Grande, juzgado por conspirar contra su padre, fue enviado a la tortura por la Corte que lo enjuiciaba a fin de hacerle declarar su culpabilidad. Si bien la tortura había sido formalmente prohibida en tiempos de Catalina II, se siguió haciendo uso de ella hasta la Revolución de octubre.

Un rasgo básico del brutal sistema represivo del Estado zarista era la hipocresía. Esto se ve con claridad en el tipo de utilización que se hacía de instrumentos tales como el *knut*, una especie de látigo, del cual no se podían resistir más de 20 ó 30 golpes. Pues bien, con el objeto de no estampar las palabras "condenado a muerte" se dictaban condenas de 120 ó más golpes. En tiempos de Pablo I surgió otro tipo de castigo, el de los garrotazos, que permitió también, aplicar la condena a muerte sin explicitarlo. El infeliz condenado era obligado a caminar entre dos filas de soldados, armados con garrotes que lo golpeaban al pasar entre ellos. Las condenas se establecían en términos de las unidades militares que concretaban el castigo. Una condena podía recibir el castigo de un batallón, formado por unos 4.000 hombres. Obviamente nadie resistía el castigo de parte de un batallón.

Con el objeto de intimidar al pueblo (otro de los rasgos del sistema represivo), todos los castigos se hacían en público.

Por último hay que señalar como característica de las gestiones estatales el secreto bajo el cual se resolvía cualquier tipo asunto, por más trivial que fuera, y, como consecuencia de esto, la prohibición de publicar referencias a esas gestiones. En 1917, al abrirse los archivos zaristas, se comprobó que en el ministerio de Relaciones Exteriores no existía documento que no hubiese sido calificado de "secreto". Con todo esto no solo se aislaba al pueblo de los asuntos estatales, sino que se restringía el conocimiento y el manejo de ellos a un sector reducido de la nobleza.

La época de Alejandro I

El reinado de Alejandro I (1801-1825) abarca el período en que las monarquías europeas se unen para llevar a cabo la gran cruzada antinapoleónica. Las consecuencias de las alianzas en que participó Rusia para enfrentar a la Revolución Francesa y del enfrentamiento con las tropas napoleónicas tendrían un largo alcance, aun desaparecida la figura de Napoleón del escenario político.

La Revolución Francesa produjo en los representantes de la Europa feudal y aristocrática una toma de conciencia que habría de modificar sus planes: "Ahora se sabía —dice el historiador Hobsbawn— que la revolución en un único país podía ser un fenómeno europeo; que sus doctrinas podían difundirse más allá de las fronteras , y —lo que era peor— sus ejércitos, convertidos en cruzados de la causa revolucionaria, barrer los sistemas políticos del continente. Ahora se sabía que la revolución social era posible; que las naciones existían como algo independiente de los Estados, los pueblos como algo independiente de sus gobernantes, e incluso que los pobres existían como algo independiente de las clases dirigentes". Esta toma de conciencia alimentaría a la "Santa Madre Rusia", a la Rusia que pasaría a ser, frente al peligro revolucionario, la cabeza de la Santa Alianza y el "gendarme de Europa".

En tiempos de Alejandro aparecen las primeras industrias rusas. Si bien inicialmente Alejandro estuvo contra Napoleón, posteriormente se alió con él. Como consecuencia del bloqueo continental, impuesto por Francia a las manufacturas inglesas, la producción rusa recibió un incentivo que produjo en ella incremento relativamente importante: los talleres de tejidos de lana pasaron de 155 en 1804 a 325 en

Uno de los caracteres más destacados del estado zarista fue la brutal represión. La intriga, el asesinato y la tortura constituyeron el el arsenal con que la nobleza resolvía los múltiples conflictos. "La cárcel zarista", grabado de Jasánov.

1825; los de tejidos de algodón de 199 a 484 y las fundaciones y herrerías de 26 a 170.

Este proceso reforzó el crecimiento de la aún débil burguesía rusa, y con ello la tendencia a la elaboración de una ideología propia, al margen de la dominante, que se manifestará con fuerza en 1825.

La alianza con la Francia napoleónica le fue impuesta a Alejandro por el fracaso de su intento inicial de derrotar a la revolución. Para Rusia significó el cese de sus relaciones con Inglaterra, consumidora de sus cereales y proveedora de manufacturas. Esto perjudicó sobre todo a las clases dominantes: a los terratenientes, que laboraban para la exportación (los mayores), y a los grandes comerciantes, e hizo que Alejandro volviera a enfrentar a Napoleón, cuando se sintió con fuerzas suficientes, bajo la bandera de la contrarrevolución. La derrota de Napoleón en las tierras rusas marcó el comienzo de su acoso. Rusia, Inglaterra, Austria, Prusia y Suecia al aliarse lo derrotaron definitivamente, ocuparon París y restauraron la monarquía. Se constituye entonces la "Santa Alianza", bloque reaccionario encabezado por Rusia y constituido por ésta, Austria y Prusia.

Mientras tanto, el sector burgués que había comenzado a desarrollarse un siglo antes como proveedor del ejército de Pedro el Grande, creció, como ya lo hemos señalado, a raíz del bloqueo continental impuesto a Inglaterra Estrechamente relacionado con Europa Occidental, su proveedora de instrumentos de producción y de tecnología, fue pronto atraído por la Revolución Francesa, encabezada por sus pares. Una actitud opuesta a la de los terratenientes, que veían en Occidente el fantasma de la revolución al mismo tiempo que el consumidor de sus cereales. Lo mismo puede decirse de los grandes comerciantes, mediadores entre las necesidades occidentales y la producción agrícola rusa.

En todos estos procesos tuvo una gran influencia la guerra de 1812. Las tropas rusas que marcharon a París para derrotar definitivamente a la revolución pudieron observar en su marcha los efectos del capitalismo que se estaba desarrollando en el continente. Tuvieron la posibilidad de verificar la enorme distancia que existía entre la atrasada cabaña rusa y la manufactura occidental. Por otro lado, la derrota de Napoleón refirmó vigorosamente el espíritu patriótico: "¡Cómo latía —afirma Puskin— el corazón ruso a la palabra patria! ¡Qué dulces lágrimas las del encuentro! ¡Con qué unanimidad uníamos el sentido del orgullo nacional y el amor al soberano!"

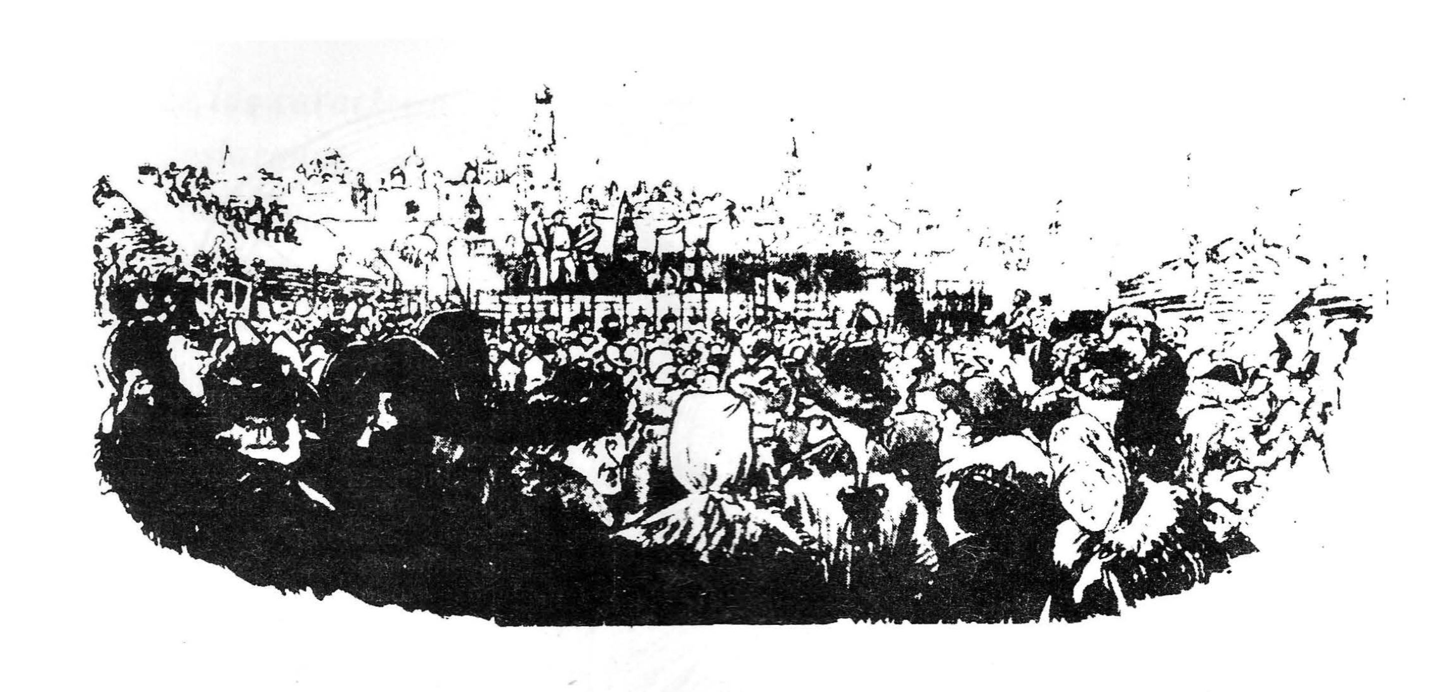
Este sentimiento fue conmovido durante la guerra, las tropas rusas captaron la distancia abismal que existía entre Rusia y el resto de Europa. Es a partir de estas experiencias que se desarrollan dos tendencias: unos propugnan un obstinado encastillamiento en la sociedad rusa; otros intentarán transformarla según el "modelo" occidental. En los movimientos revolucionarios que se producen en Rusia a partir de 1825 el juego entre ambas tendencias, con las características que cada época le confiere, desempeñará un papel fundamental.

Los movimientos campesinos



Hacia fines del siglo XVIII el campesinado ya había acumulado una larga experiencia en levantamientos contra la opresión. En la segunda mitad del siglo XVIII se produjo la primera gran expansión de la exportación cerealera, y al mismo tiempo que Catalina guerreaba con Turquía para abrir paso al trigo ruso los terratenientes pugnaban por acrecentar el excedente producido por el campesino. En ese momento las zonas cerealeras eran las del Volga y los Urales y ambas se caracterizaban por la escasa población campesina. La única forma de acrecentar el excedente era por lo tanto aumentar el





tiempo que el campesino dedicaba a trabajar las tierras del señor, lo que obviamente implicaba reducir el tiempo que dedicaba a las tierras que lo proveían de sustento. También los trabajadores de las minas y fundiciones de los Urales, que trabajaban bajo el régimen de servidumbre, sufrieron un proceso similar. Esta situación provocó tensiones que terminaron en una rebelión campesina en la que los campesinos y trabajadores de los Urales tuvieron un rol fundamental. A la cabeza de la rebelión estaba Pugachov, un cosaco del Don que se hizo pasar por Pedro III, el asesinado esposo de Catalina. Su programa incluía la emancipación total de los siervos, es decir la quiebra del régimen de servidumbre. Pero por otro lado no proponía abolir el racismo, lo cual era contradictorio con respecto a lo anterior pues la abolición de la servidumbre aniquilaba su base material. Esta contradicción, que reflejaba la actitud del campesinado en cuanto ésta separaba la figura del zar del sistema de opresión, no impidió que Pugachov arrastrara tras de sí a grandes masas: de los 200.000 siervos que trabajaban en las minas y en los establecimientos textiles y metalúrgicos unos 50.000 participaron directamente en la rebelión. El movimiento fue salvajemente reprimido, después de una larga lucha. En enero de 1775 Pugachov fue ejecutado en Moscú, junto con otros cabecillas del movimiento.
El procedimiento de someter al campesinado por medio del terror se intensificó e incluyó, en este caso, el arrasamiento, por medio de expediciones armadas, de diversas poblaciones rurales.

Los decembristas

La guerra de 1812, la "guerra patria", inflamó de patriotismo a la juventud rusa, que casi sin excepciones se enroló en el ejército que luchó contra Napoleón. Con la derrota de éste, los jóvenes oficiales se sintieron los "salvadores de la patria", los mejores hombres de Rusia. Un sentimiento que había de conjugarse con los de la burguesía, que crecía gracias al impulso que el bloqueo continental había dado a las manufacturas rusas.
El grupo de oficiales que tomó parte en el movimiento de diciembre de 1825 se unificó en torno a dos objetivos: una Constitución para Rusia y la abolición de la servidumbre. El primero lo concebían como una limitación del poder del zar por medio de una asamblea de representantes del pueblo. La abolición de la cual se llevaría a cabo en 1861.
En la lucha por estos dos objetivos se delinearon pronto dos alas: la "Liga del Norte" y la "Liga del Sur". Muchos de los miembros de la primera pertenecían a la rica nobleza de San Petersburgo y no se caracterizaban por su radicalismo. El ámbito de la agitación de sus ideas se reducía a la intelectualidad. En la "Liga del Sur", por el contrario, existía un grupo pequeño y homogéneo mucho más radicalizado.
El jefe de la Liga, el coronel Serguier Muraviev-Apostol, no redujo la agitación a la intelectualidad, sino que difundió sus ideas entre la tropa que estaba a sus órdenes. En general, como lo demostraron los hechos, los sureños estaban más dispuestos a llevar las acciones hasta sus últimas consecuencias. Su objetivo no era la monarquía constitucional sino la república.
En la introducción a este capítulo hemos dado los datos básicos sobre la revuelta de diciembre de 1825 y sobre la posterior derrota de los insurrectos, originada fundamentalmente en la incapacidad de estos para ponerse al frente de la rebelión popular que había desatado su acción. De ello da una idea el hecho de que la primera carga de las fuerzas del zar fuera rechazada por los obreros, circunstancialmente presentes ante la pasividad de las tropas rebeldes. Es que a la mayoría de los decembristas los atemorizaba la idea de movilizar al pueblo, incluso bajo su hegemonía. Ri-

En la ilustración superior: la ejecución de Pugachov en un dibujo de A. Benj, 1820. En el grabado inferior: siervos del Don a principios del siglo XIX.

La guerra de Crimea demostró las profundas fallas del régimen de servidumbre. La derrota puso en evidencia la debilidad del sistema zarista y actuó como acicate para que algunos grupos propusieran, la liberación de los siervos. Dos imágenes de la guerra: prisioneros rusos en Sebastópol y una carga de la caballería inglesa.

léiev, uno de los jefes del movimiento, había expresado este sentimiento con claridad: "Una república es una imposibilidad en Rusia, y una revolución con una república como objetivo puede terminar en un desastre; solamente en Moscú 90.000 siervos domésticos están listos para desenvainar sus cuchillos, y las primeras víctimas serían nuestras propias abuelas, tías y hermanas".

La significación del movimiento decembrista reside más en las consecuencia que tuvo que en los objetivos que se propuso. En primer lugar, por los vínculos que poseían los rebeldes con la nobleza, los brutales castigos que les impuso Nicolás I significaron para éste un gran desprestigio. En su novela inconclusa *Los decembristas*, Tolstoi muestra cómo en una época tan lejana como 1856 la nobleza rusa recibía con honras y respeto a los rebeldes que volvían después de 30 años de exilio.

El movimiento decembrista marca una época en que la nobleza encabeza la lucha por la liberación rusa. "Protestaba —dice Lenin— una minoría insignificante de nobles, que eran impotentes sin el apoyo del pueblo. Mas los mejores hombres de la nobleza ayudaban a *despertar* al pueblo". A los decembristas, pese a las intenciones de muchos de ellos, les cabe el mérito de haber introducido el sentimiento republicano, en las luchas revolucionarias que, sobre la base de su ejemplo, continuarían hombres como Herzen, quien diría de ellos: "...y entre ellos (la nobleza anterior) se formaron los hombres del 14 de diciembre, como falange de héroes criados, como Rómulo y Remo, con leche de fiera... Fueron como héroes de leyenda, forjados de puro acero de los pies a la cabeza, paladines de una noble causa que se lanzaron al combate sabiendo que les aguardaba una muerte segura, para despertar a una nueva vida a la joven generación y purificar a los niños nacidos en un ambiente en que imperaban el verdugo y el servilismo".

Nicolás I: el estado policíaco

La represión del movimiento decembrista signó el reinado de Nicolás I, un reinado cuyo objetivo fundamental fue mantener el *statu quo* a toda costa y que intensificó la represión hasta llegar a niveles nunca experimentados. La censura, a la que debían someterse todas las publicaciones, adquirió formas lindantes con el ridículo. Herzen, por ejemplo, que había comentado en cierto momento a su padre en una carta haciendo referencia a un lugar de Petersburgo que había sido escenario de seis asesinatos, "Podéis juzgar por ello qué clase de policía tenemos aquí", esto le valió la destitución de su puesto en el ministerio del interior y el destierro, por un año, en Nóvgorod.

Una anécdota muestra en profundidas cual era la mentalidad imperante. Cuando se le presentaron a Nicolás ciertos planes para reformar la enseñanza, en los cuales se proponía incorporar la geometría en las escuelas comunales él anotó al borde del documento: "Sí, pero *sin demostraciones*".

Todo aquello que promoviera el análisis y la reflexión, y no sólo cierto tipo de ideas, era reprimido por el zarismo, no dispuesto a aceptar otro esquema que no fuese la obediencia ciega.

La hipocresía superó todo lo anterior. Cuando el gobernador de Siberia aconsejó la condena a muerte de un grupo de bandoleros, Nicolás le contestó: "La pena de muerte, gracias a Dios, ha sido abolida en Rusia y no seré yo quien la restaure. Condene a cada bandolero a recibir 12.000 latigazos". Todo esto, sumado al régimen de disolución que imperaba en la corte, deterioró al reinado de Nicolás, sentido por la sociedad rusa como particularmente opresivo.

Durante este período se acrecentó la presión en favor de la abolición del régimen de servidumbre, presión que provenía,

Carta del comité ejecutivo de "Voluntad del pueblo" dirigida a Alejandro III después del asesinato de Alejandro II

(. . .) "Vuestra Majestad admitirá que al Gobierno del último Emperador no se le puede acusar de 'falta de energía'. El inocente y el culpable han sido ahorcados por igual; las prisiones, al igual que las provincias más remotas, se encontraban llenas de condenados. Los dirigentes eran hechos prisioneros y colgados por docenas.

"En interés del país, y con objeto de evitar un gasto inútil de energías y de talento, así como los terribles desastres que acompañan siempre a la revolución, el Comité Ejecutivo se dirige a Vuestra Majestad y le aconseja que elija la última parte de la alternativa. Estad seguro de que, en la proporción en que el poder supremo deje de ser arbitrario y en el grado y medida en que os mostréis resuelto a realizar sólo lo que la voluntad y la conciencia del pueblo prescribe, podréis libraros de vuestros espías, que deshonran al gobierno, confinar a vuestros escoltas a sus cuarteles, y quemar los instrumentos de tortura que desmoralizan al pueblo.

"Nos dirigimos a Vuestra Majestad haciendo a un lado el prejuicio y la desconfianza inspirados en el pasado. Queremos olvidar que sois el representante de ese poder que ha burlado al pueblo y que le ha causado tantas injurias. Nos dirigimos a vos, en cuanto ciudadano y en cuanto hombre honrado.

Esperamos que el resentimiento presente no habrá de suprimir ni el sentimiento del deber ni el deseo de escuchar la verdad.

"No os imponemos ninguna condición. No os consideréis ofendido por nuestras proposiciones. Las condiciones que se necesitan para que el movimiento revolucionario le deje el sitio a un desarrollo pacífico no dependen de nosotros; las que han hecho que dicho movimiento ocupe el lugar de dicho desarrollo pacífico no han sido creadas por nosotros, sino por los acontecimientos. Las condiciones para el cambio, de acuerdo con nuestra opinión, deberían basarse en dos estipulaciones:

"Primera: una amnistía general para todos los ofensores políticos, puesto que no han cometido crimen alguno sino simplemente han realizado su deber como ciudadanos.

"Segunda: convocar a los representantes de todo el pueblo para examinar las mejores formas de vida social y política, de acuerdo con las necesidades y deseos populares.

Sin embargo, consideramos necesario señalar que la legalización del poder por la representación del pueblo puede lograrse sólo si las elecciones son perfectamente libres. Las elecciones deberían realizarse de acuerdo con las siguientes condiciones:

Primera: los diputados deberán ser electos por todas las clases, sin distinción, de acuerdo con el número de habitantes.

Segunda: no habrá restricción de ninguna clase por lo que se refiere a electores o diputados.

Tercera: las elecciones y la agitación electoral serán perfectamente libres. El Gobierno deberá otorgar, por tanto —en calidad de regulaciones provisionales—, hasta que se convoquen las asambleas populares:

a) Completa libertad de prensa.
b) Completa libertad de expresión.
c) Completa libertad de reunión pública.
d) Completa libertad de discurso electoral.

Estos son los únicos medios a través de los cuales Rusia podría entrar en la senda de un desarrollo pacífico y regular. Declaramos solemnemente, ante el país y el mundo, que nuestro partido se someterá incondicionalmente a la Asamblea Nacional que se reúna de acuerdo con las bases puestas por las condiciones anteriores y no ofrecerá oposición al Gobierno que la Asamblea Nacional sancione.

"Ahora, Majestad, decidid. La elección os corresponde. Nosotros, por nuestra parte, sólo podemos tener la esperanza de que vuestro juicio y vuestra conciencia os sugerirán la única decisión que puede estar de acuerdo con el bienestar de Rusia, con vuestra propia dignidad y con vuestros deberes hacia el país" (marzo, 1881).

especialmente, de los sectores manufactureros, pues el mantenimiento de la servidumbre determinaba la estrechez del mercado interno y el encarecimiento y la escasez de la mano de obra. También ejercía presión por la abolición aquellos que buscaban nuevas bases para la autocracia, en constante desgaste y conmovido por las rebeliones campesinas respondió a esta corriente, con medidas formales: se constituyeron comisiones que estudiaron el problema y que propusieron soluciones pero que no fueron tenidas en cuenta.

A lo largo de esta época Rusia inicia su expansión en el Asia. Insatisfecha con sus conquistas en Turquía y Persia, dirige su atención hacia Asia Central y Afghanistán. Es muy posible que esta expansión se intentara buscando nuevos mercados para los productos manufactureros rusos, ya sea por la estrechez del mercado interno, ya porque no podían competir en otros mercados con los productos extranjeros, especialmente los ingleses. De cualquier manera, este movimiento expansionista provocó nuevas fricciones entre Inglaterra y Rusia y culminó con la guerra de Crimea. Esta también habría de influir sobre los procesos sociales rusos: si la guerra de 1812 había actuado como "intermediaria" entre las ideas de Occidente y el atraso ruso, la guerra de Crimea sirvió para demostrar las profundas fallas del régimen de servidumbre. La derrota catastrófica puso en evidencia que Rusia era un gigante con pies de barro y que el régimen de servidumbre había caducado completamente. En 1855 murió su último y más firme sostenedor, Nicolás I, Mucho tiempo había pasado desde que, al enterarse del estallido en París de la revolución de 1830, Nicolás había declarado: "Caballeros, ensillad vuestros caballos, Francia se halla de nuevo en revolución". Ahora era necesario concentrarse en Rusia, buscar soluciones que le hicieran salir del atraso.



Nicolás I —arriba— fue el más firme sostenedor de las arcaicas estructuras económicas basadas en el régimen servil. Abajo: Herzen, fundador del populismo.

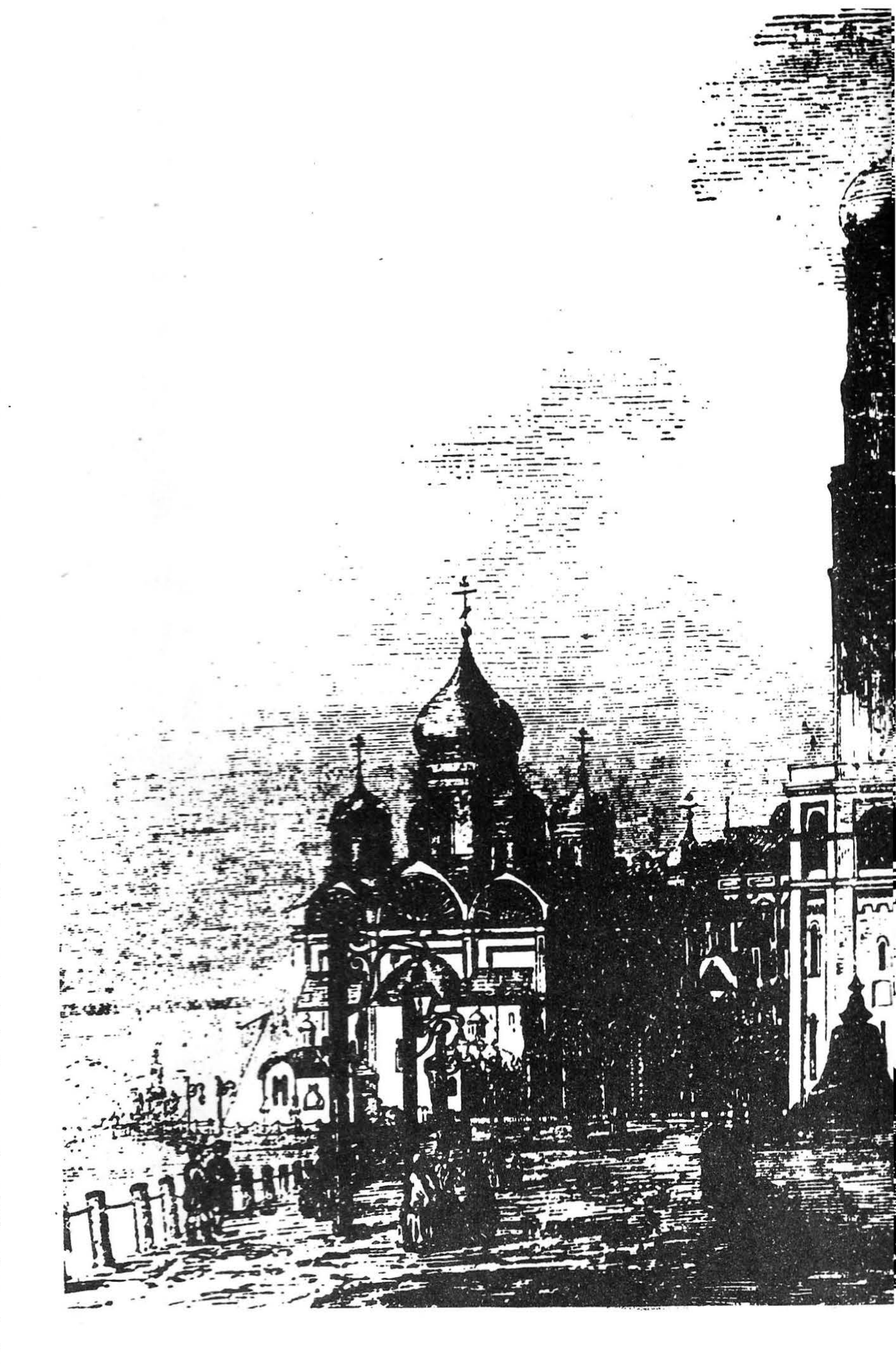


Los antecedentes del populismo: Herzen

Hasta la reforma de 1861, Herzen ejemplifica el nivel más alto alcanzado por el movimiento revolucionario ruso. A los quince años de edad Herzen se volcó en los hechos sociales bajo el influjo del movimiento decembrista. En 1847 salió de Rusia con rumbo a París, la meca de los revolucionarios y el espanto de los conservadores. Aún reinaba la imagen que hacía de Francia el reino de la libertad. Pero las jornadas de 1848 echaron por tierra sus ilusiones. Sus ideas formaban parte de una de las tantas variantes de "socialismo" que existían en la época, más cercana a un catálogo de sentimientos elevados que a un programa de lucha. Pero en 1848 quebraron las propuestas socialistas de ciertos sectores de la burguesía: la etapa revolucionaria de ésta se cerraba definitivamente y el proceso revolucionario pasaba a manos del proletariado. Esto a lo que provocó, en 1848, la crisis de Herzen, volcada luego en sus escritos, que lo ubicarían entre los más grandes pensadores de su época.

En 1857, una época en que la prensa política partidaria recién nacía, Herzen había fundado en Inglaterra el periódico *Kólokol (La Campana)*. Desde el punto de vista de la situación rusa, el momento era ideal para el análisis. El desastre de Crimea sumió a Rusia en una intensa reflexión sobre sí misma y Alejandro II, sucesor de Nicolás, había manifestado su intención de abolir el régimen de servidumbre. *Kólokol* inauguró la prensa libre rusa y fue precursor de los periódicos de emigrados que, no sometidos a la censura, no necesitaron ya apelar a parábolas o eufemismos para expresar sus ideas.

Herzen fue el intermediario entre dos generaciones revolucionarias, como lo señala Lenin:





El Kremlin en 1856, según un grabado del "New London Illustrated". A mediados del siglo XIX Rusia inicia su expansión en el Asia Central, intentando buscar nuevos mercados para sus productos manufacturados.

Las fallas del régimen de servidumbre y los levantamientos campesinos llevaron a Alejandro II a abolir este sistema. En la ilustración superior: cabaña de campesinos hacia fines del siglo pasado. En la ilustración inferior: Alejandro II en 1872.

"De la misma manera que los decembristas despertaron a Herzen, así éste y su *Kólokol* ayudaron a despertar a los intelectuales *raznochintsi*, representantes cultos de la burguesía liberal y democrática que no tenían nada que ver con la aristocracia, sino con los funcionarios, los pequeños burgueses, los comerciantes y el campesinado".

Esta posición intermedia entre dos generaciones revolucionarias hizo que Herzen estuviera sometido a una doble crítica: la de sus mayores, por su radicalismo, y la de sus herederos, como Chernishevski, por su conservadorismo.

Herzen es el fundador del populismo. Su socialismo se reducía a la lucha por la liberación de los campesinos por medio de la entrega de la tierra, manteniendo el viejo sistema ruso de la propiedad comunitaria. Sus mayores limitaciones provenían del hecho de que desde el exilio no había podido observar el movimiento de masas que comenzaba en Rusia hacia 1840. Pese a ello, las contradicciones entre su liberalismo (es decir, de la línea política que buscaba conciliar los intereses de la burguesía con los de la autocracia zarista) y su democratismo (la línea que quería llevar adelante las ideas democráticas hasta sus últimas consecuencias, lo que implicaba la destrucción del zarismo) se fueron resolviendo en favor del último término. Por otra parte, estuvo a su cargo la incorporación, a la problemática revolucionaria rusa, de la lucha contra la opresión zarista en los pueblos no rusos, especialmente Polonia.

La liberación de los siervos

Ya hemos señalado que la manutención del régimen de servidumbre impedía la ampliación del mercado interno y que esta última fue la principal razón de la expansión del imperio a mediados del siglo pasado. La conquista de Turquía y Persia actuó como solución pasajera. Pero cuando Rusia dirigió su atención hacia el Asia Central, Afghanistán y la India, Europa rompió la paz en que se encontraba desde la época de la cruzada contrarrevolucionaria contra Napoleón. Ante el hecho evidente de que Rusia intentaba monopolizar el mercado Oriental Inglaterra buscó aliados para enfrentarla. El primero fue, paradójicamente, Francia. Luego volcó a su favor a Austria, en conflicto con Rusia por la zona del Danubio.

Pese a los éxitos iniciales la guerra de Crimea resultó un completo desastre para la autocracia rusa. La guerra demostró la debilidad del régimen de servidumbre y el atraso ruso apareció descarnadamente en el enfrentamiento con el Occidente europeo.

El fracaso puso en evidencia que resultaba imposible conquistar nuevos mercados exteriores y que la única solución económica era ampliar el mercado interno aboliendo el régimen de servidumbre. Un número considerable de voceros de la nobleza demostró haber perdido ya su terror al trabajo libre y los opositores a la abolición disminuyeron con respecto a años anteriores. A esto hay que agregar la creciente resistencia campesina a la servidumbre: entre 1842 y 1848 los levantamientos campesinos se multiplicaron por cinco. El espectro de Pugachov nuevamente recorría el campo ruso. Fueron todos estos factores, sumados a la derrota en la guerra de Crimea, los que llevaron a la abolición de la servidumbre.

La abolición del régimen de servidumbre introdujo cambios de importancia. En febrero de 1861 fue liberado el campesino. Sin embargo, permaneció ligado a la tierra por medio de la vieja comunidad rusa (*mnir* u *obshchina*).

Las comunidades agrarias existían desde antes de la reforma de 1861. La pertenencia del campesino a ella lo aislaba del resto de la sociedad. La libertad que ganó con la reforma fue limitada por los poderes que



Programa de la Unión de trabajadores del sur de Rusia

1) En vista del hecho de que el presente orden, en lo que concierne a los trabajadores, no corresponde con los requerimientos genuinos de la justicia; y que los trabajadores sólo pueden hacer valer sus derechos por medio de una revolución violenta capaz de destruir todo privilegio y desigualdad y que haga del trabajo el fundamento del bienestar privado y público;

y que esta revolución sólo puede ocurrir: (a) cuando todos los trabajadores sepan que no hay escape a la presente situación; (b) cuando estén totalmente unidos;

Nosotros los trabajadores del Sur de Rusia nos agrupamos en una unión que llamaremos Unión de los Trabajadores del Sur de Rusia. Y nos planteamos como fines: a) propagar la idea de la liberación de los trabajadores de la opresión del capital y las clases privilegiadas; b) la unión de los trabajadores en la región del Sur de Rusia; c) el combate venidero contra el régimen económico y social existente.

2) La Unión usará sus fondos primero para propagar la idea de la liberación de los trabajadores y posteriormente luchará por esa idea.

3) El ingreso a la Unión está abierto a los trabajadores de cualquier especie que mantengan estrechas relaciones con la clase obrera y no con las clases privilegiadas; quienes sientan y actúen de acuerdo con los intereses fundamentales de la clase obrera, esto es, la lucha contra las clases privilegiadas para obtener la libertad.

4) Los deberes de cada miembro respecto a la Unión y viceversa están determinados por la siguiente base: Todos para uno y uno para todos . . .

5) Cada miembro debe estar preparado para cualquier sacrificio, si tal sacrificio es necesario para la seguridad de la Unión."



Nicolás Chernishevski, máximo representante de los revolucionarios de 1860.

poseía la comunidad. La autocracia reforzó, fundamentalmente, aquellos aspectos que tendían a frenar la constitución de un proletariado rural. La tierra fue asignada a la comunidad: al campesino sólo le "pertenecía" la porción de tierra por la que respondía en tanto jefe de familia. El crecimiento de la población hacía que las tierras se redistribuyeran entre los miembros de la comunidad.

El alejamiento de la comunidad era difícil. Puesto que la comunidad era la responsable por el pago de los impuestos, se resistía a que uno de sus miembros se alejara. Por otra parte, el campesino que se iba, al disminuir la familia a la que pertenecía, reducía la porción de tierra que le correspondía a sus familiares. En el caso de que se tratara de una ausencia temporaria, como por ejemplo el hecho de ir a trabajar a una fábrica, necesitaba autorización y continuaba ligado a ella como contribuyente. Por último, el campesino necesitaba autorización para ingresar a ciertas instituciones eclesiásticas y oficiales.

Los mecanismos de apropiación del excedente cambiaron: de las formas anteriores, ya analizadas, se pasó a un sistema en el cual el Estado se apropiaba de él por medio de los impuestos. Los campesinos debieron pagar a los nobles, en concepto de indemnización, unos 800 millones de rublos, y en general la tasación de la tierra se hizo a un precio superior al del mercado.

Pese a las enormes deficiencias con que fue llevada a cabo, la abolición de la servidumbre significó un gran paso adelante. El trabajo libre demostró ser más productivo que el forzado. El promedio de la producción agrícola creció en un 50 % en la década de 1870 respecto a la de 1840. Pero, si bien el viejo sistema fue quebrantado, no fue destruído totalmente. No existían los elementos necesarios para transitar decididamente hacia el capitalismo. Esto hizo que el crecimiento industrial sufriera un cierto estancamiento inmediatamente después de la reforma, aunque posteriormente comenzó a efectivizarse de manera sostenida.

Los comienzos de la lucha política: Chernishevski

La acción de Herzen fue continuada y superada por el grupo de revolucionarios de la década de 1860, cuyo máximo exponente fue Chernishevski. Al contrario de Herzen, éstos pudieron observar directamente los procesos que se daban en Rusia al promediar el siglo XIX.

Chernishevski, "un gran crítico y estudioso ruso" (Marx), "el gran pensador, a quien Rusia debe tanto" (Engels), ejerció su influencia fundamental a través de una breve y brillante labor de publicista, desarrollada entre 1853 y 1862. Su pensamiento, se estructura fundamentalmente en la crítica frontal al feudalismo, en la defensa de la instrucción pública y de la libertad y en la defensa del pueblo, especialmente del campesinado. Tenía una inmensa fe en el progreso a partir de la destrucción de todas las supervivencias feudales. Sus límites no son otros que los de la Rusia de los años 60. Los problemas fundamentales se concentran en la supervivencia del derecho feudal. En los años de la Reforma de 1861, cuando Rusia comienza a transitar en firme el camino hacia el capitalismo, aún no había conciencia de las contradicciones que este implicaba.

El mérito de Chernishevski, más aún que el de comprender el problema clave de la Rusia de su tiempo, fue el lanzarse a la acción política. No redujo su acción a la crítica solapada a través de trabajos literarios y fue el primer publicista que participó en una sociedad secreta. A partir de su acción el movimiento revolucionario pasó a la política práctica a través, fundamentalmente, de la acción en el seno de las masas campesinas o de la conspiración terrorista.

El movimiento estudiantil

Este pequeño sector, que en 1853 no alcanzaba a 3.000 estudiantes, tuvo, pese a su peculiar composición, un activo papel en el desarrollo del movimiento revolucionario ruso. En 1857 surge en San Petersburgo, la primera asociación estudiantil. Rápidamente el ejemplo fue seguido en otros puntos del país. En 1858, solo en Moscú, existían cuatro periódicos estudiantiles manuscritos. Además, dentro de la Universidad circulaban reproducciones manuscritas de *Kólokol*. Pero el ámbito de las actividades políticas de los estudiantes no iba más allá de los claustros universitarios.

A lo largo de los años 60 se desarrolló la lucha entre tres corrientes: la conservadora, la liberal y la populista. Obviamente, los conservadores no satisfacían las inquietudes sociales de los estudiantes. El combate fundamental se libró entre el liberalismo y el populismo. Sin embargo, la permanente ansia de conciliación de los primeros con la autocracia los fue alejando de los estudiantes. Los momentos decisivos de enfrentamiento entre los estudiantes y la autocracia tuvieron a los liberales más que como aliados de los primeros, como intermediarios entre ambas fuerzas. Esta labor mediadora fue desgastando a las fuerzas liberales y, al mismo tiempo, fortaleciendo al populismo.

En setiembre de 1861 se produce el vuelco de la actividad estudiantil desde el interior de la Universidad hacia las calles. A raíz de restricciones que de hecho eliminaban a las clases no privilegiadas de la Universidad los estudiantes realizaron una serie de reuniones, que culminaron en la organización de manifestaciones callejeras, hecho insólito en la Rusia de los zares.

Arriba: cabaña en la región de Choucha, lugar de reunión del grupo decembrista. Abajo: Plejánov integrante del grupo "Tierra y Libertad".

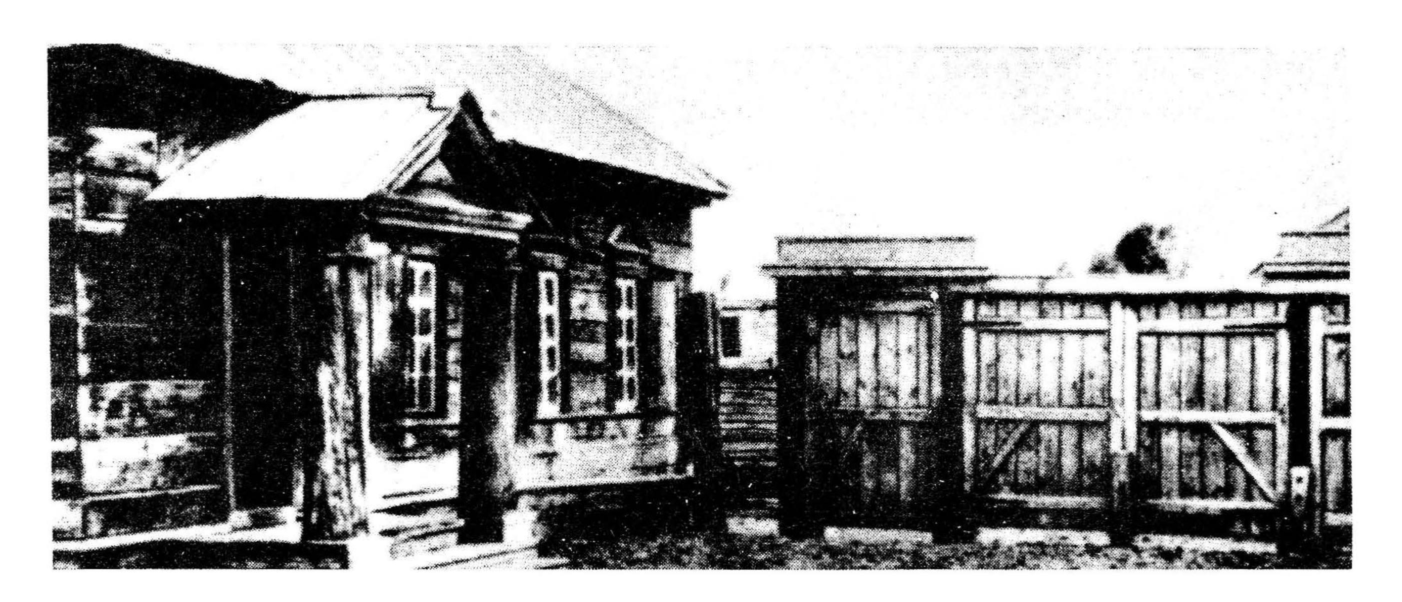
Esta fase del movimiento estudiantil se cerró en 1863. Ella señala la bifurcación del movimiento. Los más radicales se dirigieron al movimiento populista "Tierra y Libertad", y los restantes asumieron una posición típicamente liberal. Hasta 1869 no se produjeron hechos de importancia. En ese año se abre un nuevo período, que se inicia como reacción contra nuevas medidas restrictivas. Esta segunda etapa del movimiento estudiantil lo muestra ya formando parte de una corriente revolucionaria orgánica, con claros objetivos políticos.

Los orígenes del movimiento populista

Ogarev, compañero de Herzen, escribió un artículo cuyo título era: "¿Qué es lo que el pueblo quiere?", la respuesta, "tierra y libertad", fue el nombre del primer movimiento populista *(Zemlia y Volia)*, que a partir de dicho artículo se organizó sobre la base de la red de lectores de *Kólokol* y *Sovremennik, El Contemporáneo*, periódico de Chernishevski. En este movimiento pasan a la acción política sectores de la intelectualidad y se fortalece en ellos la convicción de la necesidad de la lucha política. Pese a que reunía sólo un puñado de intelectuales, el grupo elaboró el núcleo de las ideas revolucionarias del populismo. Introdujo en Rusia los rudimentos de la organización secreta conspirativa, base a su vez de una organización revolucionaria que se constituiría en modelo para todo el mundo. Cada organismo lo formaban cinco miembros, teniendo cada uno de ellos la obligación de formar un nuevo círculo de, a lo sumo, cinco miembros. De esta manera cada uno de sus miembros conocía a unos pocos camaradas, con lo cual se reforzaban los mecanismos de seguridad del grupo. Este tipo de organización, sugerida por Mazzini a Ogarev, se articulaba nacionalmente en un esquema federativo, que se contraponía al centralismo autocrático. Su acción decae al promediar la década del sesenta.

El segundo momento importante del populismo es el que reconoce como centro al movimiento de los *chaikovskistas*, nombre que provenía de uno de sus organizadores principales. Este grupo, que se constituyó en octubre de 1869, introdujo, con respecto a los movimientos anteriores, cambios fundamentales. En primer lugar desarrolla, con validez política, la noción de *masas*, concepto ausente hasta ese momento. Ello significa, ante todo, la convicción en la necesidad de apelar a la lucha de masas. Al mismo tiempo no le da a las élites la importancia que le habían otorgado los movimientos anteriores. Carecía de estructuración orgánica, no poseía estatutos ni programas y el ingreso al movimiento estaba despojado de toda formalidad. Reemplazaban la doctrina con un amplio espíritu de discusión. Otro elemento nuevo es el aprovechamiento de todo aquello tolerado por la autocracia. Así trataban de difundir al máximo sus ideas por los medios legales, al mismo tiempo que habían organizado un aparato clandestino que les permitía operar al margen de los límites admitidos por el zarismo. Desde el punto de vista ideológico los chaikovkistas daban preeminencia a los valores morales, los cuales, en última instancia, ejercían la presión mayor en la discusión política. Esta ideología estructurada sobre una visión moral y frecuentemente mechada con elementos religiosos contrastaba con una débil concepción política. Por último, hay que señalar que, por primera vez, la mujer tuvo un papel de primera línea en la lucha política. La convicción de la igualdad de los derechos femeninos que existía en el movimiento llevó a sus participantes a organizar casamientos simulados para liberar a las mujeres de la dominación familiar.

El que creó, sobre la base de un círculo de estudiantes de medicina, el primer gran movi-



26/12/1825: Movimiento decembrista.
1834: Arresto de Herzen y Ogarev.
1840: Bakunin emigra.
1847: Herzen emigra.
1853: Primera publicación de la *Prensa rusa libre en Londres*, organizada por Herzen.
1853/55: Guerra de Crimea.
1857: Aparece *Kólokol* en Inglaterra editado por Herzen y Ogarev.
Marzo, 1861: Alejandro II refrenda la liberación de los siervos.
Setiembre, 1861: Primeros movimientos estudiantiles.
1861-62: Oposición de los siervos a la reforma. 2.000 casos de disturbios.
1862: Chernishevski inicia su actividad de publicista.
19/7/1862: Arresto de Chernishevski.
1864/5: Reformas administrativa y judicial.
4/4/1866: Atentado contra Alejandro II.
1869: Desórdenes estudiantiles en San Petersburgo y Moscú. Surge el grupo de Nátanson.
1870: Sección rusa de la Primera Internacional en Ginebra. Primera huelga en San Petersburgo.
1870/3: Grupo de los chaikovkistas.
1873: El grupo de los chaikovkistas actúa entre los obreros de San Petersburgo.
1875: Surge la "Unión de los Trabajadores del Sur de Rusia". Surge la "Organización Pan-rusa Social Revolucionaria".
1875/6: Resurgen las actividades de los obreros de San Petersburgo.
1877/8: Los populistas fundan "colonias".
Feb./marzo, 1878: Manifestaciones estudiantiles en Kiev.
Mayo, 1878: Programa de *Zemlia y Volia*.
Noviembre, 1878: Movilizaciones estudiantiles en San Petersburgo.
1878/9: Ola de huelgas en San Petersburgo. Formación de la Unión de los Trabajadores del Sur de Rusia.
2/4/1879: Intento de asesinato a Alejandro II.
29/6/1879: Formación del Comité Ejecutivo.
8/8/1879: El Comité Ejecutivo vota la ejecución de Alejandro II.
30/11/1879: Atentado contra Alejandro II.
31/11/1879: Atentado contra Alejandro II.
Enero, 1880: Primer número de *Chorny Peredel*. Descubrimiento de la imprenta de *Naródnaia Volia*.
17/2/1888: Atentado contra Alejandro II.
Otoño, 1880: Nace la "organización militar" de Naródnaia Volia.
15/12/1880: Primer número de la *Rabóchaia gazeta* (Gazeta de los trabajadores).
13/3/1881: Asesinato de Alejandro II.
15/4/1881: Ejecución de los principales miembros del Comité Ejecutivo.

* Las fechas corresponden a nuestro calendario, el gregoriano. Para obtenerlas según el calendario ruso ortodoxo o juliano basta restar doce días si se trata del siglo XIX y trece en el caso del XX.

El trabajo libre demostró ser más productivo que el forzado: en la década de 1870 el promedio de producción agrícola creció en un 50 % con respecto al promedio de 1840. En la ilustración superior: campesinos rusos en 1887. Abajo: la actividad de los grupos chaikovkistas fue duramente reprimida. Cuando el movimiento fue destruido, en 1874, fueron arrestados 770 integrantes. En la ilustración, una prisión siberiana.

Las condiciones de vida de los trabajadores rusos del siglo XIX fueron particularmente duras. En la ilustración superior: un grupo de mujeres arrastra barcazas en el Volga. En la inferior: tres sirvientes de la nobleza: caballerizos del Palacio Real.

miento populista fue Natanson. Este comenzó su carrera revolucionaria actuando en la creación del movimiento chaikovkista; fue deportado en 1871 y en 1877; en 1890 fue uno de los organizadores del partido *Los derechos del pueblo*; en 1894, estando en Siberia, tomó parte del movimiento socialista-revolucionario; estuvo presente en la Conferencia de Zimmerwald y fue aliado de los socialistas-revolucionarios de izquierda. Murió en Berna en 1919. Natanson fue uno de los revolucionarios que en 1917 llegaron a Rusia junto con Lenin, a través de Alemania. En su libro *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Lenin dijo de él: "Natanson murió en 1919 siendo un 'comunista revolucionario-populista' muy afín a nosotros y casi solidario con nosotros".

Los chaikovkistas, organizaron el movimiento "La causa del libro", ambicioso plan de ediciones populares que incluía obras de Marx y Lasalle. Esta preocupación por los libros reflejaba la necesidad de pasar a formas directas de la propaganda. La actividad propagandística hizo que la "causa del libro" se transformara en la "causa del *trabajador*". Fueron los primeros revolucionarios que se vincularon con la clase obrera de San Petersburgo, a la que dirigieron preferentemente su atención, y esta vinculación atrajo sobre sus espaldas todo el peso de la represión policial. Cuando en noviembre de 1873 surge el movimiento "Ir al pueblo" ya no quedaban vestigios de la organización chaikovkista. Pero esta dejaba tras sí importantes enseñanzas. En 1891 Kravchinsky afirmaba: "Los chaikovkistas fueron hombres que desempeñaron un papel destacable en la creación de la atmósfera moral y transformaron en efectos esas reglas de conducta que fueron el código de la siguiente generación de revolucionarios. Este fue el gran mérito del movimiento que estaba enteramente fundado en la devoción personal a una idea y en el espíritu dedicado de sus miembros".

La vinculación de los chaikovkistas con el pueblo a través de la difusión de los libros les planteó problemas para los que no estaban preparados. La ausencia de una respuesta política frente a las necesidades populares hizo que en su propio seno esa respuesta se comenzara a elaborar. La propuesta cristalizaría unos años después en el grupo "Ir al pueblo". El centro de este grupo fue Dolgushin, quien lo organizó a mediados de 1872 sobre la base de la elaboración política de las ideas de Flerovski. Los puntos principales de su programa eran: distribución de la tierra, abolición del servicio militar(que en ese entonces era de 25 años), educación igual para todos, abolición del pasaporte interno (freno, por otra parte, para las exigencias de mano de obra móvil del capitalismo en desarrollo), y elecciones libres para elegir un gobierno en el cual los delegados representaran al pueblo.

La actividad política en el seno del pueblo hizo que la intelectualidad tomara conciencia de los problemas que lo aquejaban, de su situación real, de sus necesidades y sus enemigos. Esta experiencia incorporó al movimiento populista un exacto conocimiento de la situación del pueblo ruso. Formaron parte del movimiento varios miles de militantes. Cuando fue destruido, en 1874, fueron arrestadas 770 personas, de las cuales 158 eran mujeres. De esa cantidad 265 fueron condenadas a prisión.

"Tierra y libertad" y "Voluntad del pueblo"

Los sobrevivientes del movimiento chaikovkista continuaron trabajando con el fin de constituir un movimiento revolucionario. La clandestinidad pasó a ser nuevamente un elemento fundamental de sus actividades. Durante los años 1875 y 1876 un grupo de ellos trabajó entre los obreros de las fábricas de San Petersburgo. Pléjánov, el padre del marxismo ruso, formaba



parte de este grupo. Justamente en San Petersburgo comenzó a circular en 1876 un proyecto de programa que contiene los embriones del programa de la nueva *Zemlia y Volia*. En él afirmaban: "Nosotros restringimos nuestras demandas a objetivos que realmente puedan ser alcanzados en el futuro más inmediato: o sea, aquellos derechos y demandas del pueblo que existen en este momento dado. De acuerdo con ello, estas pueden ser resumidas en tres puntos esenciales.

1) Transferencia de toda la tierra a manos de la clase de los trabajadores agrícolas [. . .] Ella debe dividirse en partes iguales.

2) La quiebra del imperio ruso de acuerdo a los deseos locales.

3) La transferencia de las funciones sociales a las manos de las *obschchinas*, o sea, que estas deben tener auto-administración [. . .] Nuestras demandas únicamente pueden ser logradas por medio de una revolución violenta. Los métodos para preparar esto y lograrlo son: (1) *Agitación* [. . .] apuntando a organizar las fuerzas revolucionarias y desarrollar los sentimientos revolucionarios (revueltas, huelgas; en general la acción es el mejor camino para organizar las fuerzas revolucionarias). (2) *La desorganización del Estado*. Esto nos dará alguna esperanza de victoria, en vista de la fuerte desorganización que puede ser creada en un futuro cercano".

Los militantes de *Zemlia y Volia* fundaron colonias entre los campesinos, las que actuaban como centros fijos de los cuales salían maestros, médicos, etc., que ayudaban a los campesinados, quienes, en general, adoptaban una actitud positiva con respecto a ellos. Pero esta acción política presentaba dos puntos débiles: por un lado, los militantes, aislados en las aldeas campesinas, eran fácilmente reprimidos; por otro, sólo podían cubrir apenas unos pocos puntos dada la extensión del imperio ruso. Nuevamente comenzaron a plantearse problemas que no habían sido previstos ni estudiados. Resultaba imposible hacer una tarea de agitación sin disponer de las más elementales garantías y de un mínimo de libertad política. El intentar hacer valer los derechos de los campesinos mediante la agitación chocaba con el muro inquebrantable de la arbitrariedad de los funcionarios zaristas, que imponían su voluntad y castigaban a quien osara desafiarlos. En los detenidos análisis que, cuando los militantes retornaban a la ciudad, se hacían de sus experiencias se fueron buscando otros métodos de lucha, mientras la represión limitaba cada vez más el número de zonas de agitación y llegaba incluso a la destrucción de las colonias. En poco tiempo los revolucionarios vieron totalmente cerrado el acceso a los medios rurales, en la forma en que se lo habían propuesto.

A la sombra de este aprendizaje político fue desarrollándose lo que podemos llamar la "filosofía populista". En esta se reflejaba el aislamiento al que la represión sometía a los revolucionarios así como las fallas en su acción política. Poco a poco esto fue abroquelándolos, haciéndolos definirse como una élite destinada a "despertar al pueblo", volcándolos en una actitud regresiva, idealizadora del pasado ruso, producto esto último de su reacción frente al desarrollo capitalista. Retrocedieron así con respecto a Chernishevski y se volvieron apoyar en una concepción providencialista que señalaba, a partir de las viejas estructuras comunitarias, al pueblo ruso como "el pueblo elegido para el socialismo". Su observación de las contradicciones del capitalismo los llevó a ver en este no al proceso histórico que comenzaba a destruir el secular atraso de Rusia, sino al sepulturero de las "relaciones sociales rusas", lo cual los hacía caer en una interpretación errada de la historia de su país.

El terrorismo, que había tenido un papel secundario en el grupo *Zemlia y Volia*, comenzó en estos años a constituirse en el centro de la acción política. En

Dos aspectos del proceso de industrialización operado en Rusia a fines del siglo pasado una fábrica y una usina de San Petersburgo en 1892.

La imagen clásica de los "mujiks": campesinos ricos y sus sirvientes en un banquete, 1885.

1878 se producen los primeros atentados, y al año siguiente se plantea por primera vez el proyecto de asesinar a Alejandro II. La discusión en torno al terrorismo termina, en el Congreso de Vorgonezh realizado ese año, con la división de los grupos revolucionarios. Los partidarios de la acción directa forman entonces *Naródnaia Volia* ("Voluntad del pueblo") y el resto el *Chorny Peredel* ("Reparto negro" o "Reparto de tierras"). El centro conspirativo del primer grupo lo constituyó un Comité Ejecutivo que el 26 de agosto de 1879 resolvió "concentrar sus esfuerzos en la persona del zar".

En general las tácticas del grupo estaban viciadas por una permanente oscilación entre la burguesía y el pueblo. Aún mantenían esperanzas en la burguesía liberal y en una monarquía institucional. Por otra parte, su "realismo" político los hacía aspirar, por sobre todas las cosas, al resultado inmediato, palpable y alcanzable. Esto era lo que les impedía construir una línea estratégica que superara los marcos de la monarquía constitucional.

Una serie de atentados llevados a cabo por *Naródnaia Volia* contra Alejandro II fracasaron, hasta que el 13 de marzo de 1881 lograron su objetivo. Este fue el mayor éxito de su táctica, pero a partir de ahí el movimiento, duramente reprimido, se dispersó.

El desarrollo del capitalismo

El problema principal con que se enfrentaba el populismo era la aceleración del crecimiento capitalista: poco a poco éste fue transformando las relaciones sociales y desactualizando las propuestas populistas.

A partir de la reforma de 1861 el desarrollo capitalista se acentuó. Algunos indicadores bastarán para verificar esta afirmación. En primer lugar, la circulación mercantil sufrió una considerable expansión; la red ferroviaria pasó de 3.819 km. en 1865 a 29.063 km. en 1890; de 1868 a 1896 el transporte de cargas por ferrocarril se multiplicó por 14, el de pasajeros por 12 y el tonelaje de la flota mercante por 12. Del período 1861-1865 al de 1897-1901 el valor del comercio exterior *per cápita* aumentó más de un 100 %.

La población urbana aumentó considerablemente. Entre 1863 y 1897 el total de la población creció el 53,3 %: la rural lo hizo en un 48,5 % y la urbana en un 97 %. El número de ciudades de más de 50.000 habitantes pasó en los mismos años de 13 a 44. En 1863 estas ciudades concentraban el 27 % (1.700.000 habitantes) del total de población urbana mientras que en 1897 el 53 % (6.400.000). La población de las 14 ciudades más importantes creció de 1.700.000 habitantes a 4.300.000.

Según cálculos hechos por Lenin, a quien seguimos en los datos del crecimiento del capitalismo, a principios de siglo se podía estimar la población de obreros asalariados en unos 10 millones, de los cuales 7.500.000 eran varones adultos.

Todo este proceso de avance del capitalismo produjo importantes cambios en la estructura económico-social. Pese a las expectativas de los populistas, el capitalismo disolvía los vínculos comunitarios. Paulatinamente la comunidad y los lazos comunales se fueron adaptando a la economía de los grandes hacendados. El campesinado se hallaba inmerso en la economía mercantil y las contradicciones de esta economía comenzaron a destruir el régimen patriarcal y a formar nuevas clases sociales. Estas, eran fundamentalmente, la burguesía rural y el obrero asalariado. Entre ambos extremos estaba el campesino medio, que se caracterizaba por estar inserto en una economía mercantil menos desarrollada y por su oscilación, en lo que se refiere a las relaciones sociales, entre los dos grupos citados. Por último, la presencia activa del capital comercial y usurario en la aldea rusa reforzó el pro-



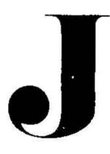
ceso de disolución del antiguo régimen.

Según el censo de población de 1897, la población agrícola de Rusia sumaba 97.000.000 de personas, la ocupada en actividades comerciales e industriales 21 millones 700 mil y la no productiva 6.900.000. Esto hacía un total de 125.600.000 habitantes. Lenin elaboró la siguiente distribución aproximada de la población según las clases sociales:

Gran burguesía, terratenientes, altos funcionarios	3.000.000
Pequeños patrones acomodados	23.100.000
Pequeños patrones pobres	35.800.000
Proletarios y semiproletarios	63.700.000
	125.600.000

Si bien el proceso de urbanización fue rápido, muchos obreros industriales continuaban siendo campesinos que concurrían a las fábricas por temporadas. Al mismo tiempo muchas fábricas, con el objeto de acercarse a su fuente de mano de obra, fueron instaladas en el medio rural. Este doble proceso produjo una simbiosis particular entre proletariado y campesinado, que hizo que los problemas de uno y otro sector fueran vistos como problemas comunes por ambos.

El surgimiento del movimiento obrero


unto al avance del capitalismo crecieron las luchas de la clase obrera. Entre 1870 y 1879 se llevaron a cabo 225 huelgas: 47 de obreros metalúrgicos, 75 de obreros de la construcción y 40 de obreros del transporte. En 1875 se creó la "Unión de Trabajadores del Sur de Rusia", que dirigió algunas huelgas importantes y pudo plasmar, para la época, una buena organización central. Su gran significación radicó tanto en el hecho de que sus programas y estatutos fueran gestados por los propios obreros como en la crítica a la explotación económica y la desigualdad política que expresaban. Su fundador, Khalturin, hijo de un campesino, no contó con la aprobación de los intelectuales de San Petersburgo.

Ya al comienzo de la década del 80 el movimiento obrero había ingresado en la lucha y el problema que se planteaba a los revolucionarios era el de la gestación del partido revolucionario. En fecha tan temprana como 1883 Plejanov escribía: "Creemos que el único objetivo no fantástico de los socialistas rusos solo puede ser en la actualidad, de un lado, el logro de instituciones políticas libres y, del otro, la elaboración de los elementos necesarios para crear el futuro *partido socialista obrero* de Rusia". La Rusia en que los populistas habían desarrollado su lucha quedaba atrás. Nuevas condiciones sociales dominaban el panorama político. El futuro revolucionario estaba ahora en manos de la clase que se había desarrollado junto al capitalismo: el proletariado.

Bibliografía

Carr, E. H., *Los exilados románticos. Bakunin, Herzen, Ogarev.* Madrid, Anagrama, 1969.

Chizhevski, D., *Historia del espíritu ruso.* Madrid, Alianza, 1967.

Herzen, A., *Obras filosóficas escogidas.* Moscú, Ed. en Lenguas Extranjeras.

Lenin, V. I., "El desarrollo del capitalismo en Rusia", en *Obras completas.* Buenos Aires, Cartago, 1957, T. III.

Lenin, V. I., "¿A qué herencia renunciamos?", en *Obras completas.* T. II.

Lenin, V. I., "Del pasado de la prensa obrera en Rusia", en *Obras completas.* T. XX.

Lenin, V. I., "En memoria de Herzen", en *Obras completas.* T. XVIII.

Lenin, V. I., "El papel de los estamentos y las clases en el movimiento de liberación", en *Obras completas.* T. XIX.

Pascal, P., *Histoire de la Russie. Des origines a 1917.* París, P.U.F., 1963.

Plejánov, G., "El socialismo y la lucha política", en *Obras escogidas.* Buenos Aires, Quetzal, 1966, T. II.

Pokrovsky, M. N., *Brief History of Russia.* Maine, University Prints, 1968.

Venturi, F., *Roots of Revolution.* New York, Grosset & Dunlap, 1966.

República burguesa e insurrección obrera

Susana Belmartino

—¿Por qué os habéis levantado contra la ley?
—Se nos hicieron tantas promesas y se mantuvo tan mal la palabra que ya no nos fíamos de ella.



. . . la insurrección, como llevada por una sola mano, se organizaba formidablemente. Hombres de una frenética elocuencia arengaban a la muchedumbre; en las esquinas, otros; en las iglesias tocaban a rebato; se derretía plomo, se hacían cartuchos; los árboles de los bulevares, los urinarios, los bancos, las verjas, los faroles, todo fue arrancado y destruido. París amaneció cubierto de barricadas. La resistencia no duró mucho; por todas partes apareció la Guardia Nacional, y esto de tal suerte, que, a las ocho, el pueblo, de buena gana o por la fuerza, poseía cinco cuarteles, casi todas las alcaldías, los puntos más estratégicos [. . .]. Sin sacudidas, por sí sola, la monarquía se deshacía . . ." La revolución de febrero de 1848, a la cual hace referencia Flaubert en este fragmento de *La educación sentimental*, fue, como la de 1789 o como la de 1830, un movimiento de masas, espontáneo, que no obedecía a la dirección de un partido o de un grupo determinado, un movimiento que ganó las calles empujado fundamentalmente, por la crisis económica. En él actúan, aliados en la práctica, la clase obrera y la burguesía republicana. Juntos derrocan a Luis Felipe e instauran la Segunda República Francesa. Pero la alianza durará poco.

La clase obrera ya no es la de 1830: la revolución industrial ha comenzado a desarrollarse; el socialismo se ha difundido, por lo menos entre sus dirigentes. Un mes antes, en enero de 1848, Alexis de Tocqueville había dicho en la Cámara de Diputados: "las clases obreras . . . están formando gradualmente ideas y opiniones que están destinadas no sólo a trastrocar esta o aquella ley, ministerio o aun forma de gobierno, sino a la sociedad misma." De ahí que, cuando el Gobierno Provisional surgido de las jornadas de febrero comience a actuar de acuerdo a los intereses de la burguesía y limite o tergiverse las reivindicaciones exigidas por los obreros, éstos recurran nuevamente a la insurrección. Junio de 1848 señala las contradicciones de la alianza al mismo tiempo que el intento autónomo de la clase obrera de derrotar al régimen burgués. En esos días, en medio de la lucha, François Arago, miembro del Gobierno Provisional y representante de la burguesía republicana, encara a los rebeldes en las barricadas de la calle Soufflot:

"—¿Por qué os habéis levantado contra la ley?

"—Se nos hicieron tantas promesas y se mantuvo tan mal la palabra que ya no nos fiamos de las palabras.

"—Pero ¿por qué hacer barricadas?

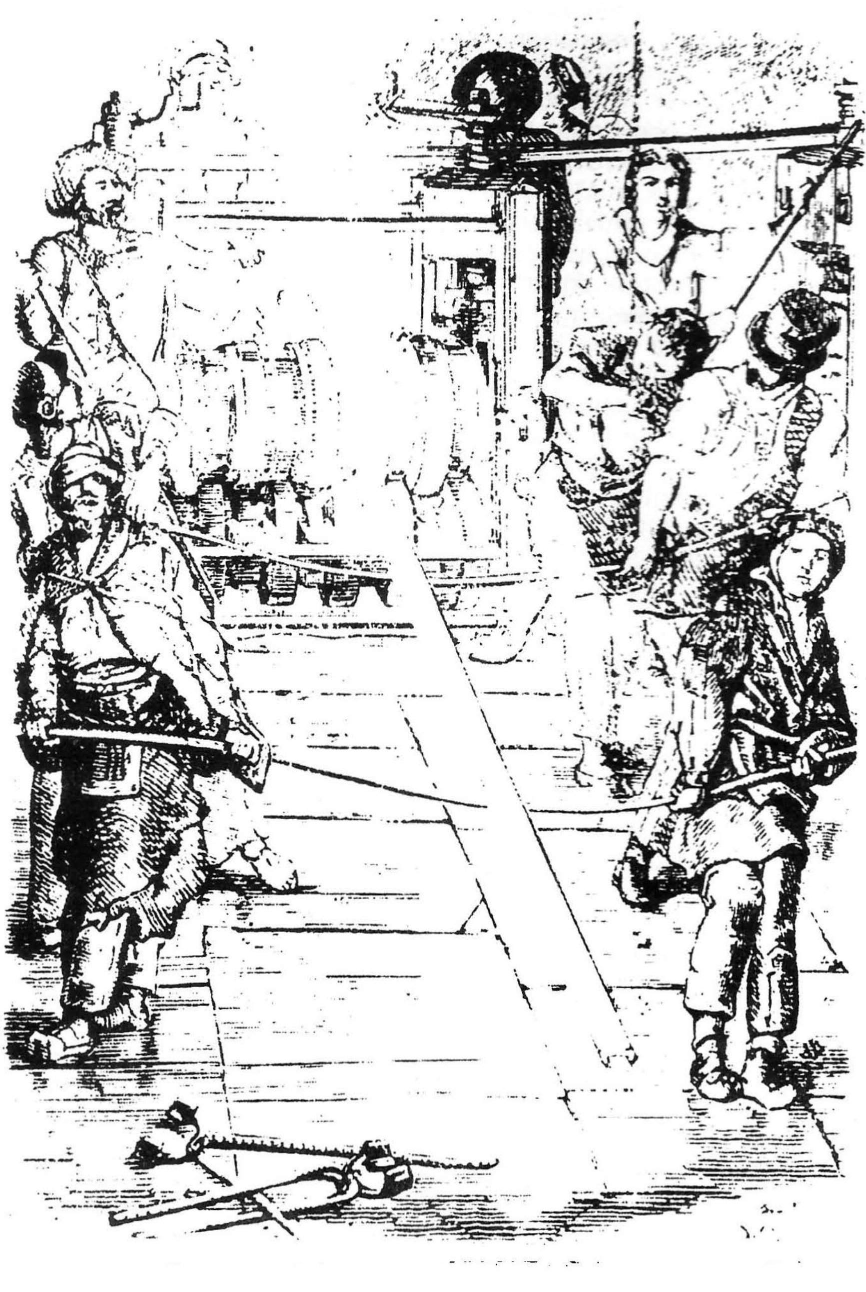
"—Las hemos levantado juntos en 1832, ¿no se acuerda ya del Cloître de Saint-Merri? . . . pero, señor Arago, para qué hacernos reproches. Usted no sabe qué es la miseria; usted nunca tuvo hambre."

La alianza se ha roto, la burguesía cierra definitivamente su ciclo revolucionario; los obreros con los que dialoga Arago, en cambio, están cerrando una etapa e iniciando otra, cumpliendo con un momento fundamental de su lucha por la liberación social. Durante tres días, con formidable cohesión, disciplinados y organizados como un ejército, cien mil insurrectos luchan en las calles de París para derrotar al régimen. Después de sangrientos combates, en los que pierden cinco mil hombres, los rebeldes son vencidos por las fuerzas del gobierno, dirigidas por el general Cavaignac. Tres mil son masacrados después del combate y más de once mil son arrestados. De estos últimos varios miles son desterrados a las colonias.

El movimiento obrero ha sido derrotado una vez más. Pero esa derrota sirvió para aclarar el camino en la lucha posterior. "En esta derrota —dice Marx— no fue la revolución quien sucumbió. Fueron los tradicionales apéndices prerrevolucionarios, resultado de las relaciones sociales que aún no estaban agudizadas hasta convertirse en violentas contradicciones de clases: personas, ilusiones, ideas, proyectos de los que el partido

Evolución del cuerpo electoral francés

Fecha de la elección			*Número de electores*
jun-jul.	1830	(últimas elecciones bajo la Restauración)	95.600
julio	1831		167.000
junio	1834		171.000
noviemb.	1837		199.000
marzo	1839		201.000
julio	1842		220.000
agosto	1846		248.000
abril	1848	(Sufragio universal	9.600.0000



Hacia mediados del siglo pasado el sistema fabril y la mecanización ya se habían arraigado profundamente en el norte y el este de Francia. Aunque predominaban todavía el trabajo domiciliado y la manufactura, el proletario industrial había adquirido una relativa importancia. En la ilustración: taller metalúrgico en 1836.

revolucionario no estaba libre antes de la revolución de febrero y de los cuales no podía desprenderse mediante la *victoria* de febrero, sino únicamente por una serie de *derrotas.*
"En una palabra: el progreso revolucionario no se abrió camino por medio de sus conquistas tragicómicas directas; al contrario, sólo haciendo surgir una contrarrevolución compacta, poderosa, creándose un adversario y combatiéndolo, el partido de la rebelión pudo, en fin, hacerse un partido verdaderamente revolucionario."

El proceso de febrero a junio de 1848

En 1848 el sistema fabril y la mecanización habían arraigado en las zonas textiles del norte y el este, en las minas, la industria química, las tejedurías de seda, la industria del jabón, las refinerías azucareras y en parte de la industria metalúrgica. Aunque no se había generalizado la producción fabril —predominaban todavía el trabajo domiciliado y la manufactura y subsistía aún el taller artesanal—, podemos hablar ya de un proletariado industrial parcialmente constituido.
En la década de 1830 los obreros comenzaron a asociarse en grupos organizados para tomar parte en los asuntos políticos. Sus primeros periódicos, *El Diario de los Obreros, El Artesano* y *El Pueblo*, aparecieron en septiembre de 1830. Fracasadas las insurrecciones de 1831 y 1834, en Lyon, insurrecciones que tuvieron objetivos sociales que iban mucho más allá del planteo salarial, las ideas de Proudhon y de los Sansimonianos, así como las de Babeuf, comenzaron a circular entre las clases populares.
Hacia 1830 Francia había entrado en una etapa crucial de su desarrollo económico. La revolución industrial producirá, al dar origen a la gran industria moderna, no sólo cambios en lo económico sino también profundas conmociones en la estructura social y nuevas formas en los conflictos de clase. Hasta ese momento el conflicto básico se había planteado entre la burguesía y la aristocracia territorial. La revolución de julio de 1830 marcó la derrota definitiva de esta última y el comienzo del dominio de la gran burguesía, que se erigirá en clase dirigente durante los cincuenta años siguientes. Una vez concluido el proceso de la revolución industrial, hacia 1870, la oposición se trasladará definitivamente al enfrentamiento entre la burguesía y la clase obrera oprimida. La revolución de 1848 es un hito intermedio en el complejo proceso que se cumple entre estos dos momentos. Ya no es la lucha entre la burguesía y la aristocracia, pero tampoco es la lucha entre la burguesía y el proletariado. Es una especie de conflicto de clases triangular en el cual actúan dos burguesías, la grande y la pequeña, y los grupos obreros.
La clase que asciende ya no es la burguesía sino el proletariado, el proletariado urbano de las ciudades en desarrollo, concentrado en las fábricas, al que se llama el artesanado empobrecido de los arrabales, condenado a proletarizarse. Aunque todavía no ha adquirido homogeneidad el movimiento crece mientras la burguesía se divide por los conflictos de intereses entre los sectores medianos y pequeños y la gran burguesía monopolista. Estas circunstancias hicieron que los obreros no sólo ayudaran a los grupos burgueses opositores a hacer la revolución, como había sucedido en 1789 y en 1830, sino que también trataran de encauzar el movimiento una vez obtenida la primera victoria,a la realización de sus propios objetivos. En las revoluciones anteriores los obreros habían tomado ideas y lemas de la burguesía; esta vez organizaron sus propios clubes, siguieron a sus propios dirigentes y actuaron identificados con las nuevas ideas del socialismo.
El Gobierno Provisorio surgido de la revolución de febrero estaba compuesto de elementos heterogéneos que representaban a la alianza de clases que había derrocado a Luis Felipe de Orleáns. Los intereses divergentes de estas clases no tardaron en ponerse de manifiesto. Los conflictos se produjeron en torno a tres problemas básicos sobre los cuales el gobierno debía expedirse: las medidas destinadas a paliar los efectos de la crisis económica y a establecer la legislación laboral exigida por los obreros; la posición que debía adoptar la República Francesa con respecto al resto de Europa, convulsionada también por revoluciones sociales, y, finalmente, la convocatoria a una Asamblea Constituyente que decidiera sobre la organización futura del país. Sobre estas tres instancias se articulan: el conflicto entre la Comisión del Luxemburgo, verdadero parlamento obrero, y la organización de los Talleres Nacionales, creados por la burguesía para aliviar la tensión en las clases populares; el conflicto entre la burguesía, deseosa de conservar la paz, indispensable para llevar adelante sus negocios, y el pueblo de París, ardiente defensor de los pueblos oprimidos de Europa, particularmente del polaco y del italiano; el conflicto entre aquellos que sostenían que el sufragio universal carecía de valor si antes no se educaba al pueblo en el ejercicio de la libertad y aquellos que querían consolidar apresuradamente las posiciones ganadas.
El proceso que se cumple entre febrero y junio de 1848, la ruptura entre los que habían derrotado al gobierno de Luis Felipe, el intento de los obreros de derrocar al régimen burgués, avanza sobre estos conflictos. Un proceso cuyo antecedente inmediato son las crisis de 1847.

Las crisis de 1847

La sociedad francesa bajo la monarquía de Luis Felipe había soportado ya el impacto de la crisis de los años 1836 a 1839. Pero la revolución de 1848 estalló en el cruce de las crisis eco-

nómicas de tipo antiguo, propias de una economía predominantemente agrícola (crisis de la producción de granos con repercusiones en la industria textil), con las crisis modernas, características de la naciente economía industrial (crisis de la industria metalúrgica).
Al principio se trata de una crisis fundamentalmente agrícola: malas cosechas de patatas (elemento fundamental en el consumo popular) en 1845-1846; mala cosecha de cereales en 1846. Los cereales, que reemplazaban a las patatas, comenzaron, ante la escasez de éstas, a aumentar constantemente de precio. Consecuencias: descenso del nivel de vida del asalariado y cierre de las ventas campesinas, con el consiguiente descenso del poder de compra de ambos sectores, lo que acarrea a su vez la caída de la producción textil. Pero esta vez se suma un nuevo fenómeno: la crisis de la metalurgia. Por primera vez la economía francesa, que estaba completando su revolución industrial, conoce una importante crisis metalúrgica. Hacia 1846 se había organizado un vasto plan de construcciones ferroviarias, gracias al aporte de capitales privados y créditos del Estado. Al estallar la crisis las disponibilidades desaparecen, los créditos no tienen lugar y el plan debe ser suspendido. La industria, en pleno crecimiento, no encuentra mercado para su producción. Baja la producción, baja el volumen de los negocios, y más aún el beneficio.
Estas crisis afectan profundamente a las asalariados. Al aumento de precio de los alimentos se agrega, en la industria textil, un descenso de los salarios cercano al 30 % y los paros provocados por el descenso de la producción y el cierre de las fábricas.
El precio de los granos disminuyó en el segundo semestre de 1847 y a principios de 1848, pero la crisis dejó como saldo una burguesía golpeada y un proletariado sin ahorros y sin trabajo. La crisis económica agudizó conflictos sociales y políticos para cuyo análisis es necesario que tomemos en cuenta las gestiones del régimen político que después de dieciocho años, cayó derrotado en las barricadas de 1848.

Los cambios en la economía francesa a partir de 1830

En Francia la revolución industrial se produce no sólo posteriormente, con respecto a Inglaterra, sino también de manera más lenta. Las empresas metalúrgicas francesas habían comenzado a instalarse a fines del siglo XVIII, pero no pudieron hacer grandes progresos debido a que empleaban en las fundiciones carbón de leña. La sustitución de éste por el carbón de piedra no se generalizó mientras los intereses agrícolas impusieron el consumo de madera en gran escala. Pero el estado de la industria del hierro mejoró después de 1830. La apertura de canales permitió que el carbón del Saar fuese mucho más asequible. Hacia 1840 comenzó a desarrollarse en las minas de carbón un proceso de concentración que redujo los costos de producción y en la década siguiente el rápido desarrollo de los ferrocarriles originó una creciente demanda de hierro. La producción de hierro en bruto entre 1820 y 1850 aumentó más del cuádruple y la de hierro dulce se quintuplicó. Hacia 1850 la industria siderúrgica francesa ocupaba el segundo lugar en el mundo; el primero le correspondía a la británica, la cual le llevaba considerable ventaja.
La industria textil se mantuvo a la vanguardia del desarrollo industrial francés después de 1815 y hasta la mitad del siglo. La maquinización se produjo más rápidamente en el hilado que en el tejido, en la industria del algodón que en la de la lana. Los diferentes sectores del textil alcanzaron un alto grado de especialización. Por el contrario, se asistía a la decadencia de la industria rural domiciliada. Por lo demás, si en el conjunto de Francia, en 1850, dominaban aún el taller y el pequeño negocio, si las grandes empresas eran aún la excepción, un capitalismo de "monopolio", favorecido por el gobierno, estaba en formación. Los progresos de la industria fueron solo en cierta medida apoyados por el desarrollo de las vías de comunicación. La construcción de ferrocarriles, largo tiempo demorada por los intereses de algunos grupos financieros, originó una prodigiosa especulación. A pesar de que después de mediados de siglos la construcción se aceleró, hacia 1848 no había más que 1.900 km. de explotación, lo que ponía a Francia muy atrás con respecto a Inglaterra y a Prusia.
Aunque desde 1840 el Banco de Francia había multiplicado sus sucursales en provincias no era muy importante el desarrollo de las instituciones bancarias y de crédito. Aún no se había establecido la relación entre el banco y el pequeño ahorrista.

La gran burguesía en el poder

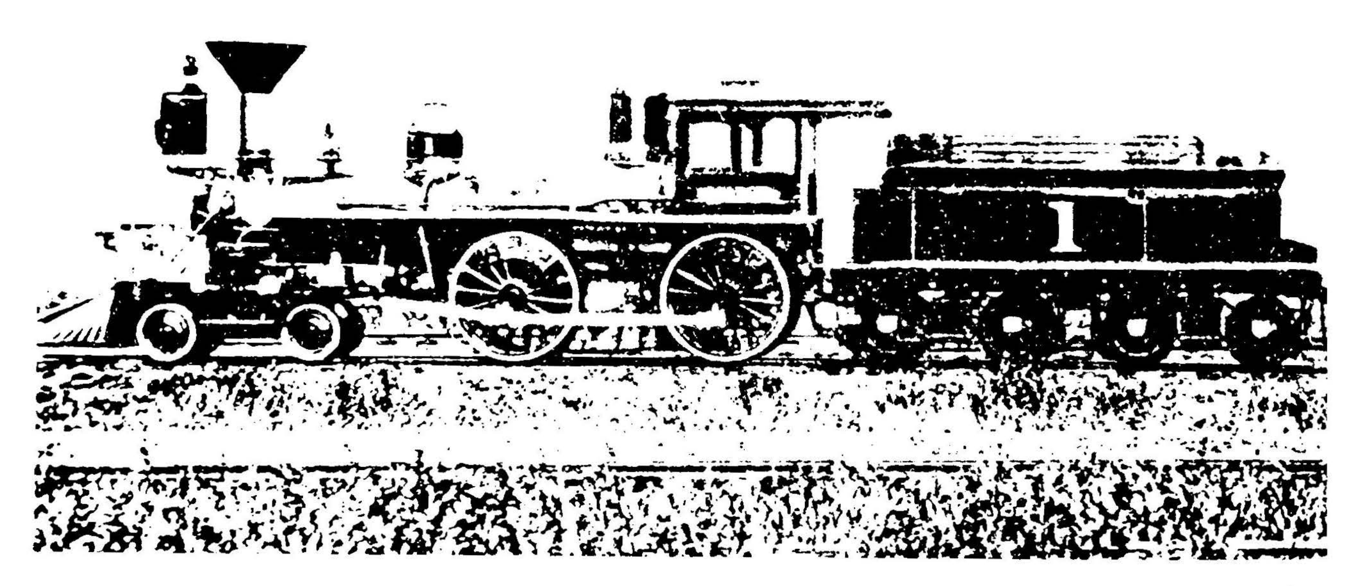
La revolución de julio de 1830, que entronizó a Luis Felipe de Orleáns, marcó el ascenso al poder de la gran burguesía, formada por banqueros, financistas, grandes comerciantes, propietarios de minas de carbón y de hierro, altos funcionarios del Estado y algunos grandes industriales.
Los nombres de los miembros del grupo dirigente, que se repetirán con pocas variantes durante todo el régimen, pertenecen a los sectores con mayor poder económico: banqueros como Jacques Lafitte, Casimiro Périer, Rothschild y los hermanos Péréire: industriales como Delessert y Talabot. La conexión con los medios intelectuales se hacía a través de figuras como Guizot, profesor de la Sorbona, o Thiers,



Hacia 1840 se desarrolló en las minas de carbón un proceso de concentración que redujo los costos de producción influyendo este factor en el rápido crecimiento de los ferrocarriles que tendría lugar en la década siguiente.

Arriba: vista exterior de una mina.

Abajo: una locomotora de 1857.



Los "Talleres Nacionales"

El señor Marie organizó los Talleres Nacionales con inteligencia, pero sin utilidad para el trabajo productivo. Les puso frenos, les dio jefes, les inspiró un espíritu de disciplina y de orden. Hizo de ellos, durante cuatro meses . . . un ejército pretoriano, pero ocioso, en manos del poder. Comandados, dirigidos, sostenidos por jefes que tenían el pensamiento secreto de la parte antisocialitsa del gobierno provisional, los Talleres Nacionales contrapesaron, hasta la llegada de la Asamblea Nacional, a los obreros sectarios de Luxemburgo y a los obreros sediciosos de los clubes. Muy lejos de estar al lado del señor Louis Blanc, estaban inspirados por el espíritu de sus adversarios.
(De Lamartine, *Histoire de la Révolution de 1848*.)

Las reivindicaciones obreras

De todos los periódicos nacidos alrededor de 1840, *El Atelier* es quizá el más importante. Periódico obrero, redactado por obreros, publicó un programa de reivindicaciones que la revolución de 1848 seguiría, en parte, en su primera etapa.

1º) Limitación de la jornada de trabajo.
2º) Abolición del sistema de los subcontratistas.
3º) Reglamentación de la colocación.
4º) Establecimiento de un salario mínimo.
5º) Supresión de la obligación de la libreta.
6º) Reglamentación de la competencia hecha a los obreros por la mano de obra de prisioneros y conventos.
7º) Transformación profunda de los consejos de conciliación.
8º) Indemnización por los accidentes de trabajo.
9º) Cajas de retiros para la vejez.
10º) Libertad de reunión, de coalición y de asociación.

Para paliar la creciente desocupación el ministro Marie organizó en febrero de 1848 los Talleres Nacionales. Meses después el propio Marie los llamaría "organización de la limosna". En la ilustración: un grupo de obreros espera su turno de trabajo.



periodista e historiador de origen modesto. La mayor parte de la burguesía industrial se alineaba en las filas de la oposición, integrando la minoría en la Cámara de Diputados.
Para alcanzar el poder la gran burguesía tuvo que derrocar a la aristocracia territorial, la cual había cometido el error de pretender conservar indefinidamente la totalidad del poder político. Pero el grupo que obtuvo el poder en 1830 puso en práctica un exclusivismo semejante respecto a las clases medias.
Bajo la Restauración, la burguesía, aunque excluida del poder político, había afianzado su poder económico, enriqueciéndose merced al comercio, las finanzas y la industria. Una vez en el poder su política se dirigió íntegramente a la consolidación de estos logros.
Luis Felipe eligió sus ministros, sin excepciones, entre los que pertenecían a este grupo social, y terminó otorgando su confianza a Guizot, quien ejerció el poder desde octubre de 1840 a febrero de 1848. Sin ser hombre de negocios, Guizot se erigió en el defensor más constante y sistemático de los intereses de la gran burguesía, cuyo ascenso económico fue estimulado desde el poder. La fórmula con que Guizot creyó poder conservar la paz social fue simplemente "¡Enriqueceos!"
Los progresos de la revolución industrial, apoyados por la política aduanera proteccionista de la monarquía, abrieron posibilidades ilimitadas al grupo dirigente, que no se limitó a aprovechar las circunstancias favorables sino que las produjo en función de sus intereses y acumulando poderes y cargos. Una vez logrado el poder económico se utilizaron los resortes del poder político para consolidarlo y asegurar también la supremacía social. La gran burguesía se aseguró de que los electores, o al menos los elegidos, pertenecieran a la clase dominante o se encontraran entre sus deudores, sus clientes o sus aliados. Se prohibieron las asociaciones y se amordazó a la prensa; se continuó con un régimen de trabajo destinado a conservar una mano de obra obediente, una clase obrera resignada, desgastada por agotadoras jornadas de trabajo y controlada por reglamentos de taller que permitían todo tipo de abusos.
Un ejemplo de cómo la conducción del Estado se subordinó al interés del grupo dirigente nos lo proporciona la legislación sobre ferrocarriles. En 1835 y 1838 proyectos de construcción de líneas férreas a cargo del Estado debieron ser retirados ante la oposición de la Cámara de Diputados. Finalmente, en 1842, el Estado debió renunciar a sus proyectos en beneficio de los intereses particulares. La ley sancionada ese año dejaba a compañías privadas la construcción de la superestructura, rieles y material rodante, y les concedía la explotación de las líneas por 99 años. De esta manera se consolida la concentración de la industria ferroviaria y el oligopolio así constituido reforzará otros: los de la producción minera y metalúrgica. Las concesiones ferroviarias son acordadas a grupos donde reaparecen sin cesar los mismos nombres: Rothschild, Péréire, Lafitte, Talabot. La concentración por fusión de líneas comenzará pronto.
En 1848 Francia tenía 1.900 km. de vías mientras que Inglaterra contaba ya con 6.850 km. El retardo debe atribuirse en gran medida a la oposición de la gran burguesía, que rechazó todo régimen que no fuera el de la concesión a compañías privadas. También en otros sectores se consolida el poder de la gran burguesía: la concentración de capitales se da en la producción textil, en particular en el hilado; en la metalurgia, cuando se produce la sustitución de la madera por carbón, como combustible, y la integración entre distintas industrias se vuelve, a raíz de esto, ventajosa. Los dueños de forjas compran entonces minas de carbón y de hierro.
Con respecto al Banco de Francia hay que señalar que estuvo en manos de un pequeño grupo de financistas que usufructuaron en su provecho el monopolio de emisión.
La gran burguesía se adhirió a la teoría económica de la escuela liberal, que rechazaba la intervención del Estado en la vida económica, y, exaltando la economía industrial, el maquinismo y el rol del empresario, confiaba en que el pleno desarrollo del capitalismo traería como consecuencia la disminución progresiva de la miseria del proletariado, considerada como un mal necesario. La burguesía francesa se apoyó en estas teorías, o las elaboró, para rechazar toda legislación social y justificar así la sujeción de las clases laboriosas, cuya suerte, opinaban, no podría ser mejorada más que por la caridad privada, el ahorro y la restricción de los nacimientos. No aceptaban, en cambio, las teorías librecambistas pues consideraban que el Estado debía, por derechos de aduana prohibitivos, proteger la industria naciente.

Los grupos sociales excluidos del poder

Una vez en el poder, gracias al régimen que habían fundado, los miembros de la gran burguesía hicieron lo posible para conservar la exclusividad del poder político, descartando a los grupos que podían oponérseles, en primer lugar a la mediana y pequeña burguesía.
Los industriales y comerciantes pequeños y medianos iban tomando conciencia de que eran una fuerza importante y comprendían también que el poder económico dependía del poder político y, que negándose éste, se les impedía desarrollar aquél.
Otros grupos de la clase media —los funcionarios de nivel inferior, los miembros de las profesiones liberales y los intelectuales (periodistas y escritores)— reclamaban la incorporación de las "capacidades" a la franquicia electoral.
Todos estos grupos, que habían participado activamente en las sociedades secretas que habían

A raíz de la crisis de 1847 la industria metalúrgica —que se encontraba en pleno auge— no encuentra mercado para su producción. Baja el volumen de los negocios, las ganancia y la producción. El cierre de las fábricas, los despidos masivos y el descenso de salarios agudizan la crisis, que tendrá como corolario la insurrección obrera. En el grabado: interior de un taller metalúrgico.

proliferado bajo la Restauración, en particular "La Carbonaria", se asociaron a la Revolución en las barricadas de París y durante los primeros meses del nuevo régimen lo apoyaron sin reticencias. Alentados por la reforma electoral de 1831, que ampliaba débilmente el cuerpo electoral, pensaron que su turno llegaría pronto. Pero no fue así. Durante dieciocho años la gran burguesía fue derrumbando, una tras otra, todas las esperanzas de sus aliados de 1830, negándose a concretar la reforma parlamentaria y la reforma electoral. Pequeños y medianos burgueses pasaron a nutrir las filas de la oposición, apoyando las tendencias republicanas y también, en algunos casos al bonapartismo. En muchos de ellos las ideas liberales se cargaban con la protesta por la injusticia frente a la miseria de las clases populares, y fue por eso que aceptaron las primeras ideas del socialismo, particularmente del definido como utópico, que consideraba posible aliviar la situación de los obreros sin alterar fundamentalmente la estructura social.

Con su política exclusivista la gran burguesía minaba sus propias bases de sustentación porque eran los pequeños y medianos burgueses los que formaban los mayores efectivos de la Guardia Nacional, el instrumento básico en la defensa del régimen y del rey.

Durante los primeros años de la monarquía, en los cuales las revueltas populares fueron frecuentes, en especial en 1832 y 1834, la Guardia Nacional defendió con energía la legalidad. Pero en 1848 los regimientos parisinos se alinearon en la oposición y rehusaron cumplir con su función de defensa. Su actitud provocó entonces la caída del sistema.

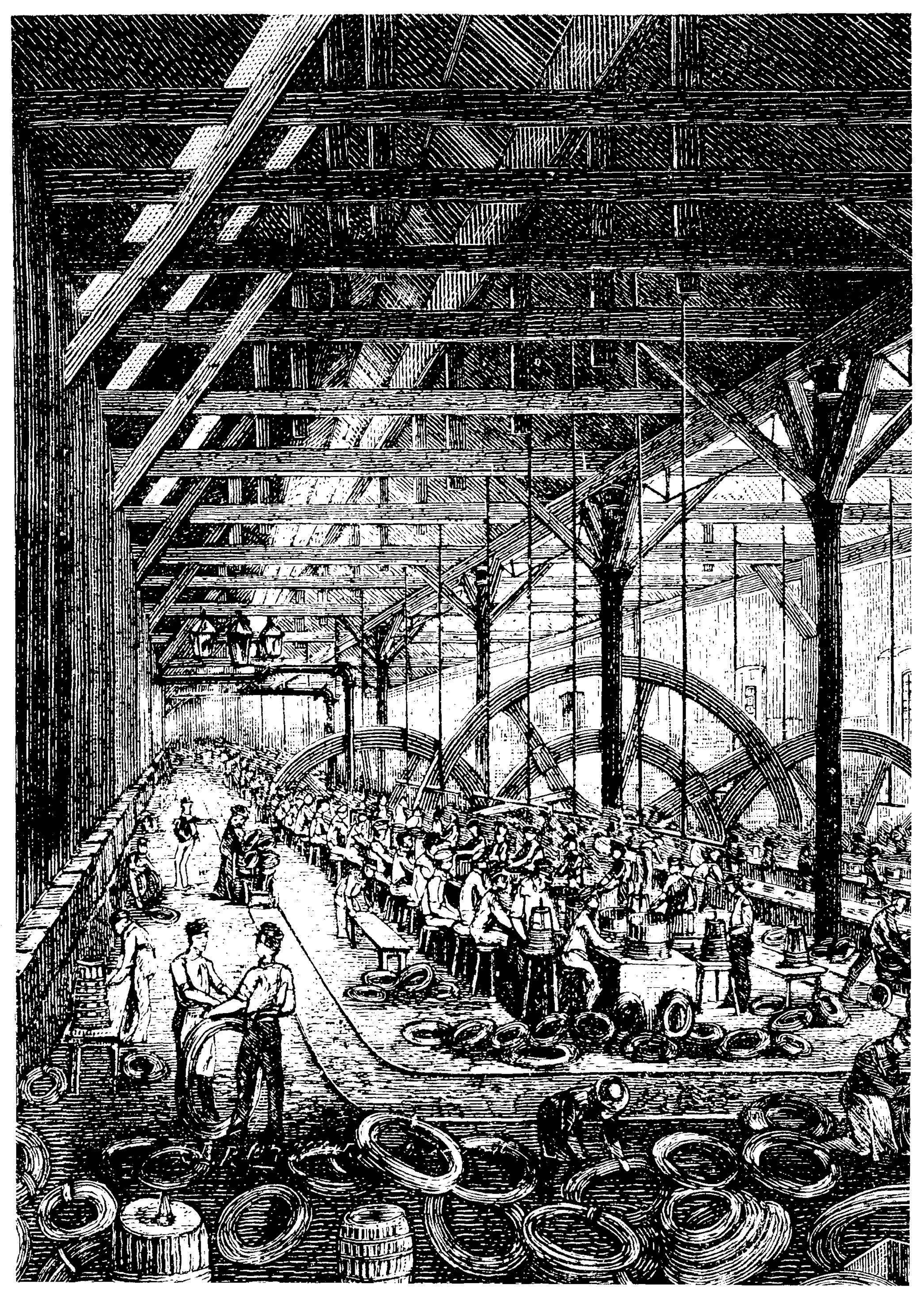
Los obreros



El descenso de los precios de los productos industriales, fenómeno general en Europa entre 1817 y 1851, entrañó de parte de la clase patronal una misma reacción en todas partes: el productor se esfuerza por reducir sus costos de fabricación y el salario se le aparece, entre los factores sobre los que puede actuar, como el más fácilmente reducible. Es por esta razón que en los salarios obreros se da, en el mismo período, una tendencia a la disminución. Este fenómeno fue reforzado además por el aumento continuo de la oferta de mano de obra. La prolongación de la jornada de trabajo, provocada por la aplicación de las máquinas, la iluminación a gas y la necesidad misma de la competencia, se convierten en un hecho general. Sin embargo, fueron preferidas por el obrero a la reducción de su salario.

La jornada de trabajo era, en general, superior a las 15 horas; las mujeres y los niños eran explotados despiadadamente; la única ley de protección del trabajo —que limitaba la jornada de los mineros a 12 horas— no se cumplía en la práctica. Condiciones deplorables, agravadas por la decadencia del artesano, por la dependencia del obrero, sancionada por la libreta de trabajo, por los abusos del sistema de subcontratistas, por la indiferencia casi total del Estado respecto a la clase obrera. Poco a poco van aumentando las voces que desde diferentes perspectivas denuncian la situación. A partir de 1830 los obreros franceses que saben que son ellos los que han asegurado la victoria de la revolución, comienzan a tomar conciencia de su existencia como clase. Es entonces cuando aparecen los primeros periódicos obreros y se constituyen asociaciones de resistencia bajo la apariencia de sociedades de ayuda mutua.

Fracasadas las insurrecciones de 1834 la represión se agudiza: la ley de asociaciones del 10 de abril de ese mismo año estaba destinada a destruir las organizaciones obreras. Los obreros más activos se ven obligados a refugiarse en sociedades secretas. El trabajo en estas sociedades hará más estrecha la unión, esbozada en 1834, entre el par-



Reforma electoral y liberación social

Si insistimos en hablar de la reforma electoral, es porque, a nuestros ojos, tiene gran importancia. Por ella llegaremos a obtener de NUESTROS diputados, dado que nosotros, trabajadores, los habremos elegido, LA ORGANIZACION DEL TRABAJO, no colocándose en el punto de vista mezquino de una rama de la industria, sino asegurando a todas las industrias las mismas retribuciones, que nadie puede negar sin cometer un crimen. Esto sería dar un gran paso hacia la igualdad y la fraternidad: establecer para los obreros de todos los estados un mismo salario e igual duración del trabajo... La ley electoral, tal como la pedimos, es un *Medio*: la *Destrucción de la miseria y la instrucción* distribuida a todos; he aquí nuestro fin.

(De: *La colmena popular,* revista de inspiración simoniana, noviembre de 1840.)

Las elecciones y la "verdad social"

Si las elecciones [para la Asamblea Constituyente] no hacen triunfar la *verdad social,* si no son más que la expresión de los intereses de una casta, arrancada a la confiada lealtad del pueblo, las elecciones, que debían ser la salvación de la República, serán su pérdida, no hay que dudarlo. No habrá entonces más que una vía de salvación para el pueblo que construyó las barricadas: será manifestar una segunda vez su voluntad y anular las decisiones de una falsa representación nacional.

(De un artículo de George Sand, en el *Boletín de la República,* 14 de abril de 1848.)

"El pueblo era dueño y cuando, después de haber llevado el peso del día y del calor, no pedía como honorarios por su soberanía más que trabajar, el pueblo podía pasar con justo título como el más justo de los reyes y el más moderado de los conquistadores". Proudhon.



tido republicano y el movimiento obrero.

Los grupos actuantes en las sociedades secretas comienzan a impregnarse de las ideas socialistas. Los sansimonianos, socialistas utópicos, condenaban la anarquía económica, la explotación de la clase obrera y preconizaban la socialización de los medios de producción y la educación generalizada. La distribución de la riqueza creada por la sociedad debía realizarse, según ellos, de acuerdo a la capacidad de cada uno y juzgando la capacidad por las obras. También alcanzaron gran difusión en ese momento las ideas de dos líderes obreros: Louis Blanc y Augusto Blanqui.

Louis Blanc fue fundamentalmente un moderado. Aunque atacaba al capitalismo y al sistema de libre competencia y denunciaba los sufrimientos de los obreros bajo el régimen existente, era decididamente enemigo de la doctrina de la lucha de clases. Blanc tenía una profunda fe en la democracia representativa basada en el sufragio universal. Atribuía al Estado una posición preponderante en la planificación económica y el desarrollo de los servicios sociales. Expuso sus ideas en dos obras: *Organización del Trabajo* y *El derecho al trabajo*. "Todo hombre —declaraba— tiene derecho a la existencia y por consiguiente al trabajo." En virtud de esto el Estado debía asegurar, a todos los ciudadanos capaces, empleo en condiciones razonables de remuneración, ayudando mediante capital y créditos al establecimiento de cooperativas de obreros. Una vez facilitado por el Estado el impulso inicial los obreros mismos dirigirían estos "Talleres Sociales", repartiendo las utilidades de manera tal que se realizase una distribución justa y se dispusiera de capital suficiente para seguir desarrollando la producción y realizando nuevas inversiones. Creía que las asociaciones obreras apoyadas por el Estado serían capaces, al agrupar a los mejores obreros, de provocar, por su mayor eficiencia, el fracaso del capitalismo. Sus ideas se difundieron especialmente a partir de 1839, fecha en que apareció su libro *Organización del Trabajo*. La tradición del ala izquierda jacobina y babuvista, gran parte de la cual se hizo comunista después de 1830, tuvo su caudillo en Augusto Blanqui, discípulo de Buonarroti. Esta corriente, políticamente mucho más madura, fue la dominante en las sociedades secretas en el período 1835-1841. Blanqui se llama a sí mismo "comunista", pero afirmaba que el comunismo no podía establecerse sino por etapas, a medida que el pueblo se fuese preparando para él mediante la educación en las verdaderas ideas republicanas. Pensaba hacerse dueño del poder mediante un golpe de Estado organizado por una minoría de revolucionarios disciplinados y adiestrados en el uso de las armas. Aspiraba a crear un grupo, relativamente pequeño, de hombres escogidos quienes serían la cabeza de una dictadura destinada a dirigir la educación del pueblo con vistas a introducir el nuevo sistema social del comunismo.

Las sociedades secretas y la insurrección de 1839

De las muchas sociedades republicanas surgidas después de 1830, la más influyente, al principio, fue la "Sociedad de los Amigos del Pueblo", dirigida por Godefroy Cavaignac. En ella ingresó Blanqui. En 1835, en colaboración con Barbés —otro líder obrero de importante actuación en el movimiento insurreccional— fundó una nueva asociación clandestina, la "Sociedad de las Familias", que en 1837 fue reemplazada por la "Sociedad de las Estaciones".

Con la "Sociedad de las Familias" se había fusionado la "Sociedad de Las Legiones Revolucionarias" y en 1837, al fundarse la "Sociedad de las Estaciones" otro grupo se separa y forma las "Falanges Democráticas". En 1840 todos estos grupos se fusionan en la "Sociedad Comunista".

Las sociedades que hemos mencionado estaban formadas por franceses, de la clase media y de la clase trabajadora, pero existían otras, como la "Federación de los Proscriptos" (1835-1836) y la "Federación de los Justos" (1836-1839), constituidas por refugiados alemanes y suizos, periodistas, empleados, artesanos y obreros. Los lazos existentes entre estas diversas sociedades hicieron surgir la tendencia internacional del movimiento obrero. Desde ese momento el movimiento buscará consolidar la solaridad internacional de la clase obrera.

En la primavera de 1839 Blanqui y los afiliados de la "Sociedad de las Estaciones" intentan aprovechar la situación provocada por la crisis económica y el paro forzoso entre los trabajadores para promover una insurrección. Cerca de trescientos hombres dirigidos por Blanqui y Barbés atacan el Ayuntamiento, completamente vacío por tratarse de un día domingo. Desde allí incitan al pueblo a tomar las armas: "Pueblo, levántate, tus enemigos desaparecerán como polvo ante el huracán . . ." Pero el llamado no encuentra eco. La conspiración, rodeada del mayor misterio, sorprende tanto a la fracción republicana, que hubiera podido apoyarla, como al gobierno. Barbés y Blanqui son detenidos, junto con otros jefes. En 1848 Blanqui, que recién había recuperado la libertad, se puso al frente de la "Sociedad Central Republicana", enemistado con Barbés, que había organizado el "Club de la Revolución".

El fracaso de la insurrección de 1839 no terminó con el movimiento canalizado en las sociedades secretas. Los pocos afiliados de la "Sociedad de las Estaciones" que quedaron en libertad se unieron a otros grupos para formar la "Sociedad Comunista". En esta actuaban tres tendencias: la de los moderados, reformistas que pensaban

Luis Felipe, caricatura de Daumier. Después de los primeros signos de rebelión, Luis Felipe abdica en favor de su nieto, el Conde de París, y entrega la regencia a la duquesa de Orléans.

que con la revolución política se produciría la revolución social; la de los babuvistas o comunistas propiamente dichos, y la de los seguidores del comunismo icariano, tendencia cuyos progresos comenzaron a frenar el avance de las doctrinas de Blanqui. El ideólogo del comunismo icariano, E. Cabet, autor de *Viaje a Icaria* (1840), defendía un comunismo igualitario y autoritario, donde la remuneración se hiciera según las necesidades, negaba la revolución violenta y predicaba una evolución pacífica y progresiva. La descomposición de las tendencias políticas del movimiento obrero en esta diversidad de sectas rivales señala a un proletariado no homogéneo y todavía en desarrollo.

El movimiento sindical en la década de 1840

En 1839 la crisis económica golpea duramente a la población francesa: la desocupación aumenta, la carestía del trigo provoca desórdenes. En París, de cada tres obreros uno muere de hambre. La protesta se canaliza al año siguiente en un movimiento sindical que apela a las huelgas. Un movimiento de vasto alcance que afirmará reivindicaciones destinadas a formar un primer programa de legislación del trabajo. Los conflictos laborales se suceden: la primera huelga es la de los sastres, en marzo de 1840; en julio se organiza la coalición de los obreros en papeles pintados; en ese mismo mes los obreros zapateros reclaman un aumento de salarios; en septiembre los obreros ebanistas reclaman la supresión del sistema de subcontrato y los obreros constructores de carruajes piden la disminución de la jornada de trabajo a 12 horas; también van a la huelga los obreros que fabrican clavos, los albañiles, los hilanderos de algodón, los panaderos, los encuadernadores, los curtidores, los bataneros, los tejedores de géneros de punto, etcétera.

El movimiento huelguista no tuvo objetivos políticos: fue puramente sindical. Sin embargo, el gobierno movilizó importantes tropas y, para justificar la represión, la policía inventó un complot republicano. Se detuvo a dirigentes y se confiscaron algunas publicaciones como *La Organización del Trabajo*, de Louis Blanc, alegando que el autor "se complacía en exagerar los padecimientos de la clase pobre". Los arrestos políticos son seguidos por los de los huelguistas: 140 hilanderos, 62 carpinteros, 38 obreros constructores de carruajes, etc. En total: 409 detenciones.

Una buena parte del movimiento sindical en la década de 1840 se canalizó hacia el logro de la solidaridad entre los trabajadores por medio de la organización de una "Unión Obrera". Expresión de parte de esas ideas fue el libro de Flora Tristán, *La Unión Obrera*, aparecido en 1843, y en el cual la autora trazó un esbozo de la Internacional.

Antecedentes inmediatos de la revolución de febrero

El centro de la agitación política durante la década de 1840 fue la campaña en pro de la Reforma Electoral. Diversos sectores la apoyaban. Para muchos obreros el sufragio universal y la democracia política debían necesariamente producir la liberación social. También la mediana y pequeña burguesía, ya lo hemos visto, aspiraba a lograr una participación en el cuerpo electoral. Numerosos monárquicos, por su parte, aspiraban a que se cambiara el sistema de voto: entre los legitimistas, el abad de Genoude, redactor en jefe de la *Gaceta de Francia*, se declaraba partidario del sufragio universal; entre los mismos orleanistas, los opositores a Guizot —cuya cabeza visible era Odilon Barrot, aun declarándose



El derecho al trabajo

El gobierno provisional había garantizado, de una manera más formal, el derecho al trabajo. Esa garantía la había dado en virtud de su pretendida iniciativa, y el pueblo la había aceptado como tal. El compromiso había sido tomado de una parte y de otra de buena fe. ¿Cuántos hombres en Francia, el 24 de febrero, inclusive entre los adversarios más encarnizados del socialismo, creían imposible en un Estado tan fuertemente organizado como el nuestro, tan abundantemente provisto de recursos, asegurar trabajo a algunos centenares de millares de trabajadores? Ninguno. La cosa parecía tan fácil, tan sencilla; la convicción al respecto era tan general que los más refractarios al nuevo orden de cosas se hubiesen considerado felices de terminar a ese precio la revolución. Por otra parte, no había que darle vueltas: el pueblo era dueño y cuando, después de haber llevado el peso del día y del calor, no pedía como honorarios por su soberanía más que trabajar aún, el pueblo podía pasar con justo título por el más justo de los reyes y el más moderado de los conquistadores.

Se habían dado tres meses al gobierno provisional para hacer honor a su obligación. Los tres meses habían transcurrido y el trabajo no había llegado. Habiendo aportado algún desorden en las relaciones la manifestación del 15 de mayo, el plazo dado por el pueblo al gobierno fue renovado; pero el vencimiento se aproximaba sin que nada diese lugar a creer que la letra sería pagada.

—Haznos trabajar tú mismo, habían dicho los obreros al gobierno, si los capitales no pueden reiniciar su fabricación.

A esta proposición de los obreros el gobierno opuso un triple fin de no ha lugar.

—Yo no tengo dinero —decía— y por consiguiente no puedo aseguraros salarios.

No tengo qué hacer yo mismo con vuestros productos y no sabría a quien venderlos.

Y, aun cuando pudiese venderlos, eso no me beneficiaría absolutamente en nada porque, al encontrarse detenida la industria libre por mi competencia, me enviaría sus trabajadores.

—En este caso, encárgate de toda la industria, de todos los transportes, de la agricultura misma —replicaban los obreros.

—No puedo, objetaba el gobierno. Semejante régimen sería la comunidad, la servidumbre absoluta y universal, contra la cual protesta la inmensa mayoría de los ciudadanos. Lo ha probado el 17 de marzo, el 16 de abril, el 15 de mayo; lo ha probado enviándome una asamblea compuesta en sus nueve décimas partes por partidarios de la libre competencia, del comercio libre, de la propiedad libre e independiente. ¿Qué queréis que haga contra la voluntad de 3 millones de ciudadanos, contra la vuestra, oh, desgraciados obreros, que me habéis salvado de la dictadura el 17 de marzo?

—Haznos crédito, adelántanos capitales, organiza la comandiata del Estado.

—No tenéis garantía que ofrecerme, observaba el gobierno. Y además, os lo he dicho, todo el mundo lo sabe, no tengo dinero.

—Al Estado corresponde dar crédito, no recibirlo, se nos ha dicho y nosotros no lo hemos olvidado. Crea un papel moneda; lo aceptamos de antemano y lo haremos recibir a los nuestros.

—¡Curso forzoso! ¡Asignado! —respondía con desesperación el gobierno—. Yo puedo forzar el pago, pero no puedo forzar la venta; vuestro papel moneda caerá en tres meses bajo la depredación y vuestra miseria será peor.

—¿La revolución de febrero no significa, pues, nada? —se dijeron con inquietud los obreros—. ¿Es preciso que muramos todavía por haberla hecho?

(De: Proudhon: *Las confesiones de un revolucionario.*)

fieles al rey —lo que hacía que su fracción fuera llamada la "oposición dinástica"— deseaban que el cuerpo electoral no se integrara solamente con las personas de fortuna y pedían que se incorporara a los hombres instruidos, a "las capacidades".

En la prensa, el órgano de la burguesía republicana era *El Nacional*. En 1843 elementos muy diversos de la izquierda radical, como Ledru-Rollin o Flocon, y del socialismo, como Louis Blanc, decidieron fundar un periódico más democrático, y así surgió *La Reforma*, destinado a encontrar amplio eco entre los sectores obreros más instruidos. Mientras *El Nacional* defendía la economía liberal *La Reforma* preconizaba una legislación socialista y el reconocimiento del derecho al trabajo.

Hacia 1847 la agitación en pro de la reforma se hace a través de una serie de banquetes donde se codean republicanos y monárquicos. Como regla general en ellos se reunían solamente los burgueses, pero los discursos eran seguidos por obreros que, atentos y graves, se ubicaban de pie cerca de los comensales.

El movimiento de febrero



A principios de 1848 el XII° distrito parisino quiso tener también su banquete reformista. Comprendía dicho distrito los barrios de Saint-Victor y Saint-Marcel, y era un nido de revolucionarios, más dispuestos a seguir los consejos de Louis Blanc y de *La Reforma* que a escuchar a Odilon Barrot.

La "oposición dinástica" se atemorizó ante el proyecto. En un primer momento el banquete se había programado para un domingo y la cotización se había fijado en 3 francos; luego, para desalentar la concurrencia de los elementos proletarios, se fijó un día laborable y se elevó el precio a 6 francos. Sin embar-

go, el ministerio se siguió oponiendo a su realización y después de largas negociaciones entre Guizot y la oposición se decidió que en principio el banquete fuese prohibido, pero que se permitiera a los miembros de la oposición reunirse allí, bajo la condición de que se pronunciaran los discursos sin que hubiese exteriorizaciones y que todo se normalizase rápidamente. Tales negociaciones fueron divulgadas por la prensa republicana, la cual trataba irónicamente a los "reformistas", quienes después de haber atacado al gobierno Guizot, se inclinaban ante el ministerio cuando éste mostraba alguna energía. El 21 de febrero *El Nacional, La Reforma* y *La Democracia Pacífica* difundieron un proyecto de manifestación popular. Esta acompañaría a los miembros de la oposición hasta el lugar donde habría de realizarse la reunión. Se invitaba a los guardias nacionales a concurrir con su uniforme.

Ese mismo día se reunió el gabinete y prohibió todo tipo de demostración. Barrot, por su parte, convocó por la tarde a los principales líderes de la oposición y afirmó que no iría al banquete. La mayoría lo apoya. El 22 de febrero *El Nacional* anuncia que el banquete se ha suspendido y pide a la población que conserve la calma.

Los políticos parisinos creen poder controlar a las clases populares, pero los hechos demuestran lo contrario: la agitación crece durante el día y por la noche se forman barricadas. El gobierno decide recurrir al dispositivo de seguridad que prevé las operaciones que deben ejecutar el ejército y la Guardia Nacional en caso de insurrección.

Al día siguiente se produce un acontecimiento capital: de las diez legiones de la Guardia Nacional solamente una apoya al gobierno; las demás se declaran partidarias de la reforma y se niegan a reprimir la rebelión. Su actitud debilita el espíritu del ejército regular, que comprende que deberá combatir no solamente contra obreros mal armados sino también contra los batallones de la Guardia Nacional. Luis Felipe pide la renuncia de Guizot al ministerio y anuncia que ha convocado en su reemplazo al conde de Molé. Mientras tanto, "dinásticos" como Thiers y Odilon Barrot consideran que han alcanzado la victoria sin que la monarquía pase realmente peligro, pues en las calles ha comenzado a renacer la calma.

Sin embargo no es así. Un incidente trágico se produce en el bulevar de los Capuchinos. Una columna de manifestantes descendía por él, llevando antorchas y agitando una bandera roja. Al pasar frente a un regimiento de línea que custodia el Ministerio de Asuntos Extranjeros suena un disparo. Los soldados, que se creen en peligro, comienzan a disparar y matan a más de cincuenta personas. Los obreros levantan los cadáveres y los ubican sobre un carro. El cortejo fúnebre comienza a atravesar los barrios de París y a su paso se levantan nuevamente las barricadas.

A la noche Luis Felipe se entera de lo sucedido al mismo tiempo que el conde de Molé le informa que no puede formar gabinete. El rey decide entonces que Thiers se haga cargo del gobierno y que Bugeaud se ponga al frente de las fuerzas de represión. Thiers, que en 1834 había sido uno de los responsables de la masacre de la calle Transnonain y que en 1871 sería el encargado de la sangrienta represión en el París de la Comuna, podía pasar en los últimos años de la monarquía de julio por un hombre de izquierda y Luis Felipe lo llama al gobierno para complacer al pueblo y consolidar la monarquía. Por el contrario, Bugeaud interviene en carácter de hombre fuerte. Este en el episodio de la calle Trasnonain había jugado un triste papel y, si bien no había sido más culpable que Thiers, era francamente detestado por los parisinos.

Al día siguiente las tropas dirigidas por Bugeaud se enfrentan

Las revueltas de febrero, que habían comenzado al grito de "¡Viva la Reforma!" terminaron exigiendo la proclamación de la República.

con las barricadas obreras. Aunque tienen órdenes de actuar con severidad algunos jefes no se animan a ordenar el derramamiento de sangre y el desorden cunde entre los soldados, muchos de los cuales entregan sus armas a los manifestantes.

En la Corte reina la consternación. Luis Felipe abdica en favor de su nieto, el Conde de Paris, y confía la regencia a la duquesa de Orleáns. Mientras tanto en *El Nacional* se llevan a cabo reuniones en las que se estudia la formación de un gobierno provisorio.

Los moderados de *El Nacional* desean que la "oposición dinástica" forme parte del gobierno, y Garnier Pagés y Pagnerre invitan a Odilon Barrot a incorporarse a él. Pero la revuelta crece y se generaliza hora a hora, y los hombres de *El Nacional* cambian de parecer y pasan a negociar con la izquierda. Llegan así a un acuerdo con el equipo de *La Reforma*, con el cual se reparten las carteras del nuevo gobierno, reservándose para sí la mayoría de ellas.

Por la tarde, la Regente y su hijo se presentan en la Cámara de Diputados. Barrot invita a sus colegas a reconocer como rey al Conde de París, mientras la multitud, cada vez más enardecida, invade la sala de sesiones. Lamartine, el poeta, aprovecha su popularidad entre las clases humildes para obtener silencio. Comienza su discurso con un delicado elogio de la Regente y de su hijo, pero invita a los ciudadanos a agruparse en torno al Gobierno Provisorio: "¡Que se constituya ese gobierno en este mismo instante —exclama— que se constituya en virtud del derecho a la paz pública, el derecho de la sangre que corre, el derecho del pueblo, que puede estar orgulloso del glorioso trabajo que cumplió en los últimos tres días!" Se une entonces a Ledru-Rollin y juntos deciden dirigirse al Ayuntamiento para constituir allí el gobierno provisorio. La revuelta, que había comenzado al grito de "¡Viva la Reforma!", termina con la exigencia de que se proclame la República.

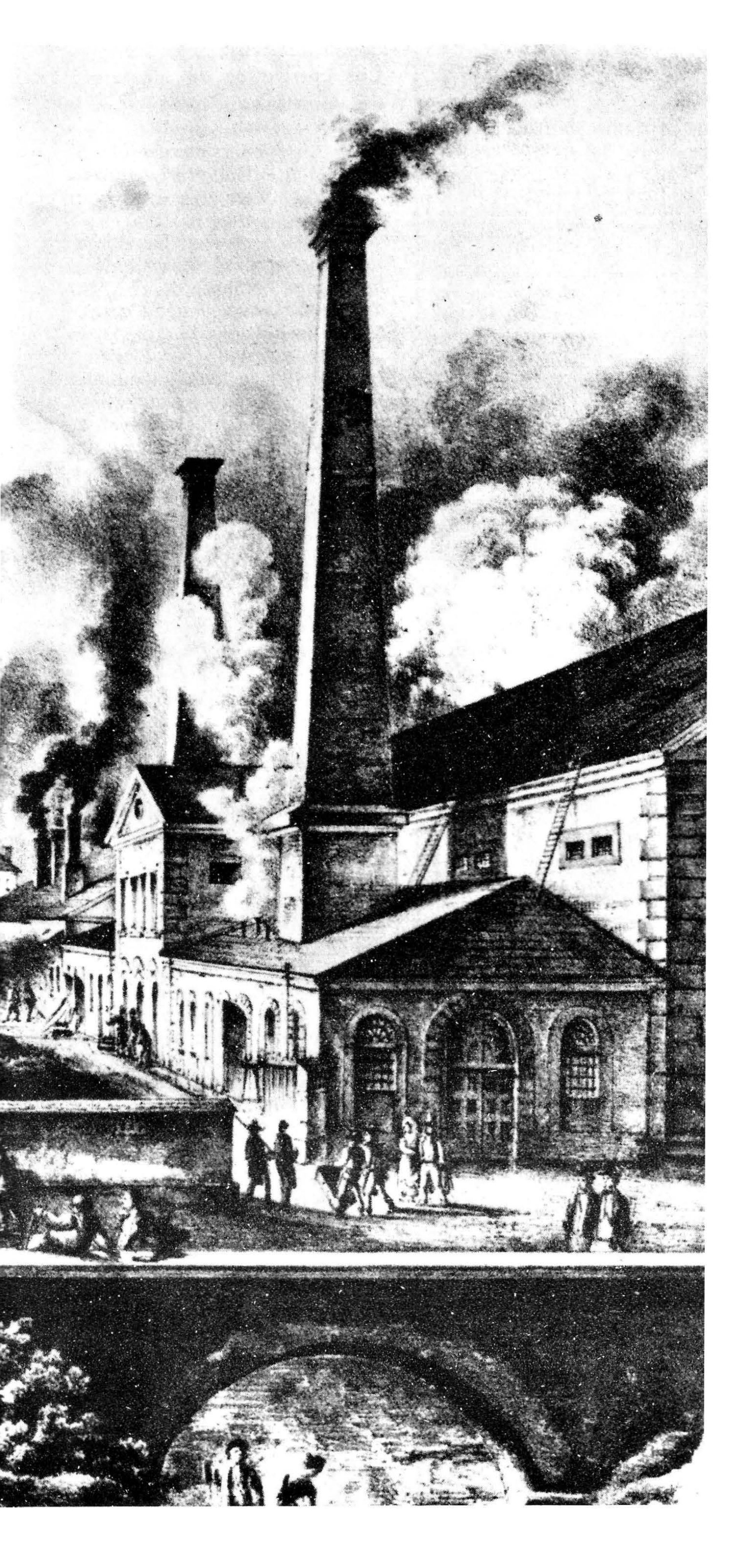
Frente al Ayuntamiento la multitud se impacienta. Conoce los nombres de los miembros del Gobierno Provisorio, en el cual, junto a los representantes de los diferentes grupos burgueses, figurán los nombres de Louis Blanc y de un obrero llamado Albert, elegidos por aclamación popular frente al edificio de *La Reforma*.

Pero eso no es suficiente: el pueblo de París teme que se le escamotee el triunfo, como en 1830, y exige la República.

Los hombres de *El Nacional* tienen reservas con respecto a la proclamación de la República. El texto que se adopta es el siguiente: "Aunque el Gobierno Provisorio actúa en nombre del pueblo francés y prefiere la forma republicana, ni el pueblo de París ni el Gobierno Provisorio pretenden imponer su opinión a la totalidad de los ciudadanos, que serán consultados sobre la forma definitiva de gobierno que proclame la soberanía del pueblo". Pero la tarde del 24 de febrero, ante la multitud que exige impaciente la proclamación de la República, los dirigentes no se animan a leer este texto, al que se había llegado después de laboriosas tratativas. Entonces Lamartine aparece en un balcón y, resueltamente, anuncia la proclamación de la República.

El Gobierno Provisorio, unánimemente, se niega a adoptar la bandera roja como emblema republicano. Se llega entonces a un compromiso: la bandera tricolor con una roseta roja, colocada en el asta, será la insignia de los miembros del gobierno. Los acontecimientos de París tuvieron repercusión en el interior; en ciertos centros manufactureros, como Reims y Lyon, se produjeron desórdenes. También se producen revueltas de tipo tradicional: destrucción de Sinagogas en Alsacia y de conventos y castillos aristocráticos en otros lugares; revueltas campesinas en varios departamentos y destrucción de telares a vapor y de fábricas textiles en Champagne y Normandía.





Vista de una ciudad industrial del norte en 1841. El movimiento obrero y sindical del año 1840 se constituye en un importante factor de presión, cuyo principal objetivo es el logro de un programa de legislación laboral.

El Gobierno provisorio de febrero de 1848

El *Gobierno provisorio* que surgió de las barricadas de febrero reflejaba necesariamente, en su composición, a los diversos partidos que se repartían la victoria. No podía ser más que un *compromiso entre las diferentes clases* que habían derrocado juntas al trono de julio, pero cuyos intereses se oponían con hostilidad. Estaba compuesto, en *mayoría*, de representantes de la clase burguesa. La pequeña burguesía republicana estaba representada por Lodru-Rollin y Flocon; la burguesía republicana por las gentes del *National*, la oposición dinástica por Crémieux, Dupont del Eure, etcétera. La clase obrera no poseía más que dos representantes, Luis Blanc y Albert. En fin, en el Gobierno provisorio Lamartine no estaba, en un principio, representando ningún interés real, ninguna clase determinada; era la misma revolución de febrero, el levantamiento común con sus ilusiones, su poesía, su contenido imaginario y sus frases. Pero, en el fondo, el portaestandarte de la revolución de febrero, por su posición como por sus opiniones, pertenecía a la *clase burguesa*.

Si a causa de la centralización política, París domina a Francia, los obreros dominan a París en los momentos de sismos revolucionarios. La primera manifestación de existencia del Gobierno provisorio, fue la tentativa de substraerse a esa influencia predominante, apelando a la sangre fría de Francia contra el París embriagado. Lamartine negó a los combatientes de las barricadas el derecho de proclamar la República, diciendo que únicamente la mayoría de los franceses tenía cualidad para hacerlo; que había que esperar el voto de ella, que el proletariado parisino no debía ensuciar su victoria con una usurpación. La burguesía no permite al proletariado más que *una sola* usurpación: la de la lucha.

El 25 de febrero, hacia mediodía, la República aún no había sido proclamada pero, en cambio, ya se habían repartido todos los ministerios entre los elementos burgueses del Gobierno provisorio y entre los generales, banqueros y abogados del *National*. Pero esta vez los obreros estaban resueltos a no tolerar más un escamoteo semejante al de julio de 1830. Estaban dispuestos a realizar de nuevo el combate e imponer la República por la fuerza de las armas. Con esta misión, *Raspail* se presentó al Ayuntamiento. En nombre del proletariado parisién, *ordenó* al Gobierno provisorio que proclamara la República, declarando que si esta orden del pueblo no era ejecutada dentro de dos horas, volvería a la cabeza de 200.000 hombres. Todavía los cadáveres de los combatientes estaban apenas fríos, las barricadas no habían sido levantadas, los obreros no estaban desarmados y la única fuerza que se podía oponerles era la guardia nacional. En estas circunstancias, las consideraciones políticas y los escrúpulos jurídicos del Gobierno provisorio se esfumaron bruscamente. Aún no había transcurrido el plazo de dos horas y ya se destacaban sobre todos los muros de París, en caracteres gigantescos:

¡República francesa! ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

Con la proclamación de la República sobre la base del sufragio universal, se borraba hasta el recuerdo de los objetivos y móviles mezquinos que habían lanzado la burguesía a la revolución de febrero. ¡En lugar de algunas fracciones solamente de la burguesía, todas las clases de la sociedad francesa se hallaban de súbito proyectadas en la órbita del poder político, obligadas a abandonar los palcos, la platea y las galerías, para representar personalmente en la escena revolucionaria! ¡Con la monarquía constitucional desaparecían igualmente la apariencia de un poder público que se oponía arbitrariamente a la sociedad burguesa, y toda la serie de luchas secundarias que exige esa ficción de poder!

Imponiendo la República al Gobierno provisorio y, por éste, a toda Francia, el proletariado se colocaba de inmediato en el primer plano en tanto que era partido independiente; pero, al mismo tiempo, lanzaba un desafío a toda la Francia burguesa. Había conquistado terreno en vista de la lucha para su emancipación revolucionaria, pero de ninguna manera esa emancipación misma.

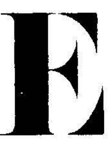
(Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia*, 1895.)

Los conflictos en el seno del Gobierno Provisorio

La composición del Gobierno Provisorio era muy heterogénea. La mayoría estaba constituida por representantes de la burguesía, hombres de *El Nacional* como Garnier-Pagés, Marrast, Marie; la pequeña burguesía estaba representada por Flocon y Ledru-Rollin; la "oposición dinástica" por Cremieux, etc.; finalmente, Blanc y Albert habían sido impuestos por los grupos obreros. Pronto se pondrá en evidencia que los intereses representados eran divergentes y en algunos casos opuestos. Es que para los moderados la revolución había terminado, mientras que para los socialistas recién comenzaba.

Los conflictos que entonces se producen se centralizan, como ya lo hemos puntualizado, en torno a tres problemas: 1) las medidas a adoptar para aliviar los efectos de la crisis económica y el establecimiento de la legislación laboral exigida por los obreros, todo aquello que se canaliza en la polémica sobre los Talleres Nacionales y en la actuación de la Comisión de Luxemburgo; 2) la actitud que debía adoptar la República Francesa con respecto a las luchas sociales que se desarrollaban en otros países de Europa, especialmente Polonia e Italia, asunto sobre el cual pueblo y gobierno no estaban de acuerdo, y 3) criterio a adoptar frente a las lecciones para la Asamblea, en la medida en que éstas podían terminar, si se realizaban apresuradamente y sin una campaña política que preparara al pueblo (especialmente al campesinado), beneficiando a la reacción.

La Comisión de Luxemburgo


En los primeros días que siguieron a la revolución los obreros consiguieron arrancar al Gobierno Provisorio importantes concesiones.

Por un decreto del 25 de febrero el gobierno garantizó la existencia del obrero por medio del trabajo, comprometiéndose a asegurar ocupación para todos los ciudadanos. Louis Blanc, que había redactado este decreto, solicitó también la creación de un Ministerio de Trabajo. No lo obtuvo, pero en su lugar el 28 de febrero se creó la "Comisión del gobierno para los trabajadores", que en razón del lugar donde sesionaba se conocería como Comisión del Luxemburgo. Presidida por Blanc fue una especie de parlamento que representaba al mundo del trabajo. En cada profesión obreros y patrones designaron sus representantes en el Luxemburgo.

Desde 1840 los obreros habían luchado por reivindicaciones corporativas y elaborado un complejo programa de legislación del trabajo. La principal tarea de la Comisión del Luxemburgo será poner en práctica ese programa. Entró en funciones el 1º de marzo. Al día siguiente un decreto abolía el sistema de subcontrato. (El sub-contratista se encargaba de hacer un trabajo por un precio dado y luego ocupaba oficiales, a los cuales les pagaba lo menos posible, para que lo ejecutaran bajo su dirección. Los obreros detestaban a los sub-contratistas, quienes los habían sometido a un duro régimen de explotación. Otro decreto del mismo día 2 fijaba la duración de la jornada de trabajo en 10 horas para París y en 11 para las provincias; el 8 de marzo se decidió el establecimiento de oficinas gratuitas de colocación en las alcaidías y el 27 de mayo de 1848 se autorizó a los obreros a ser electores y elegibles en los consejos de conciliación. Estos últimos eran consejos mixtos de obreros y patrones encargados de resolver los conflictos de trabajo.

La Comisión del Luxemburgo actuó desde el 1º de marzo hasta principios de mayo. Durante su existencia desempeñó el papel de árbitro, interviniendo en la regulación de innumerables conflictos entre patrones y obreros. Al mismo tiempo favoreció el desarrollo de la organización sindical, creando nuevas sociedades sindicales y fusionando algunas de las existentes. Si bien su actuación fue efímera y sus logros fueron dejados sin efecto en los meses siguientes, la Comisión dejó sentado un importante precedente en el movimiento obrero.

Los Talleres Nacionales

La Comisión del Luxemburgo no intervino en cambio en el decreto de creación de los Talleres Nacionales, ideados por el Ministro de Trabajos Públicos, Marie, para aliviar la desocupación. La revolución había estallado en plena crisis industrial; el número de obreros sin trabajo aumentaba día a día. El 28 de febrero Marie tomó a su cargo la organización de los talleres que él mismo, meses más tarde, llamará "organización de la limosna".

Cuando los Talleres fracasaron se culpó de ello a los socialistas, en particular a Louis Blanc. Este había propiciado la creación de talleres sociales organizados como verdaderas cooperativas de producción. Pero los Talleres Nacionales nada tenían que ver con esto: simplemente se limitaban a pagar a los obreros una suma que les permitía subsistir y a encargarles trabajos improductivos. A fines de marzo estaban inscriptos en ellos 21.000 obreros; a fines de abril, 94.000. Para reforzar los elementos de la Guardia Nacional el Ayuntamiento de París decidió la creación de veinticuatro batallones de Guardias Móviles, compuestos de jóvenes voluntarios que se enrolaban por un año. Reclutados entre los estratos más pobres de la sociedad, los desocupados y vagabundos que ingresan en la Guardia eran hombres decididos a todo con tal de salir de la miseria. El Gobierno Provisorio contó desde ese momento con una fuerza para enfrentar a los obreros.

"¡Si 40.000 obreros parisienses han obtenido un resultado tan formidable contra un enemigo cuatro veces mayor, qué logrará hacer la masa entera de los obreros cuando actúe unánimemente y con cohesión!"
De "Nueva Gaceta Renana", 12 de julio de 1848.

Proclama mural fijada en las calles y dirigida a los ciudadanos de París, firmada por el Gobierno Provisorio

La situación financiera

El Gobierno Provisorio debió hacer frente a la grave situación financiera. Las clases poseedoras, al no tener confianza en el crédito del gobierno republicano, alentaron la catástrofe demandando al Banco de Francia el reembolso en oro de sus billetes. Las reservas en oro del Banco cayeron en un 50 %. Garnier-Pagés, encargado del ministerio de Finanzas, decidió el curso forzoso de los billetes de banco y fusionó los bancos departamentales con el Banco de Francia. Estas medidas, sin embargo, no fueron más que paliativos y no aliviaron la situación.
Mientras tanto el déficit presupuestario aumentaba y se había organizado un mercado clandestino del oro. Se intentó solucionar el déficit financiero mediante el establecimiento del impuesto llamado "de los cuarenta y cinco céntimos", que aumentaba en 45 céntimos por cada franco todas las contribuciones directas. En la práctica el nuevo impuesto recayó básicamente sobre el campesinado y enajenó definitivamente su posible apoyo a la República.

Las relaciones internacionales

Lamartine, ministro de Asuntos Extranjeros, debió afrontar el delicado problema de las relaciones con el resto de Europa. La revolución de febrero no había limitado sus efectos al territorio francés. En Alemania, en Austria, en Polonia, en Hungría, en Italia, la agitación crecía. ¿Podía Francia dejar de mostrarse hostil con los príncipes que trataban de mantener los acuerdos de la Santa Alianza en contra de la libertad de los pueblos? Obrando de esa manera permitiría la formación de una nueva coalición de Inglaterra y Rusia en su contra. La pasividad de Francia podía paralizar la emancipación de Europa y dejar que los monarcas vencedores se volvieran contra la República misma.
Lamartine optó entonces por una posición de compromiso: envía a los agentes diplomáticos extranjeros una circular en la que condena los tratados de 1815, al tiempo que afirma que ninguna agresión deben temer las otras potencias por parte de Francia. Pero con esto no se terminaba el problema: el pueblo de París todavía tendría que dar su opinión.

Las elecciones para la Asamblea Constituyente


Desde el primer día el Gobierno Provisorio había anunciado su decisión de convocar a la totalidad de la población francesa para que se pronunciase libremente respecto de la forma de gobierno que quería adoptar.
También desde el primer día se habían asegurado las libertades civiles y políticas: libertad de prensa y supresión de los impuestos que debían pagar los periódicos, libertad de reunión y de petición. Clubes y periódicos se multiplicaron y se abolieron la pena de muerte por causas políticas y la esclavitud.
Pero en ese momento convocar a elecciones planteaba importantes problemas. Blanqui y otros activistas afirmaban que un pueblo sometido durante tanto tiempo al dominio de las fuerzas reaccionarias no estaba preparado para votar por la verdadera libertad y que la política democrática no tendría ningún significado mientras no se preparara al pueblo mediante una larga campaña de educación política. Los dirigentes de los clubes revolucionarios trataban de que el gobierno retrasara todo lo posible la convocatoria a elecciones para la Asamblea. Durante las jornadas del 17 de marzo y del 16 de abril hubo manifestaciones en el curso de las cuales el

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE.

LIBERTÉ, ÉGALITÉ, FRATERNITÉ.

PROCLAMATION DU GOUVERNEMENT PROVISOIRE

(Aux Citoyens de Paris).

Citoyens de Paris,

L'émotion qui agite Paris compromettrait, non la victoire, mais la prospérité du peuple. Elle retarderait le bénéfice des conquêtes qu'il a faites dans ces deux immortelles journées.

Cette émotion se calmera dans peu de temps, car elle n'a plus de cause réelle dans les faits. Le gouvernement renversé le 22 s'est enfui. L'armée revient d'heure en heure à son devoir envers le peuple et à sa gloire : le dévouement à la nation seule. La circulation, suspendue par les barricades, se rétablit prudemment, mais rapidement; les subsistances sont assurées, les boulangers que nous avons entendus sont pourvus de farines pour trente-cinq jours. Les généraux nous apportent les adhésions les plus spontanées et les plus complètes. Une seule chose retarde encore le sentiment de la sécurité publique : c'est l'agitation du peuple qui manque d'ouvrage, et la défiance mal fondée qui fait fermer les boutiques et arrête les transactions.

Demain l'agitation inquiète d'une partie souffrante de la population se calmera sous l'impression des travaux qui vont reprendre et des enrôlements soldés que le Gouvernement provisoire a décrétés aujourd'hui.

Ce ne sont plus des semaines que nous demandons à la capitale et au peuple pour avoir réorganisé son pouvoir populaire et retrouvé le calme qui produit le travail. Encore deux jours, et la paix publique sera complétement rétablie ! encore deux jours, et la liberté sera inébranlablement assise ! encore deux jours, et le peuple aura son Gouvernement.

25 février soir.

Les Membres du Gouvernement provisoire de la République,

DUPONT (de l'Eure),
ARAGO,
LAMARTINE,
LEDRU-ROLIN,
MARIE,
GARNIER-PAGÈS,
LOUIS BLANC,
A. MARRAST,
FERDINAND FLOCON,
ALBERT, ouvrier.

Las Jornadas de Junio

Esta insurrección es más terrible por sí sola que todas las que concurrieron desde hace sesenta años. La mala voluntad de la Asamblea es la causa... Thiers fue aconsejando el empleo del cañón para exterminarla. La guardia móvil, el ejército, la guardia nacional, efectuaron masacres atroces... Los insurrectos mostraron un valor indomable...; el terror reina en la capital. Recorrí las filas de la Guardia Nacional; es generalmente honesta, humana y buena. No sabe que la causa de los insurrectos es la propia. Pero ocurre aquí lo que se vio siempre: toda idea nueva tuvo su bautismo; los primeros que la propagan, impacientes, incomprendidos, se hacen matar... Lo que pasa con los insurrectos no es otra cosa que lo que le ocurrió a Galileo, etcétera. [...]
(El 28 de junio): Se fusila en la Conserjería, en el Ayuntamiento, cuarenta horas después de la victoria, se fusila a prisioneros, heridos, desarmados... se difunden las calumnias más atroces contra los insurrectos para excitar la venganza contra ellos... Hermanos contra hermanos... ¡Horror! ¡Horror!

(Palabras de Proudhon, citadas por Dolléans, ver bibliografía.)



pueblo de París expresó su preocupación frente a la perspectiva de elecciones apresuradas. Se pensaba sobre todo en la inmensa masa de campesinos, analfabetos y no politizados, que seguirían las directivas de sus líderes locales, representantes del clero y de la nobleza rural. En el gobierno había indecisión. Lamartine insistía para que las elecciones tuvieran lugar cuanto antes, mientras que Louis Blanc pugnaba por retrasarlas el máximo posible. Finalmente la convocatoria se hizo para el 23 de abril, instaurándose el sufragio universal.
Para reemplazar a los prefectos de la monarquía, Ledru-Rollin envió a los diversos departamentos comisarios de la República con poderes ilimitados. Estos debían actuar como educadores y propagandistas, pero su labor no fue eficaz.

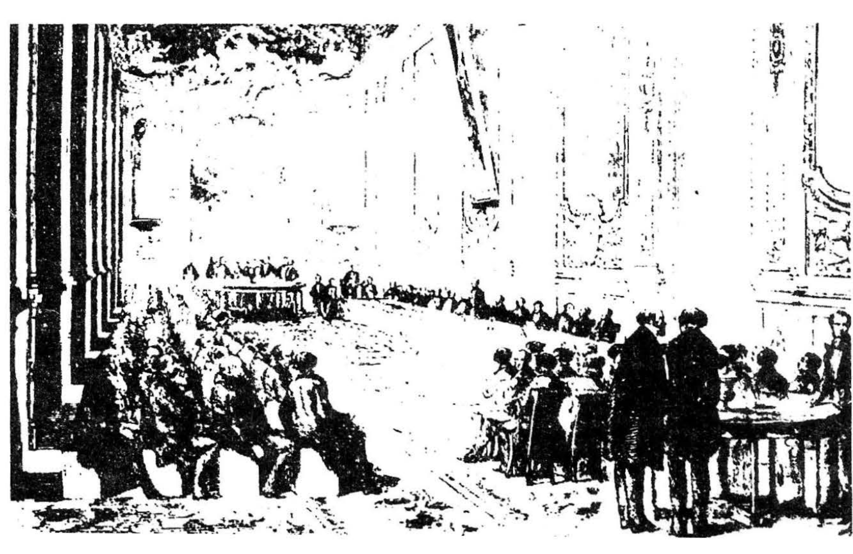
Los acontecimientos del 16 y 17 de marzo

La igualdad era uno de los principios de la revolución de febrero. El 14 de marzo, el gobierno, consecuente con él, decidió que en lo sucesivo no solamente los burgueses y pequeños comerciantes entrasen en la Guardia Nacional: todo ciudadano sería guardia nacional y elector. Se pensaba, además, que en esas condiciones el equipamiento y la organización de los diferentes cuerpos de la milicia cívica no debían reflejar ninguna de las jerarquías de la vida social y por eso se suprimió también toda distinción en los uniformes.
El pequeño burgués, pequeño comerciante o dueño de taller, no estuvo de acuerdo con la medida. Sentía como una ofensa para su condición de ciudadano propietario el que se pretendiera mezclarlo con los obreros y la masa popular, privándolo de su uniforme de gala, del cual se sentía orgulloso. El 16 de marzo, descontentos, varios miles de guardias nacionales realizaron manifestaciones contra el Go-

A la izquierda: Augusto Blanqui, líder del sector revolucionario, en un retrato de la época.

A la derecha, arriba: Guizot, defensor constante de los intereses de la gran burguesía.

A la derecha, abajo: reunión de accionistas de la banca de Francia.



La derrota de junio

El último vestigio oficial de la revolución de febrero, la Comisión ejecutiva, se ha desvanecido como una fantasmagoría ante la gravedad de los acontecimientos. Los cohetes luminosos de Lamartine se han convertido en los cohetes incendiarios de Cavaignac. La fraternidad de las clases antagónicas, una de las cuales explota a la otra, esa fraternidad proclamada en febrero —inscripta con grandes letras en el frente de París, en cada prisión, en cada cuartel—, tiene su expresión verdadera, auténtica, prosaica, en la *guerra civil*, la guerra civil en su forma más espantosa, la guerra entre el Capital y el Trabajo. Esta fraternidad tremolaba en todas las ventanas de París, en el atardecer del 25 de junio, cuando el París de la burguesía se iluminaba, mientras que el París proletario ardía, sangraba, estaba en estertores. La fraternidad duró todo el tiempo en que el interés de la burguesía era hermano del interés del proletariado. Pedantes de la vieja tradición revolucionaria de 1793, metodistas socialistas, mendigos para el pueblo ante la burguesía y a quienes se permitió hacer largas homilías y comprometerse tanto tiempo como fue necesario para dormir al león proletario; republicanos que reclamaban todo el antiguo orden burgués, menos la testa coronada; gentes de la oposición dinástica a quienes el azar cambiaba el derrocamiento de una dinastía por un ministerio; legitimistas que no querían desembarazarse de su librea, sino modificar su corte —tales eran los aliados con los que el pueblo hizo su febrero—. La revolución de febrero fue la *bella* revolución, la revolución de la simpatía general, porque los antagonismos que en ella estallaron contra la realeza dormitaban, embrionarios, tranquilamente, juntos, porque la lucha social que le daba su sentido verdadero, no había adquirido más que una existencia vaporosa, la existencia de la frase, del verbo. La revolución de junio es la revolución *odiosa*, la revolución repugnante, porque la cosa ha tomado el lugar de la frase, porque la República ha puesto al desnudo la cabeza del monstruo abatiendo la corona que la protegía y ocultaba. *¡Orden!* Tal era el grito de guerra de Guizot. *¡Orden!* —gritaba Sebastiani, ese Guizot de caza menor, cuando Varsovia vino a ser rusa. *¡Orden!* gritaba Cavaignac, eco brutal de la Asamblea nacional francesa y de la burguesía republicana. *¡Orden!* —tronaban sus golpes de metralla despedazando el cuerpo del proletariado. Después de 1789, ninguna de las múltiples revoluciones de la burguesía francesa fue un atentado contra el *orden*, pues todas dejaban subsistir la dominación de clase, dejaban subsistir la esclavitud de los obreros, dejaban subsistir el *orden burgués*, tan a menudo como fue modificada la forma política de esta dominación y de esta esclavitud. Junio ha herido a este orden. ¡Ay de junio!

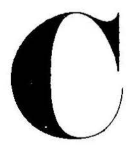
(Fragmento de un artículo de Marx en la *Nueva Gaceta Renana*, 29 de junio de 1848.)

bierno Provisorio al grito de: "¡Abajo Ledru-Rollin!" "¡Abajo los comunistas!" A su paso encuentran grupos hostiles —mecánicos, tipógrafos, ebanistas— irritados ante la movilización anti-igualitaria.

Para el día siguiente se había programado una manifestación popular para solicitar al Gobierno Provisorio el aplazamiento de la fecha de las elecciones. Frente a los acontecimientos del día 16, Louis Blanc aprovecha su popularidad para dar a la manifestación del 17 de marzo el carácter de apoyo al gobierno. La cohesión popular es sorprendente. El pueblo muestra su fuerza con disciplina y sin agresiones. La demostración de lealtad al gobierno es también demostración de inquietud: se teme la acción de los monárquicos, se teme la actitud antirrepublicana de algunos oficiales del ejército. Piden que el ejército regular sea alejado de París.

El saldo de las dos jornadas es el afianzamiento de la autoridad del Gobierno Provisorio. Muchos extremistas no quedan conformes, como los que seguían a Blanqui y a Barbés, quienes querían que el gobierno actuara con firmeza frente a los saboteadores de la República. Otra importante consecuencia de los acontecimientos mencionados fue el que se abriera la primera brecha en la alianza. consolidada en febrero, entre la pequeña burguesía y el pueblo obrero de París. A partir de ese momento los revolucionarios se dividieron.

El 16 de abril



Courtais, comandante de la guardia civil, con el objeto de democratizar su estado mayor, había decidido incorporar catorce oficiales que pertenecieran a la clase obrera y que fueran designados por sus camaradas. La elección debía tener lugar el domingo 16 de abril en el Campo de Marte.

Los delegados del Luxemburgo y los militantes de los clubes,



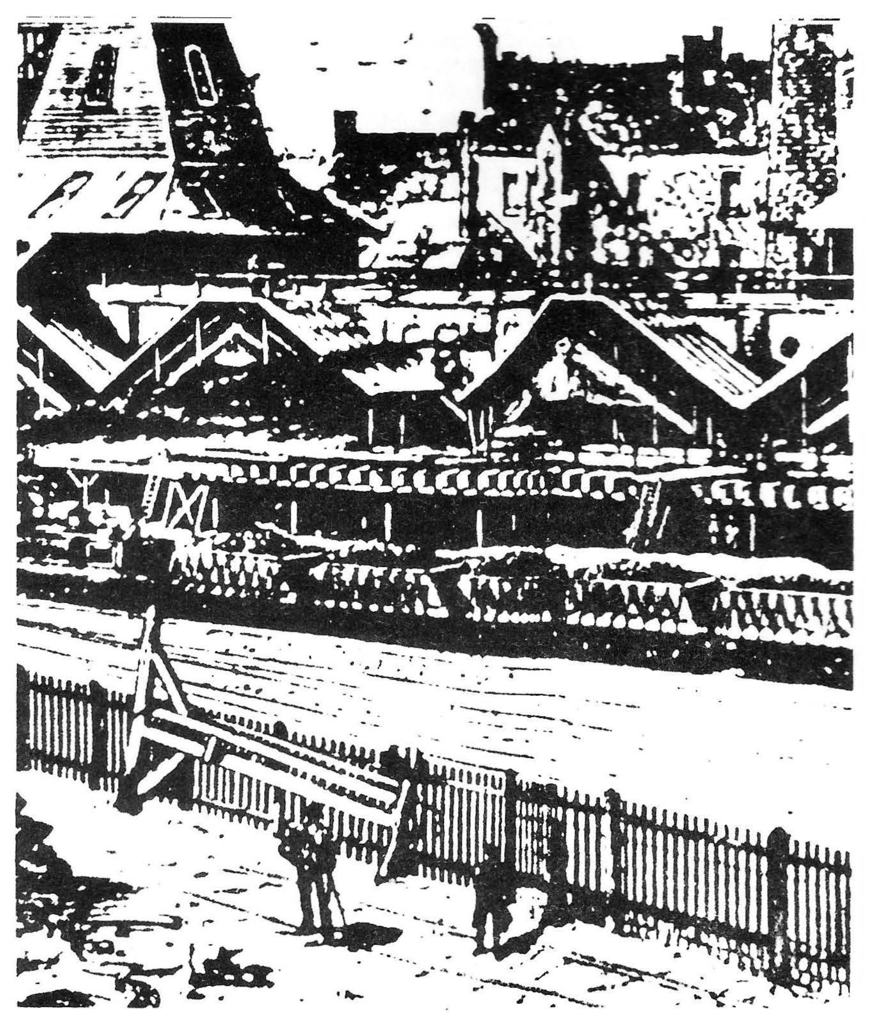


Dos importantes actores de las jornadas de junio: Luis Blanc, dirigente principal de los sectores socialistas moderados, y Thiers, en una caricatura que lo presenta, después de la represión por él ordenada, como defensor del orden y la constitución.

La República tricolor y la República roja

Hemos dado esta exposición puramente militar de la lucha, para probar a nuestros lectores con qué bravura heroica, qué unanimidad, qué disciplina y qué habilidad militar se batieron los obreros parisinos. Cuarenta mil de ellos lucharon durante cuatro días contra un enemigo cuatro veces superior en número, y muy poco faltó para que lograsen la victoria. Un cabello solamente, y ellos se afirmaban en el centro de París, se apoderaban del Ayuntamiento, instalaban un gobierno provisorio, doblaban su número, tanto con los hombres de los barrios conquistados como con los guardias volantes a quienes entonces únicamente les faltaba un capirotazo para pasarse al lado de los insurrectos. Diarios alemanes pretenden que ésta fue la lucha decisiva entre la República roja y la República tricolor, entre los obreros y los burgueses. Estamos persuadidos de que esta batalla no decide nada, si no es la descomposición interior de los vencedores. Además, el curso de todo este asunto prueba que, en un tiempo no muy lejano, los obreros no pueden dejar de vencer, aun si consideramos las cosas desde un punto de vista puramente militar. ¡Si 40.000 obreros parisienses han obtenido ya un resultado tan formidable contra un enemigo cuatro veces superior, que logrará hacer la masa entera de los obreros parisienses cuando élla actúe unánimemente y con cohesión!
Kersausie está prisionero y, probablemente, en estos instantes, ya fusilado. Los burgueses pueden fusilarlo, pero no le quitarán la gloria de *haber sido el primero en organizar el combate de calles.* Pueden fusilarlo, pero ningún poder en el mundo evitará que sus concepciones sirvan en el futuro en todos los combates de calles. Pueden fusilarlo, pero no podrán evitar que su nombre quede en la historia con *el del primer estratego de las barricadas.*

(Engels, en *Nueva Gaceta Renana,* 12 de julio de 1848.)



los amigos de Blanqui, de Raspail, director de *El amigo del pueblo,* querían que la jornada fuese una manifestación de republicanismo y que se reiterase al gobierno la inquietud popular con respecto a las consecuencias que podían tener las elecciones apresuradas.
Mientras tanto, entre los miembros del gobierno comenzaba a hacer crisis el problema de la fecha de las elecciones. Ledru-Rollin vacilaba entre dar su apoyo a Blanc o a Lamartine. Finalmente, argumentando que al apoyar a los que eran mayoría en el gobierno salvaba la cohesión del poder, y por consiguiente a la República, apoyó a la fracción moderada. Cuando Louis Blanc anuncia que el 16 de abril, después de las elecciones del Campo de Marte, los obreros van a realizar una manifestación ante el Ayuntamiento, Ledru-Rollin y Lamartine, alarmados, convocan a la Guardia Nacional. Los obreros desfilaron ante la hostilidad de los guardias nacionales y el cortejo fue escindido en varios sectores por batallones de guardias móviles intercalados entre los manifestantes. La ruptura producida en marzo entre la pequeña burguesía y el sector obrero se ahondaba cada vez más, al tiempo que se ponía de manifiesto la desconfianza existente entre el Gobierno Provisorio y la mayoría de la población. Louis Blanc y Albert ven en Ledru-Rollin un traidor, mientras que una inmensa ola de reacción social comienza a extenderse por todo el país. Según Caussidière, en ese momento "se englobó, bajo el nombre de comunistas, a todos los republicanos devotos".

La Asamblea Constituyente

El resultado de las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente fue, desde el punto de vista político, confuso. Muchos orleanistas no figuraban entre los candidatos por ser demasiado conocidos, pero sí otros que, aunque estuvieran menos marca-





A la izquierda:
minas de Creusot
en 1835.

A la derecha:
dos vistas de la
insurrección popular
de junio.

"¡Orden! —tronaban
los golpes de metralla
despedazando
el cuerpo
del proletariado."
De "Nueva Gaceta
Renana".

El mecanismo revolucionario

Cuando estalló la revolución de febrero, estábamos todos —respecto de nuestras ideas sobre las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios—, influenciados por la experiencia histórica anterior y, especialmente, por la de Francia. ¿No era precisamente de esta última —que, a partir de 1789 había dominado toda la historia de Europa— de quien partió también ahora la señal de la subversión general? Así, era evidente e inevitable que nuestras ideas sobre la naturaleza y la marcha de la revolución "social" proclamada en París en febrero de 1848, de la revolución del proletariado, estuviesen fuertemente impregnadas de los recuerdos de los modelos de 1789 y 1830. Y, en particular, cuando la sublevación de París encontró su eco en las sublevaciones victoriosas de Viena, Milán, Berlín; cuando toda Europa, hasta la frontera rusa, fue arrastrada por el movimiento; cuando luego se libró en junio, en París, la primera gran batalla por el poder entre el proletariado y la burguesía de todos los países; cuando la misma victoria de su clase asustó a tal punto a la burguesía de todos los países que se refugió de nuevo en brazos de la reacción monárquico-feudal que había sido derrotada recientemente; en las circunstancias de entonces ya no podía existir para nosotros ninguna duda de que el gran combate decisivo había comenzado, que era necesario librarlo en un solo período, pero que no podría terminarse sino con la victoria definitiva del proletariado [...].

Todas las revoluciones, hasta el presente, han terminado sustituyendo el reinado de una clase determinada por el de otra; pero todas las clases dominantes no han sido, hasta hoy, más que pequeñas minorías en relación a la masa del pueblo dominado. De esta manera, cuando una minoría dominante era derribada, otra minoría se apoderaba de su puesto de comando del Estado y transformaba las instituciones públicas de acuerdo a sus intereses. Y, en cada caso, era el grupo minoritario apto para el poder y calificado para el estado del desenvolvimiento económico. Precisamente por esto, y sólo por esto, acontecía que la mayoría dominada durante la revuelta o bien participaba en ella a favor de la minoría o al menos aceptaba tranquilamente la subversión. Pero si abstraemos el contenido concreto de cada caso, la forma común de todas estas revoluciones era el ser revoluciones de minorías. Aún cuando la mayoría colaboraba en ellas, no lo hacía —conscientemente o no— más que al servicio de una minoría; no obstante, este hecho y la actitud pasiva y sin resistencia de la mayoría, daban a la minoría la apariencia de ser representante de todo el pueblo.

(F. Engels, prólogo a: Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia,* 1895.)

dos, no dejaban de ser extremadamente tibios en relación a la República. Estos candidatos, a quienes se llamaba "los republicanos del día siguiente", figuraban frecuentemente en las mismas listas que los hombres de *El Nacional*. Esta alianza proporcionaba al equipo de Marrast apoyo del centro-derecha y la derecha, y a los antiguos monárquicos un certificado de republicanismo. En esas condiciones era difícil definir políticamente a la Asamblea: los republicanos moderados tenían alrededor de 500 bancas; los republicanos de tendencia socialista no disponían más que de 80; los orleanistas eran cerca de 200 y los legitimistas una centena. Había sólo 34 representantes salidos de las filas populares.
En mayo de 1848 la Asamblea Constituyente, después de atender a su organización interna, eligió un poder ejecutivo provisorio constituido por una Comisión Ejecutiva de cinco miembros. Lamartine, ante esa Asamblea que se orientaba hacia la derecha, trató de mantener una política de equilibrio entre el centro y la izquierda y propuso como miembro de la Comisión a Ledru-Rollin, mientras la separación de Louis Blanc y Albert se hacía inevitable. Los tres moderados de *El Nacional* —Arago, Garnier-Pagés y Marie— obtuvieron la mayor cantidad de votos: 725, 705 y 702, respectivamente; Lamartine, 645, y Ledru-Rollin sólo 458.

Los acontecimientos del 15 de mayo


En esos días llegó a París un grupo de delegados revolucionarios polacos con el objeto de pedir apoyo a la República. Los delegados no son bien recibidos por Lamartine y el pueblo parisino, que había apoyado con ardor los intentos de liberación de Polonia, se indigna. Se decía que el gobierno, negándose a intervenir, dejaría masacrar a los pa-

triotas polacos e italianos como había sucedido en 1830.

Los delegados polacos, no habiendo obtenido nada de Lamartine, se dirigieron a la Asamblea, donde depositaron una petición. La Asamblea decidió discutir el problema el lunes 15 de mayo; los clubes, por su parte, organizaron para ese día una manifestación para que el pueblo expresara su lealtad a Polonia y a todos los pueblos oprimidos.

Un formidable cortejo que se había formado en la Bastilla invadió el recinto donde sesionaba la Asamblea. El orden peligraba. Por una parte la multitud producía inquietud en la Asamblea; por otra, había en el seno de ésta algunos elementos que no veían con disgusto la creciente efervescencia popular. Raspail leyó la petición; Barbés, tras un breve discurso, llamó a la calma; Blanqui hizo oír su voz: "La Asamblea Nacional debe decidir que Francia no pondrá la espada en su vaina hasta que la antigua Polonia sea reconstituída por completo". Un nuevo personaje entra entonces en escena: Aloysius Huber, quien declara de manera solemne que la Asamblea debe ser disuelta. (Más tarde se le acusará de haber actuado como agente provocador.) El pueblo lo aplaude y se dispone a dirigirse al Ayuntamiento para constituir allí un nuevo gobierno provisorio. El gobierno insurreccional se constituyó rápidamente: Albert, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Huber, Thoré, Raspail, Cabet, Pierre Leroux. Pero la Guardia Nacional llega, salvando una vez más la situación para la fracción moderada. Albert y Barbés son detenidos. La aventura del 15 de mayo comprometió a Louis Blanc y determinó que las capas tranquilas de la población se volcaran hacia la derecha.

Después del 15 de mayo avanza la reacción y todos los sospechosos de socialismo son alejados de los cargos públicos. Comienzan a circular versiones sobre la necesaria disolución de los Talleres Nacionales. En el pueblo crece la confusión y las tensiones; la miseria era grande y la desocupación llevaba al pueblo todas las tardes a los bulevares y plazas públicas, donde formaban lo que se llamó con justicia los "Clubes de la Desesperación".

Las Jornadas de Junio

Pequeños y grandes burgueses sostenían la necesidad de terminar con la agitación popular, con la incertidumbre política, que provocaba el marasmo en los negocios y que paralizaba la actividad de la Nación. Nuevamente se puso sobre el tapete la debatida cuestión de los Talleres Nacionales, los cuales entre el 5 y el 15 de mayo habían costado al gobierno más de siete millones de francos. Una comisión especial de la Asamblea, encargada de analizar el problema, reclamó su disolución inmediata.

El 21 de junio se hizo público el decreto por el cual se ordenaba que los obreros de 18 a 25 años inscriptos en los Talleres Nacionales se alistaran en el ejército y que los demás se prepararan para ir a los departamentos a realizar trabajos de terraplenado.

En la mañana del 22 mil quinientos obreros, arengados por un teniente de los Talleres, Luis Pujol, se dirigen al Luxemburgo y piden ver a Marie. Este, que dos meses antes se había comportado demagógicamente frente a las brigadas de los Talleres, los amenaza con obligarlos a partir para provincias utilizando la fuerza. Al día siguiente se realiza una nueva manifestación; la multitud, que aumenta minuto a minuto, grita "¡La libertad o la muerte!"; hombres y mujeres recorren la ciudad repitiendo: "¡Pan o plomo! ¡Plomo o trabajo!" A mediodía se levanta la primera barricada. Comienza así la insurrección que hará decir a Tocqueville "...fue la más grande y singular que haya habido en nuestra historia... la más grande porque durante cuatro días más de 100.000 hom-

"Se fusila en la Conserjería, en el Ayuntamiento. Cuarenta horas después de la victoria, se fusila a prisioneros, heridos, desarmados. Se difunden las las calumnias más atroces contra los insurrectos para excitar la venganza contra ellos." Proudhon.

La monarquía de julio, según Proudhon

. . . ¿Qué quiere, pues, esa burguesía cautelosa, embustera, ingobernable? Por poco que la presionemos para responder, nos dirá que quiere negocios; cede barato todo lo demás. De las opiniones y de los partidos ella se burla; de la religión, sabemos lo que piensa; su régimen representativo, por el que ha combatido tanto, le causa piedad. Lo que quiere lo que pide la burguesía, es bienestar, el lujo, los disfrutes, es ganar dinero. Y el pueblo, en todos esos puntos, es de la opinión de la burguesía. También él pretende tener su parte de bienestar, de disfrute y de lujo; quiere, en una palabra, ser libre, dispuesto, con esa condición, a creer en lo que se quiera, tanto en religión como en política.

¡Pues bien!, la misión de Luis Felipe, misión que le ha sido dada por el pacto de 1830, ha sido la de hacer predominar la idea burguesa, es decir —entendámonos— no asegurar a estos el trabajo, a aquellos el beneficio, a todos el bienestar; no la de abrir los mercados al comercio y hacerse el agente de negocios del país: eso hubiese sido resolver el problema social, sino la propagación de la moral del interés, la de inocular a todas las clases la indiferencia política y religiosa y, por la ruina de los partidos, por la depravación de las conciencias, cavar los cimientos de una sociedad nueva, forzando, por decirlo así, una revolución decretada en los consejos del destino, pero que la sociedad contemporánea no aceptába.

. . . .

Como en el 18 brumario, para asegurar la revolución tambaleante había sido preciso un hombre: lo mismo en 1830, para hacer pudrir al viejo mundo, era todavía un hombre. Luis Felipe fue ese hombre. Examinadlo de cerca: es ingenuo y conscientemente corruptor. Por encima él mismo de la calumnia, sin reproche en su vida privada, corruptor pero no corrompido, sabe lo que quiere y lo que hace. Un abominable destino lo llama; él obedece. Prosigue sus tareas con abnegación, con felicidad, sin que ninguna ley divina o humana, sin que ningún remordimiento le turbe. Tiene en sus manos la clave de las conciencias; ninguna voluntad se le resiste. Al político que le habla de las aspiraciones del país le ofrece una bolsa para su hijo; al sacerdote que lo convence sobre las necesidades de la iglesia le pregunta cuántas queridas tiene. Las conciencias caen ante él por millares, como los soldados caían en el campo de batalla ante Napoleón; y ni el emperador se conmovía por esa carnicería, ni Luis Felipe se ha conmovido por la perdición de esas almas. Napoleón, dominado por una fatalidad que sentía sin comprenderla, pudo dar con sangre fría la señal que precipitó a millones de hombres en la muerte: ¿fue por eso un Nerón o un Domiciano? Así, Luis Felipe, padre de familia severo en su interior, dueño de sí mismo, ha hecho un pacto con el infierno para mal de su país, queda sin reproche ante dios y los hombres.

(De Proudhon: *Las confesiones de un revolucionario.*)

La derrota del proletariado en 1848 significó el triunfo de la reacción. Los clubes y organizaciones obreras fueron clausurados, la libertad de prensa suprimida y varias leyes laborales anuladas. Dos años después fue anulado el sufragio universal y la República fue reemplazada por un régimen dictatorial, representado por el por el Emperador Napoleón III, a quien se ve en el grabado.



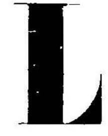
bres estuvieron comprometidos en ella; la más singular porque los insurrectos combatieron sin gritos de guerra, sin jefes, sin banderas; y sin embargo con una unidad maravillosa y una experiencia militar que asombró a los más viejos oficiales".

Para contener a los rebeldes el gobierno reunió 30.000 soldados de tropa, 16.000 guardias móviles y de la Guardia Nacional, los batallones de los distritos occidentales (distritos burgueses) porque los batallones orientales se habían unido a los insurrectos y de los del centro sólo 4.000 de los 60.000 convocados respondieron al llamado del gobierno. El comando de las fuerzas se confió al general Eugenio Cavaignac.

Durante la segunda jornada de la revuelta se produjeron sangrientos combates. El domingo por la tarde la situación seguía siendo seria, pero era evidente ya que los insurgentes no podían ganar la partida. Los guardias nacionales de provincia, comandados por Ledru-Rollin, no cesaban de afluir a París. Los elementos obreros se esforzaban vanamente por trabar la llegada de esos refuerzos arrancando rieles y deteniendo trenes.

Los combates del lunes fueron más esporádicos. Sobre ciertas barricadas los combatientes resistieron hasta el último hombre, pero en otros se parlamentaba y los obreros proponían la rendición. Algunos diputados intervinieron, esforzándose por detener la efusión de sangre, y muchos insurgentes comenzaron a dejar las armas. Pero Cavaignac se muestra implacable: sobre las barricadas mueren cuatro o cinco mil insurgentes, pero más de tres mil son masacrados después del combate por los soldados de la guardia móvil y del ejército regular. En total son arrestadas 11.671 personas. Algunos son ejecutados; otros, condenados a trabajos forzados.

La última época de la Segunda República


La derrota del proletariado en junio significó el triunfo de la reacción: la ley que limitaba la jornada de trabajo a diez horas fue anulada; los clubes obreros, clausurados; la libertad de prensa, suprimida.

Después de la renuncia de la Comisión Ejecutiva la Asamblea puso al frente del gobierno a Cavaignac. La Asamblea dictó una constitución que dejaba el poder legislativo a una sola cámara elegida por tres años mediante el sufragio universal y el ejecutivo a un presidente elegido por cuatro años; pero no resolvía los posibles desacuerdos entre esos dos poderes.

El primer presidente que eligió la república burguesa fue el sobrino de Napoleón I, Luis Napoleón Bonaparte. Su opositor en las elecciones había sido el general Cavaignac. El triunfo de Bonaparte es fácil de explicar: lo votaron los orleanistas, para quienes Cavaignac era demasiado republicano, y también gran parte del campesinado, que veía en él a un defensor de la pequeña propiedad campesina; los mismos obreros, en su mayoría, lo apoyaron por odio a Cavaignac. Las elecciones para la Asamblea Legislativa constituyeron un amplio triunfo de la derecha. Los monárquicos, orleanistas y legitimistas, reunidos en el Partido del Orden, obtuvieron una aplastante mayoría. El segundo partido en importancia era la Montaña, representante de la pequeña burguesía, cuyo jefe era Ledru-Rollin.

Una manifestación montañesa del 12 de junio de 1849, en ocasión del ataque a Roma por las tropas francesas, permitió a la mayoría liquidar a sus adversarios: clubes y periódicos de la oposición fueron prohibidos y el 9 de agosto se votó la implantación del estado de sitio.

En 1850 el Partido del Orden obtuvo la anulación del sufragio universal y el derecho de voto se concedió sólo a las personas que habían residido en el mismo lugar no menos de tres años, con lo cual se privó del derecho de voto a los obreros, pues éstos estaban obligados a emigrar en busca de trabajo.

El presidente, mientras tanto, explotaba en su favor la impopularidad de la Asamblea. El conflicto entre ambos poderes llegó a un punto en que sólo podía resolverse por la fuerza. Por el golpe de estado del 2 de diciembre de 1850, que, ante la indiferencia obrera, no levantó en París más que una leve resistencia, la Segunda República cedió el lugar a un régimen de dictadura personal. Exactamente un año después Luis Bonaparte se proclamaba Emperador, bajo el nombre de Napoleón III.

Bibliografía

Cole, G. D. H.: *Historia del pensamiento socialista.* México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

Efimov, A. y Freiberg, N.: *Historia de la época del capitalismo industrial.* Buenos Aires, Ed. Problemas, 1941.

Dolléans, E.: *Historia del movimiento obrero.* Buenos Aires, Eudeba, 1960. T. I.

Duveau, Georges: *1848.* París, Ed. Gallimard, 1965.

Marx, Carlos: *Las luchas de clases en Francia.* Buenos Aires, Ed. Lautaro, 1946.

Rudé, G.: *La multitud en la historia.* Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1971.

Proudhon, P. J.: *Las confesiones de un revolucionario.* Buenos Aires, Ed. Americalee, 1947.

La formación de la clase obrera en Italia

Beatriz Morales

La unificación de los estados italianos y el movimiento liberal de 1848 serán los hitos más importantes de la historia de la península en el siglo XIX.

Después del desmembramiento del Sacro Imperio Romano Germánico el territorio que actualmente conocemos como Italia quedó dividido en tres partes, marcadamente diferenciadas desde el punto de vista geográfico, económico y político. Esa división afectaría profundamente la historia posterior de Italia, antes y después de su unificación, la cual se hace efectiva recién en la segunda mitad del siglo XIX.

La parte sur de la península comprendía el Reino de Nápoles, que se había formado en torno a la ciudad y que, junto con la isla de Sicilia, fue llamado después el Reino de las Dos Sicilias. Este estado pasó por diversas manos: estuvo bajo el dominio del Papa, de los emperadores alemanes y luego, a partir de 1226, de los franceses. Más tarde una revuelta en Sicilia, conocida con el nombre de "Las Vísperas Sicilianas", rompió la unidad entre la isla y el continente. Pasó entonces la primera a manos del Reino de Aragón para volver luego al poder de los franceses. En el año 1442 las Dos Sicilias se unieron definitivamente bajo la corona aragonesa.

Con respecto a sus características económicas hay que señalar que la zona del sur de Italia donde se habían desarrollado los latifundios, fue frenada en su desarrollo por su condición de productora y exportadora de cereales y de consumidora de productos extranjeros. La producción cerealera caracterizaba a Sicilia y la lanera al continente. La dependencia en ambas de Aragón las transformó en consumidoras de los tejidos barceloneses.

En el centro de Italia, alrededor de Roma, se encontraban los Estados papales que se habían ido extendiendo a través de Italia central, desde el río Tíber hasta el mar Adriático. La Iglesia, en un principio reticente con respecto al mundo feudal, al lograr la dirección de la sociedad medieval asumió las características de ese mundo.

Al norte y al oeste de los Estados pontificios se hallaban las florecientes ciudades - estados, económica y culturalmente muy desarrolladas: Milán, Génova, Florencia, Venecia.

Milán, en sus principios, era parte del Imperio, un ducado-feudo. Sus gobernantes, alternativamente, fueron los miembros de dos familias: Visconti y Sforza. En 1499 el rey francés Luis XII, aduciendo sus derechos sobre el ducado como heredero de los Visconti, se apoderó de Milán hasta 1512, en que fue expulsado por la Santa Liga, constituida por el Papado, Venecia, España e Inglaterra. El poder pasó entonces a manos de los Sforza.

Venecia era la más poderosa de las ciudades comerciales. Situada en las islas y en las lagunas, en el fondo mismo del Adriático, pudo construir, gracias a las Cruzadas, su gran imperio marítimo. Sus relaciones comerciales con el este del Mediterráneo extendieron su dominio sobre todo el territorio que se encontraba al nordeste de Italia, Génova, comercialmente casi tan importante como Venecia, debió sufrir las consecuencias de la invasión francesa de Luis XII. Pero en 1528 Andrés Doria la liberó restituyendo las instituciones republicanas. Florencia fue el ejemplo del municipio democrático al frente del cual había un jefe político. Hacia la mitad del siglo XV cayó bajo la tutela de los Médicis, famosos príncipes banqueros. En 1494 se formó el gran Ducado de Toscana.

En estas ciudades-estados se dio un proceso de gran acumulación de capitales por intermedio del comercio. No se hicieron inversiones en nuevos sectores de la producción, sino que, por el contrario, los capitales se llevaron fuera de Italia (a Alemania, Portugal y España). Los italianos inmovilizaron grandes masas de capital en construcciones, en préstamos al extranjero o en inversiones inmobiliarias.

Las comunas medievales eran asociaciones de burgueses de una misma localidad que gozaban del derecho de gobernarse a sí

La ciudad de Roma en un grabado del siglo XVI. El territorio que actualmente ocupa Italia estaba dividido en tres regiones claramente diferenciadas: el reino de las Dos Sicilias en el sur, los estados papales en el centro y las ciudades-estados del norte. Estas tres zonas se unificarían recién en la segunda mitad del siglo XIX.

mismos. La fuerza de la Comuna se apoyaba en un sistema económico de base corporativa.

En el seno de la Comuna se manifestaron dos fuerzas, ambas individualistas: la local y la nacional. La primera es la de los güelfos y encuentra su expresión política en las "señorías" y en los principados. Esta burguesía particularista, local, no logró concebir una sociedad política que superase el localismo.

El espíritu güelfo, federalista, sin centro federal, se apoyó en la Iglesia y en cierta medida enfrentó al mundo feudal.

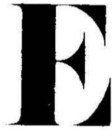
En oposición a este espíritu comunal local se dio otro, de carácter nacional, que planteaba ya el problema de la unidad nacional y suscitaba la cuestión de la Iglesia como elemento negativo de la misma.

En relación inmediata con la Comuna hay que situar el movimiento cultural del Renacimiento, el humanismo. En ese momento los hechos políticos y económicos que tuvieron lugar en Italia fueron: la constitución de los principados y de las señorías, la pérdida de iniciativa en la burguesía y la transformación de los burgueses en terratenientes. Se dio un proceso que podríamos caracterizarlo como de ruralización.

El humanismo en Italia significó una reacción contra el movimiento popular de la comuna, el cual se enfrentaba con la Iglesia. Esta entonces favoreció el retorno a la cultura romana porque temía el espíritu de indisciplina y rebeldía despertado por el empuje burgués y popular de la comuna.

El humanismo en Italia tuvo carácter de restauración, de compromiso cultural con la tradición milenaria de la península, no de revolución. La clase vencida, la burguesía comunal, legó a los intelectuales humanistas ciertos principios ideológicos cuyo contenido se realizó fuera de Italia, en Francia y Alemania.

Italia en el proceso revolucionario europeo

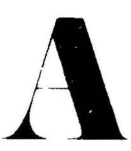


El proceso de unificación que se produce en Italia se inscribe en un proceso más amplio que se cumple en Europa, aproximadamente entre 1815 y 1860, y que afecta a Francia, Polonia, Alemania, Grecia y Hungría.

El objetivo de este proceso es la constitución de los estados nacionales, más exactamente la formación de la "nación burguesa", cuyos ejemplos serían Francia desde el punto de vista político y Gran Bretaña desde el punto de vista económico.

Si bien estas revoluciones europeas tienen mucho en común, existen también profundas diferencias. Estas se dan fundamentalmente en el desarrollo de las fuerzas productivas y en el grado de participación de la burguesía en el poder político. En Francia e Inglaterra existía una clase: el proletariado organizado. Por el contrario, en Italia, Polonia, Alemania, subsistían en la producción las estructuras feudales, junto a una gran masa campesina explotada, clases medias pobres y una burguesía incipiente que no tenía ninguna o casi ninguna participación en el poder político. El interés por participar en el poder de esta última se expresaría, sobre todo en Alemania y en Italia, en la lucha por la unidad nacional, territorial y política.

Italia a principios del siglo XIX



A principios del siglo XIX, Italia estaba dividida en varios pequeños estados y una parte de ella, Lombardía y Venecia, formaban parte del Imperio Austríaco. En todos estos estados ejercían el poder, en forma absoluta, la nobleza (a cuya cabeza estaba el príncipe, rey, duque o gran du-


C·CAM
ILLVS·
E·F·FV
RIVS·
D·S·

Filiazione

H. B. C. 1ª A.

H. B. C. 2ª A.

A G D G M D U

S G A D N P S T

H. B. C. G B. S

H. B. C. O

H. B. C. E



que) y las jerarquías eclesiásticas.
No sólo las grandes masas populares, constituídas en su inmensa mayoría por campesinos, pero en las cuales debemos incluir pequeños grupos de artesanos, obreros e intelectuales, sino también los mismos burgueses estaban sometidos a estas clases dominantes y a sus caducas instituciones.
Con todo, la clase burguesa se había ido consolidando económicamente: a través del comercio, de la manufactura y de las rentas había acumulado capital. Pero el fraccionamiento de Italia en estados, el predominio de Austria y la persistencia del feudalismo, favorecidos o impulsados por las viejas clases dirigentes, impedía su desarrollo. De ahí que sus objetivos, como pasos previos para poder substituir a la nobleza y al clero en el poder político, fueran la unificación de Italia y la expulsión de Austria.

Influencia de la revolución francesa

En 1748 Italia sufrió un reordenamiento político, como consecuencia de la paz de Aquisgrán, que puso fin a una serie de guerras por el dominio de la península entre España, Austria y Francia. Terminó entonces la etapa de la primacía española en Italia y se inició un período de paz que duró hasta fines del siglo XVIII.
Italia fue dividida en diez estados: el Reino de Cerdeña, formado por el Piamonte, Cerdeña, Saboya y Niza; las Repúblicas de Génova, Venecia y Luca; el Ducado de Parma y Piacenza; el Ducado de Módena; el Gran Ducado de Toscana; el Estado de la Iglesia; el Reino de Nápoles y Sicilia, que cubría toda la Italia meridional. Austria dominaba directamente una parte de Venecia, pero ejercía, además, una gran influencia sobre los restantes estados italianos.
Al constituirse estos estados, más extensos, se produjo cierto desarrollo económico, industrial y comercial, favorecido por el largo período de paz y por las reformas que se vieron obligados a realizar los soberanos de algunos estados, en especial en los dominados por Austria (Lombardía, Toscana y Nápoles). Durante toda esta etapa la vieja economía feudal, fundada en la propiedad nobiliaria o eclesiástica de la tierra y caracterizada por el ausentismo y la escasez de inversiones, entra en crisis. Se concretan entonces las reformas que favorecen a la manufactura y a la agricultura y que permiten que los sectores burgueses se liguen a la nobleza gobernante.
A esta situación se sumó en Italia un movimiento de ideas que, si bien reconocía sus centros en Francia e Inglaterra, tuvo también mucha importancia en la península. En él participaron Pietro Berri, Cesare Beccaria, Galiano, Pagano, Parini, Alfieri y otros. Este movimiento no se dio con igual intensidad en todos los estados, pues en algunos, como en el Pontificio, no se permitía ningún tipo de actividad política.
La revolución francesa produjo honda conmoción en Italia, en especial entre los intelectuales y los afiliados a la masonería, organización en ese entonces muy difundida en Europa.
Junto a las conspiraciones de pequeños grupos, las cuales fueron reprimidas violentamente, se produjeron también movimientos populares que esgrimían los lemas de la Revolución Francesa, tasaciones populares, protestas por el precio del pan o contra los privilegios de la Iglesia.
La posterior ocupación francesa de la península no obtuvo sólo el apoyo de los grupos intelectuales, sino también de las masas populares, que vio en ella la posibilidad de abolir los privilegios sociales.
Sin embargo, esas esperanzas pronto se esfumaron, pues los franceses crearon fuertes impuestos que favorecían su industria y su comercio en detrimento de los intereses italianos.
A pesar de todo esto, la ocupa-

Conspirando contra el poder absolutista surgieron múltiples organizaciones clandestinas, logias y hermandades secretas. Estos grupos alcanzaron cierta influencia en los círculos militares e intelectuales, pero su falta de relación con las masas y la poca cohesión entre ellos impidieron su crecimiento.

En la ilustración superior: tarjeta de un afiliado a la sociedad secreta de los carbonarios.

En la ilustración inferior: Carlos Alberto, rey de Piamonte.

El bandolero Vardarelli

El 11 de febrero de 1817, De Matteis, juez de Andría, informa al fiscal del Alto Tribunal de Trani:
Al marcharse, don Gaetano Vardarelli, ya montado en su caballo, llamó al encargado y le ordenó que inmediatamente entregue la cantidad de un "rotolo" [entre tres o cuatro libras] de pan a cada uno de los trabajadores de la finca. Era imposible llevar la orden a cabo con tanta celeridad pues había un centenar de trabajadores y no era bastante pan el que se tenía en la despensa. Don Gaetano le dijo pues al encargado que tenía que cumplir la orden cuanto antes y le anunció que si a su regreso había un solo trabajador que no hubiese recibido mataría al encargado del mismo modo que había muerto a dos de ellos en otras fincas.

Gaetano Vardarelli al alcalde de Atella:
Yo, Gaetano Vardarelli, le ordeno y mando que convoque a todos los terratenientes del término de Atella y les haga saber que tienen que dejar a los pobres recoger las bellotas en sus tierras porque de lo contrario se acordarán de mí sus posaderas, y lo que digo dicho está.
Gaetano Vardarelli, comandante de la tropa montada Fulminante.

Gaetano Vardarelli al alcalde de Foggia:
Señor Alcalde: tendrá la bondad de ordenar a todos los terratenientes en mi nombre que deberán dejar de alimentar su ganado con las bellotas de sus tierras para que los pobres puedan recogerlas y que si hacen oídos de mercader a mis mandatos quemaré cuanto poseen. Haga usted lo que le digo y podrá contar con mi saludo y estima y si oigo quejas de que no ha llevado usted a cabo lo que le ordeno responderá usted ante mí.
3 de junio de 1817.

Yo, Vardarelli

(Documentos citados por Eric J. Hobsbawn en *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1968.)

IL RISORGIMENTO
GIORNALE QUOTIDIANO
POLITICO, ECONOMICO, SCIENTIFICO E LETTERARIO

ción francesa fue un factor que impulsó el desarrollo de la conciencia nacional. Además de la abolición de la mayor parte de los derechos feudales, del reordenamiento administrativo y de la construcción de caminos, se realizó otra división del territorio italiano continental, que sólo quedó fragmentado en tres estados en lugar de los diez anteriores. Esta división realizada por los ejércitos extranjeros tuvo una muy breve duración, pero, con todo, la organización de estados más grandes contribuyó, junto con las ideas traídas por los soldados franceses y adoptadas por los soldados italianos de los ejércitos napoleónicos, al desarrollo de la conciencia de la necesidad de la unidad italiana.

El período de las sectas y las conspiraciones

Después del Congreso de Viena, Austria consolidó su dominio en Italia: se apropió de Venecia e instaló príncipes austríacos en los estados de Mónaco, de Parma y de Toscana. Por su parte, Italia meridional retornó al poder de los Borbones, se reconstituyeron los estados pontificios y el Piamonte volvió a ser dominio de la familia Saboya, que se apoderó de la ciudad-puerto de Génova.
Para Italia la Restauración significó represión, una nueva subdivisión territorial y el retorno a los viejos privilegios, a las leyes arbitrarias, a la intervención del clero en la vida económica, política y cultural.
De todos modos, las reformas instauradas por los franceses no pudieron ser abolidas en su totalidad. Se dio el caso de tierras usurpadas por los burgueses, después de 1805, que continuaron en su poder. Esto influyó para que se concretara un frente, constituido por la nobleza, el clero y el campesinado contra los burgueses.
Por otro lado, la burguesía no



En la página izquierda, abajo: "Il Risorgimento", periódico fundado en 1847 por Cavour.

En la página derecha: Pío IX, un enconado opositor a la política republicana.



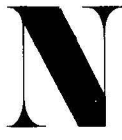
estaba conforme. Había experimentado las ventajas de una legislación aduanera única y de un sistema de pesas y medidas uniforme. Esta conciencia de las ventajas de un país unificado se transformó en conciencia de la necesidad de independencia, pues sólo librándose del dominio extranjero la burguesía podría beneficiarse con todas las ventajas de la unidad. Si durante los últimos años del dominio napoleónico estos grupos burgueses habían luchado contra él, ahora lo harían contra los nuevos ocupantes: los austríacos.

Contra Austria y los restablecidos derechos feudales lucharon también muchos elementos de la pequeña burguesía urbana. Estos, que bajo la ocupación francesa habían sido oficiales y suboficiales, funcionarios estatales, administradores, habían ascendido socialmente, y este ascenso era puesto en peligro por la Restauración.

Todo esto estaba en la base de los movimientos que comenzaron a luchar contra el absolutismo con el objeto de instaurar un gobierno constitucional. Las hermandades secretas, las principales organizaciones durante este período, eran generalmente agrupaciones de carácter militar poco relacionadas con las masas. Los conspiradores eran estudiantes, intelectuales provenientes en parte de la masonería o de otras organizaciones clandestinas como las de los carbonarios. Esta última parecía descender de las logias masónicas del Este de Francia por la vía de los oficiales antibonapartistas italianos. La falta de todo tipo de libertades hizo que estas organizaciones se movieran clandestinamente. Aunque en Italia hubo muchos de estos grupos, casi siempre pequeños, no existía ninguna conexión entre ellos.

Los objetivos bastante genéricos de los carbonarios diferían según las regiones: en el sur y en Nápoles luchaban por la Constitución, en Sicilia por la autonomía y en el norte contra Austria y por la independencia de la Lombardía.

Los motines de 1820-1821

o se sabe con certeza si los carbonarios actuaron de manera tan coordinada como para organizar las revoluciones nacionales en forma simultánea. De todas maneras lo que se puede afirmar es que tuvieron activa participación en las insurrecciones de los años 1820 y 1821.

En Italia, en los años 1815 y 1820 se habían producido tentativas fallidas de insurrección. Sólo cerca del final de 1820 y a principios de 1821 tuvieron lugar movimientos de gran importancia en el Piamonte y el Mediodía. En el caso del movimiento napolitano éste se produjo como eco de la insurrección española. En Nápoles se logró que el rey aceptara la Constitución española de 1812. El movimiento iniciado en Nola, el 2 de julio de 1820, por un grupo de soldados al mando de los oficiales Morelli y Silvatti se extendió rápidamente a Calabria, Lucania y Puglia y a la misma guarnición napolitana. En ésta tomó el mando el coronel Guglielmo Pepe. El rey que en un primer momento, atemorizado, prometió una Constitución, ante las presiones de la Santa Alianza pronto habría de retractarse. Por otra parte, el ejército austríaco penetró en Italia y llegó hasta Nápoles, donde derrotó al ejército constitucional de Pepe. Se inició entonces una violenta represión. Derrotado Pepe, el ejército austríaco permaneció en Nápoles hasta 1827.

A pesar de que la suerte de las fuerzas insurreccionales napolitanas estaba echada, en el Piamonte estallaron también motines constitucionales. En ellos actuaron oficiales de alta jerarquía, la burguesía, los intelectuales y a algunos de los sectores de la aristocracia, en gran medida pertenecientes a la masonería o a otras organizaciones secretas. La personalidad más importante del movimiento fue el conde de Santorre de Santa Rosa, quien creía en una Italia

Giuseppe Garibaldi. Su participación en la defensa de Roma en 1849, unida a la leyenda que se tejió en torno de su vida, hicieron de él un personaje de gran arraigo en las masas populares.

El juramento carbonario

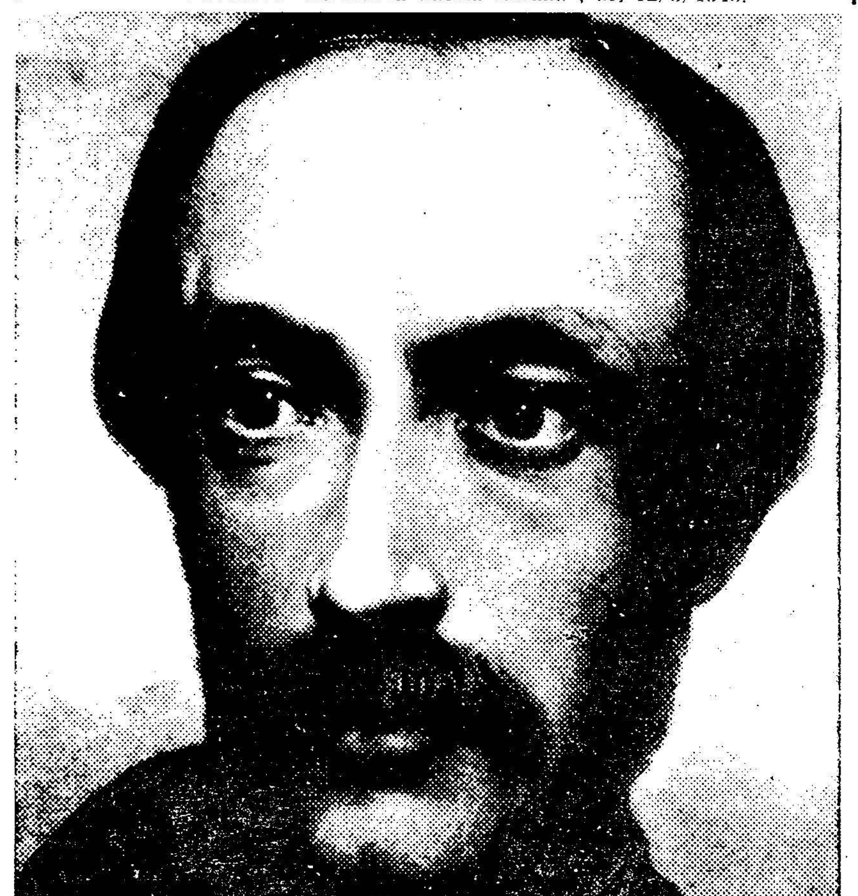
Yo, N. N., prometo y juro sobre los estatutos generales de la orden y sobre esta hoja acerada, instrumento vengador de los perjuros, guardar escrupulosamente el secreto del carbonerismo; juro asimismo no escribir ni grabar ni pintar cosa alguna que a él se refiera sin haber obtenido antes autorización escrita. Juro ayudar a mis Buenos Primos en caso de necesidad en la medida de mis posibilidades y no intentar nada contra el honor de sus familias. Contento y espero, si cometo perjurio, que mi cuerpo sea cortado en pedazos, quemado luego, y que mis cenizas sean aventadas para que mi nombre se convierta en objeto de la execración de los Buenos Primos por toda la tierra. Asístame Dios.

(De: *Memoirs of the Secrets Societies of the South of Italy*, 1821. En Hobsbawn, op. cit.)

El espíritu revolucionario y la bandera democrático-unitaria

El pueblo italiano no ha renunciado a ningún sacrificio; está listo para conducir en término la obra iniciada y conquistar en la lucha su independencia nacional, pero a su coraje, entusiasmo y espíritu de sacrificio de ninguna manera han respondido aquellos que estaban en la dirección; abierta o secretamente han hecho de todo para no emplear los medios necesarios para la liberación de la brutal tiranía austríaca sino para paralizar la fuerza popular y para restablecer lo más pronto posible el antiguo orden de cosas. (...) La reacción y la restauración es completa, pero es solo provisoria; el espíritu revolucionario ha penetrado profundamente en el pueblo para que a la larga pueda ser dominado. Milán, Brescia y otras ciudades han mostrado en marzo de qué cosas es capaz este espíritu. Aprovechando las amargas experiencias de los últimos meses, Italia sabrá evitar nuevas ilusiones y asegurarse su independencia bajo la bandera unitaria-democrática.

Fuente: Carlos Marx en "La Nueva Gaceta Renana", del 12/8/1848.



federalista e independiente organizada en una confederación de príncipes. Este movimiento estaba en estrecho contacto con los grupos antiaustríacos de Milán. Los patriotas turineses contaban con el supuesto apoyo del príncipe Carlos Alberto, luego rey del Piamonte, pero éste los traicionó delatando el plan al gobierno. De esta manera la insurrección estalló, pero fue violentamente reprimida por el ejército austríaco, que se mantuvo en el Piamonte como garantía del orden. La mayoría de los cabecillas de la insurrección fueron fusilados. La represión se extendió por Lombardía y todos los principados italianos. En éstos, ante los movimientos de 1820-1821, se acentuó el carácter reaccionario de sus gobiernos.

La derrota de todos los movimientos insurreccionales de este período puede ser explicada. Fundamentalmente, dado las características de las hermandades secretas, en estos movimientos no participaron los sectores del campesinado. La imposibilidad de formar un movimiento como el jacobino, no sólo en cuanto partido sino también en lo que se refiere a su contenido económico y social de oposición a las estructuras feudales en los medios rurales, se debió —según Gramsci— a las características de la Europa posterior de 1815, en la cual eran imposibles la propaganda y la acción que no fueran clandestinas.

Italia y las revoluciones de 1830

La ola revolucionaria de 1830 marcó la derrota del poder aristocrático. Desde ese momento, y durante los cincuenta años siguientes, la clase dirigente será la gran burguesía, clase constituída por banqueros, financistas, industriales y altos funcionarios civiles. La aristocracia aceptó este cambio y accedió a realizar una política fundamentalmente burguesa. Este es el caso clásico, el de Francia.

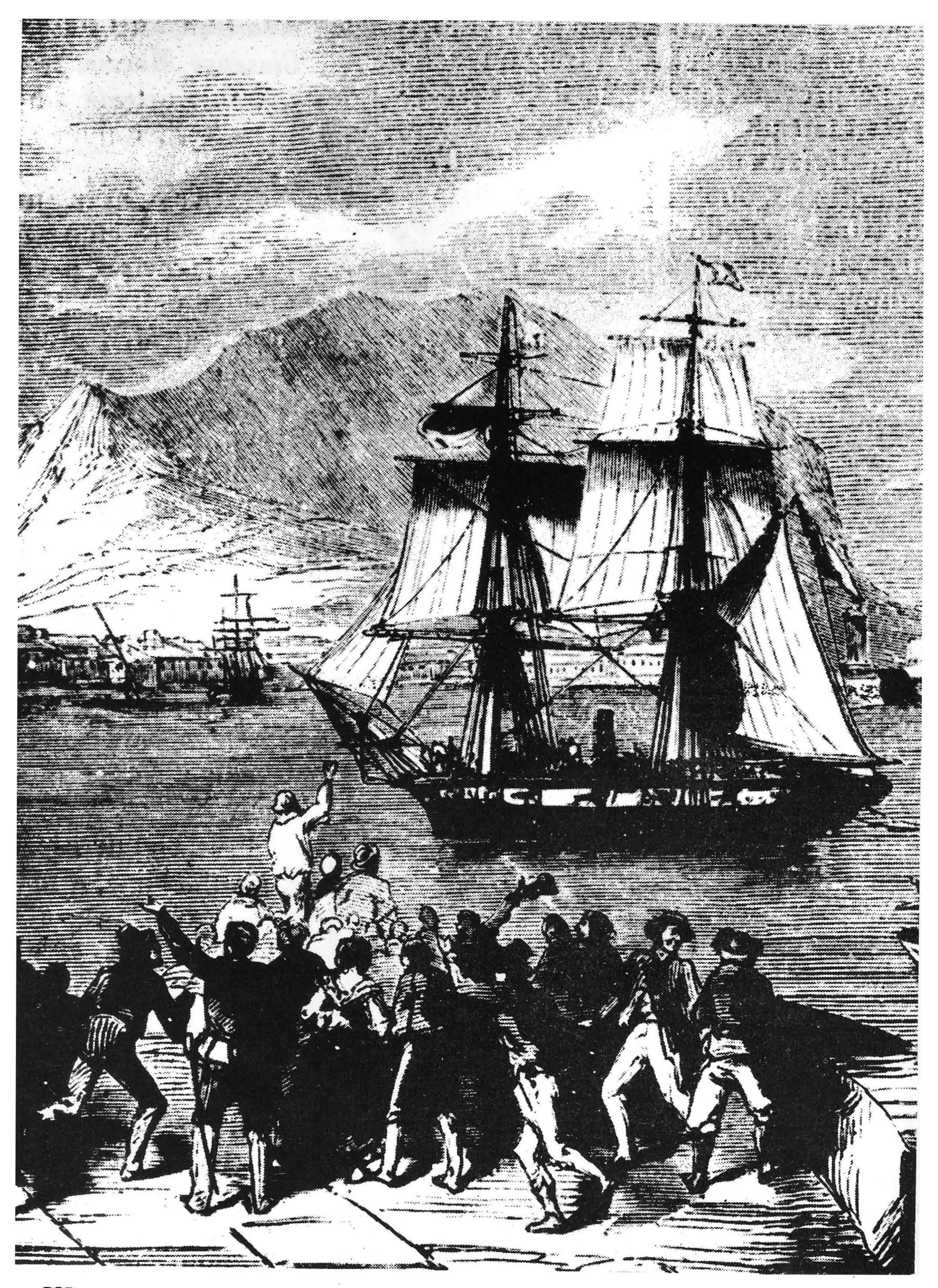


A la izquierda: Giuseppe Mazzini, durante cuarenta años defensor de la unidad italiana.

A la derecha: dos aspectos del proceso.

Arriba: Garibaldi en el Gianicolo.

Abajo: Víctor Manuel II.



Italia participó en este proceso, pero, dadas las características de su burguesía, sólo en su aspecto insurreccional. Los movimientos más importantes se produjeron en Parma, en Módena y en Romania, que formaba parte de los Estados Pontificios. La burguesía que apoyaba a Luis Felipe impulsó a los carbonarios italianos a comenzar el movimiento. Se realizaron contactos entre Ciro Menotti y los patriotas modeneses y el duque de Módena, Francisco IV, con el objetivo de unificar el movimiento. Pero dos días antes de la insurrección fueron apresados sus dirigentes. El duque los había traicionado.

Conocidos estos acontecimientos estalló contra el gobierno pontificio un motín en Bolonia, que se extendió rápidamente a Romania y a las fronteras. El 25 de febrero de 1831 se formó el Parlamento de las Provincias Unidas y su pequeño ejército conquistó Ancona. Pero nuevamente la intervención austríaca desbarató las intenciones de las Provincias Unidas, que fueron derrotadas. Por otra parte, y contra lo que pensaban los patriotas, Luis Felipe no ayudó a la insurrección. Los brotes que se habían producido en Roma, Nápoles y Toscana se frustraron ante el fracaso de este movimiento. En él, si bien los carbonarios siguieron manteniéndose en la dirección, participaron también otros sectores de la pequeña burguesía y de la burguesía de las ciudades.

En los motines de 1830-1831 comenzó a gestarse, en la práctica, el frente de lucha que caracterizaría a los movimientos de 1848.

El programa unitario y el programa de la "Joven Italia"



l fracaso de 1831 desacreditó a los carbonarios y a sus métodos. Se hizo presente entonces la necesidad de un programa preciso. Comienza una etapa de esclarecimiento ideológico que será la base del "Risorgimento". El término indica que la propuesta de unidad se apoya a su vez en la unidad perdida, la del imperio romano, a la que hay que hacer "resurgir".

En este momento son dos las corrientes que adquieren real importancia: las de los mazzinianos y la de los moderados.

Mazzini era un patriota italiano que desde el exilio, y después del fracaso de la revolución de 1830, elaboró un proyecto que se concretó luego, en 1831, en la "Joven Italia". Comprobado el fracaso político de los carbonarios, Mazzini propuso, esencialmente, crear una nueva organización y darle un programa positivo que sirviera como base político-ideológica al movimiento nacional.

El hecho de que en 1831 el movimiento no tuviera un programa expresaba una realidad: no existía aún en Italia una burguesía madura que se postulara como clase dirigente. Para concretar la unidad no se habían dado las condiciones internacionales necesarias. Por otra parte, el nivel de conciencia nacional se apoyaba en la exigencia de los productores, que se enfrentaban con la competencia económica invasora de las demás naciones, más grandes y más fuertes, lo que hacía que la burguesía se uniera a la aristocracia terrateniente.

El fin del programa de Mazzini era la unidad republicana, la independencia de Italia y la democracia. Esta posición implicaba una lucha abierta contra las concepciones federalistas, de arraigo municipal, que se daban en los principados italianos. Otro aspecto importante del programa de Mazzini consistía en la idea de que Italia debía unirse por sí sola, sin ninguna ayuda exterior, y menos de Francia, hacia la cual tenía una profunda desconfianza. El movimiento unitario permitiría convocar a una Asamblea Constituyente que se encargaría de dar nuevas leyes democráticas a Italia.

Los aspectos positivos del programa estaban en su concepción

El puerto de Palermo en 1860. El ejército obrero formado por Garibaldi derrotaría allí, definitivamente, a las tropas borbónicas

Garibaldi: Un héroe popular

En el vértice de su gloria José Garibaldi era, tal vez, el personaje más célebre de Italia. Su nombre era mucho más famoso que el de Cavour o Mazzini. En el exterior, Garibaldi era el símbolo de la Italia del resurgimiento de aquellos dramáticos años y de la intrépida audacia que tanto contribuyó a la formación de la nación italiana. Muy grande fue la ventaja que Italia obtuvo de su fama, así como de sus sucesos militares. El hecho de que él fuera tan apreciado y admirado contribuyó en buena medida a la posición favorable asumida por otros gobiernos y pueblos con respecto a lo que acontecía en Italia. Siempre exite la disposición a admirar el coraje, tanto más cuando se trata de empresas desesperadas; y si David logra derrotar a Goliat, su audacia es mucho más admirada. Garibaldi fue, por encima de todo, un hombre muy valiente. Por otra parte, un aspecto esencial de su carácter lo inclinaba a las causas aparentemente perdidas. Desde el comienzo de su estada en Sudamérica asumió la parte de defensor de los oprimidos contra la persecución de los déspotas y los tiranos. Rebelde nato, fue la quijotesca decisión de compartir la suerte de los republicanos franceses cuando éstos fueron avasallados por Bismarck. El episodio más célebre de su carrera fue la desesperada defensa de Roma y la heroica retirada a través de los Apeninos en 1849. Si bien ésta pudo parecer entonces una causa perdida, con el tiempo el éxito le sonrió a Garibaldi, y la sorprendente conquista de Sicilia y de Italia meridional en 1860 fue el factor decisivo de la formación de Italia. En su juventud y en el tipo especial de guerrilla con la que él combatía fue un brillante comandante, y sus talentos militares constituyeron la componente indispensable de este momento culminante de su éxito.
Mazzini y Cavour eran figuras escasamente populares; Garibaldi, en cambio, fue esencialmente hombre del pueblo y amado por el mismo. En toda Italia su retrato era venerado en las casas de los desheredados, y su reputación sirvió largamente para que los italianos tomaran conciencia de lo que estaba ocurriendo y para que creyeran en la necesidad de los sucesos; entre los italianos gozó de la fama de hombre íntegro y probo, así como de altruista y de desinteresado. Aun en el momento más alto de su gloria vivió pobremente, a menudo confeccionando y lavando personalmente sus ropas y trabajando la tierra, lo que lo dotó de una particular capacidad para comprender a la gente común y le permitió consagrarse con entusiasmo a una causa difícil, a un fin aparentemente remoto. Garibaldi no fue un intelectual como Mazzini, ni un aristócrata y un político como Cavour. Fue una persona práctica, con objetivos prácticos y explícitos.

Dennis Mc Smith, *Garibaldi*, serie "Los hombres de la historia", Centro Editor de América Latina, 1970.

unitaria, en la propuesta de coordinar todas las fuerzas para vencer y expulsar a los austríacos en el llamado al pueblo. Como contrapartida, Mazzini seguía creyendo que los métodos de acción de los carbonarios eran aún eficaces, es decir que la acción debía ser dirigida por una minoría y las reivindicaciones sociales debían ser relegadas para el momento posterior a la unificación.
El programa se presentaba poco concreto, y tales características provenían del hecho de que Mazzini representaba al sector de los elementos progresistas de la pequeña burguesía italiana, un estrato social que iba a terminar siendo dirigido por la burguesía terrateniente, comercial e industrial.
Un movimiento de estas características hubiera tenido que apoyarse, necesariamente, en la experiencia jacobina, aliarse a las masas campesinas. Pero la posición de Mazzini en este punto fue otra: temía que cualquier apoyo del campesinado provocara la oposición de la burguesía propietaria al movimiento de la unidad italiana.

Los moderados


ntonio Gramsci es una de las figuras intelectuales italiana más descollantes del siglo XX. Ya desde 1919, a través de la revista *L'Ordine Nuovo* se convirtió en el teórico y propulsor de los "Consejos de fábrica". Sus trabajos más importantes se encuentran en el campo del marxismo, en donde desde un enfoque filosófico, marca una época en el pensamiento social contemporáneo. Según este autor la debilidad impidió a la burguesía italiana tomar un partido "jacobino" y lo que le llevó a crear un partido moderado. Este dirigió la batalla por la unificación tratando de no integrar a los sectores populares para evitar que la lucha por la unidad se transformara en una lucha social. Entre los moderados se dieron



Garibaldi en dos momentos de la guerra de 1849. Las técnicas de guerra de guerrillas que Garibaldi aprendió en Sudamérica fueron aplicadas con éxito en territorio italiano.

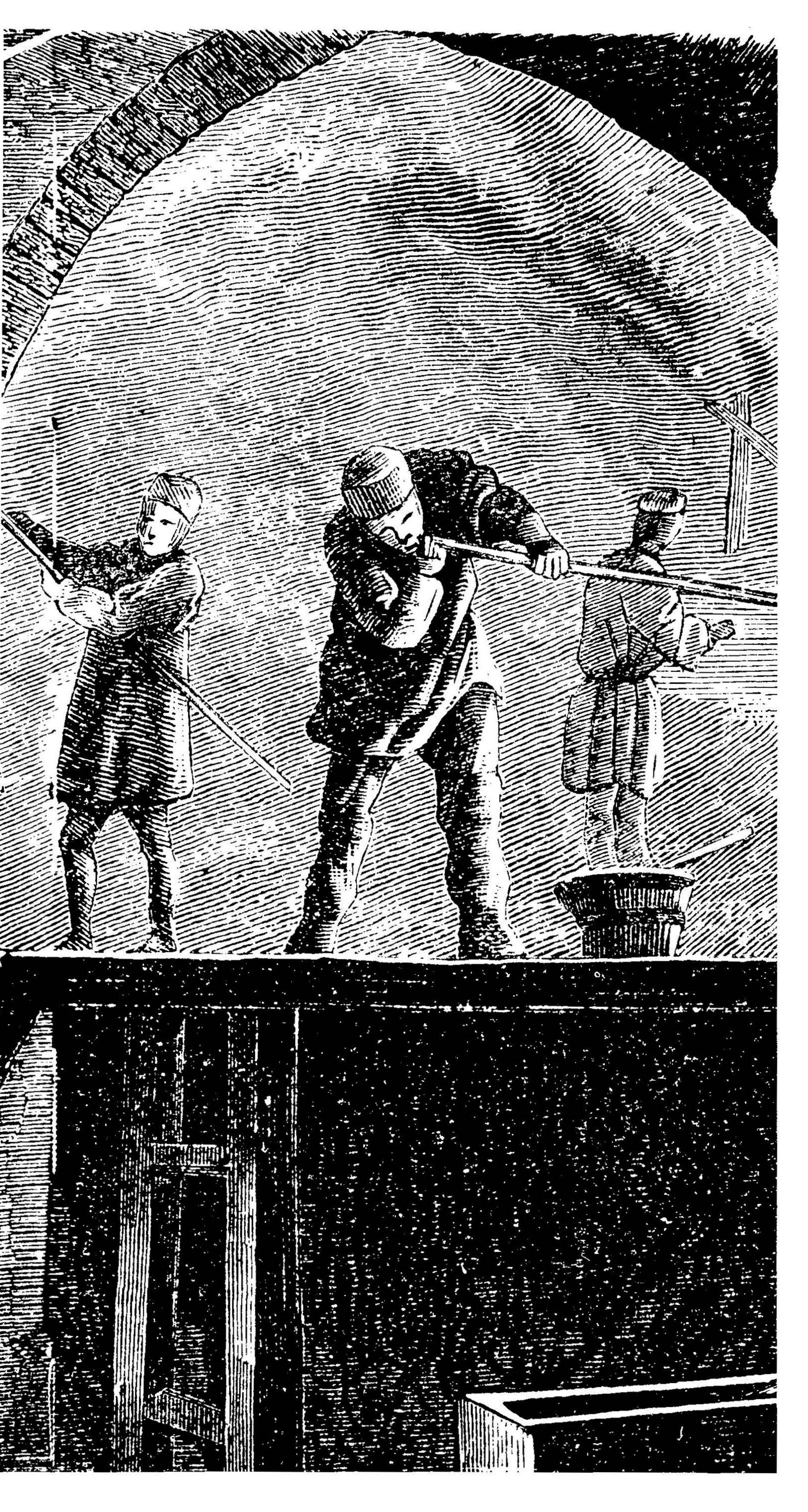


dos líneas. Una era la de Vicente Gioberti, sector muy católico que agrupaba a los terratenientes, a los empresarios comerciales e industriales y a gran parte de la intelectualidad. No tenían un programa elaborado y oscilaban, según las circunstancias, entre el federalismo y el unitarismo. Para Gioberti, Italia, que había sido, en raza y espíritu, la madre del mundo y del género humano y que en ese momento se hallaba desmembrada en muchos estados, debía unirse nuevamente. Esta unión podía lograrse sin guerras y sin crisis, a través de una federación que uniera a todos los soberanos bajo la autoridad del Papa y sin ninguna ayuda extranjera. La federación propuesta por Gioberti no habría de regularse según las viejas pautas de la sociedad feudal: los príncipes no debían conceder constituciones, pero sí reformas que permitieran el progreso económico, el desarrollo del país y la elevación de las condiciones morales, educacionales y materiales de la población.
Para Cesare Balbo, perteneciente al otro sector de los moderados, lo primordial era la liberación de la opresión austríaca. Pensaba que para expulsar a los invasores era necesario apoyarse en un estado que poseyese cierta fuerza militar y su modelo era el estado piamontés, el cual debía ser, a su criterio, la cabeza de la confederación italiana. Balbo no rechazaba la ayuda de Francia. Tanto en uno como en otro sector de los moderados estaba presente la idea de llegar a un entendimiento con los viejos sectores feudales, es decir, con la nobleza y el clero. Esta posición caracterizará al movimiento unitario en su desarrollo posterior.

Desarrollo económico de Italia

En esta época las grandes posesiones latifundistas habían disminuido en Italia meridional pero permanecían intactas





Hacia 1850 se dio un fuerte incremento a la industria. Grupos burgueses instalaron plantas industriales en Nápoles, Piamonte y Lombardía. La ilustración muestra el interior de un taller de vidriería en Toscana.

A fines de la década de 1840 las condiciones de opresión bajo las cuales se hallaba la clase obrera generaron movimientos espontáneos de rebelión. En 1848 se rompieron máquinas, se produjeron huelgas y se atacaron las casas de los patrones.

Las ilustraciones presentan dos aspectos del trabajo en talleres metalúrgicos.

en Sicilia. Sin embargo, a pesar de la persistencia de las estructuras feudales, en algunos lugares se colocaron al frente los nuevos grupos burgueses industriales, sobre todo en Piamonte, donde se produjo el crecimiento de las industrias del hilado y del tejido de la lana.
Hacia 1840, más de cien mil operarios trabajaban en las manufacturas. En 1843 se creó en San Piero Danerna la manufactura llamada Taylor y Prandi, dedicada a la producción metalúrgica. Comenzaron a concretarse los primeros proyectos de ferrocarril y se construyeron nuevos caminos. Fueron abolidas las aduanas interiores y se desarrolló una política proteccionista. En Lombardía se produjeron mejoras notables en la agricultura gracias a los nuevos sistemas de irrigación. Por otro lado, se desarrollaron las primeras hilaturas para la seda, lo que promovió el nacimiento de las manufacturas dedicadas a este rubro.
En Toscana se dio un incremento de la producción textil, de la metalúrgica y de la industrial del papel y del vidrio. Por otra parte, en el Reino de las Dos Sicilias aumentó la producción de lino y cáñamo, y en Nápoles y Calabria se crearon establecimientos metalúrgicos. En los Estados Pontificios, tan reacios a cualquier tipo de reforma económica, se produjeron cambios en la producción que hicieron que fuera necesario realizar ciertos cambios políticos. Las actitudes de Pío IX, que provocaban dudas en el rey de Piamonte, Carlos Alberto, fueron vistas favorablemente por otros príncipes, en especial por el duque de Toscana, quien promulgó una amnistía política, modificó una ley sobre la prensa y prometió nuevos códigos. Todas estas reformas fueron mal vistas a su vez por el rey de las Dos Sicilias y fundamentalmente por Austria, que ante ellos, y como medida de seguridad, tomó, en agosto de 1846, la ciudad pontificia de Ferrara.
La nueva intervención austríaca precipitó los acontecimientos. En Toscana, el movimiento liberal adquirió vastas proporciones: el 12 de setiembre se realizó una espectacular demostración en la que participaron más de cincuenta mil ciudadanos al grito de: ¡Guerra a Austria!, ¡Independencia del extranjero!, ¡Libertad Municipal! y ¡Armas y leyes italianas! Carlos Alberto propuso al Papa libertar a Ferrara con su ejército y formar una liga aduanera en Italia. También se produjeron levantamientos en Messina y el reino de Calabria el 1 y 2 de setiembre.

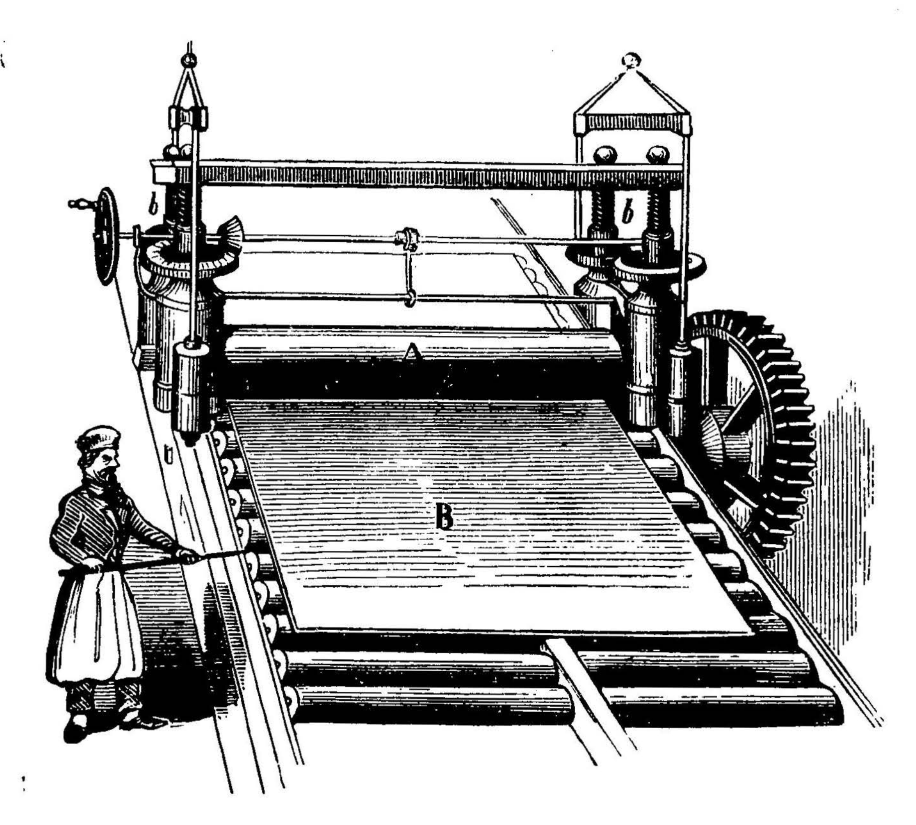
Italia en 1848

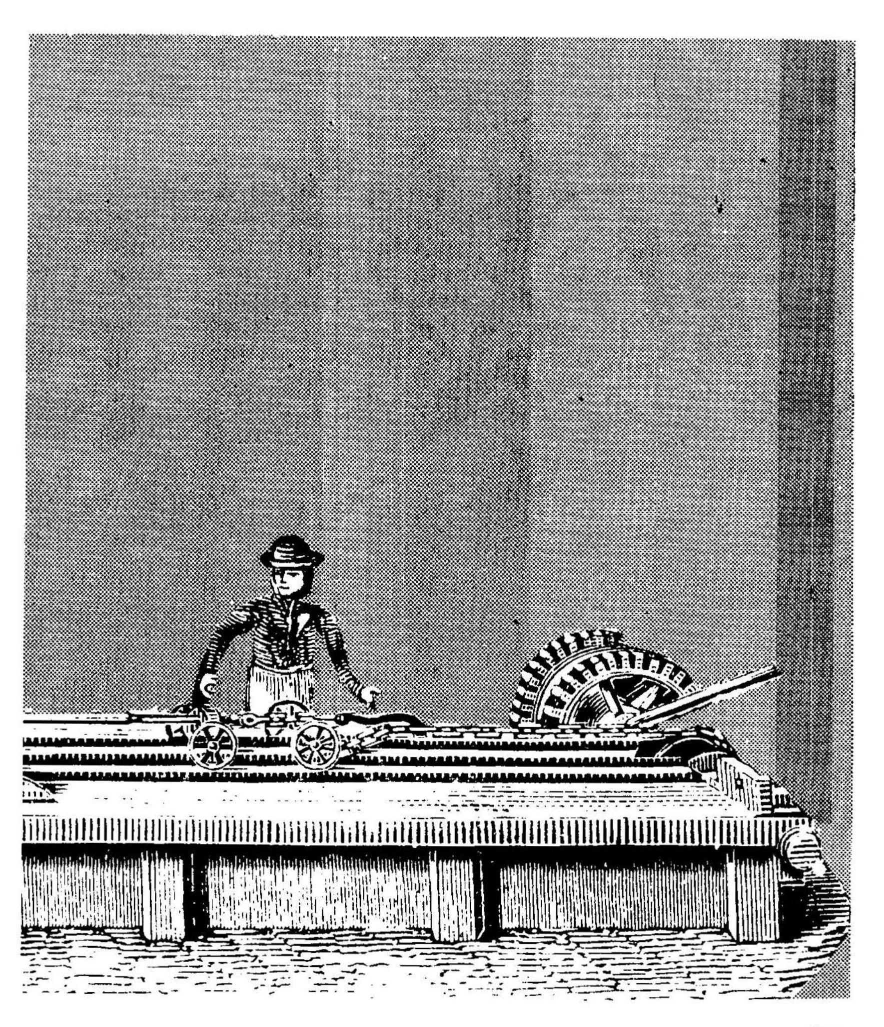
Los sucesos italianos de 1848 y 1849 se inscriben en el proceso de las revoluciones europeas en ese momento. Italia pasa a desempeñar un papel activo y deja de ser un simple campo de operaciones diplomáticas y militares de las grandes potencias.
El 12 de enero de 1848 comenzó la insurrección siciliana en la ciudad de Palermo. Las tropas reales no tuvieron más remedio que abandonar Sicilia y el 2 de febrero se constituyó un gobierno provisorio.
La noticia del triunfo de la insurrección en Sicilia impulsó a la acción a los napolitanos, quienes realizaron en la ciudad una serie de demostraciones populares y obligaron al rey a conceder la constitución el 10 de febrero. Presionado por grandes demostraciones, Carlos Alberto se vio obligado a ceder y a firmar el estatuto del 4 de marzo, precedido por el Gran Duque de Toscana, el 15 de febrero. Tampoco Pío IX pudo oponerse y el 14 de marzo aprobó una constitución.
En Milán, la crisis del estado austríaco provocó la insurrección de "los cinco días". De carácter eminentemente popular, este movimiento obtuvo el apoyo de los estudiantes y liberales milaneses. Se levantaron casi dos mil barricadas. El enfrentamiento con las fuerzas austríacas dejó un saldo importante de

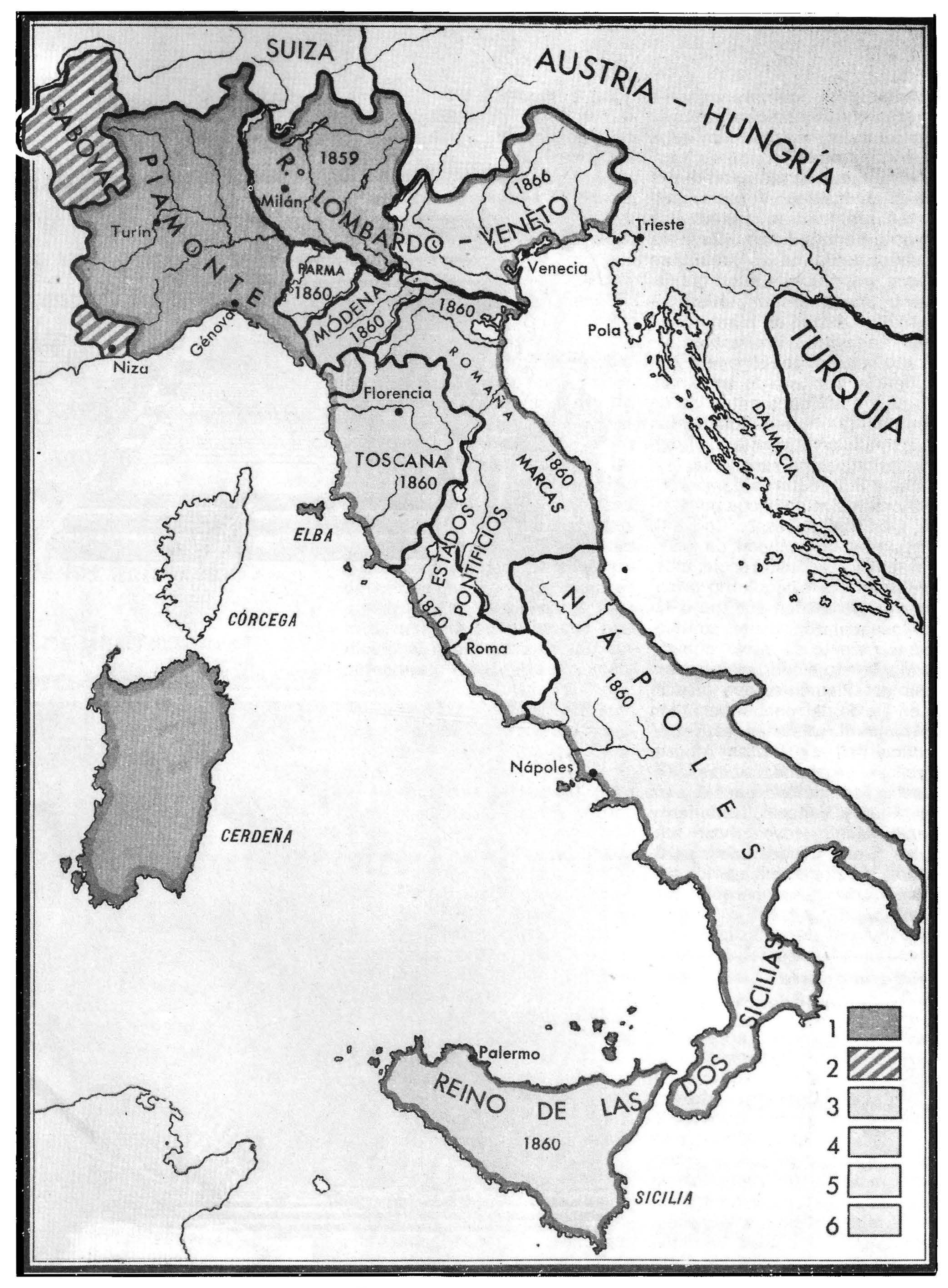
muertos entre los obreros y los artesanos que participaron en la insurrección, muchos de ellos heroicamente.
El levantamiento se extendió el día 17 de marzo a Venecia, donde se proclamó la república, y luego a Véneto, Lombardía y los ducados de Parma y Módena. Las tropas austríacas fueron obligadas a encerrarse en el cuadrilátero fortificado de Mantua, Verona, Legnano y Pastiera.
Pronto comenzaron a ponerse en evidencia, sobre todo en Milán, las contradicciones entre las diferentes corrientes que habían participado en la rebelión. El mérito principal correspondía, sin duda, a los sectores democráticos y radicales dirigidos por Carlos Cattaneo y Cesare Correnti. Estos, con la finalidad de unificar las fuerzas insurreccionales, integraron en el gobierno provisorio a los moderados, pero no se los supieron ganar políticamente. A esto se sumó, complicando la situación, la intervención del Piamonte, que ofreció ir en ayuda del pueblo de Milán y Lombardía. Esta inteligente táctica del rey Carlos Alberto hizo que se ahondaran las diferencias entre los republicanos de Milán y Venecia, Cattaneo y Daniel Manin, respectivamente, y las fuerzas moderadas, partidarias de ponerse bajo la protección de la monarquía piamontesa.

Primera guerra de la independencia

La intervención de Carlos Alberto fue determinada por varios factores: la voluntad de extender el propio estado, el temor a los movimientos republicanos, la presión de las corrientes unitarias piamontesas y la necesidad de preceder en la iniciativa a todos los otros soberanos italianos. El anuncio de que las tropas sardas habían entrado en Lombardía empujó a otros príncipes italianos a movilizarse. Fuerzas regulares y de voluntarios de la Toscana, de Roma, de







Referencias:

1. Reino de Saboya - Piamonte.
2. Territorios cedidos a Francia en 1869.
3. Anexión del Milanesado (1869).
4. Anexión de Sicilia y la Italia peninsular.
5. Conquista de Venecia (1866).
6. Anexión de Roma (1870).

Nápoles y de Sicilia partieron para Lombardía con el fin de unirse a las tropas piamontesas. La conducción de la guerra fue errónea tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista militar, y esto permitió que las tropas austríacas se reorganizaran.

Carlos Alberto y el resto de los príncipes italianos temían, aún más que la derrota, el triunfo de los sectores democráticos y republicanos, cuya base de sustentación estaba en las legiones de voluntarios. El fantasma de una insurrección general italiana de carácter radical, algo que era difícil de darse, por cierto, operó en forma decisiva en los sectores monárquicos y moderados, los cuales, para evitarla, condujeron mal la guerra. Expresión de esto fue la falta de coordinación entre los ejércitos de los soberanos y la ausencia de un programa militar único.

Las fuerzas pontificias tenían la orden de defender sólo los límites del estado de la Iglesia y, por otro lado, las napolitanas no podían traspasar el río Po. Pero los respectivos comandantes, Durando y Pepe, desobedecieron. Además, el Papa Pío IX, el 29 de abril, en plena guerra, pronunció un discurso en el que se oponía a cualquier confederación italiana, aunque fuera presidida por él mismo. El 15 de mayo, el príncipe Borbón ordenó a sus tropas que se retirasen.

La grave derrota de Custoza provocó, al retirarse el ejército de Milán, una violenta reacción popular contra Carlos Alberto, a quien se trató de ajusticiar. Finalmente, el 9 de agosto se firmó un armisticio austro-piamontés, que obligaba a los dos ejércitos a retirarse a los límites antiguos. Sólo Garibaldi, con su legión de voluntarios, en la cual estaba Mazzini, continuó batiéndose durante dos semanas más. Luego se refugió en Suiza. Así concluyó la primera y más importante etapa de la guerra de la independencia italiana. Pero los patriotas no se resignaron a la derrota y debió pasar un año entero para que el orden fuese establecido.

La hora de los demócratas. La dictadura de Toscana. Las repúblicas de Roma y de Venecia

La derrota en Italia coincidió con la fase de reflujo del movimiento revolucionario europeo. En Inglaterra y en Francia, donde este movimiento alcanza mayor profundidad, la burguesía derrota al proletariado. En Alemania, en Austria y en Italia, en cambio, el derrotado es el movimiento nacional y demócrata por obra de las fuerzas conservadoras y de la reacción, interna y externa.
Los príncipes italianos retornaron al poder y se inició una etapa de represión. Pero en la Venecia republicana, que no había aceptado el armisticio piamontés, se seguía resistiendo heroicamente. Como consecuencia de ello se renovaron las fuerzas democráticas y radicales, que obligaron al Gran Duque a huir. Lo mismo ocurrió en Roma, en donde el Papa optó por la misma actitud. En Toscana, el gobierno dirigido por Domenico Guerazzi y Giuseppe Montanelli obligó al Gran Duque a patrocinar una asamblea constituyente. En Roma, el 9 de febrero, se proclamaba la república.
En el reino del Piamonte, la situación también era difícil. Francia e Inglaterra intentaron lograr una paz de compromiso con Austria, pero la intransigencia austríaca llevó al fracaso esta mediación.
El clima de agitación en Génova presionaba para que el Piamonte declarara nuevamente la guerra a Austria. Así se hizo; la derrota fue rápida y total: en sólo cuatro días el ejército piamontés fue vencido en la batalla de Novara, el 23 de marzo de 1849. Como consecuencia de este nuevo error, Carlos Alberto abdicó en favor de su hijo Víctor Manuel II.
En Toscana, los moderados llamaron al Gran Duque. Sólo en Livorno se resistió heroicamen-

La unificación de Italia culminó en 1870, con la anexión de Roma. Concluyó así una larga cadena de conflictos iniciados seis siglos atrás. En el mapa, las sucesivas anexiones y uniones de los reinos italianos en el período 1860-1870.

Arriba: Los hermanos Bandiera, pertenecientes al movimiento capitaneado por Mazzini, desembarcan en Calabria en 1844.

Abajo: Estampa francesa de 1850 titulada "Los defensores del derecho de la libertad en Italia". De izquierda a a derecha se ven el general Fanti, Cavour, Víctor Manuel II, el general Cialdini, Napoleón III, el mariscal Canrobert, el príncipe Napoleón y Garibaldi.

te, aunque sus habitantes tuvieron que ceder frente al asalto de las tropas austríacas, llamadas por el Gran Duque.
Por último, cayeron también las dos repúblicas: Roma, el 3 de julio, por obra de las tropas francesas, a pesar de la heroica resistencia de Garibaldi y Pisacane; Venecia, el 3 de agosto, incapaz de resistir el asedio austríaco, a pesar del espíritu combativo de sus habitantes.

Las clases populares en el movimiento de Italia de 1848

En 1848 no hay en Italia un movimiento obrero con un grado de desarrollo semejante al que se da en Inglaterra o en Francia. Con todo, y a pesar de hallarse en una etapa de formación precaria, la clase obrera participó en las insurrecciones de 1848. Las condiciones de vida de los trabajadores eran extremadamente miserables.
En todos los estados los jornales apenas alcanzaban para subsistir, tanto en la ciudad como en el campo.
Hacia el sur la situación se volvía cada vez más compleja. Ahí, desde la ocupación francesa, estaban en conflicto el trabajador de la tierra y los burgueses que la habían usurpado. Se planteaba también el problema de las llamadas tierras comunales, sobre las cuales los campesinos tenían derecho al usufructo y que habían sido tomadas como propiedad privada por los terratenientes. Este descontento campesino provocó episodios de ocupación de tierras, revueltas locales y la expansión del bandolerismo contra los ricos.
Las malas condiciones de las clases bajas se vieron agravadas aún más por la carestía provocada por las malas cosechas de 1845 y 1846. Aumentaron los precios de los granos, alimento fundamental de los trabajadores, y el hambre se extendió por las ciudades y los campos italianos.
Se produjeron tumultos campesinos en Lombardía, en 1847, al igual que en Como, en Toscana y en la Romania. En 1848 se repitieron en Lucania, Calabria, Campania y Sicilia. En toda la Italia meridional el campesinado y los otros sectores rurales pobres estaban convencidos de que con el otorgamiento de una constitución les serían devueltas sus tierras. Esta agitación se extendió también a las ciudades, en donde las condiciones de vida de las clases más pobres no eran mejores que las que se daban en el campo. Se produjeron entonces, en Génova, huelgas de tipógrafos, cargadores, sastres y zapateros, y tanto en Florencia como en Livornio los obreros rompieron máquinas y atacaron las casas de sus propietarios. A pesar de la existencia de algunos contactos con el socialismo utópico y humanitarista, estas acciones fueron casi siempre espontáneas.

Conclusiones sobre los movimientos de 1848

Hacia fines de 1849, en Italia como en el resto de Europa, el gran movimiento insurreccional había sido derrotado. La mayoría de las constituciones, sancionadas ante la presión popular, habían sido derogadas; los soberanos destronados habían vuelto al poder. La mayoría de los patriotas habían sido fusilados, se encontraban en el exilio o en la prisión. Por otra parte, en Francia los sucesos de 1848 daban paso, rápidamente, al nuevo imperio mientras Austria se consolidaba en sus dominios.
Después de los sucesos de 1848 el sistema político de la Santa Alianza, que había funcionado durante casi treinta años en Europa, llegaba a su fin. Lo mismo sucedía con el sistema de relaciones entre los estados, surgido del Congreso de Viena. Por otro lado, los principios del legitimismo monárquico ya casi no tenían vigencia. Todo el viejo orden, triunfador en apariencia,



Cavour y el camino de las reformas

Bien, señores, si vosotros deseáis proveer para estos tiempos no celosos, ¿sabéis cuál es el mejor medio? Consiste en hacer reformas en tiempos de paz; reformar los abusos mientras ello no está impuesto por los partidos extremos. Si deseáis reducir a la impotencia, o por menos menguar la fuerza de estos partidos, no tenéis mejor medio que quitarle el arma más poderosa, que es la de exigir la reforma de los abusos, cuya existencia no se puede negar (...). Las reformas realizadas a tiempo en lugar de debilitar la autoridad la refuerzan; en lugar de aumentar la fuerza del espíritu revolucionario, lo reducen a la impotencia... Progresad largamente en la vía de las reformas y no temáis que las mismas sean declaradas inoportunas; no temáis debilitar el poder del trono constitucional que se ha confiado a vuestras manos, porque lo reforzaréis; con ello haréis que este trono desarrolle en nuestro país raíces tan sólidas que, aun cuando se produzca a nuestro alrededor la tempestad revolucionaria, el mismo sólo podrá resistir esta tormenta sino que, además, recogiendo en torno de sí a todas las fuerzas vivas de Italia podrá conducir a nuestra nación a los altos destinos a los que está destinada.

Citado por Arnaldo Silvestrini, *Cavour*, serie "Los hombres de la Historia", Centro Editor de América Latina, 1970.

Cavour y la "Joven Italia"

En Italia una revolución democrática no tiene probabilidad de éxito. Para convencerme de ello basta con analizar los elementos de que se compone el partido favorable a las novedades políticas. Este partido no encuentra grandes simpatías en las masas; salvo algunas raras poblaciones urbanas, se hallan en general muy aferradas a las viejas instituciones del país. Su fuerza reside casi exclusivamente en la clase media y en parte en la superior. Ahora bien, tanto una como la otra tienen muchos intereses para conservar y defender. La propiedad, gracias al cielo, no es el privilegio exclusivo de ninguna clase en Italia. Aun donde existen las ruinas de una sociedad feudal, esta participa en la tercera categoría de la propiedad inmobiliaria. Sobre clases tan fuertemente interesadas en el mantenimiento del orden social las doctrinas de la "Joven Italia" no tienen influencia. Por lo tanto, a excepción de los jóvenes, entre los cuales la experiencia no ha modificado aún las doctrinas absorbidas en la atmósfera excitante de las escuelas, se puede afirmar que en Italia existe sólo un pequeñísimo número de personas seriamente dispuestas a poner en práctica los principios exaltados por una secta exasperada por la desventura. Si el orden social estuviera realmente amenazado, si los grandes principios sobre los que descansa corrieran un peligro real, estamos seguros de que se vería a muchos de los opositores más determinados, de los republicanos más exaltados, presentarse a las filas del partido conservador.

Discurso de Cavour en la Cámara, 1949.

"Si bien Cavour pertenece, por su nacimiento y por su primera educación, a la sociedad aristocrática del estado piamontés, y aun cuando la evolución social de Italia no haya seguido exactamente el mismo rumbo que la evolución de otros países, Cavour también expresa un momento de la historia de la burguesía moderna: monarquía parlamentaria, economía librecambista, tales son las dos ideas —fuerzas en torno de las cuales se desarrolla toda la actividad del estadista". Georges Bourgin.

En la ilustración: Camilo Benso, conde de Cavour.



Arriba: Garibaldi y Víctor Manuel en una caricatura de 1861.

Abajo: el parlamento italiano según un dibujo de 1865.

había sido derrotado o conmovido en su base. La cuestión nacional habría de volverse urgente tanto en Alemania como en Italia, ambas profundamente divididas.

Las insurrecciones de 1848 tienen un nuevo carácter en relación con todos los movimientos que las precedieron. Estos habían sido limitados, en la medida en que habían participado en ellos sectores ligados a las hermandades secretas, casi sin ningún apoyo masivo; en 1848, por el contrario, las masas populares toman parte y pasan a ser la principal fuerza combatiente, tanto en París como en Viena, en Milán como en Livorno. Sin embargo, "el pueblo" no tenía aún conciencia de su fuerza autónoma frente a la burguesía. Por otro lado, y con respecto al campesinado, el hecho de que éste no se levantara junto a los sectores liberales sentenció el fracaso de las revoluciones de 1848.

En Italia, concretamente, la burguesía abandonó el camino de la revolución democrática. Para Gramsci, "el movimiento de la unidad no es ni nacional ni popular, por no haber arrastrado a las masas campesinas". La burguesía tomó el camino de la "revolución moderada". El liberalismo no rechazará el compromiso con el enemigo del día anterior. Sin embargo, los movimientos de 1848-1849 en Italia tendrán su importancia en la medida en que permiten que los problemas de la unidad y de la independencia nacional dejen de ser patrimonio de grupos pequeños e ingresen en la opinión pública europea preparando el terreno para la acción diplomática del Conde de Cavour. Por otra parte, esos movimientos pusieron al descubierto los rasgos característicos de la sociedad italiana. Por un lado, los grupos reaccionarios, sólidamente unidos en la tradición de siglos de dominio, y por el otro la burguesía, que si bien busca el poder político, no advierte la necesidad de un profundo cambio estructural, en especial en el campo; por último, los incipientes núcleos proletarios, en ese momento débiles y desorientados.

El debilitamiento del papado

La unificación de Italia, impensable hasta entonces, se hace posible durante el Risorgimento debido a una serie de factores que influyen tanto en la realidad italiana como en la europea.

El debilitamiento del papado como potencia internacional europea fue una de las condiciones esenciales para que pudiera concretarse la unidad. Hasta 1700 el papado era considerado por las naciones como una potencia política, que ejercía un poder directo de dominación sobre una gran parte del territorio italiano y un poder indirecto, hegemónico, sobre toda la cristiandad. La consecuencia de este poder directo e indirecto del pontificado era la actitud hostil de las naciones contra toda forma de unificación italiana, en la medida en que, si ésta se producía, Italia quedaría bajo la tutela del Vaticano. El debilitamiento del poder del papado, ya sea como potencia europea, ya sea como potencia italiana, hizo posible el Risorgimento.

Las fuerzas de la unificación

El peso político-cultural de las viejas estructuras hizo que las fuerzas económicas y sociales que llevaron adelante la unificación no realizaran una total y completa revolución burguesa. El Risorgimento se apoya en dos clases sociales: la burguesía industrial y los grandes terratenientes. La primera tiene su centro en el Reino de Piamonte y se expresa en la política laboral de Cavour; la segunda está constituída por los sectores de las zonas central y



Cronología de la Unidad Italiana (1848 - 1871)

El movimiento nacionalista alentado por Mazzini se desarrolla en mejores condiciones tras ciertas reformas liberales que otorgan Pío IX (1846-78), Carlos Alberto Piamonte (1831-49) y el duque Leopoldo II de Toscana, en sus respectivos territorios:

Enero 1848: Como consecuencia de una sublevación en Sicilia, Fernando II de Nápoles (1830-59) se ve obligado a promulgar una Constitución (según el modelo francés de 1814).

Febrero 1849: Proclamación de la República Romana.

noticias de los levantamientos de Viena, y la caída de Metternich provocan las insurrecciones de Milán (marzo), de donde son expulsados los austríacos.

Marzo: Carlos Alberto declara la guerra a Austria, contando con la ayuda de las tropas napolitanas. Venecia se subleva contra la dominación austríaca y Manin proclama la República independiente de San Marcos. A su vez Mazzini proclama la República en Toscana. La ola insurreccional alcanza Roma: Pío IX huye a Gaeta.

Julio: La retirada de las tropas napolitanas facilita la victoria austríaca en Custozza.

Febrero 1849: Proclamación de la República Romana.

Marzo: Carlos Alberto es derrotado en Novara por los austríacos y abdica en su hijo Víctor Manuel.

Mayo 1849: Tras una dura represión sobre Nápoles y Sicilia, Fernando II anula la Constitución.

Agosto: Ocupación de Venecia.

Estado Pontificio. Ocupación de Roma por tropas francesas, que reinstauran a Pío IX (julio 1849).

Camilo Benso di Cavour (1810-61) —anglosajón por sus ideas y galo por la lengua— se enfrenta a los cambios introducidos por el desastre de 1848-49. Cofundador (1847) del periódico "Il Risorgimento" —que dará nombre a la época— y, d. 1850, ministro del gabinete D'Azeglio.

Noviembre 1852: Cavour es nombrado presidente del Consejo de Piamonte (bajo Víctor Manuel II), país que por su liberalismo, y reformas jurídicas y eclesiásticas ("Una Iglesia libre es un Estado libre") se convierte en modelo de los demás Estados italianos.

Bajo Cavour se desamortizan los bienes eclesiásticos y se fomenta el desarrollo económico. Su partido, centro-derechista, establece una alianza (*connubio*) con el centro-izquierda de Urbano Rotazzi (1808-73)

Programa para la unificación italiana: 1) renuncia a la lucha revolucionaria de Mazzini; 2) abolición del absolutismo por medio de una evolución liberal; 3) independización de toda Italia con ayuda extranjera; 4) frente antiaustríaco.

1855-56: Intervención del Piamonte en la guerra de Crimea. Cavour consigue el apoyo occidental.

1857: Fundación de la Sociedad Nacional para fomentar la unidad y lograr la independencia (Pallavicino, Garibaldi), con la protección de Cavour.

1858: Entrevista de Plombières Napoleón III promete apoyo militar al Piamonte, en caso de agresión austríaca. así como para crear una confederación italiana (Italia septentrional, central y meridional) presidida por el Papa a cambio exige Niza y Saboya. Tras el rearme del Piamonte, Cavour rechaza un ultimátum austríaco.

1859: Guerra de Austria contra el Piamonte y Francia. Victorias franco-italianas en Montebello, Magenta y Solferino (junio), y de Garibaldi en Vareas y San Fermo. Los levantamientos patrióticos en el centro de Italia y el temor a la intervención de Prusia, inducen a Napoleón III al armisticio de Villafranca (julio) con Austria.

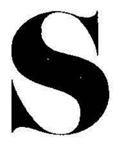
Noviembre: Paz de Zurich, por la que se confirman los acuerdos de Villafranca; Piamonte recibe la mayor parte de Lombardía, pero Austria conserva Venecia. Italia sigue desunida y Cavour dimite (en enero 1860) en señal de protesta. Se celebran plebiscitos anticonfederacionistas en Bolonia, Toscana, Parma y Módena, que favorecen al Piamonte.

1860: Tratado de Turín: anexión de Niza y Saboya a Francia.

La Baja Italia. Al morir Fernando II de Nápoles (1859), mazzinistas

meridional de Italia. La unificación debía apoyarse para expulsar al extranjero en los grandes sectores nacionales. Alrededor de un programa basado en la constitución de un fuerte estado o reino de la Alta Italia y en su ejército, Cavour consiguió el apoyo de casi la mayoría de los diputados (la excepción eran los clericales) en el Parlamento piamontés. Esto explica la no participación del campo, de las grandes masas populares, en la revolución del Risorgimento. La nueva sociedad civil y política italiana se concreta a partir de una ruptura entre la ciudad y el campo, entre el Norte y el Sur.

La acción diplomática de Cavour y la nueva guerra contra Austria


i consideramos que el motor de la unidad italiana fueron el Estado de Piamonte y la dinastía de los Saboya, lo que significa que la unificación se realizó bajo la dirección de la clase dirigente del estado piamontés, comprenderemos la política del Conde de Cavour con respecto a las grandes potencias europeas y la participación del Piamonte en la guerra de Crimea.

En 1854 Rusia invadió Turquía. Inglaterra y Francia actuaron como aliados para salvar a los turcos del poder del zar. En un principio se creyó que Austria, ligada por compromisos con el soberano ruso, sería aliada de éste. Pero no fue así: Austria se integró al frente aliado. La opinión liberal europea interpretó la guerra como un gran conflicto ideológico: la libertad contra la opresión, el progreso contra la reacción. Fueron pocos los que, como Marx y Mazzini, que esta vez coincidieron, interpretaron esa guerra como un conflicto entre las grandes potencias destinado a mantener el equilibrio europeo, que poco tenía que ver con los intereses de los pueblos.

del partido democrático de acción, (Crispi [1819-1901]), intentan la insurrección. Tras el fracaso de Palermo, los "camisas rojas" de Giuseppe Garibaldi (1807-82) acuden en su ayuda y desembarcan en Marsala (con apoyo inglés).
Mayo-setiembre 1860: Expedición de los mil "camisas rojas" a Sicilia y Calabria. Son el pretexto de evitar la anarquía y un ataque a Roma (bajo protección francesa d. 1849, de los garibaldinos, intervienen los piamonteses. Derrota (Catelfidaro) y capitulación (Ancona) de las tropas papales. Garibaldi, que domina ya Sicilia, derrota al ejército borbónico (Volturno, Caserta).
Tras su entrevista con Víctor Manuel II (octubre) y los plebiscitos de Umbría, Marca y Dos Sicilias, Garibaldi renuncia a su dictadura, facilitándoles la incorporación al Piamonte.
Febrero 1861: Rendición de Gaeta y caída de los Borbones: Francisco II de Nápoles (sucesor de Fernando II), huye a Roma. El Parlamento italiano, declara la capitalidad romana y proclama (marzo 1861) a Víctor Manuel II rey de Italia (en 1878). El nuevo Estado se ve abrumado por la falta de recursos, los contrastes entre el sur (latifundismo) y el norte (incipiente concentración industrial), así como por la oposición al centralismo y a la hegemonía piamontesa. Quedan aún por integrar Venecia (en poder de Austria) y el Estado Pontificio (que incluye Roma).
Junio 1861: Muere Cavour.
1866: Pacto con Prusia para liberar Venecia: guerra con Austria. Pese a las derrotas italianas de Custozza y Lisa y gracias a la ayuda francesa y a las victorias prusianas en Bohemia, por la paz de Viena (octubre 1866) Italia consigue Venecia, pero renuncia a los objetivos de la *Irredenta* (movimiento nacional para la anexión de los territorios del Tirol del Sur, Trentino e Istria). De acuerdo con Francia y frente a los republicanos y mazzinistas, el partido cortesano (*consortería*) favorece un compromiso en la "cuestión romana".
Estado Pontificio. —El ala conservadora de la Curia (Antonelli, secretario de Estado), el partido católico de Francia y Francisco II de Nápoles, se oponen a las reformas liberales y a un acuerdo con el nuevo reino de Italia. Garibaldi inicia en Palermo una expedición para liberar Roma ("Roma o muerte"), que termina en Calabria con la derrota de Aspromonte (1862). Captura de Garibaldi.
1864: Convención de setiembre entre Piamonte y Francia: retirada de las tropas francesas de Roma a cambio de que Italia respete el Estado Pontificio. El traslado del gobierno italiano de Turín a Florencia (gabinete La Mármora) se interpreta como la renuncia a la capitalidad de Roma: disturbios populares. En la encíclica (1864) "Syllabus errorum", Pío IX (1846-78) condena las teorías sociales o instituciones no tradicionales: sindicalismo, liberalismo, democracia. Propugna la sumisión de los poderes temporales a las directrices eclesiásticas.
1867: Marcha de Garibaldi sobre Roma: nuevo desembarco de tropas francesas y derrota garibaldina de Mentana. El papa consagra con el *Non expedit* la abstención que deben observar los católicos respecto a la vida pública del nuevo reino italiano. Rattazi confisca los bienes eclesiales.
1869: Primer Concilio Vaticano: dogma de la infalibilidad (*ex-cathedra*) del papa (1870). A consecuencia de la guerra prusiana (setiembre 1870) las tropas italianas del general Cadorna ocupan el Estado Pontificio.
1871: El Vaticano, barrio romano donde se halla situada la basílica de San Pedro, se constituye en único ámbito de la soberanía papal. El pontífice rechaza las Leyes de Garantía (reconocimiento de la independencia espiritual) que le ofrece Italia y se considera prisionero. Roma pasa a ser, tras un plebiscito, capital del reino de Italia.

"En Italia una revolución democrática no tiene ninguna probabilidad de éxito" Cavour, 1849.

El periódico francés "Le Grelot" satiriza el pronunciamiento de Garibaldi durante la guerra franco-prusiana de 1870.

El Conde de Cavour logró hacer participar al Reino del Piamonte, con un pequeño ejército, en la guerra de Crimea, como aliado de Inglaterra y Francia. Con la caída de Sebastópol finalizó la guerra y con ello se derrumbaron también las esperanzas de los sectores liberales que querían comprometer a las grandes potencias en una guerra general que tuviera como propósito el reordenamiento europeo. Con todo, la participación en el conflicto del Reino de Piamonte ubicó a éste en otro nivel, junto a las grandes naciones. En el Congreso de París de 1854 el Conde de Cavour pudo desprestigiar a Austria frente al resto de Europa y de alguna manera consiguió comprometer a algunos países, como Inglaterra y Francia, en la futura guerra de los italianos contra los austríacos.

El partido moderado se pone al frente del Reino de Piamonte, dirige su política. Los liberales de Cavour, según Gramsci, "conciben la unidad como el ensanchamiento del estado piamontés y del patrimonio de la dinastía; no como un movimiento nacional desde abajo, sino como una conquista del rey". Por consiguiente, y coherentemente con esta política, el conde de Cavour habría de concertar, el 20 de julio de 1858, un pacto, el de Plombières, con el total desconocimiento de la diplomacia oficial. Las bases de este tratado eran las siguientes: la Italia que debía surgir de la guerra contra Austria se ordenaría de esta manera: un Reino del Piamonte, abarcando todo el Norte, bajo la dinastía de los Saboya; el Estado Pontificio, limitado a Roma; un Reino de Italia central (con Toscana y el resto de los estados papales), y el Reino de las Dos Sicilias. Murat y la Duquesa de Parma eran los posibles candidatos a los tronos de Nápoles y Florencia. Los cuatro estados estarían reunidos en una Confederación italiana bajo la presidencia del Papa. Por último, el tratado contemplaba la cesión de Saboya y Niza a Francia.

A través de este pacto se pueden ver con claridad los objetivos de Napoleón III. En última instancia se trataba de sustituir en Italia la presencia austríaca por el dominio francés.

El 23 de abril de 1859, mediante un ultimátum, Austria exige al Piamonte que se desarme y que no continúe las obras de fortificación. Tres días después se inicia la guerra, con el apoyo de Francia. Esta es rápida y victoriosa. En la Emilia y Toscana se producen insurrecciones populares, y los duques filo-austríacos y el Papa son derrotados. El gobierno queda en manos de Víctor Manuel.

La consecuencia de la guerra es provocar en Italia un vasto movimiento revolucionario. En Toscana, abandonada por el gran duque y donde Ricasoli constituye un gobierno provisional, Cavour frente a las fluctuaciones de la opinión pública, envía un comisionado, Boncompagni, encargado de preparar la anexión. Análogos acontecimientos se producen en Parma, Módena y las Romagnas, donde la anexión a Piamonte es solicitada por los gobiernos provisionales. Tales resultados estuvieron, es verdad, en peligro, a causa del armisticio de Villafranca que Napoleón III firmó con el emperador de Austria después de la victoria de Solferino, el 11 de julio, estipulando la cesión de Lombardía únicamente y el restablecimiento de los soberanos legítimos en Florencia y Módena; Cavour, ofendido, creyó que debía presentar la renuncia. Pero Piamonte se aprovecha, inmediatamente después de Villafranca, del relajamiento que sufre la idea federal; en toda Italia el movimiento propicio a la anexión irresistible. Entre Toscana, Parma, Módena y las Romagnas se concierta una liga militar y se ofrece la regencia al príncipe de Carigano, primo de Víctor Manuel. Napoleón renuncia a que se apliquen los Preliminares de Villafranca y Cavour, vuelto al poder en enero de 1860, negocia con él la anexión de los territorios disputados mediante el abandono de Saboya y de Niza (marzo de 1860). Plebiscitos en masa, por ambas partes, confirman las decisiones diplomáticas." (Droz-Genet-Vidalluc).

[illegible] ANNÉE — N° [illegible] PARIS ET DÉPARTEMENTS : 15 CENTIMES LE NUMÉRO [illegible] Juin [illegible]

REDACTION
[illegible] rue des Petits-Champs, [illegible]
PARIS

ABONNEMENTS
PARIS ET DÉPARTEMENTS
Un an....... [illegible] fr. »
Six mois..... 4 »
Trois mois... [illegible] »

[illegible]
Lettres et Mandats à M. [illegible]
directeur gérant
[illegible] rue des Petits-Champs [illegible]



ADMINISTRATION
[illegible], rue des Petits-Champs, [illegible]
PARIS

ABONNEMENTS
PAYS DE L'UNION POSTALE
Un an....... 10 fr.
Six mois..... 5 »
Trois mois... 2 50

L'Agence [illegible], rue d'Amboise,
est seule chargée
de recevoir les annonces
pour le journal

La dernière *PENSÉE* de Garibaldi

La expedición de los "mil"

En 1860 estalla, con pocas posibilidades de éxito, en la Sicilia borbónica, que no había participado en la guerra contra Austria, una revuelta dirigida por el mazziniano Crispi. Es entonces cuando Garibaldi organiza su ejército de socorro, formado por obreros, artesanos e intelectuales, que se embarca en mayo de 1860, en Génova rumbo a Sicilia. Garibaldi conquista Palermo el 6 de julio de 1860 y el 20 de julio en la batalla de Milasso derrotó definitivamente a las tropas borbónicas.

El campesinado, indudablemente, apoyó a los legionarios en su empresa. En Sicilia la situación de los campesinos era muy precaria, agravada por las pesadas cargas fiscales. Garibaldi, durante su permanencia en la zona, decretó la abolición del impuesto sobre la molienda, ordenó el reparto de las tierras comunales entre los campesinos, en julio, y, más tarde, en octubre del mismo año, la división de los bienes eclesiásticos. Lo que necesitaban los campesinos italianos de Sicilia para pasar de una posición legitimista a una posición de izquierda era tener la certeza de que el rey y la Iglesia estaban del lado de los ricos y de los señores feudales locales. Y esto lo consiguió en alguna medida Garibaldi con su radicalismo populista. Pero, a pesar de ello, Garibaldi entregó el reino de las Dos Sicilias a Víctor Manuel, que el 17 de marzo de 1861 se convirtió oficialmente en rey de Italia. Las clases dirigentes italianas y la monarquía aprovecharon para sí la acción de Giuseppe Garibaldi. Los sectores terratenientes y burgueses del sur retornaron a su antigua posición desalojando a los campesinos nuevamente de sus tierras. Inclusive sectores del ejército garibaldino apoyaron a los propietarios en su lucha contra los campesinos.

Con respecto a esto, Gramsci señaló que existía "una cierta tendencia a sobrestimar el aporte de las clases populares al Risorgimiento, insistiendo particularmente en el fenómeno del voluntariado". Las "vanguardias", que participaron como fuerza militantes en las campañas de unificación nacional, no fueron la expresión de un movimiento popular autónomo, sino de un movimiento voluntario separado de la masa. Y la solución del "voluntariado" era una solución de autoridad, venida de arriba, legitimada formalmente con el acuerdo de los mejores. El "voluntariado" del Risorgimento era al mismo tiempo la expresión de la pasividad de las masas. La acción de los campesinos hubiera sido por cierto posible, pero para ello la burguesía italiana hubiera debido girar hacia el jacobinismo, cosa que no fue posible por su propia debilidad interna como clase y por la situación europea posterior a 1815.

Las fuerzas político-culturales que llevaron adelante la unificación se agruparon en dos partidos: el partido Moderado y el partido de Acción Popular . El estudio de la acción política y cultural de estos dos partidos nos proporciona la explicación de la génesis y la formación "no popular" del Estado derivado del Risorgimento.

El partido de Acción Popular, pese a su falta de apoyo en una clase social histórica, representaba a las fuerzas populares revolucionarias, de tendencia jacobina, y por este hecho encarnaba las únicas fuerzas de tipo nacional capaces de profundizar la revolución y de llevarla al campo. Pero la desconfianza de Mazzini hacia los sectores campesinos impidió que esto se realizara. Es decir, el partido de Acción Popular, al no llevar adelante una política jacobina, no profundizó la revolución. Las oscilaciones y las carencias del partido de Acción Popular hizo que terminara subordinándose al de los moderados.

Conclusiones

Debido a su supremacía cultural, el partido moderado pudo reagrupar todas las fuerzas nacionales, ya fueran populares —por la acción indirecta sobre el partido de Acción Popular—, ya fueran reaccionarias, al suscitar el desarrollo de un movimiento católico liberal. Según Gramsci, el hecho de que "el movimiento liberal hubiese logrado suscitar la fuerza católica liberal e incluso obtener que Pío IX se metiese, aunque fuera por poco tiempo, en el terreno del liberalismo, constituyó la obra política maestra del Risorgimento y señaló el punto más importante para el desligamiento de las viejas ataduras que habían impedido hasta entonces pensar concretamente en la posibilidad de un estado unitario italiano.

Los moderados ejercen una hegemonía indiscutible sobre los intelectuales, y mediante estos sobre el programa educativo y sobre toda la vida de la nación. El partido de Acción Popular, por su carencia de un programa político definido, no supo poner a las masas en contacto directo con el Estado en formación.

La no inclusión de las masas en el proceso de unificación nacional explica la limitaciones del Risorgimento.

Bibliografía

Hobsbawm, Eric J.: *Las revoluciones burguesas*, Barcelona, Ed. Guadarrama, 1971.

Weill, George: *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad.* México, Ed. UTEHA, 1961.

Corsi populari di studio: *Breve storia dello Stati unitario.* Editori Riuniti, 1960.

Buzzi, A. R.: *La teoría política de Antonio Gramsci.* Barcelona, Ed. Fontanella, 1969.

Cole, G. D. H.: *Historia del pensamiento socialista.* México, Fondo de Cultura Económica, 1957. Tomo I, "Los precursores" (1789-1850).

Droz - Genet - Vidalenc: *La época contemporánea I, (1815-1871).* Buenos Aires, Ed. Eudeba, 1966.

Alemania en 1848: revolución y contra-rrevolución

Martha Castiglione

El año 1848 fue crítico para el proletariado alemán. Las luchas que conmovieron a Europa y la aparición del "Manifiesto Comunista" marcaron un hito importantísimo en la historia del movimiento obrero.

Con excepción de los Países Escandinavos, la Península Ibérica, Turquía, Rumania e Inglaterra, toda Europa fue conmovida en 1848 por un movimiento revolucionario cuya simultaneidad de procedimientos y similitud de objetivos revela la existencia de una red de organizaciones secretas que permitió que el movimiento se extendiera a partir de los sucesos de Francia. Sectores de la burguesía, pequeña burguesía, los grupos obreros adheridos a las ideas del socialismo serán sus protagonistas. En el caso de Alemania, como en el de Italia, el movimiento levantará como consigna la unidad nacional.

Pronto surgirán las discrepancias entre los grupos que luchan juntos en la revolución. Cuando los burgueses y los pequeños-burgueses hablaban de libertad, lo hacían en un sentido político liberal, es decir, reclamaban la libertad de prensa, el sufragio universal, una constitución. Cuando el proletariado en formación hablaba de libertad se refería en cambio, directa o indirectamente, en la medida en que no se había planteado todavía con claridad sus objetivos, a su liberación como clase explotada. Como en otros casos, 1848 significó un gran avance para el proletariado alemán. Este en un comienzo actuó como aliado de la burguesía, pero las actitudes de esta, sus pactos y acuerdos con la nobleza, sus medidas represivas, su indiferencia ante las reivindicaciones obreras, lo harán profundizar sus objetivos autónomos, tomar conciencia de que sus intereses son opuestos a los de la clase junto a la cual ha pretendido luchar para enfrentar al antiguo régimen.

La revolución que se produjo en Alemania puso en evidencia no solamente la incapacidad de la burguesía nacional tanto para resolver la cuestión nacional sin pactar con la aristocracia como para llevar hasta el fin la revolución democrático burguesa, sino también el hecho de que la aristocracia feudal y la burguesía liberal podían entenderse muy bien cuando el proletariado ponía en peligro el orden social y la propiedad privada.

Alemania en la primera mitad del siglo XIX

l iniciarse el siglo XIX Alemania era una confederación constituida por 39 Estados independientes (entre ellos un imperio, Austria, y un estado, Prusia, que se habían fortalecido a partir del siglo XVII) y cinco ciudades. El emperador era elegido por los príncipes más poderosos de la Confederación. Los delegados de los príncipes se reunían en una Asamblea o Reichstag cuyas decisiones carecían, al igual que las del emperador, de poder efectivo ya que cada componente de la Confederación era soberano y se regía por sus propias leyes. El punto más elevado de unidad entre los Estados alemanes fue logrado en 1834 con la creación de la Unión Comercial (*Zollverein*), en la cual participaban dieciocho Estados. Prusia, que era el Estado más grande y el que había logrado el mayor desarrollo capitalista, estaba a la cabeza y Austria quedaba excluida. Por la Unión Comercial y Aduanera se abolían las tarifas aduaneras entre los Estados firmantes y se creaba un tesoro común. El *Zollverein* constituyó un triunfo político de Prusia sobre Austria y fue un paso decisivo en su intento de lograr un rol hegemónico en Alemania.

A comienzos del siglo XIX Alemania, si se la compara con Francia e Inglaterra, era un país económicamente atrasado. La revolución industrial se realiza tardíamente: su inicio data de la cuarta década del siglo XIX. El desarrollo del capitalismo en Alemania era, por lo tanto, incipiente, en el momento de la Revolución de 1848. El modo de producción feudal seguía siendo predominante tanto en la ciudad como en el campo.

Las tres cuartas partes de la po-

A comienzos del siglo XIX Alemania era un país con una economía relativamente atrasada, predominando el modo de producción feudal y el régimen de servidumbre. Recién en 1834 se crea el "Zollverein", la Unión Comercial de los Estados alemanes, que permitirá la gradual introducción del capitalismo en el país. En la ilustración superior: una caricatura de 1834 muestra a F. List, defensor del "Zollverein", cortando los hilos que atan al trabajador alemán con la banca inglesa. En la ilustración inferior: trabajos rurales en el valle del Rhin.

blación vivían en el campo y las dos terceras partes se dedicaban exclusivamente a la agricultura. El campesinado, agobiado por las cargas feudales, reducido a la servidumbre, soportaba un duro régimen, especialmente cruel en Alemania oriental.

"Mientras que en Inglaterra y Francia –afirma Marx en *Revolución y contrarrevolución en Alemania*— el feudalismo estaba completamente destruido, o por lo menos reducido, como ocurría en la primera de dichas naciones a proporciones insignificantes, por una poderosa y rica clase media concentrada en las ciudades y particularmente en la capital, la nobleza feudal en Alemania había conservado una gran cantidad de sus antiguos privilegios. El sistema feudal prevalecía en todos los ámbitos."

La Revolución Francesa, por supuesto, había quebrantado, en parte a la estructura feudal alemana, especialmente en los Estados occidentales. La Asamblea Nacional de París había abolido en 1789 los derechos feudales, y esta decisión afectó inmediatamente a los príncipes y señores que tenían bienes en Alsacia. Las guerras ganadas por los ejércitos de la Revolución y luego por Napoleón completaron parte de esta obra: los derechos feudales fueron abolidos en los Estados del sur. Esto aumentó las contradicciones entre los Estados occidentales y del sur y los Estados de la zona oriental alemana, donde prevalecía la servidumbre y donde, a pesar de los intentos de abolirlas, los señores se impusieron. Incluso, en 1821, se apoderaron de los bienes comunales (conjuntos de tierras donde los campesinos llevaban a pastar el ganado, o, en el caso de los bosques, recogían madera).

Había en Alemania una clase de pequeños y medianos campesinos propietarios de tierras más o menos extensas. Pero muchos de estos pequeños propietarios sólo lo eran nominalmente ya que su propiedad estaba tan cargada de hipotecas que el verdadero dueño era el usurero. Lo cierto es que la masa de campesinos pequeños propietarios libres era muy reducida y la mayor parte del campesinado seguía sometido a estado de servidumbre. Una parte del campesinado arrendaba tierras. El canon del arriendo eran tan elevado que sólo cuando la cosecha era muy buena el campesino obtenía lo necesario para subsistir. En el caso contrario, mientras el hombre azotaba a su familia, dejaba de pagar el arriendo y quedaba, por consiguiente, a merced del gran propietario.

Existía, además, una clase de obreros agrícolas que se empleaban por un salario en las grandes propiedades. Estos vivían en un estado de completa inseguridad y miseria puesto que su trabajo no es fijo. Sólo se los empleaba en ciertas épocas. Este grupo era particularmente extenso en el este y norte de Alemania.

Los cuatro sectores de trabajadores agrícolas que hemos señalado (campesinos siervos, pequeños arrendatarios, pequeños propietarios libres y obreros agrícolas) se aliaron durante el proceso revolucionario a las clases que en la ciudad lucharon contra la monarquía y el feudalismo. Pero es en el grupo de los obreros agrícolas donde el proletariado urbano encontró su aliado más importante.

En Austria y Hungría se planteaotro problema entre señores y siervos, ya que muchas veces pertenecían a grupos nacionales distintos. El campesino que luchaba contra su señor veía en él, en estos casos no sólo a su enemigo de clase, sino también al representante de una nacionalidad extraña que lo explotaba.

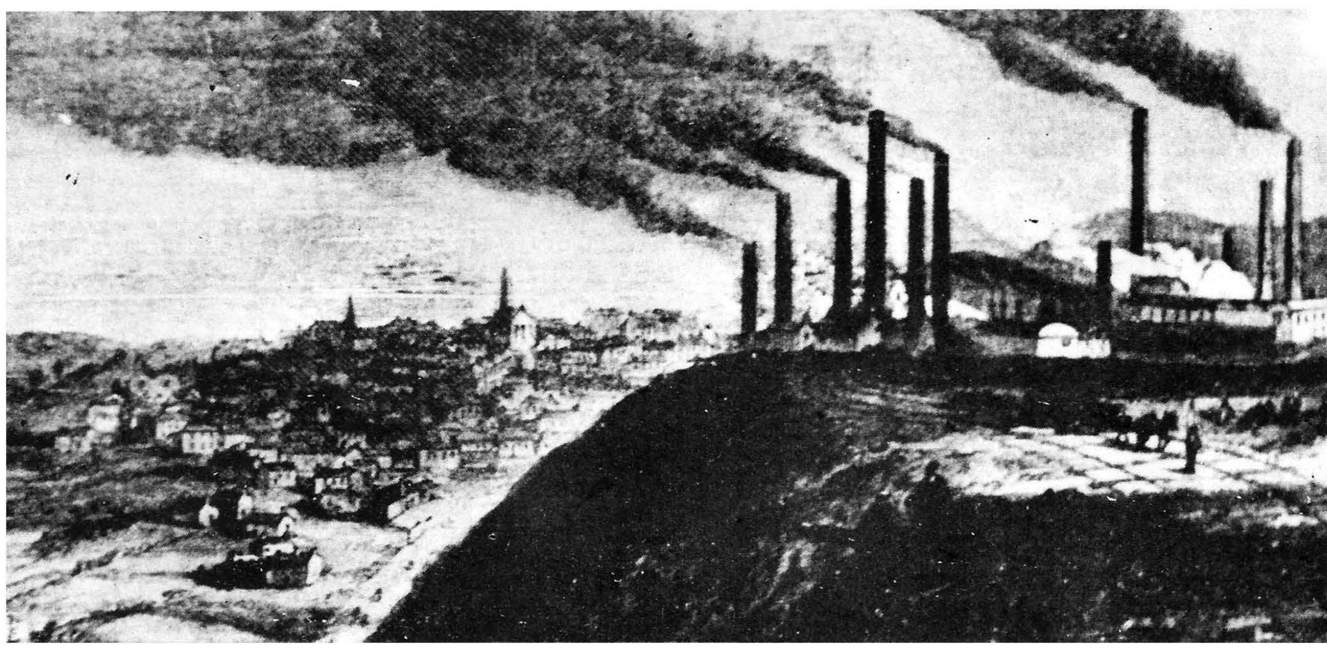
La gran propiedad predominaba al este del río Elba. En el SO. y el valle del Rhin, en cambio, la mediana y pequeña propiedad estaban más difundidas. Los descubrimientos en el dominio de la química agrícola y el conocimiento de las condiciones que reglan el crecimiento de los vegetales llevaron a utilizar en la agricultura métodos más racionales. Los grandes propietarios iniciaron una serie de mejoras en sus dominios: se suplantó el antiguo sistema de rotación trienal (por el cual había que dejar

Deutsches Zollmanöuver.



Ansicht der Ludwigs = Eisenbahn
Abfahrt von Nürnberg

Ankunft in Fürth



un tercio de tierra sin cultivar cada año) por el sistema de alternancia de cultivos, lo que permitió diversificar la producción a la vez que aumentar el rendimiento; se introdujeron nuevos cultivos (remolacha azucarera, nabos, forrajeras); comenzaron a utilizarse abonos artificiales; en la ganadería se ponen en práctica técnicas para el mejoramiento de las razas, se instalan lecherías. Pero de todos estos cambios el más importante fue, sin duda, la costumbre de contratar obreros agrícolas por un salario. La creación de la Unión Aduanera y al aumento del precio de los cereales, entre 1830 y 1840, beneficiaron especialmente a Prusia, la principal exportadora.

Podemos afirmar que el comienzo del capitalismo agrario en Prusia se produjo en la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, en esa época todavía el modo de producción predominante seguía siendo el feudal.

En las ciudades la producción en talleres de tipo artesanal seguía siendo la más común. El sistema de trabajo domiciliado se había extendido en el campo, especialmente en la producción de telas de lino, fustanes (algodón y lino), y en una gran variedad de rubros en la minería (cobre, hierro, carbón), y en la metalurgia y en la fabricación de vidrios y relojes.

Entre 1830 y 1840 con la instalación de los ferrocarriles y la creación de la Unión Comercial y Aduanera, se inicia una etapa de desarrollo de la manufactura, especialmente en Silesia, Sajonia, el distrito del Rhin y Prusia. El desarrollo industrial más importante se dio en Sajonia, que llegó a tener en funcionamiento 250.000 máquinas hilanderas, el 58 % de las cuales eran movidas por fuerza hidraúlica. En 1847 empezaron a producir en Renania los primeros hornos de coque. En los distritos de Aquisgrán, Colonia y Düsseldorf, se concentraba un importante proletariado que trabajaba en algodón, minas y armamentos, metalurgia, colorantes, plomo, hierro, imprentas.

Las transformaciones económicas y el ritmo acelerado que sufre Alemania en este período se evidencian en las siguientes cifras: entre 1830-1850 se triplicó la producción de carbón de piedra y la de hierro pasó de 130.000 toneladas, en 1830, a 410.000, en 1850. El consumo anual de algodón aumentó de casi 9.000 toneladas a 14.500 toneladas. La metalurgia llegó a tener en este período una importancia tan grande como la industria textil.

También se desarrollaron las comunicaciones, las líneas férreas pasan de 2.000 km. a 6.000 km., en 1850. En 1838 se dictó en Prusia una ley que facilitó la creación de sociedades ferrocarrileras. En 1835 había comenzado a funcionar el primer ferrocarril en Prusia y en 1839 fue inaugurada la línea Leipzig-Dresde. Pero no sólo se extendieron las líneas férreas. También se construyeron en esta época importantes carreteras y canales. Todo este desarrollo de las comunicaciones significó un vigoroso impulso para la industria. Sin embargo, durante largo tiempo el crecimiento industrial se vio trabado por la falta de un mercado interno. Alemania seguía siendo un país donde la mayor parte de la población vivía en el campo y el campesino tenía y usaba poco dinero o satisfacía sus necesidades en el pequeño mercado local. Además el hecho de que una parte tan importante de la población estuviera arraigada a la tierra, dificultaba el desarrollo y la generalización de una industria de tipo moderno, al no permitir la formación de un mercado libre de trabajo. La otra gran traba para la formación de un mercado interno lo constituye el hecho mismo del desmembramiento político de Alemania.

El proletariado vivía bajo un régimen de dura explotación. Las jornadas de trabajo eran de 11 a 13 horas para los niños, y de 14 a 16 horas para los adultos. Se prefería la mano de obra infantil y femenina por ser más barata. Los salarios eran, en general, bajos, especialmente en la industria textil, en la cual por salarios miserables se recluta-

Arriba: anuncio de la inauguración de la línea férrea entre Nuremberg y Fürt. Entre 1830 y 1840 con la instalación de los ferrocarriles se inicia un etapa de desarrollo para Alemania. La explotación de carbón y de hierro crecen y la industria metalúrgica se consolida, creando así importantes concentraciones proletarias. Abajo: centro industrial en Colonia.

En 1849 se publica esta caricatura con la siguiente inscripción: "El proletariado es explotado por la burguesía, la burguesía es oprimida por la nobleza; de este modo se mantiene la pirámide del estado". En la cima —y tomando con ambas manos los símbolos del poder— la figura de Federico Guillermo IV.

ba una mano de obra constituida fundamentalmente por mujeres y niños. Esta situación provocará rebeliones, la más importante de las cuales será, como veremos, la de los tejedores de Silesia. En 1839 se dictó la primera ley de protección obrera, que prohibía el empleo de niños menores de nueve años en minas y molinos de mineral y que estipulaba que los menores de 16 años sólo podían cumplir una jornada de 10 horas. Pero esta ley no pasó del papel, puesto que no existían organizaciones obreras que garantizaran y reclamaran por su cumplimiento. El desarrollo de la industria permitió a la burguesía realizar una importante acumulación de capital. Pero en su desenvolvimiento se verá trabada por la desorganización política reinante en un país sometido al arbitrio de 39 príncipes, con caprichos y tendencias opuestas, por la existencia de una burocracia ignorante que trababa todas sus transacciones, por la supervivencia de lazos feudales que trababan el comercio y por la falta de un mercado interno. Vale decir que la necesidad de la unificación política de Alemania se hacía para la burguesía más imperiosa cuanto más se desarrollaba económicamente.

Los cargos administrativos y del ejército estaban en manos de la nobleza, considerada el primer orden del Reich. La burguesía se esforzó en vano por obtener algún tipo de participación en la administración estatal, fundamentalmente en el manejo de las finanzas, ya que ella era la principal contribuyente.

Si comparamos el desarrollo político de la burguesía alemana con el de la burguesía de otros países europeos veremos que su atraso es evidente, por cuanto, mientras en el resto de Europa comenzaban las primeras luchas entre la burguesía y el proletariado, la burguesía alemana no había logrado aún quebrar la hegemonía política de la clase feudal. El atraso político de la clase obrera alemana con respecto a la de Francia y a la de Inglaterra era semejante al atraso que la burguesía alemana tenía con respecto a la de esos países. Esta situación es de suma importancia puesto que, como afirma Marx, "el movimiento de la clase trabajadora por sí sola nunca es independiente y nunca es de un carácter exclusivamente proletario hasta que los elementos de la clase media y, especialmente, su elemento más progresivo, o sea, el de los grandes fabricantes, haya conquistado el poder político y constituido el Estado con arreglo a sus necesidades".

En Alemania la clase urbana más numerosa, a mediados del siglo XIX, estaba formada por jefes de gremios, maestros artesanos, pequeños comerciantes, mercaderes. Esta clase de "pequeños burgueses", colocada a mitad de camino entre los grandes fabricantes y comerciantes, es decir la burguesía propiamente dicha, y los trabajadores asalariados o proletariado, desempeñó un papel decisivo en el proceso revolucionario. Su situación intermedia la llevó a oscilar permanentemente entre dos polos. Por un lado aspiraba a ocupar un lugar en las filas de la burguesía (de ahí que no se atreviera nunca a tomar medidas radicales); por otro, se sentía enfrentada con los grandes capitalistas pues con el desarrollo de las manufacturas se había ido arruinando, paulatinamente, hasta estar cercana a la proletarización.

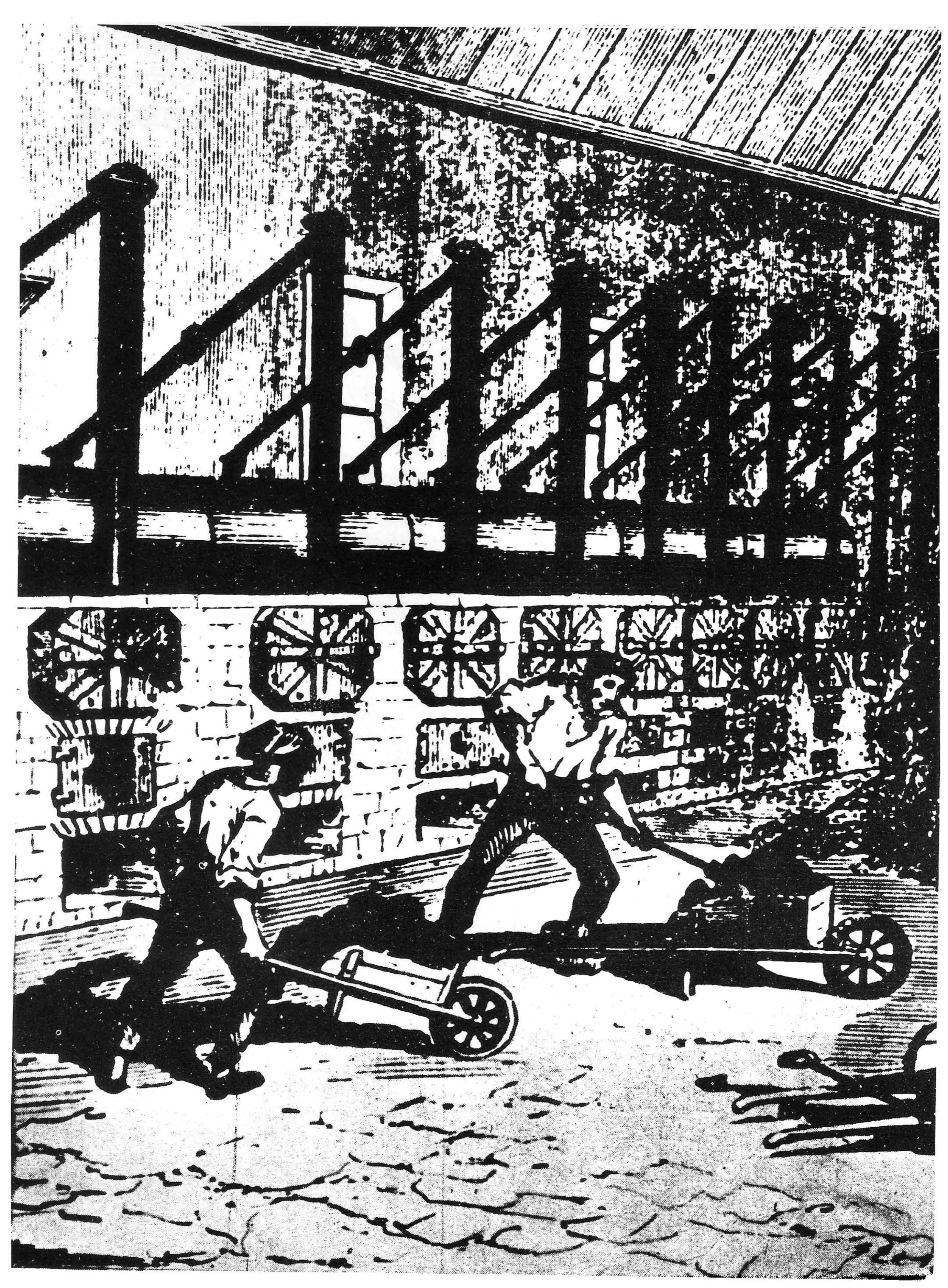
Además, como no tenía ningún tipo de protección por parte del gobierno, fue la que soportó con mayor rigor el peso de la crisis. Ve esquilmados sus ahora reducidos ingresos y no tiene, por supuesto, ningún tipo de participación en las esferas gubernamentales para poder defender sus intereses. Así, en situaciones de extrema tensión y crisis se convierte en una aliada del proletariado. Sin embargo, mantendrá su actitud pendular e indecisa, pasando alternativamente de oposición feroz al gobierno a la claudicación y la traición a la Revolución.

Japanische Tändeleien nach Rappo,

oder

ie die Lasten des Staates gleichmäßig vertheilt sind, um die Krone balanciren zu kön





La situación política antes de la revolución



A la muerte de Federico Guillermo III de Prusia, en 1840, le sucedió en el trono su hijo Federico Guillermo IV. La burguesía había puesto toda su esperanza en el nuevo monarca. Esperaba que concediera una Constitución que renovara el viejo aparato estatal prusiano, promulgara la libertad de prensa, estableciese juicios por jurados y promoviese otras reformas liberales. Esta expectativa fue defraudada. Sin embargo, ante el aumento de las dificultades financieras del reino, y dado que la burguesía era la principal contribuyente, el rey se vio obligado a hacer concesiones para poder continuar reinando. Convocó, entonces, en 1847, para hacer frente a la crisis, a las Dietas provinciales, creadas por una ley de 1823 que nunca se había puesto en vigencia. Las Dietas provinciales estaban constituídas por representantes de la alta nobleza, de la nobleza menor o caballeros, de la burguesía de las ciudades, de los artesanos y de los agricultores de las aldeas. Cada Dieta provincial elegía un Comité o Junta Directiva que debía concurrir a Berlín a fin de constituir la Asamblea de Representantes o Dieta Unida. El motivo de la convocatoria era la necesidad de crear nuevos impuestos que, según el gobierno, serían empleados para la construcción de un ferrocarril estatal. Una vez reunidos, los representantes de las Dietas pusieron como condición para provinciales votar los nuevos impuestos, que el monarca concediera una constitución y declarara la libertad de imprenta. Pero el rey se mantuvo firme en su decisión de no dictar una constitución liberal y finalmente resolvió disolver la Dieta Unida sin lograr que se votasen los nuevos impuestos. Todo este episodio puso en evidencia que tanto en las clases urbanas (pequeña burguesía y burguesía) como en el campesinado y en parte de la nobleza menor existía un sentimiento antigubernamental y que esos sectores, con diferentes grados de compromiso, estaban dispuestos a enfrentar a la monarquía.

Austria estaba regenteada por el príncipe Metternich (enemigo acérrimo de las ideas liberales y nacionalistas) quien había implantado un régimen absolutista apoyándose en la nobleza feudal y en la burguesía financiera. Por todos los medios su gobierno trataba de impedir el contacto de Austria con el resto de Alemania y de Europa, controlando la prensa y vigilando la entrada de publicaciones "subversivas" desde el extranjero. Sin embargo, a fines de 1847, la opinión antigubernamental se expandía día a día, y se vivía un clima de agitación política similar al que se daba en el resto de Europa.

En los demás Estados alemanes la situación tenía otra característica. A raíz del movimiento revolucionario de 1830 algunos Estados menores de la región central del país habían logrado que se dictaran constituciones más o menos liberales. No obstante, el sector más vigoroso y más enérgico de la burguesía de estos Estados había perdido las esperanzas de obtener un gobierno parlamentario, puesto que, en la práctica, las constituciones no habían sido tomadas en cuenta y el poder de decisión seguía sometido a la Dieta federal, vale decir, a Prusia y Austria. Sin embargo, por el hecho mismo de haber dictado sus constituciones poseían una experiencia y una práctica liberal que no existía en los otros Estados alemanes. El sometimiento de la corte, la administración y el ejército federal.

En cuanto al papel político desempeñado por la Iglesia, tanto la católica como la protestante, se caracterizaba por la alianza con la clase dominante y la monarquía. Atacar sus ortodoxias significaba atacar el "orden constituído" y, por lo tanto, atacar al gobierno. Es esto lo que motiva el surgimiento de dos sectas heréticas: los "libres con-

Hornos de coque en Renania. Las jornadas de trabajo eran de 14 a 16 horas para los adultos, pero se prefería la mano de obra infantil o femenina por ser más barata.

H. Heine: "Alemania. Un cuento de invierno"

Amigos, quiero cantar una canción nueva,
una canción mejor.
Queremos establecer aquí abajo, en la tierra,
el reino celestial.
Queremos ser felices aquí abajo
y no sufrir más miseria;
no queremos ver más vientres perezosos engullir el producto
de manos diligentes.
Aquí abajo hay suficiente pan para todos los hombres de la tierra,
y también rosas, mirtos, belleza y placer,
sin hablar de las dulces arvejas.
Sí, arvejas dulces para todos, cuando abran las vainas
y el cielo se lo dejemos a los ángeles y a los gorriones.

19 de octubre de 1844.

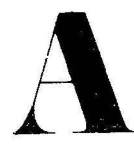
La Liga de los Justos y su organización

En Londres, como en Suiza —aunque aquí en menos medida—, les favorecía la libertad de reunión y asociación. El 7 de febrero de 1840 ya había sido fundada la Asociación Cultural de Obreros Alemanes, que todavía existe. Esta asociación servía a la Liga como zona de reclutamiento de nuevos miembros, y puesto que los comunistas eran, como siempre, los más activos y más inteligentes de la asociación, fácilmente se comprende que la dirección de ésta se encontrase totalmente en manos de la liga. La liga pronto tuvo en Londres varias comunas o "cabañas", como todavía se llamaban por aquel entonces. Esta misma táctica, lógica y natural en aquellas condiciones, era la que se seguía en Suiza y en otros países. Donde era posible fundar asociaciones obreras, se las utilizaba del mismo modo. Donde las leyes lo prohibían, los miembros de la liga entraban en asociaciones corales, gimnásticas, etc. El enlace lo mantenían casi siempre los afiliados, que entraban y salían constantemente de los diversos países y que actuaban también, cuando hacía falta, como emisarios. Ayudaba eficazmente a la liga en ambos aspectos la sabiduría de los gobiernos, convirtiendo a cada obrero indeseable —que en el noventa por ciento de los casos era un afiliado a la liga—, mediante su expulsión, en un emisario.

Tomado de F. Engels: *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas.*

gregacionistas" y los "protestantes disidentes", desprendidas, respectivamente, del catolicismo y del protestantismo. El punto de contacto de estas dos sectas era la lucha por una Iglesia única alemana, lo cual no era sino plantear en el terreno de la religión una aspiración política compartida por todo el pueblo alemán.

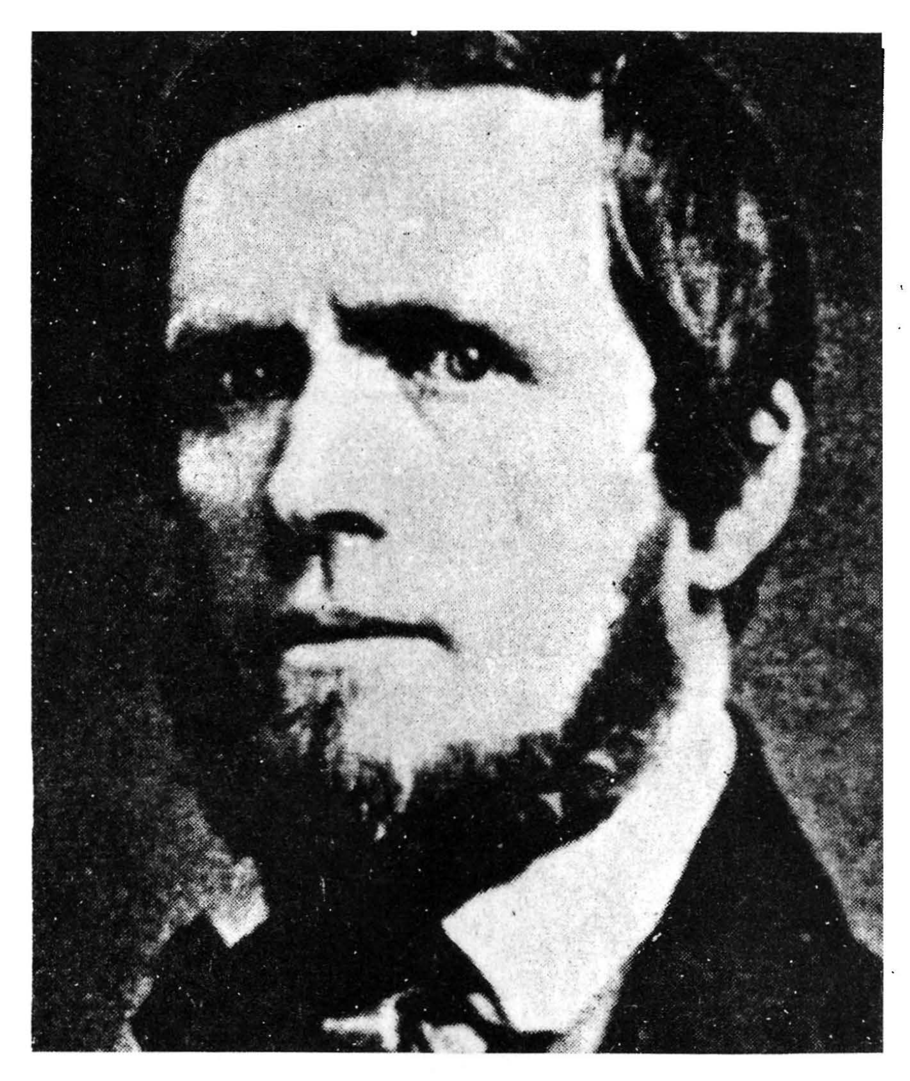
La primera época del movimiento obrero alemán: 1836 - 1852



Al iniciarse la década de 1840 no existía lo que podemos llamar un movimiento obrero organizado. Las formas de organización existentes se asemejaban mucho a las viejas organizaciones artesanales. Eran asociaciones de ayuda mutua que carecían de todo carácter político autónomo. Si lo tenían era con respecto al apoyo que daban a los movimientos liberales que luchaban por una constitución. En el período que sigue a la derrota de Napoleón no se produjo en Alemania una gran difusión de las ideas socialistas, como ocurrió en otros países. Sólo con el movimiento revolucionario de 1830 las ideas socialistas francesas comenzaron a difundirse y a ganar adeptos entre los trabajadores alemanes.

A partir de la década de 1830 las ideas de Saint-Simon se difunden entre los intelectuales y los demócratas. Posteriormente, el pensamiento de Fourier, que respondía más a los intereses de la clase trabajadora, comienza a ejercer influencia entre los obreros y artesanos.

Las doctrinas socialistas francesas de Saint-Simon, Luis Blanc y Proudhon eran la expresión de los intereses de la pequeña burguesía, perjudicada por el avance del capitalismo. De ahí que estos pensadores apoyaran la propiedad privada y la posibilidad de cambiar el sistema capitalista mediante una serie de



Arriba: Wilhelm Weitling, el primer teórico alemán del comunismo utópico.
Abajo: Enrique Heine, famoso poeta romántico alemán. Sus sarcásticos escritos fueron prohibidos por la Confederación germánica.



Neue Rheinische Zeitung.

Organ der Demokratie.

№ 1. Köln, Donnerstag, 1. Juni 1848.

Die „Neue Rheinische Zeitung" erscheint vom 1. Juni an täglich.

Der Abonnementspreis beträgt: Für das Vierteljahr in Köln 1 Thlr. 15 Sgr.; für alle übrigen Orte Preußens 2 Thlr. 3 Sgr. 9 Pf. Außerhalb Preußens mit Zuschlag des fremden Zeitungsporto's.

Das Abonnement für den Monat Juni kann nur unter gleichzeitiger Bestellung des nächsten Quartals (Juli, August, September) geschehen. Der Preis dieses viermonatlichen Abonnements beträgt: Für Köln 2 Thlr.; auswärts 2 Thlr. 25 Sgr.

Man abonnirt bei allen Postanstalten und Buchhandlungen des In- und Auslandes; — für Köln in der Expedition der Zeitung bei

Hrn. W. Clouth, St. Agatha 12, Köln.

Fernere Unterzeichnungen werden entgegen genommen in der Expedition der Zeitung. Auswärtige werden gebeten, sich ebenfalls dorthin franco zu wenden.

Insertionsgebühren.

Für die vierspaltige Petitzeile oder deren Raum . . . 1 Sgr. 6 Pf.

Die Expedition der „Neuen Rheinischen Zeitung."

Das Erscheinen der Neuen Rheinischen Zeitung war ursprünglich auf den ersten Juli festgesetzt. Die Arrangements mit den Correspondenten &c. waren auf diesen Termin getroffen.

Da jedoch bei dem erneuten frechen Auftreten der Reaktion deutsche Septembergesetze in naher Aussicht stehen, so haben wir jeden freien Tag benutzen wollen, und erscheinen schon mit dem ersten Juni. Unsre Leser werden es uns also nachsehen müssen, wenn wir in den ersten Tagen an Nachrichten und mannigfaltigen Correspondenzen noch nicht das reichhaltige Material liefern, wozu unsere ausgedehnten Verbindungen uns befähigen. In wenig Tagen werden wir auch hierin allen Anforderungen genügen können.

Redaktions-Comité.

Karl Marx, Redakteur en Chef.

Heinrich Bürgers,
Ernst Dronke,
Friedrich Engels,
Georg Weerth,
Ferdinand Wolff,
Wilhelm Wolff,
— Redakteure.

Uebersicht.

Deutschland. Köln (die Frankfurter Versammlung. — Robert Blums Erklärung. — Preußische Staatsanleihe — Hüser). — Berlin (Waldenaire.) — Frankfurt (die Nationalversammlung). — Wien (neue Revolution).

Belgien. Brüssel (die belgische Konstitution).

Italien. Verona (vom Kriegsschauplatz). — Neapel (Auflösung der Deputirtenkammer).

Frankreich. Paris (Abführung von Thomas. — Fortschritte der Reaktion. — Maßregeln für die Nationalwerkstätten. — Bericht über die neue Revolution in Neapel).

England. London (O'Connor, Cobden, Hume. — Mitchells Verurtheilung).

Handels- und Börsennachrichten.

Amtliche Nachrichten.

Der bisherige Privat-Docent, Dr. jur. Werner hierselbst, ist zum außerordentlichen Professor in der juristischen Fakultät der hiesigen Universität ernannt worden.

Bekanntmachung.

[illegible]

Berlin, den 28. Mai 1848. Königliches Hofmarschall-Amt [illegible]

Deutschland.

** Köln, 31. Mai. Seit vierzehn Tagen besitzt Deutschland eine konstituirende Nationalversammlung, hervorgegangen aus der Wahl des gesammten deutschen Volkes.

Das deutsche Volk hatte sich in den Straßen fast aller großen und kleinen Städte des Landes, und speziell auf den Barrikaden von Wien und Berlin seine Souveränetät erobert. Es hatte diese Souveränetät in den Wahlen zur Nationalversammlung ausgeübt.

Der erste Akt der Nationalversammlung mußte sein, diese Souveränetät des deutschen Volkes laut und öffentlich zu proklamiren.

Ihr zweiter Akt mußte sein, die deutsche Verfassung auf Grundlage der Volkssouveränetät auszuarbeiten, und aus dem faktisch bestehenden Zustande Deutschlands Alles zu entfernen, was dem Prinzip der Volkssouveränetät widersprach.

[illegible]

Humoristische Skizzen aus dem deutschen Handelsleben.

Von Georg Weerth.

Der Herr Preiß in Nöthen.

Wiederum stehen wir im Comptoire des Herrn Preiß. Röthlich strahlt der Morgen durch zwei große, halbverstaubte Fenster auf die Dintenflecke des Schreibpultes. Sandbüchsen, Federmesser, Bleistifte und ähnliche friedfertige Instrumente schimmern in holder Gemeinschaft neben Postpapier und Prezairia. Hohe, ledergepolsterte Dreifüße umringen das Pult; und das Pult hat Schubladen mit Schlössern und Riegeln daran von echtem Eisen.

Todtenstille.

„Das Jahrhundert ist sehr schlecht geworden," seufzt endlich der Herr Preiß.

[illegible]

reformas en las cuales el trabajo y el capital actuaban asociados. Frente a estos planteos comienzan a aparecer, después de 1840, las doctrinas comunistas, que plantean la necesidad de suprimir la propiedad privada y de destruir la sociedad burguesa mediante la lucha revolucionaria. Pero tanto los pensadores socialistas como los comunistas siguieron haciendo planteos utópicos, dando como salida una sociedad idealizada. Esto reflejaba el momento histórico, la ausencia de una perspectiva clara en el momento en que el capitalismo estaba desarrollándose y el proletariado comenzaba a constituirse.

Debido a que en Alemania los trabajadores estaban privados de todo derecho político y sindical, las primeras asociaciones obreras tienen carácter clandestino y surgen en el extranjero. Los artesanos germanos tenían contacto con el exterior porque, de acuerdo a la vieja costumbre, hacían viajes para aprender el oficio. Por otro lado, los obreros más esclarecidos y revolucionarios debían emigrar, perseguidos por la policía alemana, a los países fronterizos. Así, en Bélgica, Suiza y Francia se habían formado círculos alemanes clandestinos en los que participaban los emigrados, cuyo objetivo era la difusión de las ideas de los socialistas utópicos. La primera sociedad secreta alemana fue la "Liga de los proscriptos", fundada en 1834 en París, y que estaba integrada por elementos liberales que habían emigrado a Francia después de la revolución de 1830. En 1836 se produjo una escisión. Los miembros más radicalizados, casi todos ellos proletarios, constituyen una nueva asociación secreta, la "Liga de los justos". Es dentro de este grupo que va a surgir la figura de Wilhem Weitling, el primer teórico alemán del comunismo utópico. Weitling (1808-1871), hijo natural de un oficial francés del ejército de Napoleón y de una criada alemana había sufrido la miseria durante su infancia y su adolescencia y había desarrollado un fuerte sentimiento de rebelión frente a las injusticias sociales. Aprendió el oficio de sastre, y esto le permitió viajar por distintas ciudades alemanas. Entre 1835 y 1841 permaneció en París, salvo un breve intervalo en que regresó a su país, y se afilió a la "Liga de los justos", donde rápidamente se convirtió en figura descollante por su capacidad intelectual y por su fogocidad en la oratoria. Pronto integró el Comité directivo de la Liga, y es a pedido de ésta que escribe su primer libro: *La sociedad tal como es y tal como debería ser.* Weitling afirmaba que "la única causa de estos tiempos malos es la repartición desigual del trabajo para la producción de bienes y la repartición y el disfrute desigual de éstos", y esto lo llevaba a postular "la abolición de todo derecho de herencia y de toda propiedad individual". Creía que la liberación de los trabajadores debía apoyarse en la lucha revolucionaria y no en la ayuda magnánima de algún benefactor, tal como lo postulaban los socialistas utópicos franceses. "El mejor de nuestros planes será escrito en sangre", afirmaba. Por el papel que atribuía al proletariado y por el esfuerzo que hacía por desprenderse de las ideas del socialismo utópico, Weitling desempeñó un importante papel en el movimiento proletario alemán, en un momento en que este comenzaba a constituirse como clase independiente y a librar sus primeros combates. Sin embargo, Weitling no era un proletario en el sentido moderno. Sólo fue el intérprete del artesano proletarizado. El proletariado moderno, sólo se había desarrollado junto a la gran industria, en Inglaterra. Weitling aunque supo describir los males de su época, no estaba en condiciones de explicar el origen de esos males y la falta de perspectiva histórica lo llevó a concebir la sociedad futura con los criterios de los utopistas. Weitling no podía ser el jefe del movimiento obrero moderno, pero fue, como lo definió Feuerbach, su profeta.

Esta doble tendencia, artesanal y proletaria al mismo tiempo,

Portada del primer número de la "Nueva Gaceta Renana". Sin ser estrictamente un periódico proletario incluía ya en 1848 agudos artículos en defensa de las reivindicaciones democráticas y económicas de la clase obrera.

Federico Engels, uno de los fundadores y organizadores de la Liga de los Justos.

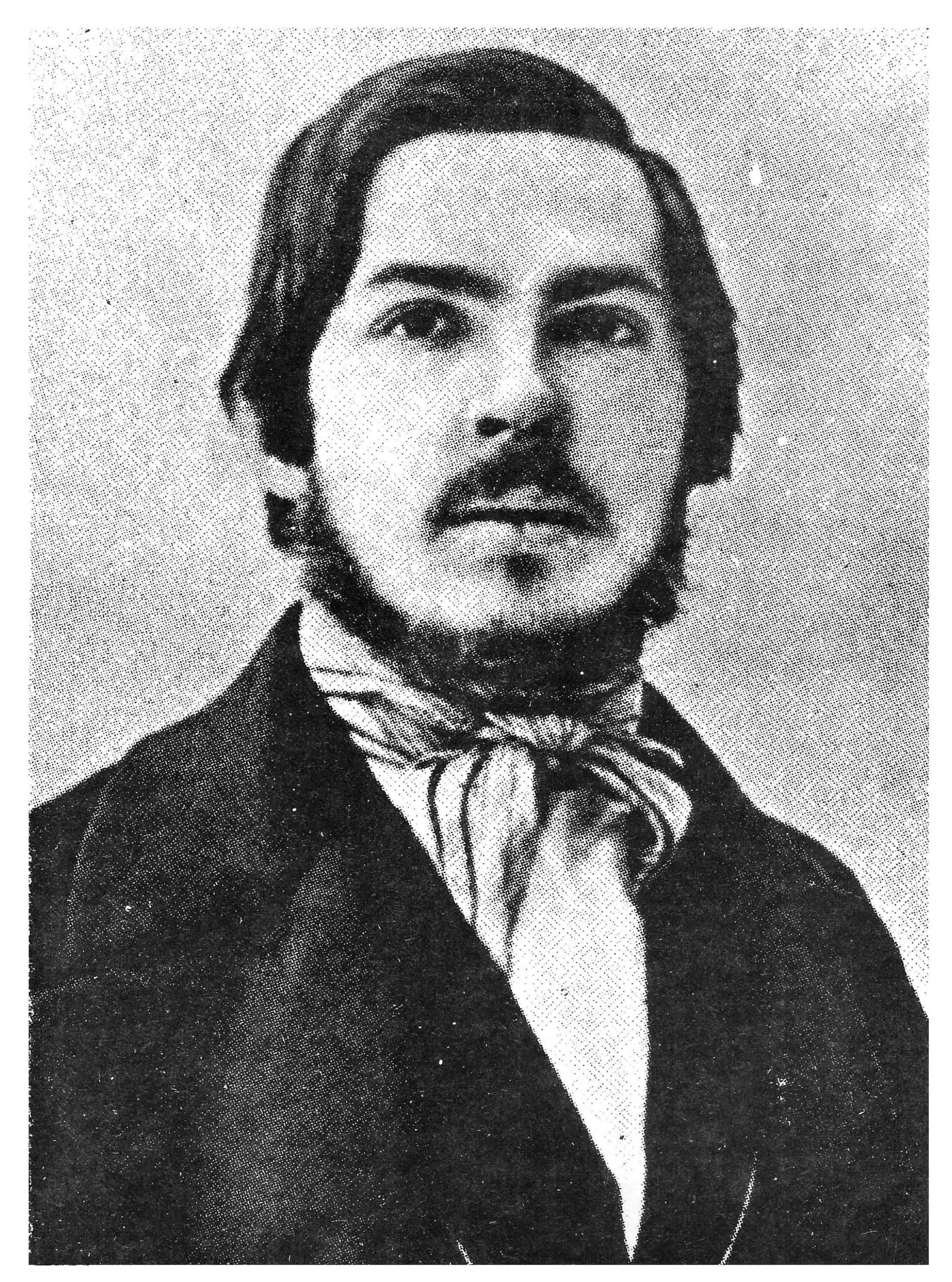
explica el carácter revolucionario y utópico de su obra principal, *Garantías de la armonía y de la libertad*, escrita en 1842 en Suiza, donde se había trasladado para fundar filiales de la liga. Es en Suiza donde su labor alcanza su punto culminante. Con relación a Weitling y la "Liga de los justos" dice Engels en su *Contribución a la historia de la "Liga de los comunistas"*.

"La Liga restaurada tuvo una difusión considerable, sobre todo en Suiza, donde Weitling, August Becker (una magnífica cabeza, pero que se echó a perder, como tantos alemanes, por falta de estabilidad interior) y otros crearon una fuerte organización, más o menos identificada con el sistema comunista weitlingiano. No es este el lugar indicado para hacer la crítica del comunismo de Weitling. Pero en lo que se refiere a su importancia como primer atisbo teórico independiente del proletariado alemán, puede suscribir todavía hoy las palabras de Marx en el *Vorwärts* de París, en 1844: ¿Dónde podía ella [la burguesía alemana], incluyendo a sus filósofos y escribas, presentar una obra relativa a la emancipación —política— de la burguesía, como las *Garantías de la armonía y la libertad* de Weitling? Si se compara la insípida y pusilánime mediocridad de la literatura política alemana con este sublime y brillante comienzo de los obreros alemanes; si se comparan estos gigantescos zapatos de niños del proletariado con las proporciones enanas de los desgastados zapatos políticos de la burguesía, hay que profetizar a esta Cenicienta una talla de atleta. Este atleta lo tenemos hoy ante nuestros ojos, y eso que aún no ha llegado, ni con mucho, a la plenitud de su desarrollo".

Pero luego la figura de Weitling comienza a declinar, en parte por el encarcelamiento que sufre durante diez meses, en parte por sus desviaciones doctrinarias. Comienza entonces a creerse el mesías salvador de la clase obrera alemana y a realizar una prédica mística-religiosa. Por fin, perseguido por la policía y abandonado por sus principales discípulos, parte para América del Norte.

La Liga había sido prácticamente disuelta, sus miembros dispersos. En este estado de cosas es cuando, en 1847, por invitación de algunos de los miembros de la Liga, Marx y Engels participan en una reunión a la que se los invita para que expongan sus ideas. A raíz de este primer contacto va a surgir la idea de realizar un Congreso con el fin de reorganizar la disuelta Liga, transformada ahora en "Liga de los comunistas". Según los nuevos estatutos, la Liga tenía como objetivos "el derrocamiento de la burguesía, la dominación del proletariado, la supresión de la vieja sociedad burguesa, basada en los antagonismos de clases, y la creación de una nueva sociedad, sin clases y sin propiedad privada". Poco después se les encargará a Marx y Engels la redacción de un documento programático con los principios y fundamentos de la doctrina comunista. Es así que, pocas semanas antes de la Revolución de 1848, sale a luz el *Manifiesto Comunista*.

La Liga de los Comunistas va a organizar filiales en los principales centros de Alemania procurando difundir sus principios entre los obreros. Con este objetivo elabora un documento donde se especifican las reivindicaciones que ella sostenía para Alemania. Estos eran sus puntos: "1) Toda Alemania será declarada República, una e indivisible; 2) los representantes del pueblo serán retribuídos para que también los obreros puedan formar parte del parlamento del pueblo alemán; 3) armamento general del pueblo; 4) las fincas de los príncipes y demás posesiones feudales, todas las minas, canteras, etc., se convierten en propiedad del Estado. En las fincas se organizará la explotación en gran escala y con los recursos más modernos de la ciencia, en provecho de la colectividad; 5) las hipotecas sobre las tierras de los campesinos se declaran propiedad del Estado; los campesinos abonarán al Estado los intereses de estas hipote-



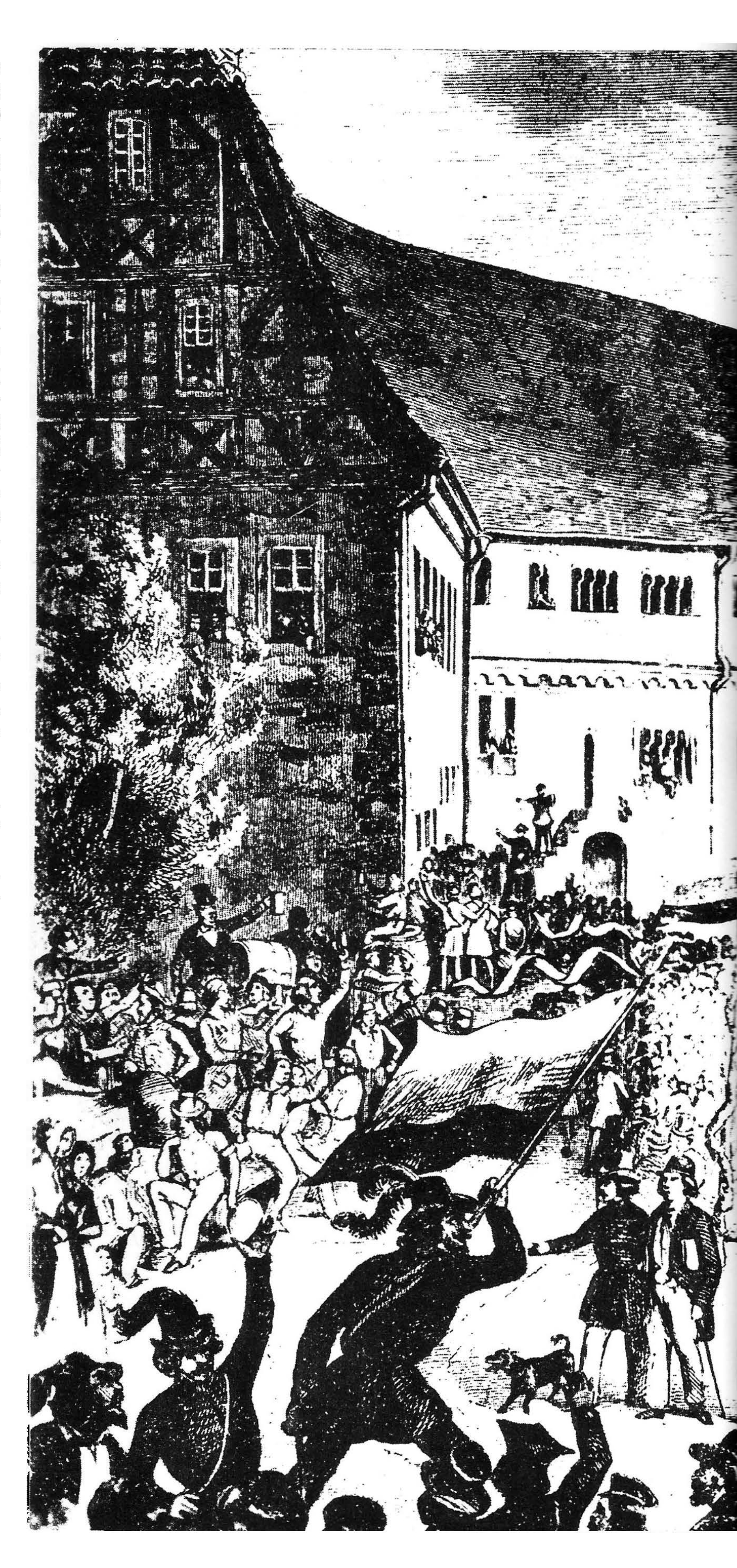
cas; 6) en las regiones en que esté desarrollado el sistema de arriendos la renta del suelo o precio del arrendamiento se pagará al Estado en concepto de impuesto; 7) el Estado tomará en sus manos todos los medios de transportes: ferrocarriles, canales, barcos, caminos, correos, etc., convirtiéndolos en propiedad del Estado y poniéndolos a disposición de la clase desposeída; 8) restricción del derecho de herencia; 9) implantación de fuertes impuestos progresivos y abolición de los impuestos sobre artículos de consumo; 10) organización de talleres nacionales. El Estado garantiza a todos los trabajadores medios de subsistencia y asume el cuidado de los incapacitados para trabajar; 11) instrucción pública general y gratuita.

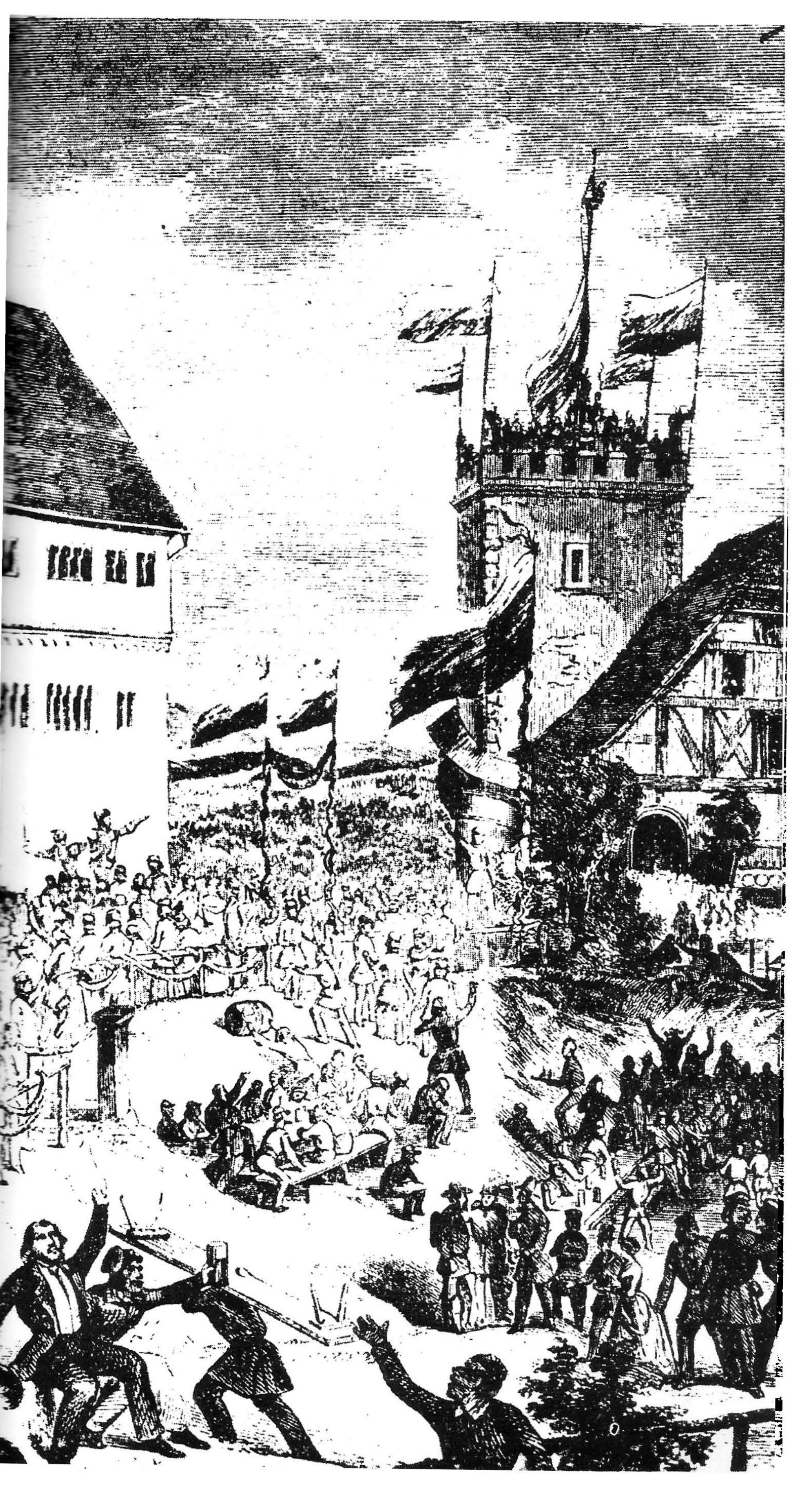
Es interés del proletariado alemán, de la pequeña burguesía y de los campesinos, laborar con toda energía por la implantación de las medidas que quedan apuntadas, pues solamente la aplicación de estas medidas asegurará a los millones de hombres que hasta ahora venían siendo explotados en Alemania por una minoría insignificante y a los que se pretenderá seguir manteniendo en la opresión los derechos y el poder que les pertenecen como creadores de toda la riqueza."

El documento lo firmaba el Comité, integrado por K. Marx, K. Schapper, H. Bauer, F. Engels, J. Moll y W. Wolff.

Cuando estalló la Revolución, en febrero de 1848, ya no hubo razón para que la Liga continuara trabajando en la clandestinidad. La clase obrera podía ahora desarrollar públicamente su programa. Sus miembros se dispersaron entonces por toda Alemania y comenzaron a actuar como el ala más radical de la Revolución, planteando claramente cuál era su objetivo final.

Donde el proletariado alemán comenzaba a demostrar claridad en sus objetivos y mayor combatividad había siempre un ex miembro de la Liga que se constituía en la fuerza propulsora del proceso. En Breslau, Wilhem Wolff, miembro de la Liga, tra-





En los primeros días de marzo de 1848 comienzan en Viena los disturbios protagonizados por obreros y estudiantes. Al grito de "¡Viva la Revolución!" las clases populares exigen la caída del régimen absolutista.

bajó con éxito y logró ser nombrado delegado por Silesia en el Congreso de Francfort. En Berlín, en abril de 1848, se funda un Comité Central de los trabajadores, cuya figura central era Stephan Born, obrero tipógrafo, que pertenecía a la Liga de los Comunistas, a través de la cual había establecido contacto con Marx y Engels. Desde el Comité se desarrolló una importante campaña de agitación, y en el mes de junio se comenzó a publicar, tres veces por semana, el periódico *El pueblo (Das Volk)*. Posteriormente, en el mes de agosto, se convocó en Berlín a un Congreso obrero en el cual participaron 35 organizaciones, pertenecientes a diferentes ciudades. En este Congreso se organizó un amplio complejo de comités locales y regionales, cuya cabeza era el Comité Central de Lipsia. La nueva organización se llamaba "Fraternidad Obrera" y, bajo la dirección de Born, publicaba el periódico *Fraternidad*. Born intentó reunir en torno a la "Fraternidad Obrera" a elementos más heterogéneos. En las páginas del periódico aparecían, al lado de fragmentos del *Manifiesto Comunista* los planteos y escritos de los socialistas utópicos franceses. Cuando se produjo la crisis política de 1849 y comenzó el avance de la contrarrevolución tuvo lugar la dispersión del grupo. Sólo los miembros más radicalizados luchan hasta el final por salvar la revolución. Finalmente, la "Fraternidad Obrera" fue disuelta por el gobierno, en 1850. Varios de sus miembros logran huir al extranjero y desde Londres comenzaron a trabajar por su reconstrucción. Desde ahí, con un mensaje elaborado por Marx y Engels, partió para Alemania Heinrich Bauer con el objetivo de constituir nuevamente la "Liga de los comunistas". Logró entonces reunir a los miembros dispersos, especialmente a aquellos que habían sido dirigentes de la "Fraternidad Obrera". Pero las condiciones que habían posibilitado la revolución de 1848 ya no se daban. La crisis había sido superada y se había iniciado un período de prosperidad industrial hasta entonces nunca visto. Cualquier intento revolucionario se tornaba en ese momento en una aventura. Finalmente, la policía alemana detuvo a uno de los miembros de la Liga, Haupt, quien traicionó a sus compañeros y denunció los nombres de los miembros del Comité Central de Colonia. Durante el proceso seguido contra los once militantes comunistas el mismo Haupt actuó como testigo de cargo. Con el juicio de Colonia y la posterior condena de los miembros más importantes de la "Liga" se cerró el primer período del movimiento obrero alemán.

La sublevación de los tejedores de Silesia

La rebelión de los tejedores de Silesia constituyó el primer síntoma del malestar revolucionario en Alemania. El distrito de Silesia se había convertido en uno de los centros manufactureros más importantes de Alemania, especialmente en lo que se refiere a la industria textil. Las condiciones de trabajo eran particularmente penosas: la explotación de mujeres y niños en los talleres, las jornadas de trabajo —que excedían las 14 y 15 horas—, los salarios ínfimos habían llegado junto con la revolución industrial.
En 1844 los tejedores de Silesia se rebelaron contra el régimen de explotación al que estaban sometidos por los fabricantes manufactureros. La movilización se inició por un pedido de aumento de salarios que, como siempre, fue denegado. En forma espontánea los obreros se organizaron e iniciaron la sublevación. Atacaron las casas de los manufactureros, saquearon los almacenes, quemaron los libros de contabilidad. La represión se hizo sentir con mano de hierro: el ejército salió a la calle y realizó una matanza. Muchos obreros fueron encarcelados, otros lograron huir.

***Arriba:* una manifestación pública en una plaza de Turingia. *Abajo:* las barricadas de Viena.**

"El mejor de nuestros planes será escrito con sangre" W. Weitling.

En la ilustración superior: portada del primer número de la "Revista Comunista", órgano de difusión de la Liga de los Justos. En la ilustración inferior: tras 18 horas de lucha los obreros de Berlín lograron imponerse a 14.000 soldados. Pese a una lucha desigual, de piedras contra fusiles, el terreno fue ganado palmo a palmo hasta conseguir la retirada del ejército.

La rebelión de los tejedores de Silesia no es solamente una manifestación aislada de los obreros explotados y hambrientos. Aunque todavía se obre sin consignas políticas, es la primera manifestación revolucionaria del proletariado alemán, su primer enfrentamiento con la burguesía, el indicio de la presencia y la toma de conciencia de la clase. Que algo comenzaba lo señaló con claridad el poeta alemán Heine, uno de los emigrados de la revolución de 1830, quien en una poesía que recuerda la de los tejedores de Lyon, les cantó así a "Los pobres tejedores de Silesia", en el *Vorwäts*, el 10 de julio de 1844:

Ninguna lágrima en sus
ojos tristes.
Sentados frente a sus telares
rechinan los dientes.
Vieja Alemania, tejemos
tu mortaja.
Tejemos una triple maldición.
¡Tejemos, tejemos!

Una maldición al Dios
ciego y sordo
a quien hemos implorado
con fe de niños.
En vano aguardamos
y esperamos.
Nos engañó, se burló
de nosotros.
¡Tejemos, tejemos!

Una maldición al rey,
al rey de los ricos
que nuestra miseria no
pudo ablandar,
que nos arrancó
nuestro último céntimo
y nos hace ahora fusilar
como perros.
¡Tejemos, tejemos!

Una maldición a la falsa patria,
donde sólo prosperan
la mentira y vergüenza
y de la que se desprende
un olor a descomposición.
Vieja Alemania,
tejemos tu mortaja.
¡Tejemos, tejemos!

La revolución de 1848

Desde Francia el vendaval revolucionario de 1848 se extiende por el resto de Europa. En Alemania provoca, en el mes de febrero, grandes asambleas y movilizaciones en los pequeños y medianos estados: Braden, Württemberg, primero; más tarde en Bohemia y Sajonia. Se reclamaba libertad de prensa, de asociación y una constitución liberal. Los príncipes se ven compelidos a constituir ministerios liberales, los llamados ministerios March. Simultáneamente se constituye un Comité integrado por lo mejor de la burguesía liberal con el objetivo de convocar una Asamblea General Constituyente. Pero en el fondo todo estaba supeditado al curso que los acontecimientos tomarían de Prusia y Austria.
En los primeros días de marzo comienzan en Viena los disturbios protagonizados por obreros, artesanos y estudiantes. En las calles se gritaba: "¡Viva la Revolución!" Este grito, sin duda, unificaba a los distintos sectores de la población. La Revolución significaba, en este primer momento, ¡Fuera Metternich! ¡Basta de monarquía absoluta! Todos, salvo la alta nobleza y un sector de la burguesía ligado a las finanzas, aborrecían al gobierno y querían su caída.
Aglutinada bajo esta consigna el día 30 de marzo se congregó, pacíficamente, una manifestación frente al Palacio Municipal. El ejército salió a reprimir inmediatamente. Se produjeron entonces enfrentamientos armados. Para organizar la resistencia, elementos de la burguesía constituyeron una Guardia Nacional. Al mismo tiempo se envió una delegación al palacio real para parlamentar con el emperador con el objeto de exigir la destitución de Metternich y el retiro de las tropas de la ciudad. Desde afuera los delegados eran apoyados por una multitud que, congregada frente a las puertas del Palacio Real, pedía a



Probeblatt.

Kommunistische Zeitschrift.

„Proletarier aller Länder vereinigt Euch!"

Nr. 1. London, im September 1847. Preis 2 Pence.

Wir ersuchen alle Freunde unseres Unternehmens im Auslande Einsendungen von Artikeln und Bestellungen auf dieses Blatt franco an den „Bildungsverein für Arbeiter", 191 Drury Lane, High Holborn, London, einzuschicken. Preis für Deutschland 2 Ngr. oder 6 Kreuzer, für Frankreich und Belgien 6 Sous, für die Schweiz 11 Batzen.

Inhalt. — Einleitung. — Der Auswanderungsplan des Bürgers Cabet. — Der preuß. Landtag und das Proletariat in Preußen, wie überhaupt in Deutschland. — Die deutschen Auswanderer. — Politische und soziale Revue.



gritos la renuncia de Metternich. Ante el giro de los acontecimientos el gobierno debió hacer concesiones. Se constituyeron ministerios liberales y se obtuvo la promesa, por parte del emperador austríaco, de dictar una constitución. Pero esta primera victoria no significaba el triunfo de la Revolución. La monarquía absoluta y el aparato represivo estatal continuaban intactos.

Mientras tanto, los estudiantes, en número de 4.000, y la clase trabajadora obtuvieron armas del arsenal de la ciudad y constituyeron milicias armadas, cuya disciplina y combatividad superaba en mucho a la Guardia Nacional. Los estudiantes constituyeron la "Legión Académica", foco permanente de agitación que impidió, en parte, la vuelta a la situación anterior.

La situación económica se agravaba. A los obreros desocupados se los había empleado en obras públicas. Pero éstas se hacían a costa de los contribuyentes de la ciudad de Viena, entre los cuales los comerciantes eran los más importantes. El comercio se había visto perjudicado con la Revolución no sólo por el clima de agitación permanente sino fundamentalmente porque había perdido su principal cliente: la corte, la aristocracia.

En los días subsiguientes el gobierno intentó dar marcha atrás y anular las conquistas obtenidas. En todos los casos, la "Legión Académica" y los obreros y artesanos armados, a veces simplemente con picos, hachas y barras, salieron a la calle e hicieron frente a la reacción.

Sin embargo, el "antiguo régimen continuaba en pie y sólo una ofensiva popular hubiera podido acabar con él. Pero la burguesía había comenzado a temer la acción desarrollada por los grupos armados de estudiantes y obreros y trataba de frenarla. A fines de abril de 1848 el gobierno promulga, por decreto, una constitución. De acuerdo con ella una Asamblea Nacional regiría toda Austria mientras que el emperador conservaría el derecho de veto sobre las decisiones tomadas por la Asamblea. La forma de elección propuesta era indirecta y no se otorgaba a los obreros el derecho al sufragio. La nueva constitución, además, negaba por anticipado la abolición, sin compensación, de los derechos feudales.

Al son de los tambores de la "Legión Académica" el pueblo de Viena se lanzó a las calles y se organizaron manifestaciones pidiendo la anulación de la constitución. Frente a esta reacción el gobierno debió ceder y anular el decreto. Acordó entonces llamar a una Asamblea o Dieta Constituyente, cuyos miembros serían elegidos por sufragio universal.

Poco después el emperador huyó de la ciudad de Viena y se instaló en Innsbruck, una actitud que impresionó vivamente a la burguesía. Esta, cada vez más temerosa, comenzó a tomar medidas reaccionarias, empezando por la disolución de la Guardia Nacional. Luego un decreto ministerial decretó la supresión de la "Legión Académica". Una ola de indignación recorrió Viena y provocó nuevos enfrentamientos. La resistencia del ministerio fue quebrada y se debió anular el decreto de disolución de la "Legión Académica". Se constituyó entonces un Comité de Seguridad Pública, formado por elementos de la pequeña burguesía. El proletariado, que no había definido con claridad sus objetivos, no exigió participar en el Comité de Seguridad Pública. La pequeña burguesía, a pesar de tener el poder en sus manos, no actuó decididamente, como debía haberlo hecho para derrocar definitivamente a la monarquía y permitió así que el emperador y las fuerzas reaccionarias, desde Insbruck, se reorganizaran y prepararan la contrarrevolución.

Simultáneamente habían estallado sublevaciones de corte nacionalista en las provincias orientales, cuyos habitantes eran de origen eslavo, en las provincias polacas, en Praga, Croacia y Hungría. En todas estas regiones se luchaba por la independencia nacional. Al mismo tiempo, la Revolución había estallado en Italia. La reacción, dividida en tantos frentes, por un momento se debilita.

La acción política de Carlos Marx comenzó con su tarea periodística en la "Nueva Gaceta Renana", cuya clasura está satirizada en el dibujo.

Cronología de la revolución de marzo (1848)

Junio 1847: Federico Guillermo IV de Prusia suspende la Dieta Unida (convocada en febrero por primera vez). Los planteamientos revolucionarios franceses se propagan rápidamente por Alemania.
13 marzo 1848: Primer levantamiento de Viena. Metternich huye tras la caída del gobierno austríaco y el emperador se ve obligado a hacer concesiones liberales. Esta insurrección y sus consecuencias influyen decisivamente en Alemania, donde proliferan asambleas públicas en las que se entremezclan las reivindicaciones de la burguesía liberal con las del proletariado.
5/18 marzo: Barricadas en Berlín. Primeros enfrentamientos entre obreros y militares. La burguesía, también represaliada, se opone al poder constituido. Federico Guillermo IV convoca un Parlamento constituyente para el 2 de abril; pero esta decisión no colma las demandas del pueblo, que exige al soberano el acuartelamiento de las tropas, la formación de una milicia popular y la libertad de prensa y asociación. Una manifestación convocada frente al palacio real termina en choque sangriento.
19 marzo: El rey evacua las tropas y es obligado a rendir homenaje a los 230 muertos en los sucesos. Promete la elaboración de una Constitución y resolver el problema nacional mediante la integración de Prusia en Alemania. Forma un gobierno liberal (Camphausen, Hansemann).
20 marzo: Baviera. Luis I abdica en su hijo Maximiliano II (como consecuencia del escándalo con la bailarina Lola Montes).

La unificación alemana

En la Dieta de Baden (febrero) se presentan mociones para convocar un Parlamento alemán.
5 marzo: Asamblea de Heidelberg: 51 liberales, miembros de las Dietas de la Alemania meridional, convocan a los representantes del país para la celebración de una Asamblea nacional preparatoria.
31 marzo - 2 abril: El Parlamento Previo de Francfort (aprox. 500 miembros) acuerda la inclusión de Schleswig y Prusia Oriental en la Dieta, y la celebración de elecciones generales (1 diputado/50.000 hab.). Al ser rechazada la moción radical de mantener el Parlamento provisional, Hecker (1811-81) proclama la República en Constanza. Las tropas de Baden F. V. Gagern sofocan insurrecciones de voluntarios demócratas en Kandem y en Alsacia (abril). La Dieta Federal accede a la votación de una representación de la mayoría; las naciones no alemanas de Austria niegan su participación.
18 mayo: Apertura de la Asamblea Nacional Constituyente en la iglesia de San Pablo, en Francfort. Entre los 831 diputados, casi todos burgueses (sólo 4 artesanos y ningún campesino), se encuentran Arndt, Jahn J. Grimm, Uhland, Dullinger y el obispo Ketteler. Preside Heinrich von Gagern (1799-188), que sin mediar previa consulta a los príncipes hace elegir regente del Imperio a Juan de Habsburgo. Formación de un gobierno provisional.
27 marzo 1849: El Parlamento aprueba la Constitución Imperial alemana: un emperador hereditario compartirá la dirección del gobierno con un *Reichstag* (Parlamento) integrado por dos Cámaras: la primera, elegida por sufragio universal; la segunda, compuesta por representantes de cada estado. Se configuran diferentes grupos políticos: a) derecha conservadora (conde Schwerin, príncipe Lichnowsky), federalista y monárquico constitucional; b) centro liberal, dividido en centro-derecha (Dahlmann, Droysen, H. von Gagern), constitucional y federalista, y centro-izquierda (V. Mohl), constitucional y unitaria; c) izquierda democrática (Robert Blum, Ruge), centralista y republicana. Al margen de los grupos parlamentarios surge el Movimiento Socialista Revolucionario, encabezado por Marx y Engels, que fundan en junio de 1848 en Colonia la *Nueva Gaceta Renana*, a través de la cual se difunden los principios enunciados en el "Manifiesto Comunista" publicado en Londres en enero. Fundación de las primeras asociaciones de trabajadores: "Fraternidad Obrera" (Stephan Born). La rivalidad entre Austria y Prusia, así como las presiones extranjeras en la cuestión de Schleswig-Holstein, dificultan la labor de la Asamblea.

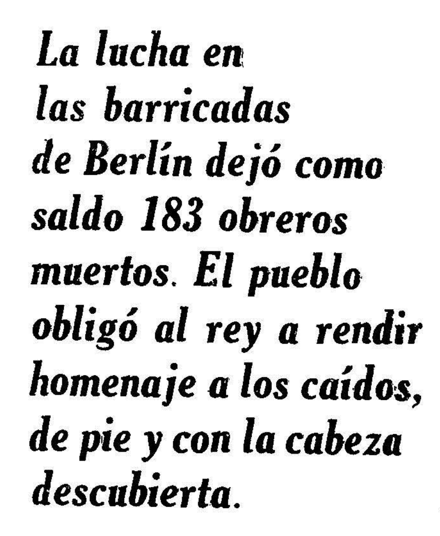
Fue en el campo donde se dieron los mayores logros de la Revolución y en donde éstos fueron más perdurables. Los campesinos habían abolido, de hecho, la servidumbre feudal. Las luchas del campesinado en Austria obtuvieron resultados positivos, más que en ninguna otra parte de Alemania. Esto fue posible, en parte, porque la nobleza se había concentrado en la lucha contra las sublevaciones de las provincias eslavas y de Italia y de Viena. Cuando la contrarrevolución triunfe ya no podrá, pese a sus esfuerzos, volver al anterior régimen.

Berlín: la revolución de marzo

Días después de la insurrección de Viena, exactamente el 18 de marzo, la Revolución estalla en Berlín. La situación en Prusia era, con respecto a Austria, bastante diferente. Por un lado estaba la experiencia de lucha de Silesia, el primer enfrentamiento entre proletarios y burgueses; por otro, como vimos, el movimiento obrero había comenzado a organizarse, especialmente en el distrito del Rhin. Desde el principio la Revolución no va a contar, como en Viena, con el apoyo de todos los sectores de la población. La burguesía alemana le tenía miedo al proletariado alemán, no por lo que era sino por lo que podía llegar a ser. De ahí que se aviniera a hacer cualquier tipo de concesiones y a realizar cualquier acuerdo con la monarquía y la nobleza. Desde los primeros días de marzo la situación, en Berlín, se había agravado. El gobierno tenía la esperanza de poder frenar el movimiento insurreccional convocando a la Dieta Unida. Pero los obreros no se dejaron engañar con esta opción y realizan una Asamblea reclamando libertad de prensa y de asociación, mayores seguridades en el trabajo y pidiendo la constitución de un ministerio de trabajo. El gobierno trató de conjurar la agi-

Setiembre: Levantamiento de los radicales contra la Asamblea, que solicita el apoyo del ejército: la derrota radical fortalece a la reacción. El centro liberal se alía, como consecuencia de la "batalla de junio" de París, con la autoridad tradicional para hacer frente a los demócratas revolucionarios. En Renania un grupo de seguidores de Marx intenta la insurrección armada.
Octubre 1848 - marzo 1849: Deliberaciones de la Asamblea, que trata de conservar las instituciones tradicionales (imperio, monarquía, estado) sin rechazar totalmente ciertas formas democráticas (elecciones generales, representación de la mayoría). El problema constitucional se resuelve finalmente con la división de poderes entre el *Reichstag* y el emperador hereditario (marzo 2849: 267 votos a favor, 263 en contra). En cuanto a la cuestión federal, se refuerza el centralismo. el poder central asume la política exterior, las cuestiones militares y la función legislativa, si bien reconociendo la autonomía de los estados. El problema del centralismo divide a la Asamblea en dos facciones: los *Grossdeutsche* (grandes alemanes), de tendencia federalista, partidarios de la hegemonía de Austria (dinastía Habsburgo, católica) y los *Kleindeutsche* (pequeños alemanes), que propugnan (H. von Gagern), un estado nacional (excluida Austria) bajo la dirección de la dinastía prusiana (protestante).

Tomado de Kinder-Hilgemann, *Atlas Histórico Mundial*, tomo II, Editorial Istmo, Madrid, 1970.



La lucha en las barricadas de Berlín dejó como saldo 183 obreros muertos. El pueblo obligó al rey a rendir homenaje a los caídos, de pie y con la cabeza descubierta.

En la ilustración: exequias de los combatientes.

El mapa presenta las distintas etapas del proceso de unificación de los estados alemanes.

Referencias:

1. Prusia antes de 1866.
2. Estados que con Prusia integraron la Confederación del Norte en 1866
3. Límites de la Confederación Germánica (1815-1866).
4. Límites de la Confederación del Norte.

tación mediante la represión. En medio de esta compleja situación llegó la noticia de la insurrección de Viena y de la destitución de Metternich.

El día 18 de marzo se decidió realizar una manifestación pacífica frente al Palacio Municipal. Fue entonces cuando, desde las filas de un escuadrón de dragones y de una compañía de infantería, partieron los primeros disparos. A partir de este hecho comenzó la lucha en las calles. El príncipe de Prusia, el futuro emperador Guillermo, arengaba a las tropas para que llevaran adelante la represión. Esta no fue fácil. Los manifestantes volvieron a congregarse en distintos puntos de la ciudad y durante toda la noche se peleó palmo a palmo en las calles de Berlín.

Los obreros improvisaron su armamento, saquearon tiendas de municiones, hicieron cartuchos, arrancaron el empedrado y tejas de los edificios, armaron barricadas en todas las manzanas. Los enfrentamientos se generalizaron y en algunos lugares se llegó a pelear cuerpo a cuerpo. Tras dieciocho horas de lucha, al amanecer, lograron imponerse a los 14.000 soldados que los enfrentaban. Finalmente, el capitán militar ordenó la retirada de las tropas, extenuadas, fuera de la ciudad.

Los funerales de los compañeros caídos en el combate se realizaron el día 19. Los féretros fueron transportados hasta las puertas del Palacio Real, donde el pueblo obligó al rey a rendirles homenaje, de pie y con la cabeza descubierta. Los 183 muertos que dejó como saldo la lucha en las barricadas de Berlín eran artesanos, obreros y pequeños comerciantes.

La victoria obtenida en las barricadas era la victoria de la clase trabajadora. Pero no será el proletariado, todavía no organizado y sin objetivos claros, quien tome las riendas del poder sino la burguesía.

El rey declaró que decretaría la libertad de prensa y prometió el dictado de una constitución y afirmó que Prusia trataría de impulsar la unificación efectiva de Alemania.

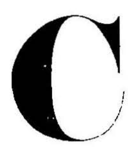
El poder de decisión política pasó a manos de la burguesía liberal con la constitución, el mismo día 19, de un ministerio integrado por los líderes de la burguesía renana, Camphausen y Hansemann. Toda la burocracia estatal y la administración del régimen anterior quedaron intactas. El único cambio producido fue el de las personas de los ministros.

El nuevo ministerio definió sin demora su política a través de dos significativas medidas: aumentó la eficiencia del ejército destinando quince millones de táleros para su reequipamiento y decidió subvencionar a la industria y el comercio destinándoles veinticinco millones. Es evidente que se dotaba al ejército con un mejor armamento con el fin de fortalecerlo en vista de las posibles sublevaciones del proletariado.

La revolución se extendió a los campos, donde el campesinado insurrecto terminó con las últimas supervivencias del régimen feudal.

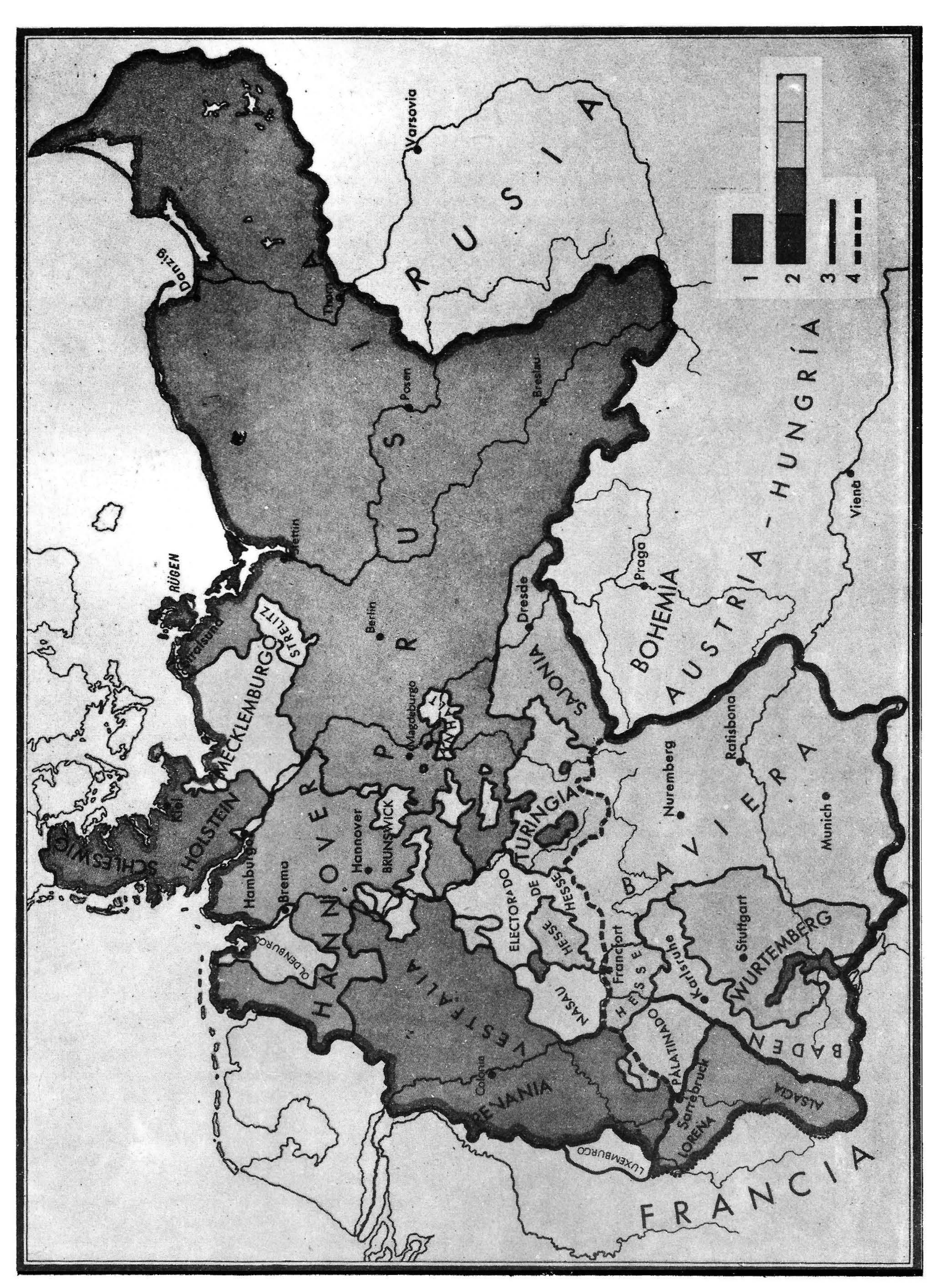
Por iniciativa de los ministros Camphausen y Hansemann se llamó a reunión a la Dieta Unida. Esta dictó una ley electoral por la cual se convocaba a una Asamblea Constituyente cuyos miembros serían elegidos por votación indirecta, lo cual perseguía el objetivo de que los sectores populares no tuvieran influencia en la decisión final.

La Asamblea Nacional de Francfort

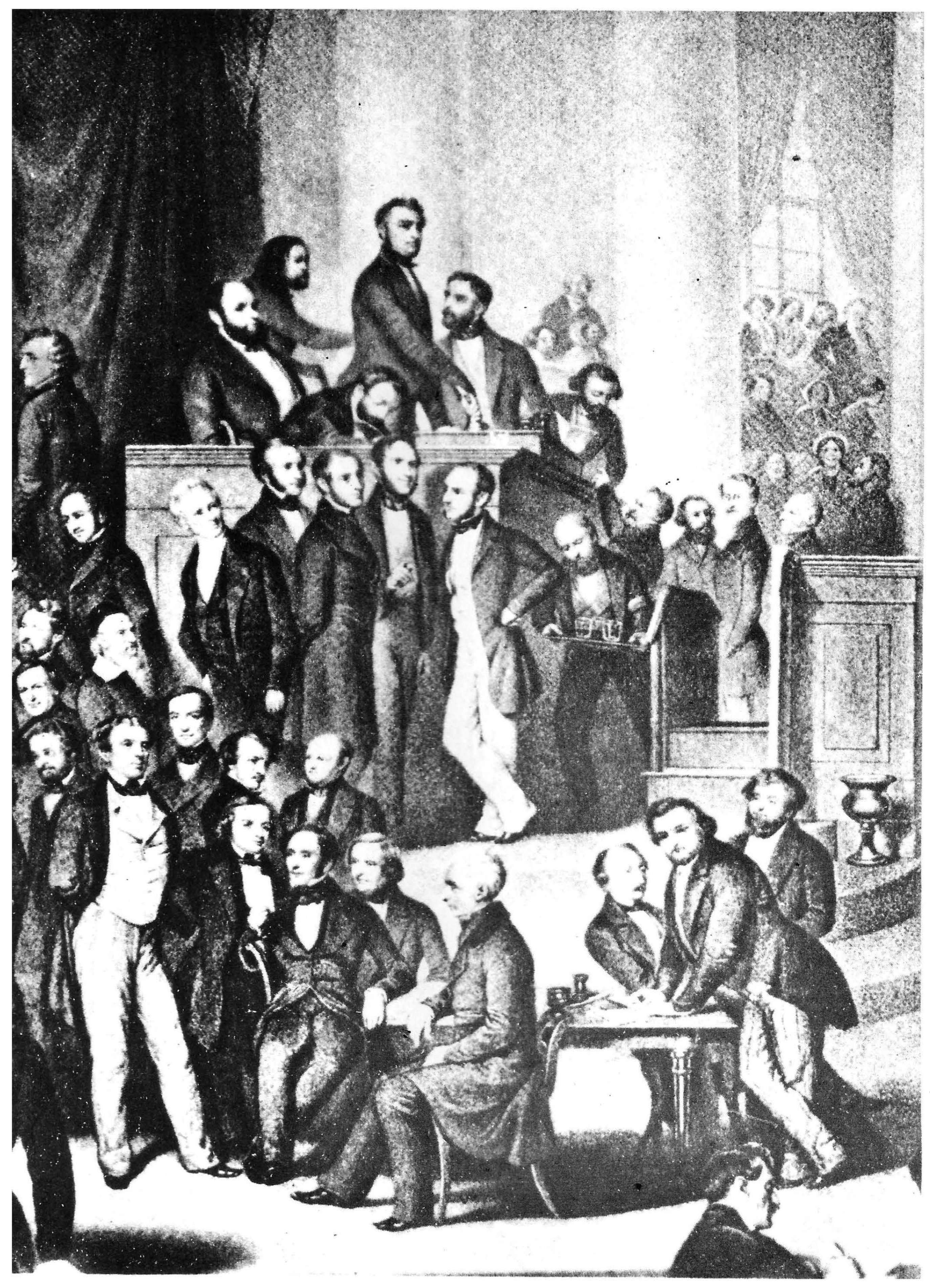


on la participación de los representantes de todos los estados alemanes, inclusive Prusia y Austria, se reunió por primera vez la Asamblea Nacional, el día 22 de mayo, en Francfort. En las elecciones para elegir los representantes habían triunfado los liberales moderados en la mayoría de los estados.

La Dieta federal, que había convocado a la Asamblea de Francfort, no había determinado cuá-



Tomado de Kinder-Hilgemann, *Atlas Histórico Mundial*, tomo II, Editorial Istmo, Madrid, 1970.



les serían sus atribuciones, si sus decisiones tendrían fuerza de ley o si serían refrendadas por la Dieta y los distintos gobiernos particulares.
El sector mayoritario dentro de la Asamblea no tuvo suficiente fuerza y valor como para declarar soberana a la Asamblea y menos aún como para armarse para defenderla contra cualquier oposición. Carecía de poder real, puesto que deliberaba bajo el control de la Dieta. Lejos de dictar una constitución nacional y de realizar la tan anhelada unidad alemana, no pudo ni siquiera hacer que se acatara la más tibia de sus determinaciones.

La contrarrevolución en Austria

La lucha del proletariado en París y sus triunfos habían llenado de pánico a la burguesía alemana. Cuando los obreros parisienses fueron derrotados, en el mes de junio, las fuerzas reaccionarias se fortalecieron. Apenas comprendieron que un río de sangre había separado al proletariado de la burguesía. La contrarrevolución se puso en marcha.
Es en Austria donde la reacción logra su primer triunfo. En el mes de agosto de 1848 el ministerio burgués aprueba la reducción de los salarios. Esto va a provocar revueltas obreras, en las que no participan ni los estudiantes de la "Legión Académica" ni los pequeños burgueses del Comité de Seguridad Pública. La Guardia Nacional reprime con dureza las manifestaciones obreras, lo cual ahonda aún más la escisión entre la burguesía y el proletariado. Esta división entre los distintos sectores que habían participado en el proceso de la Revolución favorecerá en definitiva los avances de las fuerzas reaccionarias. Mientras tanto, el triunfo en Italia sobre los revolucionarios obtenido por el ejército monárquico, al mando del general Radetzky, prestigió y vigorizó a los elementos contrarrevolucionarios.
Ante la orden de que la Guarnición de Viena participara en la represión de la revolución húngara se produjeron nuevos disturbios, protagonizados por pequeños burgueses y obreros, que toman conciencia de que con la represión del movimiento revolucionario húngaro la única favorecida es la remoción. Por todos los medios se trata de impedir que las tropas salgan de la ciudad. El gobierno aterrorizado huye e inmediatamente un ejército pone sitio a la ciudad de Viena.
Las fuerzas revolucionarias estaban divididas y debilitadas a causa de todos los acontecimientos que hemos señalado. No podían hacer frente a tan crítica situación. Los húngaros, que habían derrotado al ejército monárquico, podrían haber acudido en ayuda del pueblo de Viena, pero sus efectivos se demoraron. Entre el 31 y 1º de noviembre se libró en Viena una feroz batalla, tras la cual la ciudad fue tomada por el ejército monárquico. La sangrienta represión y persecusión de los elementos revolucionarios durará hasta la primavera, después de lo cual el orden fue restablecido y restaurada la monarquía absoluta.
La actitud de la Asamblea Nacional de Francfort fue de franca cobardía. Prácticamente abandonó a su suerte al pueblo de Viena. El sector más radicalizado de la Asamblea envió dos delegados, R. Blum y Froeble. Una vez en Viena Blum se dio cuenta perfectamente de la situación: la suerte de la revolución en Alemania dependía de lo que pasara en Viena. Decidió, entonces, quedarse y organizar la resistencia. Fue él quien, haciendo gala de ardor y eficiencia revolucionaria, logró volar un puente sobre el río Danubio, retrasando así la toma de la ciudad. Finalizada la contienda, fue tomado prisionero y fusilado luego de un juicio sumario. Pero ni siquiera ante tal ignominia, cometida contra uno de sus miembros, la Asamblea de Francfort supo reaccionar.

Inauguración de la Asamblea Nacional de Francfort, 22 de mayo de 1848.

Las luchas por la defensa de la Constitución imperial en 1849

Existía, pues, en pie una abierta declaración de guerra contra todos aquellos gobiernos que no reconociesen la Constitución Imperial, y entre dichos gobiernos se encontraban Prusia, Austria y Baviera, comprendiendo más de las tres cuartas partes de la población de Alemania, declaración de guerra que fue inmediatamente aceptada por estos estados.

En una palabra: en todas partes, el gobierno y el pueblo estaban encontrados en esta cuestión, y la ruptura era inminente; la mina estaba cargada; sólo necesitaba una chispa que la hiciese explotar. [...]

En todos los puntos de Alemania el pueblo no hizo más que aguardar una señal de la Asamblea Nacional para levantarse en armas y ponerse a su disposición.

No había, pues, otra nación que someter más que Prusia, pero contando con las simpatías revolucionarias que existían en el país eran más que fundadas las esperanzas de obtener un buen éxito. Todo dependía, por consiguiente, de la conducta de la Asamblea.

¿Qué era, pues, lo que debía hacer la Asamblea de Francfort si quería escapar a la ruina cierta que se venía encima? Ante todo, darse cuenta exacta de la situación y convencerse de que no le quedaba otro dilema que someterse incondicionalmente a los gobiernos, comprender la causa de la insurrección armada, sin ningún género de vacilaciones ni dudas.

En segundo lugar, reconocer públicamente todas las insurrecciones que habían surgido y llamar al pueblo a las armas, en defensa de la representación nacional, y declarando fuera de la ley a todos los príncipes, ministros y demás funcionarios que se atreviesen a oponerse al pueblo soberano, representado por sus mandatarios.

En tercer lugar, y con el fin de derribar el poder imperial alemán, crear un poder ejecutivo fuerte, activo y escrupuloso, llamar a Francfort a las tropas insurgentes para que acudiesen a su protección inmediata, ofreciendo así un pretexto legal para el crecimiento de la insurrección y para la organización de las tropas de que dispusiere; en una palabra, aprovechar rápida y constantemente todos los medios adecuados para fortalecer su posición y debilitar la de sus enemigos.

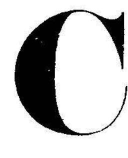
La práctica no desmintió estas teorías y aquellos virtuosos demócratas de Francfort hicieron lo contrario de todo esto. No contentos con dejar abandonadas las cosas a sus propios impulsos, llegaron a suprimir con su más decidida oposición todos los movimientos revolucionarios que se estaban preparando. Esto hizo, por ejemplo, Carlos Vogt en Nuremberg. Conminaron a las insurrecciones de Sajonia, Prusia del Rhin v Westfalia a que se terminasen, sin prestarle más ayuda que una póstuma sentimental protesta contra la insensata conducta del gobierno prusiano. Mantuvieron una diplomática y secreta comunicación con las insurrecciones del sur de Alemania, pero nunca llegaron a prestarles el auxilio de su reconocimiento. Sabían que el representante del Imperio estaba al lado de los respectivos gobiernos y no querían de ningún modo malquistarse con él.

Los ministros del Imperio, antiguos conservadores, ridiculizaban a la Asamblea siempre que se reunían en consejo. Y cuando Guillermo Wolff, diputado por Silesia, pidió contra ellos que fuesen declarados fuera de la ley, el representante del Imperio, que no era —como decía atinadamente Wolff— sino el mayor traidor del Imperio mismo, fue unánimemente rechazado por aquellos indignados e impecables revolucionarios demócratas.

Es decir, que estos demócratas no hacían más que hablar, protestar, discutir, pero jamás tuvieron el valor ni el pensamiento de obrar; mientras tanto, las hostiles tropas del gobierno se iban aproximando cada vez más, y el representante del Imperio se ocupaba en negociar con los demás príncipes su rápida y decisiva destrucción.

Extractado de C. Marx: *Revolución y contrarrevolución en Alemania.*

El triunfo de la contrarrevolución en Prusia



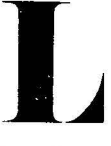
Con el triunfo en Viena la contrarrevolución se sintió con fuerzas para pasar a la ofensiva en Prusia.

Se inició, entonces, una escalada contrarrevolucionaria, cuyo primer acto fue la destitución del ministro Camphausen. Se tomaron una serie de medidas que significan un retroceso: se encarceló a dos líderes del movimiento obrero de Colonia; se suprimió la libertad de prensa; se disolvió, virtualmente, la Guardia Nacional, y por último el rey destituyó el ministerio burgués y lo sustituyó por otro integrado por hombres de confianza.

La Asamblea Nacional Prusiana, frente a todas estas medidas, se limitó a dar un voto de falta de confianza al nuevo ministerio. La reacción del rey fue certera: trasladó la Asamblea a Brandemburgo, una pequeña ciudad donde se podía contar con el apoyo de una población numerosa. Entre tanto, un ejército al mando del general Wrangle entró en Berlín sin el menor atisbo de resistencia.

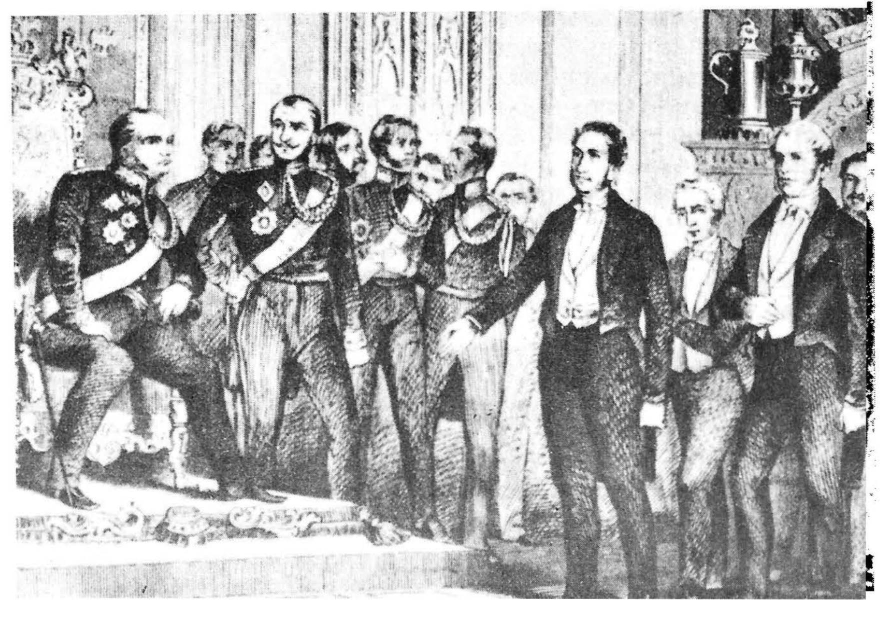
La Asamblea, en vez de tratar de organizar la resistencia armada, ordenó a la población que se uniera para llevar a cabo una "resistencia legal y pasiva". El ejército disolvió por la fuerza la Asamblea Nacional Prusiana y declaró la ley marcial. La reacción, nuevamente, había triunfado.

La disolución de la Asamblea Nacional de Francfort



Los dos centros más activos de Alemania, Viena y Berlín, habían sido derrotados. Sólo quedaban los pequeños estados, hacia donde se dirigió ahora la contrarrevolución. La Asamblea Nacio-

En el grabado superior: barricada en una calle de Viena. Las esperanzas de la clase obrera fueron traicionadas. Los representantes ante la Asamblea Nacional —casi todos burgueses, sólo 4 artesanos y ningún campesino— votaron una constitución monárquica, entregando el poder al rey de Prusia, Federico Guillermo. En la ilustración: una comisión de diputados entrega al rey la corona imperial.



nal de Francfort quedó como único organismo representativo de la revolución. Si la actitud de la burguesía de Austria y Prusia fue cobarde, pues traicionó los intereses revolucionarios por miedo al proletariado, la conducta de la Asamblea Nacional de Francfort no iba a ser diferente. Con todo, ella seguía siendo hija de la revolución, y cuando se produjeron las derrotas de Viena y Berlín en torno a ella se agrupan todos los elementos que aún eran capaces de resistir. De ahí que el objetivo siguiente de los gobiernos de Austria y Prusia fuera la supresión de la Asamblea de Francfort.

Austria aspiraba a restablecer la vieja Dieta federal que le otorgaba la supremacía sobre Alemania. Si no pasaba a la ofensiva desembozada era porque la frenaba la insurrección victoriosa en Hungría. Prusia, por su parte, no había intentado la disolución de la Asamblea porque esperaba poder utilizarla para la consecución de sus propios fines hegemónicos.

Los parlamentarios de Francfort, luego de interminables discusiones, votaron una constitución para el Imperio y eligieron como emperador de Alemania al rey de Prusia, Federico Guillermo IV. Austria quedó fuera del Imperio. Poco tiempo antes había dictado su propia constitución monárquica. Ante el ofrecimiento de la corona de Alemania, hecho por la Asamblea, Federico Guillermo contestó que no podía aceptarla si no tenía la seguridad de que los príncipes de los demás estados alemanes estaban de acuerdo. Esta respuesta le daba tiempo al gobierno prusiano para ir organizando el golpe final. Y éste sobrevino cuando convocó a los príncipes de los estados menores a una reunión en la cual les ofreció la ayuda necesaria en caso de "crisis peligrosas", lo que equivalía a decir: en caso de insurrección popular. El gobierno prusiano asumía el compromiso de ayudarlos militarmente. Esta actitud del gobierno de Prusia era la ruptura definitiva con la Asamblea de Francfort. Las hostilidades estallaron abiertamente en el mes de mayo de 1849. Baviera y Prusia retiraron sus delegados de la Asamblea y otros estados hicieron lo mismo. La Asamblea declaró que, a pesar de todo, la constitución imperial sería puesta en vigencia. Durante este último tramo del proceso revolucionario lo único que puede ser rescatado es la revuelta que estalló en defensa de la Constitución Imperial. Fue un acto desesperado y sin objetivos claros, pero, sin embargo, valioso, pues en él participó el proletariado, al cual no le interesaba el liberalismo de la constitución sino resguardar a los sectores populares del despotismo monárquico.

La insurrección se inició en Dresde, de donde se extendió a los principales centros de Renania, y alcanzó su mayor fuerza en Baden y el Palatinado renano-bávaro. El empuje combativo de las rebeliones de mayo de 1849 superó en mucho al de las de marzo de 1848. Sólo a fines de julio pudieron ser sofocadas.

Durante toda la campaña por la defensa de la Constitución Imperial el único órgano periodístico que defendió a la insurrección desde sus páginas y analizó claramente el sentido del proceso fue la *Nueva Gaceta Renana*, que en Colonia habían fundado y dirigían Carlos Marx y Federico Engels y sus compañeros. A raíz de esto Marx fue expulsado de Prusia y Engels enjuiciado por delito de prensa. Finalmente, la publicación debió ser suspendida.

Bibliografía

Vicens Vives, J., *Historia General Moderna*. Barcelona, Montaner Simón, 1967. T. II.

Ramos Oliveira, A., *Historia social y política de Alemania*. México, Fondo de Cultura Económica, 1964. T. I y II.

Mehring, Franz, *Storia della Germania moderna*. Milán, Feltrinelli, 1957.

Marx, C., *Revolución y Contrarrevolución en Alemania*. La Plata, Calomino, 1946.

Efinov y Freiberg, *Historia de la época de la revolución industrial*. Edit. Platina.

Engels, F., *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas*. Obras Escogidas, Edit. Progreso, 1969.

Cole, G. D. H., *Historia del pensamiento socialista*. México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

Cornu, Augusto, *Marx-Engels, del idealismo al materialismo histórico*. Buenos Aires, Edit. Platina.

El Manifiesto Comunista

Martha Cavilliotti

"La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases." Del "Manifiesto Comunista", 1848.

"Los filósofos se han limitado a interpretar al mundo de distintos modos: de lo que se trata es de transformarlo"

Todas las gentes bien informadas —escribía el cónsul norteamericano en Amsterdam durante el hambre de 1847, informado de los sentimientos de los emigrantes alemanes que cruzaban Holanda— expresan la creencia de que la crisis actual está tan profundamente entrelazada con los acontecimientos de esta época que no es, sino el comienzo de la gran revolución, que consideran habrá de disolver más temprano o más tarde el presente estado de cosas."

El testimonio tiene valor en la medida en que señala un sentimiento general en la Europa de la década de 1840, profundamente conmovida por las transformaciones económicas, técnicas, sociales y políticas. En la nueva sociedad que se está plasmando el confluir, en diferentes épocas según los países, los efectos de la Revolución Francesa y los de la Revolución Industrial, se hace cada vez más evidente el enfrentamiento entre la burguesía, cuyo ascenso al poder marca la época, y el proletariado.

Durante la primera mitad del siglo XIX y principalmente en Inglaterra y Francia, el campo cambió de aspecto y las ciudades crecieron desmesuradamente a raíz de la concentración de las masas obreras requeridas por la actividad industrial. La entrada de las masas en la actividad política, de manera ostensible y permanente, a partir de la Revolución Francesa, ponía en evidencia el importante papel que estaban destinadas a desempeñar en el futuro. Se tomó entonces conciencia de que esas masas no iban a seguir sufriendo mansamente las injusticias habituales. Su facilidad para movilizarse y llegar a la acción colectiva y violenta multiplicaba su fuerza y las hacía temibles.

En 1830 nuevamente habían luchado en las calles de París para que la burguesía se quedara con el poder. La reaparición del movimiento revolucionario y la aceleración del cambio social hacían pronosticar una transformación inminente. Aún más, se palpaba en toda Europa la conciencia de una revolución social, no sólo entre los revolucionarios que la preparaban cuidadosamente o entre las clases dominantes, cuyo temor a las masas se exacerbaba en las épocas de cambio, sino también entre los "pobres". Sus pésimas condiciones de vida en las grandes ciudades y en los distritos fabriles de Inglaterra y de Europa Occidental y Central los arrastraba hacia la revuelta. La riqueza creciente del mundo que los rodeaba era un reto ante las mismas condiciones de vida que soportaban. A pesar del ahondamiento de las divisiones sociales no habían perdido las esperanzas en la construcción de un mundo mejor, aunque cada vez éste les pareciera más lejano e inalcanzable y aunque sólo algunos pocos —sobre todo en Francia e Inglaterra— comprendieran cabalmente el significado de esta esperanza y se lanzaran orgánicamente a la lucha para convertirla en realidad.

Las duras condiciones de la sociedad industrial habían hecho fracasar las ilusiones humanitarias de la Ilustración elaboradas por la burguesía revolucionaria antes de tomar el poder político.

Pero esta oposición entre esperanza y realidad llevó a los trabajadores a su toma de conciencia como clase y más tarde estaría en las raíces del impulso de la revolución social. Cuando a Augusto Blanqui, en uno de sus reiterados procesos (el de 1832), el presidente del tribunal, siguiendo el ritual acostumbrado, le preguntó cuál era su profesión, Blanqui contestó: "Proletario". Su respuesta señalaba una nueva conciencia social. Ante la objeción del presidente, que le replicó que proletario no era una profesión, Blanqui repuso:

Pierre Proudhon. Rechazó la propuesta de Marx en que éste solicitaba su colaboración para organizar el Comité de Correspondencia de París.

"¿Cómo no es una profesión? Es la profesión de treinta millones de franceses que viven de su trabajo y que están privados de sus derechos políticos". El magistrado aceptó por fin la definición: "Bien —ordenó al secretario—, escriba que el acusado es proletario" Convalidaba así una definición que ya estaba en la calle. En esos momentos culminaba todo un período de las luchas obreras, el que corresponde al proceso mediante el cual los grupos dispersos de asalariados fueron tomando conciencia, a través de duras experiencias, de que eran una clase: el proletariado. Los trabajadores habían comenzado a luchar espontánea y desordenadamente y a lo largo de esa lucha fueron definiendo sus objetivos, organizándose como clase y articulando diversas ideologías que justificaran su rebelión contra la opresión y la miseria.

Así se fue configurando el movimiento obrero, con características diversas en cada país según el grado de desarrollo capitalista. En Inglaterra se orientó hacia las reivindicaciones económicas porque nunca dejó de creer definitivamente en las posibilidades de un régimen parlamentario democrático que reconociera sus derechos. Con el cartismo, al asumir la forma de un movimiento político, logró el nivel más alto de experiencia organizativa. En Francia la estructura social conformada a partir de la Revolución de 1789 (un campesinado mayoritario, una pequeña burguesía consolidada por la política jacobina y en el frente opuesto la burguesía financiera dueña del estado desde 1830) dificultó el avance rápido de la industrialización impidiendo de esta manera que se formara un proletariado importante. Los grupos obreros —en su mayoría todavía artesanos, jornaleros y trabajadores domiciliarios —adoptaron distintas doctrinas revolucionarias, que, a pesar de sus diferencias, denotaban como rasgo común una mayor radicalización ideológica y objetivos netamente políticos. Algunas consideraban al estado como simple resorte del poder mediante el cual el proletariado podría imponer sus intereses (Blanqui, por ejemplo); otros contemplaban la necesidad de suprimirlo como única "solución del problema social" (el caso de Proudhon).

En Inglaterra el "socialismo" (palabra acuñada alrededor de 1820) se fue gestando desde la aparición de la obra de Robert Owen *Una nueva visión de la sociedad* (1813-1814), mientras que en Francia nació casi simultáneamente con Saint-Simon y Fourier para seguir siendo profundizado ideológicamente en los años posteriores. En la década de 1840 las oscilaciones cíclicas de la economía (crisis, depresión, baja de salarios, desocupación) hicieron dudar sobre las futuras perspectivas de expansión. Todo parecía augurar el descalabro de la sociedad capitalista. En esa época comenzaron a imponerse en el movimiento obrero del continente —todavía perseguido, desorganizado y muy desunido— los ideales del "comunismo", sostenidos por algunos grupos de obreros revolucionarios y por los continuadores de Babeuf, quien en el *Manifiesto de los Iguales* había afirmado: "La Revolución Francesa no es más que la precursora de otra más grandiosa y que será la final". Ahora, en medio del desarrollo del proletariado industrial, las ideas comunistas serían replanteadas a la luz del análisis científico de las bases materiales de la sociedad burguesa y de sus mecanismos de funcionamiento y de cambio. Lo cierto es que en 1847 "el espectro del comunismo" horrorizaba a Europa. El miedo al proletariado "dominaba" a las clases dominantes.

"Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por

sus adversarios en el Poder? ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes más avanzados de la oposición como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto zahiriente de comunista?
De este hecho resulta una doble enseñanza:
Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa.
Que ha llegado el momento de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus aspiraciones; que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio Partido."

Así se inicia el célebre *Manifiesto Comunista* de Carlos Marx y Federico Engels, quienes 25 años después escribirían en el prefacio a la edición alemana de 1872:

"La 'Liga de los Comunistas', asociación obrera internacional que, naturalmente, dadas las condiciones de la época, no podía existir sino en secreto, encargó a los que suscriben, en el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, que redactaran un programa detallado del Partido, a la vez teórico y práctico, destinado a la publicación. Tal es el origen de este 'Manifiesto', cuyo manuscrito fue enviado a Londres para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de Febrero . . ."

La aceptación del *Manifiesto* por la Liga Comunista marcó un momento fundamental en la historia del movimiento obrero: la clase enfrentada antagónicamente con la burguesía, el proletariado, asumía por primera vez una teoría que expresaba orgánicamente, al mismo tiempo que recuperaba críticamente el sentido de sus luchas, su papel en la historia, sus objetivos revolucionarios.

La ideología implícita en las luchas obreras hasta ese momento es sistematizada por Marx y Engels poniendo al servicio del proletariado todo el arsenal de







la ciencia social y la filosofía burguesas.
Diría Engels años después que "como toda nueva teoría, el socialismo, aunque tuviese sus raíces en los hechos materiales económicos, hubo de empalmar, al nacer, con las ideas existentes". Convergen en él diversas líneas de pensamiento: la filosofía alemana y la economía política clásica inglesa, encaradas críticamente por la síntesis teórica de Marx y Engels; la influencia de las teorías socialistas y comunistas, reelaboradas a partir de la comprensión de los antagonismos de clase que imperaban en la sociedad de la época entre poseedores y desposeídos y las experiencias concretas del movimiento obrero.
En el ambiente intelectual de Alemania seguía siendo decisiva la influencia de Hegel. Su sistema —el idealismo objetivo— parte de una crítica al clásico idealismo alemán.
Para Hegel (1770-1831) la razón (espíritu, pensamiento) y la realidad (ser) se identifican en el espíritu absoluto. Lo real es movimiento, devenir, y su estructura es dialéctica. Concibe la Historia como el desarrollo de la Idea absoluta a través de un proceso dialéctico. El fin de la historia se alcanza en el estado. Poco antes de la muerte del maestro se notaron las primeras disensiones entre sus discípulos en torno al problema religioso. Hacia 1835 se produjo la escisión entre la derecha o los "viejos hegelianos", inclinados hacia el teísmo, y la izquierda de los "jóvenes hegelianos", que al esforzarse por adaptar el pensamiento de Hegel a las exigencias del liberalismo moderno, rechazaban toda "representación" en el dominio religioso y profesaban abiertamente el panteísmo y aun el ateísmo. El desarrollo alemán, promovido por la extensión del tráfico y la fundación de la Unión Aduanera, había reforzado la unidad económica, y tras ella surgieron los deseos de lograr la unidad política. Al fortalecerse la conciencia de clase de la burguesía, el liberalismo fue radicalizándose.

La lucha del liberalismo dirigida contra el estado prusiano se daba a nivel ideológico contra la filosofía hegeliana, ya que era la filosofía oficial del estado prusiano. Los hegelianos de izquierda —jóvenes radicales— atacaban el aspecto reaccionario de las ideas de Hegel, que hacía culminar su sistema en el estado; el futuro no le interesaba. Pero hacia éste se orientaba la reflexión de los jóvenes que llevaron su lucha contra la reacción en sentido verdaderamente hegeliano usando el aspecto revolucionario de esta filosofía: el método dialéctico (que incluso estaba en contradicción con el carácter definitivo de su sistema), al concebir el mundo y los fenómenos no como cosas acabadas sino como procesos ininterrumpidos. Además, como la censura podía reprimir con mayor facilidad el radicalismo político, limitaron la lucha ideológica al campo filosófico y teológico.

Marx y Engels

Marx y Engels se reunieron en París a fines de agosto de 1844. Se habían conocido en Colonia dos años antes cuando Engels, de paso para Inglaterra, fuera a las oficinas de la *Gaceta del Rin*, que Marx dirigía, para ofrecer su colaboración. Este primer encuentro fue algo frío y hasta hostil.

Ahora Engels regresaba a Alemania. En los diez días que permanecieron juntos en París pudieron comprobar la perfecta coincidencia de sus puntos de vista y arribaron a la conclusión de que si el análisis crítico que venían realizando los había llevado a las mismas conclusiones, de ahí en adelante podían complementar su trabajo. Comprendieron que sólo compartiendo sus conocimientos y sus esfuerzos podían luchar efectivamente para transformar la sociedad y de allí arrancó su estrecha colaboración, cimentada por una profunda amistad que duraría hasta la muerte de Marx.

Durante esos días trabajaron juntos en su primera obra crítica —*La Sagrada Familia*—, dirigida contra los jóvenes hegelianos de izquierda. Marx y Engels habían partido de la filosofía hegeliana, hasta convertirla en una nueva dialéctica revolucionaria que comenzaba a rendir sus primeros frutos teóricos.

Marx, hijo de un notario, funcionario del Estado Prusiano, nació en Treveris en 1818. Estudió derecho, historia y filosofía en las Universidades de Bonn y Berlín y se inició en la vida pública como redactor-jefe de la *Gaceta del Rin*, órgano teórico y político que exponía las reivindicaciones de la burguesía liberal renana y la oposición radical del grupo de "los Libres". Cuando llegó a París a fines de 1843, para dirigir junto con Arnold Ruge los *Anales franco-alemanes*, órgano teórico-político fundado para actuar como vehículo de la alianza intelectual entre alemanes y franceses, profundizó sus estudios sobre la historia de la Revolución Francesa y leyó a los socialistas franceses. Ya se encontraba en camino hacia el comunismo, pero para su problemática de entonces sólo podía justificarse si resultaba de una evolución consecuente de la filosofía. Casi simultáneamente Engels escribía en el periódico de Owen *The New Moral World*: "El comunismo . . . ha sido una consecuencia tan necesaria de la nueva filosofía hegeliana que no hay oposición capaz de sofocarlo".

A través de la crítica de la filosofía hegeliana del derecho, para Hegel el estado era la realización de la Idea. Marx arribó a la conclusión de que las relaciones jurídicas y las formas de estado radicaban "en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel . . . bajo el nombre de 'Sociedad Civil', y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía política". Precisamente Engels había enviado un artículo a los *Anales* —"Esbozo de una crítica de la economía política"— que Marx consideraría

El socialismo —palabra acuñada hacia 1820— fue gestándose en Inglaterra después de la aparición de "Una visión de la sociedad", obra de Robert Owen. En Francia, en cambio, nació con Saint-Simon, para ser luego profundizado ideológicamente. En las ilustraciones: Owen y Saint-Simon.

P. — ¿Qué es un industrial?
R. — Un industrial es un hombre que trabaja en producir o en poner al alcance de la mano de los diferentes miembros de la sociedad uno o varios medios materiales de satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos; de esta forma, un cultivador que siembra trigo, que cría aves o animales domésticos, es un industrial; un operador, un herrero, un cerrajero, un carpintero, son industriales, un fabricante de zapatos, de sombreros, de telas, de paños, de cachemiras es igualmente un industrial; un negociante, un carretero, un marino empleado a bordo de los buques mercantes, son industriales. Todos los industriales reunidos trabajan para producir y poner al alcance de la mano de todos los miembros de la sociedad todos los medios materiales para satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos, y forman tres grandes clases que se llaman los agricultores, los fabricantes y los negociantes.
P. — ¿Qué rango deben ocupar los industriales en la sociedad?
R. — La clase industrial debe ocupar el primer rango, por ser la más importante de todas, porque puede prescindir de todas las otras, sin que éstas puedan prescindir de aquella; porque subsiste por sus propias fuerzas por sus trabajos personales. Las otras clases deben trabajar para ella, porque son creación suya y porque les conserva su existencia; en una palabra: realizándose todo por la industria, todo debe hacerse para la industria. [...].
P. — Pasemos a la consideración del porvenir. Decidnos claramente: ¿cuál será, en definitiva, el destino político de los industriales?
R. — Los industriales se constituirán en la primera clase de la sociedad; los más importantes de entre los industriales se encargarán, gratuitamente, de dirigir la administración de la riqueza pública: ellos serán quienes hagan la ley, quienes marcarán el rango que las otras clases ocuparán entre ellas, concederán a cada una de ellas una importancia proporcional a los servicios que cada una haga a la industria. Tal será, inevitablemente, el resultado final de la actual revolución; y cuando se obtenga este resultado, la tranquilidad quedará completamente asegurada, la prosperidad pública avanzará con toda la rapidez posible y la sociedad disfrutará de toda la felicidad individual y colectiva a la que la naturaleza puede aspirar.
Esta es nuestra opinión sobre el porvenir de los industriales y sobre el de la sociedad; y ahora presento las consideraciones sobre las cuales fundo este criterio:
1º) La recapitulación del pasado de la sociedad nos ha probado que la clase industrial había adquirido importancia de forma continua, mientras que las otras la habían perdido continuamente; de ahí podemos sacar la conclusión de que la clase industrial debe acabar por constituirse en la más importante de todas.
2º) El simple sentido común ha depositado en todos los individuos el razonamiento siguiente: los hombres, habiendo trabajado siempre en pro de la mejora de su destino, siempre han tendido hacia una meta: el establecimiento de un orden social en el cual la clase ocupada en las tareas más útiles sea la más considerada, y es precisamente dicha meta la que, necesariamente, acabará por alcanzar la sociedad.
3º) El trabajo es la fuente de todas las virtudes; los trabajos más útiles deben ser los más considerados; por ello, tanto la moral divina como la humana llaman a la clase industrial para desempeñar el primer papel de la sociedad.
4º) La sociedad se compone de individuos, el desarrollo de la inteligencia social no puede ser otro que el de la inteligencia individual elevado a una escala mayor. Si se observa el curso que sigue la educación de los individuos, advertimos que en las escuelas primarias predomina la acción de gobernar; y en las escuelas de categoría superior se advierte que la acción de gobernar a los niños disminuye continuamente en intensidad, mientras que la enseñanza desempeña un papel de creciente importancia; lo mismo ha sido para la educación de la sociedad; la acción militar, es decir, la acción feudal, tuvo que ser la más fuerte en su origen; pero ha decrecido continuamente al tiempo que la acción administrativa ganaba importancia; y el

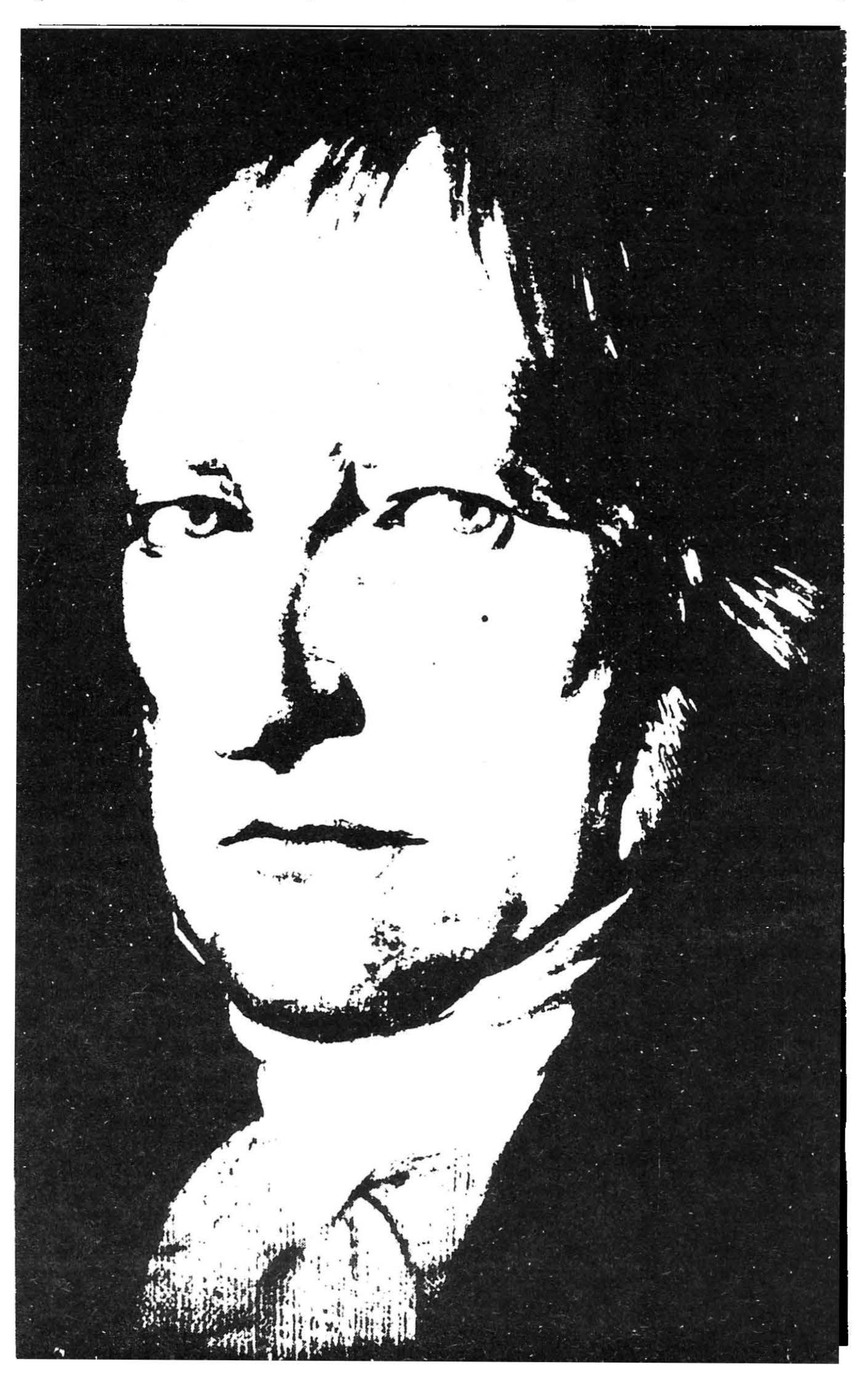
genial y que demostraba la ventaja que Engels le llevaba en esta esfera gracias a su experiencia en Inglaterra. Su padre, fabricante de Barmen, lo había enviado a Manchester para que completara su aprendizaje de la teoría y la práctica económica en los establecimientos fabriles de su socio. En el *Esbozo*, Engels concebía la economía capitalista como un progreso necesario. Dedujo la aparición de las crisis de superproducción —a las que consideraba como expresión fundamental de las contradicciones del capitalismo—, del juego de la ley de la oferta y la demanda, es decir de la competencia. Atacó ferozmente la teoría de la población de Malthus, quien afirmaba que la población crece más rápidamente que las subsistencias, y que tenía como propósito que los hombres aceptaran como ley de la naturaleza las consecuencias de una organización social imperfecta. Unía la crítica de la propiedad privada a la del capitalismo afirmando que la división entre el capital y el trabajo provenía de la existencia de la propiedad privada y que esa división había conducido a la división de la sociedad burguesa en clases antagónicas y a la división de la humanidad en capitalistas y obreros.

En Inglaterra Engels se unió al cartismo, conoció a sus principales líderes y colaboró en la *Northern Star*. También se interesó por el movimiento socialista dirigido por Robert Owen. Asistía asiduamente a las asambleas dominicales que los owenistas organizaban en Manchester y también escribió en su periódico. De este modo se puso en contacto con el proletariado real, producto de la gran industria, con su miseria y su degradación moral, su poderío colectivo y su capacidad de organización. Vivamente interesado por sus problemas, Engels observó y anotó casi diariamente durante más de dos años el detalle de la vida del proletariado en los distritos fabriles que recorrió, muy impresionado por las consecuencias inmorales e inhu-

poder administrativo, necesariamente, debe acabar por dominar al poder militar.
Los militares y los legistas deben acabar por estar a las órdenes de los hombres más capacitados para la administración; porque una sociedad ilustrada no necesita ser administrada; porque en una sociedad ilustrada la fuerza de las leyes y la de los militares para hacer obedecer la ley no deben ser empleadas más que contra aquellos que pretendiesen trastornar la administración. Las concepciones directrices de la fuerza social deben ser producidas por los hombres más capacitados en administración. Ahora bien, los más importantes de entre los industriales, habiendo sido quienes han dado pruebas de una mayor capacidad en lo administrativo, ya que merced a su capacidad en ello deben la importancia que han adquirido, son los que, en definitiva, serán necesariamente encargados de la dirección de los intereses sociales.

Saint-Simon, *Catecismo político de los industriales*, 1824.

Federico Hegel, filósofo alemán, cuyas concepciones influirían en la doctrina propiciada por Marx y Engels.



El socialismo y el comunismo crítico-utópico

No se trata aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas ha formulado las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Bafeuf, etc.).

Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase, realizadas en tiempos de efervescencia general, en el período del derrumbamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente, tanto por el débil desarrollo del mismo proletariado como por la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condiciones que surgen solo como producto del advenimiento de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos del proletariado era forzosamente, por su contenido, reaccionaria. Preconizaba un ascetismo general y un burdo igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., hacen su aparición en el período inicial y rudimentario de la lucha entre el proletariado y la burguesía... Los inventores de estos sistemas, por cierto, se dan cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos destructores dentro de la misma sociedad dominante. Pero no advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político que le sea propio.

Como el desarrollo del antagonismo de clase va a la par con el desarrollo de la industria, ello tampoco puede encontrar las condiciones materiales de la emancipación del proletariado, y se lanzan en busca de una ciencia social, de unas leyes sociales que permitan crear esas condiciones.

En lugar de la actividad social ponen la actividad de su propio ingenio; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización gradual del proletariado en clase, una organización de la sociedad inventada por ellos. La futura historia del fundo se reduce para ello a la propaganda y ejecución práctica de sus planes sociales.

En la confección de sus planes tienen conciencia, por cierto, de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre. El proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece.

Pero la forma rudimentaria de la lucha de clases, así como su propia posición social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Desean mejorar las condiciones materiales de todos los miembros de la sociedad, incluso de los más privilegiados. Por eso, no cesan de apelar a toda la sociedad sin distinción, e incluso se dirigen con preferencia a la clase dominante. Porque basta con comprender su sistema para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles de la mejor de todas las sociedades posibles.

Repudian, por eso, toda acción política, y en particular toda acción revolucionaria; se proponen alcanzar su objetivo por medios pacíficos, intentando abrir camino al nuevo evangelio social valiéndose de la fuerza del ejemplo, por medio de pequeños experimentos, que, naturalmente, fracasan siempre.

Estas fantásticas descripciones de la sociedad futura, que surgen en una época en que el proletariado, todavía muy poco desarrollado, considera su propia situación de una manera también fantástica, provienen de las primeras aspiraciones de los obreros, llenas de profundo sentimiento, hacia una completa transformación de la sociedad. Mas estas obras socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Y de este modo han proporcionado materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus tesis positivas referentes a la sociedad futura, tales como la desaparición del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del estado en una simple administración de la producción: todas estas tesis no hacen sino anunciar la desaparición del antagonismo de las clases, antagonismo que comienza solamente a perfilarse y del que los inventores de sistemas no conocen todavía sino las primeras formas indistintas y confusas. Así, esas tesis tampoco tienen más que un sentido puramente utópico.

Manifiesto Comunista, 1847.

manas del capitalismo. Simultáneamente recogía las opiniones de los dirigentes y los obreros cartistas, los temas de sus artículos y discursos.

Con este material preparó su libro *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra,* que aparecería en 1845 y donde afirmaba que para dar una base sólida a las teorías socialistas era indispensable conocer la situación del proletariado.

Entre tanto Marx se había lanzado con avidez al estudio de la economía política a través de Adam Smith y de David Ricardo y de los economistas pequeñoburgueses preocupados por las crisis del capitalismo: Say y Sismondi. Adam Smith consideraba, contra el parecer de los fisiócratas, que el origen de la riqueza se hallaba en el trabajo y no en la tierra y afirmaba que por medio de la competencia, de la división del trabajo y del libre comercio se alcanzaría la armonía y la justicia social. David Ricardo, por su parte y siguiendo las teorías de Malthus, afirmaba en su teoría del salario que éste tendía a permanecer en el nivel mínimo necesario para subsistir. En los llamados *Manuscritos económico-filosóficos de 1844,* editados recién en 1932, Marx había llegado a la conclusión de que la sociedad es inhumana porque el trabajo es trabajo enajenado. Afirmaba que "el obrero está con respecto al producto de su trabajo en la misma relación que está con respecto a un objeto extraño [...]. La propiedad privada es, pues, el producto, el resultado, la consecuencia necesaria del trabajo exteriorizado, de la relación externa del trabajador con la naturaleza y consigo mismo". Su humanismo completo, dentro de las pautas del naturalismo, se identificaba con el comunismo, que debía concebirse "como abolición positiva de la propiedad privada, en tanto autoenajenación humana", de la división del trabajo y del trabajo asalariado. A principios de 1845 Marx fue expulsado de Francia a pedido del gobierno prusiano por unos artículos que escribió en 1844 en el

Vorwärts (Adelante) de París, órgano de los revolucionarios alemanes expatriados a raíz de la rebelión de los tejedores de Silesia. En uno de ellos afirmaba que "sin revolución no podía realizarse el socialismo" y, dado que toda revolución derriba los viejos poderes, "en este sentido toda revolución es política". Marx salió de París con su familia para establecerse en Bruselas, donde poco después se le reuniría Engels. Juntos nuevamente, emprendieron la tarea de "liquidar su conciencia filosófica anterior" mediante una "crítica a la filosofía post-hegeliana" que se concretaría en el manuscrito de la *Ideología Alemana*, terminado en Bruselas en 1846, donde quedó fundada la teoría del materialismo histórico.

Marx y Engels afirmaban que "los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero los hombres reales y actuantes, tal como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde [. . .]. Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo [. . .]. Se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso en la vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de un proceso material de vida [. . .]".

"Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época, o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual".

Pero, como relatara Engels unos años más tarde, no se les pasó por las mientes "la idea de ir a contar al oído del mundo erudito, en gordos volúmenes, los nuevos resultados científicos de nuestras investigaciones . . . Nada de eso . . . Teníamos el deber de fundamentar científicamente nuestras doctrinas; pero, para nosotros, era por lo menos igualmente importante ganar la opinión del proletariado europeo, y sobre todo del proletariado alemán, para nuestras ideas. Y apenas llegamos a conclusiones claras ante nosotros mismos nos pusimos a trabajar".

Todo los empujaba en esos momentos hacia la práctica. En sus *Tesis sobre Feuerbach*, ya Marx se había centralizado en ello: "Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo". Para asumir la práctica revolucionaria que se les imponía como derivación ineludible de sus propias investigaciones teóricas ante todo debían buscar la conexión con el movimiento obrero alemán, especialmente con los grupos animados por las tendencias comunistas.

El movimiento obrero alemán



En la década de 1840 el concepto de "socialismo" hacía referencia a las distintas ideologías más o menos radicales, aunque siempre expuestas de manera bastante académica y teórica, tendientes a la renovación pacífica de la sociedad mediante una serie de reformas. El "comunismo", en cambio, designaba a las ideas que pugnaban por su transformación revolucionaria. En la corriente socialista alemana, la misma distinción se expresaba de modo diferente: por un lado el "comunismo filosófico" o "socialismo verdadero", propagado por los intelectuales (que en lenguaje hegeliano habían absorbido, deficientemente, las utopías de los socialistas franceses); por otro, el comunismo práctico de los

"Los filosófos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo." Carlos Marx, "Tesis sobre Feuerbach".

En la ilustración: El joven Marx durante un mitin, pintura de la época.

El esquema ha sido tomado de W. Hoffman, *Historia de las ideas sociales*. México, Uteha, 1964.

trabajadores que soñaban con la distribución igualitaria de los bienes sin hacer hincapié en la propiedad de los medios de producción.

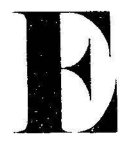
En aquellos años Alemania carecía de un proletariado cuantitativamente importante debido al bajo nivel de su desarrollo capitalista. Sin tener en cuenta a los campesinos, la mayoría de la clase trabajadora estaba integrada por artesanos. Pero el opresivo ambiente político que imperaba en las diferentes regiones alemanas no toleraba ni siquiera la existencia de las débiles organizaciones del artesanado. Sus militantes terminaban, tarde o temprano, uniéndose en el exilio a los contingentes de artesanos alemanes que emigraban cuando carecían de oportunidades de trabajo o porque el perfeccionamiento de sus oficios —eran ebanistas, relojeros, sastres, curtidores, etc.— requería el aprendizaje de nuevas técnicas. A ellos se sumaban los políticos e intelectuales de la izquierda, perseguidos o expresamente desterrados por las autoridades, que buscaban refugio en el exterior, sobre todo en Francia y Suiza, Inglaterra o Bélgica.

Los alemanes no eran las únicas víctimas de la típica represión de los regímenes autocráticos. Obreros e intelectuales polacos e italianos, y hasta aristócratas rusos, ambulaban por Europa reforzando el "internacionalismo" característico de esta época, que, como contrapartida, era testigo también del fortalecimiento de los movimientos nacionalistas impulsados por la burguesía en los países en los cuales no había ascendido al poder.

Engels había conocido en Alemania a Moisés Hess, el primero del grupo de los jóvenes radicales de Berlín que vio en el comunismo el desarrollo lógico de la filosofía hegeliana. Antes de partir para Inglaterra también tuvo oportunidad de acceder a las doctrinas de Wilhelm Weitling, representante del movimiento comunista práctico que surgiera del seno del proletariado alemán.

Por su parte, durante su estada en París Marx había alternado con algunos socialistas franceses que le presentara Moisés Hess, pero sólo con Proudhon llegaría a mantener cierta amistad, aunque por poco tiempo.

El movimiento obrero en Francia. Las sociedades secretas



En Francia las organizaciones proletarias estaban prohibidas. La monarquía de julio las perseguía enconadamente. Estas condiciones estimularon la multiplicación de sociedades secretas, que reducían su actividad política a la conspiración, orientada por dirigentes republicanos. El proletariado, débil y desorganizado, constituido en gran parte por artesanos, sólo era un apéndice de la pequeña burguesía radical.

Después del alzamiento de los tejedores de Lyon, en 1834, el gobierno redobló sus persecuciones contra los obreros y los republicanos, que debieron refugiarse en la clandestinidad. Armando Barbés y Augusto Blanqui, seguidores de la tradición babeuvista, se habían convertido en los líderes de la oposición radical. Ellos fundaron la "Sociedad de las Familias", que en 1836 fue descubierta y deshecha por la policía. Sus principales animadores fueron a prisión, pero al año siguiente recuperaron la libertad y de inmediato organizaron la "Sociedad de las Estaciones". En ésta ya prevalecía, casi exclusivamente, la tendencia proletaria. Su programa predicaba la "revolución social y radical". La república ya no aparecía como un fin en sí misma, a modo de panacea universal: era un simple medio político para desplazar los bienes de los poseedores y explotadores a los desposeídos y explotados. Su ideología se basaba en las primitivas consignas comunistas de Babeuf. Preconizaba el golpe de mano audaz, a cargo de un gru-

DIRECCIONES PRINCIPALES DEL MOVIMIENTO SOCIAL DE LA PRIMERA EPOCA

Objetivos	Dirección	Subdivisión	*Inglaterra*	*Francia*	*Alemania*	*Rusia*
(A) *Objetivos económico-sociales*	I. *Perfeccionamiento de la sociedad industrial*	Movimiento agrario: Socialismo agrario	Thomas Spence, James O'Brien,			
		Movimiento agrario: Reforma agraria.	W. Ogilvie, A. R. Wallace, J. St. Mill, H. George (EE. UU.)			
		Realización de la producción racional		Claude-Henri de Saint-Simon (1760-1825)		
	II. *Reforma de la sociedad a partir de un solo punto*	Eliminación del sistema de distribución existente	Rob. Owen (1771-1858)	Charles Fourier (1772-1837)		
		Eliminación del sistema del crédito		Pierre Joseph Proudhon (1809-1865)		
		Eliminación del sistema de producción		Louis Blanc (1811-1882)	Ferd. Lassalle (1825-1864)	
	III. *Comunismo igualitario* ("Comunismo utópico")			Gracchus Babeuf (1760-1797)		
				Etienne Cabet (1788-1856)	Wilh. Weitling (1808-1871)	
	IV. *Anarquismo*	Individualismo radical	Will. Godwin (1756-1836)		Max Stirner (seudónimo) (1806-1856)	
		Anarquismo revolucionario		P. J. Proudhon		M. A. Bakunin (1814-1876)
(B) *Objetivos políticos*	I. *Cambio político como primer paso del cambio social*	Comunismo revolucionario ("Comunismo político")		Gr. Babeuf		P. A. Kropotkin (1842-1921)
				Aug. Blanqui (1805-1881)	Wilh. Weitling	
	II. *Cambio exclusivamente político*	Movimiento republicano		Carbonari, Grupo clandestino, Cabet		
		Movimiento para el cambio del derecho electoral	Cartismo	L. Blanc	F. Lassalle	



Weitling y Proudhon

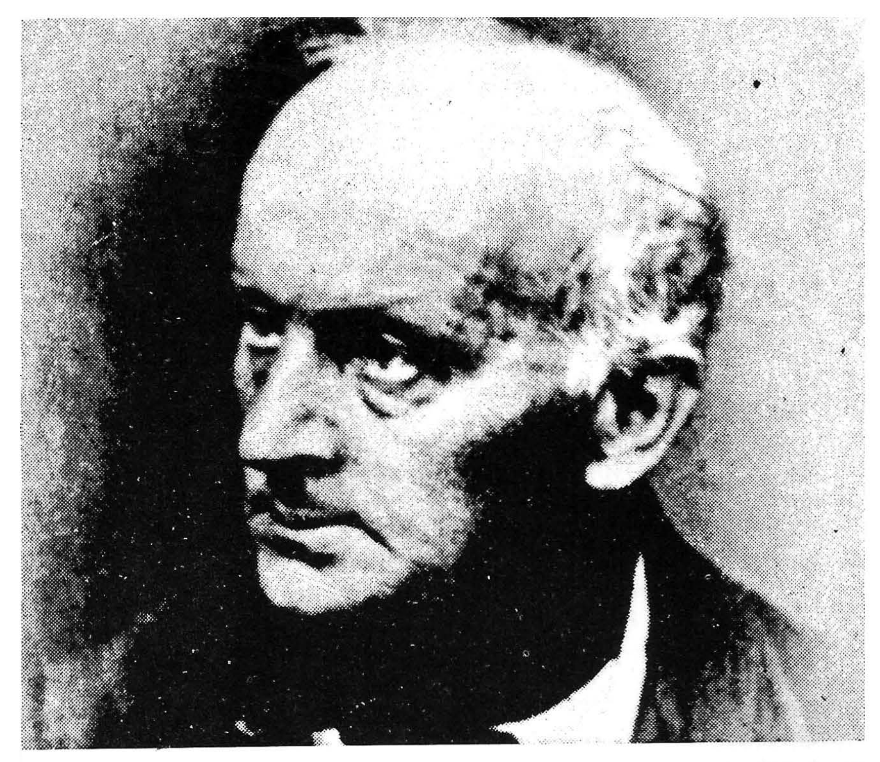
"Weitling y Proudhon tuvieron su cuna en las cimas de la clase obrera; eran las suyas personalidades sanas y fuertes, ricamente dotadas, y tan favorecidas por el medio que no les hubiera sido difícil escalar posiciones de excepción, esas raras posiciones de que se nutre el tópico filisteo de que las filas de la clase gobernante están abiertas para todos los talentos de la clase trabajadora. Pero ambos desdeñaron esta carrera, para abrazar voluntariamente la de la pobreza y luchar por sus hermanos de clase y de pasión.
Siendo como eran hombres robustos y fornidos, llenos de fuerza medular, predestinados por naturaleza al goce de la vida, se impusieron las más duras privaciones por consagrarse a sus ideales. Una estrecha cama, compartida no pocas veces por tres personas entre las paredes de un angosto cuarto, una tabla por mesa de trabajo y, de vez en cuando, una taza de café negro: así vivía Weitling cuando su nombre ponía ya espanto en los grandes de la tierra, y lo mismo moraba Proudhon en su cuartucho parisino en momentos en que ya le ceñía la fama europea: metido en un chaleco de punto y calzados los pies en zuecos.
En ambos se mezclaban la cultura alemana y la francesa. Weitling era hijo de un oficial francés, y acudió presuroso a París tan pronto como tuvo edad para ello, a beber en las fuentes del socialismo. Proudhon era oriundo del viejo condado libre de Borgoza, anexionado por Luis XIV a Francia; y no era difícil echar de ver en él la cabeza germana. Lo cierto es que, tan pronto tuvo independencia de juicio, sintióse atraído por la filosofía alemana, en cuyos representantes Weitling no alcanzaba a ver más que espíritus confusos y nebulosos; Proudhon, en cambio, no tenía palabras bastante duras para fustigar a los grandes utopistas, a quienes aquél debía lo mejor de su formación. Estas dos figuras del socialismo compartieron la fama y la mala estrella. Fueron los primeros proletarios modernos que aportaron una prueba histórica de que la moderna clase obrera es lo bastante fuerte e inteligente para emanciparse a sí misma; los primeros que rompieron el círculo vicioso a que estaban adscritos el movimiento obrero y el socialismo. En este sentido, su labor hace época; su obra y su vida fueron ejemplares y contribuyeron fructíferamente a los orígenes del socialismo científico. Nadie volcó mayores elogios que Marx sobre los comienzos de Weitling y Proudhon. En ellos veía confirmado como realidad viviente lo que el análisis crítico de la filosofía hegeliana sólo le había brindado, hasta entonces, como fruto de especulación.
Pero, con la fama, aquellos dos hombres compartieron también la mala estrella. A pesar de toda su agudeza y del alcance de su visión, Weitling no llegó a remontar nunca los horizontes del aprendiz artesano alemán, como Proudhon tampoco superó los del pequeño burgués parisino. Y ambos se separaron del hombre que supo consumar gloriosamente lo que ellos habían iniciado de un modo tan brillante. No fue por vanidad personal ni por despecho, aunque ambas cosas apuntasen también, más o menos visibles, conforme la corriente de la historia les iba haciendo sentirse eliminados. Sus polémicas con Marx revelan que no sabían sencillamente hacia dónde navegaba éste. Fueron víctimas de una mezquina conciencia de clase, cuya fuerza era tanto mayor cuanto más inconscientemente actuaba en ellos."

Franz Mehring, *Carlos Marx. Historia de su vida.*

po de conspiradores decididos, como táctica para derribar al gobierno y tomar el poder.

La Liga de los Justos

En 1834 los exiliados alemanes radicados en París habían creado la "Liga de los Proscriptos". Fue la primera secta secreta integrada por artesanos de ese origen. Ellos constituían la médula de la organización, pero sus objetivos eran también de carácter democrático-republicano, como los de las restantes sectas que funcionaban en Francia en la misma época. Su finalidad era luchar por la "emancipación de Alemania", por su "unidad nacional" y por la instauración de la igualdad política y social. Los elementos más decididos y radicales —que eran la mayoría— se separaron en 1836 para crear la "Liga de los Justos" bajo la dirección de Teodoro Schuster. Aunque parecía más preocupada por la actividad propagandística, pronto volvieron a privar en la nueva Liga los métodos y objetivos del grupo de Blanqui: la tradición conspirativa y la vieja idea igualitaria de Babeuf. Entre sus miembros más activos se destacaban Carlos Schapper, Enrique Bauer y el sastre Wilhelm Weitling, que en 1838 publicó su primera obra: *La humanidad como es y como debiera ser.*
Aliada a la "Sociedad de las Estaciones", la Liga intervino en 1839 en la fracasada intentona organizada por Blanqui y Barbés. Sus principales afiliados fueron encarcelados y luego expulsados de Francia; el resto se dispersó. Muchos se trasladaron a Inglaterra y otros se refugiaron en Suiza. Desde ambos centros intentaron reorganizar la Liga. Pero fue en Londres donde, amparados por las leyes de reunión y asociación, tuvieron más éxito. Allí se congregaron los elementos más activos, que, encabezados por Schapper, el zapatero Enrique Bauer y el relojero José



Enrique Bauer —arriba— y Moisés Hess —en la ilustración inferior—, dos de los activistas que componían el grupo orientador del movimiento obrero alemán.



Moll, lograron restablecer la "Liga de los Justos". Engels los conoció en 1843: "eran los primeros revolucionarios que se echaba a la cara" y le causaron una "impresión imponente".

En febrero de 1840 los desterrados alemanes fundaron en Londres una "Asociación de Cultura Obrera", que, además de funcionar para sus propios fines, lo hizo también como agencia de reclutamiento para la Liga de los Justos, que la había inspirado y la dirigía. Weitling se encargó de restablecer la organización en París, donde la puso bajo la dirección de Ewerbeck. Lo mismo hizo en Suiza, ayudado por uno de sus partidarios más entusiastas, Augusto Becker. De este modo la organización proletaria se extendía a todos los núcleos de la emigración alemana y mantenía relaciones constantes con Alemania. En 1844 la represión terminó por ahogar el movimiento en Suiza. Weitling, después de un año de cárcel, regresó a Londres. Las persecuciones y las consiguientes deportaciones permitieron a la Liga fortalecer sus contactos internacionales.

Tal era el panorama del movimiento obrero alemán cuando Marx y Engels reunidos en Bruselas trabajan en los primeros esbozos del materialismo histórico. Sólo había una forma de verificar el sentido revolucionario de su teoría: discutirlo con el proletariado. De la aceptación de éste dependía que se trasformara en un arma revolucionaria. Para ello antes había que dar la batalla contra la ideología de la "Liga de los Justos".

La batalla contra la "ideología"

La ideología del proletariado alemán era en aquella época una desordenada mezcla de ideas, prejuicios y utopías que tenían sus principales fuentes en el comunismo elemental, artesano y pequeño burgués de Weitling y en el "socialismo verdadero" de Carlos Grün. Ambos gozaban de gran influencia en París: Weitling entre los sastres y Grün entre los ebanistas y curtidores alemanes. Es decir en un ambiente de artesanos que se habían acercado al comunismo en la medida en que la gran industria amenazaba sus oficios. Pero éstos, mientras no fueran privados de sus medios de producción, mientras no se enfrentaran directamente con el gran capital, con la burguesía, mal podían tener la conciencia de formar una clase distinta y explotada. Frente a los maestros explotadores, para los oficiales era vital la posibilidad de convertirse en maestros que actuaran de la misma manera con otros artesanos. Por cierto, las frases literarias de Grün acerca de la felicidad humana y la "armonía universal de intereses" les resultarían más aceptable que las largas explicaciones de Engels, fundadas en hechos económicos irrefutables. Entre agosto y diciembre de 1846 Engels intentó en vano atraerlos a "la senda crítica". Pero los planes humanitarios, las campañas pacíficas para hacer la felicidad del mundo, todas las quimeras de Grün, influido por las ilusiones reformistas de Proudhon, empañaba la mentalidad preproletaria de aquellos artesanos rebeldes, a quienes tanto costaba asumir un programa realmente crítico y revolucionario.

En Inglaterra la situación era completamente diferente. La gran industria, la producción en gran escala, la acumulación del capital y el consecuente desarrollo de las fuerzas productivas habían alcanzado un nivel bastante alto. El movimiento cartista hizo que, en diversos estallidos, se expresara revolucionariamente el latente antagonismo de clases entre el trabajo y el capital. Desde el momento en que la Liga alejada del ambiente artesano de París se estableció en Londres y se puso en contacto con esta nueva realidad, entró en crisis. Cuando Weitling —expulsado de Suiza— regresó a Londres ya no encontró un medio propicio para sus utopías. A los dirigentes londinenses de la Liga, que buscaban expresar con claridad al proletariado, ya nada les decía su comunismo elemental, con no pocas reminiscencias del cristianismo primitivo. Conforme se acentuaba su decadencia, Weitling se fue convirtiendo en predicador y profeta y, preocupado por crear una lengua universal, se fue separando paulatinamente de lo que le había dado fuerza: la vida de su clase. En 1846 fue a Bruselas, donde rompió definitivamente con Carlos Marx. Poco después abandonaba Europa para dirigirse a los Estados Unidos. Desde ese momento dejó de ejercer toda influencia en los medios comunistas europeos.

También contribuyó a la renovación silenciosa que se gestaba en la liga londinense el hecho de incorporarse a ella dos hombres "que sobrepujaban con mucho a los demás en capacidad de comprensión teórica" (según palabras de Engels): el miniaturista Carlos Pfänder y el sastre Jorge Eccarius, que años después sería el secretario de la Primera Internacional.

En 1845 se había fundado en Londres una nueva agrupación, la "Asociación de los Demócratas Fraternales", que es probablemente la primera organización internacional de la clase obrera. Su influencia condujo a la Liga a ampliar sus horizontes y a afirmar su propio carácter y en su comité ejecutivo figuraban Moll y Schapper. "Todos los hombres son hermanos" era el lema de la Asociación, que propagaba activamente las ideas de solidaridad proletaria internacional.

Entretanto, Marx y Engels, que residían en Bruselas desde 1845 habían convertido a esa ciudad en el centro de estudio y de propaganda de sus ideas. En torno a ellos se habían ido agrupando un nutrido número de emigrados comunistas —proletarios e intelectuales— como Moses Hess, Ernesto Dronke, Guillermo Wolff (muerto tempranamente y a quien Marx dedicara más tarde el primer libro de *El Capital*), José Weydemeyer, Jorge Weerth, Esteban Born y varios otros. Ellos constituyeron la

"Asociación de Cultura Obrera" que funcionó como centro cultural y de propaganda comunista teniendo como eje la teoría de Marx y Engels. Con el objeto de difundirla ambos decidieron también crear un "Comité comunista de correspondencia" para mantener un contacto lo más asiduo posible con los demás centros de propaganda comunista y radical de Europa. En Londres contaron como corresponsales a los miembros de la "Liga de los Justos". En cambio Engels, que viajó a París para preparar el terreno entre los comunistas alemanes, se estrelló allí con la indiferencia o la abierta oposición de los artesanos exiliados, sometidos a la influencia de Grün y Proudhon y desconfiados respecto a los intelectuales. Estos "eternos celos contra nosotros como intelectuales", como escribía Engels a Bruselas, eran una de las barreras que se oponían a la adopción por el movimiento obrero de la teoría que recuperaba sus experiencias dispersas, sus objetivos concretos, que trazaba sistemáticamente, a partir del análisis histórico del papel del proletariado, el camino a seguir para transformar la sociedad.

En mayo de 1846 Marx había escrito a Proudhon para solicitarle su ayuda en la organización del "Comité de Correspondencia" en París, pero Proudhon rechazó la propuesta de Marx y asumió la defensa de Grün. En 1847 sobrevino la ruptura definitiva entre ambos a raíz de la dura crítica que Marx hiciera a la obra de Proudhon *La filosofía de la miseria* en *La miseria de la filosofía*. En esos momentos también Hess —que había tomado partido por Grün— se hallaba distanciado de Marx y Engels.

La Liga Comunista

A fines de 1846 se había renovado el comité central de la "Liga de los Justos" de Londres. Casi de inmediato los nuevos dirigentes enviaron proclamas a todos los afiliados destacando la necesidad de redactar "una sencilla profesión de fe comunista" que pudiera servir a todos de norma general. Para decidir acerca de esto se convocaba un congreso en Londres con el objeto de aprobar un manifiesto que la Liga adoptaría como propio. En enero de 1847 el Comité Central dio poderes a Moll para que se trasladaran a Bruselas con el fin de negociar con Marx y Engels el ingreso de ambos en la Liga. Ambos accedieron. Habían ganado la primera batalla: ya eran miembros del único partido organizado de los proletarios alemanes y éste además, estaba dispuesto a aceptar sus teorías.

El Congreso de Londres, que había sido convocado para el 1º de mayo de 1847, se terminó por realizar a partir del 1º de junio. Engels concurrió como delegado de las tres comunas de París y Wolff en representación de la comuna de Bruselas. Se procedió a la reorganización de la Liga en Comunas, círculos directivos, comité central y congreso, y se adoptó para ella el nombre de "Liga Comunista".

El artículo primero de los estatutos establecía: "La finalidad de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, la instauración del régimen del proletariado, la abolición de la vieja sociedad burguesa, basada en los antagonismos de clase, y la creación de una sociedad nueva, sin clases ni propiedad privada". La aprobación de los estatutos y del programa o "profesión de fe" quedó diferida para el segundo congreso. Hubo acuerdo para publicar una *Revista comunista* mensual, como órgano de la Liga. Encabezando el periódico, del que sólo apareció un "número de prueba", en setiembre de 1847, campeaba el lema del futuro Manifiesto Comunista: "Proletarios de todos los países, uníos".

"Todos los hombres son hermanos". Lema de la "Asociación de Demócratas Fraternales".

El Manifiesto Comunista

A fines de noviembre de 1847 se reunió en la sala de sesiones de la "Asociación Comunista de Cultura Obrera" de Londres el segundo congreso de la "Liga Comunista", al que Marx concurrió representando a la Comuna de Bruselas y Engels a las tres de París. "Marx —escribiría años después Engels— defendió en grandes debates su nueva teoría. Por fin, vencidas todas las resistencias y todas las dudas, fueron unánimente aprobados todos los principios y se nos encargó a Marx y a mí redactásemos un Manifiesto." Recién a principios de 1848, Marx y Engels cumplieron el encargo y el Manifiesto salió para Londres pocos días antes de que estallara en París el movimiento revolucionario que en pocos meses se extendería por Europa.

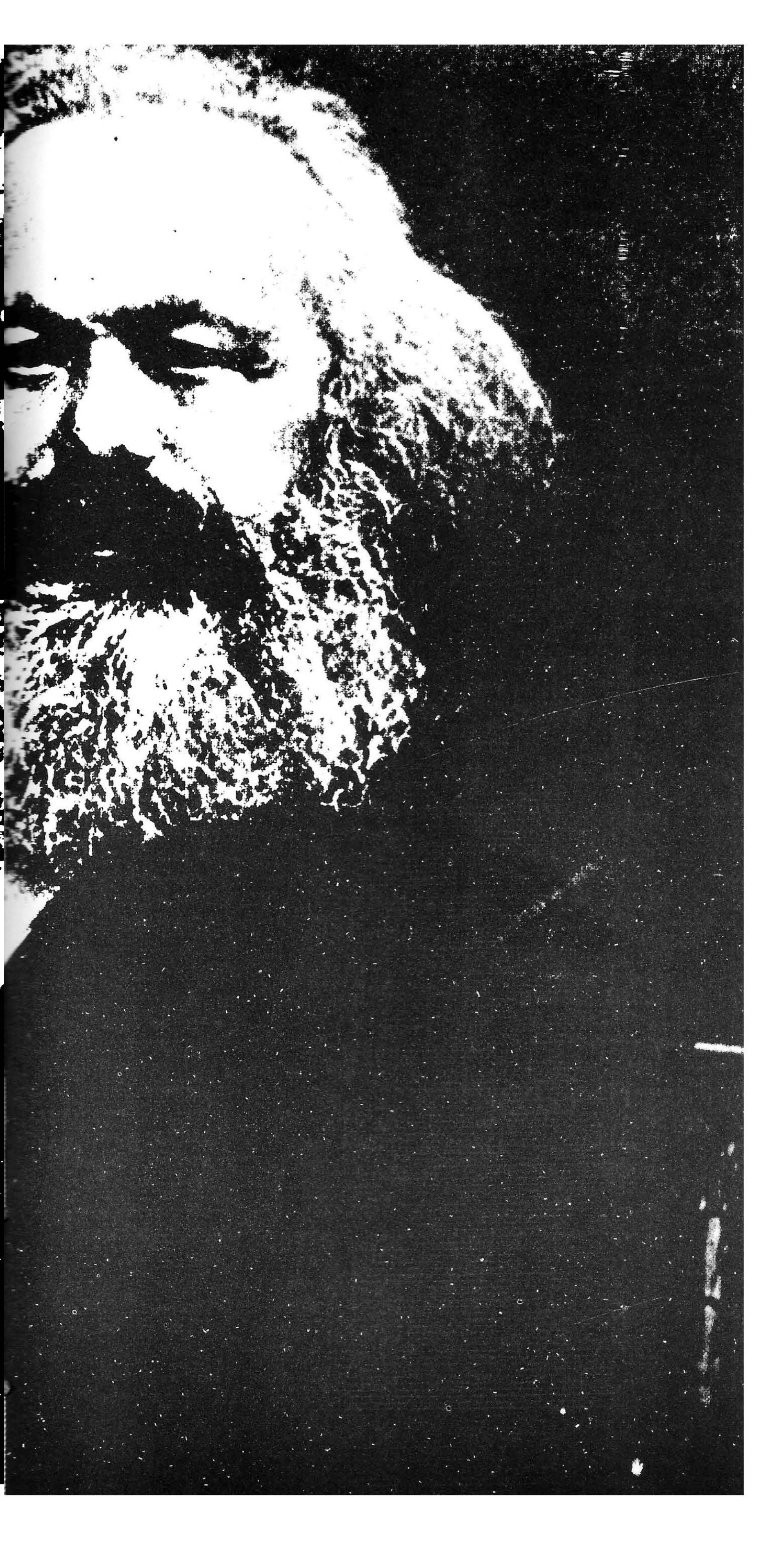
Las concisas y brillantes frases de Marx reflejaban el momento especial en que fue elaborado, cuando la revolución tan temida por las clases dominantes parecía levantarse desde todos los confines del continente europeo. En cuanto a su contenido, es el resultado de los trabajos anteriores de Marx y Engels, la culminación de lo que, hasta ese momento, eran sus teorías.

Las tesis fundamentales se agrupan en torno a: 1) la lucha de clases y la contradicción burguesía-proletariado como motor histórico; 2) el partido revolucionario como partido del proletariado; 3) el internacionalismo proletario.

La lucha de clases

En 1852, Marx dirigió una carta a Joseph Weydemeyer —socialista alemán emigrado a los Estados Unidos— en la que precisaba lo que él consideraba su propia contribución a la teoría de la lucha de clases.





Carlos Marx. Junto con Engels, autor del "Manifiesto Comunista".

La propiedad, según Proudhon

He concluido la obra que me había propuesto; la propiedad está vencida: ya no se levantará jamás. En todas partes donde este libro se lea existirá un germen de muerte para la propiedad; y allí más pronto o más tarde desaparecerán el privilegio y la servidumbre. Al despotismo de la voluntad sucederá el reinado de la razón. ¿Qué sofistas ni qué prejuicios resistirán ante la sencillez de estas proposiciones?

I. La *posesión* individual es la condición de la vida social. Cinco mil años de propiedad conservaron la posesión y, con esta sola modificación, habréis cambiado por completo las leyes, el gobierno, la economía, las instituciones: habréis eliminado el mal de la tierra.

II. Siendo igual para todos el derecho de ocupación, la posesión variará con el número de poseedores: la propiedad no podrá constituirse.

III. Siendo también igual para todos el efecto del trabajo, es imposible la formación de la propiedad por la explotación ajena y por el alquiler.

IV. Todo trabajo humano es resultado necesario de una fuerza colectiva: la propiedad, por esa razón, tiene que ser colectiva e indivisa. En términos más concretos, el trabajo destruye la propiedad.

V. Siendo toda capacidad de trabajo, así como todo instrumento para el mismo, un capital acumulado, una propiedad colectiva, la desigualdad de remuneración y de fortuna, so pretexto de desigualdad de capacidades, es injusticia y robo.

VI. El comercio tiene por condiciones necesarias la libertad de los contratantes y la equivalencia de los productos cambiados. Ahora bien, teniendo en valor por expresión la suma de tiempo y de gasto que cuesta cada producto y siendo la libertad inviolable, los trabajadores han de ser necesariamente iguales en salarios, como lo son en derechos y deberes.

VII. Los productos sólo se adquieren mediante productos; por tanto, siendo condición de todo cambio la equivalencia de los productos, el lucro es imposible e injusto. Aplicad este principio elemental de economía y desaparecerán el pauperismo, el lujo, la opresión, el vicio, el crimen y el hambre.

VIII. Los hombres están asociados por la ley física y matemática de la producción antes de estarlo por su consentimiento: por consiguiente, la igualdad de condiciones es de justicia, es decir, de derecho social, de derecho estricto; el afecto, la amistad, la gratitud, la admiración, coresponden al derecho equitativo o proporcional.

IX. La asociación libre, la libertad, que se limita a mantener la igualdad en los medios de producción y la equivalencia en los cambios, es la única forma posible de sociedad, la única justa, la única verdadera.

X. La política es la ciencia de la libertad. El gobierno del hombre por el hombre, cualquiera que sea el nombre con que se disfrace es tiranía; el más alto grado de perfección de la sociedad está en la unión del orden y de la anarquía.

La antigua civilización ha llegado a su fin; la faz de la tierra va a renovarse bajo un nuevo sol. Dejemos pasar una generación, dejemos morir en el aislamiento a los antiguos prevaricadores: la tierra santa no cubrirá sus huesos. Si la corrupción del siglo te indigna, si el deseo de justicia te enaltece, si amas la patria, si el interés de la humanidad te afecta, abraza, lector, la causa de la libertad. Abandona tu egoísmo, húndete en la ola popular de la igualdad que nace; en ella tu alma purificada hallará energías desconocidas; tu carácter débil se fortalecerá con valor indomable; tu corazón rejuvenecerá. Todo cambiará de aspecto a tus ojos, iluminados por la verdad; nuevos sentimientos despertarán en ti ideas nuevas. Religión, moral, arte, idioma, se te representarán bajo una forma más grande y más bella y, seguro de tu fe, saludarás la aurora de la regeneración universal.

Proudhon, *¿Qué es la propiedad?*, 1840.

"En lo que concierne, no hay por qué atribuirme el mérito de haber descubierto ni la existencia de clases en la sociedad moderna ni la lucha que estas clases hacen entre sí. Mucho antes que yo, historiadores burgueses han descripto el desarrollo histórico de esta lucha de clases, cuya anatomía económica fue expuesta también por ciertos economistas burgueses. Por mi parte, lo que hice de nuevo fue mostrar: 1) que la existencia de clases solo está ligada a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases lleva necesariamente a la dictadura del proletariado; 3) que esta dictadura constituye solo una transición hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases".

La primera tesis se funda en una investigación empírica de fenómenos sociales observados y analizados en sus estructuras materiales. En el *Manifiesto* presenta las estructuras sociales antiguas, medieval y moderna para poner de relieve el antagonismo de clases en la sociedad burguesa que "lleva necesariamente" al triunfo del proletariado:

"La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases.
Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos, se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada una veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes.
En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa división de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feuda-

les, vasallos, maestros, oficiales y siervos y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales. La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Unicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado".

La sociedad burguesa es el fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio, ya que, al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción y con esto cambian las relaciones económicas:

"De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía. El descubrimiento de América y la circunnavegación de Africa ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de las Indias y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. La clase media industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó entonces a la manufactura; el lugar de la clase media industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios —jefes de verdaderos ejércitos industriales—, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América.

[. . .] *La burguesía moderna, como veremos, es por sí misma fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio".*

La lucha de clases es una lucha política. En la primera etapa de su historia la burguesía se constituyó como clase bajo el régimen feudal y la monarquía absoluta. Los éxitos políticos que obtuvo fueron modificando a su favor las relaciones de clase hasta que, constituida ella misma en clase, derrocó al feudalismo y a la monarquía conquistando la hegemonía del poder político en el estado moderno, cuyo gobierno representa sus intereses de clase:

"Cada etapa de la revolución recorrida por la burguesía ha sido acompañada del correspondiente éxito político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación armada y autónoma en la comuna; en unos sitios, república urbana independiente; en otros, "tercer estado" tributario de la monarquía; después, durante el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías feudales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mer-

"El verdadero resultado de las luchas no es el éxito inmediato sino la unión cada vez más extensa de los obreros." Marx.

Portada de la primera edición, impresa en alemán, del "Manifiesto del Partido Comunista", 1848.

cado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el estado representativo moderno. El gobierno del estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.
La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario".

El continuo desarrollo de las fuerzas productivas es la condición necesaria de la existencia de la sociedad burguesa.

"La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ellos todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constante distinguen la época burguesa de todas las anteriores".

Las fuerzas productivas son en sí mismas un producto histórico y social. A ellas corresponden determinadas relaciones de producción que se expresan en formas jurídico-políticas, como las relaciones de propiedad. Cuando, al llegar a cierto nivel de desarrollo, las fuerzas productivas chocan con las relaciones de producción expresadas en las relaciones de propiedad, éstas se convierten en trabas y son necesariamente reemplazadas por otras relaciones.

"Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio, sobre cuyas bases se ha formado la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, toda la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y se rompieron. En su lugar se estableció la libre competencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.
Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas contra las actuales relaciones de producción [...] Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean en forma cada vez más amenazante la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa".

Las enormes fuerzas productivas de que dispone la sociedad burguesa ya no sirven para su desarrollo; por el contrario resultan demasiado poderosas para las relaciones de producción, que se han convertido en obstáculos. "Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno". Para superar las crisis que la sacuden periódicamente en esta etapa de su desarrollo, la sociedad burguesa recurre a la conquista de nuevos mercados y a la explotación intensiva de los antiguos, preparando crisis más extensas y violentas. Las armas que usó contra el feudalismo se vuelven contra ella. Y como escribiera Marx en *La miseria de la filosofía*, publicada unos meses antes del *Manifiesto*: "De todos los instrumentos de producción, la fuerza produc-



der

Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt euch.

London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter"
von J. E. Burghard.
46, Liverpool Street, Bishopsgate.

Marx y la economía política

[. . .] Mis estudios profesionales eran los de Jurisprudencia, de la que, sin embargo, solo me preocupé como disciplina secundaria, al lado de la filosofía y la historia. En 1842-43, siendo redactor de la *Gaceta del Rhin*, me vi por vez primera en el trance difícil de tener que opinar acerca de los llamados intereses materiales. Los debates de la Dieta renana sobre la tala furtiva y la parcelación de la propiedad del suelo, la polémica oficial mantenida entre el señor Von Schaper, a la razón de la situación de los campesinos de Mosela, y finalmente, los debates sobre el libre cambio y el proteccionismo, fue lo que me movió a ocuparme por vez primera de cuestiones económicas. Por otra parte, en aquellos tiempos en que el buen deseo de marchar en vanguardia superaba con mucho conocimiento de la materia, la *Gaceta del Rhin* dejaba traslucir un eco del socialismo y del comunismo francés, teñido de un tenue matiz filosófico. Yo me declaré en contra de aquellas chapucerías, pero confesando al mismo tiempo redondamente en una controversia con la Gaceta General de Augsburgo que mis estudios hasta entonces no me permitían aventurar ningún juicio acerca del contenido propiamente dicho de las tendencias francesas [. . .]

Mi primer trabajo emprendido para resolver las dudas que me asaltaban fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya introducción vio luz en 1844 en los *Anales franco-alemanes*, que se publican en París. Mi investigación desemboca en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado, no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada revolución general del espíritu humano, sino radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de "Sociedad Civil", y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía política. En Bruselas, adonde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, hube de proseguir mis estudios de economía política comenzados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes o, lo que es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse la conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos solo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando las condiciones materiales para su realización. A grandes ras-

tiva más grande es la propia clase revolucionaria".

"Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios".

El capital no puede crecer sin multiplicar al mismo tiempo el proletariado, ya que el capital solo aumenta si se cambia por trabajo. Aunque es indudable que Marx no había llegado a desarrollar su propia teoría de la plusvalía. Por eso aún considera que el obrero vende al capitalista su trabajo. Años después llegará a la conclusión que en realidad vende su fuerza de trabajo: la única mercancía capaz de crear valores mayores que los necesarios para mantenerse a sí misma. Solo la fuerza de trabajo es capaz de crear plusvalía.

"En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acredita el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detalle, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio sujeto, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter sustantivo y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensables para vivir y para perpetuar su linaje. Pero el precio del trabajo, como el de toda mercancía, es igual a su costo de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el tra-

gos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de antagonismo individual sino de un antagonismo que proviene de las condiciones de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana. Federico Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial "Bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas" (en *Anales franco-alemanes*), había llegado por distinto camino (véase su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo. Y cuando en la primavera de 1845 se estableció también en Bruselas acordamos contrastar conjuntamente nuestro punto de vista con el ideológico de la filosofía alemana, en realidad, liquidar con nuestra conciencia filosófica anterior.

El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía post-hegeliana. El manuscrito —dos gruesos volúmenes en octava— llevaba ya la mar de tiempo en Westfalia, en el sitio en que había de editarse, cuando nos enteramos de que nuevas circunstancias imprevistas impedían su publicación. En vista de esto, entregamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, muy de buen grado, pues nuestro objetivo principal, esclarecer nuestras propias ideas, estaba ya conseguido. Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos u otros aspectos, sólo citaré el Manifiesto del Partido Comunista, redactado en colaboración con Engels y por mí, y un discurso sobre el libre cambio, que yo publiqué. Los puntos decisivos de nuestras concepciones fueron expuestos por vez primera, científicamente, aunque sólo en forma de polémica, en la obra *Miseria de la filosofía*, etc., publicada por mí en 1847 y dirigida contra Proudhon. La publicación es un estudio escrito en alemán sobre el trabajo asalariado, en el que recogía las conferencias explicadas por mí acerca de este tema en la Asociación obrera alemana de Bruselas; fue interrumpida por la revolución de febrero, que trajo como consecuencia mi alejamiento de Bélgica.

La publicación de la Nueva Gaceta del Rhin (1848-1849) y los acontecimientos posteriores interrumpieron mis estudios económicos, que no pude reanudar hasta 1850, en Londres. Los inmensos materiales para la historia de la economía política acumulados en el British Museum, la posibilidad tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa y, finalmente, la nueva fase de desarrollo en que parecía entrar ésta con el descubrimiento del oro de California y de Australia, me impulsaron a volver a empezar desde el principio, abriéndome paso de un modo crítico, a través de los mismos materiales. Estos estudios llevaban a veces, por sí mismos, a campos aparentemente alejados y en los que tenía que detenerme durante más o menos tiempo. Pero lo que sobre todo me mermaba el tiempo de que disponía era la necesidad imperiosa de trabajar para vivir. Mi colaboración desde hace ya ocho años en el primer periódico anglo-americano, el New York Tribune, me obligaba a desperdigar extraordinariamente mis estudios, ya que en casos excepcionales me dedico a escribir para la prensa correspondencias propiamente dichas. Los artículos sobre los acontecimientos económicos más salientes de Inglaterra y el continente formaban una parte tan importante de mi colaboración que esto me obligaba a familiarizarme con una serie de detalles de carácter práctico situados fuera de la órbita de la ciencia propiamente dicha.

Este esbozo sobre la trayectoria de mis estudios en el campo de la economía política tiende simplemente a demostrar que mis ideas, cualquiera que sea el juicio que merezcan y por mucho que choque con los prejuicios interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos años de concienzuda investigación. Y a la puerta de la ciencia, como a la puerta del infierno, debiera estamparse esta consigna:

Qui si convien lasciare ogni sospetto;
Ogni viltá convien che qui sia morta.
(Abandónese aquí todo recelo / Mátese aquí cualquier vileza".
(Dante).

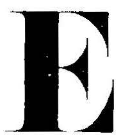
K. Marx, *Prólogo de la contribución a la crítica de la Economía Política.*

"El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa". Del "Manifiesto Comunista".

Federico Engels: "La insurrección es un arte que tiene sus reglas. La primera es que con la insurrección no se debe jugar si no se está decidido a aceptar todas las consecuencias del juego".

bajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desenvuelven el maquinismo y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo, mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del movimiento de las máquinas, etc." .

El partido revolucionario como partido del proletariado



l proletariado antes de constituir el partido político se expresa en varias instancias organizativas: sindicatos, uniones nacionales, etc., que con sus luchas —aún en el plano puramente reivindicativo— logran una unión cada vez más abarcadora de la clase obrera. El *Manifiesto* hace una breve historia de estas diferentes etapas del desarrollo del proletariado:

"La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, están organizadas en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro . . .

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; después por los obreros de una misma fábrica; más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués aislado que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistas por la fuerza la posición perdida del trabajador de la Edad Media".

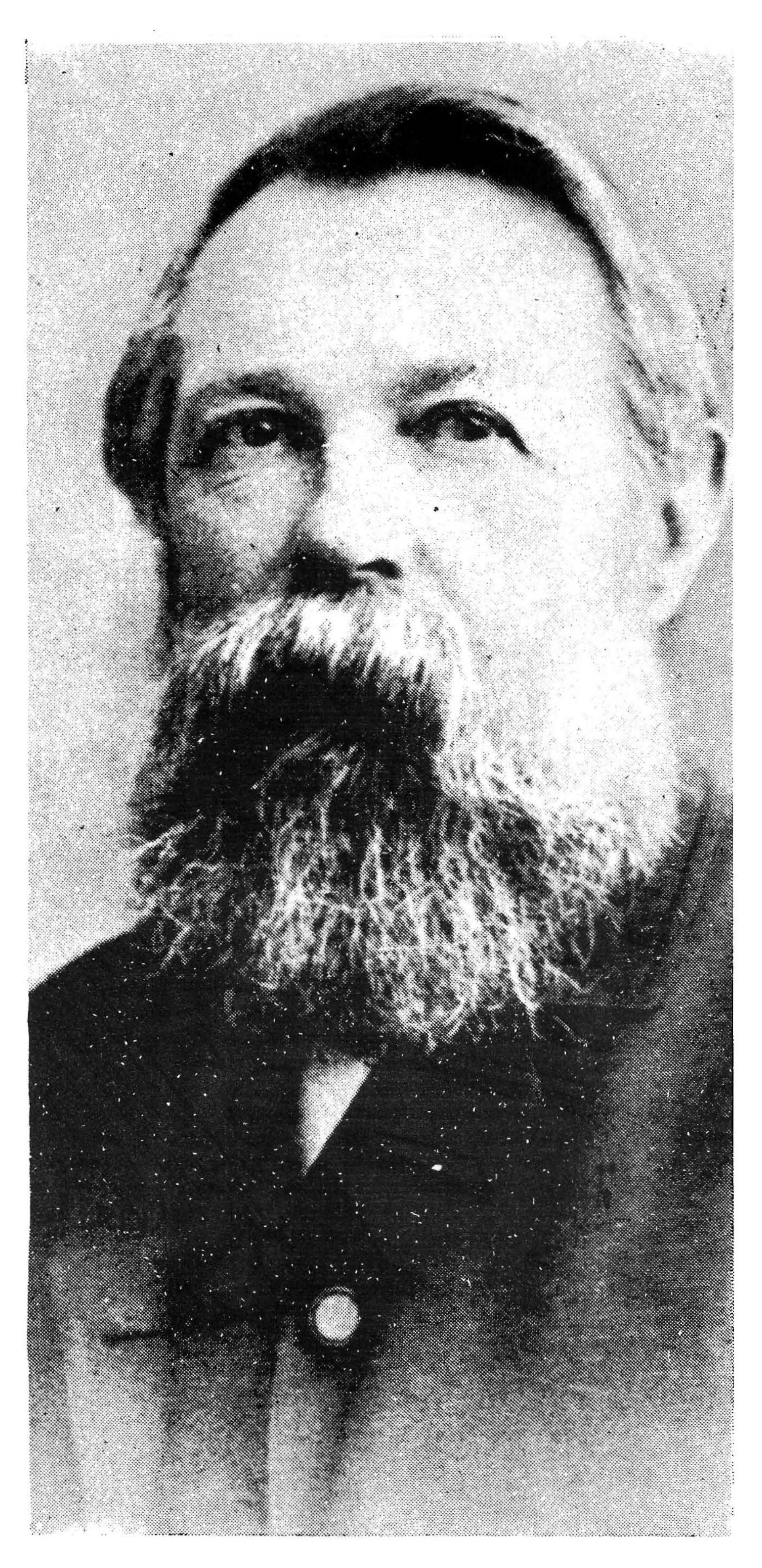
Antes que el proletariado alcance el grado de homogeneidad, autoconciencia y organización que necesita para luchar contra la burguesía, ésta, que sí lo ha alcanzado, utiliza a las masas obreras para combatir a sus propios enemigos.

"En esta etapa los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino de la unidad de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —y por ahora aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía".

La gran industria concentra a los obreros, que primero forman coaliciones para defender sus salarios. Pero a medida que los capitalistas también se asocian, movidos por la idea de la represión, las coaliciones —antes aisladas— forman grupos y la defensa de sus asociaciones se convierte en el principal interés de los obreros.

"Pero la industria, en su desarro-

llo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí, y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación".



Los ferrocarriles desempeñarían un papel ambivalente en la revolución francesa de 1848. Si bien en todas partes facilitaron la comunicación favoreciendo la unión de los obreros a nivel nacional, también crearon un nuevo tipo de obrero industrial e imprimieron un nuevo sello al movimiento obrero de importantes consecuencias con respecto al futuro. Los obreros ferroviarios de París construyeron las primeras barricadas, formaron la "vanguardia de la insurrección". Pero a su vez los ferrocarriles desempeñaron un papel importante en el aplastamiento de la insurrección al facilitar el transporte de las tropas y de los voluntarios de las provincias que llegaban a París para engrosar las las fuerzas del orden.

"A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus lu-

El socialismo conservador o burgués

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa. A esta categoría pertenecen los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda suerte. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo burgués en sistemas completos.

Citemos como ejemplo la *Filosofía de la miseria* de Proudhon.

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna, pero sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ella. Quieren perpetuar la sociedad actual, pero sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués elabora en un sistema más o menos completo esta representación consoladora. Cuando invita al proletariado a realizar su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha forjado de ella.

Otra forma de este socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles, que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, cuando habla de la transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesa —lo que no es posible más que por vía revolucionaria—, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su domino y para simplificarle la administración de su estado.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica.

Libre cambio, en interés de la clase obrera.

Aranceles protectores, en interés de la clase obrera.

Prisiones celulares, en interés de la clase obrera.

He aquí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha dicho seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.

Manifiesto Comunista.

chas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros.

Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años".

Al organizarse como clase respecto al capital, la coalición de los obreros toma carácter político y su lucha se transforma en lucha política. Marx y Engels rechazan la ideología de aquellos socialistas —como Proudhon— para quienes el movimiento social excluía la lucha política.

"Esta organización del proletariado en clase, y, por tanto, en partido político, es sin cesar socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero surge de nuevo, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disenciones intestinas de los burgueses para obligarlos a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra".

En la dinámica de la lucha de clases —que primero es una lucha nacional, en tanto se da contra la burguesía de cada país— el proletariado, organizado como clase (y por tanto, como partido político) alcanza su objetivo necesario: la revolución abierta y violenta que derribe a la burguesía implantando su propia dominación, de la que se deriva la abolición de la propiedad privada y la transformación revolucionaria de los niveles político e ideológico de la superestructura.

"Todas las clases que en el pa-

Manifest

der

Kommunistischen Partei.

Ein Gespenst geht um in Europa — das Gespenst des Kommunismus. Alle Mächte des alten Europa haben sich zu einer heiligen Hetzjagd gegen dies Gespenst verbündet, der Papst und der Czar, Metternich nnd Guizot, französische Radikale und deutsche Polizisten.

Wo ist die Oppositionspartei, die nicht von ihren regierenden Gegnern als kommunistisch verschrieen worden wäre, wo die Oppositionspartei, die den fortgeschritteneren Oppositionsleuten sowohl, wie ihren reaktionären Gegnern den brandmarkenden Vorwurf des Kommunismus nicht zurückgeschleudert hätte?

Zweierlei geht aus dieser Thatsache hervor.

Der Kommunismus wird bereits von allen europäischen Mächten als eine Macht anerkannt.

Es ist hohe Zeit daß die Kommunisten ihre Anschauungsweise, ihre Zwecke, ihre Tendenzen vor der ganzen Welt offen darlegen, und den Mährchen vom Gespenst des Kommunismus ein Manifest der Partei selbst entgegenstellen.

Zu diesem Zweck haben sich Kommunisten der verschiedensten Nationalität in London versammelt und das folgende Manifest entworfen, das in englischer, französischer, deutscher, italienischer, flämmischer und dänischer Sprache veröffentlicht wird.



Arriba: primera página del texto de la primera edición del "Manifiesto". Abajo: Marx y Engels con sus familias, en 1865.

Actitud de los comunistas ante los otros partidos de la oposición

Después de lo dicho en el capítulo II, la posición de los comunistas ante los partidos obreros ya constituidos se explica por sí misma, y por tanto su posición ante los cartistas de Inglaterra y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte, también.

Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de este movimiento. En Francia, los comunistas se suman al Partido Socialista Democrático [1] contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar, sin embargo, al derecho de criticar las ilusiones y los tópicos legados por la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte de socialistas-democráticos, al estilo francés, y en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos, los comunistas apoyan el partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional; es decir, al partido que provocó en 1846 la insurrección de Cracovia.

En Alemania, el Partido Comunista lucha de acuerdo con la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria.

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir de inmediato las condiciones sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía.

Los comunistas fijan su principal atención en Alemania porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresistas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el estado de cosas social y político existente.

En todos estos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista.

En fin, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos solo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Manifiesto Comunista.

[1] Este partido estaba representado en el parlamento por Ledru-Rollin, en la literatura por Luis Blanc y en la prensa diaria por *La Reforme*. El nombre de Socialista Democrático significaba, en boca de sus inventores, la parte del partido Democrático o Repúblicano que tenía un matiz más o menos socialista. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

sado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales sino aboliendo su propio modo de apropiación existente en vigor y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

[...] *La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los*

obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables."

Las luchas obreras espontáneas, aunque de hecho constituyan una barrera para la tendencia de la burguesía a agudizar la explotación y contribuyan a la toma de conciencia del proletariado, solo expresan la resistencia al dominio burgués, ya que por sí mismas no pueden articularse con un proyecto político propio. Para lograrlo es necesario que se produzca la teoría científica, ya que sólo ella puede descubrir los mecanismos reales del funcionamiento del sistema. La finalidad de ésta consiste en formar la instancia orgánica de conducción política de la lucha que libra el proletariado, es decir: el partido revolucionario. En el *Manifiesto* se establece la dialéctica entre el partido revolucionario y el resto de la clase obrera:

¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses algunos que no sean los intereses del conjunto del proletariado.

No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad antes existentes no es una característica peculiar y exclusiva del comunismo. Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas.

La revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa.

El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa."

El internacionalismo proletario

Una de las premisas fundamentales de la revolución proletaria es su condición de internacional a fin de cimentar la solidaridad y coordinar la acción con el proletariado de los distintos países frente al carácter inter-

Facsímil del manuscrito del Manifiesto.
"Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista.
Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar."

nacional del enemigo común: el capitalismo.

"Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.
Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.
El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden.
El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común del proletariado, al menos el de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.
En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro será abolida la explotación de una nación por otra.
Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí."

La dictadura del proletariado

El proletariado organizado como clase dominante debe dirigir un proceso de transformaciones radicales de la sociedad hasta la completa desaparición de las clases y, por lo tanto, de todo dominio de clase. El *Manifiesto* propone una serie de medidas de carácter económico, que, a su vez, define como objetivos intermedios transitorios:

"Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.
El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.
Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.
Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países. Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:
1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del estado.
2. Fuerte impuesto progresivo.
3. Abolición del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.
5. Centralización del crédito en manos del estado por medio de un Banco nacional con capital del estado y monopolio exclusivo.
6. Centralización en manos del estado de todos los medios de transporte.
7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al estado y de los instrumentos de producción. Roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.
8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos

industriales, particularmente para la agricultura.
9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la oposición entre la ciudad y el campo.
10 Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy; régimen de educación combinado con la producción material, etc., etc."

La extinción del Estado

El proletariado como clase dominante debe usar su dominio para preparar las condiciones que hagan posible la desaparición de todo dominio de clase —por lo tanto también del propio dominio— y por lo tanto también del estado como expresión de tal dominio.

"Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesia el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime al mismo tiempo que estas relaciones de producción como clase.
En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos."

De 1848 a la Primera Internacional

En 1848 el movimiento obrero fue derrotado. Aún carecía de la organización y madurez necesarias para convertir su rebelión, casi espontánea, en algo más profundo y radical que un sacudón momentáneo para el orden social.
El inminente derrumbe que pronosticaron Marx y Engels, que temieron los gobernantes y ansiaron los explotados, fue solo una más de la larga serie de crisis periódicas que conmueven la estructura del sistema capitalista. Ni siquiera tuvo la intensidad de la anterior (1841-1842). Según el historiador Hobsbawn, ambas "no pasaron de un hecho en lo que era visiblemente un desnivel ascendente de prosperidad económica". A partir de 1850 casi toda Europa entraría en la fase de la abundancia.
Cuando estalló la revolución de febrero en París el comité central de la "Liga Comunista" traspasó sus poderes al Círculo Directivo de Bruselas. Casi simultáneamente Marx salía para París, donde se constituiría un nuevo comité central. Las tesis del *Manifiesto* comenzaban a reinscribirse en la práctica revolucionaria de los militantes del movimiento obrero. En la segunda quincena de marzo triunfaba la revolución en Viena y en Berlín. Los miembros de la Liga, encabezados por Marx y Engels, se lanzaron inmediatamente a la lucha. Marx, con artículos de la *Nueva Gaceta del Rhin*; Engels, en el alzamiento del Palatinado. Alentados por la opinión de que el régimen burgués de Alemania tendría que ser forzosamente fugaz, aplicaron la táctica sostenida por el *Manifiesto*: "Por todas partes eran afiliados a la Liga los que acaudillaban el ala extrema del movimiento democrático", diría Engels más tarde. Las matanzas obreras de junio en París, la derrota de los demócratas alemanes y austríacos en mayo y junio de 1849, pusieron fin a la primera etapa de la revolución. A pesar de que el triunfo de la reacción aún no estaba consolidado, en el transcurso de 1850 nadie dudaba de que las perspectivas revolucionarias habían comenzado a alejarse nuevamente. Se iniciaba el período de prosperidad. La política de retraimiento asumida en la Liga por Marx y Engels originó la escisión de su ala ultraizquierdista, encabezada por Schapper y Willich. En 1852 fueron detenidos y sometidos a un proceso por delitos fraguados por la policía los delegados de la Liga en Alemania. La Liga quedó disuelta en 1852. Doce años después, en la Primera Internacional, volvería a rescatarse el *Manifiesto Comunista*. Desde entonces su historia se confundió con la del movimiento obrero mundial inspirado por Marx y Engels. "Actualmente —escribía Engels en el prólogo a la edición inglesa de 1888— es, sin duda, la obra más difundida y más internacional de toda la literatura socialista, un programa común reconocido por millones de trabajadores, desde Siberia hasta California."

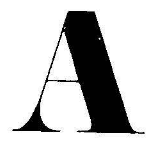
Bibliografía

Biografía del Manifiesto Comunista. México, Ed. México S.A., 1949.
Cole, G. D. H., *Historia del pensamiento socialista.* México, F.C.E., 1962. T. I, "Los precursores".
Dolleáns, Edouard, *Historia del movimiento obrero 1830-1871.* Madrid, Zero, 1969.
Hobsbawn, Eric J., *Las revoluciones burguesas.* Madrid, Guadarrama, 1964.
Mandel, Ernest, *La formación del pensamiento económico de Marx.* México, Siglo XXI, 1967.
Mayer, G., *Engels.* Buenos Aires, Ed. Intermundo, 1946.
Mehring, Franz, *Carlos Marx. Historia de su vida.* México, Grijalbo, 1957.
Rubel Maximilien, *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual.* Buenos Aires, Paidós, 1970.
Rude George, *La multitud en la historia.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

Mutuales y Cooperativas

Pablo Costantini

El mutualismo —originado en las "uniones de compañeros" del siglo XIV— actúa en posiciones totalmente defensivas. Su objetivo primordial es proteger a los trabajadores de los abusos de los patrones, despertando así las primeras formas de solidaridad obrera.

ntes de llegar a la organización de los modernos sindicatos agrupados por industria, forma avanzada que corresponde a una etapa en que la conciencia obrera se ha afirmado como resultado del proceso de desarrollo y concentración de las fuerzas productivas, los trabajadores asalariados ensayaron diversas formas de organización con el fin de contrarrestar los efectos de la creciente explotación o de combatir sus causas.

Algunas de estas formas, las que constituyen los antecedentes del sindicato, asumieron, enfrentando a los poseedores de los medios de producción, la lucha por las reivindicaciones obreras, por las mejoras en los salarios y en las condiciones de trabajo. Otras, en cambio, trataron de resolver los problemas originados por la explotación al margen de esa lucha. Entre estas últimas se ubican dos tipos de organización que en determinado momento de la historia del movimiento obrero cumplieron un papel fundamental, en la medida en que despertaron y articularon las primeras formas de solidaridad: el mutualismo y el cooperativismo. El mutualismo tiene una larga historia. Comienza con las "uniones de compañeros", que surgen para contrarrestar la actitud cada vez más diferenciadora de los maestros artesanos, a partir de la crisis del siglo XIV. Aunque a veces estas organizaciones desarrollen cierto tipo de lucha reivindicativa, su papel es fundamentalmente defensivo: dar protección, con el aporte de sus miembros, a viudas, niños, ancianos, asegurar un entierro de acuerdo con el rito cristiano.

Sustancialmente unido al artesanado, este tipo de mutualismo (el caso del *compagnonnage* en Francia o de las "sociedades fraternales" en Inglaterra) entrará en crisis durante la Revolución Industrial: pasará a ser la cobertura legal de las sociedades de resistencia, dará pie para la formación de las "sociedades culturales" que impulsan los republicanos o serán la expresión específica del artesanado en decadencia. (El proletariado, que comienza a volcarse en las luchas reivindicativas, no gana lo suficiente como para hacer los aportes que exigen las organizaciones mutuales.)

Poco a poco el mutualismo, tal cual se lo concebía en el siglo XIX, entrará en contradicción con las luchas obreras en la medida que trata de resolver los problemas de la explotación cargando la solución en los mismos obreros en lugar de impugnar el sistema. Su historia posterior es importante en cuanto pasa a ser un elemento complementario del sindicato, como obra social.

Más breve es la historia del cooperativismo,cuya etapa central se da en la segunda mitad del siglo XIX a la luz de las teorías de Fourier y de Owen, ya sea bajo la forma de cooperativas de producción (el caso de Francia) o de cooperativas de consumo (el caso de Inglaterra). Los proyectos cooperativistas, fuertemente cargados de utopismo o de reformismo, muchas veces se frustrarán o quedarán en la pura teoría. En otros casos, los que señalan con mayor profundidad sus contradicciones, seguirán las pautas del sistema que intentan hacer desaparecer: el capitalismo.

Las diferencias internas en los gremios artesanales

i el moderno proletariado industrial es producto de las condiciones sociales engendradas por la revolución económica de los siglos XVIII y XIX, el trabajo asalariado es muy anterior: ya lo encontramos en los gremios medievales, organizadores de la producción artesanal urbana. Tales gremios artesanales agrupaban en un principio, indiferenciadamente, a maestros artesanos, aprendices y asalariados (compañeros). Todos convivían armoniosamente y en pie de igualdad dentro de la organización.

El acuerdo entre los tres estra-

El mutualismo es una etapa de organización que subsistió mientras existieron las formas de vida basadas en el trabajo artesanal. La conciencia obrera propia de la etapa industrial propondrá otras formas de agrupación.

tos gremiales era posible por el carácter no contradictorio que tenían los intereses respectivos: compañeros y aprendices sabían que casi automáticamente, luego de algunos años de trabajo, alcanzarían la condición de maestros y que probablemente heredarían a su patrón. Sus expectativas de ascenso social no estaban ligadas a las del conjunto de su grupo, sino a un probable salto individual a la condición superior, la de maestro. Por otra parte, los unía a éste el interés común por mantener la independencia económica del gremio, mediante la defensa del monopolio del oficio (el cual generalmente les era otorgado por las autoridades de la ciudad en que trabajaban) y la lucha contra todo intento de absorción por parte de los comerciantes o contra el establecimiento de competidores en el mercado urbano, ya provinieran de ciudades vecinas o de industrias rurales.

El acuerdo interno entre los estratos de los gremios comienza a romperse en el siglo XIV. En ese momento, la profunda crisis que vive la sociedad feudal obliga a los gremios a estabilizar su producción. Se perfila entonces una tendencia, que se hará más notable durante los siglos siguientes, a reservar la maestría para las familias que la detentaban hasta el momento, tendencia que se manifiesta en toda clase de medidas restrictivas para compañeros y aprendices: prolongación del aprendizaje, aumento de las tasas que se debían pagar para obtener el título de maestro, necesidad de ejecutar una obra maestra, de complicada ejecución, para acreditar la capacidad del aspirante. Como ejemplo de esto podemos señalar las exigencias que se le presentaban en Ruán al candidato sastre: debía elaborar un traje de niño, una vestidura eclesiástica, una casaca militar, un vestido de fiesta, un traje de amazona . . .

Frente a esta situación, el compañero, que no posee otros medios económicos que su propio salario, y que por lo tanto no puede subsistir durante el prolongado lapso que necesita para elaborar su obra maestra, ve su acceso a la maestría sensiblemente dificultado. Dificultad que aumenta si se considera que el candidato debe hacer frente a los gastos que demandan las tasas cada vez más elevadas, los regalos diversos, los banquetes celebratorios, además de los que supone su instalación en un taller independiente. De esta manera los gremios se transforman cada vez más en una cerrada capilla de maestros patronos que trasmiten por herencia el monopolio de su oficio, así como la clientela de sus talleres, mientras los compañeros quedan en general reducidos de por vida a la condición de asalariados. No es extraño que entre núcleos bastante amplios de compañeros surja la idea de una organización independiente, que defiende intereses que la realidad va demostrando que son diferentes a los de los maestros artesanos. Aparecen entonces en Alemania y en Francia las uniones de compañeros de oficio.

Los "compagnonnages" en Francia

Los *compagnonnages,* o uniones de compañeros *(compagnons),* surgen en Francia en el siglo XIV como resultado del ya descripto proceso de diferenciación interna de los gremios. Mantienen muchas de las características de éstos, hecho no sólo explicable por su origen sino también porque las condiciones sociales del trabajo no han variado: los compañeros continúan produciendo en reducidas unidades artesanales especializadas en la elaboración de un solo tipo de objeto. En su modo de organización tienden a reproducir la forma y la escala de su trabajo, coaligándose en agrupaciones reducidas que abarcan, a lo sumo, a todos los trabajadores del mismo oficio y que no trascienden el radio urbano para unirse con los trabajadores de otras ciu-

dades. En este plano el *compagnonnage* se limita a calcar la antigua organización gremial.

El *compagnonnage* también toma de las antiguas cofradías artesanales los objetivos en pro de los cuales se organizan: la protección y ayuda mutua entre sus miembros. En esta primera etapa el *compagnonnage* no va más allá del mutualismo, al que impregna de un fuerte carácter religioso. Derechos de entrada, cotizaciones, multas y donaciones abonadas por los compañeros son destinadas a veces a la asistencia de ancianos, viudas y huérfanos del grupo, pero, por sobre todo, se tiene como principal objetivo asegurar a los miembros una muerte acorde con el ritmo cristiano. De ahí que los mayores gastos estén dados por vestiduras mortuorias, velorios, misas y procesiones. Sólo en algunos casos consiguen los compañeros, cuyas organizaciones son débiles y por lo tanto, de reducido poder económico, realizar una obra de ayuda mutua más efectiva. Por ello, tales casos son citados con orgullo, como sucede con los orfebres de París, que en 1399 se vanagloriaban de poseer un hospital con cuatro camas.

Pese a sus intenciones declaradamente mutualistas, los *compagnonnages*, presionados por las circunstancias, no pueden dejar de llevar adelante actividades de tipo reivindicativo. Los constantes ataques al salario que realizan los maestros patronos y la mayor opresión que trae aparejada la competencia que ejercen las incipientes manufacturas hacen que los compañeros deban sumar a la acción mutualista formas más activas de defensa de sus condiciones de vida y trabajo. El alza general de los precios del siglo XVI, que eleva al quíntuplo el precio del trigo (elemento fundamental en la alimentación de la época), mientras que los salarios sólo ascienden al doble, se suma a los demás factores para hacer intolerable la situación de muchos compañeros. Todo esto hace que diversas uniones reaccionen lanzándose a la huelga. Así lo ha-



cen los panaderos de París, en 1539, y el mismo año los impresores de Lyon, conflicto éste que dura, con algunos intervalos, nada menos que tres años y medio. Los huelguistas organizan la lucha y crean un comité de dirección y una caja de resistencia, y en determinado momento amenazan con tomar las armas. Finalmente el conflicto se resuelve en favor de los compañeros y sus reivindicaciones son aceptadas: el aprendizaje es limitado a tres años, el número de aprendices fijado en dos por prensa y se obtiene un aumento de salarios.

El poder político y las organizaciones de patronos, alarmados cuando el *compagnonnage* comienza a superar los esquemas del mutualismo, reaccionan en su contra. Las ordenanzas de 1541 y 1544, que ponen fin al conflicto de los impresores, prohíben todo tipo de coalición entre los compañeros, tachándolas de "perniciosas a la cosa pública". Tales ordenanzas son completadas y generalizadas por el "Edicto Perpetuo e Irrevocable" de 1571, válido para toda Francia. Este edicto revela que el carácter reivindicativo de los *compagnonnages* se había afirmado pues condena explícitamente "todo modo de cofradías, juramentos, monopolios, cotizaciones, banquetes, fiestas, sediciones, huelgas, reuniones, portación de armas, puñales o bastones".

Estos decretos no son respetados; lo demuestra el hecho de que, durante el siglo siguiente, los *compagnonnages,* enfrentados con el alza creciente del costo de la vida, conduzcan más de sesenta huelgas, hecho que obliga a renovar las medidas represivas. Las ordenanzas de Chatelet y del Parlamento prohíben las asambleas públicas y las huelgas bajo pena de prisión y castigo corporal; en 1649 se obliga a los miembros de *compagnonnages* a inscribirse en los registros policiales, y a continuación se desencadena una violenta persecución contra ellos; menudean los arrestos y la confiscación de los fondos de las asociaciones es frecuente. Incluso las jerarquías eclesiásticas se asocian a la persecución. El 14 de marzo de 1655 una sentencia, promulgada en la Sorbona por la Facultad de Teología, condena las prácticas supersticiosas de los *compagnons* talabarteros, hiladores, cuchilleros, sombrereros y teñidores. Poco después el arzobispo de Tolosa refuerza la sentencia anterior decretando la excomunión de los *compagnonnages*. La ofensiva culmina con las ordenanzas de Colbert, ministro de Luis XIV, a fines de siglo, que prohíben las asociaciones e intensifican la explotación dentro de los talleres, extendiendo el aprendizaje a diez años, dejando el número de aprendices al arbitrio del patrón y favoreciendo a los artesanos extranjeros.

Pese a las persecuciones el *compagnonnage* subsiste y no deja de crecer, haciéndose fuerte en las mayores ciudades de Francia: París, Lyon, Toulouse, La Rochelle, Nimes, Macón, Orleáns. Si a principios del siglo XVIII contaba con un afiliado cada tres trabajadores, a fines del mismo, poco antes de la revolución de 1789, ya es lo suficientemente poderoso como para impedir, en muchos casos, el trabajo a los no afiliados. Sin embargo, tras este aparente fortalecimiento, se esconde una grave debilidad: el aislamiento de las diversas organizaciones. El *compagnonnage* no consigue, y en la mayoría de los casos ni siquiera llega a concebir como deseable, durante este período, la superación de las estrechas barreras que impone la división por oficio. Las diferentes condiciones de trabajo y la contradicción entre los intereses inmediatos de artesanos de distintas ciudades que compiten entre sí, constituyen obstáculos insuperables para una organización común de las organizaciones de compañeros. En esa situación muchas acciones reivindicativas, aisladas por la falta de solidaridad, caen en el vacío.

Además de las barreras que impone la fragmentación de los oficios, el *compagnonnage* experimenta divisiones causadas por la religión. La fuerte ideología religiosa que impregna la vida medieval alcanza también a las uniones de compañeros a partir de su mismo nacimiento y, aunque modificada, persistirá a lo largo de toda su historia, con la fuerza suficiente como para producir violentas luchas entre los distintos grupos. En un principio, el *compagnonnage* aparece dividido en tres grupos: *Devoir de Salomon, Devoir du Maître Jacques* y *Devoir du Pére Soubise,* colocados bajo el patrocinio de un personaje histórico o mítico. El rey Salomón era considerado por los compañeros como el primer arquitecto, en su calidad de constructor del Templo de Jerusalén, y se pensaba que los dos restantes, a los cuales a veces sus devotos identifican con santos cristianos, habían sido trabajadores de la misma obra. El *compagnonnage* permanecerá siempre aferrado al ritual relacionado con estas tres figuras. En el siglo XVI la Reforma produce una nueva división, esta vez entre los grupos adictos a ella y la mayoría católica. El impacto de la Revolución de 1789 provoca una escisión y el nacimiento de un nuevo grupo, el *Devoir de Liberté,* inspirado en las ideas revolucionarias, y cuyo laicismo será la causa de enfrentamientos a veces feroces con los otros grupos de compañeros.

Todas estas divisiones contribuyeron a la rápida decadencia del *compagnonnage* cuando la Revolución Industrial transforma su base de sustentación: el artesanado.

Las "sociedades fraternales" en Inglaterra

En Inglaterra el desarrollo de las uniones de trabajadores es más tardío. Un sistema gremial menos desarrollado y en el cual los compañeros están más integrados que en el continente influyen para que recién en el siglo XVII éstos comiencen

a organizarse de manera independiente. Las primeras uniones tienen, como en el caso francés, un carácter mutualista: se centraliza la acción en la protección mutua entre los miembros del grupo. Así nos encontramos con casos como el de los trabajadores de las barcas carboneras de Newcastle, que en 1699, "han aceptado por unanimidad recoger y apartar una pequeña parte de sus salarios con el fin de constituir una banca o fondo común para su propia subsistencia, la de sus viudas, sus niños, así como la de los viejos obreros".

Organizaciones de este tipo, las sociedades fraternales" (*Friendly Societies*), proliferan durante el siglo siguiente y llegan a abarcar todo el país. Privadas del fervor proselitista que el contenido religioso le daba al *compagnonnage* francés, son en general pequeños núcleos de artesanos que no llegan a contar con más de una decena de miembros. Un espíritu altamente limitativo en lo que hace a las normas de admisión contribuye a cerrar aún más los horizontes de las sociedades fraternales: exigen por lo general, como requisito para la incorporación, una suma de dinero bastante elevada, un período de aprendizaje no inferior a los siete años, o en aquellos oficios en los que el sistema de aprendices ha entrado en decadencia, un tiempo determinado de ejercicio de la profesión, que gira alrededor de los cinco años, e imponen el requisito de que todo aspirante sea propuesto y aceptado por los que ya son miembros.

Estas limitaciones de las sociedades fraternales convienen al tipo de acción que desarrollan. Autolimitan su crecimiento porque sus objetivos no superan generalmente el mutualismo embrionario o ni siquiera lo alcanzan. Muchas de las sociedades sólo están constituidas por un pequeño grupo de compañeros que se reúne en una taberna y elige por voto un presidente y un tesorero. Los fondos de la sociedad, reunión de los aportes de los miembros, son generalmente entregados para su custodia al mismo tabernero, en una caja de cerraduras múltiples, de la cual cada miembro posee una llave distinta, a fin de evitar malversaciones. Es común que el único objeto de tales fondos sea la realización de comidas o fiestas celebratorias. Otro tipo de organizaciones, también bastante extendido, abarca aspectos específicos de la labor de ayuda mutua. Tal el caso de la *United Society*, unión de clubes autónomos que cubría toda Inglaterra y que tenía como fin brindar hospitalidad, durante un día o dos, a los miembros de las sociedades adheridas que viajaban en busca de trabajo.

Si bien los compañeros ingleses no alcanzaron un elevado desarrollo mutualista, concretaron, independientemente de las sociedades fraternales, uniones que condujeron movimientos de fuerza bastante importantes. En 1869 los trabajadores del fieltro lograron imponer a sus empleadores medidas para impedir la baja de los salarios; es este el primer movimiento reivindicativo de los compañeros ingleses. En 1718 una ordenanza dictamina contra "los clubes y las sociedades colocadas al margen de la ley que han pretendido ilegalmente utilizar un sello y obrar como cuerpos constituidos, que han actuado y conspirado ilegalmente para hacer ejecutar decretos y ordenanzas, por los cuales pretenden determinar quién tiene el derecho de ejercer una profesión, cuantos aprendices y compañeros debe tener un hombre, así como el precio de todos los productos que fabrican, los materiales a emplear y el precio del trabajo". Este tipo de ordenanza pone en evidencia que se habían conseguido crear organizaciones que resultaban peligrosas para los patronos. Esta idea se ve reafirmada por la petición que los maestros tallistas londinenses presentan al Parlamento en 1721, acusando a los compañeros de su gremio de haber, "en número de siete mil, formado recientemente unas asociaciones para aumentar sus salarios y dejar el trabajo una hora antes que de costumbre; y

La acción mutualista se centró en la protección mutua de los miembros de un grupo. Los trabajadores del carbón de Newcastle, por ejemplo, proponían en 1699 "apartar una pequeña parte de los salarios con el fin de constituir una banca o fondo común para su propia subsistencia, la de sus viudas y sus niños, así como la de los viejos obreros".

Dos etapas de la manufactura del cuero en la Edad Media. Los gremios medievales —organizadores de la producción artesanal urbana— agrupan indiferenciadamente, hasta el siglo XIV, a maestros artesanos, aprendices y asalariados.

para realizar mejor su designio han inscripto sus nombres en libros confeccionados a tal efecto, en numerosos lugares de cita, tabernas de Londres que frecuentan: y han recogido importantes sumas de dinero para defenderse contra eventuales persecuciones". Un decreto fija los salarios de los tallistas y prohíbe la asociación, pero la constante renovación de las quejas patronales sugiere que las asociaciones subsisten pese a la prohibición y que junto al flojo mutualismo de las sociedades fraternales, el artesanado inglés cimentará las bases de una actividad más ambiciosa.

Revolución Industrial y supervivencia del artesanado

Hacia fines del siglo XVIII comienza en Inglaterra el proceso de transformación de la economía que habrá de renovar radicalmente las formas sociales de trabajo y por ende las estructuras organizativas de la clase obrera: la Revolución Industrial. El proceso se inicia con la aplicación de una serie de modificaciones tecnológicas en la industria que cuenta con el mayor mercado de consumo popular de la época, la textil, y, específicamente, en un ramo de ésta: el del algodón. El primer invento cuya aplicación provoca efectivos cambios en las condiciones de producción existentes en la *jenny*, máquina de hilar que pone en movimiento de dieciséis a dieciocho husos con el trabajo de un solo obrero; James Arkwright descubre el modo de aplicar la fuerza hidráulica al procesado de hilado, y en 1785 Samuel Crompton introduce una nueva mejora, el torno de hilar o *mule*. Correlativamente, el proceso de tejido es revolucionado por la utilización del telar mecánico de Cartwright, que acelera dicho proceso hasta, por lo menos, igualar las ventajas que la maquinaria había dado al hilado. La aplicación de la máquina de vapor de James Watt a la industria textil, que comienza en 1785, redobla la productividad del trabajo. En otra rama fundamental de la producción, la metalurgia, Cort descubre en 1780 el método para transformar el hierro fundido mediante la aplicación del coque; en 1788 se comienza a aplicar la energía de vapor a los altos hornos y dos años después Huntman halla un método para fundir el acero, todo lo cual permite la confección de mercaderías enteramente nuevas, en gran escala y a bajo precio.

El panorama de la industria inglesa varía en pocos años. Las modificaciones tecnológicas, además de conducir a un fuerte incremento del rendimiento del trabajo, engendran un cambio fundamental en la clase trabajadora. Hasta entonces la mayor parte de la actividad productiva recaía sobre los talleres manufactureros o artesanales y era llevada a cabo por trabajadores que eran dueños, en la mayoría de los casos, de sus instrumentos de producción y libres para regimentar su propia disciplina de trabajo. Cada trabajador elaboraba generalmente un producto terminado a partir de la materia prima que recibía; la fuerza muscular del artesano, su habilidad, natural o adquirida por adiestramiento, eran decisivas en la elaboración del producto final.

Como consecuencia de la renovación tecnológica se pasa a requerir un capital que supera las posibilidades económicas de un simple artesano y que es necesario para financiar el complejo equipo que exige la nueva unidad productiva. Esta necesidad hace aparecer al típico empresario capitalista, totalmente diferenciado del maestro patrono artesanal. Planificador de las actividades productivas, el nuevo capitalista concentra en una sola fábrica a un ejército de trabajadores, que dependen de él de una manera creciente, y deben ser sometidos a una disciplina autoritaria y compelidos a trabajar por un salario por la imperiosa necesidad de obtener los medios de subsistencia, de los cuales carecen.



Este nuevo tipo de trabajador es el que enfrenta al empresario capitalista. No es como el artesano propietario de sus instrumentos de producción ni es libre de reglar las pautas de su trabajo: su destreza en el oficio ha pasado a segundo plano. La aplicación de la máquina ha engendrado a los obreros industriales, ha exigido no solo la concentración de estos en un solo lugar de trabajo, sino que los ha hecho depender estrechamente entre sí, imprimiendo al proceso de producción un carácter colectivo; la producción es ahora patrimonio de un equipo de trabajo, en el cual las actividades de cada individuo abarcan sólo una mínima etapa de la elaboración del producto final y deben ser firmemente coordinadas con las del resto a fin de no perturbar el conjunto del proceso.

Este equipo ya no es totalmente humano; la maquinaria ha pasado a ser parte indisoluble de él. El obrero debe entonces adecuarse a la máquina, a su ritmo y movimientos; por otra parte, la máquina hace que ya no sean necesarios la fuerza y habilidad características de su oficio y de su condición de trabajador calificado. De ahí en adelante la tarea del obrero consistirá en servir y vigilar el mecanismo, tarea relativamente simple, totalmente rutinaria y de fácil aprendizaje.

El proceso de concentración industrial que la fábrica engendra trae aparejado otro proceso, el de la concentración urbana. Campesinos desposeídos de sus tierra alimentan constantemente de mano de obra a las nuevas ciudades industriales, en las que las formas fabriles de producción ganan terreno desde fines del siglo XVIII. Lancashire, centro principal de la industria de telas de algodón, duplica su población en ochenta años, y ciudades de poca importancia a mediados del siglo XVIII, como Liverpool y Manchester, alcanzan los 400.000 habitantes en 1850. Halifax. cabeza de la industria lanera, pasa de 60.000 a 110.000 habitantes entre 1801 y 1833; Birmingham y Sheffield, ciudades metalúrgicas, aumentan su po-

blación de 73.000 a 200.000 y de 46.000 a 110.000 habitantes, respectivamente, entre 1801 y 1843. Empero, pese a la notable importancia del cambio económico y social producido, este no debe ser sobreestimado creyendo que terminó con todo vestigio de las condiciones de producción existentes. Esto no es así, por varias razones. Ante todo, es considerable la desigualdad en el ritmo de desarrollo de distintas industrias e inclusive de sectores de la misma industria. Los cambios económicos conquistan la industria textil, que encabeza el proceso con relativa rapidez, pero, aun allí, los nuevos inventos, requisitos básicos del cambio, no se difunden inmediatamente. El telar mecánico de Cartwright, inventado en 1785, no desplazó a los métodos más anticuados hasta el período que va de 1820 a 1830: las innovaciones que concibe Brunel en 1816 para la calcetería (la máquina rotativa de tejido de punto y la tejedora circular) no encuentran aplicación hasta 1847.

En otras industrias, ciertos procesos son aún más lentos, lo que hará posible que, durante toda la primera mitad del siglo XIX, las antiguas condiciones de los talleres artesanales continúen manteniéndose en muchos casos y que sistemas de trabajos propios de ellos y de la manufactura perduren aún en la metalurgia y la industria de la lana. La clase trabajadora no adquiere durante este período rasgos homogéneos de proletariado industrial, y esto hace que persistan modos de pensamiento y organización dominantes en épocas pre-industriales.

Con respecto a las condiciones de trabajo cabe señalar que las relaciones entre el capitalista, dueño de los medios de producción, y los obreros asalariados no aparecen todavía con claridad. No sólo sobrevive el artesanado, sino que las relaciones fabriles no están claramente estructuradas durante gran parte del siglo XIX. En 1870 todavía es común que el gran empresario capitalista no sea patrono inmediato de un sector considerable de sus obreros, sino que en este papel lo cumpla un intermediario (generalmente un ex-artesano que intenta adaptarse a las nuevas condiciones), el cual subcontrata con el capitalista una parte de la producción de éste, como sucede en los altos hornos, las minas de carbón, el trabajo de laminación o en la industria algodonera.

El aún escaso desarrollo de las relaciones laborales y el mantenimiento de formas anteriores fomentan formas extremas de explotación. Son regla general las jornadas agotadoras de trabajo, la condición insalubre de éste, la escasísima preocupación por la prevención de accidentes laborales y el abuso en el empleo de la mano de obra infantil. El régimen salarial frecuentemente es desnaturalizado. Está bastante generalizada la costumbre de deducir de los salarios el dinero necesario para pagar los gastos de alquiler del taller, de energía e iluminación, método arcaico que tiene su raíz en los talleres domésticos. Es también común en toda Inglaterra el *truck system*, es decir, el sistema de trueque mediante el cual el empresario, alegando preocupación por la comodidad de los obreros y por la necesidad de protegerlos de los elevados precios de los comerciantes, establece una tienda donde les vende mercaderías a un precio mayor, en un 25 ó 30 por ciento, que el normal. A fin de obligar al obrero a realizar allí sus compras se le entregan, en lugar de salario en dinero, vales canjeables por mercaderías por un monto igual al salario.

Estas características industriales, generales en Inglaterra, se acentúan aún más en Francia, donde el sistema fabril tarda en imponerse. Diversas razones —entre las cuales se destaca el hecho de que los campesinos triunfantes en la revolución permanecieran asentados en la tierra como propietarios, privando así a la burguesía francesa del material humano que en Inglaterra se constituye en abundante

Trabajadores en una fragua. Las sociedades fraternales, unidas sustancialmente al trabajo artesanal, entrarán en crisis con el advenimiento de la Revolución Industrial.

Emblemas de dos asociaciones obreras. La imagen superior presenta la insignia de un "compagnonnage" de carpinteros de Burdeos, 1830. La ilustración inferior, el distintivo de la Sociedad de silleros ingleses, 1825.

mano de obra para la industria— hicieron que ésta progresara lentamente frente al artesanado. Si bien aparecen entre 1778 y 1791, a iniciativa de los hermanos Périer, las primeras máquinas a vapor, instaladas en las hilanderías de Alsacia, las acerías Creusot, las forjas d'Indret y las minas de Anzin, su difusión permanece limitada a estos lugares y su efecto sobre la industria es casi nulo. Las guerras napoleónicas y el bloqueo continental favorecen por un momento a la industria francesa, al eliminar la competencia británica, pero a largo plazo su efecto resulta negativo y la industria francesa sufre una profunda crisis. Sólo en 1815, a la caída de Napoleón, continúa el impulso ascendente, aunque frenado por periódicas crisis, que se verifican cada diez años, aproximadamente, a partir de 1817. Al contrario del caso inglés, fundamental por ser la industria de consumo masivo por excelencia, Francia permanece en la etapa manufacturera, con un bajo grado de maquinización. En las escasas fábricas textiles campea el sistema de subcontrato. Un nuevo impulso recibe la industria en 1830, pero no es suficiente para el triunfo del sistema fabril: lo revela el hecho de que todavía en 1848 el número de obreros colocados al servicio de la maquinaria no pase de 300.000. Así el taller artesanal y la manufactura, aunque en retroceso, definirán muchas de las características del proceso social francés del siglo XIX.

La Revolución Industrial y el nivel de vida obrero

La Revolución Industrial tiene, especialmente en sus primeras etapas, un efecto depresivo sobre el nivel de vida de obreros y artesanos. El proceso de acumulación del capital para cumplirse pauperiza, en su beneficio, a extensas capas de la población. Tales capas llegan a esa situación en parte como resultado de la acción mecánica de factores económicos; en parte a resultas de medidas conscientemente instrumentadas por la burguesía industrial.

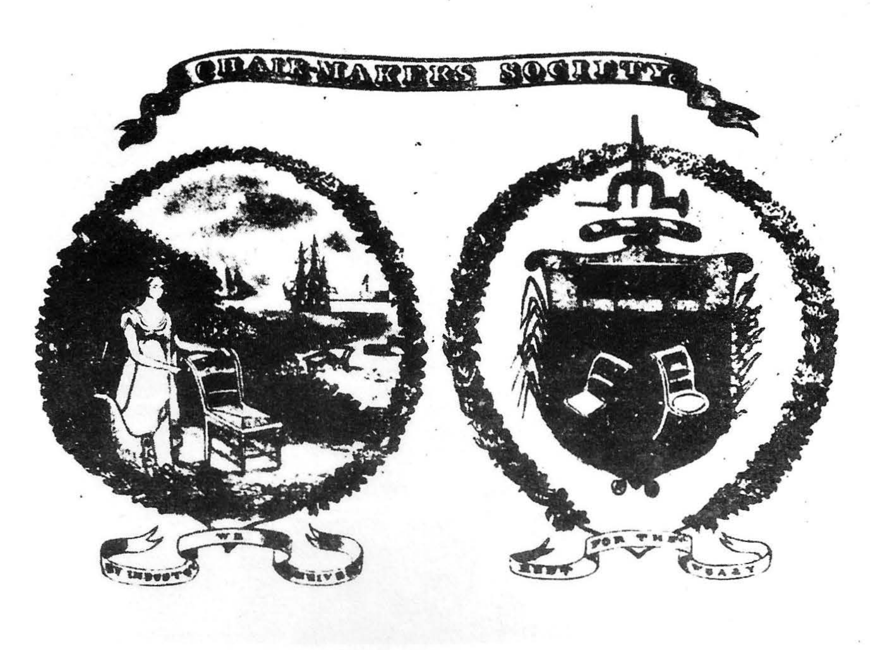
El primer factor por considerar entre los que influyen en este proceso es la pérdida de la ligazón que anteriormente unía a los productores con la tierra. El trabajador domiciliado del período preindustrial era un semicampesino: obtenía una parte de sus medios de subsistencia del cultivo de un parcela de tierra y la otra mediante la venta de los productos que elaboraba en su propio hogar, generalmente con la participación de toda su familia. Las familias de tejedores domiciliados pudieron obtener los ingresos suficientes con esta labor mientras la competencia de la máquina no fue demasiado sensible. Pero la situación varió cuando aumentó la presión de los métodos de producción más avanzados y el productor se vio obligado a abandonar sus tareas agrícolas, adquirir una *jenny*, en los casos en que era posible, y concentrar los esfuerzos en la producción textil. Pero estos tejedores domiciliados consiguieron resistir sólo durante un tiempo la competencia fabril; en un momento, la introducción de nuevas mejoras técnicas, cuya adopción no les es posible por carecer de capital suficiente los descarta de la competencia. Serán arrojados a la condición de proletarios, hacinados en grandes ciudades que se expanden continua y rápidamente: la pérdida de sus antiguos medios de subsistencia no será ahora ni mínimamente suplida por los míseros salarios industriales.

Las innovaciones tecnológicas repercuten también negativamente sobre el salario obrero y la ocupación. Están orientadas principalmente hacia el ahorro de mano de obra. La expansión de la producción consigue compensar solo parcialmente la desocupación que genera el empleo de maquinarias. Cada mejora técnica aumenta el número de los desocupados. La *jenny* atendida por un obrero, produce

seis veces lo que un hilador en igual tiempo, de modo que, por cada *jenny*, quedan sin ocupación cinco trabajadores. La *mule* tiene el mismo resultado y todo aumento del número de husos de que consta disminuye el número necesario de obreros. El perfeccionamiento constante de la *mule* hace que si en primera instancia un hilador con dos ayudantes pone en movimiento seiscientos husos, a poco puede solo y sin ayuda hacer lo mismo con mil cuatrocientos y luego con dos mil. Según los datos que proporciona James Leach, líder cartista, hay en Leeds, en 1841, 1060 obreros menos aplicados a la *mule* que en 1829, pese a que el número de husos ha aumentado en 100.000; a un aumento de la producción del 10 por ciento corresponde una reducción del número de obreros en un 60 por ciento. En el proceso de cardado de lana, para la misma época, las mejoras técnicas desplazan a la mitad de operarios. Los telares mecánicos asumen totalmente la función de la tejeduría a mano: un solo obrero, que vigila dos telares mecánicos, desplaza a una multitud de tejedores manuales. Todo hace que se forme un ejército de desocupados que compiten entre sí por la obtención de empleos aceptando, si es necesario, reducciones en los salarios, con lo cual obligan a los ya ocupados a aceptar también la disminución de los suyos, ante el riesgo de ser suplantados.

Este ejército industrial de reserva, que hacia mediados del siglo XIX esta constituido en Inglaterra y Gales, aproximadamente por un millón y medio de desocupados crónicos, aumenta en esos países por el constante ingreso de trabajadores irlandeses. En 1850 ya se han establecido un millón y continúan llegando anualmente unos cincuenta mil trabajadores que se concentran en las ciudades industriales. El obrero inglés se ve obligado a luchar contra este competidor, proveniente de zonas donde el grado de desarrollo es menor y que por lo tanto tienen menores exigencias en lo tocante a su

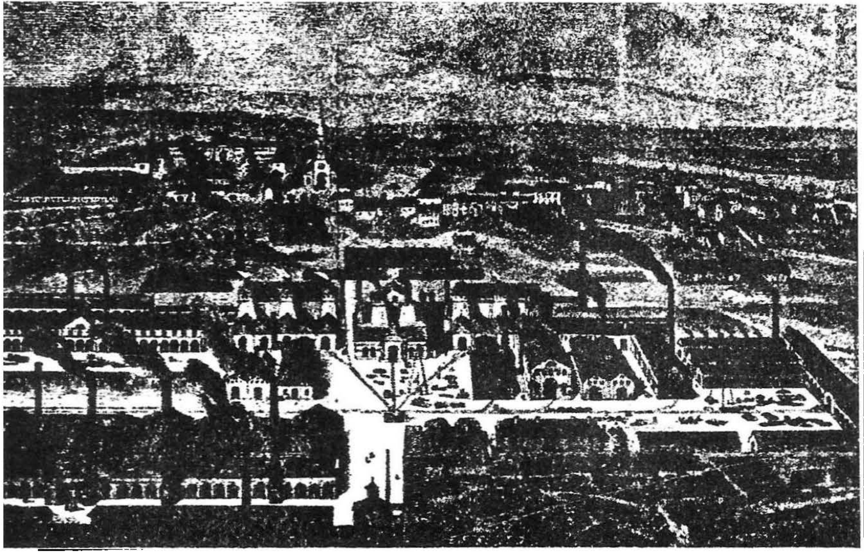




nivel de vida. De ahí que, en todas las ramas de la producción donde el adiestramiento no es fundamental, es decir, en los trabajos simples y de poca precision, el irlandés compita victoriosamente con el inglés y haga descender el salario de éste.

En otro aspecto, la maquinaria, al hacer inecesaria la fuerza muscular, permite emplear obreros que no la posean o cuyo desarrollo físico sea incompleto, pero que tengan, en cambio, gran flexibilidad en su miembros. En la industria textil, por ejemplo, donde el trabajo consiste principalmente en anudar los hilos rotos, pues lo demás lo hace la máquina, no se requiere ninguna fuerza, sino agilidad y destreza en los dedos. De ahí que los trabajadores masculinos adultos sean reemplazados de manera creciente por mujeres y niños.

El empleo intensivo de mano de obra femenina e infantil actúa sobre las condiciones de vida obrera de doble manera. Por un lado, refuerza las demás causales de desocupación de la mano de obra masculina adulta y hace que una multitud de trabajadores sin empleo deban ser mantenidos por sus mujeres o hijos. En segundo lugar provoca la disminución del salario obrero. El valor de la fuerza de trabajo, que el capitalista retribuye mediante el salario es fijado por él en relación al conjunto de los bienes necesarios para el sostenimiento de la familia obrera. Cuando el que trabaja es sólo el jefe de la familia, debe dársele un salario suficiente para su propio sostenimiento y el de su mujer e hijos. Pero al ser lanzados al mercado de trabajo todos los miembros de la familia y contribuir todos a su sostenimiento, se hace posible al capitalista remunerar a cada uno de los miembros sólo con una parte de lo necesario para la manutención de todos. Así obtiene, por poco más de lo que antes significaba un solo salario, el del jefe de familia, el trabajo de la familia completa. Con el trabajo de las mujeres y los niños no solo varía el material humano sujeto a explotación, sino que el grado de la misma se acentúa.



Estos efectos que la revolución económica tiene sobre las condiciones de vida de los trabajadores se ven acentuados por la coerción legal y extralegal que la burguesía ejerce sobre ellos. Al incipiente capitalismo industrial no le basta con garantizar las condiciones óptimas para la acumulación del capital mediante la explotación intensiva del asalariado. Debe, por otra parte, disciplinar a la mano de obra, constituida por campesinos (que en Inglaterra han sido expulsados de sus tierras al ser cercadas éstas para su dedicación a la cría de ovejas) y por artesanos y trabajadores domiciliados a los que la ruinosa competencia del sistema fabril ha proletarizado. Estos grupos suelen ser sometidos al trabajo que la fábrica impone al obrero a cambio de la concesión de un salario mínimo, la burguesía debe entonces emplear las nuevas condiciones. Un papel fundamental para el logro de ese objetivo lo cumple la nueva "Ley de Pobres", aprobada por el Parlamento inglés en 1834. Esta suprime todas las formas de ayuda, en dinero y víveres, que las antiguas leyes isabelinas imponían como obligación a las parroquias y que permitían a campesinos, artesanos y obreros domiciliados sin ocupación subsistir sin verse en la necesidad de ingresar en el proletariado industrial. El único socorro que la ley de 1834 acepta es el de las casas de trabajo (*Work houses*), en las cuales todos los que se declaran indigentes son encerrados y deben sufrir formas de trato infrahumanas: pésima alimentación, condiciones totalmente antihigiénicas, prohibición de recibir visitas sin permiso de la dirección de la *Work house,* separación de los matrimonios y de madres e hijos, trabajo agotador. Es comprensible que el trabajador prefiera las duras condiciones de la fábrica, que, si bien no le garantizan una mejor situación material, al menos le permiten, terminada la larga jornada de trabajo, gozar de un cierto grado de libertad personal. Todo esto es lo que permite a la burguesía obtener la fuerza de trabajo que necesita para impulsar el desarrollo de la industria.

La acción de los trabajadores. Mutuales y sociedades de resistencia

Varios grupos diferentes de trabajadores son los que deben afrontar la condición que la Revolución Industrial impone. Operarios calificados absorbidos por las fábricas, artesanos que consiguen dificultosamente mantener su independencia del sistema fabril y que se aferran a las antiguas condiciones de trabajo, un joven proletariado industrial de origen generalmente campesino. Todos ellos han caído en la pauperización por la acción de las nuevas circunstancias económicas y de los métodos coercitivos que estado y burguesía utilizan contra ellos Todos elaborarán algún tipo de respuesta, que será diferente en cada caso, como son diferentes su situación concreta, sus expectativas y sus posibilidades Desde un punto de vista teórico podemos señalar tres tipos de actitudes y modos de accionar por parte de los trabajadores teniendo en cuenta que en la práctica no es siempre fácil observar con claridad esta división.

En primer lugar, observamos una actitud mutualista. Su núcleo central es el carácter puramente defensivo. No intenta la modificación de las condiciones de trabajo o de retribución del mismo; por el contrario, el objetivo de la mutual obrera es obtener una mínima protección para el individuo y su grupo familiar ante el empeoramiento de las condiciones de vida, cuyas causas no se siente capaz de combatir. La acción concertada por los trabajadores, en este caso, no se dirige a enfrentar el hecho de la explotación, asumiendo la ofensiva contra los patronos; funciona meramente como un medio para su-

Arriba: taller de hilandería en Chelsea. Abajo: establecimiento siderúrgico Creusot, 1836. Las modificaciones tecnológicas que se producen en la primera mitad del siglo XIX engendrarán cambios fundamentales en la acción llevada a cabo por la clase trabajadora.

Interior de los talleres Krupp. El movimiento obrero alemán se ubicó, a principios del siglo pasado, junto a la burguesía para luchar contra el feudalismo.

perar más fácilmente los problemas individuales.

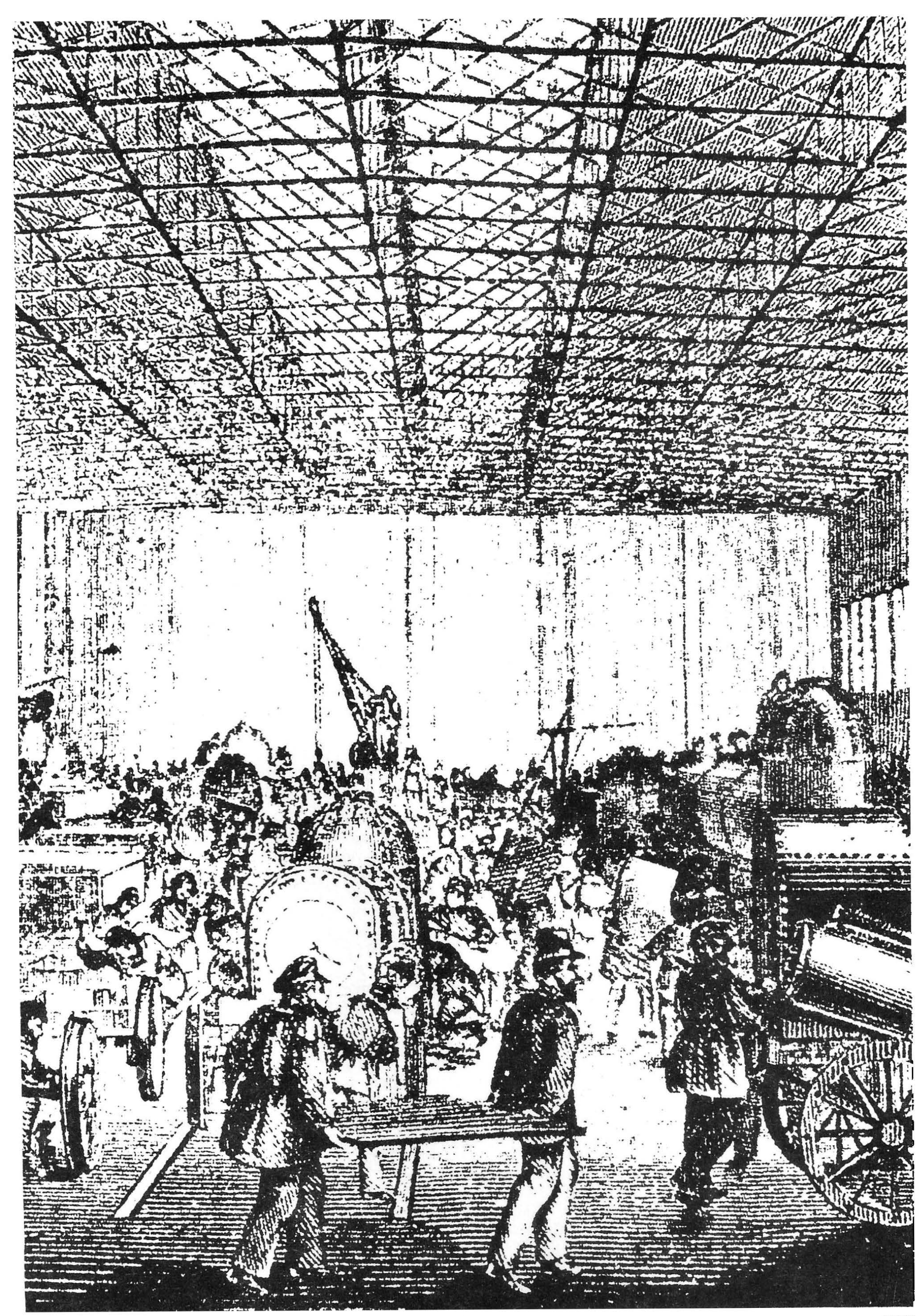
Las mutuales prosperan en el siglo XIX en los oficios menos afectados por la Revolución Industrial, en los cuales la tradición y el modo de vida artesanal se han conservado especialmente y con particular fuerza en los sectores que mejor han resistido la presión del sistema fabril y han logrado conservar una situación económica más desahogada. En efecto, sólo artesanos de ciertos recursos económicos poseen un excedente de dinero que les permite, solventadas sus necesidades inmediatas, realizar en la mutual una cotización que puede equivaler al salario de varios días. El obrero industrial, por el contrario, apenas alcanza a subvenir sus necesidades mínimas: destinar una parte de sus ingresos a crear fondos para caso de enfermedad o desocupación, para proteger a viudas y huérfanos, significa para él un desembolso adicional que frecuentemente supera sus posibilidades económicas, situación ésta que no se modificará sino bastante avanzado el siglo.

En Francia, donde, como se ha visto, persiste el artesanado de manera muy acentuada, la acción mutualista es importante. En gran parte, y especialmente durante el primer cuarto del siglo XIX, esta acción la ejercen el antiguo *compagnonnage*. Sin embargo, sus prácticas arcaicas lo llevan a una rápida decadencia. Siempre desunido, es incapaz de proporcionar un mínimo sentido de solidaridad obrera a sus miembros. Las tendencias a la unión son efímeras y las querellas entre los grupos de compañeros llegan a tomar formas muy violentas, como en el caso de la que enfrentó en 1830, en batallas campales a lo largo de toda Francia, el *Devoir de Liberté* con los demás grupos. Siguen, por otra parte, aferrados a anacrónicas prácticas religiosas y a ritos de iniciación que a veces no son otra cosa que los síntomas de los conflictos internos. Los *compagnons* suelen utilizar la iniciación para someter a los aspirantes a pruebas vejatorias. Es esto lo que explica las diez revueltas de aspirantes que se producen entre 1823 y 1858, como protesta contra los malos tratos infligidos durante la iniciación.

Aferrada a las viejas costumbres de un artesanado que decae, la ideología religiosa del *compagnonnage* adquiere cada vez más un tinte reaccionario en desacuerdo con los nuevos tiempos y formas de trabajo. Si el siglo XVIII había sido el de máximo esplendor, el XIX será el de su decadencia: en 1900 el *compagnonnage* agrupa solamente a 8.500 artesanos.

Mayor importancia tienen las mutuales que comienzan a formarse a partir de la década de 1830, cuando los trabajadores comienzan a liberarse de las pautas ideológicas del *compagnonnage*. El 1 de julio de 1831 se organiza la "Sociedad Filantrópica de Obreros Sastres", primera mutual no perteneciente al *compagnonnage*, con el fin declarado de socorrer a los afiliados víctimas de enfermedad o paro forzoso. Le siguen en 1832 los tejedores de París, y en 1833 aparecen la "Caja de Socorros Mutuos y de Previsión" de los impresores y tipógrafos de Nantes y, en París, la "Sociedad Fraternal de Obreros Papeleros", la "Sociedad de Impresores", la "Bolsa Auxiliar de los Fundidores", la "Sociedad Filantrópica de los Ebanistas del Arrabal de Saint Antoine". Obras mutuales nacen junto a la acción de la burguesía republicana. Tal es el caso de secciones de obreros de la "Sociedad de los Derechos del Hombre", que organizan el socorro a los adherentes desocupados o enfermos. Otro grupo republicano, la "Asociación Libre para la Educación del Pueblo", organiza cursos para obreros: en julio de 1833 asisten a ellos 2.500 alumnos.

En Inglaterra, la actividad mutualista de las Sociedades Fraternales continúa durante las dos primeras décadas del siglo XIX, pero sin desarrollarse como el mutualismo francés. Por un lado un avance más rápido del proletariado industrial, a expensas



La cooperativa

"Nueva y gran Cooperación, que suministra amplia seguridad para tu subsistencia cómoda y abundante; ayuda durante tu enfermedad o pérdida de empleo, y, en la ancianidad, para la educación y formación moral de tus hijos, su instrucción en el conocimiento útil y en un empleo productivo, y permanente ayuda para su vida en el caso de la muerte de sus padres.

La *Sociedad Cooperativa y Económica* de Londres, establecida para los objetivos arriba expuestos en enero de 1821, ha llevado ahora a la práctica los principios de su asociación y está haciendo progresos muy satisfactorios hacia su realización completa.

Los medios mediante los cuales la sociedad logra sus objetivos, las ventajas de que ya goza o se propone conseguir y la naturaleza de su constitución son como sigue:

Medios:

I. Las familias contribuyen a un fondo común para la provisión de las subsistencias, a precios al por mayor y en los mejores mercados, en proporción al número de individuos de cada familia respectiva, de acuerdo con la siguiente escala:

				l	*ch*	*p*	
Un hombre, su mujer y	cinco	hijos	....	1.	2.	6	por semana
,, ,,	cuatro	,,	....	1.	0.	3	,,
,, ,,	tres	,,	....		18.	½	,,
,, ,,	dos	,,	....		17.	1	,,
,, ,,	uno	,,	....		16.	3½	,,
,, ,,	sin	,,	....		14.	5	,,

La escala mencionada se refiere exclusivamente a la renta y al vestido, pero incluye cualquier otro desembolso y la educación de los niños.

II. Las familias desayunan, comen, etc., juntas en mesas corridas y por las tardes se divierten hablando, leyendo, escuchando lecturas, música, etc., en la sala común. Los individuos, sin embargo, tienen completa libertad, en cualquier caso, para tomar sus comidas y pasar sus horas libres en sus apartamentos privados.

III. Los deberes domésticos de las mujeres se realizan mediante un sistema de ayuda, que disminuye sensiblemente el trabajo y permite a aquéllas emplearse provechosamente o pasar una considerable parte de su tiempo libre en otras ocupaciones y diversiones. Así la preparación de la comida para todas las familias, al realizarse de una sola vez y en un solo fuego, ocupa comparativamente una pequeña porción de tiempo y se hace de una manera mucho más adecuada de lo que sería posible a cada una de las familias, una ventaja semejante se consigue en los restantes aspectos de la economía doméstica, tales como limpieza, lavado, recogida de la ropa, etc. Esta economía de tiempo también permite a un cierto número de mujeres ahorrarlo de sus ocupaciones habituales, y tener así su constante vigilancia a los chicos, asegurándoles la mejor atención posible a su salud, comodidad y formación.

IV. Las mujeres que no se ocupan en los deberes de la economía doméstica y en el cuidado de los niños, se emplean durante una pequeña parte del día en un trabajo en el que obtienen algún beneficio para el conjunto de la sociedad. Los chicos mayores están también empleados durante seis horas al día para el provecho común, y se les instruye cuidadosamente en los principios del cristianismo, y en una o más ramas de alguna actividad útil. El resto de su tiempo lo ocupan en su educación, y en los deportes que, bajo el cuidado de sus vigilantes, sean adecuados a su edad. Cuando un niño está empleado seis horas al día, se reduce a sus padres la prestación como si tuvieran un hijo menos en la familia.

V. El fondo acumulado por el empleo de las mujeres y niños, por el excedente de la escala de gastos de vida, y por los negocios de la sociedad, será empleado en proporcionar trabajo adecuado a los miembros por cuenta de la misma, y, tan pronto como sea posible, se invertirá una suma adecuada en edificios, para la residencia de los miembros. El total de la sociedad, mediante el capital adquirido merced a las varias formas de acumulación, se empleará gradualmente en su propio

del artesanado, reduce su campo de acción; por otro, la acentuación de los enfrentamientos entre las clases que la acelerada revolución económica origina contribuye a que la acción reivindicativa sea más importante que la puramente mutualista.

Una segunda actitud es observable dentro del artesanado. Cuando la presión patronal impone una excesiva baja de salarios acude a la lucha reivindicativa, para la cual se organiza en *sociedades de resistencia.* Esta actitud se diferencia de la mutualista porque implica un enfrentamiento directo con los patrones; pero coincide con ella en lo que se refiere a su carácter defensivo. No se trata generalmente de la lucha de las masas sumergidas en la miseria contra la explotación capitalista, sino de la demanda en pro del mantenimiento de condiciones preindustriales por parte de sectores artesanales que intentan mantener la situación privilegiada de su oficio ante los avances de la fábrica. A pesar de que conduce frecuentemente a luchas prolongadas y violentas, es una actitud conservadora, no revolucionaria.

La tercera actitud, la específicamente obrera, que no consiste en frenar el avance del capitalismo sino en luchar por la mejora de la condición obrera dentro de éste, tardará en tomar formas organizadas; la miseria material y moral en que la burguesía obliga a desenvolverse; la juventud de ese proletariado, de reciente pasado campesino, dificultará su toma de conciencia: su modo típico de organización recién se hará visible con el sindicato por industria. Pero entre tanto participa espontáneamente en las luchas sociales. La insurrección de Lyon ve luchar juntos a artesanos y obreros contra el enemigo común. En Inglaterra ingresará, aunque sin objetivos propios, en la lucha política a través del cartismo.

La actitud mutualista y la reivindicativa, la mutual y la sociedad de resistencia, sólo son claramente diferenciables en teoría; en la práctica las encontramos

beneficio, en cuyas rentas cada familia asociada tendrá una participación igual, y, mediante el cual, la sociedad porá asegurar a sus miembros contra la pérdida de su empleo, la enfermedad o cualquier otra causa, y a sus familias de la normal miseria y estrechez consiguiente a la muerte de los padres. Los huérfanos de la sociedad serán de todas maneras tratados de la misma forma que los niños de los miembros supervivientes. Los beneficios de la sociedad permitirán también reducir gradualmente los gastos de subsistencia, o que el vestido y renta de los miembros sean suministrados al margen del fondo.
VI. La sociedad tiene ya sus propios zapateros y sastres y pronto podrá bastarse a sí misma en cualquier trabajo. También puede ahora rápidamente realizar para el público, en la forma mejor y más barata, cualquier encargo de escultura y dorado, pinturas en terciopelo, botas y zapatos, trajes de caballero y adornos para sombreros de señora."

Cole y Filson: *British working class movements,* "The Economist" (1822).



La Revolución Industrial tiene, especialmente en sus primeras etapas, un efecto depresivo sobre el nivel de vida de la clase obrera, ya que las innovaciones tecnológicas repercuten negativamente sobre la ocupación y los salarios. En la ilustración: los arrabales de Londres en un grabado de Doré.

La Sociedad de Beauregard

"Nació como una sociedad de comestibles fundada en 1849. Perseguida después del golpe de estado de Luis Bonaparte en diciembre de 1851, consigue sobrevivir.
Establecióse la sociedad bajo la forma civil, con un capital de 20.000 francos, dividido en 400 acciones de a 50.
Su objeto era establecer una explotación agrícola bajo el método de la asociación, y en el centro de ella, una casa de salud y una escuela para niños recién destetados.
De esta manera se puso en marcha la sociedad en medio de las circunstancias más desfavorables, cargada de una propiedad, la mayor parte de cuyo precio estaba aún por pagar, y desprovista de fondos realizados, aunque llena de fe en su porvenir, palanca que debía remover todos los obstáculos.
Para allegar fondos, la sociedad recurrió a un medio inusitado y produjo el efecto que se deseaba, y fue decir a sus amigos que la hicieran depositaria de los recursos pecuniarios con que contasen y que no necesitaran emplear perentoriamente; fondos que la sociedad pagaría a la presentación del recibo o talón que daba al recibirlos.

———

Al mismo tiempo los beneficios son ya importantes. En 1863 comprueba:
La Sociedad de Beauregard no se hace, sin embargo, ilusiones. Los diversos centros de producción que ha creado no son más que órganos provisionales, que funcionan con los procedimientos ordinarios, aunque llevan consigo la adopción prudente y sucesiva de todos los elementos de progreso compatibles con los resultados materiales del momento.
De los documentos que tenemos a la vista, y que llegan a 1858, resulta que en los primeros seis años de su existencia ha creado las siguientes ruedas de su mecanismo:
1ª Fábrica de paños, rama principal, a la que hay anexa un taller de aprestos. La fábrica, fundada con un telar prestado en 1853, contaba en 1858 14 telares, dando ocupación en sus diferentes departamentos a 27 trabajadores.
2ª Un molino harinero, con un director, un contramaestre y cuatro trabajadores.
3ª Una tahona y panadería, con un director, un trabajador y una trabajadora.
4ª Comercio de carbón, con un director y dos empleados, hombre y mujer, y dos carreteros.
5ª La sociedad alimenticia, con un director, tres empleados hombres y tres mujeres.
6ª La casa de niños con dos mujeres.
7ª La alqueria de Beauregard y el consumo dominguero que hacen las familias de los accionistas, que no dejan de ir los días festivos a solazarse y a ver la buena administración y cultivo de sus tierras.
La distancia en que está la quinta de la ciudad y la incapacidad de los socios para cultivarla, pues casi todos son industriales, ha hecho que se arriende la tierra de cuenta y mitad.
El capital desembolsado hasta fines de 1853 era de 26.700 francos, y del balance de la sociedad del mismo año resulta que era su activo 359.421 francos, y de igual suma el pasivo, con un beneficio a repartir entre los 26.700 francos de capital, después de pagar todos los intereses y amortizaciones de 9.482 francos, lo que hace más de un 33 por 100 de beneficio.
Este beneficio se repartió de la manera siguiente:
A los accionistas, por el valor nominal de las acciones, 10 por 100, o sea 2.650 francos.
Al fondo de socorro, 300 francos.
Al fondo de reserva, 6.532.

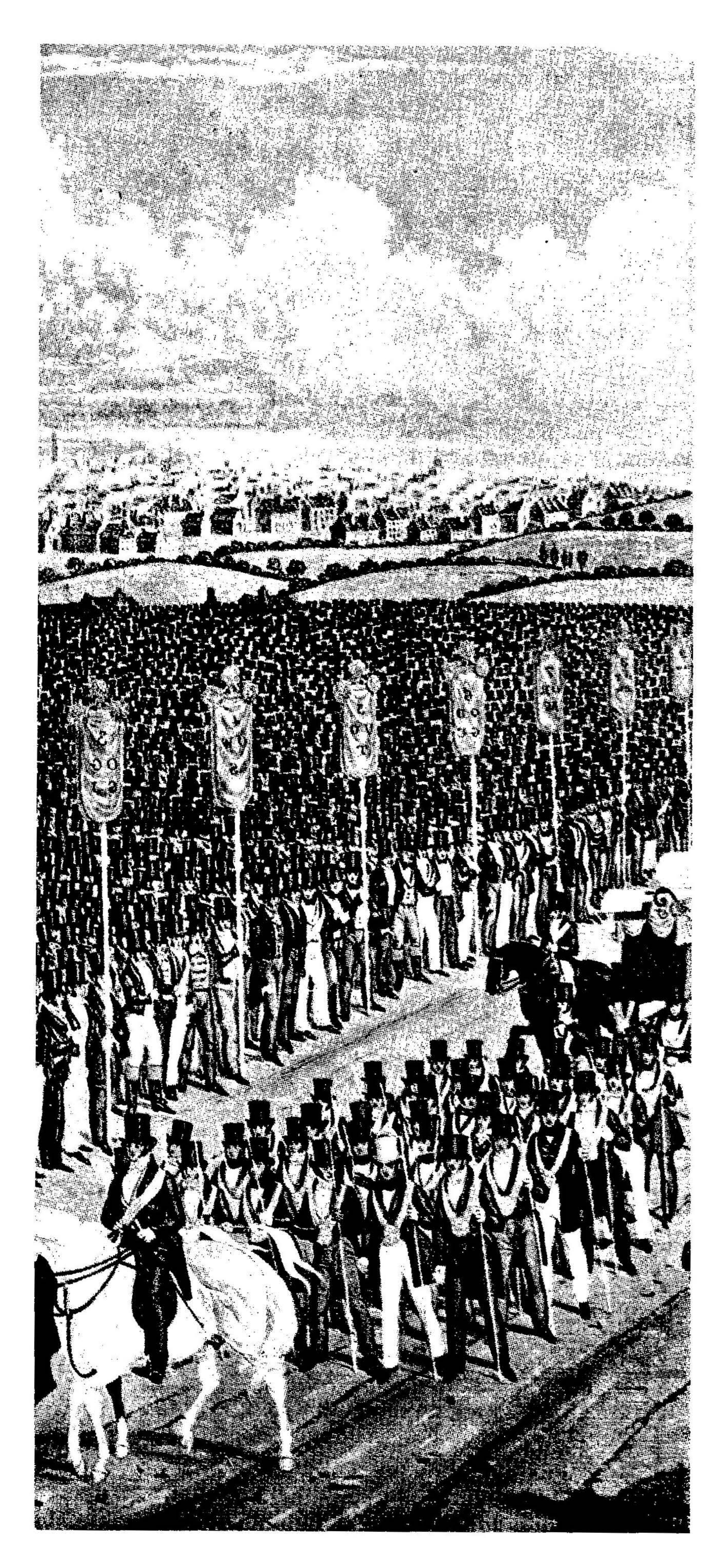
———

Después de cinco años de existencia, es decir, en 1858, el fondo de reserva era de 12.525 francos; en 1859, de 20.825; en 1860, de 31.590; en 1861, de 21.759; en 1862, de 31.397; en 1863, de 37.930 francos. Montando las acciones a la suma de 26.700 francos, resulta que el capital metálico se ha elevado a 64.630."

Fernando Garrido (1821-1883): *Historia de las clases trabajadoras*, tomo IV, Edit. Zero, Madrid, 1971.

muchas veces unidas. Las mutuales, ante los intentos de imponer a los trabajadores disminuciones salariales, pasan con facilidad a la defensa activa y asumen métodos violentos de lucha. Esto no sólo se debe a la presión de circunstancias exteriores sino a que las mutuales tienen a veces el doble carácter de mutual y sociedad de resistencia. En otros casos la primera actúa como cobertura legal para las actividades de la segunda. La razón de esto proviene del hecho de que las sociedades de socorros mutuos son tempranamente reconocidas por la ley burguesa, mientras que todo tipo de coalición concertada para obtener mejoras salariales es perseguida con rigor. En Inglaterra, el parlamento reconoce oficialmente, en 1793, la existencia de las mutuales y la *Friendly Societies Act* (Ley de Sociedades Fraternales) les acuerda estatuto legal y protección a sus fondos. Poco después, en 1799, se dictan leyes contra las sociedades de resistencia, leyes que prevén la realización de procesos sumarios contra sus miembros. Estas leyes son abolidas en 1924. La razón de la supervivencia hasta entonces de una buena parte de las sociedades fraternales está en el hecho de que sirven como cobertura legal para la realización de actividades que la legislación prohíbe. Abolidas las leyes, la mayoría de las sociedades fraternales dejan de funcionar.

En el caso francés, esa situación perdura casi hasta fines de siglo. La burguesía revolucionaria triunfante había prohibido en 1791, mediante la ley Le Chapellier, toda coalición obrera o patronal, bajo el pretexto de afirmar la libertad con la supresión de los organismos intermedios entre el estado y el individuo. En la práctica esto sólo significó la persecución de las asociaciones obreras, pues las patronales no fueron molestadas. El precedente es recogido y pasa sin mayores modificaciones al Código de Napoleón y a la legislación posterior, variando solamente la magnitud de las penalidades que se imponen a quien infringe las



Mitin de protesta de los sindicatos daneses en Copenhague, 1834. Casi todos los países industrializados prohibieron las coaliciones o asociaciones obreras.

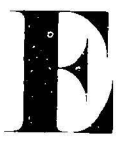
Sociedades filantrópicas y sociedades de resistencia

"Ciudadanos, gastamos un tiempo precioso en propagar nuestras ideas en el pueblo, pero me doy cuenta de que no somos comprendidos en modo alguno, que el obrero es enteramente indiferente a las cuestiones y a los derechos políticos y, en una palabra, que predicamos en el desierto; me parece que deberíamos aprovechar los momentos de fermentación que existen entre los obreros, que deberíamos cesar de hablarles de política y no conversar con ellos más que de su interés material; es preciso impulsarlos vivamente a la coalición; es preciso para eso encargar a nuestros jefes de sección más capaces que fomenten las coaliciones, cada cual en su gremio, y es preciso para eso hacerles distribuir escritos que les interesen, hablarles de su miseria y del egoísmo de sus patrones, y ponernos siempre en relación con ellos por intermedio de sus delegados, nuestros jefes de sección, recomendándoles bien que no hablen de política: y si podemos llegar a coaligar a los obreros, será preciso obrar de modo que se forme un comité central de todas las corporaciones, y por ese medio daremos a las corporaciones una dirección en consonancia con los tiempos y los acontecimientos. Ese comité estará bajo el patrocinio del comité de propaganda. Si triunfamos en ese proyecto, un buen día, cuando estemos listos, haremos cesar el trabajo de todos a la vez. El poder querrá reprimir; entonces se levantarán todos en masa, y ninguna fuerza humana podrá contener el torrente; pero, ciudadanos, para no llamar la atención de la policía, ya tan quisquillosa, es preciso recomendar a los jefes de las corporaciones que hagan encarar esa coalición a los obreros de modo que lleven la mayor cantidad posible de hombres, y para eso es necesario que los obreros encargados de dirigirla se presenten al prefecto de policía y le pidan autorización para constituir una sociedad filantrópica de socorros mutuos; ese será un medio para realizar las primeras reuniones y organizar las oficinas y comisiones sin ser molestados; en cuanto a nosotros, hay que redactar una especie de proclama que impulse vigorosamente a la coalición, que se hará imprimir en un número de ejemplares suficientes para distribuir entre los obreros, y eso antes de que el impresor haga el depósito; después se romperán las planchas, se las sustituirá por otras, se sacará la prueba y se hará el depósito, se irá ante el impresor para ordenarle que no imprima para evitar la confiscación del escrito, porque es imposible que la policía no lo haga confiscar. Reemplazaremos ese escrito por uno segundo que se repartirá y que impulsará a la asociación en masa, fomentando en los obreros la esperanza de que en el porvenir podrán formar establecimientos en donde ya no serán explotados por los patrones."

Discurso, presumiblemente apócrifo, del republicano Voyer d'Argenson, recogido en 1834 en un informe policial. Citado por Dolléans.

disposiciones. Salvo los efímeros períodos de 1848 y 1871, en que los obreros consiguen la legalidad de sus organizaciones, el movimiento sindical debe permanecer en la clandestinidad hasta 1884. Las autoridades se oponen a cualquier discusión colectiva de salarios o de condiciones de trabajo, aunque provenga de los patrones. Un ejemplo de esto lo da el caso del industrial parisino Leclaire, que en 1843 concibe la idea de hacer participar a sus obreros de los beneficios de la fábrica a fin de estimularlos para que aumenten la productividad. Cuando solicita permiso para reunir a sus obreros con el propósito de explicarles el sistema, el prefecto de policía de París se lo niega diciendo que "es una cuestión de reglamento de salarios que no nos parece que deba ser alentada y que las leyes prohíben; el obrero debe permanecer enteramente libre para fijar y arreglar individualmente su salario y no pactar con su patrón".
Las sociedades de resistencia deben forzosamente aparecer como mutuales. Esta circunstancia explica la activa participación de las mutualidades lyonesas en la insurrección de 1834. En otro caso el propósito era doble: la organización es a la vez mutual y sociedad de resistencia. Tal el de la "Asociación Tipográfica" y la "Sociedad Filantrópica de Obreros Sastres", que, sin renunciar a los socorros mutuos, conducen movimientos huelguísticos.

Las mutuales en Alemania



Es en el caso alemán donde aparece con mayor claridad la conexión entre un tardío desarrollo de las relaciones de producción capitalistas y la persistencia del mutualismo como forma de asociación obrera. La particular evolución histórica de Alemania determinó este desarrollo tardío del capitalismo industrial.



Arriba: asilo de pobres en Londres.
Abajo: una caricatura del "Punch" satiriza el exiguo nivel de los salarios.



El éxodo cubrió las calles de trabajadores en busca de ocupación. El desempleo, las ocupaciones temporales, los mendigos y los vicios de los sórdidos barrios obreros fueron pintados por Hogarth en cuadros como éste. Dominando la calle —arriba, a la derecha— el emblema de las casas de empeño.

En Inglaterra y Francia, los señores feudales habían desaparecido del campo, reemplazados por terratenientes que utilizaban métodos económicos capitalistas ya con anterioridad a la Revolución Industrial. Pero en Alemania esta transición es más lenta y los antiguos señores feudales quedan en posesión de sus tierras, a las que sólo muy gradualmente comienzan a explotar de manera capitalista. Este grupo feudal une a su poder económico el monopolio del poder político, pues controla tanto el estado como el ejército. Todo lo cual refuerza considerablemente su poder global. Los artesanos y comerciantes encuentran apoyo en las autoridades feudales para mantener el sistema gremial contra el avance del capitalismo. Por último, la falta de unión nacional ejerce un efecto restrictivo con respecto al desarrollo capitalista en tanto impide la formación de un mercado interno amplio.

La burguesía alemana es débil económica y políticamente. Recién en 1834 consigue romper las trabas del sistema gremial mediante la implantación de la libertad de oficios y ampliar sus mercados a través de la "Unión Aduanera Alemana". Pero pese a estas condiciones el desarrollo capitalista continúa siendo débil y la producción artesanal sigue siendo la dominante. En 1848 hay todavía en Prusia 850.000 trabajadores ocupados en talleres artesanales, frente a 550.000 ocupados en fábricas. El porcentaje de asalariados con respecto al total de la población es mínimo: no alcanza al diez por ciento. El grado de concentración industrial es también débil: una empresa de bastante importancia como la Krupp no tiene en 1846 más de 130 obreros.

Las organizaciones obreras tienen también un alcance muy limitado. Las únicas existentes, las mutuales, cajas de enfermedad y fallecimiento, siguen siendo numéricamente débiles y geográficamente restringidas. A estas condiciones desfavorables se agrega la acción del estado, que reprime autoritariamente los intentos aislados de organización. La "Ordenanza General del Trabajo" de Prusia prohíbe la formación de "acuerdos para interrumpir o impedir el trabajo con el propósito de inducir a los patronos o incluso a la autoridad a hacer concesiones. En el año 1835 el autoritarismo va más lejos: se prohíbe la emigración de artesanos al extranjero y el regreso de los que ya lo habían hecho ante el peligro de contagio ideológico que representaban estos movimientos, especialmente en relación con Francia.

Los trabajadores se ubican en el plano político junto a la burguesía en la lucha contra el feudalismo. Esta alianza, en la que participan en condiciones de inferioridad ideológica y organizativa, los coloca en natural relación de dependencia con respecto a la clase más fuerte.

El panorama obrero, a partir de la década de 1840, es dominado por las sociedades culturales promovidas por la burguesía. El movimiento obrero alemán, a diferencia de su similar inglés, no alcanza a liberarse durante esta época de la tutela de las sociedades burguesas, salvo contadas excepciones, como es el caso de algunas mutuales de carácter específicamente obrero, como la "Sociedad de Obreros de Imprenta" y la "Asociación de Obreros Cigarreros".

En las iglesias aparecen brotes bastante importantes del tipo de sociedad cultural. La más destacada es la que funda Adolf Kolping en 1846, que se expande rápidamente y pronto cuenta con filiales en toda Alemania. El éxito que tienen las sociedades de Kolping, cuyos únicos objetivos son la promoción profesional, el adoctrinamiento religioso y la práctica de la sociabilidad, señala la inmadurez del proletariado alemán en ese momento.

Los acontecimientos de 1848 precipitan nuevos cambios. A iniciativa del grupo berlinés de Stefan Born es convocado en agosto un Congreso Obrero, al que concurren treinta y una sociedades y tres comités obreros, en su mayoría de Prusia y Sajonia. Se funda la "Hermandad Obrera", que, pese a sus decla-

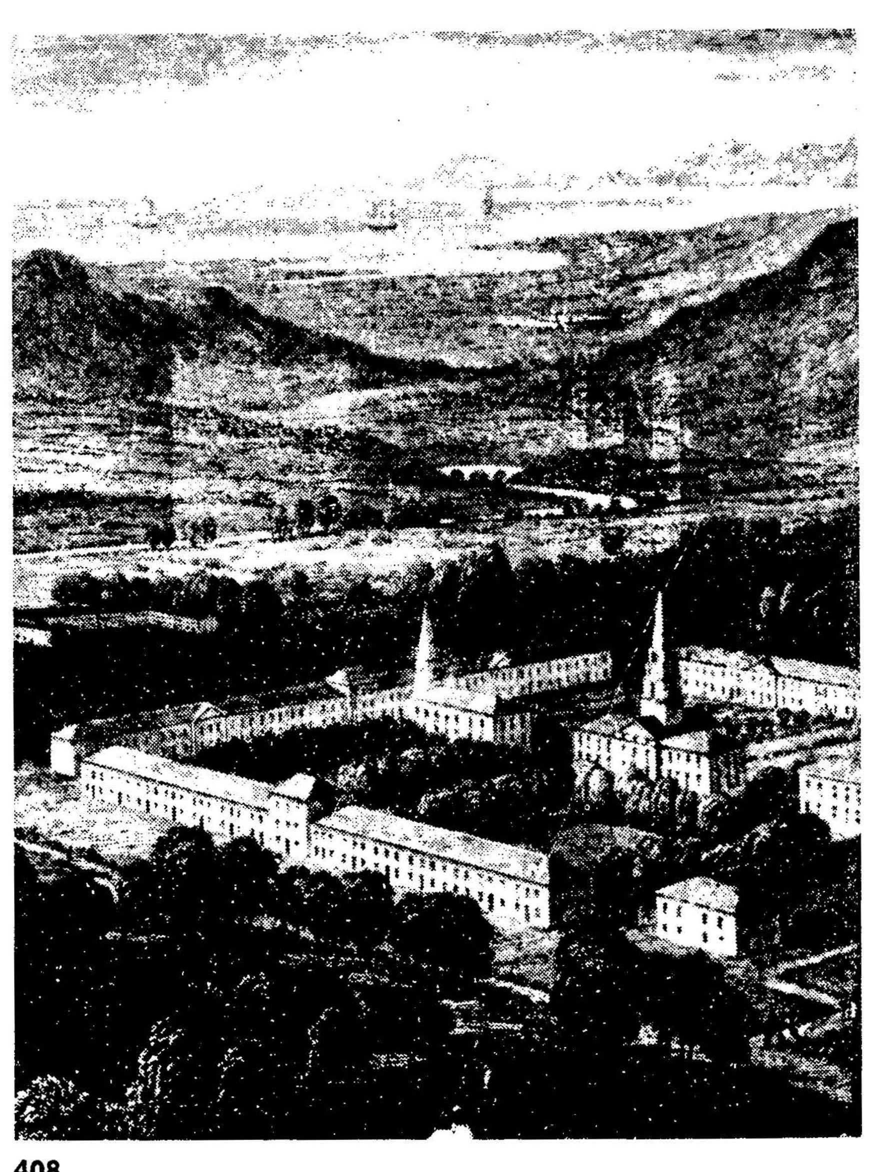


Manifiesto Fundamental de los cooperativistas de Rochdale (1843)

"La sociedad tiene por objeto realizar una ventaja pecuniaria y mejorar la condición familiar y social de sus miembros reuniendo un capital, dividido en acciones de una libra, suficiente para poner en práctica el siguiente plan:
Abrir un almacén para la venta de artículos alimenticios, ropas, etc.; comprar o construir casas para los miembros que deseen ayudarse mutuamente para mejorar las condiciones de su vida familiar y social: Emprender la fabricación de los artículos que la sociedad juzgue conveniente producir para proveer de trabajo a los miembros en desocupación o que sufren una reducción continua del salario:
Comprar o arrendar tierras que serían cultivadas por sus miembros sin trabajo o cuyo salario fuese insuficiente;
En cuanto sea posible la sociedad procederá a organizar, en su seno y por sus propios medios, la producción, distribución y educación o, en otros términos, se constituirá como una colonia autónoma donde todos los intereses serán solidarios y vendrá en ayuda de las demás sociedades que quieran formar colonias semejantes.
A fin de propagar la temperancia, la sociedad abrirá en uno de sus locales un Establecimiento de Temperancia."

Citado por C. Rama en *Las ideas socialistas en el siglo XIX.*

El socialismo de Owen puesto en práctica: vista de uno de los establecimientos que fundó en Orbiston.



raciones de corte político, continúa apegada a la actitud mutualista. En su extenso programa sólo propugna como reivindicación gremial la reducción de la jornada de trabajo a diez horas, mientras sus demás enunciados siguen una línea mutualista y cooperativista: fundación de cooperativas de producción y consumo, cajas de apoyo a los emigrantes, bolsa de trabajo, cajas de enfermedad y fallecimiento.

La represión de la revolución de 1848 y el período de reacción política subsiguiente, frenaron el ya de por sí precario movimiento obrero alemán. Recién en 1863, a iniciativa del socialista Lasalle, se funda la "Asociación General de Trabajadores" de Alemania con el objetivo de luchar en pro del sufragio universal. Pero la nueva agrupación no tiene mayor éxito inicial: el año siguiente sólo agrupa a cuatro mil miembros. El grueso de los trabajadores permanece en las mutuales y sociedades culturales burguesas, que se reúnen para la misma fecha en Francfort y crean una débil asociación central, en la cual la resolución que rechaza expresamente los movimientos salariales refleja el predominio mutualista. El proletariado alemán es aún heterogéneo: los sectores artesanos le imponen su impronta y la burguesía lo domina ideológicamente. Será necesario el prodigioso desarrollo del capitalismo industrial en los años posteriores para que los trabajadores alemanes superen sus limitadas concepciones.

El cooperativismo

El movimiento cooperativista llevado a cabo por la clase obrera tuvo una importancia considerable durante el siglo XIX, en especial a partir de la primera mitad del siglo. Con anterioridad a esa época el cooperativismo no pasó de la teoría o, cuando llegó a concretarse, no alcanzó más que un nivel mínimo de desarrollo. Hacia fines del siglo el movimiento comienza a perder su carácter obrero y adopta, aceleradamente, otras formas de carácter burgués. Entre uno y otro momento se da en el movimiento una gran variedad de líneas, tanto en el plano práctico como en el teórico.

Una de las concepciones del cooperativismo es sumamente ambiciosa. Sus preconizadores más activos sostienen que no se trata solamente de un movimiento de carácter económico, sino de gran proyección en lo social y lo político. El ideal es la eliminación del capitalismo y la formación de un estado en que productores libres y consumidores se asocien para ejercer su control sobre la producción y el consumo. Se busca eliminar, progresivamente, el beneficio capitalista y mediante ello hacer desaparecer a la burguesía como clase. Se piensa que, liquidada la intermediación de los patronos comerciales e industriales, se puede derrotar al capitalismo en su propio terreno, el de la competencia, y hacer desaparecer la explotación del hombre por el hombre. La sociedad pasaría a organizarse en una federación de productores.

Esta interpretación coloca al cooperativismo en el plano superior de la acción anticapitalista. Utópicamente, se concibe que es posible hacer desaparecer el orden capitalista sin la acción política o revolucionaria y sin cuestionar en ningún momento el problema del estado y del poder político; se supone que éste debería desaparecer automáticamente al eliminar el sistema cooperativista las contradicciones sociales. Dentro de este tipo de perspectiva se encuentra normalmente inscripto el rechazo a la injerencia de los grupos socialistas en el movimiento cooperativista. Ellos no son aceptados en tanto se piensa al cooperativismo en abierta contradicción con toda doctrina que predique la intervención del estado en el proceso económico.

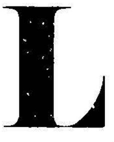
Para otros grupos el cooperativismo tiene metas menos ambiciosas. Sus objetivos son el abaratamiento del costo de la vida y la solución de algunos otros problemas de la existencia diaria. No se trata en este caso de un programa anticapitalista, sino de una reacomodación de los sectores menos favorecidos dentro de la sociedad burguesa. Al capitalismo no se lo ataca como sistema. La crítica se centra en algunos de sus excesos, principalmente en la abundancia de sectores intermediarios que cumplen roles parasitarios.

Otra fórmula es la preconizada por algunos grupos políticos para quienes el cooperativismo es el medio para mejorar provisoriamente la condición del pueblo y, presuntamente, las cooperativas son los órganos constitutivos de la sociedad futura. Concepciones de este tipo son frecuentes en los partidos socialistas.

De este tipo de prácticas debe escindirse claramente el sistema, de contenido netamente capitalista, que propugnaba la participación en los beneficios. Aquí el aspecto central no está en la cooperación, en ninguno de sus sentidos, sino en el intento de asociar al obrero al régimen burgués e interesarlo en la buena marcha de éste en general y de la empresa en la cual trabaja en particular.

Dos son las ideas maestras del cooperativismo. Ambas derivadas de la concepción central referente al carácter parasitario del capitalismo. Una es la eliminación del capitalista en tanto organizador de la producción; la segunda es la eliminación del comercio. En un caso, esto conducirá a la formación de cooperativas de producción, típicas en Francia; en el otro, a las cooperativas de consumo, muy desarrolladas en Inglaterra.

La cooperativa de producción en Francia



Las primeras propuestas de cooperativas de producción pueden encontrarse, en el terreno ideológico, en el socialismo utópico, especialmente en

La eliminación de los comerciantes

"Los comerciantes no se ocupan sino de hundirse mutuamente: tal es el punto de la libre competencia. Es preciso que la Agricultura, agobiada por sus intrigas, use de la libertad de comercio y los hunda a su turno por una operación que denominaré *Bolsa Comunal*, casa de comercio y de mantenimiento agrícola, que ejercerá de banco, adelantando fondos al consignatario, y de depósito, admitiendo productos para su custodia. Dicha bolsa, con sucursales por cada 1.500 habitantes a lo menos, estará compuesta de jardín, granero, bodega, cocina y, a lo menos, dos manufacturas.

Quiero indicar las principales ventajas de la Bolsa Comunal, que, entre otras, serán las siguientes:

Reducir a la mitad la gestión doméstica de los hogares pobres y medianos.

Pagar en día fijo, de una vez y sin recargos, los impuestos municipales.

Adelantar fondos al más bajo interés a los labradores que tengan garantía.

Procurar a cada individuo los comestibles indígenas o exóticos al más bajo precio posible, ahorrándole los beneficios intermediarios de los comerciantes y agiotistas.

Asegurar en cada estación funciones lucrativas a la clase indigente, ocupaciones variadas y sin exceso de trabajo o sujeción, sea en el campo o bien en los talleres. [...]

Estos diversos socorros y cinco otros serán hechos por la Bolsa Comunal. Es un vasto hogar, que ahorra al pobre todos los pequeños trabajos caseros. Ese pobre posee un campito y una pequeña viña: pero ¿cómo puede tener un buen granero, una buena bodega, buenos utensilios, instrumentos y todo lo necesario? Todo lo encontrará en la Bolsa; puede depositar en ella sus productos mediante una retribución convenida y recibir un adelanto en dinero de los dos tercios del valor presumible. Es todo lo que desea el campesino, siempre obligado a vender por vil precio en el momento de la cosecha. [...]

La más notable de las ventajas será la supresión del comercio. Todas las granjas-asilo se concertarían por medio del ministro y los gobernadores para prescindir de los negociantes y hacer sus compras y ventas entre sí y directamente unas a otras: tendrían abundancia de comestibles en venta porque serían depositarias del pequeño cultivador o propietario, que, careciendo de buenos graneros, buenas bodegas y numerosos sirvientes, depositaría de buen grado en las granjas mediante módica retribución por depósito y venta. Por otra parte, el propietario, recurriendo al depósito podría obtener adelantos pecuniarios con pequeño interés, lo que le dispensaría de las ventas prematuras que emplean los alimentos.

Entonces, los comerciantes, las legiones mercantiles, parecerían como las arañas faltas de moscas que se enredan en sus telas. Y su caída sería el efecto de la libre competencia a cuya sombra medran ahora, porque no se les impediría traficar, pero nadie tendría confianza en ellos, pues las granjas-asilo o Bolsas Comunales y sus agencias presentarían suficientes garantías de verdad."

Fourier: *Tratado de la Unidad Universal*, 1841.

el caso de Fourier. Este consideraba posible modificar radicalmente las bases económicas y sociales de la sociedad a partir de la constitución de comunidades de producciones libres, los llamados falansterios. Estas pequeñas comunidades independientes estarían constituidas por grupos de 1.600 a 1.800 personas, dedicadas a la agricultura y la industria; habitarían en enormes edificios cooperativos, con comedores y salas de diversión en común; y, por último, colectivizarían los aspectos más importantes de su vida: el trabajo, la educación de los niños, etc.

Fourier no pensaba en la abolición de la propiedad privada; tampoco consideraba que la clase obrera fuese el sujeto del cambio que quería producir en la sociedad. Sus ideas acerca del falansterio tenían como base el retorno a un estado natural de vida que consideraba perdido por la humanidad en general y no la construcción de una sociedad nueva por una clase social determinada. Incluso reservaba en su nueva comunidad coperativa un lugar para el capital y para los beneficios del mismo.

Pese a este carácter, es en el movimiento obrero donde se dan los primeros intentos de realización práctica de las ideas furieristas, bajo la forma de la cooperativa de producción. Estos primeros intentos no son más que planes ambiciosos, carentes de posibilidades prácticas de realización. Así, en 1834, Jules Leroux propone a los obreros impresores y tipógrafos formar una asociación: piensa que, habiendo en París de cuatro mil a cinco mil tipógrafos, si cada uno de ellos abona un franco por semana en diez años se reunirá el capital necesario para construir una imprenta colosal que liquidaría a todas las empresas capitalistas del ramo. Naturalmente, este proyecto utópico fracasa. Pero en el mismo año, a iniciativa de un discípulo de Saint-Simon, Buchez, se forma la primera cooperativa, la de joyeros de París. Esta asociación sigue las pautas marcadas por su



"Entrega de raciones en una fábrica", ilustración para la obra "Vida de Michael Armstrong", 1840. El trabajo de niños fue común en toda Europa, ya que las nuevas tareas fabriles no exigían fuerza sino habilidad. Además, el salario que se pagaba a los niños y mujeres era menor que el de los hombres adultos.

Las cooperativas de producción: los falansterios

"El trabajo socialista, para ejercer una fuerte atracción sobre el pueblo, debe diferir radicalmente de las odiosas formas con que nos lo presenta la sociedad actual. La industria socialista, para convertirse en atrayente, necesitará cumplir las siete condiciones siguientes:
1) Que cada hombre, mujer o niño sea retribuido en proporción de las tres facultades: capital, trabajo y talento.
2) Que cada trabajador sea retribuido con dividendo, no con salario.
3) Que las sesiones industriales sean variadas aproximadamente ocho veces por día, pues el entusiasmo no puede sostenerse más de hora y media o dos horas en el ejercicio de una función agrícola o manufacturera.
4) Que sean ejercidos en competencia entre amigos espontáneamente instigados y estimulados por activísimas rivalidades.
5) Que los talleres y cultivos presenten al obrero los atractivos de la elegancia y la limpieza.
6) Que la división del trabajo sea llevada al grado supremo, a fin de aficionar a cada sexo y edad a las funciones más adecuadas.
7) Que en esta distribución, cada uno, hombre, mujer o niño, goce plenamente del derecho al trabajo o derecho a intervenir en cada rama del trabajo que le convenga escoger, siempre que acredite aptitudes y probidad."

Fourier: *Teoría de la Unidad Universal,* 1841.

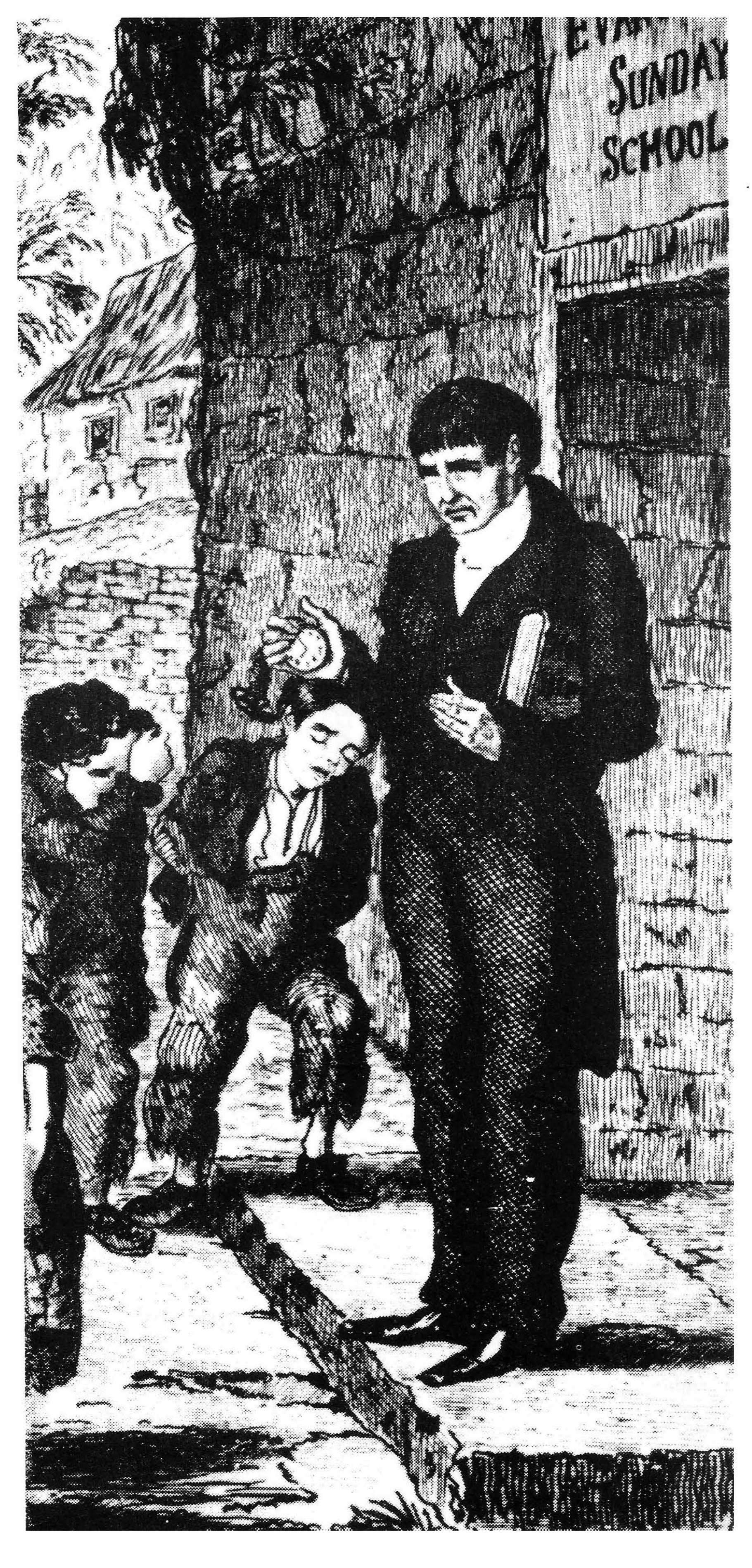
Los principios mutualistas en una revista argentina

"Ha llegado el tiempo en que las circunstancias especiales de nuestra economía nacional y el desarrollo de la vida social imponen al país que se prepare a la resolución de los más graves y apremiantes problemas de índole interna, entre los cuales indudablemente sobresalen los que atañen a la vida material, los que constituyen la así denominada cuestión social.
Ahora bien: no vacilamos en afirmar al respecto que, excepción hecha de la cuestión entre capital y trabajo, lo que no es de su dominio por el momento, todos los demás problemas sociales lograrán encontrar su solución mediante la aplicación del gran principio mutualista.
La experiencia ya está hecha en todas las principales naciones y demuestra que los diversos riesgos de la vida son singularmente atenuados en virtud de la asociación, que suma y multiplica los esfuerzos individuales del ahorro y la previsión.
Si se toma un trabajador, que tiene que iniciar la lucha por la vida y se le sigue en el curso de su existencia, se comprueba que los diversos problemas a resolver, es decir, los diversos riesgos a asegurar, son los de: accidentes de trabajo, enfermedades, suspensión involuntaria del trabajo, invalidación prematura, vejez y, en fin, la muerte.
Tales son los principales problemas de la vida material, los que constituyen la cuestión social, que es ante todo una cuestión de educación, y por consiguiente hay que educar al pueblo en el mutualismo, que lo aliviará de los mayores apuros, sustituyendo paulatinamente a la asistencia por la previsión y contribuyendo a la desaparición de las rivalidades sociales."

Revista de la Mutualidad, Buenos Aires, noviembre de 1916.

fundador, quien determina que debe disponer de un capital perpetuo e inalienable formado por un quinto de los beneficios de la explotación; que los beneficios resultantes deben retribuirse de acuerdo con el trabajo realizado; y, por sobre todo, que la cooperativa debe mantenerse apartada de la acción del estado, no deber ni pedir nada a éste.
Durante el período siguiente proliferan las pequeñas cooperativas de producción. A las que surgen en este momento se agregan las que aparecen en 1848. Pero pronto quedan al descubierto las debilidades de las cooperativas. Estas, en tanto organismos legales, deben manejarse abiertamente, y así dependen, para sobrevivir, de la benevolencia del poder político. Las más importantes cooperativas, entre ellas la de sastres de París, que cuenta con más de mil quinientos miembros, son disueltas al comenzar el Segundo Imperio.

Otro tipo de debilidades son más importantes y conducen al deterioro de la cooperativa de producción. En primer lugar, los obreros, por carecer de capital, deben iniciarse con un equipo técnico elemental que los coloca en condiciones de inferioridad en la competencia con las empresas capitalistas, a las que deben disputar el mercado. Les es también a veces difícil, por falta de educación económica, encontrar dirigentes capaces dentro de sus filas. Pero en última instancia el problema que plantea centralmente el cooperativismo no es de orden técnico-productivo, sino de orden social. La cooperativa, en lugar de ir modificando paulatinamente, según se lo suele proponer, el marco capitalista que la rodea, es influida decisivamente por éste, y tiende a reproducir en su seno las pautas del resto de la sociedad.
Así, las cooperativas francesas se convierten, más o menos rápidamente, en empresas capitalistas; la cooperativa de joyeros fundada por Buchez lo es desde el momento en que comienza a rechazar nuevos adherentes, tres años después de su fundación. La de fabricantes de espejos,



Empleados desde muy temprana edad en los establecimientos fabriles, la mayor parte de los trabajadores eran analfabetos. Para paliar esta situación Fourier propuso, entre otras medidas, colectivizar el trabajo y la educación de los niños. En la ilustración: escuela dominical inglesa.

New Lamarck

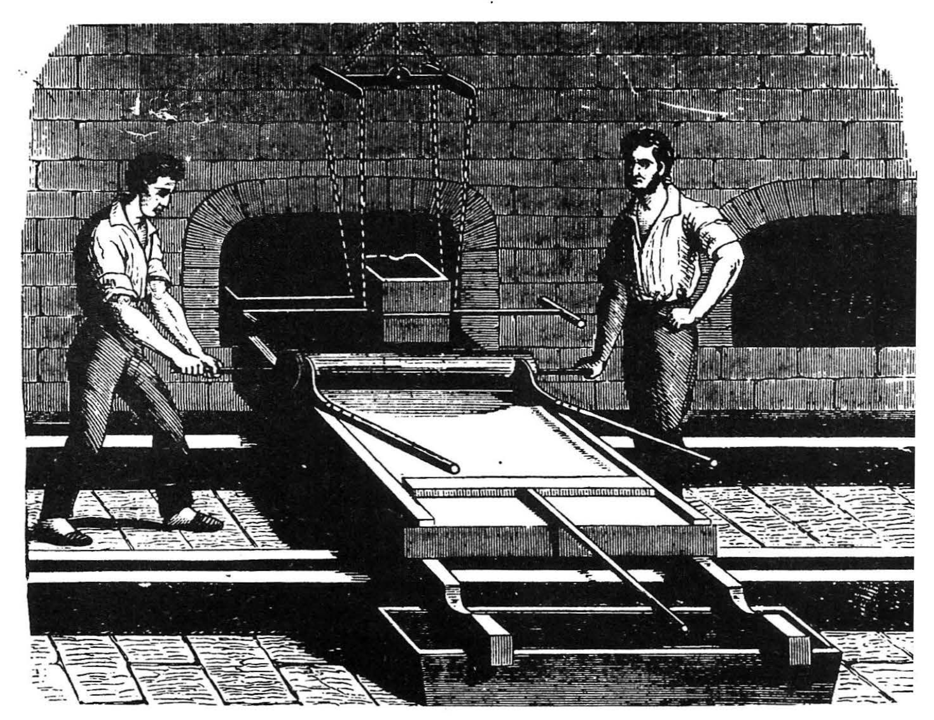
"Toda sociedad que existe actualmente, como todas las que la historia recuerda, se ha formado y gobernado en la creencia de las nociones siguientes, establecidas como *primeros principios*:
1º Que todo individuo tiene capacidad para formar su propio carácter. De aquí los distintos sistemas conocidos con el nombre de religión, códigos de leyes y castigos. De aquí también la oposición mutua mantenida por individuos y naciones.
2º Que los afectos están ordenados por el individuo.
De aquí la insinceridad y la degradación del carácter. De aquí las miserias de la vida doméstica, y más de la mitad de todos los crímenes de la humanidad.
3º Que es necesario que una gran proporción de la humanidad persista en la ignorancia y la pobreza, con el fin de asegurar a la parte restante el grado de felicidad de que goza ahora.
De aquí, una contradicción en los objetivos de los hombres, una oposición general entre los individuos y los intereses de los demás, y los efectos necesarios de tal sistema: ignorancia, pobreza y vicio.
Los hechos prueban, sin embargo:
1º Que el carácter está universalmente formado *para* y no *por* el individuo.
2º Que a la humanidad puede dársele *cualquier* clase de hábitos y sentimientos.
3º Que los afectos *no* están bajo el control del individuo.
4º Que todo individuo puede llegar a producir mucho más de lo que pueda consumir, en tanto disponga de tierra suficiente.
5º Que la naturaleza proporciona medios mediante los cuales puede mantenerse en cualquier ocasión la población en el estado adecuado para suministrar la mayor felicidad a cada individuo sin sombra de vicio o miseria.
6º Que cualquier comunidad puede ordenarse, según una combinación adecuada de los principios antedichos, de tal manera que no solamente destierre el vicio, la pobreza y, en gran medida, la miseria del mundo, sino que también coloque a *todo* individuo bajo circunstancias en que pueda gozar de felicidad más permanente de la que podría dar a *ciertos* individuos el sistema de principios que hasta aquí ha regulado la sociedad.
7º Que todos los principios fundamentales sobre los que la sociedad se ha fundado hasta ahora son erróneos, y pueden demostrarse como contrarios a los hechos. Y
8º Que el cambio que siguiera al abandono de aquellos erróneos principios que traen la miseria al mundo y la adopción de los principios de la verdad, desplegando un sistema que removiera y excluyera para siempre esa miseria, podría llevarse a cabo sin la más mínima afrenta a ningún ser humano.
Este es el plan, éstos son los datos, sobre los que la sociedad dentro de poco podrá ser reestructurada por la simple razón que resultará evidente que repercutirá en el interés inmediato y futuro de todo el que preste gradualmente su ayuda a reformar la sociedad sobre esta base. Digo *gradualmente* porque en esta palabra se incluyen las más importantes consideraciones. Cualquier intento repentino y coercitivo que se haga por remover la miseria de la humanidad resultará perjudicial más que beneficioso. Los espíritus deben prepararse gradualmente mediante una alteración esencial de las circunstancias que los rodean, para conseguir algún cambio importante en la mejora de su condición. Se les debe convencer primero de su ceguera: esto no puede realizarse, incluso entre los más razonables, o aquellos que constituyen actualmente la mejor parte de la humanidad, sin crear un cierto grado de irritación. Esta irritación debe tranquilizarse antes de intentar un nuevo paso, y debe establecerse la convicción general del acierto de los principios sobre los que va a fundarse el cambio proyectado. Su puesta en práctica será entonces fácil —las dificultades se desvanecerán conforme nos aproximemos a ellas—, y, después, el deseo de ver todo el sistema en funcionamiento inmediatamente excederá a los medios de ponerlo en ejecución."

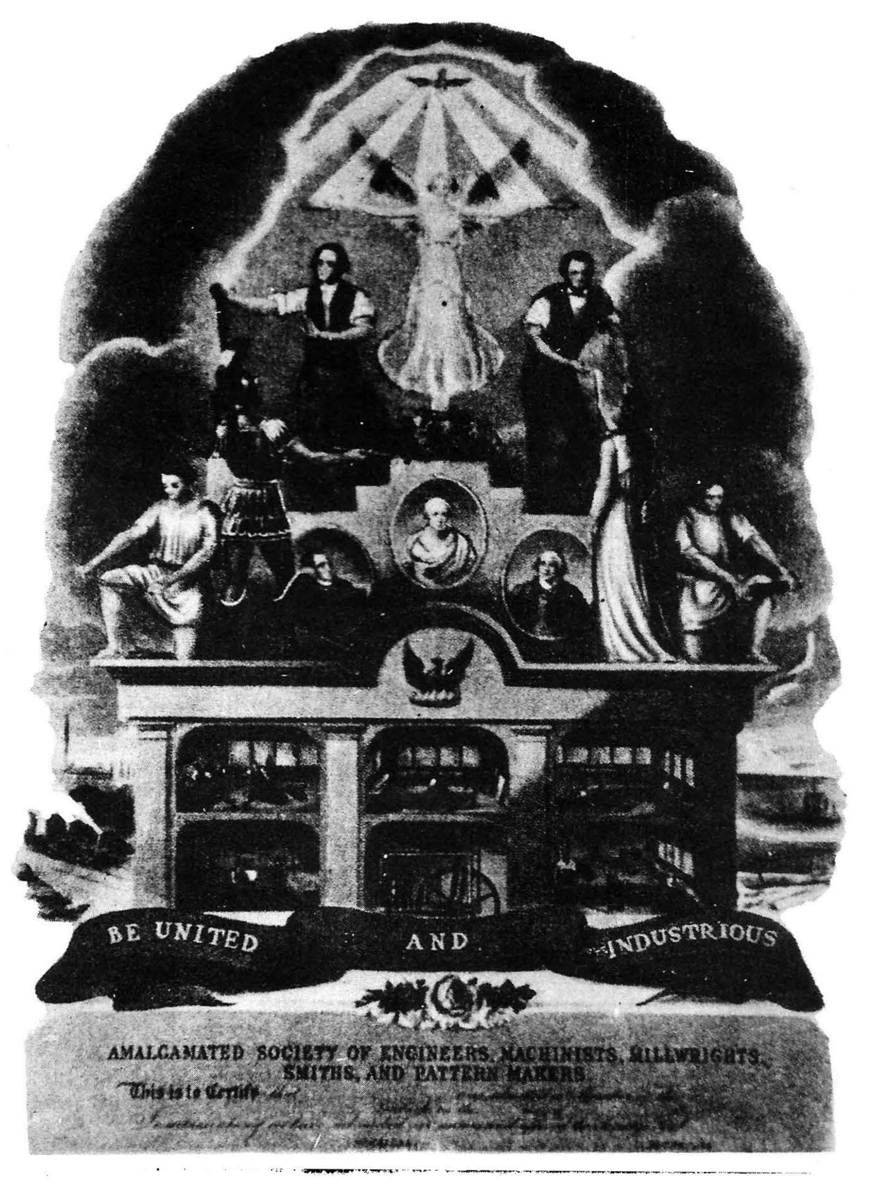
R. Owen: Alocución a los habitantes de New Lamarck (1816), en *Socialist thought. A documentary history.*

fundada en 1849, una de las pocas que consiguió sobrevivir a las persecuciones de Luis Bonaparte, cuenta hacia fines de siglo con sesenta asociados y sesenta y cinco adherentes frente a mil quinientos asalariados; para estos últimos el régimen cooperativo sólo implica cambiar al patrón individual por un patrón colectivo. Las facilidades que el estado francés les concede, a través de la legislación de 1873, mediante la concesión de trabajos de aprovisionamiento, son la oportunidad para que las cooperativas de producción consoliden su expansión económica y con frecuencia se transformen, aceleradamente, en empresas capitalistas.

La cooperativa inglesa de consumo

La idea de la eliminación del comercio por la acción cooperativa, que también apuntaba en Fourier, encuentra en Inglaterra su realización más exitosa. El primer antecedente es la fundación en Brighton de la sociedad "The Cooperative Trading Association" (La Asociación Cooperativa de Comercio) por el Dr. King. Este, que pronto fracasa, no tiene pretensiones de convertirse en vanguardia de un movimento más amplio. Un avance más concreto lo lleva a cabo Owen, con la fundación del "National Equitable Labour Exchange" (Unión Nacional de las clases obreras) entidad en la que los productores tenían la oportunidad de intercambiar sus productos a un precio determinado por el trabajo invertido en elaborarlos. Aquí ya aparece con claridad, desde los mismos supuestos de la asociación, el carácter no obrero de la cooperativa de comercialización y consumo. En efecto, la sociedad de Owen sólo podía estar destinada a favorecer a grupos de artesanos, dueños del producto de su trabajo. Al obrero su trabajo no le pertenece y, por lo tanto, no tiene





En el grabado superior: trabajo en un taller de laminación de hierro.
En la ilustración inferior: Emblema de la "Sociedad de Ingenieros, maquinistas, montadores, fundidores, que sienten respeto por la religión, la historia, los inventores y la armonía social". Algunas uniones —que representaban la élite de las clases trabajadoras— restringían las admisiones y adoptaban miras particulares.

ningún producto que intercambiar. Si bien la experiencia de Owen fracasa, es recogida en 1844 por los tejedores de franela de la ciudad de Rochdale, que, ante una grave crisis de desocupación, deciden abrir un almacén cooperativo, el cual se inicia con un capital de veintiocho libras, correspondiente a igual número de obreros. Diez años después la cantidad de sus socios ya es de 1.400, el capital societario de 11.000 libras y el monto de las operaciones asciende a 45.000 libras. Tal éxito estimula la creación de varios centenares de cooperativas que terminan uniéndose y dando nacimiento a la "English Cooperation Wholesale" (Sociedad Inglesa Cooperativa al por mayor), cuyo progreso es constante. En 1913 opera por un monto de treinta y un millones de esterlinas y emplea a veinte mil personas. Pero ya no queda nada de los objetivos enarbolados en un primer momento: de organismo obrero ha pasado a abarcar a todas las capas de la población, especialmente a la pequeña burguesía, y no ha abolido el comercio sino que se ha insertado en el sistema capitalista como un comerciante más.

Conclusiones

El mutualismo constituye un fenómeno de considerable importancia en el desarrollo del movimiento obrero; su ideología influye claramente sobre las formas de acción de los trabajadores. Pero tal influencia es sólo decisiva durante un período de la historia del movimiento obrero europeo.

La importancia de la actitud mutualista acrece si se considera que ésta persiste como modo complementario de actividad en el sindicato por industria, a través de la obra social. Sin desconocer el papel que ésta desempeña en el elevamiento del nivel de vida material de la clase trabajadora, es necesario señalar que cumple a veces funciones negativas. Su auge se da en la medida en que el sindicato resulta impotente para volcar en favor de los trabajadores la repartición de la renta nacional o de mantener siquiera en un nivel estable, a través de su acción, la participación de los obreros en ella. El mutualismo adquiere así un claro carácter compensatorio: se intenta encubrir detrás de una obra social de creciente importancia la ineficiencia en el terreno reivindicativo.

El mutualismo corresponde históricamente a una etapa en la cual la clase obrera no se ha liberado aún de modos de vida y prácticas artesanales; es una etapa preclasista de la conciencia obrera. El mutualista no concibe la posibilidad de liberarse de la explotación ni de luchar siquiera contra ella: aspira solamente a suprimir en parte sus efectos sobre el nivel de vida obrera: no ve a la clase obrera como sujeto de una transformación social a la cual están ligados los destinos individuales, sino pretende utilizar la solidaridad de la clase como medio para solucionar los problemas individuales.

Similar juicio merece el cooperativismo. Pese a que en algunos casos se presente teóricamente como herramienta de transformación social, no llega más allá de la solución de ciertos problemas de limitados grupos obreros, solución muchas veces lograda a través de un salto de los cooperativistas a la condición capitalista.

Mutualismo y cooperativismo desempeñaron un papel importante en la historia del movimiento obrero: despertaron y organizaron las primeras formas de solidaridad. Luego, o se perpetuaron, adquiriendo contenidos reaccionarios, o dieron paso a formas superiores de organización: el sindicato, forma organizativa de la lucha obrera dentro del régimen capitalista, y el partido político, arma de combate contra la sociedad capitalista en su totalidad.

Bibliografía

L. Benoist, *Le compagnonnage et les métiers.* París, P.U.F., 1966.

P. Brisson, *Histoire du travail et des travailleurs.* París, Delagrave, 1906.

G. H. D. Cole, *Historia del pensamiento socialista.* México, E.C.E., 1964.

F. Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra.* Buenos Aires, Futuro, 1965.

E. Hobsbawm, *En torno a los orígenes de la revolución industrial.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

J. Kuczynski, *Evolución de la clase obrera.* Madrid, Guadarrama, 1967.

H. Pelling, *Histoire du syndicalisme britannique.* París, Ed. Du Seuil,.

C. Rama, *Las ideas socialistas en el siglo XIX.* Buenos Aires, Iguazú, 1966.

D. Schuster, *El movimiento sindical alemán* Dusseldorf, DGB, 1971.

Insurrección en Viena

María Emma Espoille de Ruiz
Cecilia Lagunas

La única conquista que quedó como saldo de la revolución húngara fue la abolición del régimen feudal. El absolutismo centralista de los Habsburgos aplastó toda esperanza de constitucionalismo liberal.

Desde la caída de Napoleón el Imperio Austríaco, con su régimen absoluto y centralista, bajo la férrea mano de Metternich se había convertido en el corazón contrarrevolucionario de Europa. El sagaz diplomático, cuyo nombre llena todo un período del siglo XIX, impuso la influencia de Austria sobre los países europeos para mantener un equilibrio que aparecía como única garantía de la estructura semifeudal del Imperio. El orden fue su principal objetivo; su medio más poderoso la represión.

En la primavera de 1848 el viejo y rígido edificio dinástico de los Habsburgo crujió peligrosamente. La onda expansiva de la revolución francesa de febrero lo recorrió de norte a sur y de este a oeste, estallando casi simultáneamente en explosivas revueltas en cada una de las capitales de los antiguos reinos. Viena, Pest, Presburgo, Zagreb, Praga se tambalearon. Sin embargo, la vetusta estructura resistió la sacudida y al cabo de un año volvía a erguir su faz monolítica, pero ahora resquebrajada, carcomida por su propio proceso de desintegración.

Varías fuerzas confluyeron en el estallido. Las potencias generadas por la Revolución Industrial se estrellaban contra la rigidez de las caducas relaciones feudales. La burguesía austríaca, apremiada por el estancamiento económico, quería ver liberadas sus fuerzas productivas. El régimen colonialista impuesto por Viena limitaba en Hungría las aspiraciones de las poderosas clases terratenientes, condicionadas al mercado austríaco que abastecían; sublevaba a una pequeña nobleza sin perspectivas que veía en Austria el símbolo de la opresión germana ancestral contra su propia nacionalidad. Y enardecía a la burguesía de Bohemia, impedida de acelerar el proceso de industrialización que perjudicaba los intereses de la metrópoli.

En todas partes los intelectuales y estudiantes reivindicaron el nacionalismo para enfrentar al dominador extranjero.

En Austria los sectores burgueses se aferraron a las banderas del constitucionalismo liberal. Los únicos beneficiarios de la revolución, los campesinos, contemplarían pasivos la lucha contra un sistema que los mantenía sometidos. Sólo confiaban en la justicia del "buen emperador", que supuestamente los protegía contra la arbitrariedad de los señores. En Viena, en Praga, el proletariado incipiente y débil carecía de organización y de estrategias. En su mayoría eran artesanos y obreros manufactureros sin contacto con las corrientes del pensamiento socialista. Acostumbrados a plantear sus reivindicaciones, con tumultos espontáneos, se lanzaron a la refriega apoyando a la burguesía en sus reclamos liberales. Ellos fueron la carne de cañón, dejaron sangre en las barricadas. Lo perderían casi todo: el trabajo y la seguridad, incluso la vida, aunque salieron de la lucha con la conciencia de ser una clase distinta. La revolución fue cruelmente aplastada.

La debilidad de una burguesía, todavía precapitalista, en la mayor parte del Imperio había sido incapaz de vencer las barreras opuestas por el orden feudal.

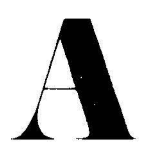
El absolutismo centralista de los Habsburgo volvió con bríos renovados a someter a los pueblos. Un largo invierno se cernía sobre Europa.

El Imperio Austríaco

El Imperio Austríaco, que agrupa a pueblos de diferentes lenguas y tradiciones, estaba fundado sobre el derecho histórico y dinástico. La fidelidad al emperador aparecía como su único lazo de unión. Era la obra de la casa de Habsburgo, que a través de los siglos afirmó la idea de una solidaridad austríaca necesaria a las naciones que bordeaban el Danubio, en su propio interés local y para conservar la paz de Europa. Esa fue la misión

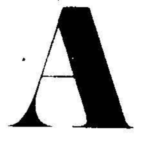
del Imperio. "Si Austria no existiese habría que crearlo", diría el historiador nacionalista checo Palacky.
Por su situación geográfica era el camino obligado de las hordas que llegaban del Asia. En repetidas ocasiones hizo frente al invasor e impidió que avanzaran hacia el poniente, más allá de su territorio.
En el siglo XIII Rodolfo de Habsburgo, modesto noble de la Suiza alemana, que había sido elegido emperador, colocó bajo su autoridad a los ducados de Carintia, Carniola, Estiria y Austria, cuya sucesión aseguró a sus hijos. Esos fueron los estados hereditarios de Austria. Desde entonces y hasta 1918 la historia de Austria será la historia de los Habsburgo.
Esta dinastía fue extendiendo sus dominios mediante una hábil política matrimonial. Así, en el siglo XVI logró incorporar a los reinos de Bohemia y Hungría, aunque en esa misma época los turcos se adueñaron de gran parte del territorio húngaro, recuperado a fines del siglo XVII.

Pueblos que constituían el Imperio



mediados del siglo XIX, luego de sucesivas anexiones y pérdidas de territorio por los azares de la guerra, el Imperio de los Habsburgo comprendía varios pueblos de etnias diferentes. Por su origen lingüístico formaban cuatro grandes grupos: eslavos, germanos, magiares y latinos. Entre los primeros, los eslavos del norte: checos establecidos en Bohemia y Moravia; eslovacos; polacos, rutenos y ucranios de Galitzia. Las lenguas que hablaban también eran distintas a pesar de su común origen eslavo. En la zona meridional, los yugoslavos (o eslavos del sur): eslovenos, croatas, servios y dálmatas. Estos tres últimos pueblos de origen servio— estaban separados por la religión: los croatas y dálmatas eran católicos; los servios, ortodoxos griegos. Al grupo latino pertenecían los rumanos de Transilvania y los italianos de Trento y Trieste.
A las divisiones internas que debilitaban a eslavos y latinos se sumaban la falta de comunicación, ya que los eslavos se distribuían entre el norte y el sur del Imperio y los latinos ocupaban zonas del este y oeste. Por el contrario, los alemanes y magiares (de origen germánico y mogol, respectivamente) habitaban el centro del territorio y ejercían una verdadera hegemonía sobre los demás pueblos. De ahí las rivalidades entre dominados y dominadores.
Todos ellos habían constituido en el pasado estados independientes: reino de Bohemia, de Hungría, de Croacia; Gran Ducado de Transilvania; Archiducado de la Alta y Baja Austria; Condado del Tirol, etc.
Cada uno recordaba haber tenido sus instituciones particulares, sus derechos, que, abolidos o disminuidos a través del tiempo, siempre esperaban ver otra vez reconocidos.

Austria en el siglo XVIII



mediados del siglo XVIII, bajo los reinados de María Teresa (1740-1780) y de su hijo José II (1780-1790), la política de Austria se hizo centralista y germanizante. Los poderes locales eran aparentes, salvo en Hungría, donde la Dieta continuó actuando con independencia. Viena se convirtió en el único centro. Desde allí se dirigía la administración y se nombraban los gobernadores de las distintas regiones que integraban el imperio. El alemán, hablado por la mayoría, pasó a ser la lengua oficial.
La emperatriz María Teresa siguió una política económica orientada a transformar los estados de los Habsburgos, de acuerdo a una peculiar división del trabajo en un todo armónico. A Austria le estaba reservada la producción manufacturera, las demás regiones serían las abastecedoras de alimentos y de materias primas: así quedó implantado un régimen casi colonialista. Pero al mismo tiempo se adaptaban las instituciones antiguas a las necesidades nuevas, conciliando las libertades tradicionales con la centralización del poder. Este último aspecto de su obra llegaría a verse comprometido años después por la precipitación de su hijo José II, que agudizó el centralismo absolutista y emprendió reformas económicas, fiscales, sociales y religiosas en nombre de la razón y de la humanidad, influido por las teorías de los filósofos de su tiempo.
Se preocupó del campesinado, abolió la servidumbre (1781) y disminuyó las cargas feudales.
Los bienes raíces de los nobles fueron gravados. También la Iglesia perdió algo de su poder, ante la secularización de la enseñanza y el control que el estado ejercía sobre ella. José II se interesó por el progreso de las manufacturas, y para favorecerlas suprimió el monopolio de las corporaciones. Su obra se recordaría con el nombre de "josefismo".
Aunque, en general, fueron beneficiosas y estaban bien inspiradas, estas reformas encontraron gran resistencia, pues chocaban con las tradiciones y las costumbres de los pueblos a los que iban dirigidas. Además, atacaban los intereses de la aristocracia y los privilegios de las diversas iglesias nacionales. En Hungría, el avance reformista debió ceder ante la protesta encabezada por la nobleza magiar; lo mismo sucedió en Austria. Para mantener la tranquilidad del Imperio Leopoldo II (1790-1792) anuló la mayor parte de las medidas reformistas. Sólo permaneció el absolutismo, aún más fortalecido, que abriría el camino al despotismo burocrático característico del gobierno de Viena. En adelante ya no habría de reanudarse seriamente la obra reformadora. A partir de Rodolfo de Habsburgo, el primero de la dinastía que ostentara el título de Emperador del Sacro Imperio Ro-



Clemente de Metternich. Símbolo de la restauración del absolutismo, comparaba a la Revolución Francesa con "una hidra con las fauces abiertas, pronta a engullirse el orden social".

Art. CXXI.

Le présent Traité sera ratifié, et les ratification[s] seront échangées dans l'espace de six mois, par la Cour de Por[tugal] dans un an, ou plus tôt si faire se peut.

Il sera déposé à Vienne aux Archives de Cour et [...] de Sa Majesté Impériale et Royale Apostolique un e[xem]plaire de ce Traité général pour servir dans le cas où l'[...] l'autre des Cours de l'Europe pourrait juger convena[ble de] consulter le texte original de cette pièce.

En foi de quoi les Plénipotentiaires respectifs o[nt sig]né cet Acte et y ont apposé le Cachet de leurs armes.

Fait à Vienne le Neuf Juin de l'An de Grâce [mil] huit Cent quinze.

(suivent les signatures dans l'[ordr]e alphabétique des Co[urs]

mano Germánico, la casa de Austria conservó la corona del Imperio —salvo breves lapsos— hasta su abolición definitiva, en 1806.

Como consecuencia del título imperial que detentaban, los Habsburgo habían impreso cierto carácter universalista a su política exterior, resuelto en acciones represivas contra los movimientos políticos y sociales que impugnaran la forma de vida "tradicional y cristiana" sustentada por Austria.

La autoridad imperial se extendía sobre numerosos territorios independientes, desde pequeños principados a vastos estados como Prusia. El título y la corona, casi exclusivamente nominales, a fines del siglo XVIII eran resabios de la Europa Medieval, pero aún incitaban la ambición de los Habsburgo, que siempre solían dirigir su atención más allá de sus fronteras.

Al formarse la Confederación del Rhin, en 1806, Napoleón suprimió el Sacro Imperio Romano y obligó al emperador Francisco II a tomar el nombre de Francisco I como emperador de Austria.

Austria en el siglo XIX. Metternich

Los emperadores de Austria, Francisco I (1792-1835) y Fernando I (1835-1848) pero sobre todo su canciller, el príncipe Clemente de Metternich (1809-1848), iban a ocupar un lugar destacado en la historia de Europa como símbolos de la restauración del absolutismo opresor que la Revolución Francesa había derribado. Metternich fue nombrado ministro en 1809. Su talento de estadista, pero sobre todo de extraordinario diplomático, conseguiría que Austria recuperara en Europa su situación preponderante, a pesar de las derrotas que le infligiera Napoleón. Según Metternich, para conseguir que la paz y el orden reinen en Europa se necesitaba reforzar la autoridad dentro de los estados, ya que "el equili-

Leyenda popular húngara "El Castillo del Hada, cerca de Torda"

Al oeste de la ciudad de Torda, en lo alto de una montaña solitaria, se levantan las ruinas de un castillo al que se refiere la siguiente leyenda: Había una vez un rey, rico como el mar y poderoso como ninguno. Su hijo adoptivo le pidió autorización para construir un castillo sobre esa montaña. El rey consintió y al cabo de siete años el castillo fue concluido. Entonces el hijo pidió habitarla durante siete años, para descansar, a lo que el rey consintió también. Pero el joven abusó de la bondad del rey y empleó esos siete años en fortificarlo y, cuando el plazo se hubo cumplido, se rehusó a entregar el castillo a su benefactor. Indignado por esta ingratitud, el rey sitió el castillo. El sitio duró siete años. Entonces el rey, viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, recurrió a la astucia. Mandó pedir a los defensores del castillo un par de palomas como recuerdo de su coraje. Se le acordó lo que pedía el rey, pero bien pronto debieron arrepentirse de ello. Un día en que había mucho viento el rey dejó libres a las palomas luego de haberlas cargado con materias inflamables. El fuego hizo presa del castillo y la guarnición, que se vio precisada a abandonarlo, fue masacrada por la gente del rey.

Colección L. Koevary. Según parece, esta leyenda es una alusión al último episodio de la caída de Decebal, que Trajano subyugó completamente por haber violado el tratado acordado. (N. T.)

Leyendas nacionales húngaras: "El ciervo maravilloso"

En otro tiempo vivía lejos, muy lejos, en el Oriente, un poderoso rey llamado Nemrod. Tenía dos hijos; uno se llamaba Hunor; el otro, Magyar. Ya mayores, Hunor y Magyar abandonaron la tienda paterna y se fueron a establecer por su cuenta.
Un día, cazando, encontraron un ciervo de excepcional belleza. Lo persiguieron y llegaron a un lugar pantanoso, donde lo perdieron de vista. Lo buscaron afanosamente, pero el animal había desaparecido. Pero recorriendo la región vieron que era un lugar particularmente apropiado para la cría de ganado. Ellos fueron entonces a despedirse de su padre, luego retornaron a su nuevo destino, seguidos cada uno de cincuenta valerosos guerreros. Permancieron cinco años en ese país, donde el bosque tenía abundante caza y en el que los ríos traían abundante pesca. Por fin, el sexto año, impulsados por su pasión hacia la vda nómade, emprendieron un viaje más allá de las fronteras de su tierra. Pronto llegaron a un desierto en el que encontraron un grupo de jovencitas que bailaban la ronda. Dos de ellas eran de una belleza deslumbrante; eran los hijas de Doul, príncipe de los Alanos. Sin pensarlo mucho, Hunor y Maygar tomaron sobre su grupa a las dos princesas y retornaron a su país. Los otros guerreros hicieron otro tanto y al día siguiente se celebraron ciento dos matrimonios.
Los descendientes de Hunor y sus guerreros fueros los Hunos; los de Maygar y de los suyos, fueron los Húngaros.

Contes et légendes de Hongrie et Michel Klimo (professeur au lycée royal de Déva. París, 1898.

El Congreso de Viena —celebrado entre octubre de 1814 y junio de 1815— contó con la representación de todos los estados europeos. Sin embargo, sólo las grandes potencias vencedoras de Napoleón —Rusia, Austria e Inglaterra— tuvieron poder de decisión en la redistribución de los territorios. En la ilustración: acta final del Congreso.

El reino de Hungría permaneció, durante el largo período de dominación turca, al abrigo seguro de las grandes montañas. Sus habitantes, agrupados en aldeas pequeñas, se dedicaron fundamentalmente a la ganadería trashumante y a la explotación irregular de la tierra. En la ilustración superior: montes de Transilvania. En la ilustración inferior: pastores húngaros.

brio exterior de Europa y el equilibrió interior de los Estados se hallan sólidamente ligados entre sí". Comparaba la Revolución Francesa con "una hidra con las fauces abiertas para engullirse el orden social" o con un incendio "que amenaza devorarlo todo", por eso las ideas propagadas por la Revolución Francesa debían combatirse, a fin de evitar su difusión.

Economía y sociedad

Le dio a la monarquía austríaca una estructura muy rígida, donde se ahogarían las modernas doctrinas políticas y sociales mediante el empleo de un poderoso aparato represivo. Para mantener el *statu quo* debía impedirse el contacto con las nuevas ideas. Así se trató de aislar a Austria del resto de Europa.
El gobierno del príncipe Metternich se apoyó en el dominio tradicional que ejercían unos pueblos sobre otros (tal el caso de los magiares respecto a los eslavos del sur). Pero su apoyo fundamental fueron las dos clases que acompañaban a la monarquía absoluta porque tenían sus mismos intereses: la aristocracia feudal y el sector de la alta burguesía financiera.
La nobleza rural, para subsistir, debía mantener el sistema de explotación al que sus colonos estaban sometidos. El mundo de las finanzas había prestado grandes sumas al gobierno, que también era ayudado por la banca europea: es que después de la caída de Napoleón, Austria había recobrado su prestigio en Europa y lo conservaría mientras su imperio milenario pareciera inconmovible. Por eso ambas clases dependían de la solidez de ese estado y aunaron sus esfuerzos para que perdurara.
Otros factores de poder eran el ejército y la burocracia, tan bien montada que se asemejaba a un organismo policíaco, aunque en la práctica resultaba ineficaz por su exceso de control. Constituían una especie de casta esos oficiales civiles y militares, constantemente trasladados de un lugar a otro del Imperio, cuyos padres también habían estado al servicio del emperador, tan respetado por ellos que miraban con desprecio todo lo que no llevara su sello. Eran la mano ejecutora de los designios de la monarquía.

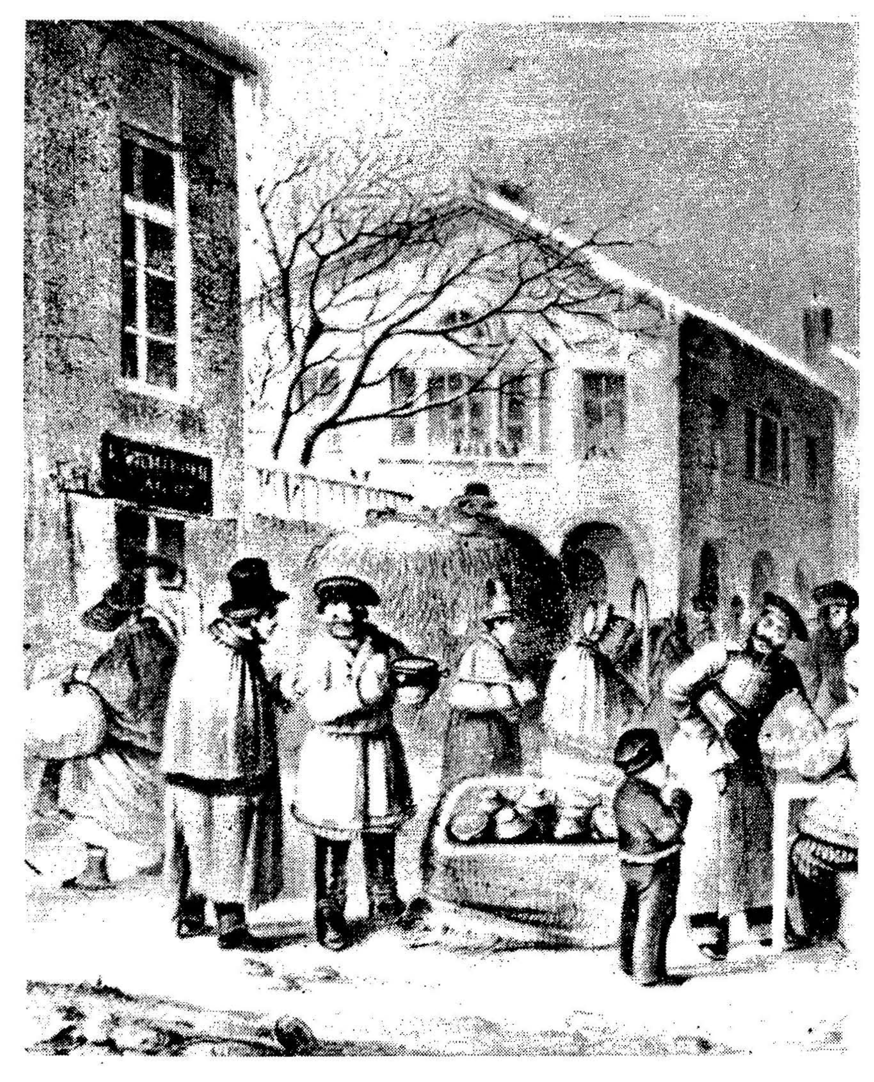
Las restantes clases sociales sólo eran objeto de preocupación en la medida en que sus tributos ingresaban a las arcas fiscales y en el caso que sus eventuales disturbios pudiesen sacudir la calma del Imperio.
La burguesía comercial e industrial crecía lentamente. El río Danubio se prestaba poco a las fáciles comunicaciones capaces de lograr un gran desarollo del comercio y Austria contaba con un solo puerto marítimo: Trieste.
Las industrias estaban muy protegidas por fuertes derechos aduaneros contra la competencia exterior y en el interior por las restricciones a la manufactura. Los gremios y las corporaciones conservaban sus características medievales manteniendo a los oficios y los pequeños comerciantes dentro de una compleja red de privilegios y jerarquías.
Los numerosos campesinos y escasos obreros dependían estrechamente de sus señores o de sus patrones, cuya autoridad garantizaba el gobierno.

La educación estaba en manos del clero católico— otro de los baluartes del régimen—, que no deseaba cambios en el orden establecido y, por lo tanto, inculcaba a sus educandos aquellas pautas orientadas a mantener su vigencia. La Universidad se abstenía de informar a los estudiantes acerca de las corrientes del pensamiento contemporáneo.
La censura más rigurosa se ejercía sobre la prensa, los libros y la enseñanza de los profesores universitarios.

Todo libro o noticia proveniente del exterior era sometido al control más riguroso, con el objeto de impedir la propagación de ideas liberales y de las teorías socialistas. La devoción hacia "el buen emperador" aseguraba

La política seguida en Hungría estuvo dirigida a favorecer las condiciones del régimen agrícola y convertir el reino en el centro cerealero del Imperio. Al fijarse el tamaño de las tierras como base para establecer los impuestos se favoreció la expropiación de tierras por parte de los terratenientes, interesados en impulsar el cultivo de cereales. Las ilustraciones presentan un joven terrateniente según un óleo de 1826, y una escena en el mercado de la aldea.





el funcionamiento del sistema pues uno de los recursos preferidos de Metternich, al que apelaba para mantener la seguridad y el orden dentro del estado austríaco, consistía en demostrar a los humildes súbditos que las clases altas eran sus verdaderos opresores.
Pero la fortaleza no era tan inexpugnable. A través de la frontera, sobre todo la de Bohemia, se filtraban las publicaciones que ponían a Austria en contacto con el resto del mundo. En Viena, los estudiantes, que vivían mezclados con el pueblo, difundían las nuevas doctrinas entre los obreros y la pequeña burguesía.
De este modo la agitación política que hacia 1847 conmovía a Europa pasó a Austria, donde encontraría campo propicio a causa del descontento general. También la nobleza y el clero tenían motivos de disgusto porque las pequeñas concesiones que el gobierno otorgaba, presionado por las circunstancias, fueron hechas a sus expensas. A los deseos de reformas y a las quejas que se oían en el Imperio se sumaron los levantamientos en Italia, la oposición de la Dieta húngara, que hicieron dudar al mundo de las finanzas acerca de la naturaleza supuestamente inamovible y eterna de la monarquía de los Habsburgo. La crónica crisis financiera se agravó en el marco de una economía estancada y limitada por el régimen feudal.

Metternich. Su política exterior e interior

espués de la derrota de Napoleón, todos los estadistas sagaces de Europa comprendieron que era imprescindible evitar nuevas guerras extensas que pudiesen desencadenar las fuerzas capaces de destruir sus respectivos regímenes.
En Viena se celebró un Congreso —de octubre de 1814 a junio de 1815—, al que asistieron re-

La revolución húngara, según Kossuth

Luis Kossuth, el artífice de la independencia húngara, recuerda sus trabajos en pro de la liberación de su patria y la transformación política, social y económica llevada a cabo:

"En mi vida pública ya no he buscado sino el cumplimiento del deber, lo que muchas veces resulta penoso y lleno de amargura. Sea cual fuere el juicio del porvenir respecto de mi actuación dentro de mi patria, ello no me preocupa. La conciencia, juez supremo de nuestros actos, me dice que supe cumplir con mi deber, y eso me basta. Hace medio siglo, en el instante de franquear el umbral de la vida pública, en Hungría, ese país aún hoy desconocido para muchos franceses, yo podía contemplar una nación plena de vida, orgullosa de un pasado que carecía de grandeza, despertando de ese letargo en que la había sumido la lucha secular con esa potencia que no sabía respetar los tratados sobre los que reposaban sus derechos sobre Hungría y que no había cesado, después de tres siglos, de tratar de aniquilar la independencia de ese país. Yo veía una nación que comenzaba a afianzar su individualidad, que reclamaba un lugar dentro del universo, al que tenía legítimo derecho por el espíritu de su pueblo, por la extensión de su territorio, por la cantidad de su población, por su historia y por los lazos que unían su existencia nacional a los grandes intereses europeos. Yo veía una organización política y una estructura social con los caracteres del feudalismo, que hacía que la condición de millones de seres consistiese en la carencia de derechos y en soportar en cambio innumerables deberes; condición que se hacía aún más intolerable por la yuxtaposición de clases sociales que gozaban desde antaño de grandes privilegios. Pensé entonces estimular el espíritu nacional; luché y sufrí para procurar a mis conciudadanos esa libertad de palabra y de prensa, que son los principales instrumentos del progreso de los pueblos que renacen; desarrollé y estimulé el espritu democrático —la verdadera democracia—, que está bien lejos de la licencia, ya que exige el respeto de los derechos propios y ajenos; me ocupé de liberar a mi país de la tiranía económica con la que el gobierno de Viena la abrumaba impidiendo el progreso, el desarrollo de la industria y el comercio, ahogando todos los gérmenes de la prosperidad pública; testigo manifiesto del estado anormal, insólito, de Hungría, ¡donde el gobierno era el principal enemigo del bienestar general! Como la riqueza es un factor de poder, se veía favorecida por los que gobernaban entonces a Hungría, que mantenían en su provecho la situación de pobreza, ignorancia y atraso del país, que hacían que se olvidara de sí misma y fuera olvidada de los demás. Hoy, después de tantos años, cuando observo el camino recorrido, cuando pienso en los millones de hombres libres, transformados de terrazgueros en propietarios libres, en los restos del feudalismo desarraigados sin que un solo exceso, un solo crimen, una sola escena dolorosa o condenable, hayan producido esta gran transformación, que aun la dominación extranjera no haya osado debilitar; cuando pienso en ese progreso cumplido sin lágrimas, cumplido con el libre consentimiento de las clases privilegiadas de entonces y de las que los intereses legítimos, no menos respetables que los derechos naturales del pueblo, fueron ampliamente salvaguardados; cuando pienso en la sublime enseñanza de fraternidad que surge de ese hecho sin precedentes, que todos los artífices de esa nueva era, todos los precursores de la democracia y de la igualdad política, salían de los rangos de esa nobleza que había renunciado a sus privilegios para sentar las bases de una existencia nacional y para cimentar las bases de una conciencia nacional y para cimentar la unión de las diferentes capas sociales; una noche del 4 de agosto húngaro, que no fue la consecuencia de una exaltación pasajera, que no fue precedida por jornadas de julio o jornadas de octubre; cuando pienso en todo ello, no puedo disimular la satisfacción que experimento de haber contribuido al bienestar de tantos millones de los que fueron mis conciudadanos y de haber procurado despertar en ellos la conciencia de cuáles eran sus derechos y sus deberes."

L. Kossuth, *Souvenirs et écrits de mon exil.* Prólogo de la edición francesa. París, 1880.

La ola de movimientos que azotó a Europa en 1848 —representada en el dibujo superior— llegó tambien a Hungría. Los húngaros organizaron revueltas contra la dominación austríaca y los eslavos sometidos a los magiares se levantaron en armas. En el dibujo de abajo, Luis Kossuth, abogado y periodista, líder de la revolución húngara.

dos europeos, pero fueron las grandes potencias: —Rusia, Austria e Inglaterra— las que decidieron; los demás acataron sus decisiones. El mapa de Europa se rehizo, aunque no se explotó la victoria sobre los franceses por temor a un retorno del jacobinismo. El equilibrio entre los grandes fue lo que prevaleció en los acuerdos.

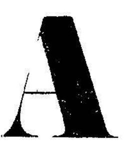
El alma del Congreso fue Metternich y su fruto la Santa Alianza (1815-1826). Un pacto de inspiración mística concebido por el Zar de Rusia Alejandro I, para mantener la paz en Europa y, en la práctica impedir la revolución de los pueblos.

Metternich convirtió a la Santa Alianza en un instrumento de lucha contra la Revolución, es decir, contra los movimientos sociales, nacionales y liberales.

Cualquiera que hablara de libertad, de igualdad, de constitución, era a sus ojos un revolucionario, por lo tanto, un hombre peligroso. Los soberanos no sólo debían entenderse para conservar la paz entre sus estados, sino también socorrerse en caso que su autoridad se viera perturbada por la acción de los revolucionarios. Este derecho a la intervención se llamó sistema Metternich. La estabilidad y el orden debían mantenerse a toda costa. Eran la obsesión de los gobernantes ante el temor de una nueva Revolución Francesa que se extendiera al resto de Europa. Y, sin embargo, nunca antes el espíritu revolucionario se había difundido tanto y en todas partes como entonces. Entre 1815 y 1820, años de hambre y depresión, de crisis e inseguridad en Europa, las clases populares descontentas se rebelaron y produjeron revoluciones y levantamientos en Alemania, en Italia y en España. A cada movimiento respondió un Congreso, y todos se enfrentaron con la decisión de Metternich y la intervención de la Santa Alianza, que pretendió incluso llegar hasta América Latina con su acción represiva. Pero el retorno a la estabilidad económica en 1820 sirvió para desbaratar el sistema de congresos, entre las grandes potencias interesadas en mantener el orden corroído por las divergencias que las separaban. El último fue el de Verona (1822).

Sólo Austria se mantuvo fiel al principio intervencionista hasta el final. Y esa eterna preocupación de Metternich por la política exterior y el equilibrio que a toda costa deseaba mantener en Europa no le dejaron ver los problemas que bullían dentro de las fronteras del Imperio austríaco. No comprendió que los cambios fundamentales operados en la sociedad hacían imposible un retorno al pasado.

La oposición



fuerza de confiar en su policía secreta y en la censura, el gobierno austríaco no escuchaba el clamor de sus súbditos. Por más que se esforzó en aislar a Austria del resto del mundo, las nuevas ideas se abrieron paso y repercutieron en las élites ilustradas de las distintas regiones que constituían el Imperio. El centralismo de la monarquía no se adaptó al particularismo de los diversos pueblos, y ese fue el gran error de los Habsburgos y de su ministro, error en el que persistieron luego de las revoluciones de 1848, que, sin embargo, deberían haberlos alertado. En lugar de tratar de conciliar las diferencias nacionales en un desarrollo armónico que respetara sus intereses usaron una política paternalista y anacrónica encaminada a acentuar las disparidades y a profundizar los resentimientos, que llevaría a la disgregación final de los estados de la monarquía después de la Primera Guerra Mundial.

Ya el viejo emperador Francisco I había explicado al embajador de Francia su peculiar manera de gobernar a nacionalidades tan distintas: "Pongo húngaros en Italia e italianos en Hungría. Cada uno vigila a su vecino. No se entienden, se detestan. De sus antipatías nace el orden y de sus odios recíprocos la paz general".

EUROPE





De 1815 a 1848 el gobierno mantuvo invariable su absolutismo centralista. El emperador ejercía, en principio, un poder ilimitado. De hecho, esto se dio durante el reinado de Francisco I, que sólo dejó a Metternich el manejo de la esfera diplomática. El conjunto de las naciones del Imperio no participaba en la labor legislativa. Hungría era la única que había logrado conservar el privilegio de darse sus propias leyes a través de la Dieta integrada por la nobleza. Los organismos colegiados de los demás reinos eran apenas consultivos.

Desde 1826 Metternich vio su autoridad disminuída por la Conferencia de Estado (encargada de tratar y tomar las resoluciones de gobierno más importantes) donde a menudo hallaba la oposición del ministro del Interior, Kolowrat. Sin embargo, el régimen absolutista, que negaba a los súbditos todo tipo de participación en la vida pública, firmemente sostenido por el aparato policial, se conservaría intacto hasta 1848.

Solo recurriendo a la represión y a la censura podía sobrevivir un gobierno que se mostraba ineficaz en todos los dominios de su actividad. La confusión y el desorden reinaban en la administración y la hacienda. En el plano económico ni siquiera se logró unificar el sistema aduanero. En la década de 1840 comenzó a consolidarse la oposición, encabezado por la burguesía comercial e industrial. Pronto se unirían los intelectuales, la pequeña burguesía en general y la tumultosa estudiantina de Viena. El proletariado, incipiente, sin organización ni política propia, marcharía a la zaga de las sectores burgueses.

El reino de Hungría

El antiguo reino húngaro comprendía el núcleo magiar de las llanuras del bajo Danubio, en torno a Budapest, el ex reino yu-

El peligro del paneslavismo

Karel Havlitchek (1821-1856), el eminente periodista checo, escribió en 1846, al regresar de un viaje que realizó por Rusia y Polonia, un artículo, "Checos y eslavos", en el que señaló los peligros que el paneslavismo implicaba para los checos:

"Simultáneamente con el despertar del espíritu nacional y el surgimiento de algunas actividades superiores en nuestra patria (austríaco-checa), llegó la idea eslava o, mejor dicho, esa idea se hizo sentir nuevamente, pero esta vez con mayor intensidad y más grandes esperanzas que nunca. Como sucede a menudo, la idea eslava, como toda idea grande y nueva, llegó a estar de moda entre nosotros. Hace algunos años casi todo el mundo se llamaba eslavo, como si se avergonzara de ser algo tan pequeño como checo, moravio, silesio o eslovaco. Todo el mundo llamaba a los rusos, los polacos, los ilirios y otros eslavos sus hermanos y se interesaba por su bienestar, a lo menos tanto como por el desarrollo de su propia nación; y los más prácticos sentían en lo más íntimo la firme convicción de que con el tiempo los ochenta millones de eslavos (y todos los otros millones que en el transcurso se añadirían) tendrían en común una lengua literaria, las mismas simpatías y multitud de otras cosas que no podemos analizar ahora. En resumen, que todos ellos se convertirían en una única nación en el sentido en que Francia y otras son naciones únicas...
El propósito de este artículo es corregir esos errores en la medida de lo posible y eliminarlos de las mentes de mis compatriotas, evitar los aspectos dañinos de la idea eslava y, por consiguiente, fortalecer sus aspectos positivos [...] Si alguien objetara que las diferencias entre las naciones eslavas no son tan grandes como entre las naciones latinas y las teutónicas, sencillamente deberíamos estar en desacuerdo. Aun cuando entre las lenguas eslavas hay diferencias más pequeñas que entre las lenguas teutónicas y latinas, (a pesar de que el holandés se acerca más al alemán que el ruso al checo y entre el francés y el italiano no hay más diferencias que entre el ruso y el checo), no debemos olvidar que la nacionalidad está determinada no solo por la lengua, sino también por las costumbres, la religión, la forma de gobierno, el estado de la educación, las simpatías, etc., y que las diferencias entre las diversas naciones se basan sobre esos rasgos. Si tomamos todo ello en debida consideración, no podremos decir que los rusos, los ilirios y los polacos muestran mayor afinidad entre sí que dos cualesquiera naciones teutónicas o latinas...
No podemos esperar unidad ni siquiera entre naciones eslavas más estrechamente relacionadas. Por el contrario, cuando más juntas vivan más desunión podemos esperar. Tomemos el mundo tal cual es y esperemos amistad y unión entre los pueblos y las naciones solo cuando éstas sean ventajosas para ambas partes..."

Citado por Hans Kohn, en *El nacionalismo. Su significado y su historia.* Buenos Aires, Paidós, 1966.

Falta de unidad del Imperio Austríaco

Austria es un nombre puramente imaginario, que no designa a un pueblo determinado, a un país, a una nación; es una denominación convencional para un conjunto de nacionalidades claramente distintas. Hay italianos, alemanes, eslavos, húngaros, que juntos constituyen el Imperio austríaco, pero una Austria, un austríaco, una nacionalidad austríaca, no los hay.

Folleto de Adrián (noble tirolés liberal) publicado en 1843.

Una caricatura de la época satiriza los sucesos de 1848. En vísperas de los acontecimientos de ese año, Metternich señalaba que "el momento actual lleva la marca de las crisis que se presentan en las épocas de transición."

"Luché y sufrí para procurar a mis conciudadanos la libertad de palabra y de prensa, que son los principales instrumentos de los pueblos que renacen."
Luis Kossuth, 1880.

goslavo de Croacia, el principado rumano de Transilvania y la región de Eslovaquia.

Desde la segunda mitad del siglo XVIII la población mostraba una marcada tendencia al crecimiento, resultado en parte del crecimiento vegetativo, pero, sobre todo, a causa de las colonizaciones y migraciones espontáneas que se realizaban desde mediados de siglo, una vez que se puso fin a la dominación turca (1699). La reconstrucción del país, que se inició por entonces, fue un proceso largo y complejo. En cuanto a su condición social, los "nuevos ocupantes" eran antiguos señores y siervos que alentaban expectativas opuestas frente a las tierras a repoblar: recuperar sus antiguos dominios y aun extenderlos, o establecerse con franquicias en los fundos comunales. Ambos grupos chocarían en sus pretensiones con la población que se había quedado en suelo húngaro durante el dominio turco desarrollando, más o menos libremente, particulares sistemas de explotación de las tierras.

Las altas montañas, la gran llanura y las zonas ubicadas al oeste de la Transilvania acusaban en general un gran despoblamiento, con marcadas diferencias en el modo de instalación de los pobladores, condiciones éstas que las avanzadas migratorias atenuaron sin hacerlas desaparecer del todo.

Los hombres y la tierra: la ocupación del suelo

Durante la dominación turca los habitantes habían permanecido al abrigo seguro de altas montañas y en los bosques y colinas de la región Transdanubiana. Agrupados en aldeas pequeñas y muy pobres, se dedicaron fundamentalmente a la ganadería trashumante y a la explotación irregular y primitiva de la tierra. La inseguridad que ofrecía la gran llanura fue la causa principal de su desplobla-miento y de que la escasa población se concentrara en caseríos dispersos sobre la vasta superficie.

El régimen de la propiedad campesina se caracterizó allí por la explotación comunal de la tierra del *finage* (campos que rodean a la aldea) y de las pasturas alejadas del poblado. En un principio se dedicaban a la cría de ganado, pero al aumentar los habitantes, la comunidad aldeana dispuso acerca de las tierras que destinarían al cultivo de cereales, vid o plantas hortenses, y el reparto de los mansos (parcelas que cultivaba el campesino) se hizo sobre la base del ganado que poseía cada uno. Los más ricos pudieron, incluso, cercar parte de las "pasturas comunales". A medida que avanzaba la reconstrucción del país, los nuevos pobladores fueron tendiendo naturalmente a establecerse en aquellas zonas donde la vida había continuado. Pero como las aldeas sobrevivientes en la llanura pusieron trabas a los recién venidos, ya que estos obligaban a los viejos pobladores a reorganizar la economía comunal, y como los grandes propietarios deseaban formar y ampliar sus reservas con las ricas tierras despobladas, la población se vio forzada a desplazarse a la región trasalpina, donde formó aglomeraciones casi cuatro veces más densas que en la gran llanura.

Condición social de los campesinos

La gente que no se fue de los territorios invadidos por los turcos gracias a las condiciones mismas de la dominación pudo organizarse más o menos libremente. Es decir, el escaso número de hombres, la abundancia de tierras y el hecho de que el nuevo amo no residiera en sus dominios fueron factores que condicionaron la existencia de las pequeñas aldeas cerradas, dedicadas a la cría de ganado.

Esta población campesina era de condición servil. A raíz de la invasión, sus amos se habían refugiado en el norte y sólo ejercieron presión económica sobre los que habían quedado directamente sujetos a su autoridad. De este modo, aquellos siervos que lograron huir o los que habían permanecido en las zonas sujetas al turco pudieron organizar su vida lejos de la gravosa tutela señorial.

Ahora bien, al iniciarse la repoblación todo cambió. Los antiguos señores regresaban no sólo a restablecer los límites de sus viejas propiedades, sino también a reanudar los lazos que convertían al hombre "en hombre de otro hombre". Fue este un proceso muy lento y complicado, pero, a su fin, la autoridad señorial quedó fuertemente restablecida.

Los señores reorganizaron sus propiedades incorporando a sus dominios las aldeas existentes. Mediante la exigencia de tributos y trabajos forzados fueron sujetando al paisanaje a las decisiones arbitrarias de su autoridad. Las grandes extensiones de tierra sin poblar que abundaban en las llanuras también pasaron a engrosar las reservas señoriales. Hacia allí fueron derivados los recién llegados porque las aldeas se resistieron a incorporarse, pasando así a formar la masa de jornaleros agrícolas que trabajaban en las reservas.

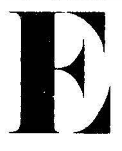
No había un mundo rural uniforme en el reino húngaro. El paisanaje constituía en general una población empobrecida, sometida a prestaciones de servicio personal y al cumplimiento de pagos en especie.

En el reino húngaro, y a fines del siglo XVIII, aparecía configurado un típico modo de producción feudal, por entonces muy debilitado en el occidente de Europa. Se volvía a dar allí la situación tantas veces repetida en el mundo campesino: de un lado, ricos terratenientes; del otro, hombres que trabajaban de día para su señor y dedicaban la noche a cultivar sus propias tierras. Existían dos tipos de tierras: el alodio (que pertenecía al hombre libre) y la que estaba gravada por un censo, que el noble adjudicaba al campesino. El alodio era la reserva señorial, explotada directamente por jornaleros o con la mano de obra suministrada por la *corvée* (servicio personal) y totalmente libre de impuestos.

Ahora bien, en el segundo grupo se presentaban diversas situaciones: 1) Las tierras del *finage*, que, a fin de eludir el impuesto estatal sobre los mansos (establecido por José II), los campesinos entregaron a la nobleza para luego recibirlas de sus manos pagando un débil alquiler. 2) Las dedicadas al cultivo de la vid, que pagaban un tributo moderado. La nobleza las incorporó a las reservas y luego las confió al trabajo de los campesinos. 3) Tierras nuevas incorporadas al cultivo desde principios del siglo XVIII, mediante el trabajo excepcional de los campesinos en procesos de desmonte, roturación y desecamiento. En recompensa, quedaron exentos de *corvée*, de diezmo y de impuesto fiscal y sólo mediante una justa indemnización podían ser sacados de ellas. Sin embargo, desde 1820, los señores trataban de obtener un alquiler por la ocupación de esas tierras. 4) Por último, en las "pasturas comunes" la situación no era muy diferente. El campesino podía usarlas mediante el pago de tributos, conservando el señor el derecho a usar los mejores pastos.

Esta variedad de tenencias mostraba justamente la diferenciación del paisanaje. En definitiva, tanto el campesino poseedor de un manso como el *zeller* y el jornalero agrícola pertenecían a la categoría de hombre-productor: el siervo. Sobre él pesaban severas exigencias económicas impuestas, a pesar de su voluntad, por la fuerza del señor y del coercitivo aparato jurídico estatal, que tomaban la forma de prestaciones de servicios u obligaciones a pagar en dinero o en especie.

Hungría: centro cerealero del Imperio


l complejo pre-capitalista húngaro estaba inserto en una unidad mayor que era el Imperio Austríaco.

La política centralista y cuasicolonialista del Despotismo Ilustrado vienés se había inclinado a manejar mediante presiones todos sus estados en función de los intereses de Austria.

A principios del siglo XIX la incipiente industria austríaca requería facilidades que le permitieran obtener materias primas y productos alimenticios a bajo costo y un mercado inferior unificado donde volcar los productos elaborados. Al mismo tiempo se empeñaba en eliminar todo atisbo de competencia surgido en otra región del Imperio, como sucediera en Bohemia, donde su tradicional producción de bonetería y artículos de seda fue ahogada en provecho de Viena.

La política seguida en Hungría estuvo dirigida a favorecer y acentuar las condiciones de producción existentes a fin de convertir al reino húngaro en el centro cerealero del Imperio. Al fijarse el tamaño de los mansos como base para poder establecer el impuesto estatal se favoreció la expropiación de tierras por parte de los terratenientes interesados en impulsar el cultivo extensivo de cereales y algodón, dos productos que la metrópoli imperial necesitaba adquirir a bajos precios. Pero Viena también trató por todos los medios de impedir que la nobleza comercializara en su exclusivo beneficio y fuera de las fronteras del Imperio el trigo, la lana y los bovinos (principales rubros de la explotación húngara). Para la nobleza magiar esto significaba que las posibilidades de libre intercambio de sus excedentes agrícolas estaban condicionadas por las presiones que ejercía el estado del mercado cerealero austríaco. Si en Austria las cosechas habían sido

buenas, los terratenientes húngaros podían colocar libremente sus excedentes en el extranjero; por el contrario, en los años de recolección deficitaria estaba prohibido vender granos fuera de los límites imperiales.
En el marco de la economía preindustrial del reino húngaro la alta nobleza acumulaba la riqueza producida mediante la explotación de una población empobrecida y servil, convirtiéndose en la principal beneficiaria de la comercialización de los excedentes agrícolas generados por las condiciones feudales de producción. Sin embargo, una vez que esta situación quedó cristalizada, esas mismas relaciones de producción feudales frenarían ulteriores procesos de cambio. Así, cuando a raíz de las guerras napoleónicas se produjo el alza de los precios del trigo en el mercado mundial, presionando en favor de un aumento de la producción húngara, todos los intentos dirigidos a intensificar la productividad agrícola chocarían precisamente con la estructura agraria servil.

Las tendencias del cambio

Hacia fines del siglo XVIII y principios del siguiente Hungría comenzó a recibir el impacto de los cambios revolucionarios que habían modificado la agricultura occidental.
Se multiplicaron las publicaciones que difundían los conocimientos necesarios para dar a la agricultura una base científica.
La nueva agricultura exigía transformaciones muy profundas que no sólo afectaban al régimen de explotación de las tierras sino también a la condición social de los hombres que trabajaban en ellas.
Si la aplicación de los nuevos métodos y técnicas de cultivo para lograr un rendimiento intensivo de los suelos —uso extensivo de tierras, supresión del barbecho, abono intenso y roturación de los suelos, diversificación de los cultivos, introducción de las especies forrajeras, aplicación de nuevas herramientas— no era acompañada al mismo tiempo por un aumento de la capacidad productiva de los campesinos, tales cambios no serían posibles.

Y Hungría presentó justamente esas dificultades. Los campesinos, limitados a la extensión de sus mansos serviles, agobiados con toda clase de cargas y tributos señoriales, bien poco podían hacer para mejorar la agricultura.

No menores —aunque diferentes— eran los obstáculos con que tropezaban los señores: lenta acumulación de capitales, que a veces se traducía en su carencia total; insuficiente desarrollo del crédito; vigencia de los derechos de la sangre, que, unidos a la ausencia de catastro, inmovilizaban el comercio de las tierras. Además entraba otro factor ligado al prestigio, aunque no menos importante: la riqueza de un señor se medía por el número de sus siervos que, junto a la dimensión de sus dominios, garantizaba su privilegiada condición nobiliar.

De ahí que los señores húngaros mantuvieran el trabajo servil a pesar de sus escasos rendimientos para extraer el excedente destinado a la comercialización; y si en algún momento, a consecuencia de la presión ejercida por el aumento de la demanda de cereales, como en 1820, realizaron esfuerzos para obtener una mayor productividad agrícola, no es menos cierto también que los años de depresión, como en 1830, no los golpearán tan fuertemente, amparados como estaban en el trabajo gratuito de sus hombres. Por lo tanto, se planteó un agudo conflicto. Por un lado, fuerzas progresistas que tendían hacia el desarrollo de relaciones capitalistas de producción, mientras las relaciones sociales típicamente feudales, al sostener el orden establecido, aseguraban la permanencia de la estructura preindustrial.



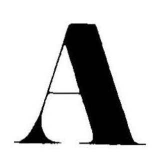


Kossuth, jefe indiscutido del movimiento magiar, se dirige a su pueblo anunciando la aprobación de una constitución para Hungría, convertida así en un estado parlamentario y democrático.

La cuestión de las nacionalidades

Una gran incomprensión separaba a las diversas naciones que componían la monarquía austríaca; el egoísmo guiaba a las más poderosas e impedía que se fortaleciese la unidad del Estado. La nación alemana, que era la dominante, sólo pensaba en aumentar su poder. Los magiares deseaban hacer de Hungría un estado unificado en el que fueran asimilados los pueblos eslavos que le estaban sometidos. La gran mayoría eslava quería unirse, soñaba con un estado ilirio o con un imperio austroeslavo que —según la idea de Palacky— reuniera a naciones con iguales derechos. Comprendían la necesidad de tener un estado fuerte que las respaldara y algunos habían llegado a pensar en la concentración de los eslavos bajo el Imperio Ruso.

El nacionalismo magiar



A mediados del siglo XIX dentro del Imperio Austríaco existía una sola nación que había logrado conservar sus antiguas instituciones, pese al centralismo de Viena. Además constituía una sola unidad geográfica e histórica: el reino húngaro, que estaba dividido en 55 comitatos o condados y tenía administración autónoma con una Dieta que funcionaba en Presburgo, ciudad magiar situada cerca de Viena. La masa campesina se encontraba en estado de servidumbre. Una pequeña burguesía de artesanos y pequeños comerciantes residía en las principales ciudades del reino. La nobleza menor era muy numerosa. Tanto en Hungría como en Polonia el 10 % de la población total era noble. Dentro de esta clase social figuraban los hijos segundones de los magnates. Cuando no los destinaban al ejército o al clero recibían tierras de poca extensión. A causa de la falta de capital para hacer producir su pequeña heredad, esta baja nobleza se hallaba bastante empobrecida. A tal punto que algunos de sus miembros estaban económicamente al mismo nivel del campesinado, aunque por su condición social fuesen libres y su propiedad estuviera exenta de todo impuesto. Acosada por la inseguridad, la nobleza menor trataba de que sus hijos estudiaran. Así, convertidos en hombres de leyes, en burócratas dependientes del estado húngaro o de Viena, o en administradores de fincas de la alta nobleza, no necesitarían depender de las escasas tierras.

De ella saldría ese sector intelectual que, condicionado por las mínimas posibilidades de ascenso que le ofrecía la rígida estructura de la sociedad e influido por las nuevas doctrinas económicas, políticas y sociales, comenzó a proclamar la urgente necesidad de un cambio profundo para Hungría.

Desde 1815 comenzaron algunos jóvenes intelectuales y estudiantes a interesarse por la lengua y la literatura nacionales. La alta nobleza, que hablaba el alemán, no se sentía atraída por las antiguas tradiciones del pueblo magiar. Sin embargo, entre ellos había un sector progresista encabezado por el conde Széchenyi, gran admirador de la aristocracia inglesa, que —según él— se preocupaba por la política y la economía de su propio país. Quería despertar en los grandes señores una conciencia nacional y atraerlos hacia lo que consideraba beneficioso para Hungría. Deseaba reformas sociales que mejorasen la situación del campesino y suprimieran las inmunidades fiscales de la nobleza. Lo preconizó en varias obras que le valieron el nombre de "Gran Magiar", por el ascendiente que durante más de una década ejerció sobre la opinión de su país. Con el afán de hacer del húngaro una lengua literaria, fundó la Academia de Budapest, costeada con su peculio y con la ayuda de otros magnates entusiasmados por su proyecto. El conde Eötvös ayudó a Széchenyi en su programa de renovación y hasta escribió una novela, *El notario del pueblo*, que tuvo gran difusión y en la que condenaba el régimen feudal.

En la Dieta convocada por el emperador Francisco I en 1825 los seguidores de Széchenyi, entre los que se contaban miembros de la pequeña nobleza y clase media intelectual, protestaron contra el absolutismo vienés. Además propusieron reformas jurídicas y sociales y la utilización del húngaro, en lugar del latín, en los debates de las Cámaras.

Puede decirse que esta época constituye el punto de partida de la moderna nación húngara.

Por su parte, la baja nobleza turbulenta había sido siempre contraria al absolutismo, al gobierno de los grandes señores y de los alemanes: no era extraño entonces que sus deseos de mejorar, sus aspiraciones a un cambio favorable a su clase, la llevaran a enrolarse en el nacionalismo.

La difusión de la enseñanza superior aumentaba los cuadros intelectuales, y ellos serían el baluarte de ese renacimiento nacionalista que conmovía al pueblo magiar.

Es en este momento cuando comienzan a aparecer obras escritas en lengua húngara exaltando el sentimiento nacional e impregnadas del romanticismo de la época y poetas épicos como Vörösmaty; los hermanos Kisfaludy, con sus comedias y canciones; novelistas como Josika y Kemeny; Pëtoefi, que hablaba de la patria húngara y pedía la abolición de la servidumbre.

Széchenyi deseaba mejorar la economía del país formando sociedades a la manera inglesa. En materia política era un moderado. Deseaba que la nobleza, de acuerdo con el gobierno, se ocupara de la tarea reformadora. Así se lo expuso a Metternich, pero éste rechazó sus propuestas.

Cuando la Corona decidió enviar

sus funcionarios a los *comitati* (unidad administrativa del Reino) para reforzar su centralismo, tropezó con la oposición de la Dieta dirigida por el diputado Luis Kossuth (1802-1894), miembro de la baja nobleza, abogado y notable periodista (había sido condenado a tres años de prisión —de 1837 a 1840— por los artículos publicados en su periódico *La Gaceta de la Dieta*). En su programa de reformas se acercaba a Széchenyi, pero por sus métodos era un radical.
Debido a su posición legalista el "Gran Magiar" fue perdiendo partidarios, que se volcaron a la política de Kossuth; como el liberal Francisco Déak, que sería más adelante uno de los jefes políticos de su nación. Eran intransigentes y estaban dispuestos a bregar para que se reconociera la igualdad de derechos, aunque todavía no aceptaban las reformas sociales al estilo de la que propugnaban los liberales que rodeaban a Eötvös.
Moderados y radicales marchaban al unísono con respecto a la sustitución del latín por el húngaro; el cambio, aprobado en principio por la Dieta de 1825, no tendría fuerza de ley hasta 1843. Las medidas propuestas por el sector progresista implicaban un cambio en el modo de producción. Consistían en introducir reformas agrarias, liberar la mano de obra servil, poder comercializar la tierra y desarrollar el crédito.
En lo político exigían un gobierno independiente del Imperio. En 1847 la Dieta de Presburgo había pedido el establecimiento de un gobierno nacional y parlamentario, pero los nobles no estuvieron de acuerdo porque no deseaban reformas que redujeran el mercado que ellos abastecían, lo que lógicamente habría de producirse si se separaban de Viena.
Los dos sectores también chocarían en el campo ideológico: los progresistas se vestirían con el ropaje del nacionalismo mientras los conservadores seguían apoyando el centralismo austríaco. El conflicto a nivel ideológico reflejaba los antagonismos de la estructura.

El nacionalismo magiar no impedía a los húngaros combatir la idea de nacionalidad entre los pueblos eslavos sobre los que ejercía un poder subimperial. El despertar del eslavismo indignaba a los húngaros porque se producía precisamente cuando ellos estaban empeñados en la magiarización de esas naciones.

El despertar de los pueblos eslavos

Dentro del Imperio de los Habsburgo los eslavos estaban sometidos directamente a Austria —los checos de Bohemia, los polacos y rutenos de Galitzia y los eslovenos— o al reino de Hungría, como los eslovacos, los croatas y los servios.
A través de los siglos fueron perdiendo todo sentimiento de unidad, cualquier lazo entre ellos que les permitiera remontarse a un origen común. Mantenían algunas tradiciones que se habían refugiado en las clases rurales. Sólo los campesinos hablaban los distintos dialectos, a veces incomprensibles entre sí, pero con un indudable parentesco. Algunos no pasaban de simples jergas. Entre ellos se buscó a los que pudieran elevarse a la dignidad de lengua escrita. La lengua checa también resurgió en este despertar eslavo que permitiría la afirmación de estos pueblos contra la germanización y la magiarización, que amenazaban borrar sus particularismos nacionales.

Filólogos, historiadores y literatos se habían consagrado a una extensa labor de exhumación y reconstrucción de la lengua y las tradiciones vernáculas, sobre todo en Praga. La obra erudita abrió el camino al florecimiento intelectual, que debía llevar al reconocimiento político. Tanto entre los eslavos como entre los magiares sería el sector intelectual —proveniente de la baja nobleza y en muchos casos del clero, católico, ortodoxo o protestante, o aún de los secto-

"Austria es un nombre puramente imaginario, que no designa a un pueblo determinado. Es una denominación convencional para un conjunto de nacionalidades claramente distintas. Hay alemanes, italianos, eslavos, húngaros, que juntos constituyen el Imperio austríaco, pero una Austria, un austríaco, una nacionalidad austríaca no los hay." Adrián, noble tirolés, 1843.

Proclama del Congreso Paneslavo

Reunido en Praga (Bohemia) el 9 de junio de 1848. El 1º de mayo se publicó la proclama, redactada por un comité de estudios, en el periódico checo de Havlitchek:

"Hermanos eslavos, ¿quién de entre nosotros no mira con desesperación el tiempo pasado? ¿Quién ignora, entre nosotros, que todos nuestros dolores los hemos experimentado porque vivíamos desunidos, el hermano separado del hermano? Después de habernos olvidado unos de otros durante tantos siglos, por fin nos damos cuenta de que todos juntos no formábamos más que uno. He aquí ahora una época fecunda que libera a los pueblos y los alivia de la carga bajo la cual inclinaban sus espaldas. También nosotros podemos decir lo que durante tanto tiempo hemos sentido, resolver y practicar lo que nos conviene. Los pueblos de Europa se entienden y se ponen de acuerdo. Los alemanes se reúnen en el Parlamento de Francfort, que debe tomar a Austria todo cuanto es necesario de su soberanía para constituir la unidad germánica. El imperio austríaco va a incorporarse, pues al imperio alemán y arrastrará consigo todas las provincias no alemanas, con excepción de Hungría. La independencia y la nacionalidad de los pueblos eslavos ligados a Austria no han corrido jamás un peligro mayor... Creemos, pues, interpretar los deseos que nos son transmitidos de tantas comarcas diferentes y, sin embargo, hermanas dirigiendo este llamamiento a todos los eslavos de la monarquía austríaca; los hombres que gozan de la confianza de los pueblos y que se preocupan del porvenir de su raza quedan invitados a acudir el 31 de mayo próximo a la antigua y célebre capital de los eslavos, a la ciudad de Praga; tendrán que discutir las medidas que necesita el bien común de la nación y la urgencia de los tiempos. Si los eslavos extraños al Imperio quieren unirse a nosotros serán cordialmente acogidos como huéspedes".

Citado por Alexandre Thomas en "La fraguerie de 1848", en *Revue des Deux Mondes*, 1º de setiembre de 1848.

Mesianismo eslavo

En el prólogo de una colección de poesías, cuya edición, aparecida en 1826, tomó el nombre de "La hija de Slava", Kollar, poeta eslovaco, muestra su mesianismo eslavo:

"¿Qué seremos nosotros, eslavos, dentro de cien años? ¿Qué será de toda Europa? La vida eslava, como un diluvio, extenderá por todas partes su imperio. Esa lengua, que las falsas ideas de los alemanes tienen por un idioma de esclavos, resonará bajo las bóvedas de los palacios y en los mismos labios de sus adversarios. Las ciencias fluirán por el canal eslavo; la indumentaria, las costumbres, los cantos de nuestro pueblo estarán de moda a orillas del Sena y del Elba".

Citado por *Russes et Slaves*, 1890, T. I.

El nacionalismo húngaro

Internado por los turcos en el confín del Asia Menor, luego que la Puerta negara su extradición, Kossuth medita, rodeado de otros exiliados:

"Allá, en la lejana soledad, nosotros meditábamos en el pasado, el presente y el futuro de nuestra patria y analizábamos los orígenes, las características, el curso de nuestra guerra de independencia nacional y también las principales causas de nuestra derrota. A medida que yo estudiaba la situación evaluaba los elementos históricos y psicológicos de la fuerza vital de mi patria, se iba fortaleciendo la convicción de que esa fe, esa esperanza, que a orillas del Danubio había reanimado mi corazón en los primeros momentos de dolor, debían aún afirmarse por la reflexión.

Mi nación no podía sucumbir por obra de sus sufrimientos. La causa húngara reposa sobre una base histórica, jurídica; sobre un fundamento geográfico, etnográfico, político y aritmético. Está relacionada con los intereses de la libertad y el equilibrio europeos. Parecidas cuestiones se imponen a la lógica de la historia; la violencia puede ahogarlas o relegarlas en el olvido; pero nadie las puede borrar del libro en que la historia las ha inscripto. La causa húngara reclamará un lugar en la lista de los problemas aún no resueltos y lo hará hasta el momento en que sea regulada conforme al derecho y a la justicia, salvo que la misma nación la abandone."

L. Kossuth, *Souvenirs et écrits de mon exil*. Prólogo de la edición francesa. París, 1880.
Traducción de M. E. B. de R.

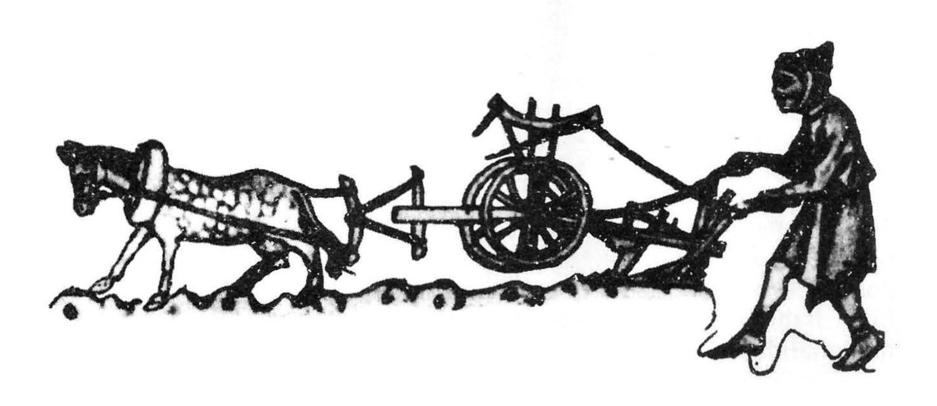
res burgueses (tal el caso de hijos de maestros o de pastores luteranos)—, que tenía posibilidades de frecuentar las universidades y los seminarios, el que se puso en contacto con las ideas de los hombres que impulsaban el movimiento paneslavista y se consagró a enaltecer los valores de la propia nación frente a las demás.

Las naciones que estaban bajo el dominio magiar presentaban una estructura agraria precapitalista. La clase terrateniente, integrada por la alta nobleza, ejercía su tutela señorial sobre un campesinado sometido a diversas formas de explotación. Las relaciones de dependencia con Hungría se fundaban en los intereses comunes de las clases altas magiares y eslavas. En Eslovaquia la magiarización había hecho grandes avances entre la nobleza. Los intelectuales tratarían de atraerla a la causa eslava. Los sectores ilustrados, entre los que figuraban filólogos como Chafarik y poetas como Jan Kollár (1794-1852), se inclinaban por el checo, de larga y brillante tradición literaria. Otros grupos, especialmente los católicos, con el poeta y periodista Stur, preferían adoptar el eslovaco y trataban de elevarlo a la categoría de lengua escrita para impedir la magiarización.

En marzo de 1848, cuando los húngaros negaron a los eslovacos todo derecho a gozar de autonomía, éstos, apoyados por el clero, se inclinarían a pactar un entendimiento con los checos de Praga para unir a todos los eslavos.

Fue precisamente entre los croatas donde se manifestó en todo su vigor el espíritu eslavo. Gozaban de cierta autonomía y su poderosa nobleza dominaba la Dieta de Agram (Zagreb) y al rico clero católico, que no permitía el culto protestante. Especie de marca fronteriza, Croacia proveía al emperador de leales y valientes oficiales y soldados. El croata era la lengua eslava popular, que la nobleza desdeñaba por el alemán, aunque estaba bastante magiarizada y cifraba en sus buenas relaciones

Los movimientos nacionales eslavos provinieron de las clases medias. En cambio, no tuvieron aceptación entre las masas campesinas, que estaban sumamente influidas por el clero y la fidelidad al emperador.



Miembros de la Guardia Nacional Vienesa: dibujo aparecido en "Illustrierte Zeitung", 1848. Tras la caída de Metternich la burguesía se armó formando la Guardia Nacional. Como manera de salvaguardar sus intereses, los sectores burgueses impidieron el acceso de grupos obreros a sus filas.

con Pest el mejor porvenir para la Croacia que ellos dominaban. En la Dieta se usaba el latín, que era la lengua oficial.

El promotor del despertar croata fue Luis Gaï (1809-1872). Conocedor de la obra intelectual paneslavista de Praga, quiso unir a los yugoslavos, especialmente a servios y croatas, separados por religiones distintas. Adoptó así el dialecto de Ragusa, que Vouk Karadjitch había conseguido hacer aceptar a los servios instruidos. La lengua servocroata y su literatura común sirvieron para propagar el sentimiento nacional del movimiento ilirio, que proclamaba la unión de los eslavos del sur. Gaï fundó en Zagreb un periódico, *La Gaceta Nacional Croata* (1835), que luego se llamó *Iliris* (1836); contaba con la autorización de Viena y estaba destinado a extender y afirmar el uso de la nueva lengua. Tuvo gran aceptación, sobre todo entre la juventud y el bajo clero. Parte de la nobleza también comenzó a leerlo. Se ocupaba de política y tenía un suplemento literario.

El movimiento ilirio tomó un carácter marcadamente antimagiar y en la Dieta de Zagreb los croatas reclamaron que se usara su lengua nacional. El gobierno de Viena, que en un principio había apoyado al ilirismo, en 1843 debió prohibir el idioma y los emblemas ilirios a pedido de los húngaros, que en su propio territorio no toleraban la afirmación de la conciencia eslava.

El movimiento nacional eslavo provenía de las clases medias y de algunos nobles progresistas. La mayoría de los magnates apoyaba a los húngaros porque éstos favorecían sus intereses de comercialización de los productos agrarios.

Los progresistas aspiraban a un cambio dentro del sistema y en un principio lo habían solicitado a Hungría, cuando ésta reclamara ante el gabinete de Viena el derecho a gozar de un gobierno propio. Pero los nacionalistas húngaros se volvieron indignados hacia esos pueblos que también hablaban de autonomía y nacionalidad.

En cambio, el emperador y Metternich no vieron con malos ojos los movimientos eslavos. Aceptaban el reconocimiento de sus antiguas tradiciones y el uso de su propia lengua, en la medida en que debilitaban el poderoso nacionalismo magiar de hondo contenido político.

En realidad, ese paneslavismo carecía de agresividad frente a la corona austríaca. La mayoría de los eslavos aceptaban la situación imperial. El despertar de las naciones eslavas debería esperar aún mucho tiempo para alcanzar su pleno desarrollo.

En todo caso, estos movimientos nacionales no eran sino la expresión elaborada de las expectativas de los grupos intelectuales. A la masa de campesinos que constituía la mayoría de la población ni siquiera la rozaban, porque además de encontrarse sumida en la ignorancia, estaba muy influida por el clero y el sentimiento de fidelidad al buen emperador que la protegía. La Iglesia y la Corona, dos instituciones que reemplazaban respectivamente a la idea de patria y de justicia. Ser católico, ortodoxo o protestante señalaba la pertenencia específica a un grupo. En la óptica simplista del campesinado la lealtad al rey retribuía la justicia que éste ejercía contra sus únicos opresores: los nobles.

Vísperas revolucionarias

Desde 1847 se vislumbran en Europa los síntomas de una revolución. Hasta los que detentaban el poder sentían que iba a producirse un cambio y trataban a toda costa de defender su posición. Metternich, canciller de Austria y campeón de la estabilidad europea, decía en una carta a Boul del 19 de junio de 1847 que "el momento actual lleva la marca de una de las crisis que deben necesariamente presentarse en las épocas de transición". Durante el período pre-revolucionario obreros e in-

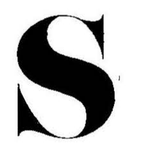


Como respuesta a los sucesos de Viena la reacción organizó sus movimientos. Las victorias del mariscal Radetzky —a quien se ve en la ilustración— habían cambiado la situación internacional de Austria y los Habsburgos cifraron sus esperanzas de reconquistar el Imperio en su fuerte ejército.



telectuales llevaron a cabo en todas partes una agitación de amplitud internacional, tendiente a extender y universalizar los contenidos de la protesta. Esta vez, la clase trabajadora europea intervino activamente, ansiosa de mejorar su situación y hacer oir el clamor de sus quejas. El problema de las nacionalidades cobró mayor ímpetu uniéndose al coro de las demandas.
El clima que se vivía recordaba al que precediera a la Gran Revolución, sólo que esta vez había perdido algo de su individualismo para impregnarse del deseo colectivo de bienestar social.
Llegó por fin el momento tan presentido y anunciado y el 24 de febrero de 1848 París se vio conmovido por la insurrección. La ola revolucionaria se extendió a casi toda Europa: Italia, Alemania, el Imperio Austríaco. Pocos fueron los lugares —Inglaterra, Bélgica— que quedaron al margen del estallido. En el marzo europeo despuntaba "la primavera de los pueblos". Como si el mundo austríaco sólo hubiera esperado la señal ya convenida, todos los pueblos que aglutinaba siguieron a Francia, levantándose casi al unísono. La agitación resonó en Viena, en Budapest, en Praga. A las reivindicaciones sostenidas por los húngaros contra los austríacos se sucedieron las de los eslavos sometidos a los magiares.

La primavera de los pueblos: Revolución en Viena



Siguiendo los directos y recientes rieles del ferrocarril y a través de los hilos telegráficos llegaron a Viena, a fines de febrero, las noticias del derrocamiento de Luis Felipe en París. El 13 de marzo, con motivo de reunirse la Dieta de la Baja Austria, una multitud turbulenta de estudiantes y trabajadores chocó con las tropas austríacas en las calles de la capital. El gobierno convocó a la guardia cívica, integrada por elementos de las clases medias, que se negaron a disparar contra la muchedumbre que rodeaba el palacio imperial. El príncipe de Metternich, sobre quien recaían las culpas de la situación imperante, se vio obligado a renunciar y huyó indignamente, en forma grotesca, escondido en el carro de una lavandera. Su residencia ya había sido saqueada y estaba en llamas. Los burgueses (excepto el sector de la alta burguesía financiera): intelectuales, profesionales, comerciantes; la pequeña burguesía, los artesanos; los obreros, los estudiantes, todos se unieron espontáneamente para derrocar un gobierno aborrecido y exigir las reformas liberales necesarias que fundaran un régimen constitucional. La multitud ardía de impaciencia. En los suburbios los obreros enarbolaban escarapelas rojas. Los estudiantes reclamaban libertad de prensa como única garantía de la actividad política. Estaban dispuestos a unirse a los burgueses y al proletariado para marchar juntos contra las bayonetas imperiales. Una corona de flores apareció en el monumento del emperador José II. Para la juventud estudiosa el Déspota Ilustrado simbolizaba el progreso dentro del sistema.
Inmediatamente después de la caída de Metternich, Fernando I anuló la censura de prensa, autorizó la formación de una Guardia Nacional, prometió una Constitución y nombró un gabinete liberal.
Como en París y en Berlín, se creó la Guardia Nacional dando armas a la burguesía y a los pequeños burgueses. Con los estudiantes se constituyó la Legión Académica. El Comité de Seguridad, integrado por la burguesía y apoyado en la Guardia Nacional, quedó a la cabeza del movimiento. Los obreros fueron marginados.
El gobierno imperial concedió las reivindicaciones porque la ola revolucionaria ya se había extendido a Hungría, a Bohemia y amenazaba a Italia. Necesitaba restablecer el orden en el Imperio antes de volver sobre sus pasos. A raíz de la revuelta la aristocracia y las clases pudientes habían huido de Viena. El comercio y la industria se paralizaron. Los obreros estaban sin trabajo. En un principio se pensó emplearlos para obras públicas, que serían financiadas con los fondos aportados por los contribuyentes o extraídos de las cajas de la ciudad. Pero estas medidas no prosperaron. En su lugar se acordaron subsidios a los trabajadores. Estos, que fueran factor importante de la revolución, quedaron aislados del poder. Así se reveló la fragilidad de la alianza entre los diferentes sectores que habían intervenido en el proceso revolucionario. Llegado el instante de tomar decisiones políticas se apartó al proletariado por temor a que sus exigencias desbordaran el orden burgués recién instaurado. Mientras tanto, los campesinos se dedicaban en todas partes a borrar las huellas del feudalismo. Por otra parte, la misma aristocracia terrateniente era partidaria de una reforma agraria que permitiese introducir el capitalismo en la agricultura, para obtener mayores rendimientos. De ahí que en Austria la liberación del campesinado fuera más completa que en otras partes.
La revolución de marzo había significado un triunfo para los sectores burgueses, profundamente liberales pero temerosos de los avances del radicalismo, que no estaban dispuestos a permitir que su régimen constitucional derivara hacia un gobierno popular. En cuanto a los trabajadores, que hasta entonces habían seguido al partido burgués, comenzaron a movilizarse y a presentar sus propias reivindicaciones. El gabinete, desbordado por los acontecimientos, terminaría por perder el control de la situación. A fines de abril promulgó, en nombre del emperador, una constitución para Austria de carácter marcadamente centralista, que establecía el sistema bicameral y la responsabilidad ministerial. Los círculos democráticos rechazaron el texto porque dudaban de la eficacia de una constitución ema-

En Viena los grupos obreros lograron, en un primer momento, llevar sus revueltas adelante. Sin embargo, su organización era débil y falta de cohesión. El movimiento sería aplastado más tarde por la Guardia Nacional.

nada del poder imperial. Aspiraban a que fuera sancionada por una Dieta elegida mediante el sufragio universal. En esas circunstancias volvió a estallar la revuelta. La actitud del ministerio, integrado por burócratas timoratos, encendió la chispa revolucionaria al pretender la disolución del Comité Central de la Guardia Nacional. Una vez más el pueblo de Viena retornó a las barricadas, pero ahora al grito de ¡República! El gobierno se apresuró a capitular aboliendo la constitución, convocó a una Asamblea Constituyente que sería elegida por sufragio universal. Al día siguiente el emperador partía hacia Innsbruck arrastrado por su séquito reaccionario.

Otra vez erró el ministerio. Presionado por la aristocracia y la alta burguesía financiera, y sobre todo por el temor a la anarquía, decidió disolver la Legión Académica (26 de mayo). Pero el golpe falló porque, desconfiando el gobierno de la guardia nacional —que se mostraba indecisa—, hizo intervenir a la tropa, y eso fue suficiente para que desaparecieran transitoriamente las diferencias entre los sectores de la burguesía que integraban la Guardia Nacional y los estudiantes de la Legión Académica: unidos vencieron al ejército tras breve lucha.

Revolución en Hungría

Entre tanto, en Hungría se profundizaba el movimiento que la llevaba al constitucionalismo. El 3 de marzo, Kossuth, jefe del partido radical, animado por los sucesos de París, había hecho votar por la Dieta de Presburgo un programa de reivindicaciones que establecían un Parlamento nacional y un ministerio responsable para Hungría. Luego de la caída de Metternich, los radicales de Pest, encabezados por Pëtofi e influidos por el pensamiento de los socialistas franceses, decidieron un programa de doce puntos más avanzado que el de Kossuth. Para neutralizarlo, la Dieta se apresuró a votar, el 18 de marzo de 1848, las leyes que transformarían a la Hungría feudal en un estado moderno: amplio sufragio, abolición de los principios nobiliarios, igualdad de las religiones, libertad de prensa, juicio por jurados y el húngaro como lengua oficial. El gobierno imperial, impedido de hacer frente a los magiares a causa de la atención que debía prestar a los disturbios de Viena y Praga y a la guerra de Italia, cedió sin resistencia y ratificó las leyes.

Un nuevo ministerio de coalición, presidido por el conde Batthyány, reunía a los hombres notables de Hungría: Széchenyi y Kossuth, Eötvös y Déak. En el seno de la revolución húngara se debatían varias tendencias representativas de distintos sectores unidos por su fervor nacionalista. Déak, jefe del partido nacional húngaro, nucleaba a la nobleza media, deseosa de abolir el sistema feudal. A su derecha, los liberales más moderados rodeaban a Batthyány; la pequeña nobleza y los intelectuales radicales se agrupaban en torno de Kossuth, que luego del alejamiento de Batthyány se transformaría en jefe indiscutido del gobierno magiar. El 11 de abril se aprobó la Constitución de Hungría, convertida en un Estado parlamentario y democrático pero acentuadamente unitario y, por lo tanto, opuesto a la descentralización que reclamaban las naciones eslavas.

Revolución entre los eslavos

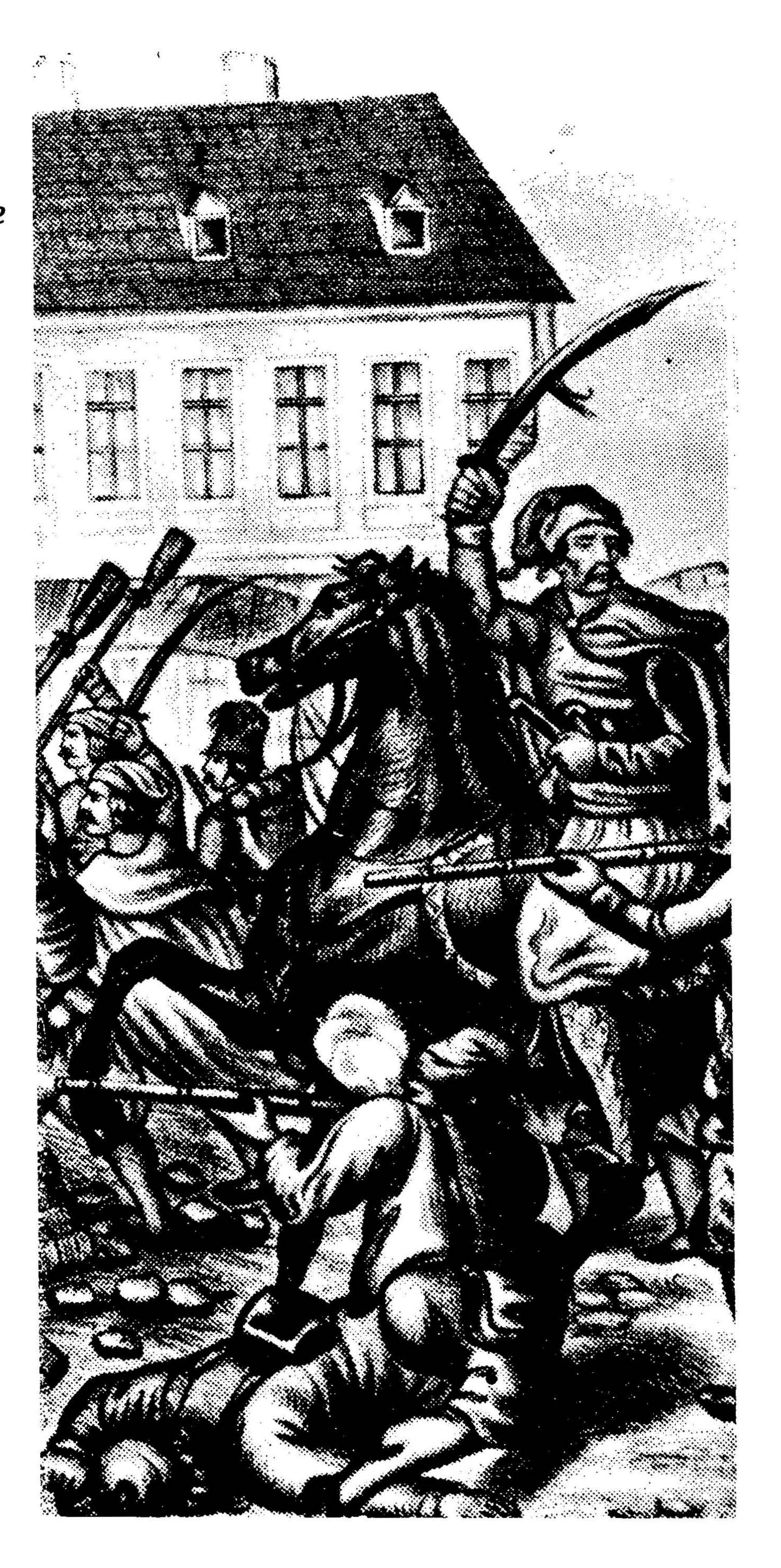
Bohemia había tomado la iniciativa. La oposición a Viena era general. La Dieta, conducida por la aristocracia de origen alemán o bohemio, hacía tiempo que se manifestaba contraria a la centralización austríaca. En Praga, la burguesía, descontenta con la política económica de Viena, era la clase predominante y estaba dividida en dos sectores: el libe-

ral moderado y el radical democrático. Una asamblea reunida en Praga el 11 de marzo exigió la igualdad entre checos y alemanes y la reunión de una Dieta anual con la misma representación nacional para Bohemia, Moravia y Silesia. Los radicales añadieron reivindicaciones democráticas y sociales. Después de las jornadas de Viena los reclamos adoptaron un tono más enérgico. Austria, vacilante, terminó por acceder e hizo profesas formales: la "Carta de Bohemia" reconocía los derechos históricos del reino de Bohemia, Moravia, Silesia. El gobierno imperial trataba de atraerse a los checos para oponerlos a las aspiraciones de los liberales alemanes, que se reunirían en el Parlamento de Francfort. En abril se constituyó en Praga un Comité Nacional con carácter consultivo. Los checos —por intermedio de Palacky, defensor del austroeslavismo— se negaron a mandar representantes al Congreso de Francfort, afirmando su deseo de permanecer como súbditos leales del emperador Habsburgo, a quien solicitaron la convocatoria de la Dieta de Bohemia.

Los eslavos del sur aprovecharían para sacudir la hegemonía húngara. Los croatas, de probada lealtad al emperador, se dirigieron a Hungría para presentar sus demandas, pero no fueron escuchados. Constituyeron comités revolucionarios y el barón Yellachich, con la aprobación de los croatas, fue nombrado *Ban* (delegado imperial) de Croacia por el emperador. Convocó en Zagreb una Dieta que reclamó a Viena la formación de una sola unidad administrativa integrada por Eslovenia, Croacia y Dalmacia e independiente de Pest. Los servios del Banato también presentaron reivindicaciones, pero tampoco serían atendidos por los magiares. El inflexible Kossuth los amenazó con llegar a las armas si no cesaban en sus demandas. Entonces celebraron una asamblea en Karlowitz y proclamaron su adhesión a Viena. Luego se organizaron bajo la autoridad político-religiosa del



El efímero levantamiento checo fue aplastado por las tropas del príncipe Windischgraetz. Las barricadas ocupadas por obreros fueron eliminadas a cañonazos, ante la indiferencia de la débil burguesía local.



patriarca servio Rajacitch y al mando militar del coronel Suplikac propusieron al emperador la formación de una provincia, la Voïvodina, que agrupase a los pueblos servios de Hungría. Sin embargo, Viena aún no estaba puesta a contrariar a Hungría. Necesitaba subsidios militares contra Italia, donde desde marzo las tropas imperiales al mando del mariscal Radetzky combatían a los rebeldes de Milán y Venecia, encabezados por Carlos Alberto de Piamonte -Cerdeña. El 10 de junio confirmó la integridad de los territorios de la corona de San Esteban y relevó a Yellachich. Esta política conciliatoria se estrellaría contra la intransigencia de Kossuth, quien demandó a la asamblea húngara recién elegida que votara la leva de un ejército nacional para castigar a los croatas. Viena, recelosa de que Hungría aspirase a desmembrar el imperio austríaco, se decidió a usar a los croatas contra los magiares. A fines de julio quedaron interrumpidas las relaciones entre Viena y Pest.

En setiembre, Yellachich, que se había trasladado a la corte, fue restituido en sus funciones.

A pesar de las diferencias que separaban a los eslavos se daba entre ellos un nuevo motivo de unión: la pretensión del parlamento de Francfort de reagrupar Europa Central bajo la dirección alemana. El 2 de junio se reunió en Praga un congreso paneslavo con la presidencia de Palacky. Había sido convocado por el eslovaco Stur y en él se defendió el austroeslavismo, es decir, la federación de las distintas nacionalidades eslavas dentro del marco austríaco. El Congreso dirigió un manifiesto a Europa elaborado por Palacky, donde los eslavos reclamaban la igualdad de derechos de todas las naciones; afirmaban que no era su deseo vengarse de las afrentas recibidas por parte de magiares y alemanes, que no aceptaban dentro de sus fronteras nacionalidades distintas a la suya, porque los eslavos sólo aspiraban a ser la vanguardia en la lucha por la humanidad y el cosmopolitismo. Sin embargo, el Congreso se limitaría a sostener la tesis del austroeslavismo. Su objetivo era afianzar la solidaridad de los eslavos de Austria frente a los húngaros y alemanes. Por eso rechazó la idea de federación paneslava propuesta por Bakunin (el noble ruso defensor del anarquismo y futuro oponente de Marx en la Primera Internacional), quien sustentaba el ideal de una reunión de pueblos eslavos, democrática e igualitaria, que nacida de la revolución se convertiría en el núcleo del mundo de mañana.

La reacción

Mientras tanto en Innsbruck se estaba preparando la reacción contra la Viena revolucionario con el apoyo de los jefes eslavos que se habían levantado contra los magiares y las tropas provenientes de los ejércitos imperiales. Por su parte, la burguesía vienesa, que sólo deseaba el retorno de la tranquilidad para dedicarse a sus negocios, no tomó ninguna medida destinada a proteger la revolución. Creía que el gobierno, después de sufrir tres reveses consecutivos, se había convencido de la inoperancia de sus ataques contra la democracia capitalista. Aparentemente, en julio había renacido la calma con la reunión de la Asamblea Constituyente, inaugurada por el archiduque Juan en nombre de su sobrino el emperador, que le había delegado sus poderes. Poco después regresaba la Corte, que había recobrado sus bríos con el triunfo de Radetzky sobre los rebeldes italianos. El archiduque formó un nuevo ministerio reaccionario encabezado por Doblhoff y partió a Francfort, donde se reunía el parlamento alemán. A partir de ese momento el ejército, imbuido de la vieja concepción del estado, comenzó a pesar en las decisiones políticas del Imperio. Ya a mediados de junio las fuerzas del príncipe Windischgraetz, comandante de las tropas imperiales acantonadas en Bohemia, habían intervenido activamente en defensa del antiguo régimen. Mientras se celebraba el Congreso eslavo, súbitamente la reacción ensangrentó las calles de Praga. Las legiones checas de la Guardia Nacional, integradas por los elementos más radicales, reivindicaban el derecho a armarse a pesar de la férrea oposición del príncipe Windischgraetz. El 12 de junio chocaron en las calles de Praga con las tropas del príncipe, que después de ocupar los puntos estratégicos de la capital bohemia anunció la inmediata destrucción de las barricadas. El pueblo, creyendo que se trataba de una maniobra intimidatoria, no las abandonó y Windischgraetz ordenó disparar los cañones. Entre sangrientos combates terminaría la experiencia revolucionaria checa, abatida por la represión. El 27 de julio el príncipe entraba victorioso en Praga. Por sí y ante sí dispuso la disolución del Comité Nacional y del Congreso paneslavo y en una proclama acusó a los eslavos de conspirar contra la unidad de Austria y de Hungría. La debilidad de la burguesía checa había facilitado el triunfo de la reacción.

La victoria de Radetzky sobre Carlos Alberto en Custozza había cambiado la situación de Austria. Radetzky y Windischgraetz alentaron a la Corona austríaca a cifrar sus esperanzas en un ejército bien organizado, contra el que se estrellarían los movimientos revolucionarios, incapaces de oponer una seria resistencia.

Los Habsburgo, enfrentados al dilema: pérdida de su imperio o dictadura militar, optaron por lo segundo.

En Viena el problema principal eran los obreros, que en las últimas revueltas habían recurrido espontáneamente a la destrucción de las máquinas. El proletariado vienés carecía de organización y de teoría revolucionaria. Desconocía el socialismo científico; sólo habían prendido en algunos pocos intelectuales austríacos las ideas de Lorenz von

Al disolverse la Dieta magiar hubo un nuevo levantamiento en Viena
Las barricadas volvieron a alzarse, pero el ejército imperial se adueñó de la ciudad después de dos semanas de lucha.
La represión fue brutal y los principales jefes demócratas fueron ejecutados.

Stein (que Marx atacara en el Manifiesto Comunista calificándolas de socialismo feudal), cuyo objetivo era una monarquía o estado benefactor, basado en la armonía de las clases sociales, que asegurase a los trabajadores mejores condiciones de vida.

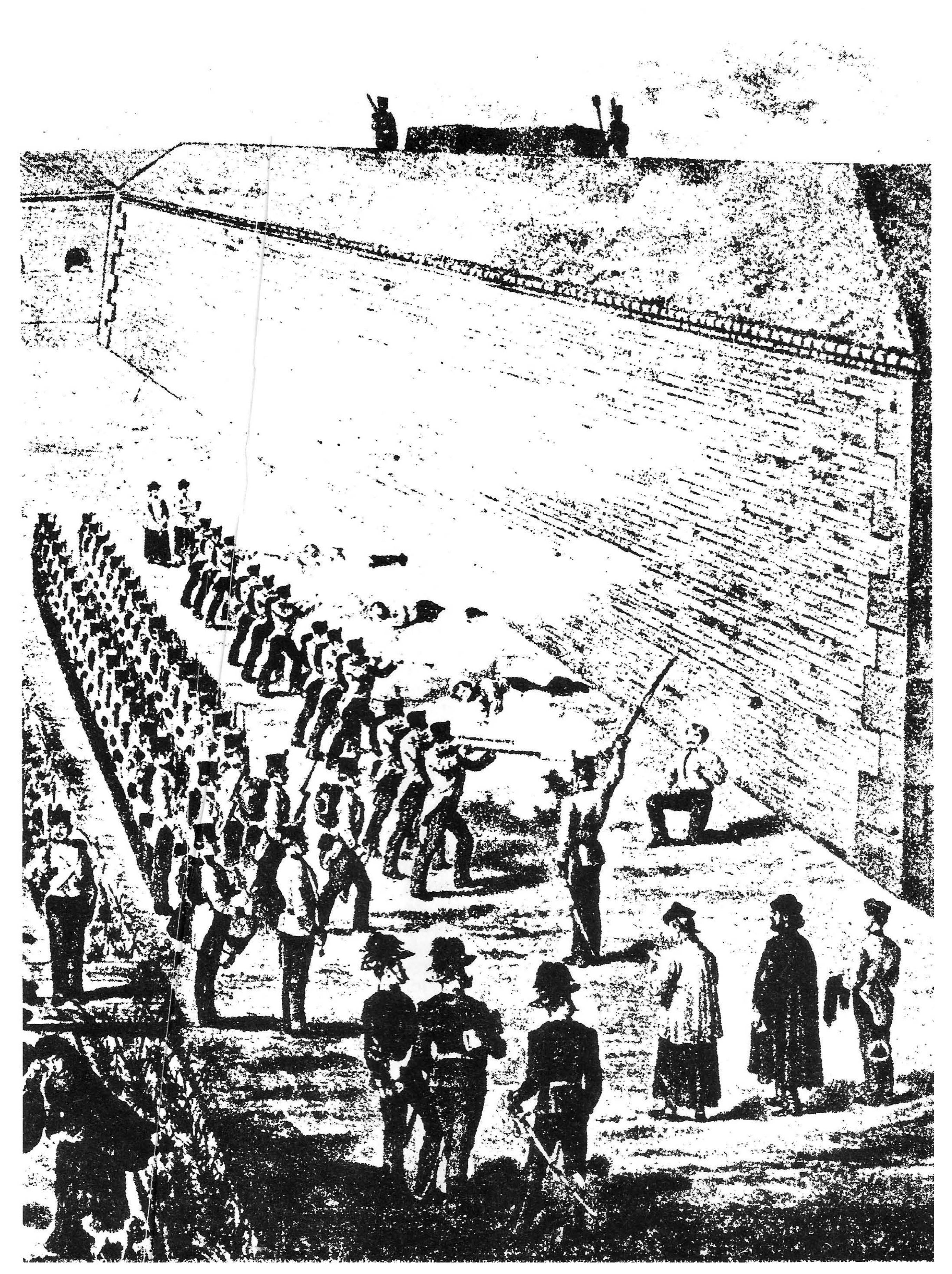
El recrudecimiento de la crisis económica y la anarquía que reinaba entre el proletariado intranquilizaba a la burguesía. El gobierno sabía que podía contar con ella al lanzar la represión contra los trabajadores. Por un decreto de fines de agosto suprimió el subsidio a los desocupados. Los obreros de reunieron el 22 para protestar y fueron cruelmente aplastados por la Guardia Nacional. Así quedaba roto el frente revolucionario.

Hasta ese momento el gobierno imperial, preocupado por los movimientos en Italia y Viena, no había emprendido ninguna acción contra los magiares, que, por su parte, no habían retirado su contingente de la campaña de Italia para no abrir las hostilidades.

El gobierno austríaco se lanzó a la ofensiva apoyado por los eslavos del sur. En setiembre Yellachich avanzó sobre Pest con un ejército austro-croata al que se unieron tropas servias. El pueblo húngaro se aprestó a la resistencia. Kossuth declaró a la nación en armas y, en los primeros encuentros, Yellachich fue vencido por los magiares. Regresó con sus tropas a Viena para pedir refuerzos. Entretanto, Kossuth había organizado un Comité de Defensa. Se decretó la abolición de los derechos señoriales sobre los viñedos mediante el pago de una indemnización por parte del estado. Se decidió también que los jornaleros de las tierras alodiales (libres) recibieran las parcelas que trabajaban en plena propiedad. Esta ley no se promulgó nunca, pero en esos difíciles momentos fue una forma de atraer al campesinado a la causa nacional.

A mediados de octubre el pueblo vienés tuvo noticias de que el emperador había resuelto disolver la Dieta magiar y que las tropas de la guarnición de Viena marcharían con el Ban de Croacia a reprimir a los húngaros. Trataron de impedirlo, y el 16 de octubre hubo un alzamiento en masa en todas las clases populares de Viena, con su Legión Académica y su Guardia Nacional. El ministro de guerra, general Latour, fue colgado de un farol. El emperador y la corte huyeron a Olmutz, y desde allí se encomendó al príncipe Windischgraetz que dirigiera las operaciones contra la capital rebelde. En Viena se vivían momentos de angustia. Defender la ciudad a cualquier precio era la consigna general. Sin embargo, había confusión entre los dirigentes y faltaba energía y decisión a las autoridades. El Comité de Seguridad quería resistir, pero carecía de firmeza e iniciativa. Una parte de la Guardia Nacional se negaba a combatir. El Consejo de la Legión Académica no atinaba a dirigir la organización de la resistencia. Los trabajadores a lo largo de esta lucha había ido tomando conciencia de clase, delineando su propia línea política, pero carecían de un marco teórico correcto. Todavía incapaces de organizarse en función de objetivos concretos, hasta entonces su acción espontánea y anárquica se había limitado a estallidos tumultuosos. Pidieron armas e instrucción militar, pero la burguesía se las negó, temerosa de las fuerzas populares. Sólo en los instantes finales fueron llevados al combate, como último recurso.

Los defensores de Viena no disponían de oficialidad competente y tampoco habían elaborado una táctica adecuada. Quien realmente organizó la resistencia, retrasando la toma de la ciudad, fue el general Bem, patriota polaco que había servido en los ejércitos de Napoleón. Más tarde se distinguiría en la defensa de Hungría, pero en Viena su acción se vio limitada porque su condición de extranjero lo hacía sospechoso. El ejército húngaro de Perczel acampaba no lejos de la ciudad; sin embargo, la Asamblea vaciló antes de acudir a él en demanda de auxilio y los



magiares no se movieron para ir en apoyo de un pueblo que se había jugado por Hungría en las jornadas de octubre. El día 30 de octubre comenzó la batalla de Viena. A pesar de las condiciones adversas, los vieneses ofrecieron una resistencia heroica. Defendidas furiosamente las barricadas, fueron cayendo una tras otras mientras el ejército imperial barría los alrededores con su artillería. El segundo día de lucha atacaron los croatas de Yellachich. Cuando los húngaros acudieron ya era tarde. Por último, el 1º de noviembre el ejército imperial se adueñó de Viena. La represión fue brutal; se formaron Consejos de Guerra que juzgaron y mandaron ejecutar a los principales jefes demócratas. La ciudad sufrió los desmanes de las tropas, especialmente las eslavas, que, en su gran mayoría, no pertenecían al ejército regular.

Triunfo del absolutismo

Windischgraetz trasladó la Asamblea a Kremsier (en Moravia) y entregó el poder a F. de Schwarzenberg, que, encargado de restablecer la autoridad en Austria, había prometido al Parlamento respetar las instituciones constitucionales y el libre desenvolvimiento de las nacionalidades.

El 2 de diciembre de 1848 Fernando I abdicó en favor de su sobrino Francisco José y Hungría no lo reconoció. Windischgraetz rechazó a los magiares y tomó Pest (5 de enero de 1849). Alejado el peligro, Schwarzenberg se dispuso a reorganizar el Imperio según los principios centralistas del absolutismo. No pudo menos que chocar con la Asamblea de Kremsier, que había preparado un proyecto de Constitución basado en la organización federal y liberal de la monarquía. La Asamblea fue disuelta y el gobierno promulgó una Constitución que repartía el imperio en diversas provincias iguales entre sí. Sus disposiciones liberales nunca serían aplicadas. Hungría, reducida al mismo rango que las demás nacionalidades, se preparó a resistir en defensa de su independencia nacional.

Los magiares estaban solos en la lucha, amenazados por fuerzas numerosas, pero no se amilanaron; pusieron al frente del ejército al general polaco Bem, quien, mediante una hábil maniobra, rechazó a los imperiales hacia la frontera.

En marzo los húngaros reiniciaron la ofensiva. Windischgraetz debió retroceder y Pest fue recuperada. Todos deseaban la independencia del Imperio, aunque había divergencias respecto a la futura organización del estado. Los moderados querían una monarquía constitucional, mientras que los radicales como Kossuth preferían la república, y el 14 de abril de 1849 no vacilaron en proclamar la independencia y la caducidad del derecho de los Habsburgo a regir los destinos del antiguo reino de Hungría. Moderados y radicales reconocían la necesidad de ganarse la voluntad de los campesinos para el triunfo de la causa revolucionaria. Con ese objeto, Francisco Déak propuso darles las tierras en propiedad. Confiaban en que la nobleza hiciera concesiones ya que el estado se encargaría de compensarlos por las pérdidas ocasionadas. Pero la nobleza, viendo lesionados sus privilegios, no cedió. Entonces los moderados, cuyos intereses económicos y sociales se movían dentro del mismo ámbito que los grandes señores, se unieron políticamente a los magnates. En estas condiciones se inició la última etapa de la guerra contra Austria. Schwarzenberg había reorganizado el estado mayor e hizo pública la alianza con el Zar. Los magiares comenzaron a perder terreno encerrados por las tropas rusas, austríacas y croatas y el 10 de agosto fueron aplastados en Temesvar. Kossuth debió dejar el poder en manos del general Ieorgey, quien al frente del principal ejército húngaro se rindió a los rusos por la capitulación de Vilagos (14 de agosto de 1849). Turquía recibió a los contingentes húngaros en retirada y luego negó su extradición. Los jefes magiares que habían desempeñado un papel importante en la revolución fueron ejecutados. Kossuth logró huir a Turquía.

El nacionalismo exacerbado de magiares y eslavos favoreció a la reacción. Por odio a los húngaros, los eslavos se volcaron hacia la Corona, y ésta en un principio cedió a sus demandas para atraerlos a su causa. Luego que el peligro hubo pasado, todo volvió a la situación anterior y tanto los servios como los croatas y rumanos tuvieron que admitir un gobierno militar. Hungría fue maltratada política y administrativamente.

De la revolución en los dominios en los Habsburgos sólo quedó la abolición del régimen feudal, aunque la alta nobleza conservaría su poder intacto gracias a los mayorazgos. La Constitución de 1849 restableció el centralismo y el gobierno de Schwarzenberg se orientaría hacia un marcado absolutismo, vigorizado por el triunfo de la reacción.

Bibliografía

Weill, George, *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad*. Colección *La evolución de la humanidad*, sección IV, tomo CXXXI, México, 1961.

Hobsbawm, Eric J., *Las revoluciones burguesas*, Madrid, Guadarrama, 1971.

Ponteil, Félix, *La revolución de 1848*, Madrid, Z.Y.X., S.A., 1966.

Wellmann, I., "Histoire rurale de la Hongrie (début XVIII milleu XIX siécle)" *Annales*, 23 année, Nº 6, novembre-decembre, 1968.

Pach, S. P., "Tendenze della produzione per il mercato nell' agricoltura ungherse dei secoli XV-XVII", *Studi Storici*. Anno IX, Nº 34, luglio-dicembre, 1968. Instituto Gramsci Editore.

Marx, Karl, *Revolución y contrarrevolución*, Madrid, Librería Bergua, 1936.

Los orígenes del movimiento obrero en España

Josep Fontana
Jordi Maluquer de Motes

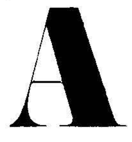
Los magistrados tenían sin duda una visión particular de las condiciones y horarios de trabajo: "Como no se pide fuerza excesiva ni grande inteligencia en el manejo de las indianas, todos se dedican a vivir de esta ligera ocupación que en pocas horas da un jornal excesivo"

El 9 de mayo de 1841 el sindicato de los tejedores de Barcelona, en ocasión del primer aniversario de su fundación, declaraba: "En aquel día memorable humillamos el orgullo de esos hombres que antes se consideraban de una esfera superior a la nuestra por poseer los capitales y nos trataban con la misma indiferencia que a las bestias de trabajo; y ahora les hemos hecho ver que nosotros también poseemos un capital, que es el sudor de nuestros brazos, sin los cuales no produjeran sus riquezas; y este capital queremos que lo reconozcan, y que se nos pague al interés que le compete".

El documento testimonia no solo los primeros pasos del sindicalismo en España sino también la presencia de una nueva clase obrera que viene formándose desde años atrás. La aparición de la moderna industria algodonera, a fines del siglo XVIII, trajo consigo nuevas relaciones de producción y el nacimiento de esta nueva clase que se diferenciaba por sus condiciones de trabajo, formas de vida y costumbres, por sus métodos de lucha, de la masa de los trabajadores de las manufacturas tradicionales. Su número y su concentración en zonas determinadas, como es el caso de Barcelona, harán que esa nueva clase se coloque al frente de las luchas contra la explotación capitalista: son estos obreros los que crean las primeras organizaciones sindicales, las cuales toman de las viejas sociedades de ayuda mutua sólo la fachada, pues sus objetivos son radicalmente nuevos.

Este movimiento nacía en condiciones mucho menos favorables que el francés o el británico. Estos habían heredado una ideología y formas organizativas forjadas por los artesanos y los trabajadores domiciliados de la era preindustrial, a los cuales se sumaban las influencias del jacobinismo y del inconformismo religioso. En el caso de España, en cambio, la falta de este género de aportes dificultó la maduración y la toma de conciencia del movimiento obrero español y explica, en parte, su prolongada dependencia de otras clases. Marchó durante una larga etapa bajo la hegemonía de la gran burguesía radical, a la que apoyó en la lucha contra el Antiguo Régimen, y se emancipó de esta tutela para caer bajo la de los grupos radicales pequeñoburgueses, de los republicanos que usaron la denominación de socialistas para contestar a los grupos obreros, sobre todo después de 1856, cuando la experiencia de los fracasos sufridos durante el bienio progresista movió a las asociaciones obreras a unir su suerte a la de los republicanos. Fueron los obreros industriales los que señalaron los caminos que servirían para movilizar a sectores más débiles o más atrasados del proletariado español. La conjunción de unos y de otros, iniciada en su colaboración con el republicano, en los años 1856 a 1868, conduciría a la formación de un movimiento obrero unificado, a escala española, en el que se confundían trabajadores industriales, braceros campesinos y artesanos de oficios tradicionales. Más tarde este movimiento obrero unificado se independizaría de la hegemonía del republicanismo. Desengañado de su actuación, se declararía "apolítico", es decir, hostil a la clase de política que se hacía en la España de su tiempo. Sólo en este sentido es lícito calificar de apolítico al anarquismo español, el cual, en realidad, habría de formular una política alternativa, la primera específicamente obrera.

La crisis del Antiguo Régimen y de la agricultura tradicional



A comienzos del siglo XIX imperaba en España el Antiguo Régimen: una monarquía absoluta, una estructura social dominada por los estamentos privi-

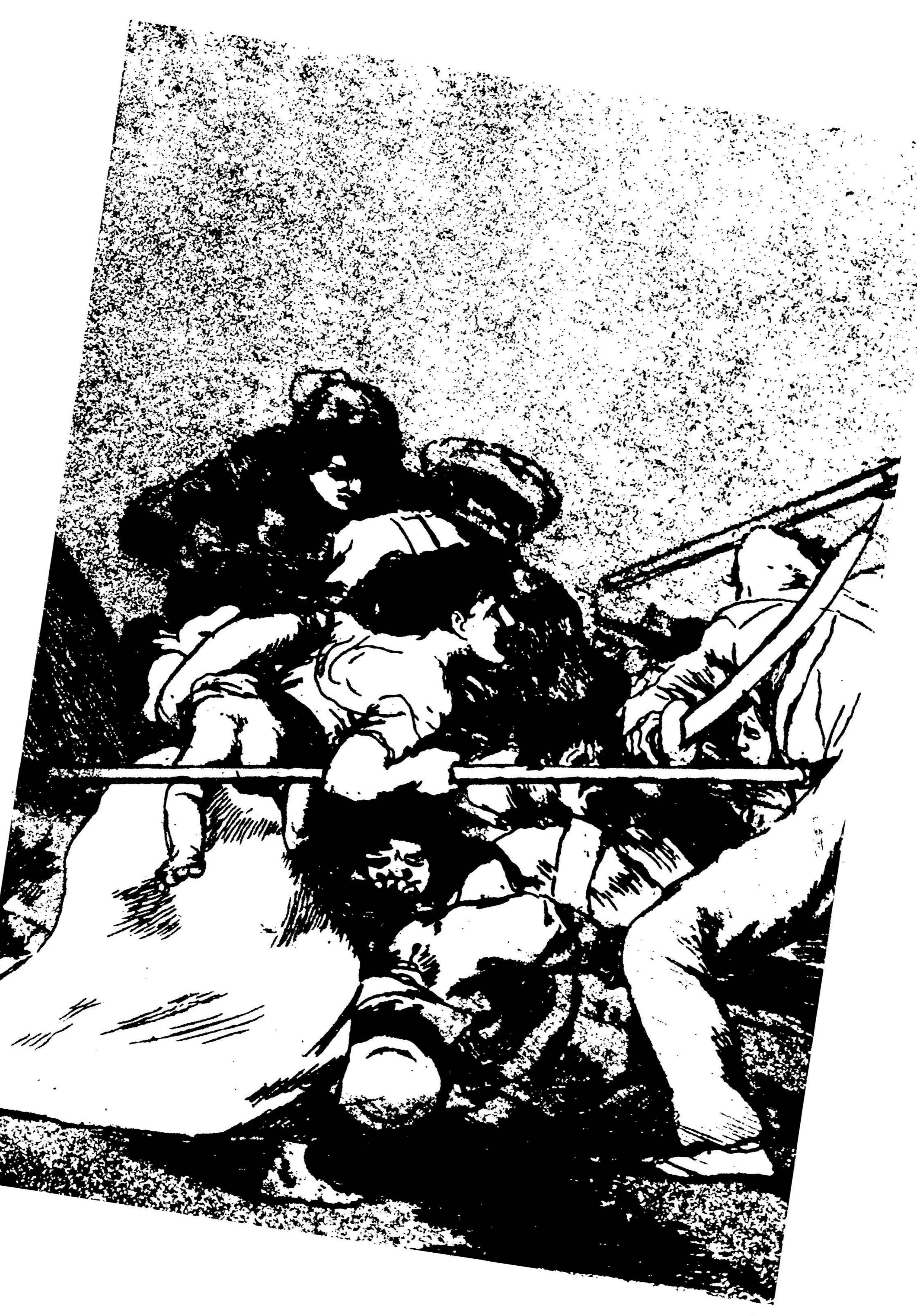
“Y son fieras”, grabados de Goya. El tremendo desgaste que representaba la guerra contra Napoleón, los levantamientos ocurridos en las colonias americanas y la acción de las presiones internas determinaron que el año 1814 fuera crítico para la estructura tradicional española.

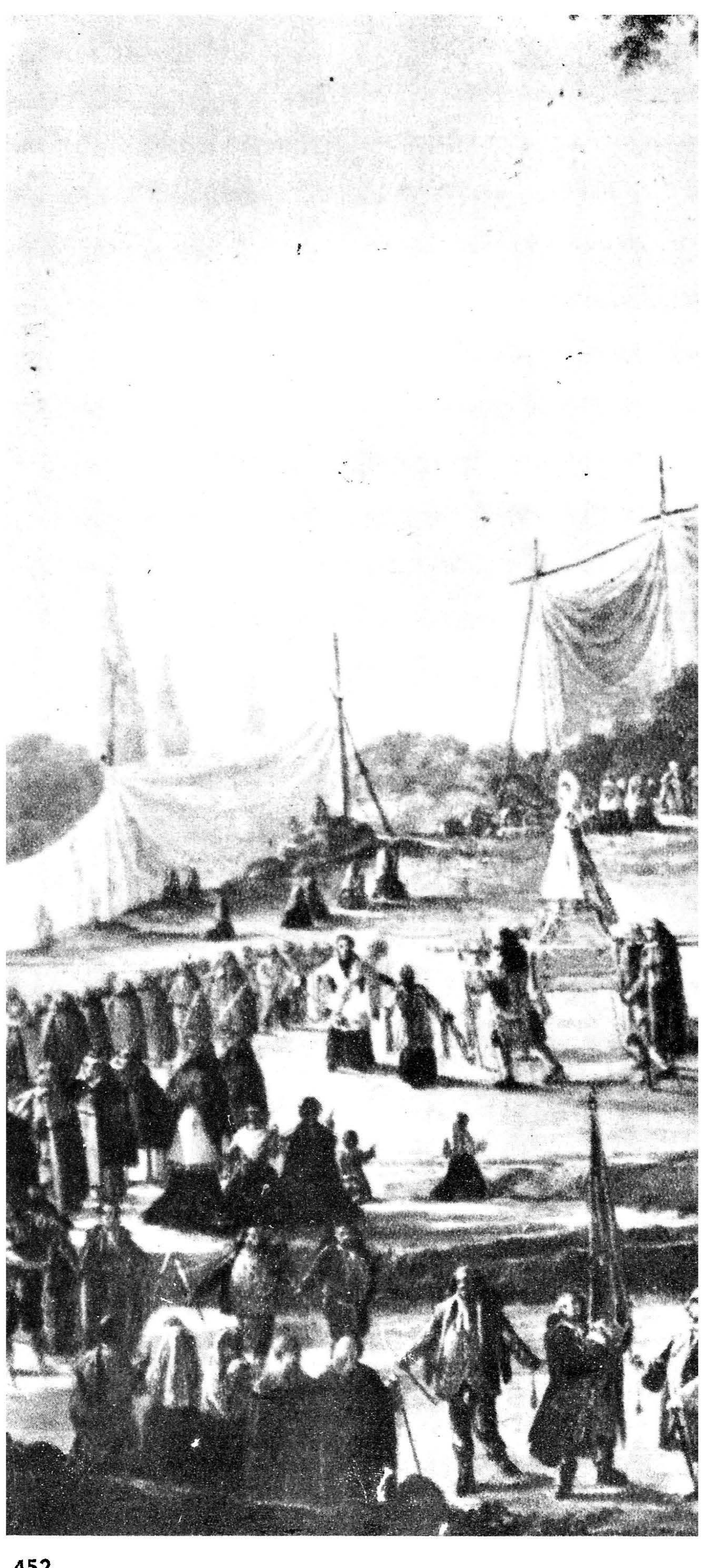
legiados (nobleza y clero) y una economía esencialmente agraria, basada en una producción de subsistencia, donde los campesinos no producían para vender, sino para mantenerse y para mantener con sus excedentes a la aristocracia señorial y a la Iglesia. Este país atrasado pudo seguir figurando entre las grandes potencias mientras contó con los ingresos obtenidos de las colonias americanas, pero cuando se produjo la emancipación de éstas, en momentos en que gravitaba sobre la metrópoli el tremendo desgaste de la guerra contra Napoleón, el estado entró en crisis y las fuerzas disgregadoras que amenazaban la estructura de la sociedad tradicional comenzaron a actuar abiertamente.

Desde 1814 todos los españoles capaces de analizar con lucidez la situación de su país sabían que las cosas no podían volver a ser como en el pasado. El mundo estaba cambiando y España debía cambiar. Era necesario seguir la vía de modernización que habían emprendido ya otras naciones, incluso monarquías tan conservadoras como las de Gran Bretaña y Prusia. Para ello había que comenzar liquidando el Antiguo Régimen, tanto en su ordenación social (aboliendo las supervivencias del feudalismo) como en su base económica (pasando de la agricultura de subsistencia a una producción comercializada de signo capitalista). En España se adoptaría el modelo más general de revolución burguesa, aquel que implicaba una alianza entre la aristocracia señorial, poseedora de la mayor parte de la tierra, y la burguesía liberal, ligada a las nuevas formas de actividad comercial e industrial. De acuerdo con este pacto, la nobleza señorial renunciaba a sus viejos derechos y privilegios, pero se aseguraba la posesión de la tierra, e incluso conseguía aumentarla. Porque, como en la agricultura tradicional los límites entre la jurisdicción señorial y el derecho de propiedad eran imprecisos, los señores se las arreglaron para convertir gran parte de sus caducados derechos jurisdiccionales en títulos de propiedad, debidamente inscritos, y acabaron expulsando de la tierra a los campesinos que la venían cultivando generación tras generación.

Se vendieron además las tierras de la Iglesia, con el fin de que el estado pudiese aliviar las enormes deudas contraídas en las últimas décadas de la monarquía absoluta y hacer frente a los gastos de la guerra civil contra los carlistas, defensores armados del Antiguo Régimen. También se vendieron buena parte de las tierras comunales de los pueblos para pagar subvenciones a las compañías privadas que estaban construyendo los ferrocarriles. Como los campesinos no tenían dinero no pudieron comprar, y todas estas tierras, incluyendo las comunales que habían disfrutado regularmente, fueron a parar a manos de los grandes propietarios aristócratas o a una nueva capa de propietarios burgueses. A mediados del siglo XIX la lista de los mayores terratenientes españoles parecía un anuario de la nobleza: todos eran aristócratas e incluso figuraban ordenados por sus rasgos de nobleza, con los duques a la cabeza, los marqueses después y los condes y los vizcondes cerrando la nómina.

Esta expoliación de los campesinos se había hecho en nombre del progreso, pero lo peor fue que ni aún esto se hizo siempre así. En aquellos países en que este proceso de reforma agraria liberal se desarrolló, paralelamente al surgimiento de una vigorosa industrialización (como en Inglaterra y Alemania), sus consecuencias favorables fueron potenciales, pues se formó un mercado más amplio para los excedentes de una agricultura comercializada que producía más frutos con menos brazos, y sus rasgos desfavorables pudieron paliarse, ya que la población expulsada de la tierra encontró ocupación en la industria. Pero donde estos cambios no fueron acompañados por una industrialización en gran escala, los resultados fueron negativos. La po-





blación despojada de la tierra, como no encontró puestos de trabajo suficientes en la industria, permaneció en el campo. Construyó ahí un proletariado agrícola en parte encubierto que, por su abundancia y bajo costo, hacía innecesarias las mejoras técnicas, y que no podía constituir un mercado para la industrialización, dada su baja capacidad de consumo. No se produjo el arranque de un proceso de crecimiento económico autosostenido y las reformas agrarias liberales solo sirvieron para aumentar el latifundismo aristocrático, sin dar nacimiento a una agricultura capitalista. Tal fue, entre otros, el caso de España. Para los campesinos todos estos cambios significaron expoliación y empobrecimiento. Se les había liberado de las supervivencias más arcaicas del régimen feudal, pero se había aumentado su sujeción, bajo nuevas formas, y se les obligaba a hacer frente a cargas tributarias mucho mayores, que incidían duramente en las explotaciones que apenas tenían excedentes comercializables. La revolución burguesa se había hecho a sus expensas, sin aportarles beneficio alguno. En las zonas de España en que la concentración latifundista era mayor y en que el campesinado carecía de tierras, como en Andalucía y Extremadura, el empeoramiento tal vez no fue tan notorio. Pero en otros lugares y especialmente en la mitad norte del país, una extensa capa de campesinos cultivadores directos de pequeñas explotaciones, que hasta entonces habían vivido en una relativa prosperidad, sintieron duramente el cambio de condiciones y se aliaron, lógicamente, con los enemigos de la revolución burguesa: con los eclesiásticos despojados de sus bienes, con un sector de la burocracia tradicional y con parte del artesanado que estaba siendo desplazado por la producción industrial. De esta compleja alianza surgieron las fuerzas que pelearían bajo las banderas carlistas. Sin tener en cuenta este aspecto de revuelta campesina, de enfrentamiento entre dos

concepciones diferentes de la sociedad, no se pueden entender correctamente las guerras civiles que desangraron la España del siglo XIX. No se comprendería por qué, por ejemplo, los aristócratas estuvieron del lado de la revolución y por qué una gran masa de campesinos pobres luchó contra ella.
Existían dos grandes sectores políticos: el tradicionalista (defensor del antiguo orden católico y de formas políticas arcaicas) y el liberal, de marcada tendencia anticlerical. A la muerte de Fernando VII estalla un conflicto dinástico que dará origen a la formación del grupo "carlista", movimiento en torno a las pretensiones de don Carlos María Isidro al trono y de fuerte posición tradicionalista.
Allí estallan las guerras civiles carlistas y a poco andar un gobierno liberal toma medidas progresistas, sucediéndole luego un grupo moderado. Toda la década de los años 30 es escenario de los enfrentamientos.

Conflicto y crisis en la sociedad tradicional

Contra lo que quisieran hacernos creer algunas visiones reaccionarias del pasado, la sociedad del Antiguo Régimen no fue un mundo de paz idílica donde los hombres vivían contentos con su suerte. Bien al contrario, los conflictos y la violencia eran frecuentes en ella. En la Europa del siglo XVIII predominaron dos tipos de conflicto: en primer lugar, la lucha de los campesinos contra el régimen señorial, cuyos abusos se agravaron cuando el aumento de los precios agrícolas impulsó a los señores a sacar el máximo provecho posible de sus viejos, y no siempre legítimos, derechos; en segundo lugar, el conjunto de motines de subsistencias, predominantemente urbanas, que se producían como consecuencia de la escasez y del hambre. Todas estas crisis se caracterizan por su reducido ámbito geográfico y social. Son movimientos de protesta aislados, que no nacen de una conciencia colectiva que se yergue contra una sociedad injusta, sino que admiten el orden vigente y consideran que los abusos que han provocado el conflicto son vulneraciones de este orden y de las cuales son responsables personas concretas: las autoridades provinciales, los señores locales, los comerciantes de trigo, etc.
Quien lea las obras dedicadas a estudiar la España del siglo XVIII no llegará a saber que la historia del campo español —es decir, de la mayoría de los españoles— está llena de resistencias y revueltas. Ha influido en ello no sólo el carácter aislado de tales acontecimientos, que nunca llegaron a constituir una seria amenaza para el sistema vigente, sino también la escasa importancia que la historiografía académica otorgó a los campesinos como actores de la historia. Cuando se comenzó a buscar con otra óptica surgió un pasado de tensiones y de luchas, y comenzamos a adivinar perfiles desconocidos de conflicto social de grandes episodios como la guerra de Sucesión o la de la Independencia. Una muestra de estos hallazgos la tenemos en las investigaciones de Manuel Ardit sobre el campo valenciano. Ellas sacaron a la luz hechos tan considerables como la revuelta campesina de 1801, que, iniciada en la ciudad de Valencia, se extendió rápidamente al campo, tomó fuerza en los señoríos del duque del Infantado y llegó a sublevar cuarenta pueblos en una revuelta contra sus señores, supuestamente dirigida por el mítico Pep de l'Horta, quien ordenaba en sus bandos "que nadie pague los derechos de señorío, bajo pena de muerte". Esta revuelta, en la que se agitaban mueras a los señores y vivas al rey, concluyó aplastada por las tropas reales, que se apresuraron a ahorcar a seis campesinos y a condenar a cuarenta más a cárcel y destierro, pese a que lo más grave que habían hecho los revoltosos había sido borrar las armas de los

"Procesión durante el reinado de Fernando VII", óleo atribuido a Goya, ilustra la vigencia del fervor español en ciertos sectores. Las fricciones existentes entre el grupo conservador —defensor del antiguo orden católico— y el liberal —de marcada tendencia anticlerical— estallaron a la muerte de Fernando VII provocando las guerras civiles carlistas.

El régimen señorial en España: explotación campesina y hambre

Al principio del siglo actual apenas tenía Ayelo 200 vecinos, y en el día tiene 442. Pocas tierras hay en el reino superiores a esta en fertilidad y cultivo; pero ninguna tiene condiciones menos favorables al cultivador, el cual contribuye al señor territorial la tercera parte del fruto de los árboles, excepto las higueras, que son francas; la cuarta parte de los granos criados en la huerta; la sexta de los sembrados en secano, y algo menos de la séptima del vino. A esta contribución, que igualmente pagan otros muchos pueblos del reino, se añade que el propietario del campo incurre en tres pesos de pena si coge la más pequeña porción del fruto de sus campos antes de verificarse la partición; no puede sin licencia cortar ramo alguno principal de los árboles, podarlos, ni arrancar los muertos, cuyo tronco se apropia el señor territorial; debe también traer a sus expensan las cosechas y hacer tres montones para que el representante del señor escoja el que más le acomode, resultando de las demoras indispensables perjuicios que causan las lluvias y contratiempos.

(A. J. Cavanilles, *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reyno de Valencia.* Madrid, 1797, tomo II.)

He visto (y esta imagen horrible me altera todavía), he visto en el año de 1786 la triste confirmación de estas verdades... la Esterilidad de las cosechas se había combinado con la epidemia de las tercianas para asolar aquella infeliz Mancha, tan cruelmente angustiada por todos los géneros de opresión, que devastan como a porfía los comendadores, los grandes propietarios, la cancillería, el clero y los tributos, con la mayor desproporción entre lo que se exige de ella y lo que se la restituye; he visto entonces centenares de sus infelices moradores en el instante inmediato a las cosechas correr de lugar, y afanarse a llegar mendigando hasta Madrid: el padre y la madre cubiertos de andrajos, lívidos, con todos los síntomas de la miseria, de la enfermedad y de la muerte, y los hijos enteramente desnudos y extenuados; muchos conseguían venir a morir en los hospitales, otros expiraban en el camino, y me parece que estoy viendo todavía uno de estos infelices muerto al pie de un árbol, inmediatamente a la casa en que me hallaba. La fuerza de la enfermedad y del hambre había acallado en la madre y los hijos los gritos de sangre; rodeaban el cadáver yerto de su marido y padre, sin lágrimas y sin ninguna de aquellas expresiones dolorosas que alivian el propio sentimiento; su actitud su silencio, anunciaban la calma horrible de la desesperación.

(Conde de Cabarrús, *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública.* Madrid, 1808.)

Un pasquín de una revuelta urbana del siglo XVIII

Nos, la Caridad y Celo Público de esta ciudad, mandamos a cualesquiera personas aficionadas a sostener los derechos, prerrogativas, preeminencias que por el derecho civil y de gentes, público y privado nos competen, contra los crueles enemigos que atesoran los bienes de los pobres representantes en Cristo.

Que por cuanto, sin embargo de haber fijado tres carteles amonestando fraternalmente al intendente y sus conjuntas personas, y no habiéndose experimentado alivio alguno, si antes bien prosiguen en sus depravados ánimas. Por tanto, otra vez:

Mandamos a todas las dichas personas que, si desde el día de la fecha del primer cartel hasta el día ocho del presente mes no se experimenta patentemente el bien público que tanto deseamos, estén prevenidos con lo necesario, y, a la seña que se tiene comunicada, concurran al puesto destinado, para ejecutar las extorsiones y hostilidades que en tales casos nos son permitidas. Y para que conste y no se alegue ignorancia, lo mandamos fijar en los puestos acostumbrados, firmado de nuestra mano, y refrendado de nuestro infrascripto secretario. En Zaragoza, a 4 de abril de 1766. Nos la Caridad y Celo Público. Por su mandato, el Juicio Cristiano y Político, secretario.

(Tomás Sebastián y Latre, *Relación individual y verídica del suceso acontecido en la ciudad de Zaragoza el día 6 de abril de 1766.* Zaragoza, 1766, pp. 15-16.)

escudos de piedra de los señores, símbolos de una opresión secular. Si un episodio como éste ha podido permanecer totalmente ignorado hasta nuestros días, piénsese en cuantos Fuenteovejunas ignorados quedan en la historia del Antiguo Régimen español.

Las revueltas urbanas suelen tener como motivo más frecuente una crisis de subsistencias. Pero no deben interpretarse como una respuesta mecánica a un estímulo económico. En la mayoría de estas acciones hay alguna noción legitimadora, es decir, una idea de que se está obrando en defensa de costumbres o derechos tradicionales, vulnerados por abusos concretos. Tales acciones no fueron raras en la España del Antiguo Régimen, pero casi siempre se redujeron a episodios locales de alcance muy limitado. Sólo en un caso, el del llamado "motín de Esquilache", de 1766, el movimiento cobró tanta fuerza que llegó a amenazar seriamente al gobierno (no a la monarquía, puesto que no se dirigía contra ella); pero la crisis pudo ser superada tras haberse adoptado algunas medidas de reforma y haberse convencido el gobierno de que, dada la escasa articulación del mercado español, la libertad de comercio de los granos era una medida prematura que daría lugar a que el pueblo creyese que cada manifestación de escasez o carestía del pan era consecuencia de las especulaciones de negociantes sin escrúpulos. El control de los granos y la tasa del pan eran medidas tradicionales cuya continuidad se creían con derecho a reclamar los sublevados, como sucedió en Zaragoza, donde una de las consignas que circulaban decía: "Quemar a los usureros, saquearlo todo; pues tenemos derechos los pobres".

Una demostración de las grandes diferencias existentes entre estas formas de protesta popular prepolítica y los movimientos auténticamente revolucionarios nos la dan los "alborotos del pan" que se produjeron en Barcelona en marzo de 1789. La ca-



Los trabajadores rurales sufrían condiciones laborales sumamente duras. El conde de Cabarrús los describe en 1808 como "cubiertos de andrajos, lívidos, con todos los síntomas de la miseria, de la enfermedad y de la muerte"





restía provocó el levantamiento del "pueblo bajo", pero, a diferencia de lo que sucedería en Francia pocos meses después, la burguesía y los estamentos privilegiados formaron en Barcelona un frente cerrado contra los alborotadores y colaboraron en la represión del movimiento, que se redujo así a una de las tantas crisis de subsistencia que, sin mayor trascendencia política, en España se seguirían repitiendo hasta comienzos del siglo XX. Para que del motín de subsistencia urbano o la revuelta antiseñorial campesina se pase a la revolución será necesario que la violencia se dirija contra la propia organización de la sociedad y que ofrezca un programa alternativo: un conjunto de soluciones políticas, económicas y sociales que habrán de implantarse una vez que se haya derribado el viejo sistema. Este programa lo elaborará la burguesía, que acertará a convertirlo en un objetivo ampliamente compartido y llevará tras de sí, colaborando en los mismos propósitos, al naciente proletariado industrial. También en la revuelta campesina había un potencial movilizable, como lo demostraría la Revolución Francesa, pero las circunstancias en que se produjo el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa en España impedirían la participación de los campesinos.

La primera fase de la industrialización y el nacimiento del proletariado industrial en España

La industria moderna se inició en España a fines del siglo XVIII. Surgió como consecuencia del estímulo de los mercados coloniales americanos, centrada en la producción de tejidos de algodón y localizada sobre todo en Cataluña. Un foco paralelo malagueño, que llegó a alcanzar mucha importancia, se frustró y no

tuvo continuidad. El volumen de estas actividades iniciales no fue muy grande, pero resultaron importantes como fermento que aceleraría una serie de trasformaciones económicas y sociales irreversibles. Este primer episodio de la historia del capitalismo industrial español "cambió el principio del modo de producción: producir para vender y no simplemente para consumir". La burguesía catalana, que vivió en feliz alianza con el Antiguo Régimen mientras éste le garantizó el monopolio colonial, despertó a la realidad de España después de 1814. Perdidos los mercados coloniales, los fabricantes trataron de suplirlos con el mercado interior español, y advirtieron entonces que aquella sociedad anquilosada y aquella economía atrasada no podía servir de base para un desarrollo industrial. Esta toma de conciencia —que no era simple reflejo egoísta de sus intereses, sino afán de un progreso general, al cual estaba ligado el suyo propio, y que la comprometía a asumir el papel que le correspondía en la lucha contra el Antiguo Régimen, cuya fase final se produjo en los años 1833 a 1840, con motivo de la primera guerra carlista.

Aunque la industria moderna asentada en Cataluña fuese de proporciones modestas, su aparición tuvo consecuencias revolucionarias. Son muchas las razones que lo explican. Por ejemplo, la concentración de estas actividades, localizadas en su mayor parte en una reducida área en torno a Barcelona, que permitió una suma de factores críticos suficiente como para reproducir a escala local el tipo de cambios económicos y sociales que se estaban produciendo en los países industrializados. Piénsese que la industria algodonera pasó de emplear unas 10.000 personas en 1760, a dar trabajo a cerca de 70.000 en 1800 y a 100.000 en la primera mitad del siglo XIX, y que gran parte de estos obreros se concentraban en la ciudad de Barcelona y en sus alrededores.

No fueron las dimensiones de este proletariado, sino los rasgos nuevos que presentaba, lo que impresionó a los contemporáneos. Las actividades industriales tradicionales movilizaban también un considerable número de trabajadores, pero lo que se daba en ellas era la existencia de éstos en un punto concreto y el predominio de gentes que dependían por entero de su ocupación industrial y que no aportaban a ella más que sus brazos. Gente que trabajaba en locales industriales de propiedad de un empresario y con instrumentos de trabajo pertenecientes a éste y que estaban, por ello, vitalmente ligados a la suerte de la industria. Un ejemplo nos permitirá advertir mejor la diferencia entre la mano de obra de la industria tradicional y de la moderna. A comienzos del siglo XIX la ciudad de Reus, un centro industrial y comercial muy activo, con fuerte proyección sobre la comarca circundante, tenía unos 15.000 habitantes, entre los que predominaban los dedicados a actividades artesanas e industriales. Había en la ciudad más de mil trescientos maestros de oficios tradicionales (a los que habría que añadir oficiales y aprendices), ciento doce alambiques de destilación de aguardiente, tejedurías, etc. Tenía importancia también la industria textil, tanto la vieja como la moderna. En el hilado de las fibras tradicionales (lino y cáñamo) trabajaban "más de tres mil mujeres, que por la mayor parte son de los pueblos vecinos de éste; trabajan en sus casas, muchas de ellas solamente a las horas desocupadas". El hilado del algodón, en cambio, se realizaba con trecientas máquinas, propiedad de seis firmas industriales, en las que trabajaban "unas mil mujeres la mayor parte de seis a veinte años, con un jornal de dos a seis reales". Resulta evidente que las hiladoras domésticas, por grande que sea su número, no significan una ruptura de las formas de vida tradicionales como la que pueden producir estas mil obreras concentradas en seis fábricas de Reus.

Los contemporáneos se daban

En las últimas décadas de la monarquía absoluta el estado español contrajo enormes deudas exteriores. Para aliviar esta situación se vendieron tierras de la Iglesia y buena parte de las tierras comunales de los pueblos, resultando que todas esas propiedades fueron compradas por miembros de la aristocracia.

"El tiempo de las especias", grabado del siglo pasado.

Las relaciones mercantiles con las colonias americanas fueron, durante mucho tiempo, fuente principal de ingresos para la burguesía metropolitana.

perfectamente cuenta de lo que significaban los cambios sociales que se estaban produciendo a su alrededor. Un documento revelador, dirigido al rey por la Audiencia de Cataluña, expresión de la burocracia del Antiguo Régimen, nos muestra la agudeza con que estos hombres captaban lo que estaba sucediendo en Barcelona, en fecha tan temprana como 1785. Los magistrados se lamentaban de que las viejas industrias de la lana y del lino fuesen abandonadas por las fábricas de telas de algodón de las Indias (América). Los obreros "encuentran todos mayor limpieza y comodidad en el laboreo del algodón. Abandonan por él hasta la misma agricultura, y como no pide fuerza excesiva ni grande inteligencia el maneio de las indianas, todos se dedican a vivir de esta ligera ocupación que en pocas horas da un jornal excesivo, sin privar a los que le ganan de entretener sus vicios y ser unos miembros corrompidos y perjudiciales de la república. Los vagos tienen una fácil acogida en las fábricas de indianas y por este medio se ocultan a los ojos de la justicia. Las costumbres se corrompen diariamente con la frecuencia de ambos sexos y se padecen graves menoscabos en lo más sublime de la Religión". La acumulación de estas gentes dentro de la ciudad causaba serios inconvenientes. Había provocado la subida de los alquileres, se contaminaba el aire, etc.

Pero más graves eran los inconvenientes que podríamos llamar sociales. Por ejemplo, el de que los fabricantes se erigiesen en los nuevos potentados y que llegasen al extremo de comprar un hermoso palacio, "digno alojamiento para cualquier personaje", para dedicarlo a actividades industriales. Se lamentaban de ver "su delicioso jardín, tal vez el mejor de esta ciudad (. . .), reducido en gran parte a tendedero de indianas". Y más serias aún son las "consideraciones políticas", que los mueven a exclamar: "nadie es capaz de prevenir las consecuencias que pueden ocasionar tantos millares de **hombres cerrados dentro de las** murallas, casi todos de bajísima extracción, y a quienes sería difícil contener en un momento desgraciado". Estos funcionarios de la monarquía absoluta habían adivinado que en la nueva industria, y muy especialmente en la alianza entre gran burguesía y proletariado, se estaban engendrando las fuerzas que destruirían su mundo.

Los políticos ilustrados del siglo XVIII español, que compartían con los fisiócratas franceses el ideal de una sociedad agraria, esencialmente estacionaria, simpatizaban con la "industria popular", esto es, con la actividad descentralizada que ocupaba a las familias campesinas (especialmente a las mujeres) en el tiempo que les dejaban libres sus otros trabajos, y que les permitía regularizar sus ingresos, actuando como factor de estabilidad social. Esta industria no rompía el marco de la sociedad tradicional, ni arrebataba brazos al campo. Era perfectamente compatible con la persistencia del Antiguo Régimen, que estos hombres se proponían reformar, para paliar sus defectos y hacer posible su supervivencia. No es de extrañar, por tanto, que los propios señores territoriales favoreciesen la difusión de tales doctrinas e impulsasen a sus súbditos a que enseñaran a sus esposas e hijas oficios útiles que pudieran practicar en sus hogares, para que remediasen con ellos su miseria, sin buscar solución a sus problemas en la modificación de las relaciones productivas en la agricultura. Pero que en las ciudades se creasen grandes fábricas y se acumulase un ejército de obreros que quedaban al margen de las formas tradicionales de vida y que estaban construyendo el sistema de relaciones de un mundo nuevo era un hecho que les desagradaba profundamente. Siempre lo consideraron como algo malsano y pasajero, fuera del orden natural de las cosas. En 1808, cuando estas transformaciones ya habían avanzado hasta un punto del que era imposible retroceder, Cabarrús seguía diciendo **que "la naturaleza no nos hizo**





para amontonarnos en grandes ciudades" y profetizando que "todo anuncia la ruina de la industria catalana". Al desagrado se unió muy pronto el temor. Ya no eran las masas desorganizadas de los tumultos de subsistencias urbanas. Los obreros tenían sus dirigentes naturales en la burguesía y ésta, como había mostrado el ejemplo de Francia, era perfectamente capaz de suplir el orden tradicional con una sociedad nueva. Carlos IV, que se encontraba a punto de hacer concesiones comerciales a los franceses, se rectificó, atemorizado, cuando un cortesano observó que, si la competencia de los tejidos franceses "llegase a malparar algunas fábricas entre nosotros, son de temer el descontento y los motines de la parte de los obreros".

Para comprender la larga etapa de dependencia durante la cual el proletariado industrial marchó a remolque de la burguesía, compartiendo sus formulaciones ideológicas y auxiliándola en su lucha por el poder, hay que tener en cuenta, además de la dificultad de que los obreros adquiriesen una conciencia de clase y elaborasen sus propios programas políticos, el hecho de que combatían contra un enemigo común.

Las fluctuaciones de prosperidad y crisis de la industria dependían entonces, sobre todo, de las alternativas de paz y de guerra que afectaban al comercio colonial. Una crisis no era atribuible a los patronos. Faltaba la demanda y los industriales "se veían obligados" a despachar a una parte de sus trabajadores. La reacción normal del patrono ante una crisis no era la de bajar los salarios de sus empleados, sino la de disminuir los puestos de trabajo en la medida en que se había reducido su actividad. Ello contribuiría a que se atribuyesen las responsabilidades a la sociedad y a que se considerase que patronos y obreros eran, conjuntamente, víctimas de unas circunstancias que no habían provocado. En Barcelona, por ejemplo, una crisis significaba una masa de parados que no podía ser absorbida fácilmente por

otras ocupaciones, como las obras públicas con que las autoridades solían hacer frente al paro urbano. Para prevenir el peligro de desorden social que representaban estos desocupados, las autoridades recurrían a la organización de "ollas públicas" y otras formas semejantes de asistencia caritativa. Entiéndase que no eran razones de humanidad las que las movían a esto, como lo demuestra la total indiferencia con que estas mismas gentes veían las tremendas hambres rurales, con sus secuelas de muerte, sino el temor a la agitación urbana.

A fines de febrero de 1820, Castaños, capitán general de Cataluña, anunciaba que, en vista de que "algunos amos, obligados a reducirse a lo más preciso, minoran de trabajadores, aunque con el mayor sentimiento", la Junta de caridad que él presidía organizaría el socorro y asistencia de los parados y de sus familias, a quienes se daría comida en la Casa de Caridad (sopa de arroz y un guisado de carnero, al mediodía, y un plato de legumbres, por la noche), a la vez que se les ayudaría a pagar el alquiler de sus viviendas. Para ello debían presentar un papel de su antiguo dueño que acreditase haber sido despedido por "las circunstancias del tiempo" y otro del párroco que garantizase que hacía por lo menos un año que vivían en Barcelona. Una vez admitidos, "deberán todas las mañanas presentarse, y en la hora que se les señalará, en la Casa de Caridad, y permanecerán en ella hasta el anochecer, y después de la cena podrán retirarse con su familia a sus casas respectivas". Ahora bien, "los individuos de ambos sexos (sic) que no tengan padres, deberán dormir en la casa, pues podría su salida ocasionar un peligro a la buena moral". Todas estas medidas de recogimiento tienen más que ver con la política que con la moral: hacía ya dos meses que Riego andaba recorriendo con sus tropas los caminos de Andalucía, proclamando a su paso la constitución. Pero este "proyecto grandioso" (así lo calificaba Castaños) no sirvió de nada. Al cabo de poco más de una semana los trabajadores barceloneses serían los protagonistas de las manifestaciones que obligaron a Castaños a dimitir e impusieron el retorno al régimen constitucional. Si hemos de creer lo que nos dice un fraile barcelonés que fue testigo de los acontecimientos, "los fabricantes cerraron las fábricas e hicieron salir a sus trabajadores para que fuesen al Llano del Palacio a gritar".

La alianza y la solidaridad de patronos y obreros estuvo justificada mientras luchaban contra los mismos enemigos y mientras parecía que palabras como "libertad" definían unos objetivos comunes. Pero llegó un momento en que se logró terminar con el Antiguo Régimen y la burguesía, alcanzados sus objetivos —su libertad—, detuvo su actuación revolucionaria. Sería entonces cuando el proletariado descubriría que sus propias aspiraciones quedaban mucho más lejos, exigían muchas más trasformaciones, y que habría de conquistarlas combatiendo contra sus aliados de ayer.

Las condiciones de vida de los trabajadores industriales en la primera mitad del siglo XIX

Para comprender mejor la ruptura gradual que se produjo entre la burguesía industrial y sus obreros convendrá echar una ojeada a las condiciones de trabajo y de vida de éstos. Centremos nuestra atención en la industria algodonera catalana, que constituiría en esta época el único núcleo importante de industrialización moderna: en 1857 la provincia de Barcelona concentraba un tercio de la producción industrial del país, mientras que la provincia que ocupaba el segundo lugar en importancia, la de Málaga, solo contaba con un 5 % del total nacional.

En algunos países el proceso de privatización de las tierras se desarrolló paralelamente al surgimiento de una industrialización pujante, y la población expulsada de la tierra tuvo nuevas fuentes de trabajo en las fábricas de la ciudad. En España, dado el bajo nivel de industrialización, las consecuencias fueron negativas: se constituyó un proletariado agrícola, con un alto porcentaje de desocupados, que por su abundancia y bajo costo hacía innecesarias las mejoras técnicas.

"No puede sin licencia cortar ramo alguno principal de los árboles, podarlos ni arrancar los muertos, de cuyo tronco se apropia el señor territorial; debe traer a sus expensas las cosechas, y hacer tres montones para que el representante del señor escoja el que más le acomode, resultando de las demoras indispensables perjuicios causados por lluvias y contratiempos."
A. Cavanilles, refiriéndose a los campesinos, en "Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reyno de Valencia", 1797.

Los cien mil obreros de la industria algodonera se dividían en un 40 a 45 % de hombres, otro tanto de mujeres y de un 10 a un 20 % de niños. El aumento de la mecanización, al simplificar el trabajo, permitió aumentar la proporción de niños, que, lógicamente, cobraban salarios inferiores a los de los adultos. Los trabajadores masculinos dominaban en el tisaje, mientras que en el hilado, que exigía más habilidad que fuerza física, la proporción de mujeres y niños era aplastante.

La jornada de trabajo era de doce a quince horas diarias, y si bien parece que era frecuente vagar el lunes, ello no significaba ningún alivio para los jornaleros a quienes se pagaba exclusivamente los días trabajados. Los locales de trabajo serían descritos, años después, como "locales bajos, de escasa capacidad, mal ventilados, faltos de luz y casi siempre húmedos en exceso". Como esta descripción procede de un fabricante, que era a la vez dirigente destacado de la burguesía industrial catalana, parece difícil tacharla de parcial o exagerada.

La explotación de los niños era uno de los aspectos más lamentables del sistema. Ramón de la Sagra nos ha transmitido la imagen de uno de los niños que "permanecen encorvados muchas horas, vigilando los hilos de los telares para anudarlos cuando se rompen, o en otras tareas igualmente pesadas y monótonas". Su actividad laboral comenzaba a muy temprana edad (recuérdese que las fábricas de hilados de Reus empleaban a niñas de seis años) y sus largas jornadas de catorce horas y quince horas no dejaban lugar para que recibiesen ni siquiera una instrucción elemental. Pero esta mano de obra barata les parecía indispensable a los patronos, de modo que a fines del siglo XIX seguirían oponiéndose a que se prohibiese el trabajo de los niños, y a que el estado pagase su educación, en nombre de la libertad: libertad de los patronos para reducir sus costos y libertad de las familias para aumentar sus magros ingresos con los salarios infantiles.

Aunque existía un amplio sector de trabajadores a domicilio, su situación no parece haber sido mucho mejor que la del peonaje que prestaba sus servicios en la fábrica, ni su independencia era mayor que la de éstos. Donde se llegó, sin embargo, a los mayores y más inicuos extremos de explotación fue en las colonias fabriles, respecto de las cuales se ha hablado, sin demasiada exageración, de "feudalismo industrial". En ellas no solo se defraudaba al obrero de su salario a través de las compras obligadas en las tiendas patronales, sino que se vigilaba y controlaba rigurosamente su vida, sometiéndolo a la condición de siervo adscrito a las máquinas.

¿Cuál era el nivel de vida de estos trabajadores? El estudio que Ildefonso Cerdá realizó a mediados de siglo nos permite conocer el presupuesto de gastos de una familia obrera. Más de la mitad de sus ingresos se destinaba a la alimentación y, dentro de este capítulo, el pan absorbía la mitad de la suma gastada diariamente, lo que equivale a decir que en él se consumía la cuarta parte del salario. La otra mitad del dinero gastado en alimentos se destinaba a comprar una sardina salada para el desayuno (los niños solo tomaban pan), habichuelas para la comida y patatas para la cena, más el aceite que servía para condimentar estos alimentos y dar luz en el candil. La carne estaba prácticamente ausente de la alimentación popular, donde el máximo refinamiento debía ser el bacalao.

Carecemos de buenos estudios sobre la evolución de los salarios. La única aproximación de que disponemos, efectuada por Miguel Izard, nos muestra que de 1849 a 1862 hubo una disminución del 11 % en las remuneraciones pagadas a distintas categorías de obreros textiles. Esta disminución fue muy acusada en los años 1857-1858, cuando, derrotado el régimen progresista que había subido al poder con la revolución de 1854, los patronos pudieron cobrarse los dos años

de agitación obrera durante los cuales habían tenido que permanecer a la defensiva.

A la vista de estos datos no habrá de extrañarnos el panorama que surge de los estudios de la vida media de los ciudadanos barceloneses hechos por el propio Cerdá y basados en datos de los años 1837 a 1847. Mientras la duración media de la vida de un hombre de la "clase rica" había sido en esta década de cerca de 34 años, la del hombre de la "clase pobre o jornalera" se limitió a 20 años. La diferencia de fortuna entre el patrono y sus obreros no solo se reflejan en la posibilidad de obtener más goce de la vida, sino en la probabilidad de vivir casi el doble.

Las primeras luchas obreras y la formación de una conciencia de clase

La industria tradicional conoció también el conflicto y y las tensiones. A fines del siglo XVIII dos tejedores de la manufactura real de Guadalajara pusieron unos inocentes pasquines en que amenazaban al director que acababa de rebajarle los salarios. En ellos le anunciaban que sería perseguido de sus enemigos por quitar el jornal a los tejedores". Aunque la cosa no pasó a mayores, y aunque los "delincuentes", según parece, eran menores de edad, uno de ellos fue condenado a cinco años de servicio de armas en el ejército. Pero ni acciones aisladas como ésta ni algunas huelgas, que no faltaron, revelan la existencia de una conciencia de clase o de algún tipo de organización obrera.

Los episodios más espectaculares provocados por el avance de la industrialización son los actos de destrucción de máquinas, el luddismo. Pero no debemos engañarnos acerca de su significado. El luddismo es una forma de acción popular propia de la edad preindustrial, que no iba a arraigar en el proletariado fabril porque no resolvía adecuadamente sus problemas. La mayoría de los casos de destrucción de máquinas que conocemos en España parecen ser reacciones de artesanos o de trabajadores a domicilio contra la introducción de métodos de mecanización que los privaban de trabajo y se dieron sobre todo en industrias menos avanzadas que la algodonera.

El caso de Alcoy en marzo de 1821, resulta revelador. La ciudad fue asaltada por vecinos de los pueblos circundantes que realizaban en sus domicilios, en tornos manuales, el hilado de la lana que consumía la industria alcoyana. Los asaltantes, que formaban un grupo de 1.200 personas, se introdujeran en las fábricas de extramuros, donde quemaron 17 máquinas de hilar. Pero las autoridades negociaron con ellos y consiguieron que se retiraran sin entrar en la ciudad, tras haberles prometido que se descontarían las nuevas máquinas y que se les seguiría dando trabajo.

De tipo parecido debe haber sido el asalto a la fábrica de Miquela Lacot, de Camprodon, a quien en 1823 le destruyeron unas máquinas de cardar e hilar lana. Este hecho dio lugar a la publicación de una real orden en la que se intentaba tomar medidas para evitar tales destrucciones. Sabemos poco de sucesos semejantes en Sallent y en Segovia, y los de Barcelona en 1835 —cuando, en medio de la agitación revolucionaria que condujo a la quema de los conventos, se prendió fuego a la fábrica "El vapor", de Bonaplata y Compañía— resultan bastante confusos. Se rumoreó entonces que otros fabricantes, temerosos ante la competencia de una instalación tecnológicamente avanzada, habían incitado a los incendiarios. El caso es que la burguesía barcelonesa, que había dejado arder los conventos sin demasiada aflicción, reaccionó rápidamente ante la quema de una fábrica y tomó severas medidas represivas. Conviene señalar, además, que destrucciones de esta índole no se repetirían con frecuencia en los sectores industriales modernos.

La historia de la lucha obrera organizada, aquella que trasciende el conflicto individual entre un patrón y sus obreros, comienza en Barcelona poco después de 1830. En enero de 1834 un grupo de "seis jóvenes tejedores" presentó al capitán general un documento acerca del problema que enfrentaba a los obreros textiles con sus patronos —el de la longitud o tiraje de las piezas tejidas—, afirmando que lo hacían "en nombre de sus compañeros", esto es, de un conjunto de millares de tejedores encuadrados en distintas industrias. No nos ocuparemos aquí de esta compleja disputa laboral, puesto que lo único que importa es que lo que en el fondo se debatía era la indefensión en que se hallaban los obreros ante las presiones patronales para aumentar el trabajo y disminuir la remuneración. Los acontecimientos revolucionarios de 1835, y la inquietud suscitada por el incendio de la fábrica de Bonaplata, sirvieron al menos para que las autoridades barcelonesas se ocuparan seriamente del asunto. Se publicó una orden que fijaba la longitud de las piezas y se creó una "Comisión inspectora de fábricas", integrada por personas entendidas en las cuestiones textiles, excluyendo a los fabricantes, que debía arbitrar los conflictos entre los jornaleros y sus patronos y que inspeccionaría las fábricas para vigilar el cumplimiento de las disposiciones sobre la longitud de las piezas, denunciando a los patronos infractores para que la autoridad los multase. A cambio de este arbitraje y de esta inspección, que jamás llegaron a funcionar, se ordenaba a los obreros que dejaran de protestar, dentro o fuera de las fábricas, contra la conducta de sus patronos. Tenían ahora la comisión inspectora y debían acudir a ella para presentarle sus quejas. Quien eludiera este cauce legal y protestara individualmente, sufriría un arresto de ocho días, la primera vez, y en

caso de reincidencia sería expulsado de Barcelona "como hombre díscolo y perjudicial a la sociedad", a la vez que se pasaría aviso a todos los patronos para que ninguno de ellos le diera trabajo. Esta medida imponía el silencio de los obreros, puesto que a éstos les constaba que, en caso de presentar una denuncia pública contra sus patronos, serían despedidos sin remisión. Las pomposas disposiciones sobre inspección y arbitraje no habían tenido en cuenta que los patronos podían echar a la calle a aquellos de sus obreros que se les antojara, sin necesidad de justificar los motivos del despido. Buena prueba de que esta ley no favorecía a los obreros nos la da el hecho de que en otras ocasiones en que se produjeron enfrentamientos, serían los patronos quienes reclamasen la aplicación del bando de 1835, sabiendo que su primera consecuencia era la de reducir al silencio a los obreros.

No se arregló nada con esta medida, como era de esperar, y el problema de la longitud de las piezas volvió a plantearse en otras ocasiones provocando conflictos sociales que se entremezclan y confunden con los enfrentamientos políticos entre los grupos progresistas avanzados, integrados por obreros, artesanos y miembros de la pequeña burguesía, y los dirigentes de la burguesía industrial, aferrados ahora a un conservadorismo a ultranza, que contrastaba con veinte años de actuación revolucionaria.

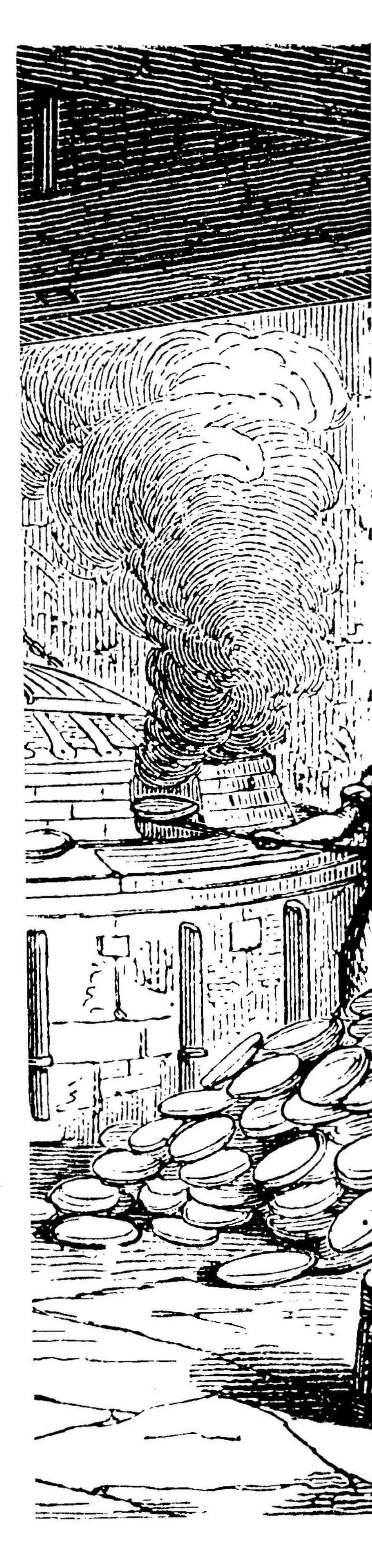
Los obreros sabían que su única esperanza residía en la asociación, en la creación de cajas de resistencia que les permitiesen llevar a cabo amplios movimientos de huelga. Pero la autoridad rechazó repetidamente todas sus peticiones para asociarse, dando la razón a los patronos, que sostenían que había que salvaguardar la libertad de contratación entre patrono y obrero, y que tan libre había de ser el uno para fijar las condiciones de trabajo y el salario, como lo era el otro para rechazar el trabajo, o abandonarlo, si las condiciones y el precio no le agradaban.

En 1839 hubo cierta liberalización en la aceptación de estatutos de sociedades de ayuda mutua y los obreros textiles de Barcelona intentaron conseguir la aprobación de los de una "Sociedad de mutua protección de tejedores de ambos sexos", que era, en realidad, una sociedad de resistencia. No lo lograron esta vez, pero lo conseguirían pronto. Con ello darían el primer paso en su actuación colectiva y autónoma, no solo independiente de la burguesía industrial bajo cuya hegemonía habían permanecido hasta ahora, sino encaminada a luchar contra ella. Era la primera cristalización de una conciencia de clase, el descubrimiento de la necesidad de luchar conjuntamente contra una explotación común; esto es, el descubrimiento del sindicalismo moderno.

Las primeras etapas del sindicalismo

En 1840 se inició una fase de expansión económica que parecía repetir la experiencia de la revolución industrial tal como se había desarrollado, o se estaba desarrollando, en otros países de Europa. Fue, en primer lugar, el crecimiento de la industria textil, que quintuplicó su producción en el transcurso de veinte años. Más adelante, el gobierno se empeñó en promover la construcción de ferrocarriles, convencido de que impulsarían el crecimiento económico. Pronto iba a comprobarse que la realidad no se ajustaba a estas esperanzas. No había tráfico suficiente, su explotación resultó ruinosa y acabaron convirtiéndose en una carga para el país al ofrecerle un transporte caro, que, además, tenía que financiarse con crecidas subvenciones estatales.

Sucedía que los mecanismos del crecimiento económico eran mucho más complejos de lo que ha-





La acumulación de habitantes en los primeros centros urbanos fabriles provocó nuevas discordias. Cabarrús anunciaba que "la naturaleza no nos hizo para amontonarnos en grandes ciudades" y profetizaba que "todo anuncia la ruina de la industria". Más serias son aún las consideraciones que avisaban que "nadie es capaz de prevenir las consecuencias que pueden ocasionar tantos millares de hombres cerrados dentro de las murallas, a quienes sería difícil contener en un momento desgraciado".



bían supuesto los políticos españoles, y que no bastaba con dotar al país de una infraestructura de transporte si los cimientos de su economía estaban asentados sobre una agricultura ineficiente y atrasada. El ferrocarril, que en otros países había sido una consecuencia de la primera fase de la industrialización y que había potenciado el surgimiento de una segunda etapa, no bastaba por sí solo para asegurar el paso a un crecimiento autosostenido.

Poco después de 1860 la actividad de la industria textil comenzó a decaer y las construcciones ferroviarias se fueron paralizando. El capitalismo industrial español iba a experimentar su primera crisis general, manifiesta con toda claridad en la crisis de negocios de 1866; que conduciría a la revolución de 1868. El problema de base, la necesidad de transformar la estructura agraria, no sería abordado hasta 1932 con la reforma agraria de la segunda república. Examinando esta fase de 1840 a 1868 en sus rasgos más generales, puede llegarse a la conclusión de que la primera etapa de la industrialización española fracasó, sin poder ofrecer los resultados que de ella se esperaban. Este fracaso condicionaría el rumbo del naciente movimiento obrero. Coincidiendo con el comienzo del crecimiento en la industria textil, en 1840 el proletariado catalán consiguió canalizar sus experiencias anteriores y dotarse de formas organizativas propias de una manera estable. Acogiéndose a una disposición gubernativa dada en el año anterior con el fin de fomentar la creación de sociedades de socorros mutuos, un grupo de tejedores de las fábricas algodoneras de Barcelona fundó, el 10 de mayo, el primer sindicato de la historia española: la "Asociación de Protección Mutua de Tejedores de Algodón" o "Sociedad de Tejedores".

El crecimiento espectacular de este primer sindicato, a pesar de no haber sido oficialmente autorizado por el jefe político, muestra, sin duda, una concien-

cia de clase ya muy notable. A los diez días de su fundación se habían inscripto 3.000 tejedores, a los seis meses 10.000 y a principios de 1841 esta cifra había aumentado a 18.000. Para entonces ya contaba con amplios grupos de afiliados en la mayor parte de las poblaciones industriales de Cataluña. La celebración del aniversario de su fundación congregó, solo en Barcelona, a una multitud de entre 15.000 y 20.000 personas. En enero de 1842 el total de los afiliados habría aumentado, según fuentes dignas de cierto crédito, hasta cerca de 50.000.

Resulta interesante observar su funcionamiento puesto que había de servir de modelo a las asociaciones creadas posteriormente. Sus afiliados, a cambio de una cotización semanal, tenían derecho a una serie de prestaciones por enfermedad, paro forzoso o huelga, y debían acatamiento a las órdenes de los dirigentes que ellos mismos elegían por un sistema indirecto. La célula fundamental era la organización de centro, fábrica o taller, donde se elegían delegados ("comisionados"), a partir de los cuales se formaban los organismos dirigentes en cada localidad. Las diversas "sociedades de tejedores" locales actuaban en su ámbito de una manera autónoma, pero en la práctica se convertían en secciones de una organización única, puesto que se sometían al reglamento y a la autoridad de la de Barcelona. La dirección de ésta se hallaba articulada en dos comités: uno, la "junta directiva", con funciones decisorias y ejecutivas, compuesto por cinco miembros, y otro, la "junta consultiva", con funciones de asesoramiento y suplencia. A su lado había una serie de contadores y "oidores de cuentas". Todos pertenecían a una asamblea sindical de delegados ("reunión general de comisionados"), de cerca de un centenar de miembros, que los elegían y ante la que eran, a su vez, responsables. Había entre los tejedores sindicados una decidida preocupación por impedir la arbitrariedad y el autoritarismo de sus patronos, a los que estaban sometidos durante casi todo el día. Por ello tendieron a hacer del delegado de cada fábrica una especie de segundo poder dentro de ella y le fijaron la obligación de examinar el trabajo de los obreros que el patrono pretendiera despedir aduciendo como pretexto la falta de capacidad. Pero su objetivo fundamental fue el de mejorar los salarios o, en muchos casos, evitar su rebaja. Con este objeto desencadenaron en Barcelona, en la segunda mitad de 1840, una cadena de huelgas coordinadas. Durante varios meses, los fondos sindicales financiaron diariamente a unos doscientos huelguistas. Obtuvieron resultados bastante satisfactorios, pero algunos fabricantes se negaron a transigir, por lo que menudearon los incidentes y el Ayuntamiento se decidió a intervenir. En enero de 1841 se formó una comisión mixta arbitral, integrada por cinco representantes de los tejedores y otros tantos patronos, que llegó a un acuerdo sobre la remuneración del trabajo. Pero a los dos meses y medio los representantes obreros dimitieron ante el incumplimiento patronal de las condiciones pactadas. Con ello el camino de la conciliación quedó cerrado y el sindicato volvió a emprender una campaña huelguística.

Conflictos similares se produjeron entre 1840 y 1842, en la mayor parte de las poblaciones industriales catalanas de importancia. Algunos de ellos alcanzaron una cierta gravedad, como el de febrero de 1842 en Olot, donde un fabricante, tras efectuar un *lock-out* y negarse a readmitir a los tejedores sindicados, disparó contra un grupo desarmado que protestaba ante su fábrica, causando dos muertos y varios heridos.

Desde mediados de 1841 el panorama comenzó a cambiar muy sensiblemente. Una crisis coyuntural resultó agravada, en la industria textil catalana, por el alud de mano de obra que había originado el fin de la guerra carlista y, sobre todo, por las difi-

Ramón de la Sagra transmite la imagen de los niños "encorvados durante muchas horas, agitando los hilos de los telares para anudarlos cuando se rompen, y en otras tareas igualmente monótonas y pesadas".

De las antiguas cardadoras se pasó a la utilización de los telares mecánicos. El aumento de la mecanización simplificó el trabajo y permitió aumentar la proporción de mujeres y niños, que cobraban salarios más bajos que los de los hombres. Así, el porcentaje de mujeres alcanzaba en esta industria al 45 por cierto del total de empleados.

cultades de muchas pequeñas empresas en competir con las más grandes, que estaban renovando rápidamente sus maquinarias. Esto repercutió especialmente en los tejedores, cuyo trabajo precisaba entonces de una escasa especialización, y les forzó a plantearse como problema esencial el del socorro a los parados. Para ello, a mediados de 1842, formaron una "Compañía fabril de tejedores de algodón", que instaló una fábrica propia gracias a un préstamo del Ayuntamiento barcelonés. En la "Compañía fabril de los tejedores de algodón" dieron ocupación a unos 200 desempleados, pero esta solución no podía ser sino muy parcial. La "Compañía" se vio forzada a socorrer a un elevado número de tejedores, hasta 700 en algunos momentos, sin poder emplearlos. Pese a ser respetada por los gobiernos que se fueron sucediendo, la crisis de 1848 terminó con ella y tuvieron que venderse sus instalaciones.

El sindicato de los tejedores no fue un caso aislado. También en 1840 se organizaron en Barcelona sindicatos ("sociedades") de hiladores, impresores, blanqueadores, tintoreros, alpargateros, zapateros, medieros, carpinteros, pintores, serradores y claveteros. Finalmente, todos ellos se unieron, el primero de enero de 1841, en la primera confederación obrera de España, encabezada por una "Junta Directiva Central" que presidió el tejedor Juan Muns. Este primer frente de clase se concretó mediante el apoyo que unos sindicatos brindaron a otros en forma de préstamos mutuos de los fondos de sus cajas de resistencia.

La confederación sindical dirigió también un manifiesto a los diputados nacionales, en que reivindicaban protección a la industria, instrucción gratuita para menores y adultos y, por encima de todo, libertad de asociación. Este era, según ella, el único recurso para evitar los abusos patronales, superar la indefensión proletaria y obtener su emancipación.

En este mismo documento se definían como liberales, pero sin inclinaciones partidistas. Sin embargo, el proletariado catalán se mostró en principio favorable al general Espartero, liberal pero sin sólida formación ideológica, y en julio de 1840 se sumó masivamente a su recibimiento en Barcelona, que se convirtió en una manifestación contra la reina regente María Cristina y contra el partido moderado. Pero Espartero, nuevo regente, y el partido progresista en el poder no tuvieron reparos en ordenar la prohibición de los sindicatos un año y medio más tarde, el 7 de diciembre de 1841, aunque al poco tiempo la levantaron. El proletariado estaba más próximo, de hecho, al republicanismo jacobino que encabezaba Abdón Terradas, quien publicaría un opúsculo con una apología de los sindicatos obreros y de su dirigente Muns en 1844. Así se sumó masivamente en noviembre de 1842 a las revueltas republicanas de Barcelona contra Espartero quien había vuelto a prohibir los sindicatos, y contra el nuevo gobierno moderado, en setiembre de 1843.

Existió pues, en este período inicial, una movilización política del proletariado catalán, aunque no de sus organizaciones. Actuó en una posición subalterna, apoyando la lucha de otras clases, los sectores más avanzados de la burguesía y de la pequeña burguesía, y sus objetivos de democracia política.

De la lucha económica a la lucha política



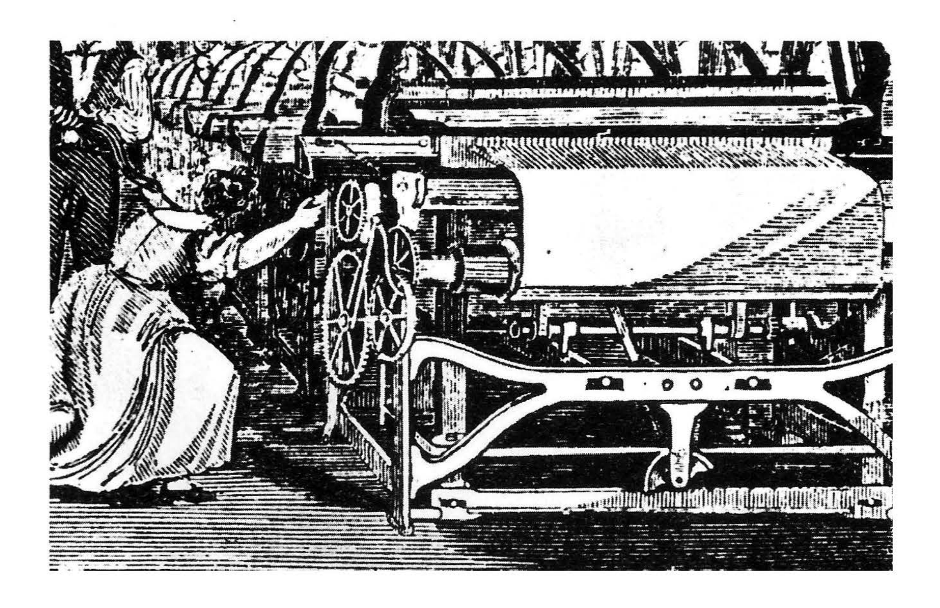
El ejemplo del movimiento obrero catalán comenzó a extenderse durante la misma regencia de Espartero en muy pequeña escala, a causa de la precariedad de la industria en las demás regiones españolas. Se organizaron los albañiles (julio de 1841), los impresores de Madrid (agosto de 1841), los mineros de la zona de Jerez de la Fron-

era y los impresores de Sevilla (julio de 1843).

Con el ascenso al poder de los moderados la anterior situación. de relativa tolerancia, se deterioró a causa de las persecuciones y la represión. Los sindicatos catalanes se refugiaron en la clandestinidad, como lo atestiguaban las severas órdenes que prohibieron las "asociaciones" en 1844, 1850 y 1853. Aparte de alguna acción aislada, como la prolongada huelga que los obreros de diversos oficios de Sabadell iniciaron en marzo de 1846, centraron entonces sus esfuerzos en obtener su reconocimiento legal. En 1848 lo solicitaron al gobierno ofreciendo ocuparse tan solo de problemas de ayuda mutua y de asegurar trabajo a todos sus afiliados, pero ni siquiera esto fue aceptado.

A pesar de todo, el sindicalismo consiguió, en cierta medida, expandirse: en 1846 se formaron, por ejemplo, diversas sociedades obreras en Madrid, en 1847 una en Béjar, donde cuatro años después funcionaban ya otras dos, y en 1850 se crearon las asociaciones de los "galoneros de algodón" y "grabadores de estampados" en Barcelona. Desde 1849 el maestro mallorquín Antonio Ignacio Cervera se consagró a la organización de sociedades obreras de ayuda mutua, para lo que se sirvió de un periódico al que tuvo que cambiar de título repetidamente por los secuestros y prohibiciones. Con el dinero de sus suscripciones (cerca de 14.000), que quedaban en su mayor parte en manos de las sociedades obreras, pudieron desarrollarse éstas en ciudades como Málaga, Sevilla, Antequera, Almería, Valencia y Huesca. Cervera estableció en Madrid una escuela para adultos que tenía 600 alumnos cuando fue cerrada por el gobierno, en 1852, y una imprenta, en la que él mismo tiraba su periódico.

Pero la mejor prueba de la continuidad e incluso del fortalecimiento del movimiento obrero en la clandestinidad la proporciona la gran huelga que desencadenaron los sindicatos de la



La primera huelga general y las reivindicaciones obreras

[...] Muchísimos son los fabricantes del Principado que, alentados por los últimos bandos del capitán general, y despreciando anteriores convenios, han despedido a sus trabajadores enviándoles a pedir limosna.
El guante, arrojado por los amos, quieren recogerlos de una vez los trabajadores, y por lo mismo, pacíficamente dejarán las cuadras y talleres hasta que se les haga completa justicia, dando de esta manera una prueba del espíritu de fraternidad que les anima.
[...] A los trabajadores no les mueven otros fines que la libre asociación para impedir que, como ha sucedido, se apodere la autoridad de los caudales que tenían para socorrerse mutuamente: quieren también fijar de un modo estable las horas de trabajo, y que se constituya un gran jurado de amos y obreros que arregle buenamente las discordias que entre ellos se susciten [...].

(Proclama de la "Junta Central de Directores de la Clase Obrera" de Barcelona, 3 de julio de 1855.)

Los sindicatos obreros y la política

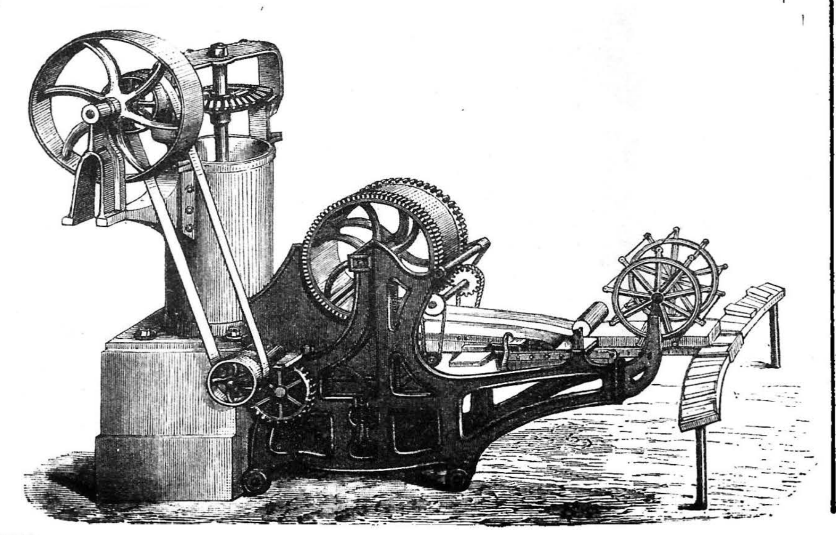
En el breve plazo de unos meses —y en ello reside la importancia del bienio progresista para el movimiento obrero español—, el proletariado superó su confianza en la lucha económica y se decidió a intervenir colectivamente en la esfera de la política:

Desde el año 1840 hasta el presente han tenido lugar muchos aconmado parte las sociedades. Ni la han tomado, ni la tomarán, porque tecimientos políticos y revoluciones sangrientas; en ninguna han tosaben que el día en que mezclasen en política sería el de su muerte; y los obreros las apreciamos demasiado para desear que busquen su sepulcro en la política. La cuestión es de trabajo, y el que quiera mezclarse en la política puede formar sus sociedades aparte.

(Manifiesto de los dirigentes de los hiladores, 15 de junio de 1856.)

En las regiones de la política está la causa de nuestro malestar: deploramos nuestros pasados errores que nos han impedido aprovecharnos de las ocasiones propicias que se nos han presentado para conquistar nuestros derechos políticos.

(Discurso del dirigente sindical Juan Alsina ante la comisión de las Cortes encargada de dictaminar el proyecto de ley sobre relaciones industriales, 9 de noviembre de 1855.)



industria textil de Barcelona el 22 de marzo de 1854. Un conflicto se inició en ese día en las principales fábricas de la capital catalana, las de Güell y Muntadas. En los días siguientes se extendió a la gran mayoría de las fábricas de hilados y tejidos y se concretaron sus reivindicaciones: mejoras salariales, reducción de la jornada laboral y derecho de asociación. La autoridad militar ordenó la detención de los dirigentes sindicales, pero, lejos de suspender sus acciones, los obreros lucharon contra las tropas en las calles. El enfrentamiento causó la muerte de cuatro obreros, numerosos heridos y unos doscientos detenidos. Pese a ello, y a la amenaza de fusilamiento inmediato para quienes los dirigieran, los trabajadores mantuvieron la huelga cinco días más. Agotados los fondos de su caja de resistencia volvieron al trabajo sin obtener sus demandas. De todos modos, al poco tiempo la autoridad militar dictó una reglamentación laboral, ajustada en parte a las pretensiones de los obreros, y liberó a los detenidos, tras una petición en ese sentido de los representantes de todos los oficios o "clases".

La revolución de julio de 1854, que devolvió el poder a los progresistas, tuvo en Cataluña un carácter bien diferente al del resto del país. Simultáneamente a la proclamación del nuevo régimen, los dirigentes del sindicato de los hiladores (la "Comisión de los Trabajadores de las Fábricas de Hilados") decidieron iniciar una huelga en protesta contra la introducción de las máquinas automáticas llamadas "selfactinas". A la huelga, que fue prácticamente general entre los trabajadores del ramo, se sumaron también los de otros sectores de la industria textil.

Más de sesenta fábricas de Barcelona y muchas de otras poblaciones quedaron paralizadas. Varias fábricas fueron incendiadas y numerosas "selfactinas" destruidas. A pesar de la dura represión (en Barcelona hubo tres fusilamientos) la huelga duró **cerca de un mes y solo concluyó**



Entrada de Espartero en Madrid. Durante el gobierno del duque de Espartero menudearon las revueltas campesinas en Andalucía: incendios de cosechas, repartos y ocupaciones de tierras privadas.

Carlos IV: detalle de un óleo de V. López Portana. Habiendo realizado ciertas concesiones comerciales a los franceses, este rey debió rectificarse, atemorizado ante la posibilidad de que si la competencia de los franceses "llegase a malparar algunas fábricas, son de temer el descontento y los motines por parte de los obreros".

cuando una violenta epidemia de cólera empeoró la terrible miseria en que se hallaban los huelguistas. Nuevas solicitudes de la "Unión de Clases" consiguieron de la autoridad militar una orden que disponía la transformación de las máquinas más modernas ("selfactinas") en otras más rudimentarias, pero los fabricantes no la cumplieron. El saldo fue totalmente negativo: en los meses siguientes consiguieron imponer el sistema de contratos colectivos.

Aprovechando la mayor tolerancia de los progresistas, el sindicalismo tomó un nuevo impulso. En setiembre de 1854 una huelga de más de 7.000 obreros de la construcción realizada en Barcelona como protesta ante los intentos de reducirles el jornal, constituyó el primer gran conflicto laboral que tuvo lugar en la ciudad al margen de la industria textil.

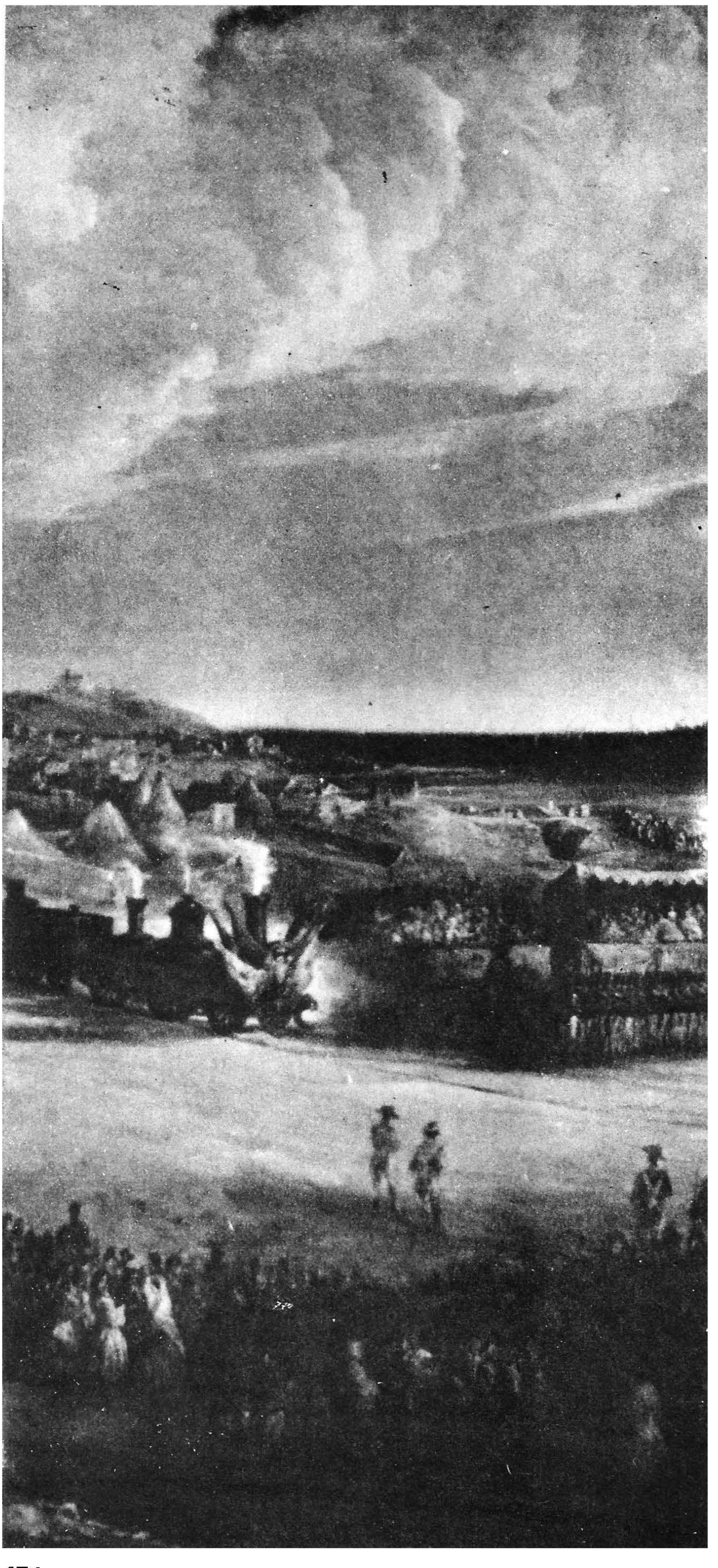
La renovada movilización sindicalista culminó en enero de 1855 con la constitución de la Junta Central de Directores de la Clase Obrera, forma confederativa, de mayor cohesión que las anteriores, que llegó a reunir a 80.000 obreros de toda Cataluña. La tolerancia progresista tenía, sin embargo, sus límites. El desarrollo del sindicalismo catalán comenzó a resultarle demasiado amenazador. En junio de 1855, después de un proceso amañado y bajo la acusación de crimen vulgar, el más prestigioso dirigente obrero, José Barceló, que había figurado a la cabeza de los grandes movimientos huelguísticos de marzo y junio del año anterior, fue ejecutado. Significativamente, en la comunicación oficial de este hecho no se caracterizaba a Barceló como criminal sino como "jefe de la Asociación de Hiladores". Culminando sus maniobras para aniquilar los sindicatos obreros, el capitán general los prohibió y anuló los contratos colectivos en su bando de 21 de julio de 1855. Ante este ataque frontal, el 2 de julio siguiente la confederación obrera ordenó la primera huelga general que tuvo lugar en España. En Barcelona y toda su comarca, la huelga se llevó a cabo rigurosamente y duró cerca de diez días. Grandes manifestaciones recorrieron varias poblaciones al grito de "¡asociación o muerte!" El dirigente patronal Sol y Padrís fue asesinado y varios fabricantes sufrieron atentados. Sin embargo, una vez agotadas las posibilidades de resistencia, los obreros aceptaron las promesas de una legislación que regularía las relaciones laborales y el derecho de asociación y depusieron su actitud.

El proyecto de la ley preparado al efecto, para cuya elaboración informaron ante las Cortes los dirigentes obreros J. Alsina y J. Molar, resultó poco satisfactorio y no se llevó a la práctica. Mientras tanto las comisiones militares, dirigidas por el coronel Rabell, efectuaban una durísima represión. Centenares de obreros fueron encarcelados, deportados a las colonias o desterrados.

Ante ellos las formas tradicionales de lucha económica resultaban totalmente desfasadas. La única respuesta que formularon fue la presentación a las Cortes de una solicitud de libertad de asociación. La distribución de las firmas que la avalaban refleja fielmente la precariedad de la industrialización y la soledad de los obreros catalanes en su combate: 22.000 correspondían a ellos (a pesar de hallarse en estado de sitio), 4.500 a los de Sevilla, 1.200 a los de Alcoy y menos de 5.000 a los de todo el resto de España.

Cuantas iniciativas tomaron los sindicatos catalanes para extender y generalizar su lucha fracasaron. El tipógrafo Ramón Simó y Badía se instaló en Madrid y fundó con este fin el primer periódico obrero, *El Eco de la Clase Obrera.* Pero tratar de cohesionar al proletariado español era un esfuerzo vano. Solo en Alcoy, donde un núcleo industrial tradicional había logrado adaptarse y subsistir, se produjeron acciones del mismo tipo de las de Cataluña, como lo prueba la huelga que se produjo en las fábricas textiles en marzo de





1856. En el resto del país, incluso donde había grupos organizados se partía de una situación de tipo artesanal que planteaba una problemática muy diferente. La manifestación de solidaridad que dirigieron los obreros sevillanos a los catalanes permite, por ejemplo, comprobarlo. La gran mayoría de los 35 firmantes representaba a oficios de naturaleza bien poco moderna: herradores, chocolateros, alfareros, guarnicioneros, barberos, etcétera.

La movilización obrera en Cataluña se prolongó en las jornadas revolucionarias de julio de 1856, en las que se trató de impedir la caída del gobierno progresista, que había dirigido la represión en los dos años anteriores, y la subida al poder de los grupos más reaccionarios. Durante ellas Rabell y los siete oficiales que le acompañaban fueron asesinados y sus cuerpos arrastrados por las calles. La cabeza del siniestro coronel fue paseada en triunfo por la ciudad y finalmente quemada.

Con la subida al poder de los moderados, los sindicatos sufrieron renovadas y más duras persecuciones y tuvieron que ocultarse de nuevo en la clandestinidad. Sin embargo, la experiencia del movimiento obrero en el bienio de 1854 a 1856 no fue pequeña. Se vieron muy claramente los límites de la tolerancia de la burguesía liberal y, sobre todo, la ineficacia de las luchas impulsadas por objetivos puramente económicos. Se llegó también a la evidencia de que era preciso alcanzar la esfera del poder y para ello participar activa y colectivamente en la política.

En los años siguientes el movimiento obrero se adhirió a las filas del republicanismo socializante, de raíz pequeño-burguesa, tras sus dirigentes más radicales o sus protagonistas más insistentes del cooperativismo. Aún tardaría años en plantearse la necesidad de elaborar una línea política propia y en poder captar en toda su amplitud la advertencia que les dirigiera en 1841 el socialista Joaquín Abreu:

"No es en el presente orden social, donde ha de encontrar satisfacción a vuestros infortunios [...], no pidáis satisfacción de vuestro derecho al régimen que se halla incapacitado de concederlo".

Las revueltas agrarias andaluzas

La disolución de los señoríos y los abusos a que dio lugar, así como las sucesivas medidas legislativas que dispusieron la desamortización de los bienes comunales, de la nobleza y del clero, durante la primera mitad del siglo XIX, tuvieron como resultado el despojo de la gran mayoría de los campesinos. Muchos de ellos eran antes colonos, verdaderos condueños de la tierra, pero todas las medidas de los gobiernos liberales redundaron en su perjuicio y en el deterioro de su condición por el endurecimiento de los arrendatarios que practicó la nueva burguesía propietaria de las tierras. Mientras en muchas regiones los campesinos, pequeños propietarios y arrendatarios reaccionaron contra la desamortización constituyéndose en la base social de los movimientos de lucha contra el liberalismo y en favor de la restauración del Antiguo Régimen, en Andalucía la diferente distribución de la propiedad agraria determinó que los efectos de la desamortización fueran muy diferentes y que desembocaran en la proletarización masiva del campesinado. En vez de combatir al liberalismo, su reacción fue exigir su radicalización. En vez de rechazar la desamortización, su reacción fue de protesta por la forma en que se había efectuado y de exigir un nuevo y más amplio reparto de tierras, para que les alcanzaran sus beneficios. El hecho de que se hubiese formado una estratificación social esencialmente distinta a la del resto de España traía aparejada una forma diferente de la lucha de clases en el campo andaluz.

Desde 1837, año de la desamortización decretada por el gobierno progresista de Mendizábal, una ola de manifestaciones y ocupaciones ilegales de tierras agitó los pueblos y los campos de Andalucía. Durante la regencia de Espartero, que amplió la desamortización, y después de ella menudearon también los repartos y ocupaciones de tierras. Al mismo tiempo se produjeron, por primera vez, acciones terroristas: incendios de cosechas y matanzas de ganado. La protesta campesina se tradujo asimismo en el recrudecimiento del bandolerismo. Probablemente este tipo de acciones de protesta tenía menos de revuelta primitiva de lo que se ha querido suponer y mucho más de táctica de lucha contra los nuevos propietarios de la tierra, habida cuenta de la dificultad de utilizar el recurso de la huelga en un contexto de acusado paro estacional y de exceso de población.

Las nuevas medidas desamortizadoras de Madoz, durante el bienio progresista, dejaron prácticamente la totalidad de las tierras andaluzas en manos de la propiedad privada. Las esperanzas de un reparto de tierras dirigido por los gobiernos liberales en beneficio de los jornaleros y de los campesinos más pobres estaban ya totalmente agotadas. Desde entonces el proletariado agrario andaluz, al igual que el industrial catalán, debió identificar la consecución de sus reivindicaciones con el triunfo del radicalismo republicano, el cual tenía un programa vagamente socialista. La clandestinidad en que el partido republicano se tuvo que refugiar y su funcionamiento en forma de sociedad secreta, tras el hundimiento del bienio progresista, contribuyó a hacer posible la disociación entre las aspiraciones de la base popular campesina andaluza al reparto de tierras y los propósitos de sus dirigentes, limitados a la lucha por una democracia formal.

Las insurrecciones agrarias andaluzas de los años siguientes al bienio progresista muestran claramente la contradicción que las

"Inauguración del ferrocarril de Gijón", óleo de Juan Pérez Villamil. Asentada sobre los cimientos de una agricultura atrasada y una industrialización pobre, la economía española no tuvo suficiente fuerza para asegurar un mercado interno fuerte. Como consecuencia de esto, el tráfico no alcanzó para mantener a los ferrocarriles y su explotación fue ruinosa.

La monarquía absoluta y las destrucciones de máquinas

Enterado el rey nuestro señor de la instancia hecha por Miquela Lacot, fabricanta de paños y bayetas en la villa de Camprodón, en Cataluña, en que, de resultas de haberse arrojado una multitud desenfrenada a desmontar las máquinas de hilar y cardar de sus fábricas, perdonando generosamente a los reos de los perjuicios que la han causado, solicita se imponga la más estrecha responsabilidad a las autoridades del país para que no se repitan estos excesos y, teniendo presentes los tristes resultados que padecieron las fábricas de Alcoy, Segovia y otras por iguales causas de anteponer los jornaleros su interés y subsistencia a la utilidad pública, como que ni tampoco debe obligarse a los fabricantes a que empleen otros brazos y gastos que los necesarios, proporcionándoles las máquinas la economía, igualdad y perfección que no logran con aquéllos, se ha servido su majestad mandar [. . .] que se imponga la más estrecha responsabilidad a las justicias y ayuntamiento de la villa de Camprodón, haciéndola extensiva a las autoridades principales de la provincia; que se pregunte a aquéllas qué medidas han tomado para reprimir y castigar a los atentadores de dichos excesos; que al menor movimiento que se observe para repetirlos, empleen las autoridades los medios que las leyes ponen en sus manos y formen causas para la averiguación y castigo de los reos; que se llamen a presencia del ayuntamiento las manos cesantes, sus padres, maridos y jefes de las familias, en pequeño número de cada vez, y se les instruya del bien que trae el uso de las máquinas, previniéndoles que, de repetirse los desórdenes, serán procesados y castigados como tumultuarios; que por medio del prelado se exhorte a los párrocos a predicarles lo oportuno que sea propio de su ministerio pastoral para impedir tamaños excesos; que se encargue a los jefes de la fuerza armada cooperen a la protección de las fábricas y a precaver todo desorden, dándoles guardias por alguna temporada, en caso necesario, y que se procure eficazmente emplear en caminos, obras públicas de la provincia y otras labores análogas a estos brazos, que claman por ocupación, y abrigan, aunque callen, la inquietud y descontento a la par de su miseria, mientras no se les proporciona útiles tareas.

(Real Orden de 24 de junio de 1824.)

Utopía y revolución

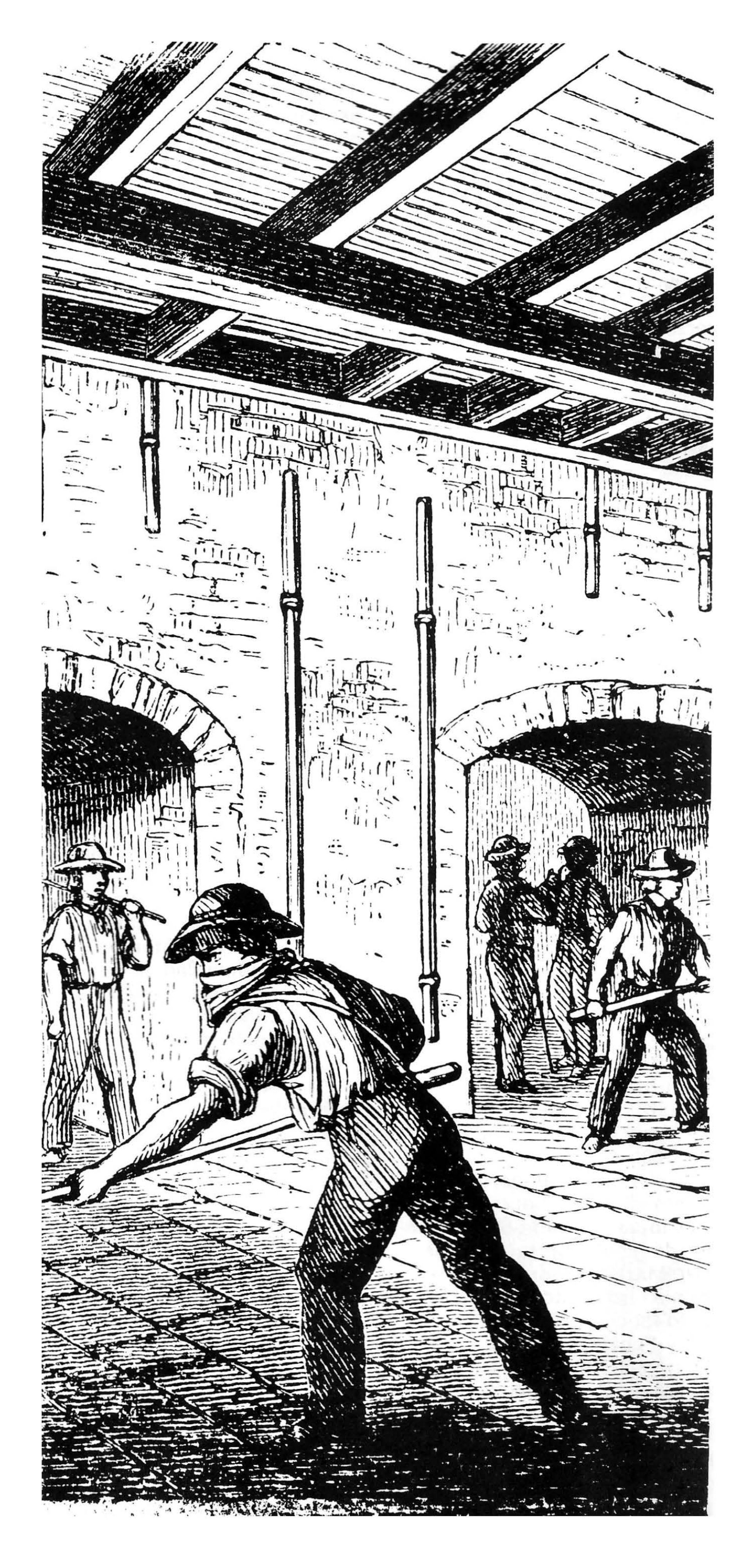
Abdón Terradas, el principal dirigente republicano en la década de 1840-1850, recogía de Cabet su análisis y su crítica de la sociedad industrial, compartía su igualitarismo, pero rechazaba su utópico proyecto de organizar una Icaria perfecta en América. No admitía tampoco su pacifismo y ponía su confianza en la revolución y en la conquista del poder político: Yo opino que sólo por la fuerza se obtienen las reformas de los gobiernos, pues no veo ninguno que espontáneamente las haga. Y como yo ante todo reconozco el derecho que tienen los pueblos a la igualdad y al bienestar, resulta que para conseguir este fin reputo buenos todos los medios, y reputo un crimen, o un grande error, el oponer obstáculos de ninguna especie a la conciencia pública para que deje de emplear aquellos medios. Harto apáticos son los pueblos para reclamar sus derechos, olvidados tras tantos siglos de servidumbre, y todos los estímulos no son suficientes a sacarle de su apatía, ¿cómo quieres que yo le predique la mansedumbre y resignación que le han predicado todos los déspotas, [. . .] No [impulsaré la realización de Icaria], porque yo quiero reservarme para ser útil a mis paisanos el día que se ofrezca oportunidad de establecer la democracia y por medio de ésta verificar las reformas sociales hacia el comunismo.

(Carta de Abdón Terradas a Narciso Monturiol fechada en 28-XII-1847. Tomado de J. Puig Pujadas, *Vida d'heroi. Narcís Monturiol, inventor de la navegación submarina*. Barcelona, 1918, pp. 54-56.)

atenazaba luchando contra la burguesía agraria y una dirección revolucionaria empeñada en proclamar su respeto a la propiedad privada como garantía de sus únicas y respetables metas de democracia y legalidad.

En julio de 1857 el dirigente republicano Sixto Cámara organizó un amplio levantamiento que tenía ramificaciones en Málaga, Sevilla y Jaén. Una partida compuesta, al parecer por artesanos y obreros de Sevilla recorrió varios pueblos para hacerlos plegar a la insurrección. Sin embargo los movimientos de los campesinos insurrectos se efectuaron en una dirección imprevista: asalto e incendio de un cuartel de la guardia civil e incendios de archivos municipales y notariales. Allí mismo terminaron los planes insurreccionales de los republicanos y el propio Cámara negaría tener la menor relación con el levantamiento. Pero el gobierno del general Narváez no dudó en dictar y ejecutar más de un centenar de condenas a muerte.

Un curso relativamente semejante tuvo la insurrección de Loja. En esta población andaluza tenía su centro una sociedad secreta de carácter carbonario, forma de clandestinidad que había adoptado el partido republicano, que tenía muchos millares de afiliados en las provincias de Málaga, Granada y Jaén. Uno de sus principales dirigentes Pérez del Alamo, levantó una partida el 28 de junio de 1861, se apoderó del pueblo de Iznájar y trató de proclamar la república. Los campesinados creyeron llegada la hora del reparto de tierras y se sumaron masivamente a las filas de la partida. Al día siguiente el ejército revolucionario, ya con 6.000 hombres, tomó Loja. El El ejército siguió creciendo hasta contar con 10.000 individuos armados y otros tantos sin armas. Finalmente Pérez del Alamo, sin dejar de proclamar su respeto a la propiedad y al orden, esperó durante varios días en Loja hasta que se presentaron las tropas del gobierno. Ordenó entonces la disolución de su ejército y huyó. La represión



Los primeros locales fabriles fueron descritos como "mal ventilados, faltos de luz y húmedos en exceso". La alimentación era insuficiente. Mientras la duración media de la vida de un hombre rico era en 1837 de treinta y cuatro años, la de los hombres de "clase pobre o jornalera" en la misma época se limitaba a veinte años.

La mano de obra infantil, indispensable a los patronos por su eficacia y baratura, formaba entre un 10 y un 20 por ciento del total de trabajadores fabriles. En nombre de la libertad, los patrones se oponían, aún a fines del siglo XIX, a que el estado prohibiera el trabajo de menores y pagara su educación.

fue también durísima en este caso.

La confluencia simultánea del movimiento obrero industrial de Cataluña y del movimiento agrario de Andalucía, en el seno del republicanismo y en posición subalterna en él, respecto de los intereses de otras clases, representaría sin embargo el preludio de una alianza entre las dos fuerzas. Esta alianza iba a tener una importancia decisiva en las décadas posteriores.

La introducción de las ideas socialistas

Durante la tercera década del siglo XIX, y a remolque de los grupos más avanzados de la burguesía, se formaron varias sociedades secretas de carácter revolucionario, que alcanzaron una gran extensión, sobre todo en Valencia y Cataluña. Algunas de ellas, como la de los comuneros y, especialmente, la de los carbonarios, tenían como objetivo un vago igualitarismo. Según afirmaba en 1847 Vicente Boix, republicano valenciano hostil a las sociedades secretas, los principios del carbonarismo "pudieran servir de base a las doctrinas de los actuales comunistas y fourieristas, aunque en mayor escala".

A partir de 1835 comenzaron a difundirse en España las ideas socialistas de los primeros teóricos franceses. Durante unos años, 1835-1837, un grupo barcelonés vinculado al partido progresista dio a conocer algunas de las ideas de Saint-Simon (Andrés de Fontcuberta. Francisco Raull), Mazzini (Pedro Mata) y Lamennais iniciador del pensamiento social-católico (Antonio Ribot y Fontseré), sin que se alcanzara una mayor continuidad. Pero la visión de Lamennais se prolongaría influyendo muy interesantemente en diversos núcleos radicales y republicanos que capitaneaba Abdón Terrada y que tuvieron cierto eco en el primer sindicalismo barcelonés. Su doctrina, bastante difundida durante la regencia de Espartero, aspiraba a un cierto igualitarismo que debía obtenerse a través de la difusión de la propiedad privada, una vez establecido un régimen democrático.

Algunos miembros de estos grupos se aproximaron más tarde al pensamiento de Cabet, utopista, autor de la Icavia. Entre ellos el propio Terradas, que fue por ello procesado en Francia junto con A. Gouhenant, en agosto de 1843, acusado de conspiración comunista durante una de sus muchas épocas de exilio. Los cabetianos españoles se organizaron más tarde, en 1847. Narciso Monturiol, Juan Rovira, Pedro Montaldo, José Anselmo Clavé y otros publicaron, desde entonces, traducciones de las principales obras de Cabet y varios periódicos destinados a propagar el comunismo absoluto y el pacifismo militante que preconizaba.

El grupo consiguió una amplia adhesión entre el proletariado barcelonés e incluso entre algunos dirigentes republicanos, como Víctor Pruneda de Aragón y Jaime Ample en Valencia. Pero mientras algunos rechazaban los aspectos propiamente utópicos de las doctrinas cabetianas, como Terradas, otros colaboradores incluso en el intento de forjar una comunidad icariana en América (Rovira, Ignacio Montaldo). Clavé, por su parte, se consagró a la formación de coros obreros (los primeros fueron "La Aurora" en 1845 y "La Fraternidad" en 1850), sociedades de "moralización" del proletariado y de resistencia y apoyo mutuo a la vez, que brindaron un refugio al sindicalismo en épocas de forzosa clandestinidad. Tras el fracaso de la experiencia en los Estados Unidos, el grupo cabetino se integró en el partido republicano, al que aportó una cierta coloración socialista. Sin embargo, este paso representó un decidido cambio de actitud, como afirmaba de manera meridiana su dirigente Monturiol en 1854 "O el liberalismo o el Comunismo. Nosotros creemos que la presente época pertenece al Liberalismo".



Mucha trascendencia tuvo también la difusión del fourierismo a partir del grupo propagandista que formó en Cádiz Joaquín Abreu, ex diputado radical ("exaltado") y emigrado a Francia durante la segunda época de gobierno absolutista de Fernando VII. Varios de sus seguidores difundieron el pensamiento de Fourier en España (Faustino Alonso, Pedro Luis Huarte) y en México (Sotero Prieto), mientras que otros intentaron varias veces llevar a la práctica la idea de formar una comunidad falansteriana (Manuel Sagrario de Beloy). Después de 1868 aún existían en Cádiz fourieristas con medios y disposición para intentar el ensayo como Pedro Juan Osts y Ramón de Cala.

Abreu, que utilizó en ocasiones el seudónimo de *Proletario*, se situó junto al movimiento obrero, anunciándole la necesidad de combatir por un orden social nuevo, y al campesino, apoyando sus exigencias de reparto de tierras. Su actitud ante la ideología de la burguesía fue de clara comprensión y de una decidida denuncia: "Nótese que el liberalismo en todos sus colores, aquel que proclama libertad, igualdad legal, justicia y otras voces cuyo sentido dilata el corazón, es el mismo que de hecho se halla convertido en agente de la clase privilegiada; para ésta el provecho, para aquel obrero o campesino las palabras".

Fernando Garrido, también discípulo de Abreu, formó un grupo bastante amplio en Madrid, a partir de 1847, en el que se encontraban Francisco Javier de Moya,Sixto Cámara y José Orda; se dedicaron a difundir el pensamiento de Fourier. Después del fracaso de la revolución de 1848 todos ellos evolucionaron hacia posturas más propias del radicalismo republicano y, de hecho, se convirtieron en los principales dirigentes del ala más avanzada de este partido. Sucedía que, como los cabetianos catalanes, habían adoptado las doctrinas socialistas formuladas media centuria antes y que, a nivel de propuestas y soluciones concretas, habían sido soprepasados por la nueva problemática de la sociedad industrial capitalista. Mayor profundidad en sus análisis muestra, sin duda, la abundante obra de Ramón de la Sagra, científico de compleja formación intelectual, influido por el pensamiento socializante de Louis Blanc. Su crítica a la anarquía social introducida por el capitalismo, derivada de una observación directa y atenta de las más adelantadas naciones industriales, tendría solo una influencia muy relativa en el país. A ella hay que atribuir en parte, sin embargo, la incansable actividad obrerista-paternalista de Antonio Ignacio Cervera, que fue el primero en preconizar, aunque desde una órbita humanitarista y filantrópica, una organización única para el proletariado español. Cervera colaboró después estrechamente con los grupos radicales y socializantes surgidos del fourierismo en Madrid.

Pero el más importante de todos, en el terreno de la acción, fue Francisco Pi y Margall. Seguidor de Proudhon, del que tradujo y difundió varias obras, su pensamiento social tenía como idea central una concepción pactista de las relaciones entre las clases sociales, que creía , podría superar las contradicciones de la lucha de clases y armonizar el conjunto social. La extensión de la propiedad privada, tras el establecimiento de una república democrática, conseguiría progresivamente una relativa nivelación de la sociedad. Su doctrina y su figura presidirían la vida política española años más tarde.

Bibliografía

Díaz del Moral, Juan, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid, Ed. Alianza, 1967.

Elorza, Antonio, *Socialismo utópico español*. Madrid, Ed. Alianza, 1970.

Izard, Miguel, *La revolución industrial en España. Expansión de la industria algodonera catalana, 1832-1861*. Mérida, Venezuela. Universidad de los Andes, 1969 (ciclostilado).

Izard, Miguel, *Revolució industrial i obrerisme. Les "Tres classes de vapor" a Cataluya*. Barcelona, Ed. Ariel, 1970.

Lida, Clara E., *Anarquismo y revolución en la España del XIX*. Madrid, Ed. Siglo XXI, 1972.

Martí, Casimiro: *Orígenes del anarquismo en Barcelona*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 1969.

Reventós, Manuel, *Els moviments socials a Barcelona durant el segle XIX*. Barcelona, Ed. La Revista, 1925.

Sánchez-Albornoz, Nicolás, *España hace un siglo: una economía dual*. Barcelona, Ed. Península, 1968.

Termes, Josep, *Anarquismo y sindicalismo en España. La primera Internacional, 1864-1881*, Barcelona, Ed. Ariel, 1972

Tuñón de Lara, M., *El movimiento obrero en la historia de España*. Madrid, Ed. Taurus, 1972.

Vicens Vives, J.: *Cataluña en el siglo XIX*, Madrid, Ed. Rialp, 1961.

Vilar, Pierre, *Historia de España*, París, Ed. Librería Española, 1963.

Zavala, Iris M., *Masones, comuneros y carbonarios*. Madrid, Ed. Siglo XXI, 1971.

Indice de Ilustraciones

Indice General

Material documental

República burguesa e insurrección obrera

Material documental

La formación de la clase obrera en Italia

Material documental

Alemania en 1848: revolución y contrarrevolución

Material documental

El Manifiesto Comunista

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 1986
en los Talleres Gráficos LITODAR
Viel 1444 - Capital Federal